

STEPHEN KING

Todo es Eventual

Traducción de
Bettina Blanch Tyroller
PLAZA & JANÉS

Título original: *Everything's Eventual*

Primera edición: octubre, 2003

© 2002, Stephen King

Publicado por acuerdo con el autor, representado por
Ralph M. Vicinanza

© 2003, Random House Mondadori, S. A.

© 2003, Bettina Blanch Tyroller, por la traducción

Printed in Spain - Impreso en España

ISBN: 84-01-32888-8

Depósito legal: M. 36.559 - 2003

AlexDumas(sábado, 29 de noviembre de 2003)

A Shane Leonard

ÍNDICE

Lo que hice fue quitar todas las picas de una baraja de póquer y un comodín. Las cartas que iban del as al rey = 1-13. El comodín - 14. Barajé las cartas y las repartí. El orden en que salieron de la baraja fue el orden de las historias, basándome en el lugar que ocupaban en la lista que mi editor me envió. Así salió un bonito equilibrio entre las historias más literarias y las más humorísticas. Luego añadí una nota explicativa antes o después de cada historia, dependiendo de qué quedaba mejor. La siguiente compilación, con cartas del tarot.

PRÓLOGO

LA PRÁCTICA DEL ARTE (CASI) PERDIDO

Más de una vez he escrito sobre el goce de escribir y no veo la necesidad de volver sobre el mismo tema a estas alturas de la vida, pero he aquí una confesión: también me entrego al placer algo enloquecido que los aficionados experimentan con el aspecto comercial de mi trabajo. Me gusta pasarme de rosca, cruzar distintas especies mediáticas y probar lo más puntero. He intentado escribir novelas visuales (*La tormenta del siglo* * *Rose Red*), novelas por entregas (*La milla verde*) ** y novelas por entregas en internet (*La planta*). No se trata de ganar más dinero, ni siquiera de abrir nuevos mercados, sino de ahondar en el acto, el arte y el oficio de escribir de modos distintos, renovando el proceso y consiguiendo que los productos resultantes, es decir, las historias, sean lo más brillantes posible.

* Trad. cast., Plaza & Janés, Barcelona, 2000.

** Trad. cast., Plaza & Janés, Barcelona, 2000.

En un principio, en la frase anterior había escrito «consiguiendo (historias) novedosas», pero lo modifiqué en aras de la sinceridad. Es que vamos a ver, señoras y señores, ¿a quién voy a engañar a estas alturas, salvo quizá a mí mismo? Vendí mi primer relato a los veintiún años, en tercero de carrera. Ahora tengo cincuenta y cuatro, y por mi ordenador/procesador de texto orgánico de un kilo, que adorno con mi gorra de los Red Sox, ha pasado pero que mucho texto. Hace mucho que el acto de escribir historias no es nuevo para mí, pero eso no significa que haya perdido su atractivo. Sin embargo, si no encuentro modos de mantenerlo fresco e interesante, no tardará en perderlo. Y no quiero que eso suceda, porque no quiero estafar a las personas que leen mis cosas (o sea usted, querido Lector Constante), ni tampoco quiero estafarme a mí mismo. A fin de cuentas, todos estamos en el mismo barco. Hemos venido a bailar y a pasarlo bien.

En fin, sin perder esto de vista, ahí va otra historia. Mi mujer y yo somos propietarios de dos emisoras de radio, ¿vale? La WZON-AM, una emisora de deportes, y la WKIT-FM, especializada en rock clásico («El rock de Bangor», como la llamamos nosotros). En estos tiempos que corren, la radio es un negocio difícil, sobre todo en un mercado como Bangor, donde hay demasiadas emisoras y demasiados pocos oyentes. Tenemos emisoras de country contemporáneo, de country clásico, canciones de siempre, canciones clásicas de siempre, Rush Limbaugh, Paul Harvey y Casey Kasem. Las emisoras de Steve y Tabby King estuvieron en números rojos durante muchos años, no en una situación totalmente desesperada, pero sí lo bastante desagradable para tocarme las narices. El problema es que me gusta ganar, y si bien ganábamos en la lista de Arbitron (que es a la radio lo que los Nielsen a la tele), a final de año siempre andábamos justos de fondos. Siempre me explicaban que el mercado de Bangor

no generaba suficientes ingresos por publicidad, porque el pastel estaba cortado en demasiados trozos.

Y entonces se me ocurrió una idea. Escribiría una radionovela, me dije, como esas que escuchaba con mi abuelo cuando era pequeño (y él empezaba a envejecer) en Durham, Maine. ¡Una radio-novela de Halloween, sí señor! Por supuesto, conocía la famosa (o infame) adaptación que Orson Welles había realizado de *La guerra de los mundos* para el Teatro Mercury. La perversa y absolutamente genial maquinación de Welles consistió en convertir el clásico de H. G. Wells sobre la invasión extraterrestre en una serie de boletines de noticias y reportajes. Y funcionó. De hecho, funcionó tan bien que hizo cundir el pánico a escala nacional, y Welles (Orson, no H. G.) se vio obligado a disculparse en público la semana siguiente en el Teatro Mercury. Estoy convencido de que lo hizo con una sonrisa en los labios; al menos, sé que yo habría sonreído si se me hubiera ocurrido una mentira tan fuerte y convincente.

Pensé que lo que le había funcionado a Orson Welles también podía funcionar a mí. En lugar de empezar con música de baile, como la adaptación de Welles, mi historia comenzaría con los alaridos de Ted Nugent en «Cat Scratch Fever». Acto seguido se oiría la voz de una de nuestras personalidades de la WKIT (ya nadie los llama pinchadiscos). «Aquí JJ West, noticias de la WKIT —diría—. Estoy en pleno centro de Bangor, donde unas mil personas se han congregado en Pickering Square para contemplar el aterrizaje de un enorme objeto plateado en forma de platillo... Un momento, a lo mejor si levanto el micro podéis oírlo.»

Y ya está. Podía utilizar las instalaciones de la radio para crear los efectos de sonido, contratar a actores aficionados de la ciudad para representar los distintos papeles, y lo mejor de todo... ¿Saben qué sería lo mejor de todo? Podíamos grabar el resultado y venderlo a emisoras de todo el país. Suponía que los ingresos que generaríamos (y mi contable estaba de acuerdo) serían «ingresos de la emisora», y no «ingresos por redacción de textos de ficción». Era una forma de contrarrestar los escasos ingresos por publicidad, y al final del año, tal vez la emisora lograra salir de los números rojos.

La idea de escribir una novela radiofónica era emocionante, al igual que la perspectiva de convertir mis emisoras en negocios rentables con ayuda de mi talento de escritor. Así pues, ¿qué sucedió? Pues que fui incapaz de hacerlo. Tal como suena. Lo intenté una y otra vez, pero todo lo que escribía acababa sonando a narración. No había dramaturgia, no era la clase de texto que uno puede recrear en su mente (los que tengan edad suficiente para recordar programas radiofónicos como *Suspense* y *Gunsmoke* sabrán a qué me refiero), sino más bien parecía un libro en soporte audio. Estoy seguro de que podríamos haber vendido la historia a otras emisoras y ganado algún dinero, pero también estoy convencido de que la obra no habría sido un éxito. Era aburrida, un engaño para el oyente. Era un asco, y no sabía cómo arreglarla. En mi opinión, escribir radionovelas es un arte perdido. Hemos perdido la capacidad de ver con los oídos, una capacidad que antes poseíamos. Recuerdo los días en que oía a algún empleado de la radio golpetear un bloque de madera hueca con los nudillos... y

veía con absoluta claridad a Matt Dillon entrando en el bar de Long Branch con sus botas polvorientas. Pero se acabó. Esa clase de imaginación ha pasado a la historia.

Escribir teatro al estilo shakespeariano, es decir, comedias y tragedias que brotan del verso puro, es otro arte perdido. La gente sigue yendo a ver producciones universitarias de *Hamlet* y *El rey Lear*, pero no nos engañemos: ¿creen que podrían competir en televisión con *The Weakest Link* o *Supervivientes*, aun cuando Brad Pitt hiciera de Hamlet y Jack Nicholson encarnara a Polonio? Y si bien la gente sigue yendo a ver extravagancias isabelinas como *El rey Lear* o *Macbeth*, el disfrute de una manifestación artística está a años luz de la capacidad de crear un nuevo ejemplar de dicha manifestación artística. De vez en cuando, alguien intenta montar una obra teatral en verso ya sea en Broadway ya en teatros alternativos, pero todos fracasan.

La poesía, en cambio, no es un arte perdido. De hecho, está mejor que nunca. Por supuesto, siempre acecha el sempiterno grupito de idiotas (como se autodenominaban los redactores de la revista *Mad*), tipos que confunden el genio con la ampulosidad, pero también hay muchos artistas de indudable talento. Si no me creen, echen un vistazo a las revistas literarias que vende su librero habitual. Por cada seis poemas mediocres que uno lee, hay uno o dos realmente buenos, y eso, se lo aseguro, es una proporción más que aceptable.

El relato breve tampoco es un arte perdido, pero convengo en que está mucho más cerca de la extinción que la poesía. Cuando vendí mi primer relato en el encantadoramente lejano 1968, ya lamentaba la constante degeneración de los mercados. La literatura por entregas había desaparecido, los boletines semanales iban de capa caída, los semanarios tales como *The Saturday Evening Post* agonizaban. En los años transcurridos desde entonces, he presenciado la merma de los mercados del relato breve. Dios bendiga las pequeñas revistas, donde los escritores jóvenes aún pueden publicar sus narraciones a cambio de unos cuantos ejemplares gratuitos, Dios bendiga a los redactores jefe que aún leen su correspondencia (sobre todo en las postrimerías del pánico del ántrax en 2001), y Dios bendiga a los editores que todavía dan luz verde a alguna que otra antología de relatos originales... Pero lo cierto es que Dios no tendrá que pasarse el día entero, ni siquiera la hora del café, bendiciendo a esas personas; le bastarán diez o quince minutos para repartir todas las bendiciones. Son muy pocos, y cada año hay uno o dos menos. La revista *Story*, norte y guía de autores jóvenes (yo incluido, aunque nunca llegué a publicar en ella), ha desaparecido. *Amazing Stories* también ha pasado a la historia pese a los reiterados esfuerzos por reavivarla. Interesantes revistas de ciencia ficción, como *Vertex*, también han desaparecido, al igual, por supuesto, que publicaciones de terror como *Creepy* y *Eerie*. Todas esas maravillosas revistas se esfumaron hace mucho tiempo. De vez en cuando, alguien intenta reflotar una de ellas; mientras escribo esto, *Weird Tales* está atravesando ese proceso, pero en su mayoría son intentos vanos. Es como esas obras teatrales en verso, que aparecen y desaparecen en lo que se antoja un santiamén. Lo perdido no puede recuperarse; está perdido para

siempre.

A lo largo de los años he seguido escribiendo relatos breves, en parte porque de vez en cuando se me ocurren ideas, ideas comprimidas que piden a gritos tres mil palabras, quizá nueve mil, quince mil a lo sumo, y en parte porque es mi modo de asegurar, al menos a mí mismo, que no me he vendido, piensen lo que piensen los críticos más despiadados. Los relatos son el equivalente de esos objetos únicos que pueden encontrarse en el taller de un artesano, siempre y cuando, claro está, uno tenga paciencia suficiente para esperar mientras se lo acaban en la trastienda.

Pero no existe razón alguna para que los relatos se comercialicen de un modo tan artesanal como el empleado para crearlos, ni tampoco hay ningún motivo para dar por sentado (como parecen haber hecho numerosos títeres de la prensa crítica) que la vía por la que se vende un relato de ficción por fuerza contamina o denigra el producto en sí mismo.

Me refiero a «Montado en la Bala», que sin duda ha constituido la experiencia más extraña de comercialización de mis productos, y que es una historia que ilustra los puntos principales que pretendo resaltar, es decir, que lo perdido no puede recuperarse con facilidad, pero que una perspectiva nueva sobre un aspecto de la literatura, a saber, el comercial, puede llegar a renovarlo todo.

Escribí «Montado en la Bala» después de *Mientras escribo*, cuando aún convalecía de un accidente que me sumió en un estado casi constante de miseria física. Escribir aliviaba una parte del dolor; era (y sigue siendo) el mejor analgésico de mi limitado arsenal. La historia que quería contar era la sencillez personificada, poco más que el típico cuento de fantasmas que se narra alrededor de la hoguera: el autoestopista al que recogió un muerto.

Mientras urdía la historia en el mundo irreal de mi imaginación, la burbuja de las *punto com* engordaba en el igualmente irreal mundo del comercio electrónico. Una de sus caras era el llamado libro electrónico, que en palabras de algunos anunciaba el fin de los libros tal como los conocíamos, objetos de cola y encuadernación, páginas que se vuelven a mano (y que a veces, cuando la cola es débil o la encuadernación flaquea, se caen). A principios del año 2000 suscitó vivo interés un ensayo de Arthur C. Clarke que solo se publicó en el ciberespacio. Pero era muy breve, como besar a tu hermana, pensé cuando lo leí. En cambio, mi relato era bastante largo. Susan Moldow, la jefa de redacción de Scribner (como buen amante de *Expediente X*, la llamo agente Moldow... ahí queda eso), me llamó un día a instancias de Ralph Vicinanza para preguntarme si me gustaría hacer mis pinitos en el mercado electrónico. Le envié «Montado en la Bala», y entre los tres, Susan, Scribner y yo, escribimos un pedacito de historia en el mundo editorial. Varios centenares de miles de personas descargaron el relato, y acabé ganando tanto dinero que me dio hasta vergüenza. Bueno, eso es mentira, porque no me dio vergüenza en absoluto. Incluso los derechos de audio ascendieron a más de cien mil dólares, una cantidad absurdamente astronómica.

¿Creen que me estoy jactando de mi éxito? ¿Que estoy fardando como un

capullo? En cierto modo, sí. Pero también pretendo transmitirles que «Montado en la Bala» me volvió completamente loco. Por lo general, cuando estoy en una de esas elegantes salas vip que tienen los aeropuertos, los demás parroquianos hacen caso omiso de mí; están demasiado ocupados hablando por el móvil o cerrando tratos en la barra. Lo cual me parece perfecto. De vez en cuando, uno se me acerca y me pide que le firme un autógrafo para la mujer. La mujer, suelen asegurarme esos tipos de traje caro y maletín en ristre, ha leído todos mis libros, mientras que ellos no han leído ni uno solo, cosa que también quieren dejarme muy claro. Están demasiado atareados. Han leído *Los siete hábitos de la gente altamente eficaz*, *¿Quién se ha comido mi queso?*, *The Prayer of Jabez* y poco más. Siempre con prisas, a toda máquina, me toca infarto dentro de cuatro años y tengo que asegurarme de que mi plan de pensiones esté bien alimentado cuando llegue el momento.

Después de que «Montado en la Bala» saliera publicado como libro electrónico (portada, logotipo de Scribner y demás detalles incluidos), todo cambió. De repente, la muchedumbre se abalanzaba sobre mí en los aeropuertos, en la estación de tren de Boston, en la calle... Durante un tiempo me encontré rechazando invitaciones para salir nada menos que en tres programas de entrevistas al día (en realidad, esperaba a Jerry Springer, pero no llegó a llamarme). Incluso aparecí en la portada de la revista *Time*, y *The New York Times* pontificó con cierta exhaustividad sobre el éxito evidente de «Montado en la Bala» y el fracaso obvio de su cibernesucesor, *La Planta*. ¡Pero si incluso salí en primera plana del *The Wall Street Journal*! Sin comerlo ni beberlo, me había convertido en un magnate.

¿Y qué era lo que me estaba volviendo loco? ¿Lo que hacía que todo pareciera carecer de sentido? Bueno, pues que a nadie se le daba un ardite el relato en sí. Nadie se interesaba por él, ¿y saben una cosa? Era una historia bastante buena, aunque me esté mal decirlo. Sencilla, pero entretenida y efectiva. Si consiguió que la gente apagara el televisor, por lo que a mí respecta, tanto ella como las demás historias de la colección son un éxito rotundo.

Pero tras la publicación de «Montado en la Bala», lo único que los tipos trajeados querían saber era cómo estaba funcionando, si se vendía bien. ¿Cómo decirles que me importaba una mierda si se vendía bien o no, que lo único que me interesaba era si estaba tocando la fibra sensible del lector? ¿Era un éxito en ese sentido? ¿Un fracaso? ¿Estaba llegando al corazón de la gente? ¿Provocando ese escalofrío que es la *raison d'être* de todo relato de miedo? Con el tiempo me di cuenta de que estaba presenciando otro ejemplo de degradación creativa, una prueba más de que otra manifestación artística avanzaba hacia lo que sin duda puede desembocar en la extinción. Aparecer en la portada de una importantísima revista por el simple hecho de haber elegido una entrada alternativa al mercado tiene algo de perverso, de decadente. Y aún más perverso es darse cuenta de que quizá todos esos lectores estén más interesados en la novedad del paquete electrónico que en el contenido del paquete en cuestión. ¿Realmente me conviene saber cuántas de las personas que descargaron «Montado en la Bala» llegaron a leer «Montado en la Bala»? Pues no, porque me llevaría una

desilusión tremenda.

No sé si la publicación electrónica es el futuro, y a decir verdad, me importa un comino, se lo aseguro. Para mí, elegir ese camino no fue más que otra forma de intentar participar en todos los pasos del proceso literario y llegar a tantos lectores como fuera posible.

Es probable que este libro permanezca un tiempo en las listas de los más vendidos; en este sentido, siempre he tenido mucha suerte. Pero si lo ven allí, quizá se pregunten cuántos otros libros de relatos breves van a parar a las listas de los más vendidos en el transcurso de un año, y durante cuánto tiempo puede esperarse que los editores publiquen el tipo de libro que no interesa demasiado a los lectores. Pero para mí, existen pocos placeres que superen el de sentarme en mi sillón predilecto una noche fría, con una taza de té bien caliente, y oír el aullido del viento mientras leo una buena historia que me puedo pulir de una sola sentada.

Escribir historias no proporciona tanto placer. Solo se me ocurren dos relatos de esta colección, el que da título al libro y «La teoría de L. T. sobre los animales domésticos», que no me costaron un esfuerzo ingente en comparación con el resultado relativamente modesto. Y sin embargo, considero que he logrado conservar la chispa de mi oficio, al menos para mí mismo, sobre todo porque no permito que pase un solo año sin escribir al menos dos relatos breves. No por dinero, ni siquiera por amor, sino más bien por sentido del deber. Porque si uno quiere escribir relatos breves, no puede limitarse a pensar en escribir relatos breves. No es como montar en bicicleta, que nunca se olvida, sino más bien como ir al gimnasio. O perseveras o pierdes la forma física.

Ver todos estos relatos compilados aquí es un inmenso placer para mí, y espero que también lo sea para ustedes. Pueden darme su opinión en www.stephenking.com. y también pueden hacer otra cosa por mí (y por ustedes mismos): si estas historias les gustan, compren otra colección, *Sam el gato y otros relatos*, de Matthew Klam, por ejemplo, o *The Hotel Eden*, de Ron Carlson. Ellos son solo dos de los buenos escritores que corren por ahí, y aunque ya estemos oficialmente en el siglo XXI, trabajan a la antigua usanza, palabra a palabra. El formato en que se publican sus obras no cambia eso. Si les importa el tema, apóyenlos, y el mejor apoyo no ha cambiado mucho, se lo aseguro; basta con leer sus relatos.

Me gustaría dar las gracias a unas cuantas personas que han leído los míos. Bill Buford, de *The New Yorker*; Susan Moldow, de Scribner; Chuck Verrill, que ha publicado tantos libros míos a lo largo de los años; Ralph Vicinanza, Arthur Greene, Gordon van Gelder y Ed Ferman, de *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*; Nye Willden, de *Cavalier*, y el difunto Robert A. W. Lowndes, que compró mi primer relato breve en 1968. También, por supuesto, a mi esposa, Tabitha, que sigue siendo mi Lectora Constante favorita. Todas estas personas han trabajado y siguen trabajando para evitar que el relato breve se convierta en un arte perdido. Al igual que yo. Y a través de lo que compra (y por tanto decide subvencionar) y lee, también usted persigue el mismo objetivo. Sobre todo usted, Lector Constante. Siempre usted.

STEPHEN KING
Bangor, Maine
11 de diciembre de 2001

SALA DE AUTOPSIAS NUMERO 4(***)

Está tan oscuro que durante un rato, no sé cuánto, tengo la sensación de que sigo inconsciente. Por fin se me ocurre que las personas inconscientes no experimentan la sensación de que se mueven por la oscuridad acompañadas de un leve sonido rítmico que solo puede ser el chirrido de una rueda. Además, me siento el cuerpo, desde la coronilla hasta la punta de los pies. Huelo algo que podría ser goma o plástico. Eso no es la inconsciencia, y hay algo demasiado... ¿Demasiado qué? Demasiado racional en estas sensaciones para que formen parte de un sueño.

Entonces, ¿qué es?

¿Quién soy yo?

¿Y qué me está sucediendo?

La rueda deja de emitir su estúpido chirrido, y yo dejo de moverme. A mi alrededor, la cosa que huele a goma cruje.

—¿Cuál han dicho? —pregunta una voz.

Silencio.

—La cuatro, creo. Sí, la cuatro —responde una segunda voz.

Reanudamos la marcha, pero más despacio. Ahora oigo un leve arrastrar de pies, calzados probablemente con zapatos de suela suave, tal vez zapatillas deportivas. Los propietarios de las voces son los propietarios de los zapatos. Vuelven a detenerme. Se oye un golpe sordo seguido de una especie de zumbido. Creo que es el sonido de una puerta de bisagras neumáticas al abrirse.

«¿Qué está pasando aquí?», grito, pero solo en mi cabeza. Mis labios no se mueven. Los siento, al igual que la lengua, tendida sobre el lecho de mi boca como un topo asustado, pero no puedo moverlos.

La cosa sobre la que estoy tendido se pone de nuevo en marcha. ¿Una cama móvil? Una camilla, en otras palabras. Hace mucho tiempo tuve cierta experiencia con ellas, durante la repugnante aventura asiática de Lyndon Johnson. Se me ocurre la idea de que estoy en un hospital, de que me ha sucedido algo malo, algo similar a la explosión que estuvo a punto de pulverizarme hace veintitrés años, y que me van a operar. Esa idea ofrece muchas respuestas, respuestas sensatas en su mayoría, pero a decir verdad no me duele nada. Salvo por el insignificante detalle de que estoy cagado de miedo, me encuentro bien. Y si esos camilleros me están llevando al quirófano, ¿por qué no veo nada? ¿Por qué no puedo hablar?

—Por aquí, chicos —dice una tercera voz.

Mi cama con ruedas avanza en una dirección distinta, y la pregunta que me martillea el cerebro es: «¿En qué clase de lío me he metido?».

«¿No depende eso de quién seas?», me pregunto a renglón seguido, pero de repente me doy cuenta de que para esa pregunta sí tengo respuesta. Soy Howard Cottrell, corredor de Bolsa al que algunos de mis colegas conocen por el sobrenombre de Howard el Conquistador.

—Hoy está muy guapa, doctora —observa la segunda voz (justo encima

de mi cabeza).

—Siempre es agradable recibir tu visto bueno, Rusty —replica una cuarta voz, esta vez femenina y muy fría—. ¿Podrías daros un poco de prisa? La canguro me espera a las siete. Ha quedado para cenar con sus padres.

A las siete, a las siete. Aún es por la tarde, pero aquí dentro reina la negrura, como en tu sombrero, como en el culo de un pájaro carpintero, como la medianoche en Persia, y ¿qué está pasando? ¿Dónde he estado? ¿Qué he hecho? ¿Cómo es que no estoy al teléfono?

«Porque es sábado, murmura una voz desde las profundidades. Estabas... estabas...»

Un sonido: ¡WOOK! Un sonido que adoro. Un sonido por el que vivo. El sonido de... ¿qué? Un palo de golf, por supuesto. El palo de golf al golpear la pelota. Permanezco inmóvil, siguiéndola con la mirada mientras surca el cielo azul...

Me agarran por los hombros y las pantorrillas y me levantan. El gesto me sobresalta, e intento gritar. De mis labios no brota sonido alguno... o tal vez sí, un gemido casi inaudible, mucho más leve que el chirrido de la rueda. Y quizá ni eso siquiera. Probablemente no sea más que fruto de mi imaginación.

Me llevan en volandas rodeado de oscuridad. «¡Eh, no me dejéis caer, que tengo problemas de espalda!», intento advertirles, pero ni mis labios ni mis dientes responden. Mi lengua sigue inmóvil en la cavidad bucal, un topo quizá no asustado, sino muerto, y de repente se me ocurre una idea espantosa que me acerca un poco más al pánico. ¿Y si me colocan mal y la lengua me resbala hacia atrás y me bloquea la tráquea? ¡No podré respirar! A eso se refiere la gente cuando comenta que una persona «se ha tragado la lengua», ¿no?

—Este le gustará, se parece a Michael Bolton —comenta la segunda voz (Rusty).

—¿Y ese quién es? —quiere saber la doctora.

—Ese cantante blanco hortera que quiere ser negro, pero no creo que este tipo sea él —interviene la tercera voz, que parece pertenecer a un hombre joven, poco más que un adolescente.

Se oyen risas como respuesta al comentario, la de la doctora algo dubitativa, y cuando me posan sobre lo que parece una mesa acolchada, Rusty suelta otra bromita; parece que tiene un amplio repertorio. Pero yo me lo pierdo debido a otra idea espeluznante. No podré respirar si la lengua me obstruye la tráquea, eso es lo que acaba de ocurrírseme, pero ¿y si no estoy respirando en este momento?

¿Y si estoy muerto? ¿Y si esto es la muerte?

Todo encaja con una suerte de sobrecogedora precisión profiláctica. La oscuridad. El olor a goma. Hoy en día soy Howard el Conquistador, extraordinario corredor de Bolsa, el terror del club de campo de Derry, asiduo de lo que en los campos de golf de todo el mundo se conoce como el Hoyo Diecinueve, pero en 1971 formaba parte de un equipo de asistencia médica en el delta del Mekong, un muchacho asustado que a veces despertaba con los ojos arrasados en lágrimas tras soñar con el perro de su familia, y de repente me doy

cuenta de que conozco esta sensación, este olor.

Por el amor de Dios, estoy en una bolsa para cadáveres.

—¿Me firma esto, doctora? No olvide apretar bien; son tres copias — advierte la primera voz.

El rasgueo de una pluma sobre papel. Imagino al propietario de la primera voz alargando la tablilla con el sujetapapeles a la doctora.

«¡Oh, Dios mío, no permitas que esté muerto!», intento gritar, pero de nuevo en vano.

«Estoy respirando, ¿no? Quiero decir que no me noto respirar, pero mis pulmones están bien, no me duelen ni parecen a punto de estallar como cuando te sumerges demasiado, así que debo de estar bien, ¿no?»

«A menos que estés muerto —murmura aquella voz de las profundidades—. Entonces no estarían a punto de estallar, ¿no te parece? No, porque los pulmones muertos no necesitan respirar. Los pulmones muertos... bueno, se lo toman con calma.»

—¿Qué hace el sábado por la noche, doctora? —pregunta Rusty.

«Pero si estoy muerto, ¿cómo es posible que sienta las cosas? ¿Cómo es posible que huelga la bolsa? ¿Cómo es posible que oiga estas voces, a la doctora responder que el sábado por la noche tiene que bañar a su perro, que también se llama Rusty, mira por dónde, y a todos reír la broma? Si estoy muerto, ¿por qué no he desaparecido o estoy envuelto en la luz blanca de la que siempre hablan en el programa televisivo de Oprah?»

De repente oigo un estridente rasgón y me encuentro efectivamente envuelto en luz blanca. Es una luz cegadora, como el sol cuando asoma entre las nubes un día de invierno. Intento entornar los ojos para protegerme de ella, pero no puedo. Mis párpados parecen persianas rotas.

Un rostro se inclina sobre mí y bloquea parte de la luz, que no procede de un deslumbrante plano astral, sino de una hilera de fluorescentes de techo. El rostro pertenece a un joven convencionalmente guapo de unos veinticinco años; se parece a esos marmolillos que salen en *Los vigilantes de la playa* o *Melrose Place*, aunque un pelín más listo. Bajo la gorra de quirófano colocada de cualquier forma sobre su cabeza asoma gran cantidad de cabello negro. También lleva la bata de rigor. Tiene los ojos azul cobalto, la clase de ojos por los que las chicas supuestamente se pirran. Sobre los pómulos resaltan sendas constelaciones de pecas.

—Vaya, vaya —dice; es la tercera voz—. Realmente se parece a Michael Bolton. Tiene los dientes un poco largos; puede que...

Se acerca más; una de las cintas del cuello de la bata quirúrgica me hace cosquillas en la frente.

—Pero sí... se parece. Eh, Michael, cántanos algo.

«¡Ayúdeme!», es lo que intento cantar, pero no puedo más que mirarle a los ojos azul oscuro con expresión de muerto. Una y otra vez me pregunto si estoy muerto, si esto es lo que pasa, si esta situación es la que todo el mundo experimenta cuando la bomba se para. Si sigo vivo, ¿cómo es que no ha visto mis pupilas contraerse con la luz? Pero ya conozco la respuesta a esa pregunta...

o al menos eso creo. No se han contraído, por eso me resulta tan doloroso el contacto con la luz de los fluorescentes.

La cinta me hace cosquillas en la frente como una pluma.

«¡Ayúdeme!», grito al musculitos de *Los vigilantes de la playa*, que con toda seguridad es un interno o quizá tan solo un estudiantillo de medicina. «¡Ayúdeme, por favor!»

Pero mis labios no tiemblan siquiera.

El rostro retrocede, la cinta deja de hacerme cosquillas, y toda aquella luz blanca se me mete en los ojos, incapaces de desviar la mirada, y me perfora el cerebro. Es una sensación muy desagradable, una especie de violación. Me quedaré ciego si sigo mirando la luz demasiado rato, creo, y la ceguera constituirá un alivio.

¡WOOK! El sonido del palo al conectar con la bola, pero esta vez un poco sordo, y con una sensación extraña en las manos. La bola sale disparada... pero se desvía... se desvía... se desvía hacia...

Mierda.

Estoy en apuros.

Otro rostro invade mi campo de visión. Bata blanca en lugar de verde, coronada por una desaliñada melena de cabello anaranjado. Coeficiente de inteligencia de rebajas, me da la impresión. Solo puede tratarse de Rusty. Exhibe una amplia y tontorróna sonrisa que me recuerda al instituto, la sonrisa de un chaval que debería llevar un tatuaje que dijera NACIDO PARA MIRAR BRAGAS en un bíceps inútil.

—¡Michael!—exclama Rusty—. ¡Estás de miedo, chico! ¡Qué honor! ¡Canta para nosotros, grandullón! ¡Canta hasta reventar, fiambre!

A mi espalda se oye la voz de la doctora, que habla en tono frío, sin fingir siquiera que las tonterías del chico le hacen gracia.

—Basta, Rusty —La voz se desvía un poco para añadir—: Ponme al día, Michael.

La voz de Michael es la primera, el compañero de Rusty. Parece algo avergonzado por trabajar con un tipo que de mayor quiere ser un comediante de tres al cuarto.

—Lo encontramos en el hoyo catorce del club de golf municipal de Derry. Un poco apartado del campo, entre la maleza. De no ser por los cuatro que jugaban detrás de él, que vieron que una de sus piernas asomaba entre los arbustos, ahora mismo sería un hormiguero.

De nuevo oigo el sonido en mi cabeza. ¡WOOK!, pero esta vez seguido de otro sonido mucho menos agradable, el susurro de la maleza que remuevo con el palo de golf. Tenía que ser el hoyo catorce, donde se supone que hay hiedra venenosa. Hiedra venenosa y...

Rusty sigue mirándome con expresión idiotizada y ávida. No es la muerte lo que le interesa, sino mi parecido con Michael Bolton. Oh, sí, soy consciente de ello, reconozco haberlo utilizado con ciertas clientes. Pero con tiento, que si no se nota enseguida. Y en estas circunstancias... por el amor de Dios.

—¿Quién lo atendió? —pregunta la doctora—. ¿Kazalian?

—No —responde Mike, que por un instante baja la mirada hacia mí.

Le lleva al menos diez años a Rusty, cabello negro salpicado de canas, gafas. ¿Cómo es que ninguno de ellos se da cuenta de que no estoy muerto?

—Uno de los que lo encontró era médico. La firma en la primera página es suya... ¿Lo ve?

Frufrú de papeles.

—Uf, Jennings —resopla la doctora—. Lo conozco. Fue el que examinó a Noé después de que el arca embarrancara en el monte Ararat.

Rusty no parece entender el chiste, pero aun así lanza una carcajada delante de mis narices. El aliento le huele a cebolla, vestigio del almuerzo, y si huelo la cebolla, significa que estoy respirando, ¿no? Si...

Pero antes de que pueda acabar la idea, Rusty se me acerca más, y siento una oleada de esperanza. ¡Ha visto algo! Ha visto algo y va a hacerme el boca a boca. ¡Que Dios te bendiga, Rusty! ¡Que Dios os bendiga a ti y a tu aliento cebollino!

Pero la sonrisa estúpida no cambia, y en lugar de juntar sus labios con los míos, me rodea la mandíbula con la mano. Agarra un lado con el pulgar y el otro con el resto de los dedos.

—¡Está vivo! —grita—. ¡Está vivo y va a cantar para el club de fans de Michael Bolton en la sala cuatro!

Incrementa la presión de los dedos, y experimento un dolor lejano, como cuando se te pasa el efecto de la novocaína. Luego empieza a moverme la mandíbula arriba y abajo, haciendo entrechocar mis dientes.

—Si es malaaaaaa, no lo sé ver —canta Rusty con una espantosa voz desafinada que mataría de un disgusto a Percy Sledge—. Para mí es perfectaaaaa...

Mis dientes se juntan y se separan a cada movimiento brusco; la lengua sube y baja como un perro muerto rebotando sobre la superficie vacilante de una cama de agua.

—¡Basta! —ordena la doctora con voz escandalizada.

Rusty, tal vez consciente de su reacción, desobedece y continúa con el juegucito. Ahora sus dedos me pellizcan las mejillas. Mis ojos paralizados lo miran con fijeza.

—Daría la espalda a su mejor amigo si ella se lo hicie...

Y de repente aparece ella, una mujer enfundada en una bata verde, con la gorra atada alrededor del cuello y colgándole espalda abajo como un sombrero de vaquero, cabello castaño corto apartado de la frente, atractiva, pero de aspecto severo, no exactamente bonita. Agarra a Rusty con dedos de uñas cortas y lo aparta de mí.

—¡Eh! —protesta Rusty, indignado—. ¡Quíteme las manos de encima!

—Pues quítale tú las manos de encima a él —replica la doctora con indiscutible enojo—. Estoy harta de tus bromitas infantiles, Rusty, y la próxima vez daré parte de tu conducta.

—A ver si nos calmamos todos —tercia el musculitos de *Los vigilantes de la playa*, asistente de la doctora, en tono alarmado, como si esperara que Rusty y

su jefa estuvieran a punto de liarse a puñetazos—. Dejémoslo ya, ¿vale?

—¿Por qué se pone tan borde conmigo? —exclama Rusty.

Intenta parecer indignado, pero lo cierto es que está lloriqueando.

—¿Por qué se pone tan borde conmigo? —repite dirigiéndose a ella—.

¿Tiene la regla o qué?

—Fuera de aquí—espeta la doctora con voz asqueada.

—Vamos, Rusty. Vamos a fichar —lo insta Mike.

—Y a tomar el aire —añade Rusty.

Y yo oyéndolo todo como si escuchara la radio.

Sus pies chirrían hacia la puerta. Rusty todo ofendido, preguntándole por qué no lleva algún tipo de distintivo para que la gente sepa de qué humor está. Zapatos de suela blanda chirriando sobre las baldosas, y de repente el sonido da paso a los golpes de mi palo de golf batiendo la maleza en busca de la maldita pelota, dónde está, no puede andar demasiado lejos, estoy seguro, así que dónde está, por el amor de Dios, cómo odio el catorce, dicen que hay hiedra venenosa, y con tantos arbustos, bien podría haber...

Y entonces me mordió algo, ¿no? Sí, estoy casi seguro de ello. En la pantorrilla izquierda, justo encima del borde del calcetín blanco de deporte. Una punzada ardiente de dolor, primero muy localizado, pero cada vez más extendido...

... Y entonces la oscuridad. Hasta la camilla, bien envuelto en la bolsa de plástico, escuchando a Mike decir: «¿Cuál han dicho?», y a Rusty contestar: «La cuatro, creo. Sí, la cuatro».

Quiero creer que ha sido una serpiente, pero tal vez eso se deba a que estaba pensando en serpientes mientras buscaba la bola. Podría haber sido un insecto; solo recuerdo el dolor, y a fin de cuentas, ¿qué importa? Lo que importa es que estoy vivo y ellos no lo saben. Es increíble, pero no lo saben. Por supuesto, he tenido mala suerte. Conozco al doctor Jennings, recuerdo haber hablado con él al cruzarme con su cuarteto en el once. Un tipo simpático, pero algo vago, una verdadera reliquia. La reliquia me ha dado por muerto. Y luego Rusty, con sus atontados ojos verdes y su sonrisa de fracaso escolar, me ha dado por muerto. La doctora Sombrero Vaquero ni siquiera me ha echado un vistazo, tal vez cuando me mire...

—Detesto a ese capullo —resopla en cuanto la puerta se cierra.

Ahora solo quedamos tres, aunque por supuesto, la doctora Sombrero Vaquero cree que son dos.

—¿Por qué siempre me tocan los capullos, Peter?

—No sé —contesta el señor Melrose Place—, pero Rusty es un caso especial, incluso en los anales de capullos famosos. Es un desustanciado.

La doctora se echa a reír, y de repente oigo un ruido metálico seguido de un sonido que me da un susto de muerte, el tintineo de instrumentos de acero al entrechocar. Están a mi izquierda, y aunque no puedo verlos, sé que se están preparando para hacerme la autopsia. Están a punto de cortarme en pedacitos. Pretenden arrancar el corazón de Howard Cottrell para comprobar si ha sido el pistón o la junta de culata.

«¡Mi pierna! —grito mentalmente—. ¡Mirad mi pierna izquierda! ¡Ahí está el problema, no en mi corazón!»

Quizá los ojos se han acostumbrado un poco a la luz, a fin de cuentas. En el extremo superior de mi campo de visión veo un artefacto de acero inoxidable. Parece un gigantesco instrumento de dentista, aunque lo que tiene en la punta no es una fresa. Desde algún confín recóndito del cerebro, donde se guarda la clase de conocimientos que solo necesitas cuando juegas al Trivial, incluso me asalta el nombre. Es una sierra de Gigli y sirve para serrar la parte superior del cráneo. Eso después de arrancarte la cara como si de una máscara de carnaval se tratara, con cabello y todo.

Y luego te sacan el cerebro.

Clin, clic. Clunc. Pausa. Acto seguido, un CLANC tan estruendoso que habría dado un respingo de poder moverme.

—¿Quieres hacer la incisión pericárdica? —pregunta ella.

—¿Quieres que la haga? —responde Pete en tono cauteloso.

—Creo que sí —responde la doctora Sombrero Vaquero en el tono afable de quien hace un favor y delega una responsabilidad.

—De acuerdo —accede Pete—. ¿Me echarás una mano?

—Seré tu servicial copiloto —asegura ella con una carcajada a la que sigue un ruido.

Tijeras cortando el aire.

El pánico me palpita entre las paredes del cráneo como una bandada de estorninos atrapados en un desván. Ha transcurrido mucho tiempo desde Vietnam, pero allí presencié media docena de autopsias de las que los médicos denominaban «de campaña», y tengo muy claro lo que se disponen a hacer. Las tijeras son de hojas largas y afiladas, muy afiladas, y ojos gruesos. Hay que ser fuerte para utilizarlas. La hoja inferior se desliza en el intestino como si fuera mantequilla. Luego, snip, snip, hacia arriba cortando el manojito de nervios del plexo solar y el sólido trenzado de músculos y tendones situados sobre él. A continuación el esternón. Cuando las hojas se juntan en este punto, producen un fuerte crujido al partirse el hueso y la caja torácica, como dos barriles que hubieran estado atados con cordel. Continúan hacia arriba esas tijeras que tanto se parecen a las que usan los polleros, snip-CRUNCH, snip-CRUNCH, snip-CRUNCH, partiendo hueso, seccionando músculo, liberando los pulmones de camino a la tráquea, convirtiendo a Howard el Conquistador en una cena de Acción de Gracias que nadie se comerá.

Un gemido agudo y penetrante que sí suena a fresa de dentista.

—¿Puedo...? —pregunta Pete.

—No, estas —señala la doctora Sombrero Vaquero en tono algo maternal.

Snic, snic. Una pequeña demostración para el asistente.

«No pueden hacerlo, pienso. No pueden rajarme... ¡Lo siento todo!»

—¿Por qué? —inquire Pete.

—Porque lo digo yo —responde la doctora en tono mucho menos maternal—. Cuando estés solo, querido Pete, podrás hacer lo que te venga en gana, pero en la sala de autopsias de Katie Arlen se empieza con las tijeras

pericárdicas.

Sala de autopsias. Ya está. Ya lo ha soltado. Me entran ganas de tener piel de gallina, pero por supuesto, mi piel está de huelga.

—Recuérdalo —prosigue la doctora Arlen con retintín aleccionador—. Cualquier idiota puede aprender a usar una máquina ordeñadora... pero el procedimiento manual siempre es el mejor —explica con voz vagamente sugerente—. ¿Entendido?

—Entendido —asegura él.

Van a hacerlo. Tengo que emitir algún sonido o hacer algún movimiento, de lo contrario van a hacerlo. Si sale sangre en el primer corte de las tijeras, sabrán que algo anda mal, pero por entonces puede que sea demasiado tarde; ya habrá tenido lugar ese primer snip-CRUNCH, y tendré las costillas encima de los brazos mientras el corazón me late frenético bajo los fluorescentes en su sanguinolenta y reluciente bolsa...

Me concentro con todas mis fuerzas en mi pecho. Empujo... o al menos lo intento... y algo sucede.

¡Un sonido!

¡He emitido un sonido!

Está encerrado en el interior de mi boca, pero también lo oigo y lo siento en la nariz, un zumbido levísimo.

Haciendo acopio de toda mi energía, lo repito, y esta vez el sonido es algo más fuerte, se escapa de mis fosas nasales como humo de cigarrillo. Nnnnnn... Me recuerda un antiguo programa televisivo de Alfred Hitchcock que vi hace mucho, mucho tiempo, en el que Joseph Cotten quedaba paralizado tras un accidente de coche y por fin conseguía hacer saber a los demás que estaba vivo gracias a una única lágrima que le brotaba del ojo.

En cualquier caso, ese minúsculo zumbido de mosquito me ha demostrado a mí mismo que sigo vivo, que no soy un espíritu atrapado en la efigie de arcilla de mi cadáver.

Con otro esfuerzo supremo de concentración, logro percibir que el aire me atraviesa la nariz hasta llegar a la garganta, sustituyendo el aliento que acabo de exhalar. Al poco lo exhalo de nuevo, esforzándome mucho más de lo que meforcé jamás en la Lane Construction Company, cuando era un adolescente, esforzándome como nunca me había esforzado, porque ahora mi vida depende de ello, y tengo que conseguir que me oigan, por el amor de Dios, tengo que conseguirlo.

Nnnnnnnn...

—¿Te apetece un poco de música? —pregunta la doctora—. Tengo Marty Stuart, Tony Bennett...

Pete resopla exasperado. Apenas lo oigo, pero me distrae por un instante del significado de las palabras de la doctora... lo que no deja de ser una bendición.

—Vale, vale —accede ella, riendo—. También tengo algo de los Rolling Stones.

—¿Tú?

—Sí, yo. No soy tan rancia como parezco, Pete.

—No pretendía... —farfulla él, azorado.

«¡Escuchadme! —grito de nuevo con la mirada muerta clavada en los fluorescentes—. ¡Dejad de parlotear como cotorras y escuchadme!»

Siento más aire descendiéndome por la garganta y se me ocurre que lo que sea que me haya sucedido empieza a remitir... pero no es más que un levísimo destello en la pantalla de mis pensamientos. Puede que esté remitiendo, pero dentro de nada ya no tendré posibilidad de recuperarme. Concentro todas mis fuerzas en lograr que me oigan, y esta vez me oirán, lo sé.

—Stones, entonces —decide ella—. A menos que quieras que salga en busca de un *compact* de Michael Bolton en honor a tu primera incisión pericárdica.

—¡No, por favor! —exclama él, y ambos se echan a reír.

El sonido vuelve a salir, esta vez con mayor fuerza. No tanta como había esperado, pero suficiente. Seguro. Lo oirán, tienen que oírlo.

Y entonces, justo en el instante en que empiezo a empujar el sonido hacia el exterior como si fuera un líquido que está a punto de solidificarse, la sala queda inundada por el chillido de una guitarra rockera, y la voz de Mick Jagger rebota contra las paredes: «*Awww, no, it's only rock and roll, but LIYYYYKE IT...*».

—¡Bájala! —grita exageradamente la doctora Sombrero Vaquero.

Y entre tanto estruendo, mi sonidito nasal, un leve y desesperado zumbido, no es más audible que un susurro en una fundición.

El rostro de la doctora se cierne sobre mí, y de nuevo me invade el horror al ver que lleva gafas protectoras y mascarilla sobre la boca. Al poco mira de refilón.

—Ya lo desnudo yo —anuncia a Pete antes de inclinarse hacia mí con un bisturí centelleante en la mano enguantada, entre el retumbar guitarrero de los Rolling Stones.

Zumbo como un poseso, pero no sirve de nada. Ya ni siquiera lo oigo yo mismo.

El bisturí queda suspendido un instante sobre mi cuerpo antes de cortar.

Profiero un chillido mental, pero no siento dolor, solo el polo que me cae por los costados partido en dos, como mi caja torácica cuando Pete, sin saberlo, practique su primera incisión pericárdica a un paciente vivo.

Me levantan. La cabeza me cae hacia atrás, y por un instante veo a Pete boca abajo, de pie junto a un tablero de acero, poniéndose las gafas protectoras y haciendo inventario de espeluznante instrumental. La herramienta principal es la descomunal tijera de marras. Apenas tengo tiempo de verla, un destello de hojas reluciendo como despiadado satén, porque enseguida me tumban de nuevo, ya sin polo. Estoy desnudo de cintura para arriba. Hace frío en la sala.

«¡Mírame el pecho! —grito a la doctora—. Tienes que verlo subir y bajar, por muy poco profunda que sea mi respiración. ¡Eres una profesional, joder!»

Pero la doctora está mirando hacia el otro lado de la sala, levantando la voz para hacerse oír por encima de la música. («*I like it, like it, yes I do*», cantan

los Rolling, y tengo la sensación de que oiré ese maldito estribillo nasal por los pasillos del infierno durante toda la eternidad.)

—¿Tú qué dices, slip o bóxers? —pregunta.

Con una mezcla de horror y furia, me doy cuenta de a qué se refieren.

—¡Bóxers! —exclama Pete—. ¡Claro que sí, no hay más que echar un vistazo al tipo!

«¡Cabrón! —quiero gritarle—. ¡Seguro que crees que todos los hombres de más de cuarenta años llevan bóxers! ¡Seguro que crees que cuando tú los cumplas, también...!»

La doctora me desabrocha el botón de las bermudas y me baja la cremallera. En otras circunstancias, el hecho de que una mujer tan guapa (un poquito seria, sí, pero guapa a fin de cuentas) me hiciera lo que me está haciendo esta me pondría la mar de contento, pero hoy...

—Has perdido, querido Pete —anuncia—. Lleva slip. Me debes un dólar.

—Cuando cobre —promete él mientras se acerca.

Su rostro aparece junto al de ella. Me observan a través de las gafas protectoras como una pareja de extraterrestres observando al prisionero abducido. Intento hacerles ver mis ojos, que comprendan que los estoy mirando, pero esos dos idiotas me están mirando los calzoncillos.

—Vaya, vaya, y rojos para más inri —se maravilla Pete—. ¡No veas!

—Yo más bien los calificaría de rosa desvaído —replica—. Sujétamelo, Pete, pesa como un muerto. No me extraña que le haya dado un infarto. Espero que te sirva de lección.

«¡Pero si estoy en forma! —le grito—. ¡Seguro que en mejor forma que tú, zorra!»

De repente, dos manos fuertes me alzan las caderas. Mi espalda emite un chasquido; el sonido me produce un sobresalto.

—Lo siento, tío —dice Peter, y de pronto tengo aún más frío cuando me bajan las bermudas y los calzoncillos rojos.

—A la de una —canturrea ella mientras me levanta un pie— y a la de dos —me levanta el otro—, fuera calzoncillos, fuera calcetines...

Se detiene en seco, y de nuevo albergo cierta esperanza.

—Eh, Pete.

—¿Qué?

—¿Los hombres suelen llevar bermudas y mocasines para jugar al golf?

A su espalda, aunque en realidad nos envuelven por completo, los Rolling Stones atacan «Emotional Rescue». «*I will be your Knight in shining, aaaaahh*», canta Mick Jagger, y me pregunto qué baile se marcaría con tres cargas de dinamita metidas por el escuálido culo.

—Si quieres saber mi opinión, te diré que este tipo se lo ha buscado —continúa la doctora—. Creía que llevaban esos zapatos especiales, esos tan feos, tan... tan de golf, con bultitos en las suelas...

—Sí, pero no es obligatorio llevarlos —señala Pete.

Sostiene las manos enguantadas sobre mi rostro, las junta y dobla los dedos hacia atrás. Cuando los nudillos chasquean, un poco de polvo talco cae

sobre mí como nieve fina.

—Al menos de momento. No es como lo de los zapatos de bolos. Si te pillan jugando a los bolos sin llevar zapatos especiales, pueden meterte entre rejas.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Quieres encargarte del examen externo y de medir la temperatura?

«¡No! —chillo—. No, por Dios, es un crío, ¿es que no lo VES?»

Pete la mira como si acabara de ocurrírsele la misma idea.

—Eso no es... bueno... no es del todo legal, ¿verdad, Katie? Quiero decir que...

La doctora mira a su alrededor con atención burlona, y de repente noto algo que puede ser muy mala señal para mí. Adusta o no, creo que Sombrero Vaquero, alias la doctora Katie Arlen, está loquita por Pete el de los ojos azul marino. Que Dios nos asista, me han sacado paralizado del campo de golf para meterme de lleno en un episodio de *Urgencias* titulado «El amor florece en la sala de autopsias número 4».

—Bueno —constata ella en un susurro teatral—, yo no veo a nadie más que a ti y a mí...

—Pero la cámara...

—Todavía no está en marcha —lo ataja—, y cuando lo esté, te ayudaré en todo momento... al menos eso es lo que constará oficialmente. Y será más o menos así. Voy a guardar estas gráficas y placas, y si realmente te sientes incómodo...

«¡Sí! —le grito con la boca inmóvil—. ¡Siéntete incómodo! ¡MUY incómodo! ¡DEMASIADO incómodo!»

Pero el chaval tiene veinticuatro años como mucho, ¿y qué va a decirle a esta mujer tan guapa y severa que invade su espacio de un modo que solo puede significar una cosa? «¿No, mami, tengo miedo?» Además, desea hacerlo; leo su deseo a través de las gafas protectoras, dando botes como un puñado de rockeros carrozones bailando al son de los Rollings.

—Bueno, siempre y cuando me cubras las espaldas...

—Por supuesto —asegura ella—. Alguna vez tienes que lanzarte a la piscina, Pete. Y si realmente te hace falta, rebobinaré la cinta.

—¿Puedes hacer eso? —se asombra él.

—Tenemos muchos secretos en la sala de autopsias número cuatro, *mein Herr* —responde ella con una sonrisa.

—No lo dudo —conviene Pete, devolviéndole la sonrisa antes de alargar la mano fuera de mi campo visual.

Cuando reaparece, sostiene un micrófono colgado del techo con un cable negro. El micrófono parece una lágrima negra, y verlo me convence más que ninguna otra cosa de que la pesadilla es real. No irán a hacerlo, ¿verdad? Pete no es ningún veterano, pero tiene formación; sin duda, verá las marcas de lo que me ha mordido mientras buscaba la pelota entre los arbustos y sospechará algo. Tendrá que sospechar algo.

Pero no ceso de ver las tijeras con su desalmado fulgor satinado, tijeras de pollero venidas a más, y de preguntarme si seguiré vivo cuando me saque el corazón de la cavidad torácica y lo sostenga en alto, chorreante, delante de mis narices paralizadas, antes de dejarlo caer en la báscula. Es posible, me digo, sin lugar a dudas. ¿Acaso no dicen que el cerebro puede permanecer consciente hasta tres minutos después de que el corazón deja de latir?

—Preparado, doctora —anuncia Pete en tono casi formal.

En alguna parte, la cinta de vídeo avanza.

La autopsia ha comenzado.

—Vamos a dar la vuelta a esta tortilla —dice la doctora con voz alegre, y entre los dos me dan la vuelta con toda eficiencia.

Mi brazo derecho sale disparado hacia un lado y choca contra el canto de la mesa de modo que el borde metálico se me clava en el bíceps. Duele mucho, un dolor breve e intenso, pero no me importa. Rezo por que el borde se me clave lo suficiente para atravesar la piel, para que me salga sangre, para que pase algo contundente e impropio de un cadáver.

—¡Pataplám! —exclama la doctora Arlen al tiempo que me levanta el brazo y lo vuelve a dejar caer a lo largo de mi costado.

Lo que más noto ahora es mi nariz. Está aplastada contra la mesa, y por primera vez mis pulmones envían un mensaje de alarma, una sensación algodonosa, acuciante. Tengo la boca cerrada, la nariz parcialmente aplastada (no sé hasta qué punto; ni siquiera me siento respirar). ¿Y si acabo asfixiándome?

De pronto sucede algo que distrae mi atención por completo de mi nariz. Acaban de meterme un objeto enorme, del tamaño de un bate de béisbol, a juzgar por la sensación, por el recto. Una vez más intento gritar, pero no consigo emitir más que el maldito zumbido.

—Termómetro dentro —anuncia Pete—. He puesto el temporizador.

—Buena idea —lo alaba la doctora mientras se aparta un poco.

Le está dejando espacio para que pueda probar el cacharro y hacer experimentos conmigo. Han bajado un poco la música.

—El sujeto es un varón blanco de cuarenta y cuatro años —cuenta Pete al micrófono para la posteridad—. Se llama Howard Randolph Cottrell, con domicilio en el mil quinientos sesenta y seis de Crest Lane, aquí, en Derry.

—Mary Mead —interviene la doctora Arden desde cierta distancia.

Una pausa, y a continuación de nuevo la voz de Pete, algo azorada:

—La doctora Arden me comunica que el sujeto vive en Mary Mead, población escindida de Derry en...

—No necesitamos una clase de historia, Pete.

Por el amor de Dios, ¿qué me han metido por el culo? ¿Un termómetro para ganado? Si fuera un poco más largo, creo que percibiría el sabor de la punta. Y no se han pasado con el lubricante precisamente... pero por otra parte, ¿por qué iban a pasarse? A fin de cuentas, estoy muerto.

Muerto.

—Lo siento, doctora —se disculpa Pete antes de intentar recordar dónde

se había quedado y proseguir por fin—: Esos datos constan en el impreso de la ambulancia y están sacados de un carnet de conducir de Maine. El médico que certificó la defunción fue... esto... Frank Jennings, en el lugar de la muerte.

Empiezo a desear que me sangre la nariz. «Por favor —le digo a mi apéndice—. Sangra. No, no te limites a sangrar de forma normal. Sangra a chorros.»

Pero no sangra.

—La causa de la muerte podría ser un infarto —recita Pete.

Una mano liviana me desciende por la espalda hasta las nalgas. Rezo por que me saque el termómetro, pero no lo hace.

—La columna parece intacta, sin fenómenos atrayentes.

¿Fenómenos atrayentes? Pero ¿qué se han creído que soy? ¿Una modelo?

Me levanta la cabeza, acariciándome los pómulos con las yemas de los dedos, y yo zumbo como un loco, Nnnnnnnnnnn, sabedor de que es imposible que me oiga por encima de la guitarra estridente de Keith Richards, pero con la esperanza de que sienta la vibración del sonido en mis fosas nasales.

No nota nada, sino que me mueve la cabeza de un lado a otro.

—No hay heridas aparentes en el cuello, ni *rigor mortis* —dice.

Imploro que deje caer mi cabeza para que choque contra la mesa y me provoque una hemorragia nasal, a menos que realmente esté muerto, pero me la baja despacio, con gran consideración, aplastándome de nuevo la nariz, con el consiguiente peligro de asfixia.

—No hay heridas visibles en la espalda ni las nalgas —continúa—, aunque se aprecia una antigua cicatriz en la parte superior del muslo derecho que parece alguna clase de herida, tal vez de metralla. Parece haber sido grave.

Fue grave y fue metralla. El final de mi guerra. Una bala de mortero aterrizó en una zona de aprovisionamiento, segando la vida de dos hombres y perdonándosela al tercero, yo. Tiene mucho peor aspecto en la parte delantera, en un sitio mucho más delicado, pero todo el aparato me funciona... o al menos me funcionaba hasta hoy. Unos milímetros más a la izquierda y me habrían tenido que poner una bomba manual y un cartucho de CO₂ para mis momentos más íntimos.

Por fin me saca el termómetro, Dios mío, qué alivio, y en la pared veo su sombra sosteniéndolo en alto.

—Treinta y cinco con seis —lee—. No está mal. Este tipo casi podría estar vivo, Katie... doctora Arlen.

—Recuerda dónde lo encontraron —señala ella desde el otro lado de la sala.

El disco se encuentra en una pausa entre canciones, de modo que por un instante oigo con toda claridad su voz aleccionadora.

—Campo de golf, tarde de verano... Si estuviera a treinta y ocho, no me habría extrañado nada.

—Claro, claro —se apresura a convenir él en tono avergonzado—. ¿Todo esto sonará raro en la cinta?

Traducción: «¿Voy a parecer un imbécil en la cinta?».

—Sonará a clase magistral —responde la doctora—, o sea, a lo que es.

—Ah, vale, genial.

Sus dedos enfundados en goma me separan las nalgas, las sueltan y se deslizan por la cara posterior de mis muslos. Si pudiera ponerme tenso, me pondría tenso.

«La pierna izquierda —intento transmitirle—. La pierna izquierda, Pete, en la pantorrilla, ¿la ves?»

Tiene que verla, tiene que verla, porque yo la siento palpar como una picadura de abeja o una inyección administrada por una enfermera patosa que clava la aguja en el músculo en lugar de darle a la vena.

—El sujeto es un buen ejemplo de que no se debe jugar al golf con pantalones cortos —observa Pete, y me sorprende deseando que hubiera nacido ciego, aunque en realidad, tal vez naciera ciego, al menos así se comporta—. Veo toda clase de mordeduras de insectos y ácaros, arañazos...

—Mike dice que lo encontraron entre los arbustos —comenta Arlen.

Está armando un jaleo de mil pares de narices, como si fregara platos en un bar en lugar de archivar documentos.

—Imagino que le dio el infarto mientras buscaba la pelota.

—Ajá...

—Sigue, Peter, lo estás haciendo muy bien.

Esa afirmación se me antoja más que discutible.

—Vale.

Más golpecitos y palpaciones. Suaves. Tal vez demasiado.

—En la pantorrilla izquierda hay unas picaduras de mosquito que parecen infectadas —señala.

Si bien aún me toca con delicadeza, siento un dolor inmenso que me haría gritar si pudiera emitir algo más que ese zumbido insignificante. De repente se me ocurre que quizá mi vida dependa de la longitud de la cinta de los Rolling Stones que están escuchando... si es que es una cinta y no un *compact*, al que no hay que darle la vuelta. Si la cinta termina antes de que empiecen a cortar... si consigo zumbiar lo bastante fuerte para que me oigan antes de que uno de ellos le dé la vuelta...

—Tal vez les eche un vistazo después de la exploración externa —indicó ella—, aunque si estamos en lo cierto respecto a su corazón, no habrá necesidad. ¿O quieres que las mire ahora? ¿Te preocupan?

—No, tienen aspecto de picaduras normales y corrientes —dice el muy gilipollas—. Los mosquitos son enormes en esa zona. Tiene cinco... siete... ocho... madre mía, casi una docena solo en la pierna izquierda.

—Se le olvidó ponerse el repelente de insectos.

—Lo que se le olvidó fue la digitalina —puntualiza él, y ambos se echan a reír en un alarde de humor de sala de autopsias.

Esta vez me da la vuelta él solo, con toda probabilidad encantado de poder hacer uso de esos musculitos de gimnasio que tiene, y esconde las mordeduras de serpiente y las picaduras de mosquito que las rodean. De nuevo tengo la vista clavada en los fluorescentes. Peter retrocede un paso, fuera de mi

campo visual. Se oye un zumbido. La mesa empieza a ladearse, y sé bien por qué. Cuando me rajen, los fluidos descenderán hasta desembocar en los puntos de recogida que hay en la base. Montones de muestras para el laboratorio estatal de Augusta, por si en la autopsia surge alguna duda.

Concentro toda mi voluntad y energía en cerrar los ojos mientras me mira, pero no logro provocar ni el más leve temblor. Lo único que quería era jugar dieciocho hoyos un sábado por la tarde, pero en lugar de eso me he convertido en Blancanieves con pelo en el pecho. Y no puedo dejar de preguntarme qué sentiré cuando esas tijeras de pollero se me claven en el vientre.

Pete lleva una tablilla con papeles en una mano. La consulta un instante, la deja a un lado y vuelve a hablar al micrófono. Su voz suena mucho más segura. Acaba de efectuar el diagnóstico más erróneo de su vida, pero no lo sabe, así que empieza a cogerle el tranquilo al asunto.

—Comienzo la autopsia a las cinco cuarenta y nueve de la tarde del sábado, veinte de agosto de mil novecientos noventa y cuatro.

Me separa los labios, me examina los dientes como quien pretende comprar un caballo, y me baja la mandíbula.

—Buen color —observa—, y sin petequias en las mejillas.

La canción entra en fundido, y oigo un clic cuando pisa el pedal que detiene la cinta.

—¡Joder, podría estar vivo!

Zumbo como un loco, y en el mismo instante, la doctora Arlen deja caer algo que suena como un orinal.

—Ya le gustaría a él —dice con una carcajada.

Pete corea sus risas, y esta vez les deseo un cáncer a ambos, de esos que no pueden operarse y tardan tiempo en matar.

Pete recorre mi cuerpo con rapidez, me palpa el pecho («No se aprecian lividez, hinchazón, ni otros signos externos de infarto», señala, qué sorpresa, joder), y luego el abdomen.

Eructo.

Me mira con los ojos muy abiertos y los labios algo separados, y de nuevo intento zumbiar, sabedor de que no me oírán por encima de «Start me up», pero pensando que el eructo le hará ver por fin lo que tiene delante de las narices...

—Pide perdón, Howie —me riñe la zorra de la doctora Arlen a mi espalda con una risita—. Ándate con ojo, Pete, los eructos post mórtem son lo peor.

Pete agita la mano teatralmente ante su rostro y sigue con lo suyo. Apenas me toca la entepierna, aunque señala que la cicatriz de la cara posterior de mi pierna izquierda continúa en la parte delantera.

«Has pasado por alto la grande —pienso—, puede que porque está un poco más arriba. No importa, vigilante de la playa, pero resulta que también has pasado por alto el hecho de que estoy vivo, ¡y eso sí que importa!»

Sigue hablando al micrófono, cada vez más suelto (un poco como Jack Klugman en *Quincy, médico forense*), y sé que su compañera, la Pollyanna* de la comunidad médica, no cree que tenga que rebobinar la cinta en esta parte de la exploración. Aparte de no darse cuenta de que su primer paciente sigue vivo,

el chaval lo está haciendo de maravilla.

* Nombre de la protagonista de la película del mismo título (Swift, 1960), una niña alegre que se gana el corazón de todos los que la rodean. (*N. de la E.*)

—Creo que ya estoy listo para seguir, doctora —anuncia por fin, aunque con cierta inseguridad.

La doctora se acerca, me echa un vistazo y oprime suavemente el hombro de Pete.

—De acuerdo —conviene—. Que empiece el espectáculo.

Intento sacar la lengua. Ese sencillo gesto de niño impertinente bastaría... y me parece notar un leve cosquilleo en las profundidades de la boca, como cuando se te despierta después de una dosis potente de novocaína. ¿Y siento también un espasmo? No, imaginaciones mías, aunque...

¡Sí! ¡Sí! Pero solo un pequeño espasmo, y la segunda vez que lo intento, no sucede nada.

Cuando Pete coge las tijeras, los Rolling Stones atacan «Hang Fire».

«¡Ponedme un espejo delante de la nariz! —grito—. ¡Veréis cómo se empaña! ¿No podéis hacer al menos eso?»

Snic, snic, snic.

Pete ladea las tijeras de modo que la luz se desliza por la hoja, y por primera vez tengo la seguridad, la total seguridad, de que esta payasada macabra seguirá adelante hasta el final. El director no congelará el plano. El arbitro no detendrá la pelea en el décimo asalto. No haremos ninguna pequeña pausa para la publicidad. El querido Pete me va a clavar las tijeras en las entrañas mientras yo yazgo impotente, y me rajará como un paquete postal cualquiera.

Mira titubeante a la doctora Arlen.

«¡No!», aúllo. Mi voz reverbera contra las paredes oscuras de mi cráneo, pero de mi boca no brota sonido alguno. «¡No, por favor!»

La doctora Arlen asiente.

—Adelante, lo harás muy bien.

—Esto... ¿quieres apagar la música?

«¡Sí! ¡Sí, apágala!»

—¿Te molesta?

«¡Sí, le molesta! ¡Lo tiene tan jodido que piensa que su paciente está muerto!»

—Bueno...

—No hay problema —accede ella.

Desaparece de mi campo de visión, y al cabo de un instante, Mick y Keith callan para siempre. Intento emitir de nuevo el zumbido y descubro algo espantoso, que ya no puedo hacer ni eso. Estoy demasiado asustado. El miedo me ha bloqueado las cuerdas vocales. Solo puedo seguir con la mirada clavada en el techo mientras ella se reúne con Pete y ambos me observan como deudos ante una tumba abierta.

—Gracias —dice él antes de respirar hondo y levantar las tijeras—.

Empiezo la incisión pericárdica.

Baja las tijeras muy despacio. Las veo... las veo... hasta que por fin desaparecen de mi campo visual. Al cabo de un instante, percibo el frío del acero contra mi abdomen desnudo.

Pete mira vacilante a la doctora.

—¿Estás segura de que no...?

—¿Quieres dedicarte a esto o no, Peter? —se impacienta ella.

—Ya sabes que sí, pero...

—Pues corta.

Peter aprieta los labios y asiente. En este momento cerraría los ojos si pudiera, pero por supuesto, no puedo. Solo puedo prepararme para el dolor que sentiré dentro de uno o dos segundos, el impacto del acero.

—Cortando —anuncia Pete al tiempo que se inclina hacia delante.

—¡Espera! —grita ella.

La presión sobre mi plexo solar remite un poco. Pete se vuelve hacia ella sorprendido, trastornado y aliviado por la demora del momento crucial...

Siento la mano enguantada de la doctora en torno al pene, como si pretendiera hacerme una paja. Sexo seguro con los muertos.

—Has omitido esto, Pete —observa al poco.

Peter se inclina para examinar lo que la doctora ha encontrado, la cicatriz en mi entrepierna, en la parte superior del muslo derecho, una hendidura vidriosa y lisa en la carne.

Su mano aún me sostiene la polla para ver mejor, nada más. Por lo que a ella respecta, tanto daría que estuviera sosteniendo un almohadón del sofá para que otra persona echara un vistazo al tesoro hallado debajo, monedas, la cartera perdida, tal vez el ratón de juguete que llevaba tanto tiempo buscando... pero lo cierto es que algo está pasando.

Santa María de los Siete Dolores, algo está pasando.

—Y mira —prosigue mientras desliza la yema del dedo por el lateral de mi testículo derecho—. Mira estas cicatrices tan finas. Los testículos debieron de ponérsele como pomelos.

—Tuvo suerte de no perder uno o los dos.

—Y que lo digas —exclama ella con otra de sus risitas sugerentes.

La mano enguantada afloja la presión, se desplaza y empuja con fuerza para despejar la zona. Está haciendo sin querer algo por lo que muchos pagarían veinte o treinta pavos, aunque en otras circunstancias, claro.

—Creo que es una herida de guerra. Alcánzame la lupa, Pete.

—Pero ¿no debería...?

—Dentro de un momento —lo interrumpe la doctora—. Este no se va a ninguna parte.

Está totalmente absorta en lo que ha encontrado. Su mano sigue presionando, y lo que pasaba parece seguir pasando, aunque puede que me equivoque. Debo de equivocarme, porque de lo contrario, ella lo vería, lo sentiría...

Se inclina sobre mí, y de repente solo veo su espalda enfundada en verde

y las cintas del gorro colgando como estrafalarias coletas.

Y entonces, oh Dios mío, siento su aliento allá abajo.

—Fíjate en la forma radial —señala—. Fue una herida por explosión, hace diez años como mínimo. Podríamos comprobar su hoja de servicio...

De repente, la puerta se abre de par en par. Pete profiere un grito de sorpresa. La doctora Arlen no grita, pero incrementa sin querer la presión de la mano, y lo que siento es como una variación diabólica de la típica fantasía de la enfermera.

—¡No lo rajéis! —chilla alguien con voz tan estridente y temblorosa de miedo que apenas reconozco a Rusty—. ¡No lo rajéis, había una serpiente en su bolsa de palos y ha mordido a Mike!

Se vuelven hacia él con los ojos como platos. La mano de la doctora me sigue agarrando, pero no se da cuenta, al menos de momento, al igual que Pete no se da cuenta de que se aferra la parte izquierda de la pechera de la bata con la mano. El muerto por infarto parece él.

—¿Qué... pero qué...? —tartamudea.

—¡Lo ha dejado planchado! —farfulla Rusty—. Creo que se pondrá bien, pero casi no puede ni hablar. Una serpiente marrón muy pequeña, nunca he visto nada parecido, se ha escondido bajo el portón de carga, pero eso no es lo importante. Creo que mordió al tipo que hemos traído. Creo que... Pero por el amor de Dios, doctora, ¿qué pretende? ¿Devolverlo a la vida con una paja?

La doctora Arlen se gira, aturdida, sin saber a qué se refiere... y de repente se da cuenta de que en la mano sostiene un pene casi erecto. Y cuando grita y le arrebató las tijeras a Pete, vuelvo a pensar en aquel viejo serial de Alfred Hitchcock.

Pobre Joseph Cotten, pienso.

Él solo pudo llorar.

EPÍLOGO

Ha transcurrido un año desde mi experiencia en la sala de autopsias número 4, y me he recuperado por completo, si bien la parálisis fue obstinada y aterradora. Tardé un mes entero en recobrar la motricidad fina de los dedos tanto de las manos como de los pies. Todavía no puedo tocar el piano, claro que antes tampoco podía. Es una broma, y no pido disculpas por ella. Estoy convencido de que en los primeros tres meses después de mi desventura, mi capacidad para bromear me permitió trazar una delgada pero vital línea entre la cordura y el colapso nervioso. A menos que uno haya sentido la punta de unas tijeras de autopsia en el vientre, no sabrá a qué me refiero.

Unas dos semanas después del horror, una mujer que vivía en Dupont Street llamó a la policía para quejarse del «pestazo» procedente de la casa contigua. Dicha vivienda pertenecía a un empleado bancario soltero llamado Walter Kerr. La policía halló la casa vacía... de vida humana. En el sótano encontraron más de sesenta serpientes de distintas clases. Alrededor de la mitad habían muerto de inanición y deshidratación, pero muchas de ellas estaban muy vivas... y eran extremadamente peligrosas. Varias de ellas eran ejemplares raros, y una pertenecía a una especie que se creía extinguida desde mediados de siglo, según los herpetólogos consultados.

Kerr no se presentó en el Derry Community Bank el 22 de agosto, dos días después de que me mordiera la serpiente y uno después de que la prensa publicara la noticia (HOMBRE PARALIZADO ESCAPA POR LOS PELOS DE AUTOPSIA MORTAL, rezaba el titular; alguien llegó a publicar que me había quedado «paralizado de terror».)

Había una serpiente por cada jaula encontrada en el terrario subterráneo de Kerr, salvo en un caso. La jaula desocupada no llevaba etiqueta, y la serpiente que salió de mi bolsa de palos de golf (los enfermeros de la ambulancia se la llevaron junto con el «cadáver» y se dedicaron a jugar a golf en el aparcamiento) desapareció sin dejar rastro. La toxina hallada en mi sangre quedó documentada, pero no pudo identificarse. A lo largo del último año he mirado muchísimas fotografías de serpientes y he encontrado al menos una que, por lo visto, provoca parálisis total. Se trata de la boomslang peruana, una serpiente que, supuestamente, lleva extinguida desde los años veinte. Dupont Street se halla a menos de un kilómetro del campo de golf municipal de Derry, y casi todos los terrenos que median entre ambos puntos son matorrales y solares deshabitados.

Una última curiosidad. Katie Arlen y yo salimos juntos durante cuatro meses, desde noviembre de 1994 hasta febrero de 1995. Rompimos de mutuo acuerdo por incompatibilidad sexual.

Yo sufría de impotencia a menos que ella llevara guantes de látex.

Creo que, en un momento dado, todo autor de relatos de terror debe abordar el tema del entierro prematuro, aunque solo sea porque se trata de un miedo universal. Cuando tenía unos siete años, la serie televisiva más espeluznante que daban era Alfred Hitchcock presenta, y el episodio más aterrador, en ello estábamos de acuerdo mis amigos y yo, fue aquel en el que Joseph Cotten daba vida a un hombre herido en un accidente de tráfico. De hecho, estaba tan grave que los médicos lo dan por muerto, porque ni siquiera le encontraban los latidos. Cuando estaban a punto de practicarle la autopsia, es decir, de rajarlo mientras seguía vivo y gritaba en silencio, derramaba una sola lágrima para hacerles ver que no había muerto. Fue conmovedor, pero lo conmovedor no suele formar parte de mi repertorio. Cuando me puse a pensar en el tema, se me ocurrió un medio de comunicación más... llamémosle moderno, y este relato es el resultado de ello. Una última cosa por lo que respecta a la serpiente. Dudo mucho que exista una serpiente llamada boomslang peruana, pero en una las aventuras de la señorita Marple, la señora Agatha Christie menciona una boomslang africana. Me gustó tanto la palabra (me refiero a boomslang, no a africana,) que no pude por menos de incluirla en la historia.

EL HOMBRE DEL TRAJE NEGRO(****)

Soy un hombre muy anciano y esto es algo que me sucedió cuando era muy joven, cuando solo tenía nueve años. Corría el año 1914, el verano después de que mi hermano Dan muriera en el campo oeste y tres años antes de que Estados Unidos interviniera en la Primera Guerra Mundial. Nunca he contado a nadie lo que pasó aquel día en la bifurcación del río, y nunca lo haré... al menos no de palabra. Sin embargo, he decidido escribirlo en este libro, que dejaré sobre la mesilla de noche junto a mi cama. No puedo escribir durante un largo rato, porque las manos me tiemblan mucho y apenas me quedan fuerzas, pero no creo que me lleve demasiado tiempo.

Puede que alguien encuentre algún día lo que he escrito. Me parece probable, porque es muy humano abrir un libro titulado *Diario* después de la muerte de su dueño. Por ello considero probable que mis palabras lleguen a leerse. Otra cosa es si alguien les dará crédito. Casi seguro que no, pero da igual. No me interesa la credibilidad, sino la libertad, y he descubierto que escribir puede proporcionarla. Durante veinte años fui autor de una columna titulada «Hace mucho, en un lugar lejano» para el *Call* de Castle Rock y sé que en ocasiones funciona así. Lo que escribes a veces te abandona para siempre, como una fotografía vieja expuesta al sol hasta que queda totalmente blanca.

Rezo por alcanzar ese nivel de liberación.

Un hombre de noventa años debería haber superado hace mucho los terrores de la infancia, pero a medida que me asolan los achaques como olas que lamen con cada vez mayor insistencia un castillo de arena construido sin mimo, ese rostro terrible se me aparece con claridad creciente. Reluce como una estrella oscura en las constelaciones de mi infancia. Puedo olvidar lo que hice ayer, a quién he visto en mi habitación del geriátrico, lo que he dicho o lo que me han dicho... pero el rostro del hombre del traje negro se torna cada vez más claro, más cercano, y recuerdo cada palabra que me dijo. No quiero pensar en él, pero no puedo evitarlo, y a veces, por la noche, mi viejo corazón late con tal fuerza e intensidad que tengo la sensación de que me saltará del pecho. Por ello desenroscó el capuchón de mi estilográfica y obligo a mi mano temblorosa a escribir esta absurda anécdota en el diario que una de mis bisnietas, cuyo nombre no recuerdo, al menos ahora mismo, aunque sé que empieza por «S», me regaló la pasada Navidad, y en el que nada he escrito hasta ahora. Pero ahora sí. Ahora voy a escribir la historia de cómo conocí al hombre del traje negro en la orilla del río Castle una tarde del verano de 1914.

La población de Motton era un mundo distinto en aquellos tiempos, más distinto de lo que podría llegar a describir. Era un mundo sin aviones rugiendo en el cielo, un mundo casi libre de coches y camiones, un mundo en el que el aire todavía no estaba dividido en carriles y porciones por los cables de la electricidad.

No había una sola calle asfaltada en todo el pueblo, y el barrio comercial no consistía más que en el ultramarinos de Corson, la ferretería de Thut, la iglesia metodista, la escuela, el ayuntamiento y el restaurante de Harry, a ochocientos metros de allí, que mi madre, con infinito desdén, llamaba «la licorería».

Pero la diferencia principal estribaba en el modo en que vivía la gente, el aislamiento en que vivían. No sé si las personas nacidas en la segunda mitad del siglo XX pueden creérselo, aunque tal vez afirmen que se lo creen para mostrarse corteses con los ancianos como yo. En el oeste de Maine no existían los teléfonos, para empezar. Faltaban cinco años para que se instalara el primero, y cuando pusieron uno en mi casa, yo ya tenía diecinueve años e iba a la Universidad de Maine, en Orono.

Sin embargo, todo eso no es más que la punta del iceberg. El médico más cercano vivía en Casco, y el pueblo constaba apenas de una docena de casas. No había barrios (a decir verdad, ni siquiera sé si conocíamos esa palabra, aunque sí existía un término, «vecindad», que hacía referencia a las funciones organizadas en la iglesia y a los bailes), y los campos sin cultivar eran la excepción y no la regla. Fuera del casco urbano, las casas eran granjas muy separadas unas de otras, y desde diciembre hasta mediados de marzo permanecíamos arrebujados en los pequeños bolsillos de calor que denominábamos familias. Nos arrebujábamos, escuchábamos el silbido del viento en la chimenea y esperábamos que nadie cayera enfermo, se rompiera una pierna o perdiera el juicio, como el granjero de Castle Rock que había descuartizado a su mujer y a sus hijos tres inviernos antes, alegando después en el juicio que los fantasmas lo habían obligado a hacerlo. En aquellos días previos a la Gran Guerra, casi todo Motton era bosque y ciénaga, grandes espacios oscuros cubiertos de musgo e infestados de mosquitos, serpientes y secretos. En aquellos tiempos había fantasmas por todas partes.

El episodio al que me refiero tuvo lugar un sábado. Mi padre siempre me daba una lista de tareas, incluyendo algunas que habrían correspondido a Dan de no haber muerto. Era mi único hermano y había muerto como consecuencia de la picadura de una abeja. Había transcurrido un año desde la tragedia, pero mi madre seguía sin querer aceptarlo. Decía que tenía que haber sido otra cosa, que nadie moría a consecuencia de la picadura de una abeja. Cuando Mama Sweet, la dama más anciana del Comité de Damas Metodistas, intentó contarle en invierno, durante la cena de la iglesia, que su tío predilecto había corrido la misma suerte en 1873, mi madre se tapó los oídos, se levantó y salió del sótano de la iglesia para no volver, sin que mi padre pudiera hacer nada para convencerla. Afirmaba que ya no quería saber nada de la iglesia y que si tenía que volver a ver a Helen Robichaud (el verdadero nombre de Mama Sweet), le arrancaría los ojos sin poder contenerse.

Ese día en particular, papá quería que partiera leña para el fogón, arrancara las malas hierbas de las alubias y los pepinos, bajara heno del pajar,

sacara dos jarras de agua para ponerlas al fresco y rascara toda la pintura vieja que pudiera del mamparo del sótano.

Cuando acabara podía ir a pescar si no me importaba ir solo, ya que él tenía que ir a ver a Bill Eversham para hablar de unas vacas. Contesté que no me importaba ir solo, y papá sonrió como si no le sorprendiera mi respuesta. La semana anterior me había regalado una caña de bambú, no porque fuera mi cumpleaños ni nada, sino porque a veces le gustaba regalarme cosas, y me moría de ganas de probarla en el río Castle, que era con mucho el río más cargado de truchas que había visto en mi vida.

—Pero no te metas demasiado en el bosque —me advirtió—. No vayas más allá de la bifurcación.

—No, señor.

—Prométemelo.

—Sí, señor, lo prometo.

—Y ahora prométeselo a tu madre.

Estábamos de pie junto a la puerta trasera. Yo me dirigía a la fuente con las jarras de agua cuando mi padre me detuvo. En ese momento me hizo volver hacia mi madre, que estaba de pie ante el mostrador de mármol, bañada en la intensa luz matutina que entraba por el ventanal situado sobre el fregadero. Un rizo le descendía por un lado de la frente hasta rozarle la ceja (¿Ven con qué precisión lo recuerdo todo?). La brillante luz convertía el tirabuzón en filamentos de oro que me daban ganas de correr hacia ella y abrazarla. En ese instante la vi como mujer, como mi padre debía de verla. Llevaba una bata de casa con estampado de rositas, lo recuerdo, y estaba amasando el pan. Candy Bill, nuestro pequeño terrier escocés negro, esperaba muy atento a sus pies a que le cayera algún mendrugo. Mi madre me miraba.

—Lo prometo —repetí.

Esbozó una sonrisa, pero era la sonrisa preocupada que siempre esbozaba desde el día en que mi padre trajo a Dan en brazos desde el campo oeste. Mi padre llegó sollozante y con el pecho desnudo. Se había quitado la camisa para cubrir el rostro de Dan, que se había hinchado y puesto lívido. «¡Mi niño! —gritaba—. ¡Mira lo que le ha pasado a mi niño, por el amor de Dios!» Lo recuerdo como si fuera ayer. Fue la única vez que oí a mi padre tomar el nombre del Señor en vano.

—¿Qué prometes, Gary? —me preguntó mi madre.

—Prometo ir no más lejos de la bifurcación, señora.

—No ir más lejos —me corrigió.

—No ir más lejos —repetí obediente.

Me dirigió una mirada paciente, sin añadir nada más mientras sus manos seguían trabajando la masa, que había adquirido un aspecto liso y sedoso.

—Prometo no ir más lejos de la bifurcación, señora.

—Gracias, Gary—dijo—. E intenta recordar que la gramática hay que aplicarla siempre, no solo en la escuela.

—Sí, señora.

Candy Bill me siguió mientras hacía mis tareas, se sentó entre mis pies cuando comí y me observó con la misma atención que le había dedicado a mi madre mientras amasaba el pan. Pero cuando cogí la caña de bambú nueva y la nasa vieja y astillada para ir a pescar, el perro se detuvo junto a un rollo viejo de tela metálica y me siguió con la mirada. Lo llamé, pero no acudió. Se limitó a soltar un par de ladridos, como si me dijera que volviera, pero nada más.

—Pues quédate —dije, procurando aparentar que no me importaba.

Pero sí me importaba, al menos un poco; Candy Bill siempre me acompañaba a pescar.

Mi madre se acercó a la puerta y me miró con la mano izquierda sobre los ojos a modo de visera. Aún la veo en aquella postura, y es como ver una fotografía de alguien que más tarde fue desgraciado o murió de forma repentina.

—¡Recuerda lo que te ha dicho tu padre, Gary!

—Sí, señora.

Me saludó con la mano. Le devolví el saludo, le di la espalda y me alejé.

El sol abrasador me azotó la nuca durante los primeros cuatrocientos metros, pero entonces llegué al bosque, donde la sombra protegía el sendero, donde el aire era fresco y olía a abeto, donde se oía el viento silbar entre los frondosos árboles. Caminaba con la caña al hombro como hacían los chavales por aquel entonces, sosteniendo la nasa en la otra mano como si de una maleta de viajante se tratara. Tras adentrarme unos tres kilómetros en el bosque a lo largo de un camino que no era más que dos surcos separados por una mediana de hierba, empecé a oír el murmullo apresurado y ansioso del río Castle. Pensé en las truchas de brillante lomo moteado y vientre blanco como la nieve, y el corazón me dio un salto de alegría.

El río fluía bajo un puentecito de madera, y las orillas que descendían hasta el agua eran escarpadas y estaban cubiertas de maleza. Me abrí paso con cuidado, aferrándome a cuantos puntos de agarre encontraba y pisando con firmeza. Tuve la sensación de que abandonaba el verano para retroceder hasta mediados de primavera. Cuando llegué al agua, permanecí inmóvil unos instantes, aspirando el aroma musgoso y contemplando el revoloteo de las libélulas y el patinaje de las moscas de agua. Corriente abajo vi que una trucha saltaba para atrapar una mariposa, un hermoso ejemplar de unos treinta y cinco centímetros, y recordé que no había ido allí para admirar el paisaje.

Caminé a lo largo de la orilla, siguiendo la corriente, y arrojé el anzuelo por primera vez cuando aún veía el puente río arriba. Algo tiró de la caña un par de veces y se comió parte de mi cebo, pero era demasiado astuto para mis jovencísimas manos, o tal vez no estaba lo bastante hambriento para bajar la guardia, de modo que seguí adelante.

Me paré en dos o tres lugares antes de llegar a la bifurcación del río Castle. Una de las ramas fluía hacia el sudoeste, en dirección a Castle Rock, y la otra hacia el sudeste, en dirección a Kashwakamak. En una de ellas pesqué la

trucha más grande de mi vida, una belleza de casi medio metro de longitud según la regla que siempre llevaba en la nasa. Era un ejemplar descomunal de trucha de arroyo, incluso para la época.

Si hubiera aceptado aquella trucha como recompensa suficiente por un día de pesca y regresado a casa enseguida, ahora no estaría escribiendo este relato (que por cierto será más largo de lo que esperaba, ya lo veo ahora), pero no lo hice, sino que me ocupé de la trucha tal como mi padre me había enseñado. La limpié, la coloqué sobre hierba seca en el fondo de la nasa, la cubrí con hierba húmeda y seguí adelante. A mis nueve años, no consideraba que pescar una trucha de medio metro fuera nada del otro jueves, si bien recuerdo haberme asombrado de que el sedal no se rompiera cuando, sin red ni arte, lo saqué del agua y lo blandí hacia mí en un vacilante arco.

Al cabo de diez minutos llegué al lugar donde el río se dividía en aquellos tiempos (un sitio desaparecido hace mucho, pues ahora una urbanización de casas adosadas ocupa el lugar donde antaño fluía el Castle, además de una escuela primaria, y si queda algún río, fluye bajo tierra) en torno a una inmensa roca gris del tamaño de nuestra letrina. Ahí había un agradable espacio plano cubierto de hierba esponjosa y con vistas a lo que mi padre y yo llamábamos la Rama Sur. Me puse en cuclillas, arrojé el anzuelo y casi de inmediato pesqué una hermosa trucha arco iris. No era tan grande como la otra, porque media treinta y pocos centímetros, pero aun así era un bonito ejemplar. La tuve limpia antes de que las agallas dejaran de aletear, la guardé en la nasa y volví a tirar el anzuelo.

Esta vez no picó ningún pez al momento, de modo que me tumbé de espaldas para contemplar la tira de cielo azul que se veía a lo largo del curso del río. Las nubes lo surcaban de oeste a este, e intenté identificar formas conocidas en ellas. Vi un unicornio, un gallo y luego un perro que se parecía un poco a Candy Bill. Estaba buscando la siguiente forma cuando me quedé adormilado.

O quizá me dormí del todo, no lo sé a ciencia cierta. Lo único que sé es que un tirón del sedal tan fuerte que a punto estuvo de arrancarme la caña de las manos fue lo que me despertó aquella tarde. Me puse en pie, agarré la caña con fuerza y de pronto me di cuenta de que tenía algo posado en la punta de la nariz. Me puse bizco y comprobé que se trataba de una abeja. El corazón me dio un vuelco, y por un terrible instante estuve convencido de que me haría pis encima.

Otro tirón, esta vez más fuerte, pero si bien seguí aferrando la caña para que no cayera al río y fuera arrastrada por la corriente (creo que incluso tuve la presencia de ánimo suficiente para sujetar el sedal con el dedo medio), no intenté sacar el pez, pues estaba demasiado absorto en el rollizo bicho negro y amarillo que había tomado mi nariz por un área de servicio.

Muy despacio adelanté el labio inferior y soplé. La abeja se agitó un poco pero no levantó el vuelo. Soplé de nuevo, y otra vez se agitó... pero esta vez con cierta impaciencia, y no osé volver a soplar por temor a que perdiera los estribos y me picara. Estaba demasiado cerca de mí para que pudiera ver lo que hacía,

pero no costaba imaginársela metiéndome el aguijón por las narices e inyectándome su veneno fosa arriba hasta los ojos. Y el cerebro.

De repente se me ocurrió la espeluznante idea de que era la misma abeja que había matado a mi hermano. Sabía que no era cierto, y no solo porque, con toda probabilidad, las abejas no vivían más de un año (a excepción quizá de las reinas, sobre las que ya no estaba tan seguro), sino también porque las abejas morían al picar, y eso lo sabía hasta yo a pesar de tener solo nueve años. Sus aguijones eran dentados, y cuando intentaban levantar el vuelo después del ataque, se desmembraban. Aun así, no lograba desterrar la idea de mi mente. Aquella era una abeja especial, una abeja diabólica que había vuelto para acabar con el segundo hijo de Albion y Loretta.

Y otra cosa: me habían picado abejas varias veces en mi vida, y si bien las picaduras se habían hinchado tal vez más de lo normal, aunque no puedo afirmarlo con seguridad, nunca había muerto como consecuencia de ellas. Ese era el destino de mi hermano, una trampa mortal que le fue tendida ya antes de nacer, una trampa a la que yo había escapado por algún motivo. Pero mientras bizqueaba hasta que me dolieron los ojos en un intento de ver a la abeja, la lógica no formaba parte de mi pensamiento. Solo existía la abeja, nada más, la abeja que había matado a mi hermano de un modo tan espantoso que mi padre se había bajado los tirantes del peto para poderse quitar la camisa y cubrir el rostro tumefacto y deforme de Dan. Lo había hecho a pesar de la inmensidad de su dolor, para que su esposa no viera lo que le había sucedido a su primogénito. Y ahora la abeja había regresado para matarme a mí también. Me mataría, moriría entre convulsiones a orillas del río, agitándome como se agitan las truchas cuando les sacas el anzuelo de la boca.

Mientras estaba allí, sentado al borde del pánico, a punto de levantarme de un salto y salir corriendo a cualquier parte, oí un estallido a mi espalda. Fue tan potente y penetrante como un disparo, pero sabía que no se trataba de un disparo, sino de alguien dando una palmada. Una sola palmada. En el mismo instante, la abeja cayó de mi nariz y aterrizó en mi regazo. Quedó tendida sobre mis pantalones con las patas tiesas hacia arriba y el aguijón, negro e inofensivo, sobre el marrón gastado y desvaído de la pana. Estaba muerta, lo vi de inmediato. En aquel momento sentí otro tirón del sedal, el más fuerte, y a punto estuve de perder otra vez la caña.

La agarré con ambas manos y tiré de ella con brusquedad, de un modo que habría hecho que mi padre se tirase de los pelos. Una trucha arco iris más grande que la que ya había pescado surgió del agua en un tembloroso destello, salpicando finas gotas de agua con los filamentos de la cola; parecía uno de esos peces idealizados que ponían en las revistas de aventura para hombres en los años cuarenta y cincuenta. Sin embargo, en ese momento, lo que menos ocupaba mis pensamientos era pescar una pieza grande, y cuando el sedal se rompió y el pez cayó de nuevo al agua, apenas si me di cuenta. Me volví para ver quién había dado la palmada. Un hombre estaba de pie a mi espalda, en el margen del bosque. Su rostro era muy largo y pálido, llevaba el cabello aplastado contra el cráneo y dividido con exquisita pulcritud en el lado izquierdo de su estrecha

cabeza. Era muy alto, iba vestido con un traje negro de tres piezas, y supe al instante que no era un ser humano, porque sus ojos eran del color naranja de las llamas del fogón, y no me refiero a los iris, porque no tenía iris, ni pupilas ni globos oculares. Sus ojos eran totalmente anaranjados, de un naranja que iba cambiando de matiz y parpadeaba. Y realmente he llegado demasiado lejos para no decir toda la verdad, ¿no les parece? Ese hombre ardía por dentro, y sus ojos eran como las ventanillas de cristal que a veces tienen las puertas de los fogones.

Mi vejiga cedió, y el marrón gastado sobre el que yacía la abeja muerta se tiñó de un matiz más oscuro. Apenas me di cuenta de que me orinaba encima; no lograba apartar la mirada del hombre parado en lo alto de la cuesta, el hombre que había surgido de entre cuarenta kilómetros de bosques sin senderos ataviado con un elegante traje negro y estrechos zapatos de cuero reluciente. Veía la cadena de su reloj atravesada sobre el chaleco, reluciendo bajo el sol. No tenía ni una pizca de pinza adherida a la ropa y me observaba con una sonrisa.

—¡Vaya, pero si es un joven pescador! —exclamó con voz suave y afable—. ¡Mira por dónde! ¿Nos conocemos, pescador?

—Hola, señor —saludé.

La voz que brotó de mis labios no temblaba, pero tampoco sonaba como mi voz, sino como la voz de una persona mayor, tal vez como la de Dan o incluso la de mi padre. Lo único que alcanzaba a pensar era que quizá me soltaría si fingía no ver lo que era. Si fingía no ver que tenía llamas en lugar de ojos.

—Me parece que te he ahorrado una picadura muy desagradable —comentó.

Y entonces, para mi horror, bajó por la orilla hasta donde yo estaba sentado con una abeja muerta sobre el regazo mojado y una caña de bambú entre las manos entumecidas. Sus zapatos urbanos de suela lisa deberían haber resbalado sobre la hierba baja que cubría la pendiente escarpada, pero no fue así, ni tampoco dejaban huellas, por lo que pude comprobar. En los lugares que sus pies tocaban... o parecían tocar... no quedaba una sola ramita rota, ninguna hoja aplastada, ninguna huella de zapato.

Aun antes de que llegara a mi lado, identifiqué el olor que despedía su piel bajo el traje, el olor a cerillas quemadas. Olor a azufre. El hombre del traje negro sin duda era el Diablo. Había surgido del frondoso bosque que mediaba entre Motton y Kashwakamak y ahora estaba junto a mí. Por el rabillo del ojo vi una mano tan pálida como las manos de los maniqués en los escaparates, y de dedos larguísimos.

Se puso en cuclillas a mi lado, y sus rodillas crujieron como las de cualquier hombre normal, pero cuando movió las manos para dejarlas colgando entre ellas, vi que los dedos no acababan en uñas, sino en largas garras amarillas.

—No has contestado a mi pregunta, pescador —insistió en el mismo tono suave.

Se parecía, ahora que lo pienso, a la voz de esos locutores radiofónicos de los programas musicales de años venideros, esos que te vendían Geritol,

Serutan, Ovaltine y pastillas del doctor Grabow.

—¿Nos conocemos?

—No me haga daño, por favor —susurré en voz tan baja que apenas la oía yo mismo.

Estaba más asustado de lo que puedo llegar a explicar aquí, más asustado de lo que quiero recordar... pero lo recuerdo. En ningún momento se me ocurrió esperar que fuera un sueño, aunque supongo que se me habría ocurrido de haber sido mayor. Pero no era mayor; solo tenía nueve años y comprendí la verdad en cuanto se puso en cuclillas junto a mí. Sabía distinguir la velocidad del tocino, como decía mi padre. El hombre que surgió del bosque aquel sábado por la tarde era el Diablo, y en el interior de las cuencas vacías de sus ojos, su cerebro ardía.

—Oh, oh, me ha parecido oler algo —comentó como si no me hubiera oído, aunque yo sabía que sí me había oído—. Algo... mojado.

Se inclinó hacia mí con la nariz por delante, como quien se adelanta para oler una flor. De pronto me fijé en algo espantoso. A medida que la sombra de su cabeza flotaba sobre la orilla, la hierba que tocaba se marchitaba y moría. Bajó la cabeza hacia mis pantalones y husmeó con los ojos ardientes entornados, como si aspirara una fragancia sublime y pretendiera concentrarse por entero en ella.

—¡Horror! —exclamó—. ¡Horror de los horrores! «¡Ópalos, zafiros y amatistas! ¡Gary va dejando pistas!» —recitó acto seguido, y se tumbó de espaldas sobre la plataforma riéndose como un lunático.

Consideré la posibilidad de salir huyendo, pero mis piernas parecían totalmente ajenas a mi cerebro. Pese a todo, no lloraba. Me había hecho pis encima como un bebé, pero no lloraba. Estaba demasiado asustado para llorar. De repente supe que iba a morir, probablemente de un modo doloroso, pero lo peor era que eso no iba a ser lo peor.

Lo peor tal vez empezara después de mi muerte.

Me levanté con brusquedad, mareado por el hedor a cerilla quemada que despedía su traje. Aquel rostro estrecho y blanco puntuado por dos ojos ardientes me observaba solemne, pero también con cierto humor. Parecía reírse en su fuero interno.

—Malas noticias, pescador—anunció—. Traigo malas noticias.

No podía más que mirarlo, su traje negro, los elegantes zapatos negros, los dedos largos y pálidos rematados por garras.

—Tu madre ha muerto.

—¡No! —grité.

La evoqué amasando el pan, con el rizo colgándole sobre la frente hasta rozar la ceja, de pie bajo la intensa luz de la mañana, y el terror volvió a adueñarse de mí... pero no por mí esta vez. Entonces recordé su aspecto antes de salir a pescar, de pie en la puerta de la cocina con la mano protegiéndole los ojos, como una fotografía de alguien a quien esperas volver a ver pero a quien no ves más.

—¡Miente! —insistí.

Esbozó una sonrisa, la clase de sonrisa triste y paciente de un hombre que

ha recibido frecuentes acusaciones falsas.

—Me temo que no —aseguró—. Le ha pasado lo mismo que a tu hermano, Gary. Una abeja.

—No es cierto —persistí, y entonces sí rompí a llorar—. Es vieja, tiene treinta y cinco años, y si una picadura de abeja podía matarla como a Dan, habría muerto hace mucho antes, ¡y usted es un embustero de mierda!

Había llamado al Diablo embustero de mierda. En cierto modo era consciente de ello, pero la parte superficial de mi mente estaba bloqueada por la enormidad de lo que acababa de decirme. ¿Que mi madre había muerto? Era como si me hubiera dicho que había un nuevo mar donde antes estaban las Rocosas. Sin embargo, lo creí. En cierto sentido lo creí por completo, como siempre creemos, en cierto modo, lo peor que nuestro corazón es capaz de imaginar.

—Comprendo tu dolor, pequeño pescador, pero ese argumento hace aguas, si me permites que te lo diga —repuso en un tono burlesco consolador que era horrible, enloquecedor, carente de lamento y de pena—. Uno puede pasarse la vida entera sin ver un sinsonte, pero eso no significa que no existan. Tu madre...

Una trucha saltó en el agua. El hombre del traje negro frunció el entrecejo y la señaló con el dedo. La trucha se retorció en el aire hasta el extremo de que pareció a punto de romperse por la cola, y cuando cayó de nuevo en el río Castle, se alejó flotando sin vida. Chocó contra la gran roca negra donde se dividían las aguas, dio dos vueltas en el remolino que allí se formaba y siguió flotando en dirección a Castle Rock. Entretanto, el sobrecogedor desconocido volvió de nuevo sus ojos ardientes hacia mí y me miró con una sonrisa canibal en la boca de dientes diminutos y afilados.

—A tu madre nunca le había picado una abeja —explicó—. Pero de repente, hace menos de una hora, entró una volando por la ventana de la cocina mientras ella sacaba el pan del horno y lo dejaba sobre el mármol para que se enfriara...

—No pienso seguir escuchándolo, no pienso seguir escuchándolo. ¡Ni hablar!

Levanté las manos y me tapé los oídos. El hombre frunció los labios como si se dispusiera a silbar y sopló un poco de aire en mi rostro. No fue más que un leve aliento, pero hedía de un modo insoportable, a alcantarillas obstruidas, letrinas jamás limpiadas, pollos muertos después de una inundación...

Dejé caer las manos.

—Bien —dijo—. Necesitas escuchar esto, Gary; necesitas escuchar esto, pequeño pescador. Fue tu madre la que transmitió esa debilidad fatal a tu hermano Dan; tú tienes un poco, pero también tienes la protección de tu padre, que por alguna razón, el pobre Dan no heredó.

Volvió a fruncir los labios, pero esta vez para emitir un chasquido cruelmente cómico con la lengua en lugar de para echarme su fétido aliento.

—Así que, si bien no me gusta hablar mal de los muertos, me parece un caso de justicia poética, ¿no estás de acuerdo? Al fin y al cabo, ella mató a tu

hermano Dan, igual que si le hubiera pegado un tiro en la sien.

—No —susurré—. No es cierto.

—Te aseguro que sí. La abeja entró volando por la ventana y se le posó en la nuca. Ella le dio un manotazo sin darse cuenta de lo que hacía... Tú fuiste más listo, ¿eh, Gary? Y la abeja le picó. Enseguida notó cómo se le hinchaba la garganta. Eso es lo que les pasa a las personas alérgicas al veneno de abeja. Se les hincha la garganta y se asfixian. Por eso Dan tenía la cara tan hinchada y lívida. Por eso tu padre se la cubrió con la camisa.

Me lo quedé mirando con fijeza, incapaz de articular palabra mientras las lágrimas me rodaban por las mejillas. No quería creerle, y sabía por las clases de la escuela parroquial que el demonio es el padre del embuste, pero le creía. Estaba convencido de que había estado en nuestro patio, mirando por la ventana de la cocina cuando mi madre cayó de rodillas, aferrándose el cuello tumefacto mientras Candy Bill daba saltos a su alrededor, emitiendo sus estridentes ladridos.

—Y los ruiditos espantosos que hacía... —prosiguió el hombre del traje negro en tono reflexivo—. Se arañaba la cara, los ojos se le salían de las órbitas, lloraba... —Se detuvo un instante antes de continuar—: Lloraba mientras moría, ¿no te parece precioso? Y lo mejor de todo es que cuando ya estaba muerta... cuando llevaba en el suelo unos quince minutos, en medio de un silencio absoluto, puntuado tan solo por el tictac del fogón, con el agujijón de la abeja aún clavado en la nuca, pequeño, tan pequeño, ¿sabes lo que ha hecho Candy Bill? Ese granujilla le ha lamido las lágrimas, primero las de un ojo y luego las del otro.

El hombre del traje negro contempló unos instantes el río con expresión triste y pensativa. Cuando se volvió de nuevo hacia mí, la mirada compungida se había esfumado como un sueño, y en su rostro se pintaba una expresión entre impasible y ávida, como el cadáver de un hombre que murió hambriento. Sus ojos seguían ardiendo, y entre sus labios pálidos se adivinaban los dienteclillos afilados.

—Me muero de hambre —comentó de repente—. Te voy a matar, te abriré en canal y me comeré tus entrañas, pequeño pescador. ¿Qué te parece?

«No —intenté decir—, no, por favor», pero de mis labios no brotó sonido alguno. Comprendí que hablaba en serio, muy en serio.

—Es que tengo tanta hambre... —exclamó entre quejumbroso y burlón—. Además, te aseguro que no te conviene seguir viviendo sin tu madre, porque tu padre es de los que necesitará un agujero calentito donde meterla, y si tú eres el único que tiene a mano, pues a por ti irá. Te ahorraré tan desagradable y violenta experiencia. Y por si fuera poco, irás al Cielo, no lo olvides. Las almas asesinadas siempre van al Cielo. Así que ambos serviremos a Dios esta tarde, Gary. Qué bien, ¿verdad?

Alargó hacia mí aquella mano de dedos largos y pálidos, y sin ser consciente de ello, abrí la nasa, hundí la mano hasta el fondo y saqué la enorme trucha que había pescado, aquella con la que debería haberme dado por satisfecho. Se la alargué sin ver lo que hacía, con los dedos dentro del corte rojo

que había practicado para destripar el pez, al igual que el hombre del traje negro había amenazado con destriparme a mí. El ojo vidrioso del animal me miraba soñador, y el anillo dorado que rodeaba el centro negro me recordó la alianza de mi madre. Y en ese momento la vi tendida en su ataúd, con el sol arrancando destellos al anillo, y supe que era cierto, que le había picado una abeja, que se había asfixiado en la cocina cálida y envuelta en la dulce fragancia del pan, que Candy Bill le había lamido las lágrimas agonizantes de las mejillas hinchadas.

—¡Pez grande! —rugió el hombre del traje negro con voz gutural y codiciosa—. ¡Oh, peeeez graaaaaande!

Me arrebató la trucha y se la metió en una boca que se abría más de lo que podía abrirse cualquier boca humana. Muchos años más tarde, cuando tenía sesenta y cinco años (sé que tenía sesenta y cinco porque fue el verano en que me jubilé como profesor), fui al acuario de Nueva Inglaterra y por fin vi un tiburón. La boca abierta del hombre del traje negro era como la de ese tiburón, solo que el gajnate era de color naranja brillante, del mismo color que sus horripilantes ojos, y sentí en el rostro el calor que emanaba, como se siente una ola de calor repentina delante de la chimenea cuando prende un tronco muy seco. Y no eran imaginaciones mías, lo sé, porque justo antes de que se deslizara la cabeza de mi trucha de medio metro entre las mandíbulas abiertas de par en par, vi que las escamas de los costados del pez se levantaban y rizaban como virutas de papel flotando sobre una incineradora abierta.

Se embutió el animal en la boca como un tragasables de feria. No masticó, y los ojos ardientes casi se le salieron de las órbitas, como si realizara un gran esfuerzo. El pescado fue entrando y entrando, la garganta del hombre se hinchó cuando la pieza descendió por el gajnate, y de sus ojos brotaron lágrimas... de sangre escarlata y espesa.

Creo que fue la visión de aquellas lágrimas sangrientas lo que me devolvió el movimiento. No sé por qué, pero creo que así fue. Me levanté de un salto como impulsado por un resorte, me di la vuelta con la caña de bambú aún en la mano y huí orilla arriba, inclinado hacia delante y batiendo la áspera maleza con la mano libre en un intento de alcanzar la cima lo antes posible.

El hombre del traje negro emitió una especie de rugido ahogado, típico de una persona que tiene la boca demasiado llena; yo miré por encima del hombro al llegar arriba. Me estaba siguiendo, con los faldones de la chaqueta revoloteando a su alrededor y la cadena dorada del reloj centelleando al sol. La cola del pez aún le sobresalía de la boca, y me llegaba el olor a pescado asado en el horno que era su garganta.

Corría con las manos alargadas hacia mí, intentando aferrarme con las garras, pero yo seguí corriendo a lo largo del río. Al cabo de unos cien metros recobré la voz y empecé a gritar... de miedo, por supuesto, pero también de dolor por mi hermosa madre muerta.

El hombre del traje negro me pisaba los talones. Oía el chasquido de las ramas quebradas y el roce de los arbustos, pero no volví a mirar atrás. Agaché la cabeza, entorné los ojos para protegerme de los arbustos y las ramas bajas de los árboles que flanqueaban la orilla, y corrí como alma que lleva el diablo. A cada

paso esperaba sentir sus manos sobre los hombros, dispuestas a estrecharme en un último abrazo ardiente.

Pero no sucedió. Un rato después, seguramente no más de cinco o diez minutos, aunque se me antojó una eternidad, vi el puente entre el follaje y las agujas de los abetos. Aún gritando, pero ya sin resuello, como un hervidor que se ha quedado sin agua, alcancé aquella segunda orilla más empinada y subí por ella.

A medio camino de la cima resbalé, caí de rodillas, me volví y vi que el hombre del traje negro me pisaba los talones con el rostro contraído en una mueca de furia y avidez. Tenía las mejillas salpicadas de lágrimas sangrientas, y la boca de tiburón abierta como una puerta.

—¡Pescador! —rugió al tiempo que subía tras de mí e intentaba aferrarme el pie con una de sus largas manos.

Me zafé de él y le arrojé la caña de pescar. La hizo a un lado sin esfuerzo, pero el gesto le enredó los pies y lo hizo caer de rodillas. No esperé a ver qué más le pasaba; seguí corriendo hasta la cima. A punto estuve de resbalar al llegar arriba, pero conseguí agarrarme a los postes de soporte del puente y salvarme.

—¡No puedes escapar, pescador! —gritó el hombre a mi espalda en tono furioso y risueño a un tiempo—. Hace falta algo más que una trucha para saciarme.

—¡Déjeme en paz! —repliqué.

Me aferré a la barandilla del puente y salté sobre ella en una torpe voltereta, llenándome las manos de astillas y propinándome tal golpe en la cabeza al aterrizar que vi las estrellas. Me tendí de bruces y empecé a caminar a gatas. Justo antes de llegar al final del puente me levanté de un salto, di un traspíe, me recuperé y eché a correr. Corrí como solo pueden correr los niños de nueve años, como el viento. Tenía la sensación de que mis pies solo tocaban el suelo cada tres o cuatro zancadas, y quién sabe, tal vez fuera cierto. Corrí por el surco derecho del sendero hasta que las sienas empezaron a palpitar y los ojos amenazaban con salirse de las órbitas, corrí hasta percibir un intenso pinchazo en el costado izquierdo, desde la parte inferior de las costillas hasta la axila, corrí hasta notar en la boca el sabor de la sangre y algo que recordaba a virutas de metal. Cuando ya no podía correr más, me detuve dando tumbos y miré atrás entre jadeos y resoplidos dignos de un caballo exhausto. Estaba convencido de que lo vería justo detrás de mí, tan peripuesto con su traje negro, la cadena del reloj centelleando sobre el chaleco y hasta el último cabello en su sitio.

Pero no había rastro de él. El camino que llegaba hasta el río Castle entre pinos y píceas grandes y oscuros aparecía desierto. Sin embargo, percibía su presencia en algún lugar de ese bosque, observándome con sus ojos incendiados, oliendo a cerilla quemada y pescado asado.

Me volví de nuevo y eché a andar tan deprisa como podía, cojeando un poco, porque me había desgarrado los músculos de ambas piernas, y a la mañana siguiente, cuando me levanté, me dolían tanto que apenas podía caminar. Pero

en aquel momento no me fijé en esas cosas. Seguía mirando por encima del hombro para verificar una y otra vez que el camino seguía desierto. Y así lo vi cada vez que miré atrás, pero aquellos vistazos asustados parecían intensificar mi temor en lugar de mitigarlo. Los abetos parecían cada vez más oscuros, más inmensos, y no podía evitar imaginar lo que acechaba tras los árboles que flanqueaban el sendero, largas y enmarañadas pistas forestales, trampas en las que podías romperte la pierna, barrancos donde podía vivir cualquier clase de alimaña. Hasta aquel sábado de 1914, había creído que los osos eran los habitantes más terribles del bosque.

Pero ahora sabía que no era cierto.

Tras recorrer un kilómetro y medio, justo donde el sendero surgía del bosque y confluía con el camino de Geegan Flat, vi a mi padre caminando hacia mí mientras silbaba «The Old Oaken Bucker». Llevaba su caña de pescar, la del carrito tan elegante que se había comprado en los grandes almacenes. En la otra mano llevaba la nasa, la del lazo que mi madre había pasado por el asa cuando Dan aún vivía, DEDICADO A JESUCRISTO, decía el lazo. Yo iba andando, pero al verlo eché de nuevo a correr, gritando «¡Papá, papá, papá!» a pleno pulmón, balanceándome de un lado a otro sobre mis pobres piernas agotadas, como un marinero borracho. La expresión sorprendida que se pintó en su rostro cuando me vio habría resultado cómica en otras circunstancias, pero no en aquellas. Dejó caer la caña y la nasa al camino sin prestarles atención alguna y corrió hacia mí. En mi vida lo había visto correr tan deprisa. Cuando nos encontramos fue un milagro que el impacto no nos hiciera perder el conocimiento, aunque me golpeé el rostro con tal fuerza contra la hebilla de su cinturón que me sangró la nariz, algo que tampoco noté hasta más tarde. En aquel momento me limité a alargar los brazos y aferrarme a él con todas mis fuerzas. Me agarré a él y restregué la cara ardiente una y otra vez contra su vientre, cubriéndole la vieja camisa de trabajo de sangre, lágrimas y mocos.

—¿Qué pasa, Gary? ¿Qué te ha pasado? ¿Estás bien?

—¡Mamá ha muerto! —sollocé—. ¡Me lo ha dicho un hombre en el bosque! ¡Mamá está muerta! Le ha picado una abeja y se ha hinchado toda como le pasó a Dan y se ha muerto. Está en el suelo de la cocina y Candy Bill... le ha lamido las 1-lágrimas... de la cara... de la cara...

«Cara» fue la última palabra que pronuncié, porque por entonces tenía el pecho tan agitado que ya no pude seguir hablando. Estaba llorando de nuevo, y el rostro perplejo y asustado de mi padre se había fragmentado en tres imágenes superpuestas. Empecé a aullar, pero no como un niño pequeño que se ha abierto la rodilla, sino como un perro que ha visto algo espantoso a la luz de la luna, y mi padre volvió a apretarme la cara contra su vientre plano y duro. Pero yo me aparté un poco de él y miré de nuevo atrás. Quería cerciorarme de que el hombre del traje negro no me seguía. No vi ni rastro de él; el sendero que se adentraba serpenteante en el bosque estaba desierto. Me prometí a mí mismo que jamás volvería a recorrerlo, pasara lo que pasase, y supongo que la mayor bendición

que Dios ha regalado a Sus criaturas es el hecho de no poder adivinar el futuro, ya que seguramente habría perdido el juicio de haber sabido que volvería a recorrerlo apenas dos horas más tarde. Sin embargo, en ese momento únicamente sentí alivio al comprobar que estábamos solos. Pero entonces pensé en mi madre, en mi hermosa madre muerta, volví a apoyar la cara contra el vientre de mi padre y lloré un rato más.

—Gary, escúchame —me dijo al cabo de unos instantes.

Seguí llorando. Mi padre me dio unos momentos más y por fin me levantó el mentón para mirarme a los ojos y que yo pudiera mirarle a él.

—Tu madre está bien —aseguró.

No podía más que mirarlo con el rostro arrasado de lágrimas. No le creía.

—No sé quién te ha dicho lo contrario ni qué clase de desgraciado sería capaz de dar semejante susto a un niño, pero te juro por Dios que tu madre está bien.

—Pero... el hombre dijo que...

—Me importa un comino lo que haya dicho. Volví de casa de Eversham antes de lo previsto porque en realidad no quiero vender ninguna vaca, y decidí que iría a pescar contigo. Fui a buscar la caña y la nasa, y tu madre preparó un par de bocadillos de mermelada para los dos. Con el pan recién hecho, aún calentito. Así que estaba bien hace media hora, Gary, y te aseguro que nadie que haya ido al río desde aquí puede haberse enterado de algo diferente en solo media hora. —Se volvió—. ¿Quién era ese hombre? ¿Y dónde estaba? Voy a encontrarlo y darle una paliza de mil demonios.

En solo dos segundos se me ocurrieron mil cosas, o al menos eso me pareció, pero el último de aquellos pensamientos fue quizá el más intenso. Si mi padre se topaba con el hombre del traje negro, no creía que fuera mi padre quien le diera una paliza a él... ni saliera con vida del encuentro.

Aún recordaba aquellos dedos largos y pálidos, cada uno de ellos rematado por una garra.

—¿Gary?

—No me acuerdo —mentí.

—¿Estabas donde el río se bifurca? ¿En la roca grande?

Nunca había sido capaz de mentir a mi padre cuando me hacía una pregunta directa, aunque me fuera la vida en ello.

—Sí, pero no vayas —imploré al tiempo que lo asía del brazo con ambas manos y tiraba fuerte—. No vayas, por favor. Aquel hombre daba mucho miedo. —Y siguiendo una inspiración repentina, añadí—: Creo que llevaba un arma.

Mi padre me observó con aire pensativo.

—Puede que no hubiera ningún hombre —comentó, alzando la voz un poco en la última palabra para convertir la frase en algo muy parecido a una pregunta—. Puede que te quedaras dormido mientras pescabas y tuvieras una pesadilla, como cuando soñabas con Dan el invierno pasado.

Era cierto que había tenido muchas pesadillas sobre Dan el invierno anterior, sueños en los que yo abría la puerta de nuestro armario o de la oscura y aromática bodega de la sidra y lo veía allí de pie, mirándome con aquella cara

lívida e hinchada. De muchos de aquellos sueños había despertado gritando, despertando de paso a mis padres. También era cierto que me había quedado dormido un rato en la orilla, al menos adormilado, pero no había soñado y estaba convencido de que había despertado justo antes de que el hombre del traje negro matara a la abeja de una palmada, haciéndola caer de mi nariz a mi regazo. No había soñado con él como soñaba con Dan, estaba seguro de ello, si bien el encuentro había adquirido cierta cualidad onírica en mi recuerdo, como imagino que sucede con todo episodio sobrenatural. Pero si mi padre creía que el hombre era fruto de mi imaginación, quizá mejor para él.

—Puede ser —admití.

—Bueno, deberíamos volver a buscar tu caña y tu nasa.

Eché a caminar en aquella dirección, y me vi obligado a tirarle frenéticamente del brazo para retenerlo y conseguir que se volviera de nuevo hacia mí.

—Más tarde —pedí—. Por favor, papá, quiero ver a mamá. Quiero verla con mis propios ojos.

—Claro, lo comprendo —asintió tras meditarlo unos instantes—. Primero iremos a casa y después volveremos al río a buscar tu caña y tu nasa.

Así pues, emprendimos el regreso a la granja, mi padre con la caña al hombro como cualquiera de mis amigos, yo llevando su nasa, ambos comiendo rebanadas de pan casero con mermelada de grosella negra.

—¿Has pescado algo? —preguntó mi padre cuando ya divisábamos el granero.

—Sí, señor, una trucha arco iris de buen tamaño.

«Y otra mucho más grande —pensé, aunque no lo dije en voz alta—. La más grande que he visto en mi vida, para serte sincero, pero no puedo enseñártela porque no la tengo, papá, se la di al hombre del traje negro para que no me comiera. Y funcionó... a duras penas.»

—¿Nada más?

—Después de pescarla me quedé dormido.

No era una respuesta veraz, pero tampoco una mentira.

—Tuviste suerte de no perder la caña. Porque no la has perdido, ¿verdad, Gary?

—No, señor —repuse a regañadientes.

Mentir sobre ese extremo no habría servido de nada aun cuando se me hubiera ocurrido alguna salida brillante, porque a juzgar por su expresión, mi padre estaba resuelto a volver al río para recoger la nasa cuando menos.

Candy Bill salió disparado por la puerta trasera ladrando como un loco y agitando toda la parte posterior del cuerpo como hacen los terriers escoceses cuando se alteran. No podía esperar más; la esperanza y la angustia se arremolinaban en mi garganta como espuma. Me aparté de mi padre y corrí a la casa cargado con la nasa y convencido, en lo más hondo de mi ser, de que encontraría a mi madre muerta en el suelo de la cocina, con el rostro hinchado y violáceo como el de Dan cuando mi padre lo trajo a casa desde el campo oeste, llorando y gritando el nombre de Dios.

Pero estaba de pie ante el mostrador, igual de viva que cuando me marché, tarareando una canción mientras desgranaba guisantes y los echaba en un cuenco. Se volvió hacia mí, primero sorprendida y luego asustada al ver mis ojos abiertos como platos y mis mejillas muy pálidas.

—¿Qué pasa, Gary? ¿Qué te ocurre?

No respondí, solo corrí hacia ella y la cubrí de besos. Al poco entró mi padre.

—No te preocupes, Lo, está bien. Es que ha tenido una de sus pesadillas en el río.

—Quiera Dios que sea la última —dijo mi madre y me abrazó con fuerza mientras Candy Bill bailoteaba entre nuestros pies, emitiendo sus estridentes ladridos.

—No tienes que venir conmigo si no quieres, Gary —me dijo mi padre.

Sin embargo, ya había dado a entender que consideraba que tenía que acompañarlo, volver al lugar para afrontar mis temores, como supongo que se dice hoy en día. Eso está muy bien en el caso de los miedos imaginarios, pero las dos últimas horas no habían contribuido en absoluto a paliar mi convencimiento de que el hombre del traje negro era real. Pero no podría persuadir a mi padre de eso. No creo que ningún niño de nueve años fuera capaz de convencer a su padre de que había visto al Diablo salir del bosque enfundado en un traje negro.

—Te acompañaré —dije.

Había salido de la casa para ir con él, haciendo acopio de valor para ponerme en marcha, y ahora estábamos de pie junto al tajo del patio, cerca del montón de leña.

—¿Qué llevas a la espalda?

Se lo enseñé. Estaba dispuesto a acompañarlo al río y esperaba que el hombre del traje negro con el cabello dividido en la parte izquierda de la cabeza con exquisita pulcritud hubiera desaparecido... pero por si acaso no era así, quería estar preparado. Lo mejor preparado posible, en cualquier caso. En la mano que había sacado de detrás de la espalda llevaba la Biblia familiar. En un principio tenía intención de llevarme solo mi Nuevo Testamento, que había ganado por aprenderme de memoria el mayor número de salmos en el concurso de jóvenes cristianos del jueves por la noche (había conseguido aprenderme ocho, si bien casi todos ellos, a excepción del veintitrés, se me habían borrado de la memoria en cuestión de una semana), pero el pequeño Testamento rojo no me había parecido suficiente teniendo en cuenta que quizá me vería en presencia del mismísimo Diablo, por mucho que las palabras de Jesucristo estuvieran resaltadas en tinta roja.

Mi padre echó un vistazo a la vieja Biblia, repleta de documentos y fotografías familiares, y por un momento creí que me ordenaría dejarla en su sitio, pero no fue así. Una expresión entre afligida y compasiva cruzó su rostro, y al fin asintió.

—De acuerdo. ¿Sabe tu madre que te la has llevado?

—No, señor.

Asintió de nuevo.

—Entonces esperemos que no se dé cuenta antes de que volvamos. Vamos. Y que no se te caiga.

Al cabo de una media hora estábamos en la orilla del río, contemplando el lugar donde el Castle se bifurcaba y la plataforma natural donde había tenido lugar mi encuentro con el hombre de los ojos anaranjados. En la mano llevaba la caña de bambú, que había recogido bajo el puente, y la nasa estaba en la plataforma con la tapa de mimbre abierta. Permanecimos allí durante largo rato, y ninguno de los dos dijo nada.

«¡Ópalos, zafiros y amatistas! ¡Gary va dejando pistas!» Ese era el desagradable versito que había recitado el hombre antes de tumbarse de espaldas y echarse a reír como un niño que acaba de descubrir que tiene suficiente valor para decir palabrotas como «mierda» y «culo».

La plataforma era verde y frondosa como todos los lugares que el sol de Maine alcanza a principios de julio... salvo en el lugar donde se había tumbado el desconocido. Allí había una zona muerta y amarilla en forma de hombre.

Bajé la mirada y vi que sostenía nuestra vieja y abollada Biblia familiar ante mí, presionando la cubierta con los pulgares hasta el punto de que se me habían puesto blancos. Era el modo en que el marido de Mama Sweet, Norville, sostenía su varilla de zahorí cuando intentaba localizar un pozo de agua.

—Quédate aquí—ordenó por fin mi padre.

Acto seguido derrapó pendiente abajo, hundiendo los zapatos en la tierra blanda con los brazos extendidos para mantener el equilibrio. Yo me quedé donde estaba, sosteniendo la Biblia muy tenso, cual varilla de zahorí, y con el corazón desbocado. No sé si tenía la sensación de que me observaban; estaba demasiado asustado para tener sensación alguna salvo la de querer alejarme mucho de aquella orilla y de aquel bosque.

Mi padre se agachó, husmeó la hierba muerta e hizo una mueca. Yo sabía lo que olía, algo parecido a cerillas quemadas. Luego cogió mi nasa y subió la cuesta con paso apresurado. Miró un instante a sus espaldas para asegurarse de que nada ni nadie lo seguía, y así era. Cuando me alargó la nasa, la tapa seguía colgando hacia atrás de sus ingeniosas bisagras de madera. Escudriñé el interior y vi que solo contenía dos puñados de hierba.

—¿No decías que habías pescado una trucha arco iris? —preguntó mi padre—. Aunque puede que eso también lo soñaras —añadió en un tono que me dolió.

—No, señor, pesqué una.

—Bueno, pues está claro que no ha saltado de la nasa, al menos si estaba destripada y limpia. Y supongo que no habrás puesto una trucha en la nasa sin destriparla y limpiarla, ¿verdad, Gary? Sabes que eso no se hace.

—Sí, señor, lo sé, pero...

—O sea, que si no lo soñaste y estaba muerta en la nasa, algo debe habérsela comido —sentenció mi padre.

En ese momento, volvió a mirar atrás con los ojos muy abiertos, como si hubiera oído algún movimiento en el bosque. No me extrañó demasiado ver su frente perlada de sudor.

—Salgamos de aquí.

Yo no tenía nada que objetar, de modo que regresamos a lo largo de la orilla hasta el puente, caminando a buen paso y en silencio. Al llegar allí, mi padre hincó una rodilla en el suelo y examinó el lugar donde habíamos encontrado mi caña. También allí había una zona de hierba muerta, y el zapaticito de dama estaba amarronado y rizado, como quemado por una ráfaga de calor abrasador. Mientras mi padre echaba un vistazo, yo inspeccioné el interior de mi nasa vacía.

—Debe haber vuelto para comerse también el otro pez —comenté.

Mi padre alzó la mirada hacia mí.

—¿El otro pez?

—Sí, señor. No te lo había dicho, pero también pesqué una trucha de arroyo enorme. Ese tipo estaba hambriento.

Quería decir más, las palabras se me agolpaban en la boca, pero al final decidí callar.

Nos encaramamos al puente y nos ayudamos mutuamente a salvar la barandilla. Mi padre cogió la nasa, miró en su interior, se acercó a la barandilla y la arrojó a la corriente. Llegué a tiempo para verla caer en el agua con un chapoteo y alejarse flotando como una barca corriente abajo mientras el agua se colaba por los intersticios del mimbre.

—Olía mal —explicó mi padre.

Pero al decir aquello no me miró, y su voz sonaba a la defensiva. Fue la única vez que lo oí hablar en aquel tono.

—Sí, señor.

—Le diremos a tu madre que no la hemos encontrado, si es que pregunta. Y si no pregunta, no le diremos nada.

—No, señor, no le diremos nada.

Mi madre no preguntó, nosotros no le dijimos nada, y ahí quedó la cosa.

Desde aquel día han transcurrido ochenta y un años, y durante muchos de ellos ni siquiera pensé en el asunto... al menos mientras estaba despierto. Como todo el mundo, no respondo de mis sueños. Sin embargo, ahora soy viejo y al parecer sueño despierto. Los achaques se apoderan de mí como olas dispuestas a derribar un castillo de arena abandonado, y lo mismo sucede con los recuerdos, lo que me recuerda un viejo poema que decía algo así como «Aunque no los llares / vuelven a ti / meneando el rabo tras de sí». Recuerdo lo que comía, los juegos a los que jugaba, las chicas a las que besaba en el guardarropía de la escuela cuando jugábamos a prendas, los chicos con los que salía, la primera copa que me tomé, el primer cigarrillo que me fumé (fue caldo de gallina, detrás

de la porquera de Dicky Hammer, y me hizo vomitar). Pero de entre todos esos recuerdos, el del hombre del traje negro es el más intenso y brilla con luz propia y espectral. Era real, era el Diablo, y aquel día yo era su misión o su suerte. Cada vez estoy más convencido de que escapar de él fue cuestión de suerte, mera suerte, no de la intercesión del Dios al que he venerado y al que he cantado himnos durante toda la vida.

Aquí tumbado en mi habitación del geriátrico, atrapado en el destrozado castillo de arena que es mi cuerpo, me digo a mí mismo que no debo temer al Diablo, que he llevado una buena vida, una vida tranquila, y que no debo temer al Diablo. En ocasiones me recuerdo que fui yo, no mi padre, quien persuadió a mi madre para que volviera a la iglesia aquel mismo verano. Pero, en la oscuridad, esos pensamientos no proporcionan alivio ni consuelo. En la oscuridad oigo una voz que me susurra que el niño de nueve años que yo era entonces tampoco había hecho nada por lo que temer al Diablo... y que aun así, el Diablo se le apareció. Y a veces, en la oscuridad, oigo esa misma voz hablando en tono aún más grave, inhumano. «¡Pez grande!», susurra con avidez, y todas las verdades del mundo moral se desmoronan ante su hambre. «¡Peeeez graaaaaande!»

Vi al Diablo una vez, hace mucho, pero ¿y si regresara ahora? Soy demasiado anciano para correr; ni siquiera puedo ir al baño sin mi andador. No tengo ninguna rolliza trucha de arroyo con que aplacarlo, aunque solo sea por unos instantes. Soy viejo y mi nasa está vacía. ¿Y si vuelve y me encuentra en este estado?

¿Y si todavía tiene hambre?

Mi relato predilecto de Nathaniel Hawthorne es «Young Goodman Brown». Creo que es uno de los diez mejores relatos escritos por un estadounidense. «El hombre del traje negro» es mi homenaje a esa historia. En cuanto a los pormenores, un día estaba hablando con un amigo mío, y mencionó que su abuelo estaba convencido, totalmente convencido, de haber visto al Diablo en el bosque a principios de siglo. El abuelo contó que el Diablo salió del bosque y empezó a hablar con él como un hombre normal. Mientras el abuelo charlaba con él, se dio cuenta de que el hombre del bosque tenía los ojos rojos como fuego y olía a azufre. El abuelo de mi amigo se convenció de que el Diablo lo mataría si se daba cuenta de que lo había desenmascarado, de modo que hizo cuanto pudo por sostener una conversación normal hasta que por fin logró deshacerse de él. Este relato surgió de la historia de mi amigo. Escribirlo no fue divertido, pero lo hice de todos modos. A veces las historias reclaman ser escritas con tal insistencia que acabas escribiéndolas con tal de que se callen. El producto acabado me pareció un cuento popular más bien monótono y redactado en lenguaje trivial, a años luz del relato de Hawthorne que tanto me gustaba. Cuando The New Yorker solicitó publicarlo, quedé asombrado. Cuando obtuvo el primer premio en el concurso de Relatos Cortos O. Henry Best en su edición de 1996, estuve seguro de que alguien se había equivocado (lo cual no me impidió aceptar el galardón). En líneas generales, la reacción de los lectores también fue positiva. Este relato es la prueba de que los, a menudo, escritores son los menos indicados para juzgar lo que escriben.

TODO LO QUE AMAS SE TE ARREBATARÁ(**)

Era un Motel 6 en la interestatal 80, a escasa distancia al oeste de Lincoln, Nebraska. La nieve que empezó a caer a media tarde había desvaído el amarillo chillón del rotulo hasta dejarlo en un tono pastel más soportable mientras la luz desaparecía del crepúsculo de enero. El viento empezaba a adquirir esa cualidad invasiva y desbocada que solo se aprecia durante el invierno en la inmensa planicie que surca el centro del país. En esos momentos, solo representaba una molestia, pero si por la noche arreciaba la nevada, extremo sobre el que los meteorólogos no parecían ponerse de acuerdo, la carretera estaría cortada a la mañana siguiente. Pero a Alfie Zimmer le daba igual.

Obtuvo la llave de un hombre ataviado con chaleco rojo y condujo hasta el final del alargado edificio de hormigón. Llevaba veinte años vendiendo en el Medio Oeste y se regía por cuatro reglas básicas que él mismo había formulado para garantizarse un buen reposo nocturno. En primer lugar, reservar siempre con antelación. En segundo lugar, reservar siempre en una franquicia a ser posible, ya fuera del Holiday Inn, del Confort Inn o del Motel 6. En tercer lugar, pedir siempre una habitación situada en el extremo del edificio. De ese modo, lo peor que podía tocarte eran vecinos ruidosos en un solo lado. Y por último, pedir siempre una habitación que empezara por 1. Alfie tenía cuarenta y cuatro años, demasiados para andar tirándose a putas de carretera, comer bocadillos de pollo empanado y cargar su equipaje escaleras arriba. Por lo general, las habitaciones de las plantas bajas se reservaban a no fumadores, pero Alfie siempre pedía una y fumaba de todos modos.

Alguien había aparcado en el espacio situado delante de la habitación 190. De hecho, todos los huecos a lo largo del edificio estaban ocupados, cosa que no sorprendió a Alfie. Por mucho que reservaras y tuvieras la habitación garantizada, si llegabas tarde (y en un día como aquel, tarde significaba a partir de las cuatro), te veías obligado a aparcar lejos y caminar. Los coches pertenecientes a los que habían llegado pronto estaban acurrucados contra el edificio de hormigón gris y la larga hilera de puertas amarillo limón cuyas ventanitas ya aparecían cubiertas por una fina capa de nieve.

Alfie dobló la esquina y aparcó con el morro del Chevrolet apuntando hacia el campo de algún granjero, que a la luz grisácea de aquel crepúsculo apenas se adivinaba. En el extremo más alejado de su campo de visión divisó las luces de una granja. La familia estaría sin duda en el interior de la casa protegiéndose del frío. Fuera, el viento soplaba con fuerza suficiente para balancear el coche. En aquel instante, una ráfaga de nieve ocultó brevemente las luces de la granja.

Alfie era un hombre corpulento de rostro rubicundo y la respiración ruidosa típica del fumador. Llevaba abrigo porque eso era lo que a la gente le gustaba que llevaran los vendedores. Nada de chaqueta. Los tenderos vendían a los tipos que llevaban chaquetas y gorras de granjero, pero no les compraban. La

llave de la habitación yacía sobre el asiento del acompañante, sujeta a un rombo de plástico verde. Era una llave de verdad, no una tarjeta magnética. En la radio, Clint Black cantaba «Nothin' but the tail Lights», una canción country. Lincoln contaba ahora con una emisora rockera en FM, pero a Alfie no le parecía apropiado el rock and roll, al menos en aquella parte del país, donde si te pasabas a AM aún oías a viejos furiosos anunciando a gritos las hogueras del infierno.

Apagó el motor, se guardó la llave de la 190 en el bolsillo y comprobó que aún llevaba el cuaderno, su viejo amigo.

—«Salve a rusos judíos —se recordó a sí mismo—. Gane valiosos premios.»

Se apeó del coche, y una ráfaga de viento lo azotó con fuerza, haciendo que se tambalara mientras las perneras de los pantalones le revoloteaban alrededor de las piernas. Lanzó una sorprendida carcajada de fumador.

Tenía las muestras en el maletero, pero no las necesitaría esa noche. Ni esa noche ni nunca. Sacó la maleta y el maletín del asiento trasero, cerró la puerta y pulsó el botón negro del cierre centralizado, el que cerraba todas las puertas. El rojo activaba la alarma y era para cuando estaban a punto de atracarte. A Alfie nunca lo habían atracado. Imaginaba que a pocos vendedores de *delicatessen* les sucedía, sobre todo en aquella parte del país. Existía un mercado de *delicatessen* en Nebraska, Iowa, Oklahoma y Kansas, incluso en las dos Dakotas, aunque a muchos les costara creerlo. A Alfie le habían ido bien las cosas, sobre todo en los dos últimos años, tras familiarizarse con los intersticios más profundos del mercado, pero, en cualquier caso, era un mercado que no podía compararse con el de los fertilizantes, por ejemplo. Fertilizantes que, por cierto, olían a pesar del viento invernal que le helaba las mejillas y se las teñía de un rojo aún más intenso de lo habitual.

Se quedó quieto un momento más, esperando a que el viento amainara un poco. Cuando sucedió, vio de nuevo las luces de la granja. La casa. Y tal vez detrás de aquellas luces, la esposa del granjero estuviera calentando en aquel instante una lata de sopa de guisantes Cottager o quizá descongelando un pastel de carne Cottager o unas raciones de pollo à *la française*. Sí, era posible, más que posible, mientras su marido miraba las noticias de la tarde con los pies enfundados en calcetines y apoyados sobre un escabel, su hijo jugaba a un videojuego en la consola de la planta superior y su hija estaba sentada en el bañera, envuelta en fragantes burbujas, leyendo *Luces del Norte*, de Philip Pullman, o quizá una de las entregas de Harry Potter, el favorito de la hija de Alfie, Carlene. Todo eso estaría pasando tras las luces, la articulación universal de una familia girando tranquila sin chirriar, pero entre ellos y el aparcamiento del motel mediaban dos kilómetros de campo llano, blanco a la luz huidiza de un cielo encapotado y entumecido por la estación. Por un instante fugaz, Alfie se imaginó cruzando el campo con sus zapatos de ciudad, el maletín en una mano y la maleta en la otra, abriéndose paso entre los surcos congelados hasta por fin llegar y llamar a la puerta. La puerta se abriría, y desde el interior le llegaría el aroma de la sopa de guisantes, ese olor tan reconfortante, y oiría al meteorólogo

de la KETV anunciar desde la otra habitación: «Pero echemos ahora un vistazo a este sistema de bajas presiones que se avecina desde las Rocosas».

¿Y qué le diría Alfie a la esposa del granjero? ¿Que pasaba por allí y había decidido quedarse a cenar? ¿Le recomendaría que salvara a judíos rusos para obtener a cambio valiosos premios? ¿Podía empezar diciendo: «Señora, según al menos una fuente que leí hace poco, todo lo que ama le será arrebatado»? No estaba mal para romper el hielo, sin duda despertaría el interés de la esposa del granjero por el desconocido viajante que acababa de atravesar el campo este de su marido para llamar a la puerta de su casa. Y cuando lo invitara a pasar para saber más del asunto, podía abrir el maletín y darle un par de sus libros de muestra, diciéndole que una vez descubriera la marca Cottager de *delicatessen* rápidas, sin duda querría probar también los placeres más sofisticados de Ma Mere. Y por cierto, ¿le gustaba el caviar? A muchos les gustaba, incluso en Nebraska.

Se estaba congelando allí de pie.

Dio la espalda al campo y las luces que brillaban en su extremo más alejado y echó a andar hacia el hotel, caminando con cuidado para no dar un patinazo y caer cuan largo era. No sería la primera vez; de hecho, le había pasado muchas veces en muchos aparcamientos. A decir verdad, ya le había pasado casi de todo, y suponía que eso formaba parte del problema.

El tejado del motel tenía alero, de modo que pudo resguardarse de la nieve. Vio una máquina expendedora de Coca-Cola que exigía el importe exacto. Había también una máquina de hielo y otra de comida basura, con barritas de chocolate y distintos tipos de patatas fritas colocadas tras muelles de metal que parecían de somier. La máquina de golosinas no exigía el importe exacto. De la habitación situada a la izquierda de aquella en la que tenía intención de suicidarse le llegaban las voces del noticiario, pero sin duda sonarían mejor en aquella granja del otro lado del campo. El viento rugía. La nieve se arremolinaba en torno a sus zapatos de ciudad. Alfie entró en su habitación. El interruptor de la luz estaba a la izquierda de la puerta. Encendió la luz y cerró la puerta.

Conocía la habitación; era la habitación de sus sueños. Era cuadrada, de paredes blancas. En una de ellas vio un cuadro donde un niño pequeño tocado con sombrero de paja dormía con una caña de pescar en la mano. Una fina alfombra verde de tejido sintético cubría el suelo. Hacía frío, pero en cuanto pusiera el climatizador al máximo, la habitación no tardaría en caldearse. Sin duda, acabaría haciendo demasiado calor. A lo largo de toda una pared había un mostrador con un televisor sobre el que una cartulina anunciaba películas de pago.

La habitación disponía de dos camas cubiertas con sendas colchas de color dorado remetidas bajo las almohadas de modo que estas parecían cadáveres de bebés. Entre las camas había una mesilla de noche sobre la que se veían una Biblia, una guía de programación televisiva y un teléfono color carne. Más allá de la segunda cama se abría la puerta del baño. Cuando encendías la luz interior se ponía en marcha el extractor de aire. Si querías luz, tenías que

apechugar con el extractor, no había vuelta de hoja. La luz sería un fluorescente cargado de fantasmas de moscas muertas. En la encimera situada junto al lavabo habría un hornillo eléctrico, un hervidor de agua y varios sobres de café instantáneo. El aire estaba impregnado de un olor muy determinado, mezcla de producto de limpieza contundente y el moho de la cortina de ducha. Alfie se lo sabía todo de memoria. Lo había soñado todo, inclusive la alfombra verde, pero no tenía mérito alguno, era un sueño fácil. Consideró la posibilidad de poner en marcha la calefacción, pero haría ruido y además, ¿para qué?

Se desabrochó el abrigo y dejó la maleta en el suelo, al pie de la cama más próxima al baño. El maletín lo dejó sobre la colcha dorada. Se sentó con los faldones del abrigo extendidos a su alrededor como una falda o un vestido, abrió el maletín, hojeó los distintos folletos, catálogos y formularios de pedido, y por fin encontró el arma. Era un revólver Smith & Wesson del 38. Lo puso sobre las almohadas en la cabecera de la cama.

Encendió un cigarrillo, alargó la mano hacia el teléfono y de repente se acordó del cuaderno. Deslizó la mano en el bolsillo derecho del abrigo y lo sacó. Era un viejo cuaderno de espiral, comprado por un dólar cuarenta y nueve en la sección de papelería de algún tugurio olvidado de Omaha, Sioux City o tal vez Jubilee, Kansas. La tapa aparecía arrugada y casi desprovista de toda marca original. Algunas de las páginas se habían desprendido parcialmente de la espiral que encuadernaba la libreta, pero todas seguían en su sitio. Alfie llevaba ese cuaderno desde hacía casi siete años, desde la época en que vendía lectores de códigos de barras para Simonex.

En el estante bajo el teléfono había un cenicero. En aquella zona del país, algunas habitaciones de motel todavía incluían ceniceros, incluso en la planta baja. Alfie lo sacó, puso el cigarrillo en el surco y abrió el cuaderno. Pasó página tras página escrita con cien bolígrafos distintos, e incluso algún que otro lápiz, deteniéndose a leer algunas entradas. Una de ellas decía: «Se la mamé a Jim Morrison con mi boquita de piñón (LAWRENCE KS)». Los lavabos estaban repletos de pintadas de homosexuales, casi todas ellas aburridas y repetitivas, pero lo de «boquita de piñón» no estaba mal. Otra rezaba: «Al Gore es mi putita favorita (MURDO S DAK)».

La última página, a tres cuartos de cuaderno, solo contenía dos entradas. «No masques chicle Durex que sabe a goma (AVOCA IA)» y «Cuchi cuchi, cómeme el chichi». Le encantaban todas aquellas «chis».

Revolvió el contenido del bolsillo interior del abrigo y encontró papeles, un viejo recibo de peaje, un frasco de pastillas que había dejado de tomar y por fin el bolígrafo que siempre ocultaba entre la basura. Había llegado el momento de anotar los hallazgos del día. Dos buenos, ambos de la misma área de servicio, uno sobre el urinario que había usado y el otro grabado con cuchillo en la vitrina de los mapas que había junto a la máquina de golosinas Have-A-Bite. (Por alguna razón, la empresa Snax, que en opinión de Alfie ofrecía productos de calidad superior, había desaparecido de las áreas de servicio de la interestatal 80 cuatro años antes.) En los últimos tiempos, a veces transcurrían dos semanas y cuatro mil quinientos kilómetros sin que Alfie viera nada nuevo, ni siquiera

variaciones aceptables de algo antiguo. Pero de repente, zas, dos en un solo día. Dos el último día, como si se tratara de una especie de señal.

En la caña de su bolígrafo se veían impresas en dorado las palabras DELICATESSEN COTTAGER, LO BUENO, junto al logotipo, una choza con tejado de paja y humo saliendo de la pintoresca chimenea ladeada.

Sentado en la cama, con el abrigo aún puesto, Alfie se inclinó aplicadamente sobre el viejo cuaderno de modo que su sombra se proyectó sobre la página. Bajo las dos últimas entradas añadió «Salve a judíos rusos y gane valiosos premios (WALTON NEB)» y «Todo lo que amas te será arrebatado (WALTON NEB)». Luego vaciló un instante. Nunca añadía notas explicativas, pues le gustaba que sus hallazgos hablaran por sí mismos, y las notas convertían lo exótico en mundano (o al menos eso había llegado a creer, ya que los primeros años acotaba las entradas con entera libertad), pero de vez en cuando aún le parecía que una nota al pie resultaba más aclaradora que decepcionante.

Agregó un asterisco a la segunda entrada («Todo lo que amas te será arrebatado [WALTON NEB]»), trazó una línea de cinco centímetros en la parte inferior de la página y debajo escribió:*

* «Para leer esto también debe echarse un vistazo a la salida del área de servicio Walton en dirección a la autopista, es decir, a los conductores que abandonan el área.»

A continuación se guardó de nuevo el bolígrafo en el bolsillo al tiempo que se preguntaba por qué continuar con algo a tan pocos instantes de acabar con todo. Pero no se le ocurrió ninguna respuesta. Aunque por supuesto, uno también seguía respirando. No podía dejar de respirar a menos que le privaran de esa capacidad mediante cirugía.

El viento seguía soplando con fuerza. Alfie se volvió un instante hacia la ventana, cuya cortina, también verde, aunque de un matiz distinto de la alfombra, estaba corrida. Si la recorría, vería cadenas de luz en la interestatal, y cada uno de los brillos marcaría la presencia de seres pensantes recorriendo la carretera. Al poco volvió a concentrarse en el cuaderno. Tenía intención de hacerlo, sí, señor, pero es que... en fin...

—Respirar —dijo con una sonrisa.

Cogió el cigarrillo del cenicero, dio una calada, lo dejó de nuevo en el surco y siguió hojeando el cuaderno. Las entradas recordaban miles de áreas de servicio, restaurantuchos de carretera y zonas de descanso, al igual que una canción escuchada en la radio puede recordarnos lugares, momentos, personas, bebidas o pensamientos.

«Aquí estoy, con el corazón destrozado, porque intenté cagar y solo un pedo me he tirado.» Todo el mundo conocía esa pintada, pero Alfie tenía una variación interesante del restaurante Double D Steaks de Hooker, Oklahoma: «Aquí estoy, con el alma perdida, intentando cagar la salsa de taco. Sé que voy a lanzar un submarino, solo espero no irme a tomar por el saco». Y de Casey, Iowa, donde la carretera 25 se cruza con la interestatal 80: «Mi madre me hizo

puta». A lo que alguien había añadido en caligrafía muy distinta: «Y si le llevo los ingredientes, ¿me hará a mí también?».

Había empezado a coleccionarlas cuando vendía lectores de códigos de barras, anotando pintadas en el cuaderno de espiral sin saber al principio por qué lo hacía. Le parecían graciosas, desconcertantes o ambas cosas. Pero con el tiempo habían llegado a fascinarle aquellos mensajes de autopista, donde los únicos otros medios de comunicación eran las ráfagas de faros cuando te cruzabas con alguien en la lluvia o el gesto obscuro de algún conductor cuando lo adelantabas y le echabas encima una estela de nieve. Con el tiempo había llegado a comprender, o tal vez solo a esperar, que los mensajes poseían algún significado. El sonsonete de «cuchi cuchi», por ejemplo, o la furia inarticulada de «1380 West Avenue, mata a mi madre y LLÉVATE SUS JOYAS».

O uno de los clásicos: «Aquí estoy, con las mejillas hinchadas, intentando parir las enchiladas». Cuando te parabas a pensarlo, la métrica era peculiar. No eran los típicos pentámetros yámbicos, sino dos extraños endecasílabos que, pese a tener la misma longitud, conferían una sensación de asimetría que, por otro lado, contribuía en gran medida a su encanto. En muchas ocasiones había pensado en la posibilidad de asistir a algún curso para cogerle el tranquillo a todo ese asunto de la métrica y así saber lo que se decía en lugar de tener que basarse únicamente en la intuición. Lo único que recordaba con claridad de la escuela era el pentámetro yámbico: «Ser o no ser, he ahí el dilema». De hecho, lo había visto en un lavabo de hombres en la interestatal 70, y alguien había agregado: «La cuestión es quién era tu padre, capullo».

Y los trisílabos. ¿Cómo se llamaban? ¿Trocaicos? No lo sabía. El hecho de averiguarlo ya no le parecía importante, pero sí, podía averiguarlo. Era algo que ciertas personas enseñaban; nada del otro jueves, la verdad.

Otra variación que Alfie había visto en muchas partes del país:

«Aquí estoy, un John Wayne, dando a luz a un poli de Maine». Siempre Maine, adondequiera que fueras. Siempre un poli de Maine, pero ¿por qué? Pues porque ningún otro estado servía. Maine era el único estado monosílabo de los cincuenta que componían la nación, y no obstante, se lo consideraba un trisílabo: «Aquí estoy, un John Wayne».

Había barajado la posibilidad de escribir un libro. Uno pequeño. El primer título que se le ocurrió fue «No mires arriba, que te meas en los zapatos», pero no se le podía poner semejante título a un libro, al menos si uno pretendía que lo vendieran en las librerías. Además, era un título ligero, frívolo, y Alfie había llegado a la conclusión de que en las carreteras sucedía algo, y no frívolo precisamente. El título por el que se había decidido finalmente era la adaptación de algo que había visto en el lavabo de un área de servicio a las afueras de Fort Scott, Kansas, en la carretera 54. «Yo maté a Ted Bundy: Código Secreto de Circulación para las carreteras de Norteamérica», de Alfred Zimmer. Sonaba misterioso, ominoso, casi erudito. Pero no lo había hecho. Y si bien había visto la frase «Y si le llevo los ingredientes, ¿me hará a mí también?», añadida a «Mi madre me hizo puta» por todos los confines del país, nunca había comentado con exhaustividad (al menos por escrito) la cruda falta de comprensión, la

escueta frialdad de la respuesta. Por no hablar de «Mamón es el rey de New Jersey». ¿Cómo explicar que el hecho de que mencionara New Jersey la convertía en una frase divertida, cosa que nunca habría sucedido de hacer referencia a otro estado? Intentarlo siquiera resultaba casi arrogante. A fin de cuentas, él no era más que un hombre sin importancia con un empleo sin importancia. Vendía cosas. Platos congelados, en la actualidad.

Y ahora, por supuesto... ahora...

Alfie dio otra larga chupada al cigarrillo, lo aplastó y llamó a casa. No esperaba que Maura contestara al teléfono. Fue su propia voz grabada la que lo saludó antes de indicar el número de su móvil. Para lo que le iba a servir eso... El móvil estaba en el maletero del Chevrolet, estropeado. Nunca había tenido suerte con los artilugios electrónicos.

—Hola, soy yo —dijo después de la señal—. Estoy en Lincoln, en medio de una nevada. No te olvides del estofado que ibas a llevarle a mi madre. Lo está esperando. Y también me pidió los vales de descuento del súper. Sé que consideras que está un poco loca, pero hazlo por mí, ¿de acuerdo? Es muy mayor. Dale saludos a Carlene. —Hizo una pausa y a continuación añadió, por primera vez en unos cinco años—: Te quiero.

Colgó, pensó en encender otro cigarrillo, porque al fin y al cabo no tenía que preocuparse del cáncer de pulmón, pero decidió no hacerlo. Dejó el cuaderno abierto por la última página junto al teléfono. Cogió el arma y comprobó la recámara. Estaba llena. Devolvió la recámara a su lugar con un golpe de muñeca y se metió el cañón en la boca. Sabía a aceite y metal. Pensó: «Aquí estoy, en esta sala, a punto de comerme una puta bala». Sonrió en torno al cañón. Qué malo. Nunca la habría escrito en el libro.

De repente se le ocurrió otra cosa y dejó el arma de nuevo sobre la almohada. Descolgó el teléfono y una vez más marcó el número de su casa. Esperó a que su voz recitara el inservible número del móvil y por fin dijo:

—Soy yo otra vez. No olvides que Rambo tiene hora en el veterinario pasado mañana por la tarde, ¿vale? Y ponle el arnés por la noche. Le va muy bien para las caderas. Hasta luego.

Colgó y volvió a levantar el arma. Pero antes de poder metérsela en la boca, miró de nuevo el cuaderno. Frunció el entrecejo y dejó el arma a un lado. El cuaderno estaba abierto por las últimas cuatro entradas. Lo primero que la persona que acudiera vería al entrar en la habitación sería su cadáver despatarrado sobre la cama más próxima al baño, la cabeza colgando boca abajo y sangrando sobre la alfombra sintética verde. Pero lo segundo sería el cuaderno de espiral abierto por la última página escrita.

Alfie imaginó a algún poli, algún agente estatal de Nebraska sobre el que nunca escribirían en ninguna pared de lavabo a causa de los rigores de la métrica, leyendo aquellas últimas entradas, quizá acercándose el viejo y gastado cuaderno con ayuda del bolígrafo. Leería las tres primeras, la del chicle Durex, la de «cuchi cuchi» y la de salvar a los judíos rusos, y las consideraría meras locuras. Al leer la última «Todo lo que amas te será arrebatado», concluiría que el muerto había recobrado cierto grado de cordura al final, suficiente para

redactar una nota de suicidio más o menos racional.

A Alfie no le gustaba la idea de que la gente considerara que estaba loco, y la inspección del cuaderno, que contenía mensajes tales como «Medger Evers está vivo y coleando en Disneylandia», no haría más que confirmar dicha sospecha. No estaba loco, y las cosas que había anotado allí a lo largo de los años no eran locuras, estaba convencido de ello. Y si se equivocaba, si aquellos versos eran obra de chalados, entonces se imponía estudiarlos aún con mayor detenimiento. Por ejemplo, lo de que «no mires arriba, que te meas en los zapatos», ¿era sentido del humor o un gruñido furioso?

Consideró la posibilidad de echar el cuaderno al retrete para desembarazarse de él, pero decidió no hacerlo. Sin duda acabaría arrodillado ante la taza, con la camisa arremangada e intentando sacarlo a toda cosa. Todo ello entre el traqueteo del extractor y el zumbido del fluorescente. Además, la inmersión emborronaría la tinta, pero no la borraría del todo. Y, sobre todo, el cuaderno llevaba tanto tiempo con él, viajando en su bolsillo a lo largo de tantos kilómetros llanos y desiertos del Medio Oeste, que detestaba la idea de deshacerse de él.

¿La última página, entonces? A buen seguro, una sola página arrugada bajaría por el retrete. Pero el resto seguiría a merced de ellos (siempre había unos «ellos»), y sin duda concluirían que era prueba fehaciente de una mente perturbada. «Menos mal que no decidió aparecer por el patio de una escuela con un rifle de asalto para llevarse por delante a un montón de críos», dirían. Y esa idea perseguiría a Maura como una lata atada al rabo de un perro. «¿Sabéis lo de su marido?», se preguntarían unas a otras en el supermercado. «Se suicidó en un motel y dejó un cuaderno lleno de chaladuras. Menos mal que no la mató a ella.» Bueno, podía permitirse el lujo de mostrarse un poco duro en eso, porque Maura ya era mayorcita, pero Carlene, en cambio... Carlene estaba...

Alfie miró el reloj. En esos momentos debía de estar en el partido de baloncesto. Sus compañeras de equipo dirían más o menos las mismas cosas que las señoras del súper, solo que sin tanta discreción y con las risitas espeluznantes propias de los críos de séptimo y con una expresión entre ávida y horrorizada. ¿Era eso justo? No, claro que no, pero tampoco era justo lo que le había sucedido a él. A veces, cuando uno conducía por la carretera, veía grandes jirones de goma desprendidos de los neumáticos de emergencia que utilizaban algunos camioneros autónomos. Así se sentía él ahora, como un jirón de goma. Las pastillas no hacían más que empeorar la situación. Te despejaban la mente lo suficiente para que vieras con claridad el lío en que estabas metido.

—Pero no estoy loco —dijo en voz alta—. Eso no me convierte en un loco.

No. De hecho, casi sería mejor estar loco.

Alfie cogió el cuaderno, lo cerró como había cerrado la recámara del 38 y permaneció sentado, dándose golpecitos en la pierna con él. Qué absurdo.

Absurdo o no, le tocaba las narices. Al igual que pensar en un quemador del fogón a veces le tocaba las narices cuando estaba en casa, hasta el punto de que acababa levantándose para comprobar si estaba encendido, que nunca era el

caso. Pero esto era peor, porque le encantaban las anotaciones del cuaderno. Coleccionar pintadas, pensar en pintadas, había sido su verdadero trabajo durante los últimos años, no vender lectores de códigos de barras o platos finolis que no eran más que comida congelada con envoltorios elegantes aptos para el microondas. La estafalaria vehemencia de «Helen Keller no para de joder», por ejemplo. No obstante, el cuaderno podía convertirse en motivo de vergüenza después de su muerte. Sería como ahorcarte sin querer en el lavabo porque estabas experimentando con una nueva forma de masturbarte, y van y te encuentran con los pantalones bajados y los tobillos manchados de mierda. Tal vez algunas entradas del cuaderno llegaran a publicarse en los periódicos junto a su fotografía. En otros tiempos, la mera idea le habría hecho reír, pero en una época en que incluso los periódicos de orientación más religiosa especulaban sobre un posible lunar en el pene del presidente, no podía hacer caso omiso de ella.

¿Debía quemarlo, entonces? No, corría el riesgo de activar el puto detector de humo.

¿Esconderlo detrás del cuadro, el del niño de la caña y el sombrero de paja?

Alfie meditó unos instantes y por fin asintió. No era mala idea. El cuaderno de espiral podía permanecer allí durante años, y un buen día, en un futuro lejano, caería de su escondrijo. Alguien, tal vez un cliente, aunque con mayor probabilidad una camarera, lo recogería impulsado por la curiosidad y lo hojearía. ¿Cuál sería su reacción? ¿Se escandalizaría? ¿Le parecería gracioso? ¿Se quedaría perpleja? Alfie esperaba que sucediera esto último, porque los comentarios anotados en el cuaderno eran desconcertantes. «Elvis mató a Cono Grande», había escrito alguien en Hackberry, Texas. «La serenidad es la rectitud», había opinado otro en Rapid City, Dakota del Sur. A lo que alguien había puntualizado: «No, burro, serenidad = $(va)^2 + b$, si v = serenidad, a = satisfacción, y b = compatibilidad sexual».

Bien, pues detrás del cuadro.

Alfie estaba cruzando la habitación cuando recordó las píldoras que llevaba en el bolsillo del abrigo. Y tenía más en la guantera del coche, de clases distintas, pero con el mismo propósito. Eran fármacos de esos que el médico no te receta si te sientes... digamos... optimista. En cuanto encontraran las píldoras, los policías buscarían otros medicamentos, y cuando apartaran el cuadro de la pared para mirar detrás, el cuaderno caería sobre la alfombra verde. Las anotaciones parecerían más absurdas, más demenciales por el simple hecho de haberse tomado tantas molestias para esconder el cuaderno.

E interpretarían la última entrada como una nota de suicidio, precisamente por ser la última entrada. Hiciera lo que hiciese con el cuaderno, eso era lo que sucedería, con la misma seguridad que la mierda se pega al culo de Estados Unidos, como había escrito un poeta de autopista en el este de Texas.

—Si es que lo encuentran —dijo en voz alta, y de repente se le ocurrió la solución.

La nevada había arreciado, el viento soplaba con mayor intensidad y las luces de la granja se habían apagado. Alfie estaba de pie tras su coche cubierto de nieve al final del aparcamiento, con el abrigo revoloteando. En la granja, toda la familia estaría mirando la tele, siempre y cuando la antena parabólica no hubiera salido volando del tejado del granero. En casa de Alfie, su esposa y su hija habrían regresado del partido de baloncesto. Maura y Carlene vivían en un mundo que nada tenía que ver con autopistas, envases de comida rápida volando por las cunetas ni el aullido de los camiones adelantándose a ciento veinte o incluso a ciento cuarenta con el correspondiente efecto Doppler. No es que se quejara (al menos eso esperaba), sino que era un hecho. «Aquí no hay nadie aunque haya alguien», había escrito alguien en la pared de un cagadero en Chalk Level, Missouri, y a veces, en aquellos lavabos de área de servicio se veía sangre, por lo general solo un poco, pero una vez había visto un lavabo mugriento bajo un arañado espejo de acero medio lleno de sangre. ¿Alguien se daba cuenta de esas cosas? ¿Alguien daba parte de ellas?

En algunas áreas de servicio, el parte meteorológico sonaba sin parar por los altavoces instalados en el techo, y en opinión de Alfie, la voz que lo daba sonaba atormentada, como la de un fantasma que hubiera poseído las cuerdas vocales de un cadáver. En Candy, Kansas, en un área de servicio de la carretera 283, en el condado de Ness, alguien había escrito «Mira cómo me acerco y llamo a la puerta», a lo que otro había agregado: «Si no bienes a darme algún descuento ya te puedes hir, capuyo».

Alfie estaba de pie al final del aparcamiento asfaltado, jadeante a causa del aire tan frío y cargado de nieve. En la mano izquierda sostenía el cuaderno casi doblado por la mitad. A fin de cuentas, no había necesidad de destruirlo. Se limitaría a arrojarlo al campo este del granjero, allí, en aquel lugar al oeste de Lincoln. El viento le echaría una mano. Podía arrojarlo a unos siete metros, y el viento podía empujarlo un poco más hasta que quedara atrapado en un surco y cubierto por la nieve. Allí permanecería sepultado todo el invierno, durante mucho tiempo después de que enviaran su cadáver a casa. En primavera, el granjero se acercaría al lugar en tractor mientras escuchaba a Patty Loveless, George Jones o incluso Clint Black, y al arar la tierra enterraría el cuaderno aún más hondo, hasta hacerlo formar parte del plan maestro del universo. Si es que existía uno. «Relájate, no es más que el ciclo de aclarado», había escrito alguien junto a un teléfono público en la interestatal 35, no muy lejos de Cameron, Missouri.

Alfie levantó el brazo para arrojar el cuaderno, pero volvió a bajarlo. Detestaba la idea de desprenderse del cuaderno, a decir verdad. Ese era el quid de la cuestión del que todo el mundo hablaba. Pero el asunto estaba negro. Volvió a alzar el brazo, pero de nuevo lo dejó caer. Presa de la indecisión y el nerviosismo, rompió a llorar sin darse cuenta. El viento rugía a su alrededor, de camino adonde fuera. No podía seguir viviendo como había vivido hasta entonces, de eso estaba seguro. Ni un día más. Y un tiro en la boca sería mucho más fácil que cualquier cambio, eso también lo sabía, mucho más fácil que

pugnar por escribir un libro que pocos leerían, si es que lo leía alguien. Alzó el brazo por tercera vez, acercó la mano en la que sostenía el cuaderno a la oreja como un lanzador de béisbol disponiéndose a arrojar una bola rápida... y permaneció inmóvil en esa postura. Se le acababa de ocurrir una idea. Contaría hasta sesenta. Si las luces de la granja reaparecían en ese lapso, intentaría escribir el libro.

Para escribir un libro así, se dijo, habría que empezar por hablar de lo que significaba calcular las distancias en hitos kilométricos, de la anchura de la tierra, del sonido del viento cuando te apeabas del coche en una de aquellas áreas de servicio de Oklahoma o Dakota del Norte, un sonido que se parecía a las palabras. Habría que describir el silencio, el olor a meados y a pedos pasados de los lavabos, las voces que surgían de las paredes en aquel silencio. Las voces de los que habían escrito algo antes de seguir su camino. Contar todo aquello dolería, pero si el viento amainaba y las luces de la granja reaparecían, lo haría.

Y si no, arrojaría el cuaderno al campo, regresaría a la habitación 190, a la izquierda de la máquina de golosinas Snax, y se pegaría un tiro, tal como había previsto.

Ya se vería. Ya se vería.

Alfie empezó a contar mentalmente, esperando a ver si el viento amainaba.

Me gusta conducir y soy especialmente adicto a esos interminables tramos de interestatal donde no se ven más que praderas a ambos lados y áreas de descanso de hormigón cada sesenta kilómetros. Los lavabos siempre están repletos de pintadas, algunas de ellas extremadamente surrealistas. Empecé a coleccionar esos mensajes por casualidad, anotándolos en un cuaderno de bolsillo, otros los sacaba de internet (existen dos o tres sitios web dedicados a ellas) y por fin encontré el relato en el que encajaban. Es este. No sé si es bueno o no, pero cobré un profundo afecto al hombre solitario que es su protagonista y realmente deseo que las cosas le fueran bien. El primer borrador tenía un desenlace feliz, pero Bill Buford, de The New Yorker, me sugirió un final más ambiguo. Probablemente tenía razón, pero creo que todos deberíamos rezar una oración por los Alfie Zimmer de este mundo.

LA MUERTE DE JACK HAMILTON(***)

Que os quede una cosa muy clara de entrada. A todo el mundo le caía bien mi amigo Johnnie Dillinger, salvo a Melvin Purvis, del FBI. Purvis era la mano derecha de J. Edgar Hoover, y odiaba profundamente a Johnnie. A todos los demás... bueno, es que Johnnie tenía el don de caer bien a la gente, y ya está. Y de hacerlos reír. Dios siempre acaba arreglándolo todo, decía. ¿Y cómo no va a caerte bien un tío con semejante filosofía?

Pero la gente no quiere dejar morir a un tipo así. Os sorprendería saber cuántos afirman aún ahora que no fue Johnnie a quien los federales se cargaron en Chicago junto al teatro Biograph el 22 de julio de 1934. Al fin y al cabo, Melvin Purvis había sido el encargado de echarle el guante, y además de ser un cabrón, Purvis era un imbécil, la clase de tío que intenta mear por una ventana sin abrirla primero. Y no seré yo quien hable bien de él. Era un mariconcete de mierda. Joder, cómo lo odiaba. ¡Cómo lo odiábamos todos!

Escapamos de Purvis y los federales después del tiroteo en Little Bohemia, Wisconsin, ¡todos nosotros! El mayor misterio del año era cómo ese capullo inútil conseguía conservar el empleo.

—Seguro que nadie se la mama tan bien a J. Edgar como él —comentó una vez Johnnie.

Madre mía, cómo nos hizo reír aquello. Purvis acabó por atrapar a Johnnie, pero para ello le hizo falta montar una emboscada delante del Biograph y dispararle por la espalda mientras corría por un callejón. Se desplomó en medio del barro y la mierda de gato, dijo «vaya» y murió.

Pero todavía hay gente que no se lo cree. Johnnie era guapo, dicen, casi como una estrella de cine. El tipo al que los federales se cargaron delante del Biograph tenía la cara rechoncha, hinchada como una salchicha cocida. Johnnie apenas contaba treinta y un años, dicen, y el desgraciado al que dispararon los polis tenía cuarenta como poco. Además (y llegados a este punto siempre bajan la voz), todo el mundo sabe que John Dillinger tenía una polla descomunal, mientras que el tipejo al que Purvis tendió su emboscada ante el Biograph no pasaba de los quince centímetros de rigor. Y luego estaba lo de la cicatriz del labio superior. Se ve con toda claridad en las fotografías del depósito de cadáveres, como aquella en la que un idiota sostiene la cabeza de mi viejo amigo con expresión solemne, como si quisiera hacerle entender al mundo de una vez por todas que Delinquir No Merece La Pena. La cicatriz divide en dos el lateral del bigote de Johnnie. Todo el mundo sabe que John Dillinger no tenía ninguna cicatriz así; echad un vistazo a cualquier fotografía suya. Sabe Dios que hay muchísimas.

Incluso existe un libro que afirma que Johnnie no murió, que vivió muchos más años que sus compañeros de correrías y que acabó en México, viviendo en una hacienda y complaciendo a un número indeterminado de señoras y señoritas con su desproporcionada herramienta. El libro asegura que mi viejo amigo murió el 20 de noviembre de 1963, dos días antes que Kennedy,

a la avanzada edad de sesenta y tres años, y que no fue una bala federal la que segó su vida, sino un vulgar ataque al corazón en la cama.

Una historia muy bonita, pero falsa.

La cara de Johnnie aparece hinchada en las últimas fotografías porque había engordado mucho. Era de los que se ponen a comer cuando están nerviosos, y después de la muerte de Jack Hamilton en Aurora, Illinois, se convenció de que él sería el siguiente. Incluso llegó a decirlo en la gravera a la que llevamos al pobre Jack.

En cuanto a su herramienta... en fin, yo había conocido a Johnnie en el reformatorio Pendleton, en Indiana. Lo había visto vestido y desnudo, y Homer van Meter está aquí para asegurarnos de que la tenía muy decente, pero nada del otro jueves. Os diré quién la tenía enorme, por si os interesa saberlo. Dock Barker, el hijo de mamá Barker. ¡Ja!

Y eso me lleva al tema de la cicatriz en el labio superior, la que le divide el bigote en las fotos tomadas en el depósito de cadáveres. La razón por la que la cicatriz no sale en ninguna otra fotografía de Johnnie es que se la hizo casi al final. Sucedió en Aurora, mientras Jack (Red) Hamilton, nuestro viejo amigo, yacía en su lecho de muerte. Eso es lo que quiero contaros, cómo Johnnie Dillinger se hizo esa cicatriz en el labio superior.

Johnnie, Red Hamilton y yo escapamos del tiroteo de Bohemia por la ventana de la cocina, huyendo por la orilla del lago mientras Purvis y los idiotas de sus colegas seguían disparando a través de la puerta delantera de la cabaña. ¡Joder, espero que el alemanote al que pertenecía la cabaña la tuviera asegurada! El primer coche que encontramos era propiedad de un anciano matrimonio vecino, y no logramos ponerlo en marcha. Tuvimos más suerte con el segundo, un Ford coupé propiedad de un carpintero que vivía cerca. Johnnie lo colocó al volante, y el hombre nos llevó un buen trecho en dirección a Saint Paul. Por fin lo invitamos a apearse, cosa que hizo de buen grado, y me puse a conducir yo.

Cruzamos el Mississippi a unos treinta kilómetros río abajo de Saint Paul, y aunque la policía local buscaba a lo que habían dado en llamar la banda de Gillinger, creo que todo habría ido bien si Jack Hamilton no hubiera perdido el sombrero durante la huida. Estaba sudando como un cerdo, como siempre que se ponía nervioso, de modo que con un trapo que encontró en el asiento trasero del coche del carpintero se confeccionó una especie de tira que se anudó a la cabeza al estilo indio. Fue eso lo que llamó la atención de los policías apostados en el lado de Wisconsin del puente Spiral cuando pasamos junto a ellos, por lo que nos siguieron para echarnos un vistazo más de cerca.

Eso podría haber acabado con nosotros, pero Johnnie siempre tuvo una flor en el culo, al menos hasta lo del Biograph. Consiguió adelantar a un camión cargado de ganado al que los policías no lograban rebasar.

—¡Pisa a fondo, Homer! —me grita Johnnie, que iba en el asiento trasero y por lo visto estaba de un humor excelente—. ¡Más deprisa!

Y así lo hice hasta dejar el camión de ganado envuelto en una gran

polvareda y los polis atascados tras él. Hasta la vista, madre. Te escribiré cuando encuentre trabajo. ¡Ja!

—Aminora, idiota —ordenó Johnnie cuando parecía que los habíamos perdido definitivamente—, no sea que nos paren por exceso de velocidad.

Así que reduje a cincuenta y durante un cuarto de hora todo fue bien. Estábamos hablando de Little Bohemia y de si Lester (al que siempre llamaban Baby Face) habría logrado escapar, cuando de repente oímos disparos de rifles y pistolas, y el silbido de las balas rebotando contra el pavimento. Eran otra vez los polis palurdos del puente. Nos habían alcanzado, acercándose con cuidado los últimos noventa o cien metros, y ahora estaban lo bastante cerca para apuntar a los neumáticos. Creo que ni aun entonces estaban totalmente seguros de que Dillinger fuera en el coche.

Sin embargo, sus dudas no tardaron en disiparse. Johnnie rompió la ventanilla trasera con la culata de su pistola y empezó a devolver los disparos. Yo pisé otra vez el acelerador a fondo y puse el Ford a ochenta, que era la hostia en aquellos tiempos. No había mucho tráfico y sorteaba el poco que había como podía, por la izquierda, por la derecha, por la cuneta... En dos ocasiones percibí que las ruedas de mi lado quedaban suspendidas en el aire, pero no llegamos a volcar. Nada como un Ford cuando se trata de darse a la fuga. Una vez, Johnnie escribió a Henry Ford en persona: «Cuando estoy en un Ford, puedo hacer que cualquier otro coche muerda mi polvo», aseguró al señor Ford, y desde luego, ese día los polis mordieron nuestro polvo.

Sin embargo, pagamos un precio por ello. Las balas seguían lloviendo sobre el coche, en el parabrisas apareció una grieta, y un casquillo, estoy bastante seguro que era del 45, cayó sobre el salpicadero como un enorme escarabajo negro.

Jack Hamilton iba sentado a mi lado. Recogió la metralleta del suelo y estaba comprobando la cámara, listo para asomarse a la ventanilla, imagino, cuando oímos otro aullido de bala.

—¡Joder, me han dado! —gritó Jack.

La bala debía de haber entrado por la ventanilla posterior rota, y no entiendo por qué no alcanzó a Johnnie en lugar de a Jack.

—¿Estás bien? —pregunté.

Estaba inclinado sobre el volante como un mono y sin duda también conducía como tal. Adelanté a una camioneta de reparto de leche por la derecha sin dejar de tocar el claxon y gritarle al palurdo de uniforme blanco que se apartara de una puta vez.

—¿Estás bien, Jack?

—¡Estoy bien, estoy bien! —aseguró antes de asomarse a la ventanilla hasta la cintura, metralleta en ristre.

La camioneta estaba en la línea de fuego, y vi al conductor por el retrovisor, mirándonos con los ojos abiertos como platos bajo la gorrita del uniforme. Y cuando me volví hacia Jack advertí un orificio pequeño y redondo, como dibujado con lápiz, en el centro de su abrigo. No había sangre, solo ese agujerito negro.

—¡No te preocupes por Jack y adelanta a ese capullo de una puta vez! — me ordenó Johnnie.

Y así lo hice. Recorrimos unos ochocientos metros más, y el coche patrulla quedó atrapado tras la camioneta porque la carretera estaba protegida a un lado por un quitamiedos, mientras que en sentido contrario circulaba tráfico lento y constante. Tomamos una curva muy cerrada y por un momento perdimos de vista tanto la camioneta como el coche patrulla. De repente vimos a nuestra derecha un camino de grava cubierto de maleza.

—¡Cógelo! —jadeó Jack al tiempo que se dejaba caer en el asiento, pero yo ya lo había enfilado.

Era un antiguo sendero particular. Recorrí unos setenta metros por él, salvé un suave promontorio, y al otro lado se alzaba una granja que parecía desierta desde hacía mucho. Apagué el motor, nos apeamos y esperamos detrás del coche.

—Si vienen se van a enterar de lo que es bueno —amenazó Jack—. No pienso acabar en la silla eléctrica como Harry Pierpont.

Pero no llegaron, de modo que al cabo de unos diez minutos volvimos a subir al coche y salimos de nuevo a la carretera principal, si bien con gran precaución. Y fue entonces cuando vi algo que no me hizo ni pizca de gracia.

—Oye, Jack, te sale sangre por la boca. Ten cuidado o te mancharás la camisa.

Jack se enjugó la boca con el dedo índice de la mano derecha, se quedó mirando la sangre que lo manchaba y me dirigió una sonrisa que aún veo en sueños, una sonrisa radiante y aterrorizada al tiempo.

—Me he mordido la mejilla por dentro —aseguró—. No es nada.

—¿Estás seguro? —insistió Johnnie—. Tienes una voz rara.

—Es que tengo que recobrar el aliento —repuso Jack.

Se pasó de nuevo el dedo índice por la boca y esta vez lo sacó menos ensangrentado, lo que pareció tranquilizarlo.

—Larguémonos de aquí—urgió.

—Vuelve al puente Spiral, Homer —indicó Johnnie.

Obedecí sin vacilar. No todas las historias que cuentan de Johnnie Dillinger son ciertas, pero siempre encontraba el camino de vuelta a casa, incluso cuando ya no tenía casa, y en ese sentido siempre confié en él.

Íbamos de nuevo a unos discretos cincuenta por hora cuando Johnnie vio una gasolinera Texaco y me ordenó girar a la derecha. No tardamos en hallarnos en caminos de grava. Johnnie me daba instrucciones de torcer a derecha o izquierda, a pesar de que a mí todos los caminos me parecían iguales, meras pistas de dos surcos entre campos de maíz descuidados. Había barro por todas partes, así como restos de nieve en algunos campos. De vez en cuando nos cruzábamos con algún crío que nos seguía con la mirada. Jack estaba cada vez más callado.

—Estoy bien —repitió una vez más cuando le pregunté cómo se encontraba.

—Ya, bueno, pero tendríamos que llevarte a que te echaran un vistazo en

cuanto la cosa se calme un poco —señaló Johnnie—. Y también habrá que hacer remendar tu abrigo. Con ese agujero parece que te hayan pegado un tiro —añadió con una carcajada.

Yo también reí. Johnnie sabía cómo subirte la moral.

—No creo que sea una herida muy profunda —comentó Jack cuando volvíamos a la carretera 43—. Mira, ya no me sale sangre por la boca.

Se volvió hacia Johnnie para mostrarle el dedo, que solo presentaba una mancha granate, pero cuando se reclinó otra vez en su asiento, la sangre empezó a brotarle de nuevo de la boca y la nariz.

—Pues yo creo que sí —comentó Johnnie—. Cuidaremos de ti. Si aún puedes hablar, lo más probable es que no sea grave.

—Eso —convino Jack—. Estoy bien —repitió por enésima vez con un hilo de voz.

—Más contento que unas pascuas —dije.

—Bah, cállate, burro —resopló, y los tres nos echamos a reír.

Siempre se burlaban de mí, pero sin malicia.

Cinco minutos después de volver a la carretera principal, Jack perdió el conocimiento. Se desplomó contra la ventanilla, y un reguero de sangre le resbaló por la comisura de los labios hasta el cristal, dejando una mancha que me recordó un mosquito aplastado. Jack todavía llevaba el trapo anudado a la cabeza, pero se le había ladeado. Johnnie se lo quitó para limpiarle la sangre de la cara. Jack masculló algo entre dientes y levantó las manos para apartar a Johnnie, pero las dejó caer de nuevo sobre el regazo.

—Seguro que esos polis han avisado a sus colegas por radio —comentó Johnnie—. Si vamos a Saint Paul, estamos acabados, creo yo. ¿Tú qué opinas, Homer?

—Lo mismo —corroboré—. ¿Qué opciones tenemos? ¿Chicago?

—Sí—asintió él—. Pero primero tenemos que deshacernos de este carro. Seguro que tienen la matrícula, y aunque no la tuvieran, nos ha traído mala suerte.

—¿Qué hay de Jack? —pregunté.

—Jack se pondrá bien —respondió, y por su tono supe que debía cambiar de tema.

Nos detuvimos al cabo de un kilómetro y medio para que Johnnie pinchara de un disparo el neumático delantero del Ford gafado mientras Jack se apoyaba contra el capó con aspecto pálido y enfermo.

Cuando necesitábamos un coche, siempre recaía sobre mí la tarea de parar uno.

—Puede que nadie pare para ayudarnos a nosotros, pero por ti siempre paran —había constatado Johnnie en cierta ocasión—. ¿Por qué será?

Fue Harry Pierpont quien le respondió. Corrían los tiempos en que aún éramos la banda de Harry Pierpont, no la banda de Dillinger.

—Porque Homer tiene una pinta de buenazo que no se aguanta.

Todos nos echamos a reír, y allí estaba yo de nuevo, esta vez por un asunto realmente urgente, de vida o muerte, podría decirse.

Pasaron tres o cuatro coches mientras fingía que intentaba cambiar la rueda. El siguiente fue el camión de un granjero, demasiado lento y destartalado. Además, en la caja viajaban varios tipos. El conductor aminoró la velocidad.

—¿Necesita ayuda, amigo?

—No, gracias —contesté—. Estoy haciendo un poco de ejercicio para abrir boca. No hace falta que pare.

El hombre se rió y siguió su camino. Los tipos de la caja me saludaron al pasar.

El siguiente era otro Ford, que llegó más solo que la una. Agité los brazos para pedirle que se detuviera, situándome de modo que no pudiera evitar ver el neumático pinchado y esbozando una amplia sonrisa de tipo inofensivo.

Funcionó. El Ford se detuvo; lo ocupaban tres personas: un hombre, una mujer joven y un bebé rollizo. Una familia.

—Parece que tiene una rueda pinchada, amigo —constató el hombre.

Llevaba traje y abrigo, todo muy limpio, pero no de la mejor calidad.

—Bueno, no sé si es grave, porque solo está desinflada en la parte inferior —bromeé.

Todavía estábamos riendo la broma cuando Johnnie y Jack salieron de entre los árboles con las pistolas desenfundadas.

—Tranquilo, señor —dijo Jack—. No vamos a hacerles daño.

El hombre miró a Jack, luego a Johnnie y a continuación de nuevo a Jack. Por fin se fijó de nuevo en Johnnie y abrió la boca de par en par. Había presenciado la misma reacción cientos de veces, pero no dejaba de fascinarme.

—¡Usted es Dillinger! —exclamó y enseguida levantó las manos.

—Encantado de conocerle, señor —lo saludó Johnnie, asiéndole una—. ¿Le importaría bajar los brazos?

En cuanto los hubo bajado, se acercaron otros dos o tres coches por la carretera, granjeros de camino a la ciudad, a juzgar por su aspecto, muy erguidos en sus coches viejos y manchados de barro. Lo que veían al pasar no era más que un grupito de hombres a punto de cambiar un neumático.

Jack se dirigió al lado del conductor del Ford nuevo, apagó el motor y sacó la llave. El cielo estaba muy blanco ese día, como si lloviera o nevara, pero el rostro de Jack estaba mucho más blanco aún.

—¿Cómo se llama, señora? —preguntó Jack a la mujer, que llevaba un abrigo largo de color gris y un gorrito marinero muy mono.

—Deelie Francis —repuso ella con ojos enormes y oscuros como ciruelas—. Ese es Roy, mi marido. ¿Van a matarnos?

Johnnie la miró con expresión severa.

—Señora Francis, somos la banda de Dillinger y nunca hemos matado a nadie.

Johnnie siempre insistía en ese punto. Harry Pierpont no dejaba de burlarse de él y de preguntarle por qué malgastaba saliva, pero en mi opinión, Johnnie hacía bien. Es una de las razones por las que la gente seguirá recordándolo mucho después de haber olvidado a ese capullín del sombrero de paja.

—Cierto —corroboró Jack—. Nos limitamos a atracar bancos, y no tantos como dicen. ¿Y quién es este hombrecito?

Hizo cosquillas al crío bajo el mentón. Desde luego, estaba muy gordo; se parecía a W. C. Fields.

—Se llama Buster —repuso Deelie Francis.

—Vaya, es un grandullón, ¿eh? —exclamó Jack con una sonrisa; tenía los dientes ensangrentados—. ¿Cuántos años tiene? ¿Tres?

—Acaba de cumplir dos y medio —repuso la señora Francis con orgullo.

—¿En serio?

—Sí, pero es muy grande para su edad. ¿Se encuentra bien, señor? Está muy pálido, y tiene sangre en la...

—Jack, ¿puedes esconder el otro coche entre los árboles? —la interrumpió Johnnie, señalando el viejo Ford del carpintero.

—Claro.

—¿Con la rueda pinchada y todo?

—Por supuesto. Pero es que ahora mismo... tengo muchísima sed. Señora... señora Francis, ¿lleva algo de beber en el coche?

La mujer se volvió, se inclinó, tarea nada fácil con aquel mastodonte de niño sobre el regazo, y cogió un termo del maletero.

Pasaron un par de coches más. Sus ocupantes nos saludaron con la mano, y les devolvimos el saludo. Yo aún sonreía de oreja a oreja, procurando conservar el aspecto de tipo inofensivo que me caracterizaba. Estaba preocupado por Jack y no entendía cómo era capaz de seguir en pie y mucho menos de llevarse el termo a la boca y beberse el contenido. Era té helado, le explicó la mujer, pero Jack no pareció oírla. Cuando se lo devolvió, las lágrimas le rodaban por las mejillas. Le dio las gracias, y ella le preguntó de nuevo si se encontraba bien.

—Ahora sí —aseguró Jack.

Subió al Ford gafado y lo condujo entre los arbustos. El coche daba saltos sobre la rueda que Johnnie había reventado.

—¿Por qué no has reventado una de las de atrás, gilipollas? —masculló Jack en tono enojado y entre jadeos.

Por fin escondió el coche entre los árboles y regresó a la carretera, caminando despacio y con la mirada clavada en el suelo, como un anciano andando sobre el hielo.

—Muy bien —dijo Johnnie.

Había descubierto una pata de conejo en el llavero del señor Francis y lo estaba manoseando de un modo que me dio a entender que el señor Francis no volvería a ver su Ford:

—Ahora que ya somos amigos, vamos a dar un paseo.

Johnnie conducía, Jack iba a su lado y yo estaba apretujado en el asiento trasero con los Francis, intentando que el lechón me sonriera.

—Cuando lleguemos al próximo pueblo —explicó Johnnie a los Francis—, se apearán con dinero suficiente para tomar el autobús hasta su destino. Nosotros nos llevaremos su coche. Lo trataremos bien, y si nadie le

mete ningún balazo, lo recuperarán tal cual. Uno de nosotros los llamará por teléfono para decirles dónde está.

—Todavía no tenemos teléfono —advirtió Deelie en tono quejumbroso.

Parecía la clase de mujer que necesita una torta cada par de semanas para ponerla a tono.

—Estamos en lista de espera, pero los de la compañía telefónica son muy lentos.

—Bueno —dijo Johnnie sin perder el buen humor ni la agilidad mental—, pues en tal caso llamaremos a la poli, y ellos se pondrán en contacto con ustedes. Pero si hablan, no podrán volver a conducirlo.

El señor Francis asintió como si se lo creyera todo. Y probablemente se lo creía todo. Al fin y al cabo, éramos la banda de Dillinger.

Johnnie paró en una gasolinera, llenó el depósito y compró refrescos para todos. Jack apuró una botella de mosto como un hombre a punto de morir de sed en el desierto, pero la mujer no quería que el lechón se tomara la suya, ni un sorbito siquiera. El niño alargaba las manos hacia la botella y berreaba.

—No puede tomar un refresco antes de comer —reprendió la mujer a Johnnie—. ¿Acaso se ha vuelto usted loco?

Jack tenía la cabeza apoyada contra la ventanilla y los ojos cerrados. Creía que había perdido de nuevo el conocimiento, pero de repente habló.

—O hace callar al crío o lo hago callar yo, señora.

—Me parece que ha olvidado de quién es este coche —espetó ella, muy digna.

—Dale el puto refresco al niño, zorra—murmuró Johnnie.

Aún sonreía, pero era su otra sonrisa. La mujer lo miró y palideció como una muerta. Y así fue como el lechón pudo tomarse el refresco a pesar del inminente almuerzo. Al cabo de unos treinta kilómetros, los dejamos en un pueblo y seguimos rumbo a Chicago.

—Un tipo que se casa con una mujer como esa se merece todo lo que le pase —comentó Johnnie—. Y seguro que le pasará de todo.

—Esa tía llamará a la policía —aseguró Jack sin abrir los ojos.

—Qué va —replicó Johnnie tan seguro de sí mismo como siempre—. No se gastará ni un centavo en la llamada.

Y estaba en lo cierto. Solo vimos otros dos coches patrulla antes de llegar a Chicago, ambos en sentido contrario, y ninguno de los dos aminoró siquiera la velocidad para echarnos un vistazo. Johnnie era un tipo con suerte. En cuanto a Jack, no había más que mirarlo para darse cuenta de que la suerte se le estaba acabando a toda pastilla. Cuando llegamos a las afueras de Chicago, deliraba y hablaba con su madre.

—¡Homer! —exclamó Johnnie con esa expresión de ojos muy abiertos que siempre me producía cierto cosquilleo, como de chica coqueta.

—¿Qué? —pregunté, devolviéndole la mirada.

—No tenemos adonde ir. Esto es peor que Saint Paul.

—Vamos a Murphy's —propuso Jack con los ojos aún cerrados—. Quiero una cerveza fría. Tengo mucha sed.

—Murphy's —murmuró Johnnie—. Pues no es mala idea.

Murphy's era un bar irlandés en la zona sur de la ciudad. Mucho serrín, cubetas calentaplatos, dos camareros, tres gorilas, chicas amables en la barra y una habitación en la planta superior para hacértelo con ellas. Más habitaciones en la parte trasera donde a veces se reunía gente o donde podías esconderte un par de días. Conocíamos cuatro sitios así en Saint Paul, pero solo un par en Chicago. Aparqué el Ford de los Francis en el callejón. Johnnie estaba en el asiento trasero con nuestro amigo delirante (aún no estábamos preparados para llamarlo nuestro amigo moribundo), sosteniendo la cabeza de Jack sobre el hombro de su abrigo.

—Entra y trae a Brian Mooney —me ordenó Johnnie.

—¿Y si no está?

—Pues no sé.

—¡Harry! —gritó Jack, refiriéndose seguramente a Harry Pierpont—. Esa puta que me buscaste me ha contagiado la gonorrea, joder.

—Venga —me urgió Johnnie mientras acariciaba el pelo de Jack como si fuera su madre.

En fin, Brian Mooney estaba allí, otra vez la sempiterna suerte de Jack, y conseguimos habitación para aquella noche, aunque nos costó doscientos dólares, un precio bastante alto teniendo en cuenta que la ventana daba al callejón y el lavabo estaba al final del pasillo.

—Os busca todo el mundo —les comentó Brian—. Mickey McClure os habría puesto de patitas en la calle. En los periódicos y la radio solo hablan de Little Bohemia.

Jack se sentó sobre un colchón en el rincón, encendió un cigarrillo y se tomó una caña fría. La cerveza lo puso tan a tono que casi parecía el mismo de siempre.

—¿Ha conseguido escapar Lester? —preguntó a Brian.

Cuando habló me volví hacia él y vi algo terrible. Cada vez que fumaba una calada de Lucky le salía un poco de humo del agujero que tenía en la espalda del abrigo, como si de una señal se tratara.

—¿Te refieres a Baby Face? —inquirió Mooney.

—Que no te oiga llamarlo así —advirtió Johnnie con una sonrisa.

Estaba contento de ver tan recuperado a Jack, claro que no había visto la nubecilla de humo que le salía por la espalda. Ojalá tampoco yo la hubiera visto.

—Disparó contra unos cuantos federales y escapó —respondió Mooney—. Al menos uno de los federales murió, tal vez dos. En cualquier caso, eso lo empeora todo. Podéis pasar la noche aquí, pero os quiero fuera antes de mañana por la tarde.

Dicho aquello salió de la habitación. Johnnie esperó unos segundos y luego sacó la lengua como un niño pequeño. Me eché a reír, porque Johnnie siempre me hacía reír. Jack también intentó reír, pero desistió; le dolía demasiado.

—Ha llegado el momento de quitarte el abrigo y echarle un vistazo a la herida, amigo —anunció Johnnie.

Tardamos cinco minutos en desvestirlo, y al acabar estábamos los tres empapados en sudor. En cuatro o cinco ocasiones tuve que taparle la boca a Jack para ahogar sus gritos, y terminé con los puños de la camisa ensangrentados.

Solo había una pequeña mancha en el forro del abrigo, pero llevaba media camisa blanca teñida de rojo y la camiseta totalmente empapada. En el costado izquierdo, justo debajo del omóplato, se veía un bulto coronado por un agujero, como un volcán diminuto.

—Basta —suplicó Jack entre lágrimas—. No puedo más.

—Ya está, ya está —lo tranquilizó Johnnie mientras le acariciaba de nuevo el cabello—. Ya hemos terminado. Ahora tumbate y duerme. Necesitas descansar.

—No puedo —gimió Jack—. Me duele demasiado. Dios, si supieras cuánto me duele. Y quiero otra cerveza; tengo mucha sed. Pero esta vez no le metas tanta sal. ¿Dónde están Harry y Charlie?

Supuse que se refería a Harry Pierpont y Charlie Makley. Charlie era el tipejo que había iniciado a Harry y Jack cuando solo eran unos mocosos.

—Ya empieza otra vez —suspiró Johnnie—. Necesita un médico, Homer, y tú serás el encargado de encontrarlo.

—Por el amor de Dios, Johnnie, esta no es mi ciudad.

—Da igual —atajó Johnnie—. Si salgo yo, ya sabes lo que pasará. Te apuntaré algunos nombres y direcciones.

Al final no me dio más que un nombre y una dirección, y cuando llegué al lugar en cuestión, no me sirvieron de nada, porque el médico, un matasanos cuya misión en la vida consistía en practicar abortos y borrar huellas digitales con ácido, se había dado el viaje definitivo con láudano dos meses antes.

Nos quedamos cinco días en aquella habitación cutre en la trastienda de Murphy's. Mickey McClure apareció e intentó echarnos, pero Johnnie habló con él como solo Johnnie sabía hacerlo; cuando echaba mano de todo su encanto, resultaba casi imposible negarle nada. Además, éramos clientes de pago. La quinta noche, el precio de la habitación había subido a cuatrocientos, y teníamos prohibido asomar la cabeza en el bar por miedo a que alguien nos viera. Nadie nos vio, y que yo sepa, la policía nunca llegó a saber dónde estuvimos aquellos cinco días de finales de abril. Me pregunto cuánto sacaría Mickey McClure del trato, seguro que uno de los grandes o más. En algunos atracos no llegábamos a sacar tanto.

Acabé visitando a media docena de matasanos, pero ninguno de ellos se mostró dispuesto a examinar a Jack. Demasiado peligroso, dijeron todos. Fueron unos días espantosos y aún ahora me duele pensar en ellos. Digamos que Johnnie y yo comprendimos lo que sintió Jesucristo cuando Pedro lo negó tres veces.

Durante un tiempo, Jack entró y salió del delirio, y llegó un momento en que ya no salía de él. Hablaba de su madre, de Harry Pierpont, de Boobie Clark, un famoso marica de Michigan City al que todos conocíamos.

—Boobie intentó besarme —repitió cierta noche una y otra vez, hasta que creí que me volvía loco.

Pero Johnnie no se inmutaba. Se limitaba a permanecer sentado junto a él sobre el colchón, acariciándole el pelo. Había recortado un cuadrado de tela de la camiseta en torno al balazo y lo limpiaba a menudo con mercromina, pero la piel ya había adquirido un tono verde grisáceo, y el orificio despedía un olor que producía náuseas.

—Es gangrena —sentenció Mickey McClure cuando acudió para cobrar el alquiler—. Está acabado.

—De eso nada—espetó Johnnie.

Mickey McClure se inclinó hacia delante con las gruesas manos apoyadas sobre sus gruesas rodillas, husmeó el aliento de Jack como un poli que olisqueara el aliento de un borracho, y se puso en pie.

—Yo que vosotros buscaría un médico cagando leches. Que la herida huela así ya es malo, pero cuando el aliento huele igual...

Mickey meneó la cabeza y salió.

—Que le den por el saco —dijo Johnnie a Jack, acariciándole el pelo—. ¿Qué sabrá él?

Pero Jack no respondió; se había dormido.

Al cabo de unas horas, después de que Johnnie y yo también nos durmiéramos, Jack se sentó en el borde del camastro, delirando sobre Henry Claudy, el alcaide de Michigan City. Lo llamábamos Por Dios que Claudy, porque siempre decía Por Dios que esto y Por Dios que lo otro. Jack gritaba que mataría a Claudy si no nos dejaba salir. Alguien golpeó la pared y nos gritó que hiciéramos callar a ese tipo.

Johnnie se sentó junto a Jack y le habló hasta tranquilizarlo.

—Oye, Homer—murmuró Jack al cabo de un rato.

—Dime, Jack.

—¿Te importaría hacer el truco de las moscas? —pidió.

Me sorprendió que lo recordara.

—Bueno —dije—, me encantaría, pero aquí no hay moscas. En estos andurriales todavía no es época de moscas.

—Las moscas se posan en algunos de vosotros, pero no en mí —canturreó Jack en voz baja y ronca—, ¿verdad, Chummah?

No tenía idea de quién era Chummah, pero asentí y le di una palmadita en el hombro, que estaba caliente y pegajoso.

—Exacto, Jack.

Tenía grandes ojeras violáceas y los labios manchados de saliva reseca. Había empezado a perder peso y a oler. Olía a orina, lo que no era demasiado terrible, y a gangrena, que sí lo era. Sin embargo, Johnnie no daba en ningún momento indicios de que oliera nada fuera de lo corriente.

—Camina con las manos, John, como hacías antes —pidió Jack.

—Dentro de un momento —repuso Johnnie mientras le servía un vaso de agua—. Primero bébete esto para refrescarte el gástrico, y luego veré si puedo cruzar la habitación haciendo la vertical. ¿Te acuerdas de cuando corría con las

manos en chirona? Después de correr hasta la verja, me encerraron en el agujero.

—Sí que me acuerdo —musitó Jack.

Johnnie no caminó con las manos aquella noche; cuando acercó el vaso de agua a los labios de Jack, el pobre diablo se había vuelto a dormir con la cabeza apoyada en el hombro de Johnnie.

—Se va a morir —sentencié.

—No se va a morir —replicó Johnnie.

A la mañana siguiente pregunté a Johnnie qué íbamos a hacer. Qué podíamos hacer.

—McClure me ha dado otro nombre, Joe Moran. Dice que fue el intermediario en el secuestro de Bremer. Si cura a Jack se habrá ganado mil pavos.

—Yo tengo seiscientos —dije.

Y estaba dispuesto a desprenderme de ellos, pero no por Jack Hamilton, porque Jack ya no necesitaba un médico, sino un predicador. Estaba dispuesto a hacerlo por John Dillinger.

—Gracias, Homer —agradeció—. Volveré dentro de una hora. Cuida del bebé entretanto.

Pero la expresión de Johnnie era sombría. Sabía que si Moran no nos ayudaba, tendríamos que irnos de la ciudad, lo que significaría llevar a Jack de vuelta a Saint Paul y probar suerte allí. Y sabíamos lo que a buen seguro conllevaría volver en un Ford robado. Corría la primavera de 1934, y los tres, Jack, yo y sobre todo Johnnie, figurábamos en la lista de «enemigos públicos» de J. Edgar Hoover.

—En fin, buena suerte —le deseé—. Hasta luego.

Johnnie salió, y yo me quedé mirando las musarañas. A esas alturas ya estaba hasta las narices de la habitación. Era como estar de vuelta en la trena de Michigan City, pero peor, porque aterrizar en chirona era lo peor que podía pasarte, mientras que allí, escondidos en la trastienda de Murphy, las cosas siempre podían ponerse más negras.

Jack masculló algo entre dientes y volvió a perder el conocimiento.

Al pie del camastro había una silla con un cojín sobre el asiento. Lo cogí y me senté junto a Jack. No creía que tardara mucho. Y cuando Johnnie volviera, no tenía más que decirle que Jack había exhalado el último suspiro. El cojín estaría de nuevo sobre la silla. A decir verdad, le haría un favor a Johnnie, y también a Jack.

—Te he visto, Chummah —musitó Jack de repente.

Os aseguro que me dio un susto de muerte.

—¡Jack! —exclamé, apoyando los codos sobre el cojín—. ¿Cómo estás?

De nuevo cerró los ojos.

—Haz el truco... de las moscas —pidió antes de quedarse otra vez dormido.

Pero había despertado en el momento justo; de no ser así, Johnnie habría encontrado a un hombre muerto a su regreso.

Al volver, Johnnie casi echó la puerta abajo. Me asusté tanto que saqué la pistola, y al verla se echó a reír.

—Guarda la pipa y haz las maletas, amigo —ordenó.

—¿Qué se cuece?

—Pues que nos largamos de aquí—anunció con aspecto cinco años más joven—. Ya era hora, ¿no te parece?

—Sí.

—¿Jack ha estado bien?

—Sí —repetí.

El cojín echado sobre la silla decía NOS VEMOS EN CHICAGO en letras bordadas.

—¿Ningún cambio?

—No. ¿Adónde vamos?

—A Aurora —repuso Johnnie—. Es un pueblo que está hacia el norte. Vamos a instalarnos en casa de Volney Davis y su novia.

Se inclinó sobre el camastro. El cabello rojizo de Jack, ralo de por sí, empezaba a caer sobre la almohada, y se le veía la coronilla blanca como la nieve.

—¿Has oído, Jack? —gritó Johnnie—. ¡Ahora estamos jodidos, pero pronto habremos salido de esta!, ¿entiendes?

—Camina sobre las manos como hacía Johnnie Dillinger —le pidió Jack sin abrir los ojos.

Johnnie siguió sonriendo y me guiñó el ojo.

—Lo entiende —aseguró—, solo que no está despierto, ¿sabes?

—Por supuesto —mascullé.

De camino a Aurora, Jack viajó apoyado contra la ventanilla, y su cabeza rebotaba contra el cristal cada vez que topábamos con un bache. Sostenía largas e inarticuladas conversaciones con tipos a los que nosotros no veíamos. En cuanto salimos de la ciudad, Johnnie y yo tuvimos que bajar las ventanillas, ya que el hedor era insoportable. Jack se estaba pudriendo por dentro, pero al mismo tiempo se resistía a morir. He oído decir que la vida es frágil y efímera, pero no me creo nada. Ojalá fuera así.

—Ese doctor Moran era un llorica —explicó Johnnie cuando ya habíamos dejado atrás la ciudad y nos adentrábamos en el bosque—. Decidí no dejar que un llorica se ocupara de mi compañero, pero tampoco quería irme con las manos vacías. —Johnnie siempre iba con una 38 guardada en el cinturón, y en ese momento me la enseñó como debía de habérsela enseñado al doctor Moran—. «Ya que no puedo llevarme nada más, doctor, tendré que llevármelo a usted por delante», le dije. Por lo visto se dio cuenta de que hablaba en serio, porque

llamó a Volney Davis.

Asentí como si el nombre me sonara. Más tarde me enteré de que Volney Davis formaba parte de la banda de Mamá Barker. Era un tipo simpático, al igual que Dock Barker. Y también la novia de Volney, a la que llamaban Conejos. La llamaban Conejos porque había conseguido fugarse varias veces de la cárcel, como un conejillo. Era la mejor. De verdad. Al menos ella intentó ayudar al pobre Jack. Ninguno de los otros movió un dedo, ninguno de los charlatanes, matasanos y demás, y desde luego, tampoco el doctor Joseph (Llorica) Moran.

Los Barker huían de la justicia tras un secuestro fallido. La mamá de Dock ya se había largado a Florida. El escondrijo de Aurora no era gran cosa, solo cuatro habitaciones sin electricidad y una letrina en la parte trasera, pero le daba cien vueltas al bar de Murphy. Y como ya he dicho, la novia de Volney al menos intentó hacer algo. Fue la segunda noche que pasábamos allí.

Rodeó la cama de lámparas de queroseno e hirvió un cuchillo de cocina en una cacerola para esterilizarlo.

—Si os entran ganas de vomitar, os aguantáis hasta que acabe—advirtió.

—Estaremos bien—aseguró Johnnie—. ¿Verdad que sí, Homer?

Asentí, pero la verdad es que sentí náuseas aun antes de que empezara. Jack estaba tendido de bruces, con la cabeza vuelta hacia un lado, mascullando entre dientes sin cesar. El lugar en que se encontraba estaba lleno de personas a las que solo él veía.

—Eso espero—suspiró Conejos—, porque cuando empiece ya no habrá vuelta atrás.

Alzó la vista y vio a Dock de pie en el umbral junto a Volney Davis.

—Sal, calvorota—instó a Dock— y llévate al gran jefe contigo.

Volney Davis no era más indio que yo, pero todos se metían con él porque había nacido en territorio cherokee. Un juez lo había condenado a tres años por robar un par de zapatos y así fue como se inició en el mundo del crimen.

Volney y Dock salieron. En cuanto desaparecieron, Conejos dio la vuelta a Jack y le abrió el pecho en forma de «X», apretando con tal fuerza que yo apenas podía soportar mirar. Yo le sujetaba los pies mientras Johnnie, sentado junto a su cabeza, intentaba calmarlo, pero no sirvió de nada. Cuando Jack empezó a gritar, Johnnie le cubrió la cabeza con un paño de cocina e indicó con la cabeza a Conejos que siguiera, sin dejar de acariciar la cabeza de su amigo y asegurarle que todo saldría bien.

Esa Conejos... Dicen que las mujeres son frágiles, pero aquella no tenía nada de frágil. Las manos no le temblaron en ningún momento. La sangre, parte de ella negra y medio coagulada, empezó a brotar del corte. Cortó más hondo y al cabo de un rato empezó a salir pus. Una parte era blanca, pero también había grandes pedazos verdes que parecían mocos. Fue horrible, pero cuando llegó al pulmón, el hedor fue mil veces peor, seguro que peor que en Francia durante los ataques con gas.

Jack respiraba en grandes silbidos jadeantes que brotaban tanto de su garganta como del agujero que tenía en la espalda.

—Será mejor que te des prisa —advirtió Johnnie—. Tiene una fuga en la manguera de aire.

—Ya lo sé —repuso ella—. La bala está en el pulmón. Tú sujétalo, guapo.

De hecho, Jack no se removía mucho, porque estaba demasiado débil, y los silbidos de su respiración eran cada vez más tenues. Hacía un calor de mil demonios con todas aquellas lámparas alrededor de la cama, y el hedor del aceite caliente era casi tan intenso como el de la gangrena. Deseé haber pensado en abrir alguna ventana antes de empezar, pero era demasiado tarde.

Conejos tenía unas tenazas, pero no cabían en el agujero.

—¡A tomar por el culo! —espetó antes de arrojarlas a un lado.

Luego metió los dedos en el orificio ensangrentado, los movió hasta dar con la bala alojada, la sacó y la tiró al suelo. Johnnie se agachó para recogerla.

—Ya la recogerás luego, guapo; de momento, sigue sujetándolo.

Dicho aquello, Conejos se dedicó a taponar la carnicería con gasas. Johnnie levantó el paño y echó un vistazo al rostro de Jack.

—Justo a tiempo —anunció con una sonrisa—. El viejo Red Hamilton se ha puesto un poquitín azul.

Un coche se detuvo en el sendero de entrada. Bien podía ser la poli, pero en esos momentos no podíamos hacer nada al respecto.

—Pellízcalo para mantenerlo cerrado —me ordenó Conejos, señalando el agujero taponado con gasa—. No se me da demasiado bien la costura, pero supongo que conseguiré ponerle media docena de puntos.

No me apetecía nada acercar las manos a ese agujero, pero no iba a negarme, así que pellizqué los bordes, y al hacerlo salió más pus. El vientre se me encogió y empecé a emitir los sonidos característicos de las arcadas.

—Vamos —me dijo ella con una media sonrisa—. Si eres lo bastante hombre para apretar el gatillo, también lo serás para ocuparte de un agujero.

Y procedió a coserlo con grandes y aparatosas puntadas, clavando la aguja con ganas. Después de los dos primeros puntos ya no fui capaz de seguir mirando.

—Gracias —musitó Johnnie en cuanto acabó—. Quiero que sepas que te recompensaré por lo que has hecho.

—No cantes victoria todavía —contestó ella—. Le doy una probabilidad entre veinte.

—Se pondrá bien —aseguró Johnnie.

En aquel momento, Dock y Volney entraron en la habitación. Los seguía otro miembro de la banda, Buster Daggs o Draggs, no me acuerdo bien. En cualquier caso, había ido al teléfono que utilizaban en la estación de servicio Cities, abajo en el pueblo, y dijo que los federales habían estado muy ocupados en Chicago, deteniendo a todo aquel que consideraran involucrado en el secuestro de Bremer, el último golpe importante de la banda de Barker. Uno de los tipos a los que habían cogido era John J. (Jefe) McLaughlin, un pez gordo en la maquinaria política de Chicago, y otro, el doctor Joseph Moran, conocido también como el Llorica.

—Moran les dirá lo de este sitio, eso está más claro que el agua —

comentó Volney.

—Puede que no sea verdad —intervino Johnnie; Jack estaba inconsciente, el cabello rojo extendido sobre la almohada como alambres—. Puede que solo sea un rumor.

—Qué más quisieras —resopló Buster—. Me lo ha dicho Timmy O'Shea.

—¿Quién es Timmy O'Shea, el que le limpia el culo al Papa? —replicó Johnnie.

—Es el sobrino de Moran —explicó Dock, lo cual zanjó el asunto.

—Sé lo que estás pensando, guapo —dijo Conejos a Johnnie—, y ya puedes ir olvidándolo. Si metes a este tipo en un coche y lo llevas por carreteras secundarias hasta Saint Paul, mañana estará muerto.

—Podrías dejarlo aquí—propuso Volney—. La poli aparecerá y tendrá que ocuparse de él.

Johnnie se quedó sentado con el rostro bañado en sudor. Parecía cansado, pero sonreía; Johnnie siempre encontraba una sonrisa en su interior.

—Sí, se ocuparían de él, pero no lo llevarían a un hospital. Lo más probable es que le taparan la cara con una almohada y se sentaran encima.

Palabras que me sobresaltaron, como os podréis imaginar.

—Bueno, será mejor que te decidas —urgió Buster—, porque al amanecer nos tendrán rodeados. Yo me largo.

—Largaos todos —ordenó Johnnie—. Tú también, Homer. Yo me quedaré con Jack.

—Qué coño... —terció Dock— yo también me quedo.

—¿Por qué no? —convino Volney Davis.

Buster Daggs o Draggs los miró como si estuvieran locos, pero ¿sabéis una cosa? A mí no me sorprendió lo más mínimo. Ese era el efecto que Johnnie surtía en la gente.

—Yo también me quedo —dije.

—Bueno, pues yo me largo —insistió Buster.

—De acuerdo —accedió Dock—. Llévate a Conejos.

—Y una mierda —espetó Conejos—. Tengo ganas de cocinar.

—¿Te has vuelto loca? —exclamó Dock—. Es la una de la mañana y estás de sangre hasta los codos.

—Me da igual la hora, y la sangre se lava —replicó ella—. Os voy a preparar el desayuno más espectacular de vuestra vida. Huevos, beicon, panecillos, patatas y salsa...

—Te quiero, cástate conmigo —bromeó Johnnie, y todos nos echamos a reír.

—Joder —suspiró Buster—. Bueno, si hay desayuno, yo también me quedo.

Y así fue como acabamos quedándonos todos en aquella granja de Aurora, dispuestos a morir por un hombre que, le gustara o no a Johnnie, ya tenía un pie en el otro barrio. Bloqueamos la puerta principal con un sofá y unas sillas, y la trasera con una cocina de gas que de todos modos no funcionaba; solo funcionaba la de leña. Johnnie y yo sacamos las metralletas del Ford, y Dock

trajo otras del desván, además de una caja de granadas, un mortero y una caja de munición de mortero. Apuesto a que el ejército no tenía un arsenal como el nuestro en esos parajes. ¡Ja ja!

—Me da igual a cuántos nos carguemos, siempre y cuando ese cabrón de Melvin Purvis sea uno de ellos —dijo Dock.

Para cuando Conejos sirvió la comida era casi la hora a la que desayunan los granjeros. Comimos por turnos, y dos de nosotros vigilaban siempre el largo sendero que llevaba a la casa. Buster dio la alarma una vez, y todos fuimos a nuestros puestos, pero no era más que una camioneta de reparto de leche que pasaba por la carretera principal. Los federales no aparecieron. Puede considerarse un caso de información errónea, pero yo lo llamo la suerte de John Dillinger.

Entretanto, Jack seguía su triste camino de Guatemala a Guatepeor. A media tarde del día siguiente, incluso Johnnie debía de reconocer que no podía durar mucho más, aunque nunca lo habría admitido en voz alta. A mí me daba pena la mujer. Conejos había visto salir más pus entre aquellas enormes puntadas negras que le había hecho, y al verlas rompió a llorar. Lloró, lloró y lloró como si conociera a Jack Hamilton de toda la vida.

—No te preocupes —intentó tranquilizarla Johnnie—. Alegra esa cara, bonita. Hiciste lo que pudiste. Además, puede que se recupere a pesar de todo.

—Es porque le saqué la bala con los dedos —aseguró ella—. No debería haberlo hecho.

—No es por eso —intervine—. Es por la gangrena; ya tenía gangrena antes.

—Tonterías —espetó Johnnie, lanzándome una mirada asesina—. Puede que sea una infección, pero gangrena no. Ya no tiene gangrena.

Pero el pus olía a gangrena, de eso no cabía la menor duda.

—¿Recuerdas cómo te llamaba Harry cuando estábamos en Pendleton? —preguntó Johnnie sin dejar de mirarme.

Asentí. Harry Pierpont y Johnnie siempre habían sido los mejores amigos, pero yo no le caía bien a Harry. De no ser por Johnnie, nunca me habría admitido en la banda, que era la banda de Pierpont, como ya os había dicho. Harry me consideraba un imbécil, otro detalle que Johnnie no quería admitir ni comentar siquiera. Johnnie quería que todos fueran amigos.

—Quiero que salgas a cazar unas cuantas bien grandotas —pidió Johnny—, como cuando estabas en la estera de Pendleton. Unos moscones bien gordos.

Y cuando me pidió eso, supe que por fin entendía que Jack estaba acabado.

Chico Mosca, era el mote que Harry Pierpont me puso en el reformatorio de Pendleton cuando no éramos más que unos críos y yo lloraba hasta dormirme, con la cabeza escondida bajo la almohada para que los vigilantes no me oyeran. Pero en fin, Harry acabó frito en la silla eléctrica de la penitenciaría estatal de Ohio, así que tal vez yo no fuera el único imbécil.

Conejos estaba en la cocina, cortando verduras para la cena. Algo se cocía

a fuego lento en el fogón. Le pregunté si tenía hilo, y me contestó que ya sabía que sí, ¿o acaso no estaba delante cuando había cosido a mi amigo? Claro que sí, respondí, pero ese era hilo negro, y yo necesitaba hilo blanco. Media docena de trozos más o menos así de largos, expliqué, sosteniendo los dedos índices a unos veinte centímetros de distancia. Conejos quería saber para qué los necesitaba. Repuse que si tenía tanta curiosidad podía mirarme por la ventana de la cocina.

—Allá atrás no hay más que la letrina —señaló ella—. No tengo ningún interés en verle hacer sus cosas, señor Van Meter.

Conejos tenía una bolsa colgada de la puerta de la despensa y rebuscó en su interior hasta sacar un carrete de hilo blanco, del que me cortó seis trozos. Le di las gracias amablemente y le pedí una tiritita. Sacó algunas del cajón que había al lado del fregadero, diciendo que siempre andaba cortándose. Cogí una y me dirigí a la puerta.

Me encerraron en Pendleton por robar carteras en la línea de metro Central de Nueva York con el mismo Charlie Makley... El mundo es un pañuelo, ¿eh? ¡Ja! En cualquier caso, lo de mantener ocupados a los chicos malos se les daba de maravilla en Pendleton. Tenían lavandería, taller de carpintería y un taller de confección donde los internos hacían camisas y pantalones, en su mayoría para los policías del sistema penitenciario de Indiana. Algunos lo llamaban el taller de confección, otros el taller de putrefacción. Allí fue donde me tocó trabajar y donde conocí tanto a Johnnie como a Harry Pierpont. A Johnnie y a Harry nunca les costaba «hacer el día», pero yo siempre acababa diez camisas o cinco pantalones por debajo del cupo diario, por lo que me hacían ir a la estera. Los guardias estaban convencidos de que no llegaba porque me pasaba el día haciendo el payaso, y Harry estaba de acuerdo con ellos. Lo cierto es que era lento y torpe, algo que Johnnie parecía entender a la perfección, y que por eso hacía el payaso.

Si no hacías el día, el siguiente te lo pasabas en la caseta de los guardias, donde había una estera de unos sesenta centímetros cuadrados. Tenías que quitarte toda la ropa a excepción de los calcetines y quedarte allí de pie todo el día. Si te salías de la estera una vez, te daban un azote en el trasero. Si te salías dos veces, uno de los guardias te sujetaba mientras el otro te molía a palos, y si te salías tres veces, pasabas una semana en la celda de aislamiento. Te permitían beber toda el agua que quisieras, pero eso era un arma de doble filo, porque solo te dejaban ir a mear una vez al día, y si te pillaban con las piernas mojadas de pis, te daban una paliza y te metían en el agujero.

Me aburría mucho. Me aburría en Pendleton y me aburrí más tarde en Michigan City, la cárcel para adultos. Algunos tipos se contaban historias, otros cantaban, otros confeccionaban listas de todas las mujeres a las que se tirarían cuando salieran.

Yo, por mi parte, aprendí a enlazar moscas.

Las letrinas son lugares estupendos para cazar moscas con lazo. Me aposté junto a la puerta y procedí a hacer lazos con los trozos de hilo que me había dado Conejos. A partir de ahí solo se trataba de esperar y no moverse mucho. Esas eran las habilidades que había aprendido en la estera, y os aseguro que no se olvidan.

No llevó mucho tiempo. Las moscas aparecen a principios de mayo, pero en esa época son lentas, y para cualquiera que considere imposible enlazar una mosca... en fin, solo puedo decir que, si quieres un auténtico desafío, pruebes con los mosquitos.

Después de tres intentos cacé la primera. Eso no era nada, porque a veces, cuando estaba en la estera, me pasaba media mañana sin pillar ninguna.

—Pero ¿qué diablos está haciendo? —exclamó en aquel momento Conejos—. ¿Es magia?

A decir verdad, a cierta distancia parecía magia. Tenéis que imaginaros cómo lo veía ella a veinte metros. Un hombre de pie junto a una letrina lanzaba un trozo de hilo (al aire, por lo visto), pero en lugar de flotar hasta el suelo, el hilo quedaba suspendido en el aire. En realidad estaba enlazado a una mosca de buen tamaño. Johnnie lo habría distinguido enseguida, pero Conejos no tenía la vista de Johnnie.

Cogí el extremo del hilo y lo fijé al pomo de la puerta de la letrina con la tirita antes de ir por la segunda. Y la tercera. Conejos salió para ver mejor, y le dije que podía quedarse si se estaba calladita, pero no se le daba bien eso de estar calladita, de modo que al final tuve que advertirle que me estaba espantando la caza y ordenarle que volviera a la casa.

Me quedé junto a la letrina una hora y media, tiempo suficiente para dejar de oler su hedor. Entonces empezó a hacer frío, y las moscas comenzaron a entumecerse. Ya tenía cinco, lo que habría significado un auténtico enjambre en Pendleton, aunque no tenía tanto mérito para un hombre apostado junto a una letrina. En cualquier caso, tenía que entrar en la casa antes de que la temperatura bajara demasiado y las moscas ya no pudieran volar.

Cuando entré por la puerta de la cocina despacio y con cuidado, Dock, Volney y Conejos estaban riendo y aplaudiendo. El dormitorio de Jack se encontraba en la otra punta de la casa, y en él reinaba la penumbra. Por eso había pedido hilo blanco en lugar de negro. Parecía un tipo con un puñado de cordeles atados a globos invisibles, aunque se oía el zumbido de las moscas, confusas y enloquecidas, como cualquier bestia a la que han cazado y no sabe cómo.

—Madre mía —exclamó Dock Barker—. De verdad, Homer, es la pera. ¿Dónde aprendiste a hacer eso?

—En el reformatorio de Pendleton —repuse.

—¿Quién te enseñó?

—Nadie —aseguré—. Un día lo hice y ya está.

—¿Cómo es que no enredan los hilos? —preguntó Volney con los ojos muy abiertos, lo que me enorgulleció, debo confesarlo.

—No sé. Siempre vuelan en su propio espacio y casi nunca se cruzan. Es

un misterio.

—¡Homer! —gritó Johnnie desde la otra habitación—. ¡Si las tienes, ahora es buen momento para traerlas!

Eché a andar por la cocina, tirando de las riendas de las moscas como un buen mosquero, y Conejos me tocó el brazo.

—Tenga cuidado —advirtió—. Su amigo se está muriendo, y eso ha vuelto loco a su otro amigo. Se recuperará... más tarde, pero ahora mismo es peligroso.

Eso lo sabía yo mejor que ella. Cuando Johnnie se empeñaba en conseguir algo, casi siempre lo lograba, pero esta vez no sería así.

Jack se encontraba apoyado sobre las almohadas con la cabeza en el rincón, y aunque su rostro estaba blanco como la nieve, estaba de nuevo en su sano juicio. Había recobrado la cordura al final, como a veces pasa.

—¡Homer! —exclamó en un tono de lo más alegre.

En aquel momento vio los hilos y lanzó una carcajada aguda y sibilante, nada natural, a la que siguió un ataque de tos. Se pasó un buen rato tosiendo y riendo a la vez. Al poco empezó a salirle sangre de la boca, y parte de ella salpicó los hilos. Cada vez más sangre, goteándole por el mentón hasta caer sobre la camiseta.

—¡Como en los viejos tiempos! —farfulló entre dos accesos de tos.

En el rostro de Johnnie se pintaba una expresión terrible. Enseguida advertí que me quería fuera de la habitación antes de que Jack se rompiera en pedazos, pero, al mismo tiempo, sabía que no importaba una puta mierda, y que si Jack podía morir feliz gracias a un puñado de moscas de cagadero, mejor que mejor.

—Tendrás que estarte callado, Jack—le dije.

—Ya estoy bien —jadeó con una sonrisa—. ¡Acércalas para que pueda verlas!

Pero antes de que pudiera seguir hablando, lo acometió otro acceso de tos. Se inclinó hacia delante con las rodillas dobladas y la sábana salpicada de sangre como un valle entre los dos.

Miré a Johnnie, que asintió con la cabeza. Había rebasado su límite de resistencia. Por señas me indicó que me acercara. Fui hacia él despacio, con los hilos en la mano, flotando hacia arriba, delgadas líneas blancas en la penumbra. Y Jack demasiado emocionado para darse cuenta de que estaba a punto de dañarla.

—Suéltalas —pidió con una voz tan ronca que apenas le entendí—. Me acuerdo de...

Así que solté los hilos. Durante un par de segundos, se quedaron pegados al sudor de la palma de mi mano, pero luego se separaron y quedaron suspendidos verticalmente en el aire. De repente recordé a Jack en la calle después del atraco de Mason City. Estaba disparando su metralleta para cubrirnos, a Johnnie, a Lester y a mí mientras metíamos a los rehenes en el coche. Las balas volaban a su alrededor, y si bien sufrió una herida superficial, en aquel momento parecía un hombre inmortal. En cambio, allí estaba, con las

rodillas dobladas bajo una sábana empapada en sangre.

—Por las barbas del profeta, míralas —susurró mientras los hilos blancos subían solos.

—Y eso no es todo —intervino Johnnie—. Mira esto.

Avanzó un paso hacia la puerta de la cocina, dio media vuelta e hizo una reverencia sonriendo de oreja a oreja, pero era la sonrisa más triste que había visto en mi vida. Hacíamos lo que podíamos; al fin y al cabo, no podíamos prepararle la última comida, ¿verdad?

—¿Te acuerdas de cuando caminaba con las manos en el taller?

—¡Sí! Y no te dejes la presentación—le recordó Jack.

—¡Señoras y señores! —tronó Johnnie—. ¡Y ahora, en la pista central, para deleite y asombro de todos ustedes, John Herbert Dillinger!

Pronunció la «g» fuerte, como su viejo, y como él mismo antes de hacerse famoso. Luego dio una palmada e hizo la vertical. Buster Crabbe no lo habría hecho mejor. Los pantalones se le subieron hasta las rodillas, dejando al descubierto el borde de los calcetines y las espinillas. La chatarra que llevaba en los bolsillos cayó al suelo y rodó por los tablones de madera. En aquella postura echó a caminar por la habitación, ágil como él solo, cantando «Tra-ra-ra-boom-de-ay» a voz en cuello. Las llaves del Ford robado también se le cayeron del bolsillo. Jack emitía carcajadas roncadas y jadeantes, como si tuviera la gripe, y Dock Barker, Conejos y Volney, agolpados en el umbral, también reían como locos. Conejos batía de palmas y gritaba «¡Bravo! ¡Otra!». Por encima de mi cabeza, los hilos blancos seguían flotando, separándose de forma muy gradual. Yo reía como los demás, pero de repente vi lo que iba a ocurrir y me detuve.

—¡Johnnie! —grité—. ¡Johnnie, cuidado con el revólver! ¡Cuidado con el revólver!

Era el maldito 38 que guardaba en la cinturilla del pantalón. Estaba a punto de caer al suelo.

—¿Eh? —farfulló Johnnie.

Y en ese momento, el arma cayó al suelo sobre las llaves y se disparó. Un 38 no es el arma más estruendosa del mundo, pero lió una más que suficiente en aquel pequeño dormitorio. Y el destello también se las trajo. Dock y Conejos lanzaron un grito. Johnnie no dijo nada, solo dio una voltereta y cayó de bruces. Sus pies aterrizaron con un fuerte golpe, a punto de chocar con el pie de la cama en la que Jack Hamilton agonizaba. Luego quedó inmóvil. Corrí hacia él, haciendo a un lado los hilos blancos.

En el primer momento creí que había muerto, porque cuando le di la vuelta vi que tenía la boca y la mejilla cubierta de sangre, pero al poco se levantó, se enjugó el rostro, miró la sangre y me miró a mí.

—Joder, Homer, ¿acabo de pegarme un tiro? —preguntó.

—Creo que sí—dije.

—¿Estoy muy mal?

Antes de que pudiera decirle que no lo sabía, Conejos me empujó a un lado, limpió la sangre con el delantal y examinó la cara de Johnnie con detenimiento durante unos segundos.

—Está bien, no es más que un rasguño.

Aunque más tarde, cuando Conejos lo hubo tratado con yodo, comprobamos que eran dos rasguños en realidad. La bala le había cortado la piel en la mejilla derecha, justo sobre el labio, luego había recorrido unos cinco centímetros de aire para volver a cortarle a la altura del pómulo, junto al ojo. Después de eso se incrustó en el techo, aunque antes de ello se llevó por delante una de mis moscas. Sé que es difícil de creer, pero es cierto, lo juro. La mosca cayó al suelo sobre un montoncito de hilo blanco, volatilizada a excepción de un par de patas.

—Johnnie —dijo Dock—. Creo que tengo malas noticias para ti, compañero.

No hizo falta que nos dijera de qué se trataba. Jack seguía sentado, pero con la cabeza tan inclinada que el cabello le rozaba la sábana entre las rodillas. Mientras comprobábamos la gravedad de la herida de Johnnie, Jack había muerto.

Dock nos indicó que lleváramos el cadáver a una gravera situada a unos tres kilómetros carretera abajo, justo detrás del límite del municipio de Aurora. Bajo el fregadero había una botella de sulfamán, y Conejos nos la dio.

—Sabéis qué hacer con ella, ¿no? —preguntó.

—Claro —repuso Johnnie.

Llevaba una de las tintas de Conejos pegada al labio superior, sobre el lugar donde el bigote no volvió a crecerle. Estaba mustio y no la miró a los ojos.

—Asegúrate de que lo hace, Homer —insistió la mujer antes de señalar con el pulgar el dormitorio en el que Jack yacía envuelto en la sábana manchada de sangre—. Si lo encuentran y lo identifican antes de que hayáis puesto tierra de por medio, las cosas se pondrán aún más feas para vosotros, y puede que también para nosotros.

—Vosotros nos alojasteis cuando nadie más quería saber nada de nosotros —repuso Johnnie—, y os aseguro que no lo lamentaréis.

Conejos le sonrió; las mujeres casi siempre se colgaban de Johnnie. Había creído que Conejos sería una excepción porque era toda sensatez, pero en ese momento vi que también había caído. Se comportaba con tanta sensatez porque sabía que no era muy agraciada precisamente. Además, cuando hay muchos hombres encerrados en una misma casa como nosotros todos aquellos días, ninguna mujer en su sano juicio provocaría malos rollos entre ellos.

—Cuando volváis ya no estaremos —advirtió Volney—. Mamá quiere ir a Florida, tiene el ojo puesto en una casa en el lago Weir...

—Cierra el pico —lo atajó Dock al tiempo que le asestaba un golpe en el hombro.

—Bueno, pues... eso, que nos largamos —balbució Volney, frotándose el hombro—. Y vosotros deberíais hacer lo mismo. Llevaos el equipaje ahora. Ni siquiera paréis a la vuelta. La situación puede cambiar en cualquier momento.

—Vale —dijo Johnnie.

—Al menos murió feliz —comentó Volney—. Murió riendo.

Yo guardé silencio. Empezaba a asimilar la idea de que Red Hamilton, mi compañero de correrías, había muerto. Estaba tristísimo. Intenté pensar en la bala que había rozado a Johnnie y matado una mosca para ver si me animaba un poco, pero lo único que conseguí fue sentirme peor.

Dock me estrechó la mano y luego la de Johnnie. Estaba muy pálido.

—La verdad, no sé cómo hemos acabado así —suspiró con expresión sombría—. Cuando era pequeño, lo único que quería era hacerme ingeniero ferroviario.

—Mira, te voy a decir una cosa —replicó Johnnie—. No tenemos que preocuparnos de nada, porque Dios siempre acaba arreglándolo todo.

Llevamos a Jack a su última morada, envuelto en la sábana ensangrentada y tendido en el asiento trasero de aquel Ford robado. Johnnie condujo hasta el extremo más alejado de la gravera por un camino salpicado de baches (cuando se trata de conducir por caminos difíciles, prefiero mil veces un Terraplane a un Ford). Una vez allí, apagó el motor y tocó la tirita que le adornaba el labio superior.

—Hoy he agotado la suerte que me quedaba, Homer —sentenció—. Me van a echar el guante.

—No digas eso —le pedí.

—¿Por qué no? Es la verdad.

El cielo aparecía blanco y cargado de lluvia; sin duda nos caería un chaparrón fangoso entre Aurora y Chicago, adonde nos dirigíamos porque Johnnie consideraba que la poli nos esperaría en Saint Paul. En alguna parte graznaban los cuervos. El único otro sonido que se oía era el tintineo del motor al enfriarse. Una y otra vez observaba el cadáver por el retrovisor. Distinguía los bultos de codos y rodillas, las finas salpicaduras de sangre en el punto donde se había inclinado casi al final entre risas y accesos de tos.

—Mira esto, Homer —indicó Johnnie, señalando el 38 que volvía a llevar en la cinturilla.

Giró el llavero del señor Francis con la yema de los dedos, cuyas huellas digitales estaban creciendo de nuevo a pesar de todas las molestias que se había tomado. El llavero contenía cuatro o cinco llaves aparte de la del Ford, así como la pata de conejo.

—La culata del arma chocó contra ella al caer —dijo, asintiendo con la cabeza—. Chocó contra mi amuleto de la suerte. Y ahora la suerte se me ha acabado. Échame una mano con Jack.

Acarreamos a Jack hasta la pendiente de grava, y luego Johnnie cogió la botella de sulfumán, que tenía una calavera marrón y dos huesos cruzados en la etiqueta.

Se arrodilló y retiró la sábana.

—Coge los anillos —ordenó.

Le quité los anillos a Jack, y Johnnie se los guardó en el bolsillo. Nos

dieron cuarenta y cinco dólares por ellos en Calumet City, si bien Johnnie juraba y perjuraba que el pequeño tenía un diamante de verdad.

—Ahora extiéndele las manos.

Obedecí, y Johnnie le echó un tapón lleno de sulfumán sobre cada dedo. Esas huellas digitales no volverían a crecer. A continuación se inclinó sobre el rostro de Jack y lo besó en la frente.

—Odio tener que hacer esto, Red, pero sé que harías lo mismo por mí si fuera el caso.

Dicho aquello vertió el sulfumán sobre las mejillas, la boca y la frente de Jack. El líquido siseó y se convirtió en espuma blanca. Cuando empezó a corroerle los párpados cerrados, aparté la vista. Y por supuesto, no sirvió de nada; un granjero encontró el cadáver después de cargar una camioneta de grava. Una jauría de perros había apartado casi todas las piedras con que lo habíamos cubierto y devorado lo que quedaba de sus manos y cara. En cuanto al resto de él, tenía suficientes cicatrices para que la policía lo identificara como Jack Hamilton.

En efecto, aquel episodio marcó el fin de la buena suerte de Johnnie. Todos los pasos que dimos a partir de entonces y hasta la noche en que Purvis y sus compinches con placa lo cazaron en el Biograph nos salieron mal. ¿Podría Johnnie haber levantado las manos para rendirse aquella noche? Yo diría que no. Purvis lo quería ver muerto de un modo u otro. Por eso los federales no revelaron a la policía de Chicago que Johnnie estaba en la ciudad.

Nunca olvidaré la risa de Jack cuando le llevé aquellas moscas atadas a sus hilos. Era un buen tipo. Casi todos ellos lo eran... buenos tipos que habían elegido el oficio equivocado. Y Johnnie era el mejor de todos. No ha existido jamás un amigo mejor. Atracamos un último banco juntos, el Merchants National, en South Bend, Indiana. Lester Nelson se unió a nosotros para la ocasión. Al salir de la ciudad nos dio la impresión de que todos los palurdos del estado disparaban contra nosotros, pero aun así logramos escapar.

Pero ¿para qué? Esperábamos sacar más de cien de los grandes, suficiente para largarnos a México y vivir como reyes, pero acabamos con veinte mil míseros pavos, casi todos ellos en peniques y billetes de dólar mugrientos.

Dios acaba arreglándolo todo, eso fue lo que Johnnie aseguró a Dock Barker justo antes de despedirnos. A mí me educaron en el cristianismo (aunque debo reconocer que a lo largo de mi vida me he apartado un poco del camino) y estoy convencido de que nos toca lo que nos toca, pero eso está bien; a los ojos de Dios, ninguno de nosotros es más que una de esas moscas atadas a hilos, y lo que importa es cuánta felicidad puedes repartir cada día. La última vez que vi a Johnnie Dillinger fue en Chicago, y se estaba riendo por algo que acababa de decirle. Con eso me basta.

De niño me fascinaban las historias de proscritos de la Depresión, un interés que probablemente culminó con la notable película Bonnie and Clyde, de Arthur Penn. En la primavera de 2000 releí la historia que Toland escribió sobre la época, The Days of Dillinger, y me cautivó sobre todo el relato de cómo el adlátere de Dillinger, Homer van Meter, aprendió a enlazar moscas en el reformatorio de Pendleton. La lenta muerte de Jack Red Hamilton es un hecho documentado; mi versión de lo que ocurrió en el escondite de Dock Barker es, por supuesto, pura ficción... o mito, si prefieren esta palabra. Yo sí.

EN LA HABITACIÓN DE LA MUERTE(***)

Era una habitación de la muerte; Fletcher lo supo en cuanto se abrió la puerta. El suelo era de baldosas industriales grises, las paredes de piedra blancuzca, salpicadas aquí y allá de manchas oscuras que bien podían ser sangre, pues a buen seguro, en aquella habitación se había derramado sangre. Las luces del techo estaban encerradas en jaulas de tela metálica. En el centro se alzaba una larga mesa de madera con tres personas sentadas tras ella. Delante había una silla vacía reservada para Fletcher. Junto a la silla, un carrito. Sobre él se veía un objeto envuelto en un paño, como esas esculturas a medio terminar que el escultor cubre entre sesión y sesión.

El policía medio condujo, medio arrastró a Fletcher hacia la silla preparada para él. Caminaba tambaleándose entre las manos del policía. Si parecía más aturdido de lo que en realidad estaba, más paralizado y atontado, mejor. Consideró que tenía una o dos probabilidades entre treinta de salir con vida de aquel sótano del Ministerio de Información, y eso siendo optimista. En cualquier caso, no tenía intención de reducir las aún más dando la sensación de que se enteraba de algo. El ojo hinchado, la nariz deformada y el labio inferior partido podían serle de utilidad en ese sentido, al igual que la sangre seca que le rodeaba la boca cual una perilla pelirroja. Una cosa la tenía muy clara: si conseguía salir, significaría que los demás, el policía y las tres personas sentadas a guisa de tribunal tras la mesa, habrían muerto. Fletcher era periodista y nunca en su vida había matado nada más grande que un avispon, pero si tenía que matar para escapar de aquella habitación, lo haría. Pensó en su hermana, en su refugio. Pensó en su hermana nadando en un río de nombre español. Pensó en la luz reflejada en el agua a mediodía, una luz itinerante y demasiado brillante para mirarla. Llegaron a la silla. El policía lo empujó con tal fuerza para que se sentara que Fletcher estuvo a punto de caer.

—Cuidado, así no, nada de accidentes —advirtió uno de los hombres sentados a la mesa.

Era Escobar, y había hablado con el policía en español. A la izquierda de Escobar se sentaba otro hombre. A su derecha, una mujer de unos sesenta años. La mujer y el otro hombre eran delgados; en cambio, Escobar era gordo y grasiento como una vela barata. Tenía pinta de mexicano de película. Uno casi esperaba oírle decir algo así como «Ándale, qué chingada, pendejo». Sin embargo, era el ministro de Información en persona. A veces daba el parte meteorológico en inglés en la cadena televisiva de la ciudad, y entonces siempre recibía cartas de admiradores. Vestido con traje no parecía grasiento, solo rollizo. Fletcher lo sabía todo sobre él; a fin de cuentas, había escrito tres o cuatro artículos sobre Escobar. Era un hombre pintoresco y también, según los rumores, un torturador entusiasta. «Un Himmler centroamericano», pensó Fletcher, asombrado al descubrir que el sentido del humor, aunque fuera un poco rudimentario, podía activarse incluso en un estado de terror absoluto.

—¿Esposas? —preguntó el policía también en español al tiempo que

sostenía en alto unas de plástico.

Fletcher intentó mantener la expresión de aturdimiento perplejo. Si lo esposaban, todo habría acabado. Podía olvidarse de la famosa probabilidad entre treinta. No le quedaría ni una entre trescientas.

Escobar se volvió un instante hacia la mujer sentada a su derecha. Su rostro era muy oscuro; su cabello, negro y surcado de espectaculares mechaz blancas. Le recordaba a Elsa Lanchester en *La novia de Frankenstein*. Se aferró a aquel parecido con una fiereza rayana en el pánico, al igual que se había aferrado al recuerdo de la luz cegadora en el río o de su hermana riendo con sus amigas mientras caminaban hacia el agua. Anhelaba imágenes, no ideas. Las imágenes eran artículos de lujo en aquellos momentos, y las ideas de nada le servían en un lugar como ese. En un lugar como ese, las únicas ideas que se te ocurrían eran las equivocadas.

La mujer hizo una seña con la cabeza a Escobar. Fletcher la había visto por el edificio, siempre enfundada en vestidos deformes como el que llevaba ahora. La había visto en compañía de Escobar suficientes veces para suponer que era su secretaria, su asistente personal o incluso su biógrafa; sabía Dios que los hombres como Escobar poseían egos lo bastante enormes para requerir semejantes accesorios. Pero ahora se preguntó si tal vez había estado equivocado y ella era en realidad la jefa de él.

En cualquier caso, el ademán pareció satisfacer a Escobar, que se volvió hacia Fletcher con una sonrisa.

—No seas idiota y guárdalas —ordenó al policía en inglés—. El señor Fletcher solo ha venido para ayudarnos en unos asuntos. Pronto regresará a su país —Escobar lanzó un profundo suspiro para demostrar cuánto lo lamentaba—, pero hasta entonces es nuestro invitado de honor.

«Ándale, chinga las esposas, pendejo», pensó Fletcher.

La mujer que se parecía a la novia de Frankenstein, pero bronceada, se inclinó hacia Escobar y le susurró algo, protegiéndose la boca con la mano. Escobar asintió con una sonrisa.

—Claro que si nuestro invitado intenta algo o hace algún gesto agresivo, tendrás que pegarle un tiro, Ramón.

Dicho aquello lanzó una estentórea carcajada, la carcajada del rollizo presentador de televisión, y repitió la frase en español para que Ramón también la entendiera. Ramón asintió con expresión muy seria, se guardó las esposas en el cinturón y retrocedió hasta la periferia del campo visual de Fletcher.

Escobar se concentró de nuevo en él. De un bolsillo de la guayabera de camuflaje sacó un paquete rojo y blanco de Marlboro, el tabaco predilecto de todos los pueblos tercermundistas.

—¿Un cigarrillo, señor Fletcher?

Fletcher alargó la mano hacia el paquete, que Escobar había dejado en el borde de la mesa, pero la retiró enseguida. Había dejado de fumar tres años antes y suponía que volvería a adquirir el hábito si salía de aquella, acompañado sin duda del hábito de beber alcohol de alta graduación, pero en aquel momento no le apetecía ni necesitaba un cigarrillo. Solo quería mostrarles que le temblaba la

mano.

—Puede que más tarde. Ahora mismo un cigarrillo podría...

¿Podría qué? A Escobar no le importaba; se limitó a asentir con aire comprensivo y dejó el paquete rojo y blanco donde estaba, en el borde de la mesa. Fletcher tuvo una repentina y atormentadora visión en la que se vio a sí mismo parado ante un quiosco de la calle Cuarenta y tres para comprar un paquete de Marlboro. Un hombre libre comprando veneno feliz en una calle de Nueva York. Se prometió a sí mismo que si salía de aquella, lo haría. Lo haría como algunos peregrinan a Roma o Jerusalén tras curarse de un cáncer o recuperar la vista.

—Los hombres que le hicieron esto —empezó a decir Escobar mientras señalaba el rostro de Fletcher con una mano no demasiado limpia— han sido castigados, aunque no con excesiva dureza. Y fíjese en que yo tampoco me deshago en disculpas. A fin de cuentas, esos hombres son patriotas, como nosotros. Como usted, señor Fletcher, ¿verdad?

—Supongo...

Su misión consistía en parecer conciliador y asustado, un hombre dispuesto a decir cualquier cosa con tal de salir de allí. La tarea de Escobar consistía en mostrarse tranquilizador, en convencer al hombre de la silla de que su ojo hinchado, su labio partido y sus dientes flojos no significaban nada, sino que todo era un malentendido que pronto se aclararía, y en cuanto se aclarara, sería un hombre libre. Todavía se esforzaban en engañarse los unos a los otros, incluso en la habitación de la muerte.

Escobar se volvió hacia Ramón y habló muy deprisa en español. El español de Fletcher no era lo bastante bueno para entenderlo todo, pero resultaba imposible pasar casi cinco años en aquella capital de mierda sin adquirir un vocabulario considerable; el español no era la lengua más difícil del mundo, como sin duda sabían Escobar y su amiga, la novia de Frankenstein.

Escobar preguntó si habían hecho las maletas de Fletcher y pagado la cuenta del hotel Magnificent. Sí. Escobar preguntó si había un coche delante del Ministerio de Información para llevar al señor Fletcher al aeropuerto una vez terminado el interrogatorio. Sí, a la vuelta de la esquina, en la calle Cinco de Mayo.

—¿Entiende lo que acabo de preguntarle? —interpeló Escobar a Fletcher.

En boca de Escobar, la palabra «entiende» sonaba «entiendee».

y Fletcher recordó de nuevo las apariciones televisivas de Escobar. «¿Bajas pressioness? ¿Qué bajas pressioness? Ándale qué chingada las bajas pressioness, pendejo.»

—Le he preguntado si han pagado la cuenta de su habitación, aunque después de tanto tiempo debe de parecerle más bien un piso entero, ¿eh? Y si hay un coche esperando para llevarlo al aeropuerto en cuanto acabemos nuestra conversación.

Solo que en español no había empleado la palabra conversación.

—¿Ah, sí? —farfulló como si no diera crédito a su buena suerte, o al menos eso esperaba.

—Tiene plaza en el primer vuelo de Delta con destino a Miami —intervino la novia de Frankenstein, que hablaba sin dejar de español alguno—. Se le devolverá el pasaporte en cuanto el avión aterrice en suelo estadounidense. Aquí no sufrirá ningún daño ni será retenido, señor Fletcher, al menos si coopera con nosotros, pero sí será deportado, quiero dejárselo bien claro. Expulsado. Le vamos a dar lo que suele llamarse una patada en el culo.

Estaba mucho más segura de sí que Escobar. A Fletcher le parecía gracioso haberla tomado por la asistente de Escobar. «Y tú pretendes ser periodista», se increpó. Aunque, por supuesto, si solo fuera un periodista, el corresponsal del *Times* en América Central, no estaría en ese sótano del Ministerio de Información, donde las manchas de las paredes recordaban sospechosamente la sangre. Había dejado de ser periodista unos dieciséis meses antes, más o menos cuando conoció a Núñez.

—Comprendo —aseguró.

Escobar había cogido un cigarrillo y lo encendió con un Zippo bañado en oro y con un rubí falso en un costado.

—¿Está dispuesto a ayudarnos en nuestra investigación, señor Fletcher? —inquirió.

—¿Acaso tengo elección?

—Siempre tenemos elección —señaló Escobar—, pero me parece que se le ha acabado el chollo en nuestro país, ¿eh? ¿No es así como lo dicen ustedes?

—Más o menos —repuso Fletcher.

«Lo que debes combatir es tu deseo de creerlos. Es natural querer creer y probablemente también lo es querer contar la verdad, sobre todo después de que dos tipos que huelen a alubias refritas te arranquen de tu café predilecto y te muelan a palos, pero darles lo que buscan no te servirá de nada. A eso debes aferrarte, es la única idea que puede ayudarte en una habitación como esta. Lo que dicen no significa nada; lo único que importa es esa cosa que hay bajo el paño. Lo que importa es el tipo que aún no ha abierto la boca. Y las manchas de las paredes, por supuesto.»

Escobar se inclinó hacia delante con expresión seria.

—¿Niega que los últimos catorce meses ha pasado cierta información a un hombre llamado Tomás Herrera, quien a su vez la transmitía a cierto insurrecto comunista llamado Pedro Núñez?

—No, no lo niego —confesó Fletcher.

A fin de cumplir con su parte de la farsa resumida en la diferencia entre las palabras «conversación» e «interrogatorio», debía intentar justificarse, dar explicaciones. Como si alguien en la historia del mundo hubiera ganado una discusión política en aquella estancia. Pero Fletcher no podía forzarse a hacerlo.

—De hecho, ha sido más tiempo, casi un año y medio, si no me equivoco.

—Coja un cigarrillo, señor Fletcher —instó Escobar al tiempo que abría un cajón y sacaba una carpeta delgada.

—Aún no, gracias.

—Como quiera.

Aunque en boca de Escobar, sonó a «como quieeera».

Cuando daba el tiempo en las noticias, los chicos de la sala de control a veces superponían la foto de una mujer en biquini sobre el mapa. Al verla, Escobar se echaba a reír, agitaba las manos y se golpeaba el pecho. A la gente le encantaba el efecto cómico. Era como ese «como quieeera». Como el «ándale qué chingada, pendejo».

Escobar abrió la carpeta con el cigarrillo bien sujeto en el centro de la boca y el humo entrándole en los ojos. Así fumaban los ancianos en las esquinas de aquella ciudad, esos hombres que aún llevaban sombreros de paja, sandalias y holgados pantalones blancos. Escobar sonreía, eso sí, con la boca cerrada para que el Marlboro no cayera sobre la mesa, pero sonreía al fin y al cabo. Sacó una fotografía en blanco y negro de la fina carpeta y la deslizó sobre la mesa hacia Fletcher.

—Aquí está su amigo Tomás. No ha quedado muy bien, ¿eh?

Era un primer plano de alto contraste que recordaba a Fletcher las fotografías de un fotógrafo semifamoso en los años cuarenta y cincuenta, un tipo que se hacía llamar Weegee. Era el retrato de un hombre muerto. Tenía los ojos abiertos, y en ellos se reflejaba la luz del flash, que les confería cierta vivacidad. No había sangre, solo una marca y nada de sangre, pero uno sabía al instante que estaba muerto. Llevaba el cabello peinado, y aún se advertían las marcas del peine, y esas lucecillas en los ojos, pero no eran más que reflejos. Era evidente que el hombre estaba muerto.

La marca se encontraba en la sien izquierda, una señal en forma de cometa que parecía una quemadura de pólvora, pero no había orificio de bala, ni sangre, ni deformación alguna en el cráneo. Incluso una pistola de calibre corto como el 22, disparada lo bastante cerca de la piel para dejar una quemadura de pólvora, habría deformado el cráneo.

Escobar recuperó la fotografía, la guardó de nuevo en la carpeta, cerró esta y se encogió de hombros como si dijera «¿Lo ve? ¿Ve lo que pasa?». Al encogerse de hombros, la ceniza de su cigarrillo cayó sobre la mesa. Escobar la arrojó al suelo de baldosas grises con el canto de una de sus gruesas manos.

—No queríamos molestarlo, ¿sabe? —dijo—. ¿Por qué íbamos a molestarlo? Este es un país pequeño. Somos gente pequeña en un país pequeño. *The New York Times* es un periódico grande en un país grande. Claro que tenemos nuestro orgullo, pero también tenemos... —Escobar se golpeó la sien con el dedo—. ¿Entiende?

Fletcher asintió. No dejaba de ver a Tomás. A pesar de que la fotografía estaba de nuevo en la carpeta, aún veía a Tomás, las marcas que el peine había dejado en su cabello oscuro. Había comido la comida preparada por la esposa de Tomás, se había sentado en el suelo a ver dibujos animados con su hija pequeña, de unos cinco años. *Tom y Jerry* con los escasos diálogos en español.

—No queremos molestarlo —insistió Escobar mientras el humo de su cigarrillo ascendía, se dispersaba al chocar contra su rostro y se rizaba en torno a sus orejas—, pero llevamos mucho tiempo observando. Usted no nos veía, puede que porque usted es grande y nosotros pequeños, pero le estábamos observando. Sabíamos que sabía lo que sabía Tomás, así que fuimos a él.

Intentamos que nos contara lo que sabía para no tener que molestarlo a usted, pero no quiso. Al final pedimos a Heinz que tratara de convencerlo. Heinz, enseñe al señor Fletcher cómo intentó convencer a Tomás cuando estaba sentado en esa misma silla.

—Encantado —repuso su vecino de mesa.

Heinz hablaba inglés con acento nasal de Nueva York. Estaba totalmente calvo a excepción de dos franjas alrededor de las orejas y llevaba gafitas redondas. Escobar tenía aspecto de mexicano de película, la mujer se parecía a Elsa Lanchester en *La novia de Frankenstein* y Heinz era el vivo retrato del actor que salía en aquel anuncio televisivo para explicar por qué el Excedrin era el mejor remedio para la jaqueca. En aquel momento rodeó la mesa, se acercó al carrito lanzando a Fletcher una mirada entre pícaro y cómplice, y apartó el paño que cubría el objeto.

Era una máquina, un aparato con diales y luces en ese momento apagadas. En un principio creyó que era un detector de mentiras, lo cual no habría dejado de tener sentido, pero delante del rudimentario panel de control, conectado al costado del aparato con un grueso cable negro, se veía un objeto con empuñadura de goma. Parecía un bolígrafo o una estilográfica, aunque no tenía plumín, sino que acababa en una punta roma de acero.

Bajo el aparato había un estante, y sobre él, una batería con la inscripción DELCO. A los polos de la batería se adherían ventosas de goma, de las que salían alambres que iban a parar al dorso del aparato. No, no era un detector de mentiras, aunque tal vez para aquellas personas sí lo era.

Heinz empezó a hablar con el entusiasmo y el deleite de un hombre al que le gusta contar a qué se dedica.

—Es bastante sencillo, a decir verdad, una variante del aparato que los neurólogos utilizan para administrar electroshocks a las personas aquejadas de neurosis unipolar, aunque esta máquina produce descargas mucho más potentes. En realidad, el dolor es secundario. La mayoría de las personas ni siquiera recuerdan el dolor; lo que los impulsa a hablar es la aversión al proceso, algo que casi podría considerarse un atavismo. Espero tener ocasión de escribir un artículo sobre el tema algún día.

Heinz asió la estilográfica por la empuñadura de goma aislante y la sostuvo en alto ante la mirada de Fletcher.

—Esto puede aplicarse a las extremidades... el torso... los genitales, por supuesto... pero también puede insertarse en lugares donde... y disculpe la crudeza de mi lenguaje... nunca luce el sol. Un hombre nunca olvida el día en que le electrificaron la mierda, señor Fletcher.

—¿Eso fue lo que le hizo a Tomás?

—No —repuso Heinz antes de devolver la estilográfica con mucho cuidado a su lugar—. Se le administró una descarga a media potencia en la mano, para familiarizarlo con lo que le esperaba, y puesto que seguía negándose a hablar del Cóndor...

—Dejemos eso —lo atajó la novia de Frankenstein.

—Perdón. Puesto que seguía negándose a contarnos lo que queríamos

saber, le apliqué la varilla a la sien y le di otra descarga medida. Medida con mucho cuidado, se lo aseguro, a media potencia, no más. Pero sufrió un ataque y murió. Creo que fue un ataque epiléptico. ¿Sabe si tenía antecedentes de epilepsia, señor Fletcher?

Fletcher sacudió la cabeza.

—De todos modos, creo que fue un ataque epiléptico. La autopsia no reveló que sufriera problemas de corazón.

Heinz entrelazó las manos de dedos largos ante sí y miró a Escobar.

Escobar se sacó el cigarrillo de la boca, lo miró, lo arrojó al suelo de baldosas grises y lo pisó antes de volverse hacia Fletcher con una sonrisa.

—Muy triste, por supuesto. Ahora voy a hacerle algunas preguntas, señor Fletcher. Muchas de ellas, se lo digo con franqueza, son las que Tomás Herrera se negó a responder. Espero que usted no se niegue, señor Fletcher. Me cae bien. Conserva la dignidad, no llora ni suplica ni se orina en los pantalones. Me cae bien. Sé que solo hace lo que le parece correcto, por patriotismo. Así que le recomiendo que responda a mis preguntas rápida y sinceramente. No obligue a Heinz a utilizar su máquina.

—Ya les he dicho que cooperaría —les recordó Fletcher.

La muerte estaba más cerca que las luces en sus ingeniosas jaulas metálicas. El dolor, por desgracia, más cerca aún. ¿Y cómo de cerca estaba Núñez, el Cóndor? Más cerca de lo que aquellos tres creían, pero no lo bastante para ayudarlo. Si Escobar y la novia de Frankenstein hubieran esperado otros dos días, tal vez incluso veinticuatro horas... pero no habían esperado, y ahí estaba él, en la habitación de la muerte. Y allí descubriría de qué pasta estaba hecho.

—Lo ha dicho y más le vale haberlo dicho en serio —terció la mujer con gran claridad—. Aquí no nos andamos con monsergas, gringo.

—Lo sé —musitó Fletcher con voz temblorosa.

—Creo que ahora debería coger el cigarrillo —sugirió Escobar.

Cuando Fletcher denegó con la cabeza, Escobar cogió uno, lo encendió y se quedó pensativo unos instantes. Por fin alzó la vista con el cigarrillo plantado en medio de la boca como el anterior.

—¿Núñez llegará pronto? —preguntó—. ¿Como el Zorro en aquella película?

Fletcher asintió.

—¿Cuándo?

—No lo sé.

Fletcher era muy consciente de que Heinz estaba de pie junto a su máquina infernal, con las manos de dedos largas entrelazadas ante sí y aspecto de ponerse a hablar de analgésicos en cuanto le dieran el pie. También era consciente de Ramón a su derecha, en el borde de su campo visual. Aunque no lo veía, suponía que tendría la mano apoyada en la culata de la pistola. Y entonces llegó la siguiente pregunta.

—Cuando llegue, ¿atacará la guarnición de El Cándido en las colinas, la guarnición de Santa Teresa o la ciudad?

—La guarnición de Santa Teresa —repuso Fletcher.

«Atacará la ciudad», le había revelado Tomás mientras su mujer y su hija miraban dibujos animados, sentadas en el suelo y comiendo palomitas de un cuenco blanco con cenefa azul. Fletcher recordaba la cenefa azul. La veía con claridad. Lo recordaba todo. «Atacará el corazón, no se andará con chiquitas. Atacará el corazón, como un hombre que mata a un vampiro.»

—¿No irá a por la cadena de televisión? —preguntó Escobar—. ¿O la radio gubernamental?

«Primero la emisora de radio oficial», había explicado Tomás con los dibujos animados al fondo. Por entonces daban *Correcaminos*, que desaparecía como siempre entre la polvareda para escapar del ingenio marca Acme de turno, mic, mic, adiós muy buenas.

—No —negó Fletcher—. Tengo entendido que el Cóndor dice «Dejadlos que parloteen».

—¿Tiene misiles? ¿Misiles tierra-aire? ¿Matahelicópteros?

—Sí.

Era cierto.

—¿Muchos?

—No.

Eso no era cierto; Núñez contaba con más de sesenta. La mierda de fuerza área del país solo disponía de una docena de helicópteros, andrajosos aparatos rusos que no se aguantaban mucho rato en el aire.

La novia de Frankenstein dio una palmadita en el hombro de Escobar, quien se inclinó hacia ella. En esta ocasión, la mujer le susurró algo sin cubrirse la boca con la mano, lo cual no hacía falta de todos modos, porque apenas movía los labios. Era una habilidad que Fletcher asociaba a la cárcel. Nunca había estado en la cárcel, pero había visto muchas películas. Escobar respondió a la mujer en un susurro y protegiéndose la boca.

Fletcher los observaba y esperaba, sabedor de que la mujer le estaba diciendo a Escobar que mentía. Heinz no tardaría en recabar más datos para su artículo, «Observaciones preliminares sobre la administración y las consecuencias de la electrificación de la mierda de sujetos interrogados reticentes». Fletcher descubrió que el terror había creado dos seres nuevos en su interior, al menos dos sub-Fletcher con ideas inútiles aunque muy claras sobre el desenlace de aquella situación. Uno de ellos se mostraba tristemente esperanzado, mientras que el otro se limitaba a estar triste. El tristemente esperanzado era el señor Puede Que Lo Hagan, es decir, puede que realmente me suelten, puede que realmente haya un coche aparcado en la calle Cinco de Mayo, a la vuelta de la esquina, puede que realmente tengan intención de expulsarme del país, puede que realmente aterrice en Miami mañana por la mañana, acojonado pero vivo, con la sensación incipiente de que todo esto no ha sido más que una pesadilla.

El otro, el que se limitaba a estar triste, era el señor Aunque Lo Consiga. Tal vez Fletcher fuera capaz de sorprenderlos si hacía algún movimiento inesperado, porque al fin y al cabo le habían dado una paliza y aquellos tipos

eran arrogantes, de modo que podía sorprenderlos en un momento dado.

«Pero Ramón me disparará aunque lo consiga.»

¿Y si iba por Ramón? ¿Y si conseguía hacerse con su arma? Improbable, pero no imposible; era un tipo gordo, al menos le sacaba quince kilos a Escobar, y jadeaba mucho al respirar.

«Escobar y Heinz se me echarán encima antes de que pueda disparar aunque lo consiga.»

Y puede que la mujer también. Hablaba sin apenas mover los labios, así que quizá también sabía judo, kárate o taekwondo. ¿Y si los mataba a todos y conseguía escapar de la habitación?

«Habrá más policías por todas partes aunque lo consiga. Oirán los disparos y vendrán corriendo.»

Por supuesto, aquellas salas solían estar insonorizadas por razones obvias, pero aun cuando subiera la escalera y lograra salir a la calle, eso no sería más que el principio. Y el señor Aunque Lo Consiga le pisaría los talones durante todo el camino.

El problema era que ni el señor Puede Que Lo Hagan ni el señor Aunque Lo Consiga podían ayudarlo; no eran más que distracciones, mentiras que su mente cada vez más frenética intentaba contarse a sí misma. Los hombres como él no lograban salir de habitaciones como aquella por las buenas. Más le valía intentar inventar un tercer sub-Fletcher, el señor A Lo Mejor Lo Consigo, e ir a por todas. No tenía nada que perder. Solo debía cerciorarse de que ellos no supieran que lo sabía.

Escobar y la novia de Frankenstein se separaron. Escobar volvió a encajarse el cigarrillo entre los labios y dedicó una sonrisa triste a Fletcher.

—Miente usted, amigo.

—No —aseguró Fletcher—. ¿Por qué iba a mentir? ¿Acaso cree que no quiero salir de aquí?

—No tenemos ni idea de por qué miente —dijo la mujer con cara de póquer—. No tenemos ni idea de por qué decidió ayudar a Núñez. Algunos han sugerido que se debe a la ingenuidad norteamericana, y no me cabe duda de que en parte es cierto, pero tiene que haber algo más. En cualquier caso, no importa. Creo que ha llegado el momento de hacer una pequeña demostración, Heinz.

Con una sonrisa, Heinz se volvió hacia su artilugio y apretó un interruptor. Se oyó un zumbido como los que emiten las radios antiguas al entrar en calor, y al poco se encendieron tres luces verdes.

—No —exclamó Fletcher al tiempo que intentaba levantarse.

Se dijo que se le daba bien fingir ser presa del pánico, y es que en realidad era presa del pánico, o casi. Desde luego, la idea de que Heinz le tocara cualquier parte del cuerpo con aquel consolador de acero inoxidable para pigmeos era estremecedora. Pero otra parte de él, una parte en extremo fría y calculadora, sabía que tendría que soportar al menos una descarga. No había trazado ningún plan consciente, pero tenía que soportar al menos una descarga. El señor A Lo Mejor Lo Consigo se lo exigía.

Escobar hizo un gesto con la cabeza a Ramón.

—No pueden hacerlo. Soy ciudadano estadounidense y trabajo para *The New York Times*. Hay gente que sabe dónde estoy.

Una mano pesada se posó sobre su hombro y lo empujó hasta sentarlo de nuevo en la silla. Al mismo tiempo, el cañón de una pistola se insertó en las profundidades de su oído derecho. El dolor fue tan repentino que Fletcher vio las estrellas bailando frenéticas ante sus ojos. Profirió un grito que se le antojó amortiguado. Claro, porque tenía un oído taponado... tenía un oído taponado.

—Extienda la mano, señor Fletcher —ordenó Escobar, sonriendo de nuevo alrededor del cigarrillo.

—La mano derecha —puntualizó Heinz.

Sostenía la estilográfica por la empuñadura de goma negra como si de un lápiz se tratara, y el aparato zumbaba.

Fletcher se aferró al brazo de la silla con la mano derecha. Ya no sabía a ciencia cierta si fingía o no, porque la frontera entre la ficción y el pánico se había desvanecido.

—Hágalo —ordenó la mujer.

Tenía las manos entrelazadas sobre la mesa y en aquel momento se inclinó sobre ellas. Fletcher advirtió en sus pupilas puntitos de luz que convertían sus ojos oscuros en cabezas de clavo.

—Hágalo o no me hago responsable de las consecuencias.

Fletcher empezó a aflojar los dedos que asían el brazo de la silla, pero antes de que pudiera soltarlo, Heinz se abalanzó sobre él y aplicó la punta roma del lápiz sobre el dorso de su mano izquierda. Sin duda había sido su objetivo en todo momento; en cualquier caso, era la mano que tenía más cerca.

Se oyó una especie de chasquido muy tenue, como el de una ramita al quebrarse, y la mano izquierda de Fletcher se cerró en un puño tan apretado que se clavó las uñas en la palma. Una suerte de náusea danzante le ascendió por la muñeca y antebrazo hasta el codo, espasmódico, para continuar hasta el hombro, el cuello y las encías. Percibió la descarga incluso en los dientes del lado izquierdo, o mejor dicho en los empastes. Emitió un gruñido, se mordió la lengua y cayó hacia un lado. La pistola se retiró de su oído, y Ramón lo pilló antes de que se desplomara; en caso contrario, habría caído al suelo de baldosas grises.

Heinz retiró el lápiz. En el punto que había tocado, entre el segundo y el tercer nudillo del tercer dedo de su mano izquierda, se veía una pequeña quemadura. Ese era el único dolor real que sentía, si bien el brazo todavía le hormigueaba y los músculos aún sufrían espasmos. Pero la descarga en sí era espantosa. Fletcher estaba bastante seguro de que antes le pegaría un tiro a su madre que soportar otro roce del consolador de acero. Un atavismo, lo había llamado Heinz. Esperaba tener ocasión de escribir un artículo algún día.

El rostro de Heinz se cernía sobre él, con los labios separados, los dientes descubiertos en una sonrisa demencial y los ojos brillantes.

—¿Cómo la describiría? —exclamó—. Ahora que tiene la experiencia fresca en la mente, ¿cómo la describiría?

—Es como morir —repuso Fletcher en una voz que no sonaba a la suya.

—¡Sí! —gritó Heinz, extasiado—. ¡Y se ha orinado encima! No mucho, solo un poco, pero sí... Y señor Fletcher...

—Hágase a un lado —ordenó la novia de Frankenstein—. No sea idiota y déjenos hacer nuestro trabajo.

—Y eso a solo un cuarto de potencia —continuó Heinz en un susurro entre cómplice e impresionado antes de hacerse a un lado y volver a entrelazar las manos ante sí.

—Señor Fletcher, ha sido malo —lo reprendió Escobar.

Se sacó la colilla encendida de entre los labios, la examinó un instante y la arrojó al suelo.

«El cigarrillo —pensó Fletcher—. Sí, el cigarrillo.» La descarga le había afectado gravemente el brazo, pues los músculos aún se movían convulsos, y veía sangre en la palma de su mano, pero por lo visto también le había revitalizado el cerebro. Claro que esa era la finalidad de aquellos tratamientos.

—No... quiero ayudar...

Pero Escobar estaba sacudiendo la cabeza.

—Sabemos que Núñez vendrá a la ciudad y que por el camino se hará con la emisora de radio, si puede... y seguramente podrá.

—Durante un tiempo —puntualizó la novia de Frankenstein—. Solo durante un tiempo.

—Solo durante un tiempo —convino Escobar con un gesto de asentimiento—. Cuestión de días, quizá de horas. En cualquier caso, da igual. Lo que importa es que le hemos dado un pedazo de cuerda para ver si se fabricaba una sogá, y así ha sido.

Fletcher se irguió en la silla. Ramón había retrocedido uno o dos pasos. Fletcher se miró el dorso de la mano izquierda y vio una pequeña marca como la del rostro muerto de Tomás en la fotografía. Y ahí estaba Heinz, el asesino del amigo de Fletcher, de pie junto a su máquina con las manos entrelazadas ante sí, sonriente y tal vez pensando en el artículo que escribiría, lleno de palabras, gráficas e imágenes que recibirían el nombre de Fig. 1, Fig. 2 y, por qué no, Fig. 994.

—¿Señor Fletcher?

Fletcher miró a Escobar y enderezó los dedos de la mano izquierda. Los músculos aún le temblaban, pero cada vez menos. Pensó que, cuando llegara el momento, podría usar el brazo. Y si Ramón le pegaba un tiro, ¿qué más daba? Que Heinz comprobara si su artilugio también servía para resucitar a los muertos.

—¿Nos presta atención ahora, señor Fletcher?

Fletcher asintió.

—¿Por qué quiere proteger a Núñez? —inquirió Escobar—. ¿Por qué está dispuesto a sufrir para proteger a ese hombre? Se quedará con la cocaína. Si gana esta revolución, se autoproclamará presidente vitalicio y venderá la cocaína a su país. Los domingos irá a misa y el resto de la semana se dedicará a tirarse a sus putas cocainómanas. ¿Quién ganará en definitiva? Tal vez los comunistas, tal vez United Fruit, pero, en cualquier caso, no el pueblo.

—Escobar hablaba en voz baja y con expresión afable—. Ayúdenos, señor Fletcher. Por voluntad propia. No nos obligue a obligarlo a ayudarnos. No nos haga llegar al extremo.

Miró a Fletcher por debajo de su única y poblada ceja, con expresión suave de cocker spaniel.

—Aún tiene posibilidades de coger ese avión a Miami. Le gusta tomarse una copa durante el vuelo, ¿eh?

—Sí —asintió Fletcher—, les ayudaré.

—Bien —alabó Escobar con una sonrisa y se volvió hacia la mujer.

—¿Tiene misiles? —preguntó ella.

—Sí.

—¿Muchos?

—Sesenta como mínimo.

—¿Rusos?

—Algunos. Otros llegaron en cajas israelíes, pero las inscripciones de los misiles parecen estar en japonés.

La mujer asintió con aire satisfecho. Escobar exhibía una sonrisa radiante.

—¿Dónde están?

—En todas partes. No pueden hacerse con ellos sin más. Puede que aún quede una docena en Ortiz —indicó Fletcher, aunque sabía que no era cierto.

—¿Y Núñez? —preguntó la mujer—. ¿Está el Cóndor en Ortiz?

La novia de Frankenstein sabía muy bien que no era así.

—Está en la selva. La última vez que supe de él estaba en la provincia de Belén.

Era mentira. La última vez que Fletcher lo había visto, Núñez estaba en Cristóbal, un suburbio de la capital, y con toda probabilidad seguía allí. Pero si Escobar y la mujer lo supieran, aquel interrogatorio habría carecido de sentido. ¿Y en cualquier caso, por qué iban a creer que Núñez revelaría su paradero a Fletcher? En un país como aquel, donde Escobar, Heinz y la novia de Frankenstein no eran más que tres de tus enemigos, ¿por qué revelar tu dirección a un periodista yanqui? ¡Qué locura! Para empezar, ¿por qué estaba implicado el periodista yanqui? Pero habían dejado de hacerse esas preguntas, al menos de momento.

—¿Con quién se comunica en la ciudad? —inquirió la mujer—. No con quién folla, sino con quién se comunica.

Si tenía intención de hacer algo, ese era el momento. La verdad ya resultaba peligrosa, y por otra parte podían descubrir sus mentiras.

—Hay un hombre... —empezó antes de hacer una pausa—. ¿Podría fumarme el cigarrillo ahora?

—¡Por supuesto, señor Fletcher! —asintió Escobar en tono de perfecto anfitrión, que a Fletcher no le pareció fingido.

Escobar cogió el paquete rojo y blanco, el tipo de paquete que cualquier hombre o mujer libre podía comprar en cualquier quiosco como el que Fletcher recordaba de la calle Cuarenta y tres, y lo sacudió para sacar un cigarrillo. Fletcher lo cogió, sabedor de que podía estar muerto antes de que se convirtiera

en colilla, muerto y esfumado de la faz de la tierra. No sentía nada, solo un leve espasmo en los músculos del brazo izquierdo y un curioso sabor a tostado en los empastes de ese lado de la boca.

Se puso el cigarrillo entre los labios. Escobar se inclinó aún más hacia delante, abrió la tapa del encendedor dorado e hizo girar la ruedecilla. Del encendedor brotó una llama. Fletcher era consciente de la máquina infernal de Heinz, que zumbaba como una radio antigua, de esas que tienen tubos en el dorso. También era consciente de la mujer a la que había dado en llamar, sin sentido del humor alguno, la novia de Frankenstein, y que lo miraba como el coyote mira al correcaminos en los dibujos animados. Era consciente de la presión circular del cigarrillo entre los labios, una sensación que recordaba, «un cilindro de placer singular», lo había descrito algún dramaturgo, y de los latidos de su corazón, increíblemente lentos. El mes anterior lo habían invitado a pronunciar una conferencia tras un almuerzo en el club Internacional, donde se juntaban todos los matados de la prensa extranjera, y el corazón le había latido más deprisa en aquella ocasión.

Allí estaba, ¿y qué? Incluso los ciegos hallaban el camino; incluso su hermana, allá en el río.

Fletcher se inclinó hacia la llama. La punta del Marlboro prendió y despidió un fulgor rojo intenso. Fletcher dio una profunda calada y no tuvo que fingir el consiguiente ataque de tos. Después de tres años sin fumar un solo cigarrillo, lo difícil habría sido no toser. Se reclinó en la silla y añadió a la tos un sonido entre rugido y arcada. Se puso a temblar, separó los codos, sacudió la cabeza hacia la izquierda y golpeó el suelo con los pies. Por suerte, recordó un antiguo talento de la infancia e hizo que la mirada se le perdiera en el infinito. En ningún momento del proceso soltó el cigarrillo.

Fletcher nunca había presenciado un ataque de epilepsia, si bien recordaba vagamente a Patty Duke sufriendo uno en *El milagro de Ana Sullivan*. No tenía forma de saber si estaba haciendo lo que solían hacer los epilépticos, pero esperaba que la muerte inesperada de Tomás Herrera contribuyera a disipar cualquier duda que pudieran albergar sobre su conducta.

—¡Joder, otra vez no! —protestó Heinz con un grito estridente que en una película habría resultado gracioso.

—¡Agárralo, Ramón! —ordenó Escobar en español.

Intentó levantarse, pero sus gruesos muslos golpearon la mesa con tal fuerza que se levantó y volvió a caer con gran estruendo. La mujer no se movió. «Sospecha. No creo que lo sepa todavía, pero es más inteligente que Escobar, mucho más, y sospecha.»

¿Era cierto? Con la mirada perdida apenas distinguía su contorno, lo que no bastaba para saber si era o no cierto... pero lo sabía a pesar de todo. Pero no importaba. La cosa ya estaba en marcha, y el desenlace era inevitable... e inminente.

—¡Ramón! —gritó Escobar—. ¡No lo dejes caer al suelo, imbécil! No dejes que se trague la le...

Ramón se agachó y asió a Fletcher por los hombros temblorosos, tal vez

para echarle la cabeza hacia atrás y asegurarse de que la lengua seguía en su sitio. De hecho, una persona no podía tragarse la lengua a menos que se la hubieran cortado; a todas luces, Ramón no veía *Urgencias*. De un modo u otro, daba igual; en cuanto el rostro de Ramón se puso al alcance de Fletcher, le metió la punta encendida del Marlboro en el ojo.

Ramón profirió un chillido y retrocedió de un salto. Se llevó la mano al rostro, donde el cigarrillo aún encendido colgaba ladeado de la cuenca del ojo, pero mantuvo la otra en el hombro de Fletcher, atenazándolo con inmensa fuerza, y al retroceder volcó la silla. Fletcher cayó al suelo, rodó sobre sí mismo y se levantó.

Heinz estaba gritando, palabras quizá, pero a oídos de Fletcher sonaba como una niña de diez años chillando al ver a su ídolo pop. Escobar no emitía sonido alguno, y eso era mucho más preocupante.

Fletcher no miró hacia la mesa; no le hacía falta mirar para saber que Escobar iba a por él. Concentró todas sus energías en extender ambas manos, asir la culata del revólver de Ramón y arrancarlo de la funda. Fletcher no creía que Ramón reparara siquiera en su ausencia. Estaba demasiado ocupado en gritar en español y cubrirse el rostro. Le dio al cigarrillo, pero en lugar de sacárselo del ojo lo partió en dos, de modo que la punta encendida siguió adherida a su ojo.

Fletcher se volvió. Escobar ya había rodeado la larga mesa y se abalanzaba sobre él con las gordas manos extendidas. Ya no tenía aspecto de tipo que a veces da el parte meteorológico en las noticias y habla de bajas pressioness.

—¡Coge a ese cabrón yanqui! —espetó la mujer.

Fletcher propinó un puntapié a la silla volcada para interponerla en el camino de Escobar, quien tropezó con ella. Cuando cayó, Fletcher lo apuntó, aún aferrando el arma con ambas manos, y le disparó en la coronilla. El cabello de Escobar dio un respingo, y de inmediato empezó a brotarle sangre de la nariz, la boca y la parte inferior del mentón, por donde salió la bala. Escobar cayó de bruces sobre su rostro ensangrentado. Sus pies golpeteaban el suelo de baldosas grises, y su cuerpo agonizante despedía olor a mierda.

La mujer ya no estaba sentada en la silla, pero no tenía intención de acercarse a Fletcher. Corrió hacia la puerta, rauda como una gacela con su vestido oscuro y deforme. Ramón seguía aullando entre la mujer y Fletcher, alargando las manos hacia este para intentar asirle el cuello y estrangularlo.

Fletcher le disparó dos veces, una en el pecho y otra en la cara. La bala de la cara le arrancó casi toda la nariz y la mejilla derecha, pero el corpulento policía de uniforme pardo siguió avanzando hacia él entre rugidos, con el cigarrillo aún colgando del ojo, los enormes dedos de salchicha, uno de ellos adornado con un anillo, abriéndose y cerrándose sin cesar.

Ramón tropezó con Escobar al igual que Escobar había tropezado con la silla. Fletcher recordó fugazmente una famosa viñeta en la que se veía una hilera de peces, cada uno de ellos con la boca abierta para comerse al siguiente más pequeño. Se titulaba *La cadena alimenticia*.

Aun tendido boca abajo y con dos balas en el cuerpo, Ramón alargó la mano y asió el tobillo de Fletcher. Fletcher se zafó de él, dio un traspie y efectuó un cuarto disparo al techo, del que salió una nube de polvo. El aire de la estancia estaba impregnado de olor a pólvora. Fletcher miró hacia la puerta. La mujer seguía allí, tirando del pomo con una mano mientras con la otra intentaba hacer girar el pestillo, pero no lograba abrir la puerta. De haber podido abrirla, a esas alturas ya habría estado en la otra punta del pasillo, dando la alarma a voz en cuello.

—Eh —la llamó Fletcher, sintiéndose como un tipo normal y corriente que va a su partida de bolos el jueves por la noche y se anota la puntuación máxima—. Eh, zorra, mírame.

La mujer se volvió y apoyó las palmas de la mano contra la puerta, como si la sostuviera. En sus ojos aún se veían aquellos puntitos de luz. Empezó a decirle que no debía hacerle daño. Comenzó hablando en español, titubeó un instante y luego repitió lo mismo en inglés.

—No debe hacerme daño, señor Fletcher, porque soy la única que puede lograr que salga de aquí sano y salvo, y le juro por lo más sagrado que lo haré, pero no me haga daño.

A su espalda, Heinz gimoteaba como un niño enamorado o aterrorizado. Ahora que estaba cerca de la mujer, que seguía apoyada contra la puerta de la habitación de la muerte con las manos apoyadas contra su superficie metálica, olió un perfume agridulce. Tenía los ojos almendrados y el cabello vetado peinado hacia atrás sobre la cabeza. «Aquí no nos andamos con monsergas», le había dicho. «Ni yo.»

La mujer vio su propia muerte anunciada en los ojos de Fletcher y empezó a hablar más deprisa, oprimiendo el trasero, la espalda y las palmas de las manos con cada vez más fuerza contra la puerta metálica. Era como si creyera poder derretirse para atravesar la puerta y salir entera al otro lado si apretaba lo suficiente. Tenía papeles, dijo, papeles con su nombre, y se los daría. También tenía dinero, gran cantidad de dinero, y oro; había una cuenta en un banco suizo a la que podía acceder por ordenador desde su casa.

A Fletcher se le ocurrió que, en definitiva, tal vez solo existía un modo de distinguir a los macarras de los patriotas. Al ver que la muerte llamaba a su puerta, los patriotas hacían discursos, mientras que los macarras te daban el número de su cuenta bancaria suiza y te ofrecían acceso ilimitado a ella.

—Cierra el pico —ordenó.

A menos que la estancia estuviera pero que muy bien insonorizada, al menos una docena de soldados debía de estar ya en camino. No tenía forma de enfrentarse a ellos, pero esa no escaparía.

La mujer cerró el pico, pero sin apartarse de la puerta, con las palmas aún apretadas contra ella y las cabezas de clavos aún brillantes en los ojos. «¿Qué edad tendría?», se preguntó Fletcher. «¿Sesenta y cinco? ¿Y a cuántos habría matado en aquella habitación o en habitaciones similares? ¿A cuántos habría mandado matar?»

—Escúchame —espetó—. ¿Me estás escuchando?

Lo que sin duda hacía era intentar oír los sonidos de sus salvadores. «Ni lo sueñes», pensó Fletcher.

—El hombre del tiempo ha dicho que el Cóndor se vale de la cocaína, que es un chapero comunista, una puta de United Fruit y Dios sabe qué más. Puede que sea algunas de esas cosas, pero no lo sé ni me importa. Lo que sí sé y me importa es que no estaba al mando de los soldados que patrullaban el río Caya en verano de 1994. Por aquel entonces, Núñez estaba en Nueva York, en la Universidad de Nueva York. Por eso sé que no formaba parte del grupito que encontró a las monjas de La Caya que estaban de retiro espiritual. Ensartaron las cabezas de tres de ellas en estacas a la orilla del río. La del medio era mi hermana.

Fletcher efectuó dos disparos antes de que el revólver de Ramón se quedara sin balas. Con dos bastaba. La mujer se deslizó hacia el suelo sin apartar los brillantes ojos de Fletcher. «Eres tú quien tenía que morir —decían aquellos ojos—. No lo entiendo, eras tú quien tenía que morir.» Se llevó la mano al cuello, intentó tocárselo y por fin quedó inmóvil. Sus ojos permanecieron clavados en los de Fletcher durante otro instante, los ojos relucientes de un viejo lobo de mar con mil historias que contar, y luego dejó caer la cabeza.

Fletcher se volvió y echó a andar hacia Heinz con el arma de Ramón en la mano. Mientras caminaba se dio cuenta de que le faltaba el zapato derecho. Miró a Ramón, que seguía tumbado de bruces en medio de un charco de sangre, cada vez más grande. El policía aún sujetaba en la mano el mocasín de Fletcher, como una comadreja moribunda que se niega a soltar el pollo. Fletcher se detuvo el tiempo suficiente para ponérselo.

Heinz giró en redondo como si pretendiera salir huyendo. Fletcher balanceó el arma ante él. El revólver estaba vacío, pero Heinz no parecía saberlo. Quizá recordó también que no había salida posible de aquella habitación de la muerte. En cualquier caso, se detuvo y clavó la mirada en el revólver y la mano que se acercaban. Las lágrimas le rodaban por las mejillas.

—Retrocede un paso —ordenó Fletcher.

Heinz obedeció sin dejar de llorar. Fletcher se situó ante el artefacto de Heinz. ¿Qué término había empleado? Atavismo, ¿verdad?

La máquina parecía demasiado sencilla para un hombre de la inteligencia de Heinz. Consta de tres diales, un interruptor de encendido y apagado, que en ese momento estaba apagado, y un reostato girado para que la línea blanca marcara más o menos las once. Las agujas de los diales estaban en reposo.

Fletcher cogió el bolígrafo y se lo alargó a Heinz. Heinz se sorbió la nariz, sacudió la cabeza y retrocedió otro paso. Su rostro se contraía y relajaba en una suerte de mueca de profundo dolor. Tenía la frente perlada de sudor, las mejillas mojadas de lágrimas. El segundo paso lo situó casi justo debajo de las luces enjauladas, y su sombra se agrupó a sus pies.

—Cógelo o te mato —advirtió Fletcher—. Y si retrocedes otro paso, también te mato.

No tenía tiempo para aquello y además le parecía mal, pero no podía contenerse. No dejaba de ver la fotografía de Tomás, los ojos abiertos, la

quemadura que parecía de pólvora.

Entre sollozos, Heinz cogió el objeto en forma de estilográfica con punta roma, procurando no tocar más que la goma aislante.

—Métetelo en la boca —ordenó Fletcher—. Chúpalo como si fuera una piruleta.

—¡No! —gimoteó Heinz.

Sacudió la cabeza con fuerza, y las gotas de sudor le salieron despedidas en todas direcciones. Su rostro seguía experimentando aquellas contorsiones, aquel tira y afloja, tira y afloja. De una de sus fosas nasales emergía una burbuja de moco verde que se expandía y contraía al ritmo acelerado de la respiración de Heinz, pero sin estallar. Fletcher no había visto nada igual en su vida.

—¡No puede obligarme!

Pero Heinz sabía que Fletcher sí podía. Puede que la novia de Frankenstein no lo creyera, y con toda probabilidad, Escobar no tuvo tiempo de creerlo, pero Heinz sabía que no podía negarse. Se encontraba en la misma situación que Tomás Herrera, que Fletcher momentos antes. En cierto modo, eso ya constituía una venganza suficiente, pero en otro sentido, no. El conocimiento no era más que una idea, y las ideas de nada servían en aquella habitación. Allí había que ver para creer.

—Métetelo en la boca o te pego un tiro en la cabeza —insistió Fletcher, acercando el arma al rostro de Heinz.

El hombre retrocedió con un alarido de terror. Y entonces Fletcher oyó que su propia voz bajaba de tono para tornarse cómplice, sincera. Hasta cierto punto le recordaba la voz de Escobar. «Nos hallamos en una zona de bajas pressiones —pensó—. Ándale con la chingada de lluviass, pendejo.»

—No te meteré ninguna descarga si lo haces ya. Solo quiero que sepas lo que se siente.

Heinz seguía mirándolo con fijeza. Tenía los ojos azules y en aquel momento inyectados en sangre y llenos de lágrimas. Por supuesto, no creía a Fletcher, porque lo que acababa de decirle carecía de sentido, pero a todas luces quería creerle, porque, tuviera sentido o no, Fletcher le estaba brindando la oportunidad de seguir vivo. Solo necesitaba otro empujoncito.

—Hazlo por tu investigación —sugirió Fletcher con una sonrisa.

Heinz se convenció, no del todo pero sí lo suficiente para creer que Fletcher podía ser el señor Puede Que Lo Haga. Se metió la vara de acero en la boca y continuó mirando a Fletcher con los ojos abiertos como platos. Bajo ellos y por encima del lápiz roma, que no parecía una piruleta, sino un termómetro anticuado, la burbuja de moco se inflaba y desinflaba, se inflaba y desinflaba. Sin dejar de apuntar a Heinz con el arma, Fletcher accionó el interruptor del panel de control e hizo girar el reostato. La línea blanca pasó de las once de la mañana a las cinco de la tarde.

Tal vez Heinz hubiera tenido tiempo de escupir la estilográfica, pero la descarga le hizo apretar los labios sobre el cañón de acero inoxidable. En esta ocasión, el chasquido fue más fuerte, como el de una rama de árbol en lugar de una ramita de rosal. Heinz apretó los labios aún más. La burbuja de moco verde

estalló, al igual que uno de sus ojos. Su cuerpo entero parecía vibrar dentro de la ropa. Dobló las muñecas y extendió los largos dedos. Sus mejillas pasaron del blanco al gris claro y por fin al violeta. De la nariz empezó a salirle humo, y el otro ojo salió despedido para aterrizar sobre su mejilla. Sobre los ojos desencajados no se veían más que dos cuencas cruentas que miraban a Fletcher con expresión sorprendida. Una de las mejillas de Heinz se desgarró o bien se derritió. Por el agujero empezó a salir humo y un intenso olor a carne quemada. Fletcher vio incluso llamas anaranjadas y azules. La boca de Heinz prendió, y la lengua se le quemó como una alfombra.

Fletcher no había soltado el reostato y en aquel momento lo giró del todo hacia la izquierda antes de apagar el interruptor. Las agujas, que se habían desplazado hasta las marcas de +50 en los pequeños diales, se desplomaron de repente. En el instante en que la electricidad lo abandonó, Heinz cayó como un fardo sobre el suelo de baldosas grises, dejando tras de sí una columna de humo que le salía de la boca. El lápiz se le cayó de entre los labios, y Fletcher vio que tenía trocitos de labio pegados a él. Experimentó una arcada salada y ruidosa, pero respiró hondo y bloqueó la garganta. Ahora no tenía tiempo para vomitar sobre lo que le había hecho a Heinz; tal vez más tarde considerara la posibilidad de echar hasta la primera papilla. Pese a la náusea, se inclinó para echar un vistazo a la boca humeante y las cuencas de los ojos de Heinz.

—¿Cómo la describiría? —preguntó al cadáver—. Ahora que tiene la experiencia fresca en la mente, ¿cómo la describiría? ¿Qué, no tiene nada que decir?

Fletcher se volvió y cruzó la estancia a grandes zancadas, sorteando a Ramón, que seguía vivo y gemía, como si tuviera una pesadilla.

Recordó que la puerta estaba cerrada con llave. La había cerrado Ramón, de modo que la llave estaría colgada del llavero que llevaba en el cinturón. Regresó junto al policía, se arrodilló a su lado y le arrancó el llavero. Ramón extendió la mano y volvió a asirle el tobillo. Fletcher, que aún sostenía el arma, le asestó un golpe en la cabeza con la culata. La mano que le atenazaba el tobillo ejerció más presión aún y por fin lo soltó.

Al ponerse en pie, Fletcher pensó en el revólver descargado y en que tal vez Ramón tuviera más balas, pero a renglón seguido decidió que no necesitaba la chingada de las balas, pendejo, que el arma de Ramón ya no podía prestarle ningún servicio más, porque disparar fuera de aquella habitación atraería a los soldados como moscas.

Pese a todo, Fletcher buscó a tientas en el cinturón de Ramón, abriendo todos los estuches de cuero hasta dar con un cargador rápido con el que cargó el revólver. No sabía si podría obligarse a disparar contra soldados rasos que no eran más que hombres como Tomás, hombres con familias que alimentar, pero sí podía disparar contra oficiales y reservarse al menos una bala para sí. Con toda probabilidad no lograría salir del edificio, porque sería como ganar el gordo dos veces seguidas, pero nunca más volverían a meterlo en aquella habitación, sentado junto a la máquina de Heinz.

Empujó a la novia de Frankenstein con el pie para apartarla de la puerta.

Los ojos de la mujer estaban clavados sin expresión alguna en el techo. Fletcher empezaba a ser consciente de que él había sobrevivido y ellos no. Empezaban a enfriarse. Sobre su piel, millones de bacterias ya habían muerto. Aquellos no eran pensamientos recomendables para que los albergara en el sótano del Ministerio de Información un hombre que se había convertido, tal vez solo por un tiempo, pero con casi total seguridad para siempre, en un desaparecido. Aun así, no podía desterrarlos de su mente.

La tercera llave que probó abrió la puerta. Fletcher asomó la cabeza al pasillo, de paredes de hormigón verde en la mitad inferior y blancuzco en la mitad superior, como las paredes del pasillo de una vieja escuela, y suelo de linóleo rojo desvaído. El pasillo aparecía desierto. A unos diez metros a la izquierda, un perrito pardo yacía dormido junto a la pared. Las patas le temblaban espasmódicamente. Fletcher no sabía si soñaba que perseguía o que lo perseguían, pero no creía que estuviera dormido si los disparos o los gritos de Heinz se hubieran oído en el pasillo. «Si salgo de esta —se prometió—, escribiré que la insonorización es el mayor logro de la dictadura. Se lo contaré al mundo entero. Por supuesto, lo más probable es que no salga de esta, porque esa escalera de la derecha no podría estar más lejos de la calle Cuarenta y tres, pero...»

Pero allí estaba el señor Puede Que Lo Consiga.

Fletcher salió al pasillo y cerró tras de sí la puerta de la habitación de la muerte. El perrito pardo levantó la cabeza, miró a Fletcher, frunció los labios en un ladrido que apenas fue un susurro, agachó de nuevo la cabeza y por lo visto volvió a dormirse.

Fletcher se puso de rodillas, apoyó las manos (una de las cuales aún sostenía el arma de Ramón) en el suelo, bajó la cabeza y besó el linóleo. Al hacerlo pensó en su hermana, en el día en que se marchó a la universidad ocho años antes de morir en el río. Llevaba una falda escocesa el día en que se fue a la universidad, y el rojo de los cuadritos no era exactamente igual que el linóleo desvaído, pero casi. Más que suficiente.

Fletcher se irguió y echó a andar hacia la escalera, el pasillo de la planta baja, la calle, la ciudad, la autopista 4, las patrullas, los controles de carretera, la frontera, el agua. Los chinos decían que el viaje más largo empieza con un solo paso.

«Veremos hasta dónde llego», se dijo Fletcher al llegar al pie de la escalera. «Puede que me sorprenda a mí mismo.» Pero en realidad, ya estaba sorprendido por el mero hecho de seguir vivo. Esbozando una leve sonrisa y sosteniendo ante sí el arma de Ramón, Fletcher empezó a subir la escalera.

Un mes más tarde, un hombre se acercó al quiosco que Carlo Arcuzzi tenía en la calle Cuarenta y tres. Carlo pasó un mal trago porque en un momento dado se convenció de que el hombre pretendía atracarlo a punta de pistola. Solo eran las ocho de la tarde y aún no había anochecido, pero ¿bastaban esas circunstancias para detener a un *pazzo*? Y aquel tipo parecía estar pero que muy

pazzo; estaba tan flaco que la camisa blanca y los pantalones grises parecían flotar sobre su esqueleto, y sus ojos estaban hundidos en el fondo de grandes cuencas redondas. Parecía recién salido de un campo de concentración o bien (por causa de un error gravísimo) de un manicomio. Cuando se metió la mano en el bolsillo de los pantalones, Carlo pensó: «Ahí viene la pistola».

Pero en lugar de un arma sacó una vieja y gastada cartera de la que cogió un billete de diez dólares. Acto seguido y con voz del todo cuerda, el hombre de la camisa blanca y los pantalones grises pidió un paquete de Marlboro. Carlo lo cogió, colocó sobre él una caja de cerillas y deslizó ambas cosas sobre el mostrador del quiosco. Mientras el hombre abría el paquete de Marlboro, Carlo se dispuso a devolverle el cambio.

—No —declinó el hombre al ver el cambio.

Ya se había encajado un cigarrillo entre los labios.

—¿Cómo que no?

—Quédese la vuelta —ofreció el hombre antes de alargarle el paquete a Carlo—. ¿Fuma? Coja uno, si quiere.

Carlo se quedó mirando con expresión desconfiada al hombre de la camisa blanca y los pantalones grises.

—No fumo —explicó por fin—. Es un mal hábito.

—Nefasto —convino el hombre antes de encender el cigarrillo y dar una profunda calada con evidente placer.

Se quedó allí de pie, fumando y observando a la gente que paseaba por la acera de enfrente. Había bastantes chicas en la acera de enfrente, y formaba parte de la naturaleza masculina mirarlas en su escueta ropa de verano. Carlo ya no creía que su cliente estuviera loco a pesar de que había dejado el cambio de diez dólares sobre el estrecho mostrador del quiosco.

El hombre apuró el cigarrillo hasta el filtro y se volvió hacia Carlo tambaleándose un poco, como si no estuviera acostumbrado a fumar y el tabaco lo hubiera mareado.

—Hermosa noche —constató.

Carlo asintió. Era cierto, hacía una noche muy hermosa.

—Tenemos suerte de estar vivos —sentenció el quiosquero.

—Todos nosotros y en todo momento —agregó el hombre.

Se dirigió al bordillo, donde había una papelera y arrojó en ella el paquete de Marlboro, al que solo faltaba un cigarrillo.

—Todos nosotros y en todo momento —repitió.

Dicho aquello se alejó. Carlo lo siguió con la mirada y pensó que tal vez sí estaba *pazzo* a fin de cuentas. O tal vez no. La locura era un estado difícil de definir.

Esta es una historia de tintes kafkianos sobre una sala de interrogatorios en la versión sudamericana del infierno. En esta clase de relatos, el interrogado suele acabar cantando como un ruiseñor y convertido en fiambre (o loco de remate). Quería escribir uno con final feliz, por poco realista que resultara. Y aquí está.

LAS HERMANITAS DE ELURIA(****)

Si existe un magnum opus en mi vida, con toda probabilidad es la aún incompleta serie de siete volúmenes sobre Roland Deschain de Gilead y su búsqueda de la Torre Oscura, que hace las veces de centro de la existencia. En 1996 o 1997, Ralph Vicinanza (mi agente ocasional y encargado de derechos internacionales) me preguntó si me gustaría escribir una historia sobre los primeros años de Roland para una exhaustiva antología de literatura fantástica que Robert Silverberg estaba compilando. Accedí con cierta reserva, pero no se me ocurría nada. Estaba apunto de tirar la toalla cuando una mañana me desperté pensando en El talismán y el gran pabellón en el que Jack Sawyer ve por primera vez a la reina de los Territorios. Cuando estaba en la ducha, donde siempre se me ocurren las mejores ideas (creo que se trata de un vestigio uterino), empecé a visualizar aquella tienda en ruinas... pero todavía atestada de mujeres susurrantes. Fantasmas. Tal vez vampiros. Hermanitas. Enfermeras de la muerte, no de la vida. Crear una historia a partir de aquella imagen central me resultó increíblemente difícil. Disponía de un amplio radio de acción, porque Silverberg quería novelas cortas, no relatos cortos, pero aun así me costó mucho. Hoy en día, todo lo que se refiere a Roland y sus amigos no solo tiende a ser largo, sino también épico. Una ventaja de esta historia es que no hace falta haber leído las novelas de la Torre Oscura para disfrutar de ella. Y por cierto, para los adictos a la Torre Oscura, la quinta parte está terminada y tiene novecientas páginas. Se titula Wolves of the Calla.*

* Trad. cast., Plaza & Janés, Barcelona, 2002.

[Nota del autor: Las novelas de la Torre Oscura empiezan con Roland de Gilead, el último pistolero de un mundo exhausto que ha «avanzado», persiguiendo a un mago de túnica negra. Roland lleva largo tiempo persiguiendo a Walter. En el primer libro de la serie lo alcanza. Este relato, sin embargo, tiene lugar cuando Roland aún va en busca de Walter. S. K.]

*I. Tierra Llena. La ciudad desierta. Las campanas.
El muchacho muerto. El carro volcado. La gente verde*

Un día en Tierra Llena tan caluroso que tenía la sensación de quedarse sin aliento antes de que su cuerpo pudiera aprovecharlo, Roland de Gilead llegó a las puertas de una aldea en las montañas Desatoya. Por entonces viajaba solo y no tardaría en desplazarse a pie. Llevaba una semana esperando toparse con un médico de caballos, pero suponía que a esas alturas ya no le serviría de nada, aun cuando en el pueblo hubiera uno. Su montura, un ruano de dos años, estaba en las últimas.

Las puertas del pueblo, aún decoradas con las flores de algún festival, estaban abiertas de par en par, pero el silencio que reinaba tras ellas no

cuadraba. El pistolero no oía cascos de caballos, ni el traqueteo de carros, ni los gritos vociferantes de los vendedores en el mercado. Los únicos sonidos eran el leve zumbido de los grillos o, en cualquier caso, de algún bicho similar, pues sonaban un poco más afinados que los grillos, una especie de peculiar golpeteo sobre madera y el tintineo distante y soñador de unas campanillas.

Asimismo, las flores entretejidas en la ornamentada verja de hierro forjado llevaban mucho tiempo muertas.

Entre sus piernas, Topsy emitió dos sonoros estornudos huecos, achús, achús, y se tambaleó a un lado. Roland desmontó, en parte por deferencia al animal, en parte por deferencia a sí mismo, ya no quería romperse una pierna si Topsy elegía ese momento para rendirse y estirar la pata.

El pistolero, enfundado en vaqueros desteñidos y botas polvorientas, permaneció de pie bajo el sol inclemente, acariciando el cuello sudado del ruano, deteniéndose de vez en cuando para desenredar los nudos que se le habían formado en la crin y en una ocasión para espantar las moscas diminutas que se arremolinaban en torno a los ojos del caballo. Que pusieran sus huevos e incubaran sus gusanos allí una vez que Topsy hubiera muerto si querían, pero no antes.

Así pues, Roland cuidó de su caballo lo mejor que pudo mientras oía aquellas campanas lejanas y soñadoras, y el extraño entrechocar de maderas. Al cabo de un rato dejó de acariciar a Topsy y se quedó mirando la verja abierta con aire pensativo.

La cruz que coronaba la parte central era un poco inusual, pero por lo demás, la verja era un ejemplar típico, un cliché del oeste nada práctico, pero tradicional; de hecho, todos los pueblos por los que había pasado durante los últimos diez meses tenían una (espectacular) a la entrada y otra (menos espectacular) a la salida. Se alzaba entre dos muros de adobe rosado que se adentraban en el pedregal unos siete metros a ambos lados del camino para acabar de repente. La verja se cerraba a cal y canto con numerosos cerrojos, pero no había más que recorrer una corta distancia para rodear el muro de adobe y entrar en el pueblo.

Más allá de la verja, Roland vio lo que en muchos sentidos parecía una calle principal corriente y moliente, con una posada, dos bares, uno de ellos llamado El Cerdito Bullicioso, mientras que el rótulo del otro estaba demasiado desvaído para leerlo, una tienda, una herrería y una sala de asambleas. Asimismo se veía un edificio pequeño pero hermoso coronado por un modesto campanario, con una robusta base de piedra tosca a los pies y una cruz pintada de color dorado en la puerta de doble hoja. La cruz, al igual que la de la verja, indicaba que aquel era un lugar de culto para los fieles del Hombre Jesús. No se trataba de una religión común en Mundo Medio, pero tampoco desconocida; lo mismo podía decirse de casi todas las religiones del mundo en aquellos tiempos, incluyendo el culto a Baal, Asmodeo y centenares de divinidades más. Por lo que respectaba a Roland, Dios de la Cruz no era más que otra religión que enseñaba que el amor y el asesinato iban de la mano, y que, en última instancia, Dios siempre bebía sangre.

Entretanto, allí estaba el zumbido de aquellos insectos que sonaban casi igual que los grillos, el tintineo onírico de las campanas y aquel peculiar golpeteo sobre madera, como un puño golpeando una puerta. O la tapa de un ataúd.

«Algo anda pero que muy mal aquí —se dijo el pistolero—. Cuidado, Roland, este lugar despide un olor rojizo.»

Condujo a Topsy a través de la verja adornada con flores muertas y por la calle principal. En el porche de la tienda, donde deberían reunirse los ancianos para hablar de las cosechas, de política y de las locuras de los jóvenes, solo se veía una hilera de mecedoras desocupadas. Bajo una de ellas, como si una mano negligente (y ausente desde hacía mucho tiempo) la hubiera dejado caer, yacía una pipa de mazorca seca. El perchero ante El Cerdito Bullicioso estaba vacío, y en las ventanas del bar no brillaba luz alguna. Una de las puertas batientes había sido arrancada y estaba apoyada contra el costado del edificio, mientras que la otra estaba entornada, con las tablillas verdes desvaídas manchadas de una sustancia granate que tal vez fuera pintura pero probablemente era otra cosa.

La fachada de la caballeriza aparecía intacta, como el rostro de una mujer estropeada que tiene acceso a los mejores cosméticos, pero el granero doble que se alzaba tras ella se había convertido en un esqueleto carbonizado. El incendio debía de haber acaecido un día lluvioso, estimó el pistolero, ya que de lo contrario el pueblo entero habría sido pasto de las llamas; menudo espectáculo para quienes se encontraran en las inmediaciones.

A su derecha, a medio camino del punto donde la calle se abría a la plaza del pueblo, se erigía la iglesia. Estaba rodeada de franjas de césped, una de las cuales la separaba de la sala de asambleas y la otra de la casita reservada para el predicador y su familia (si es que se trataba de una de aquellas sectas de Jesús cuyos chamanes podían casarse y tener hijos, claro está, ya que algunas, a todas luces dirigidas por lunáticos, imponían el celibato al menos de cara a la galería). Las franjas de césped estaban salpicadas de flores que parecían muy secas, aunque vivas en su mayoría. Así pues, cualquiera que fuese el acontecimiento que había vaciado el pueblo, no había tenido lugar hacía mucho. Una semana, quizá, dos a lo sumo, habida cuenta del calor.

Topsy volvió a estornudar, achús, y agachó la cabeza con aire cansino.

El pistolero vio por fin el origen del tintineo. Sobre la cruz que adornaba la puerta de la iglesia se veía una cuerda tendida en forma de arco largo y poco curvado. De ella pendían alrededor de dos docenas de campanillas plateadas. Aquel día soplaba una brisa muy suave, pero suficiente para que aquellos objetos diminutos no pararan ni un segundo... y si se levantaba un viento más fuerte, pensó Roland, lo más probable era que el tintineo de las campanillas se convirtiera en un sonido mucho menos agradable y más parecido al parloteo estridente de un grupito de comadres chismosas.

—¡Hola! —llamó Roland, mirando hacia el otro lado de la calle, donde un gran rótulo de frontal falso anunciaba el hotel Buenas Camas—. ¡Hola, pueblo!

No obtuvo otra respuesta que el tintineo de las campanas, el zumbido afinado de los insectos y aquel extraño entrechocar de maderas. Ninguna

respuesta, ningún movimiento... pero allí había gente. Gente u otra cosa. Lo estaban observando; Roland sintió que se le erizaban los pelos de la nuca.

Siguió adelante, conduciendo a Topsy hacia el centro del pueblo, levantando una nubecilla de polvo a cada paso por la calle no asfaltada. Al cabo de cuarenta pasos, se detuvo ante un edificio bajo etiquetado con una sola palabra: LEY. La oficina del sheriff, si es que existía algo así tan lejos de las Baronías Interiores, se parecía mucho a la iglesia con sus tablones de madera pintados de un marrón oscuro más bien adusto sobre la base de piedra.

A su espalda, las campanillas seguían tintineando, susurrando.

Dejó el ruano en medio de la calle y subió la escalinata que conducía a la oficina de la LEY. Era muy consciente de las campanillas, del sol que le abrasaba la nuca, del sudor que le resbalaba por los costados. La puerta estaba cerrada, pero no con llave. La abrió y de inmediato lo hizo retroceder el bofetón de calor procedente del interior. Si en todos los edificios hacía el mismo calor, se dijo, los graneros de la caballeriza pronto ya no serían las únicas estructuras quemadas. Y sin lluvia que extinguiera las llamas (y sin bomberos voluntarios, a todas luces), el pueblo no tardaría en desaparecer de la faz de la tierra.

Entró en la oficina procurando respirar a bocaditos el aire sofocante en lugar de inhalarlo profundamente. Al punto oyó el Zumbido grave de las moscas.

Había una sola celda, espaciosa y vacía, con la reja abierta. Bajo el catre había unos mugrientos zapatos de piel, uno de ellos medio descosido y ambos empapados en la misma sustancia granate que manchaba la puerta de El Cerdito Bullicioso. Allí se habían agolpado las moscas para alimentarse de la mancha.

Sobre el escritorio yacía un libro. Rolando lo giró hacia él para leer la inscripción grabada en la cubierta roja:

REGISTRO DE DELITOS Y CASTIGOS
EN LOS AÑOS DE NUESTRO SEÑOR
ELURIA

Por fin conocía el nombre de la población, Eluria. Era bonito, pero al mismo tiempo resultaba inquietante. Sin embargo, suponía que cualquier nombre le habría parecido inquietante, dadas las circunstancias. Se volvió para marcharse, pero en ese momento vio una puerta cerrada y asegurada con un pestillo de madera.

Se acercó a ella, esperó un instante y sacó uno de los grandes revólveres que llevaba a la altura de las caderas. Aguardó un momento más con la cabeza baja (Cuthbert, su viejo amigo, siempre decía que las ruedecillas del cerebro de Roland giraban despacio pero con infinita finura), y por fin descorrió el pestillo. Abrió la puerta y de inmediato retrocedió un paso con el arma a punto, esperando que en cualquier momento un cadáver, el del sheriff de Eluria, acaso, se desplomara sobre él con el cuello rebanado y los ojos arrancados, víctima de un DELITO que requiriese un CASTIGO...

Nada.

A excepción de media docena de monos manchados que a buen seguro los presos con condenas largas estaban obligados a llevar, dos arcos, un carcaj con flechas, un motor viejo y polvoriento, un rifle que sin duda llevaba cien años sin dispararse y una fregona... pero para el pistolero, todo aquello equivalía a nada. No era más que un pequeño almacén.

Volvió junto al escritorio, abrió el registro y lo hojeó. Incluso las páginas estaban calientes, como si el libro estuviera asado, lo que, en cierto sentido, no dejaba de ser verdad. Si la calle principal hubiera sido distinta, tal vez habría esperado ver más delitos contra la religión inscritos en el libro, pero no le sorprendió no encontrar ni uno, ya que si la iglesia de Hombre Jesús había coexistido con un par de bares, los responsables de la iglesia debían de ser tipos bastante razonables.

Lo que encontró fueron los típicos delitos menores y algunos no tan menores, como un asesinato, un robo de caballos y un caso de molestias a una dama, que traducido debía de significar violación. El asesino había sido trasladado a un lugar llamado Lexingworth para morir ahorcado. Roland nunca había oído hablar de ese sitio. Hacia el final había una nota que decía «Gente verde expulsada». Roland no la entendió. La entrada más reciente rezaba: «12/Fe/99. Chas. Freeborn, juicio contra ladrón de ganado».

A Roland no le resultaba familiar la anotación 12/Fe/99, pero puesto que no era febrero, suponía que «Fe» podía referirse a la Tierra Entera. En cualquier caso, la tinta parecía igual de fresca que la sangre del camastro, y el pistolero estaba bastante seguro de que Chas. Freeborn, ladrón de ganado, había estirado la pata.

Salió de nuevo a la calle ardiente y el aterciopelado tintineo de las campanillas. Topsy le lanzó una mirada inexpresiva y bajó de nuevo la cabeza, como si en el polvo de la calle principal hubiera algo digno de comerse. Como si alguna vez pudiera volver a tener ganas de pastar, para el caso.

El pistolero cogió las riendas, las golpeó contra sus vaqueros descoloridos para quitarles el polvo y continuó calle arriba. El entrechocar de maderas se hacía más audible a cada paso (no había enfundado el arma al salir del edificio de la LEY ni tenía intención de hacerlo ahora), y al acercarse a la plaza del pueblo, que debía de albergar el mercado de Eluria en circunstancias más normales, Roland vio por fin algo de movimiento.

En el extremo más alejado de la plaza había un abrevadero fabricado, a juzgar por su aspecto, con palo hacha, lo que por aquellos parajes algunos llamaban «secoya», que en tiempos mejores recibía agua de una oxidada tubería de acero que ahora sobresalía seca en el extremo sur del abrevadero. Sobre un costado de aquel oasis municipal pendía una pierna enfundada en pantalones de color gris desteñido que acababa en una bota de vaquero muy mordisqueada.

El responsable del estado de aquella bota era un perro unos dos tonos más oscuro que el pantalón de pana. Roland suponía que, en otras circunstancias, el chucho se habría hecho mucho antes con la bota en cuestión, pero tal vez el pie y la pantorrilla que cubría se habían hinchado. En cualquier caso, el perro había optado por morder la bota hasta sacársela e iba por buen camino. Agarraba la

bota y la sacudía en todas direcciones. De vez en cuando, el tacón de la bota chocaba con el costado de madera del abrevadero y producía un sonido hueco. El pistolero no había ido tan desencaminado al imaginar la tapa de un ataúd.

«¿Por qué no retrocede unos pasos, salta al abrevadero y se lo come? —se preguntó Roland—. No sale agua de la tubería, así que no puede tener miedo de ahogarse.»

Topsy emitió otro de sus estornudos huecos y cansados, y cuando el perro se volvió al oírlo, Roland comprendió por qué había optado por el camino más difícil; en una de sus patas delanteras se veía una fractura mal curada. Debía de costarle caminar, por no hablar de dar saltos. Sobre el pecho tenía una zona de pelaje blanco muy sucio del que surgía pelo negro más o menos en forma de cruz. Tal vez un perro de Jesús en busca de un poco de comunión vespertina.

Sin embargo, ni el gruñido que brotó de su pecho ni el movimiento de sus ojos legañosos tenían nada de religioso. El perro levantó el labio superior en una mueca temblorosa, dejando al descubierto una dentadura pasable.

—Márchate mientras puedas —le aconsejó Roland.

El perro retrocedió hasta dar con los cuartos traseros contra la bota mordisqueada. Miraba al hombre que se acercaba con expresión atemorizada, pero a todas luces tenía intención de plantarle cara. El revólver que Roland sostenía en la mano carecía de importancia para él, lo que no sorprendió al pistolero, ya que suponía que el perro nunca había visto uno y creería que no era más que algún tipo de palo que solo podía arrojarse una vez.

—Vete de una vez —insistió Roland, pero el perro no se movió.

Debería haberle pegado un tiro, ya que no se hacía ningún favor a sí mismo y, además, un perro que le había tomado gusto a la carne humana tampoco podía hacerle ningún favor a nadie más, pero algo en él se resistía. Matar al único ser vivo que quedaba en el pueblo aparte de los insectos cantores parecía una invitación a la mala suerte.

Disparó una bala al polvo cerca de la pata delantera sana del perro, armando un estruendo ensordecedor en el calor. Acalló por un instante a los insectos. Por lo visto, el perro podía correr, si bien a un paso arrítmico que afligió los ojos de Roland... y también su corazón, hasta cierto punto. Se detuvo en la otra punta de la plaza, junto a un carro volcado (parecía haber más sangre seca en el costado del vehículo), miró atrás y emitió un aullido desolado que le erizó aún más los pelos de la nuca. Luego dio media vuelta, rodeó el carro volcado y se alejó cojeando por un callejón abierto entre dos de los establos. Por ahí debía de irse a la verja trasera de Eluria, supuso Roland.

Tirando aún de su caballo moribundo, el pistolero cruzó la plaza hasta el abrevadero y miró en el interior.

El propietario de la bota mordisqueada no era un hombre, sino un muchacho que había empezado a desarrollarse y que, a juzgar por su aspecto, prescindiendo de la tumefacción ocasionada tras permanecer durante tiempo indefinido inmerso en veinticinco centímetros de agua bajo el sol estival, se habría desarrollado mucho.

Los ojos del chico, reducidos ahora a globos lechosos, miraban sin ver al

pistolero como ojos de estatua. Su cabello era blanco como el de un anciano, pero eso se debía al agua. Sin duda había sido rubio en vida. Llevaba atuendo de vaquero, si bien no contaría más de quince o dieciséis años. Alrededor del cuello, reluciendo opaco en un agua que poco a poco el sol transformaba en estofado de pellejo, lucía un medallón de oro.

Roland introdujo la mano en el agua, pero no porque le apeteciera, sino porque se sentía obligado, rodeó el medallón con los dedos y tiró de él. La cadena se rompió y lo sacó chorreante del agua.

Esperaba ver un *sigul* de Hombre Jesús, lo que se denominaba crucifijo o cruz, pero de la cadena pendía un pequeño rectángulo que parecía de oro puro y en el que había unas palabras grabadas:

JAMES,
AMADO POR SU FAMILIA, AMADO POR DIOS

Roland, a quien las náuseas casi habían impedido meter la mano en el agua contaminada (de más joven se habría visto del todo incapaz de hacerlo), se alegró de haber superado esa barrera. Tal vez jamás encontrara a ninguno de los que habían amado a aquel muchacho, pero sabía lo bastante del *ka* para creer que podía suceder. En cualquier caso, era lo correcto, al igual que lo era procurarle un entierro digno... siempre y cuando lograra sacar el cadáver del abrevadero sin que se le deshiciera entre las manos.

Mientras consideraba la cuestión, sopesando el deber que consideraba ineludible y su creciente deseo de marcharse del pueblo, Topsy cayó muerto por fin.

El ruano se desplomó con un crujido y un último resoplido al chocar contra el suelo. Roland se volvió y vio a ocho personas que se dirigían hacia él en arco, como batidores que intentaran levantar aves u otras presas pequeñas. Todos tenían la piel verdosa y cerúlea, una piel que sin duda relucía en la oscuridad como la de los fantasmas. Resultaba difícil determinar su sexo y, en cualquier caso, ¿qué les importaba a ellos o a cualquier otra persona? Eran mutantes lentos, que caminaban con la encorvada parsimonia de cadáveres reanimados por obra y gracia de una magia arcana.

El polvo amortiguaba sus pisadas. Una vez desaparecido el perro, bien podrían haberse acercado lo bastante para atacar si Topsy no hubiera hecho a Roland el favor de morir en el momento más oportuno. No llevaban armas de fuego que Roland viera, pero sí garrotes caseros a base de patas de sillas y mesas, en su mayoría, aunque también distinguió uno que parecía más elaborado, pues de él salían varios clavos oxidados, y sospechó que habría pertenecido a algún gorila de bar, tal vez el de El Cerdito Bullicioso.

Roland levantó la pistola y apuntó al tipo del centro. Ya oía sus pisadas amortiguadas y sus resoplidos flemáticos, como si todos ellos estuvieran acatarrados.

«Habrán salido de las minas —pensó—. Hay minas de radio por aquí. Eso explicaría el color de su piel. Me sorprende que el sol no los mate.»

Mientras los observaba, el tipo (aunque Roland no sabía a ciencia cierta si era varón) del extremo, una criatura con un rostro que parecía cera derretida, murió... o en todo caso se desplomó. Cayó de rodillas con un grito grave y estrangulado, al tiempo que intentaba asir la mano de la cosa que caminaba junto a él, un ser con cabeza calva y llena de protuberancias, así como llagas rojas y purulentas en el cuello. El calvo no prestó atención alguna a su compañero, sino que mantuvo los ojos opacos clavados en Roland mientras seguía avanzando con paso inseguro junto a sus camaradas.

—¡Quietos! —ordenó Roland—. ¡Hacedme caso si pretendéis ver ponerse el sol! ¡Haced lo que os digo!

Se dirigía sobre todo a la criatura del centro, que llevaba unos viejísimos tirantes rojos sobre la camisa andrajosa y se tocaba con un bombín muy sucio. Era tuerto, y su ojo sano miraba al pistolero con avidez tan espeluznante como inconfundible. El que caminaba junto a Bombín (Roland creía que podía tratarse de una mujer, pues bajo el chaleco que llevaba se adivinaban vestigios de pechos) arrojó la pata de la silla con que se había armado. La lanzó con técnica impecable, pero al proyectil le faltaron diez metros de trayectoria.

Roland apretó de nuevo el gatillo de su revólver. En esta ocasión, la tierra desplazada por la bala fue a parar sobre los restos andrajosos del zapato de Bombín.

La gente verde no echó a correr como había hecho el perro, aunque sí se detuvieron y siguieron mirándolo con aquellos ojos opacos y ávidos. ¿Habían acabado los habitantes desaparecidos de Eluria en los estómagos de aquellas criaturas? Roland no podía creerlo... aunque sabía bien que los seres de esa calaña no se arredraban ante aberraciones tales como el canibalismo. (Y quizá no se trataba de canibalismo a fin de cuentas, porque ¿cómo podían considerarse humanas aquellas cosas, hubieran sido lo que hubieran sido en el pasado?) Eran demasiado lentos, demasiado estúpidos. Si se hubieran atrevido a volver al pueblo después de que el sheriff los expulsara, los habrían quemado o lapidado.

Sin pensar en lo que hacía, deseoso tan solo de tener la otra mano libre para desenfundar el segundo revólver si los espectros no atendían a razones, Roland se guardó el medallón que había arrancado del cuello del muchacho muerto en el bolsillo de los vaqueros, empujando tras él la fina cadena rota.

Las criaturas lo miraban de hito en hito, sus sombras extrañamente retorcidas tras ellos. ¿Y ahora qué? ¿Debía decirles que se fuera por donde habían venido? Roland no sabía si obedecerían, y en cualquier caso había decidido que prefería tenerlos donde pudiera verlos. Y al menos quedaba resuelta la cuestión de si debía quedarse para enterrar al muchacho llamado James; el dilema había desaparecido.

—No os mováis —murmuró al tiempo que iniciaba la retirada—. Al primero que se mueva...

Antes de que pudiera terminar la amenaza, uno de ellos, un trol de pecho ancho con boca carnosa de sapo y lo que parecían agallas a los lados del cuello carunculado, se abalanzó hacia él parloteando con voz estridente y curiosamente blanda. Quizá era una especie de carcajada. En la mano blandía un objeto que

tenía aspecto de pata de piano.

Roland disparó. El pecho del señor Sapo se hundió como un tejado mal construido. Retrocedió varios pasos corriendo en un intento de mantener el equilibrio, agarrándose el pecho con la mano libre. Los pies, calzados con sucias babuchas de terciopelo rojo con las punteras curvadas hacia arriba, se le enredaron, haciéndole caer. Al chocar contra el suelo emitió una suerte de gorgoteo solitario y perdido. Soltó el arma, se volvió, intentó levantarse y se desplomó de nuevo en el polvo. El sol despiadado le quemaba los ojos abiertos, y Roland observó que su piel, que estaba perdiendo a toda velocidad el matiz verdoso, empezaba a exhalar nubecillas de vapor. También oyó una especie de siseo, como el que produciría un escupitajo sobre el quemador de la cocina.

«Acabo de ahorrarme unas cuantas explicaciones», pensó Roland antes de pasear la mirada entre las criaturas restantes.

—Muy bien; él ha sido el primero en moverse. ¿Quién será el próximo?

Ninguno de ellos, por lo visto. Las criaturas permanecieron inmóviles, observándolo, sin acercarse a él ni batirse en retirada. Roland pensó, como había pensado acerca del perro cojo, que debería matarlos antes de que se movieran, desenfundar el segundo revólver y abatirlos a todos. No le llevaría más de unos segundos y sería un juego de niños para sus hábiles manos, aun cuando algunos de ellos intentaran huir. Pero no podía hacerlo; no podía matarlos a sangre fría. No era esa clase de asesino... al menos todavía.

Muy despacio empezó a retroceder, rodeando primero el abrevadero a fin de interponerlo entre él y las criaturas. Cuando Bombín avanzó un paso, Roland no dio a los demás ocasión de que lo imitaran, sino que efectuó un disparo al suelo a escasos centímetros del pie de Bombín.

—Es mi último aviso —advirtió sin levantar la voz.

No sabía si lo entendían ni le importaba, aunque suponía que captaban el tono amenazador que empleaba.

—La próxima bala irá a parar al corazón de alguien. Lo que vamos a hacer es que yo me iré y vosotros os quedaréis aquí. Es vuestra única oportunidad. Si me seguís, moriréis todos. Hace demasiado calor para jueguecitos, y he perdido la...

—¡Buh! —gritó una voz ronca y húmeda a su espalda con inconfundible avidez.

Roland vio una sombra que surgía de la sombra del carro volcado, al que casi había llegado, y tuvo el tiempo justo para entender que otro de los seres verdes se había escondido bajo él.

Cuando empezó a volverse, un garrote chocó contra su hombro, entumeciéndole el brazo derecho hasta la muñeca. No soltó el arma y disparó una vez, pero la bala fue a incrustarse en una de las ruedas del carro, destrozando un radio de madera y haciendo girar el cubo con un chirrido estridente. Tras él oyó que las criaturas verdes de la calle proferían exclamaciones roncadas e inarticuladas al tiempo que echaban a correr hacia él.

El ser que se había ocultado bajo el carro volcado era un monstruo de dos cabezas, una de ellas con el rostro flácido de un cadáver, mientras que el otro,

aunque igual de verde, era más vivaz. Su ancha boca se abrió en una sonrisa jovial cuando alzó el garrote para atacar de nuevo.

Roland desenfundó el otro revólver con la mano izquierda, la que no había quedado entumecida por el golpe. Le dio tiempo de acertar un tiro en la sonrisa del emboscado, que cayó hacia atrás en medio de una lluvia de sangre y dientes mientras el garrote se le escurría de los dedos inertes. Al instante, los demás se abalanzaron sobre él para golpearlo con saña.

El pistolero pudo esquivar los primeros golpes y por un instante creyó que sería capaz de parapetarse tras el carro volcado y ponerse a disparar. Sin duda podría hacerlo. Sin duda su búsqueda de la Torre Oscura no estaba destinada a acabar en la calle abrasada por el sol de una aldea del Oeste llamada Eluria, a manos de media docena de mutantes parsimoniosos de piel verde. *Ka* no podía ser tan cruel.

Pero Bombín le asestó un salvaje golpe lateral, y Roland chocó contra la rueda trasera del carro, que seguía girando lentamente. Al caer sobre manos y rodillas, todavía intentando levantarse, darse la vuelta y esquivar los golpes que ahora llovían sobre él, comprobó que eran muchos más de media docena. Por la calle que daba a la plaza del pueblo llegaban al menos treinta hombres y mujeres verdes. No era un clan, sino una tribu entera. ¡Y a plena luz del día! Según su experiencia, los mutantes lentos eran seres que amaban la oscuridad, como si fueran hongos con cerebro, y nunca había topado con un grupo que se comportara como aquel. Eran...

La criatura del vestido rojo era hembra. Sus pechos desnudos y oscilantes bajo el sucio chaleco rojo fueron lo último que vio con claridad mientras se arremolinaban a su alrededor y sobre él sin dejar de golpearlo con los garrotes improvisados. El de los clavos se le clavó en la parte inferior de la pantorrilla derecha, hundiéndole los malditos dientes oxidados en la carne. De nuevo intentó levantar uno de los grandes revólveres (empezaba a nublársele la vista, pero eso no ayudaría a los mutantes si conseguía empezar a disparar; siempre había sido el más hábil de todos ellos, y Jamie DeCurry había llegado a declarar que Roland era capaz de disparar con los ojos vendados porque tenía ojos en los dedos), pero uno de los seres se lo arrebató de un puntapié y lo hizo caer en el polvo. Si bien aún sentía la empuñadura lisa de sándalo del otro revólver, creyó que también se lo habían quitado.

Percibía su olor, el hedor penetrante y nauseabundo de la carne podrida. ¿O quizá eran sus manos, que levantó en un débil e inútil intento de protegerse la cabeza? ¿Sus manos, que habían estado sumergidas en el agua contaminada del abrevadero, donde flotaban fragmentos de la piel del muchacho muerto?

Los garrotes seguían atacando, golpeándolo en todas las partes del cuerpo, como si la gente verde no solo pretendiera matarlo de una paliza, sino también ablandarlo en el proceso. Y mientras se deslizaba en la oscuridad de lo que creía firmemente que sería su muerte, oyó el canto de los insectos, los ladridos del perro al que había perdonado la vida y el tintineo de las campanillas colgadas de la puerta de la iglesia. Aquellos sonidos se fundieron en una música extrañamente dulce que también acabó por desvanecerse, dando paso a las

tinieblas absolutas.

*II. Ascensión. Suspendido. Belleza blanca.
Otros dos. El medallón*

El regreso del pistolero al mundo no fue como volver en sí tras un golpe, algo que le había sucedido varias veces en el pasado, ni tampoco como despertar de un sueño, sino más bien como ascender.

«Estoy muerto —pensó en un momento dado del proceso... tras recobrar al menos en parte la capacidad de pensar—. Estoy muerto y he resucitado a lo que quiera que sea la vida después de la muerte. Eso debe de ser. Las voces que oigo cantar son las voces de almas muertas.»

La negrura total dio paso al gris oscuro de los nubarrones de lluvia, luego al gris más claro de la niebla y por fin a la claridad uniforme de la bruma momentos antes de que el sol la disuelva. Y en medio de aquellos cambios, la sensación de ascender, como si estuviera atrapado en una suave y al tiempo poderosa corriente ascendente.

Cuando la sensación de ascender empezó a remitir y la claridad tras sus párpados cerrados se intensificó, Roland comenzó por fin a convencerse de que estaba vivo. Fue aquel canto lo que lo persuadió. No eran almas muertas ni las huestes celestiales de ángeles que a veces describían los predicadores del Hombre-Jesús, sino otra vez aquellos insectos que parecían grillos, pero de voz más dulce y afinada. Los insectos que había oído en Eluria.

Con esa idea abrió los ojos.

De inmediato dudó de su convicción de que seguía vivo, porque se encontró suspendido en un mundo de belleza blanca; de hecho, su primer pensamiento confuso fue que estaba en el cielo, flotando en el interior de una nube algodonosa. Flotaba envuelto en el canto aflautado de los insectos, y ahora también oía el tintineo de las campanillas.

Intentó volver la cabeza, y todo su cuerpo osciló atrapado en una suerte de arnés que crujió con el movimiento. El suave canto de los insectos, como grillos en la hierba al final del día en Gilead, titubeó y cambió de ritmo. En el mismo instante, un intenso dolor subió como un árbol por la espalda de Roland. No sabía a qué correspondían las ramas, pero el tronco era sin lugar a dudas su columna vertebral. Un dolor mucho más perverso le atenazó una de las piernas, aunque en su aturdimiento, Roland no sabía cuál. «Ahí es donde se me clavó el garrote de los clavos», se dijo. Y más dolor en la cabeza; tenía la sensación de que su cráneo era una cáscara de huevo rota. Gritó y apenas pudo creer que el graznido ronco que oyó había brotado de su garganta. Le pareció oír a lo lejos los ladridos del perro cojo, pero a buen seguro eran imaginaciones suyas.

«¿Estaré agonizando? ¿He despertado por última vez antes de morir?»

Una mano le acarició la frente. La sentía, pero sin verla, unos dedos que se deslizaban sobre su piel, deteniéndose aquí y allá para masajear una protuberancia o una arruga. Delicioso, como un trago de agua fresca en un día caluroso. Empezó a cerrar los ojos, pero de repente lo asaltó una idea

espeluznante. ¿Y si las manos eran verdes y su dueña llevaba un andrajoso chaleco rojo sobre las tetas flácidas?

«¿Y si fuera así? ¿Qué podrías hacer al respecto?»

—Chist, hombre —susurró una voz de mujer joven... o tal vez de niña.

En cualquier caso, la primera persona en que pensó Roland fue Susan, la muchacha de Mejis, la que le hablaba con tanta formalidad.

—¿Dónde...? ¿Dónde...?

—Chist, no te muevas, es demasiado pronto.

El dolor de espalda empezaba a remitir, pero la imagen del dolor en forma de árbol permaneció, porque también su piel parecía agitarse como las hojas de un árbol en una brisa suave. ¿Cómo era posible?

Desterró de su mente aquella pregunta y todas las demás para concentrarse en la mano pequeña y fresca que le acariciaba la frente.

—Tranquilo, hombre hermoso. El amor de Dios te protege, pero tu cuerpo está lastimado. Yace tranquilo y sana.

El perro había dejado de ladrar, si es que había llegado a ladrar en algún momento, y Roland fue consciente otra vez del leve crujido. Le recordaba a riendas de caballo o algo (sogas) en lo que no quería pensar. Le parecía sentir cierta presión bajo los muslos, las nalgas y quizá... sí... los hombros.

Suponía que podía estar enganchado en una especie de eslinga. Le parecía recordar que en cierta ocasión, de pequeño, había visto a un tipo suspendido de aquella forma en la habitación del médico de caballos tras el Gran Salón, un mozo de cuadra que se había quemado con queroseno de tal forma que no pudieron tenderlo en una cama. El hombre acabó muriendo, pero demasiado despacio; durante dos noches, sus chillidos habían llenado el dulce aire estival de Gathering Fields.

«¿Estoy quemado, entonces, reducido a una tea con piernas y suspendido en una eslinga?»

Las manos le masajearon el centro de la frente para alisar el entrecejo fruncido. Era como si la voz que acompañaba a la mano le hubiera leído el pensamiento, como si lo hubiera captado con las yemas de aquellos dedos inteligentes y tranquilizadores.

—Te pondrás bien si es la voluntad de Dios, señor —sentenció la voz que acompañaba las manos—. Pero el tiempo pertenece a Dios, no a ti.

«No —habría objetado de haber sido capaz—. El tiempo pertenece a la Torre.»

Y entonces volvió a descender con la misma suavidad con que había descendido, apartándose de la mano y el zumbido onírico de los insectos y el tintineo de las campanillas.

En un momento dado le pareció oír la voz de la joven, aunque no estaba seguro, pues se había transformado en un grito de furia, temor o ambas cosas.

—¡No! —vociferó—. ¡No puedes quitárselo y lo sabes! ¡Métete en tus asuntos y deja de hablar de ello ahora mismo!

Cuando recobró la consciencia por segunda vez, se sentía físicamente tan débil como antes, pero con la mente algo más despejada. Lo que vio al abrir los

ojos no fue el interior de una nube, pero al principio volvieron a acudir a su mente las mismas palabras, belleza blanca. En ciertos aspectos era el lugar más hermoso en que Roland había estado en su vida... en parte porque aún tenía una vida, por supuesto, pero sobre todo porque era fantástico y sereno en extremo.

Se encontraba en una estancia inmensa, muy alta y larga. Cuando por fin logró volver la cabeza, eso sí, con cautela, con infinita cautela, a fin de hacerse una idea de sus dimensiones, calculó que debía de medir al menos doscientos metros de longitud. Era estrecha, pero su altura le confería una sensación de espaciosidad sin límites.

No tenía paredes ni techos en el sentido que Roland concebía, aunque sí era un poco como estar en una tienda enorme. Sobre él, el sol se estrellaba y difuminaba su luz contra abombados paneles de seda y los transformaba en las guirnaldas brillantes que en un principio había tomado por nubes. Bajo aquel dosel de seda, la habitación aparecía envuelta en una luz gris crepuscular. Las paredes, también de seda, ondulaban como velas en la brisa. De cada panel de la pared pendía un cordel curvado con una campanilla. Las campanillas se apoyaban contra la tela y tintineaban suave y agradablemente al unísono, como carillones, cada vez que las paredes ondeaban.

La alargada estancia estaba dividida por un pasillo central flanqueado por dos hileras de camas, todas ellas preparadas con sábanas blancas inmaculadas e impecables almohadas también blancas. Debía de haber unas cuarenta al otro lado del pasillo, todas ellas desocupadas, y otras cuarenta en el lado de Roland. Había otras dos camas ocupadas allí, una de ellas junto a él, a su derecha. Aquel tipo...

Es el chico. El del abrevadero.

La idea le puso la carne de gallina en los brazos y le provocó un sobresalto desagradable, supersticioso. Observó con mayor detenimiento al muchacho.

«No puede ser. Es que estás aturdido. No puede ser.»

Sin embargo, no lograba desechar la idea. Desde luego parecía ser el muchacho del abrevadero y seguramente estaba enfermo (¿por qué si no habría ido a parar a un lugar como ese?), pero no muerto, ni de lejos; Roland comprobó que su pecho subía y bajaba, y que sus dedos, suspendidos sobre el canto de la cama, se agitaban de vez en cuando.

«No pudiste fijarte lo suficiente para estar seguro, y después de algunos días en aquel abrevadero, ni su madre habría podido identificarlo con certeza.»

Pero Roland, que había tenido madre, sabía que eso no era verdad. También sabía que había visto el medallón de oro alrededor del cuello del muchacho. Justo antes de que lo atacaran las criaturas verdes, lo había arrancado del cadáver y se lo había guardado en el bolsillo. Y ahora alguien, con toda probabilidad los propietarios de aquel lugar, los que como por arte de magia habían devuelto al muchacho llamado James a su interrumpida vida, se lo habían quitado a Roland para volverlo a colgar del cuello del chico.

¿Lo habría hecho la joven de la mano fresquísima? ¿Creía entonces que Roland era un demonio necrófago capaz de robar a los muertos? No le hacía

gracia la idea. De hecho, lo incomodaba más que el pensamiento de que el cuerpo hinchado del joven vaquero había recuperado de algún modo su tamaño normal y la vida.

En el mismo lado del pasillo, unas doce camas desocupadas más allá del joven y de Roland Deschain, el pistolero vio al tercer ingresado en aquella estafalaria enfermería. El hombre aparentaba al menos cuatro veces la edad del muchacho y dos veces la del pistolero. Lucía una barba muy larga, más gris que negra, que le caía hasta el pecho en dos mechones desgredados. El rostro del que partía estaba curtido por el sol, muy arrugado y con bolsas bajo los ojos. Le surcaba la mejilla izquierda y el puente de la nariz y una marca oscura y gruesa que a Roland le pareció una cicatriz. El hombre barbudo estaba dormido o inconsciente, pues Roland lo oía roncar, y suspendido un metro por encima de la cama mediante un complejo sistema de correas blancas que relucían en la semipenumbra. Las correas se entrecruzaban formando varios ochos por todo el cuerpo del hombre. Parecía un insecto atrapado en una telaraña extraña. Llevaba un camisón vaporoso. Una de las correas le pasaba por debajo de las nalgas y le elevaba la entrepierna de un modo que parecía ofrecer sus partes al aire grisáceo y soñador. Más abajo, Roland veía las sombras oscuras de sus piernas retorcidas como viejísimos árboles muertos. Roland no quería ni pensar por cuántos sitios debían de estar rotas para tener aquel aspecto. Pese a ello, daban la impresión de que se morían, pero ¿cómo podía ser si el hombre de la barba estaba inconsciente? Era una ilusión óptica, tal vez, o el efecto de las sombras... Quizá el vaporoso camisón que llevaba se agitaba con la brisa, o...

Roland apartó la vista para fijarse en los abombados paneles de seda, intentando al mismo tiempo tranquilizar los violentos latidos de su corazón. Lo que había visto no se debía al viento, a las sombras ni a nada parecido. Las piernas del hombre se movían sin moverse... al igual que Roland había sentido que su propia espalda se movía sin moverse. No sabía qué podía causar semejante fenómeno y no quería saberlo, al menos de momento.

—No estoy preparado —susurró.

Tenía los labios resecos. Cerró de nuevo los ojos para intentar dormir, para no pensar en lo que las piernas retorcidas del hombre indicaban respecto a su propio estado. Pero...

«Pero más te vale estar preparado.»

Era la voz que siempre parecía acudir a su mente cuando intentaba bajar la guardia, eludir una obligación o tomar el camino fácil para sortear un obstáculo. La voz de Cort, su antiguo profesor. El hombre cuya vara todos habían temido de pequeños, aunque no habían temido su vara tanto como sus palabras, sus burlas cuando se mostraban débiles, su desprecio cuando se quejaban o protestaban gimoteando contra su destino.

«¿Eres un pistolero, Roland? Si lo eres, más te vale estar preparado.»

Roland volvió a abrir los ojos y giró de nuevo la cabeza hacia la izquierda, sintiendo que algo se movía sobre su pecho.

Muy despacio, levantó la mano derecha para liberarla del cabestrillo que la sujetaba. El dolor que le atenazaba la espalda se movió con una suerte de

murmullo. Permaneció inmóvil hasta considerar que el dolor no iba a empeorar, al menos si tenía cuidado, y se llevó la mano derecha al pecho. Estaba cubierto por un tejido muy fino. Algodón. Bajó el mentón hasta el esternón y comprobó que llevaba un camisón como el que envolvía el cuerpo del hombre barbudo.

Introdujo la mano bajo el cuello del camisón y tocó una cadena muy delgada. Un poco más abajo, sus dedos tocaron con un objeto metálico rectangular. Creía saber de qué se trataba, pero tenía que cerciorarse. Lo sacó, moviéndose aún con gran cautela e intentando no utilizar ningún músculo de la espalda. Era un medallón de oro. Desafiando el dolor, lo levantó hasta que pudo leer la inscripción grabada en él:

JAMES,
AMADO POR SU FAMILIA, AMADO POR DIOS

Volvió a deslizado bajo el camisón y se volvió de nuevo hacia el muchacho dormido en la cama contigua, no suspendido sobre ella. La sábana solo lo cubría hasta la caja torácica, y el medallón yacía sobre la pechera prístina de su camisón blanco. El mismo medallón que llevaba Roland, salvo que...

Le pareció que por fin lo entendía, y entender constituía un alivio.

Miró de nuevo al hombre barbudo y vio algo muy extraño. La cicatriz gruesa y oscura que surcaba la mejilla y la nariz del hombre había desaparecido, y en su lugar se apreciaba la marca rosada de una herida a medio curar, un corte, tal vez.

«Imaginaciones mías.»

«No, pistolero —insistió la voz de Cort—. Los hombres como tú no están hechos para imaginar cosas, como bien sabes.»

El movimiento lo había agotado... o quizá el esfuerzo de pensar. La combinación del canto de los insectos y el tintineo de las campanillas era como una nana a la que resultaba imposible resistirse. Una vez más cerró los ojos y se durmió.

*III. Cinco hermanas. Jenna. Los médicos de Eluria.
El medallón. Una promesa de silencio*

Cuando despertó, creyó por un instante que seguía dormido y estaba soñando, o mejor dicho, sufriendo una pesadilla.

Una vez, en la época en que conoció y se enamoró de Susan Delgado, se topó con una bruja llamada Rhea, la primera bruja verdadera del Mundo Medio a la que conocía. Fue ella quien provocó la muerte de Susan, si bien Roland también había hecho su parte. Al abrir los ojos y ver a Rhea no una, sino cinco veces, pensó: «Esto es lo que pasa por recordar los viejos tiempos. Al invocar a Susan, he invocado también a Rhea de los Cöos. A Rhea y sus hermanas.»

Las cinco iban envueltas en vaporosos hábitos tan blancos como las paredes y los paneles del techo. Sus rostros de viejas brujas aparecían enmarcados en grñones igual de blancos, y su tez destacaba, gris y agrietada,

como la tierra en medio de la sequía sobre aquel fondo immaculado. Colgadas como filacterias de las bandas de seda que les sujetaban el cabello (si es que tenían cabello), llevaban hileras de campanillas que tintineaban cada vez que hablaban o se movían. Sobre las pecheras níveas de los hábitos había una rosa roja bordada... el *sigul* de la Torre Oscura. Al verlas, Roland pensó: «No estoy soñando; estas brujas son reales».

—¡Está despertando! —exclamó una de ellas con voz sobrecogedoramente coqueta.

—¡Oooo!

—¡Ooooh!

—¡Ah!

Revoloteaban a su alrededor como pájaros. La del centro dio un paso adelante, y cuando lo hizo, los rostros de todas relucieron como las paredes sedosas de la enfermería. Comprobó que no eran viejas a fin de cuentas; de mediana edad, tal vez, pero no viejas.

«Sí que son viejas, pero han cambiado.»

La que tomó el mando era más alta que las demás y tenía una frente ancha y algo abombada. Se inclinó hacia Roland entre el tintineo de las campanillas que rodeaban su rostro. El sonido le provocó náuseas y lo hizo sentir más débil que un momento antes. Sus ojos avellanados lo miraban con expresión intensa, ávida, acaso. Le rozó la mejilla, que al instante empezó a entumecerse, bajó la mirada y frunció el rostro con una mueca que podía interpretarse como de inquietud.

—Despierta, hombre hermoso, despierta. Todo va bien.

—¿Quiénes sois? ¿Dónde estoy?

—Somos las Hermanitas de Eluria —explicó ella—. Yo soy la hermana Mary, ella es la hermana Louise, estas son la hermana Michela y la hermana Coquina...

—Y la hermana Tamra —se presentó la última—, una encantadora doncella de veintiuna primaveras —añadió con una risita ahogada.

Por un instante, su rostro relució y se tornó de nuevo viejo como el mundo, con la nariz ganchuda y la piel grisácea. Roland pensó de nuevo en Rhea.

Las hermanitas se acercaron más a él, rodeando el complicado arnés donde estaba suspendido, y cuando Roland intentó apartarse, el dolor volvió a adueñarse de su espalda y su pierna lastimada en una oleada gigantesca. Emitió un gruñido, y las correas crujieron.

—¡Oooo!

—¡Duele!

—¡Le duele!

—¡Cómo le duele!

Se acercaron aún más, como si su dolor las fascinara. Roland ya podía olerlas, un olor seco y terroso. La hermana Michela alargó la mano...

—¡Fuera! ¡Dejadlo en paz! Cuántas veces tengo que repetíroslo...

Las hermanitas retrocedieron con un sobresalto al oír aquella voz. La

hermana Mary parecía especialmente molesta, pero se apartó, no sin antes lanzar una última mirada furiosa (Roland estaba seguro de ello) al medallón que llevaba sobre el pecho. Lo había ocultado bajo el camisón antes de dormirse, pero ahora estaba al descubierto.

Apareció una sexta hermana, que se abrió paso a empujones entre Mary y Tamra.

Ella sí aparentaba veintiuna primaveras, era de mejillas sonrosadas, tez incólume y ojos oscuros. El hábito blanco flotaba a su alrededor como un sueño, y la rosa roja bordada sobre su pecho resaltaba como una maldición.

—¡Marchaos, dejadlo!

—¡Ooooooh, vaya, vaya! —gritó la hermana Louise entre risueña y enojada—. Aquí viene Jenna, la pequeña... ¿Se habrá enamorado de él?

—¡Sí! —asintió Tamra con una carcajada—. El corazón de la pequeña le pertenece.

—¡Oh, sí! —convino la hermana Coquina.

Mary se volvió hacia la recién llegada con los labios fruncidos en una fina línea.

—Nadie te ha dado vela en este entierro, niña insolente —espetó.

—Eso lo dirás tú —replicó la hermana Jenna.

Parecía haber recobrado la compostura, aunque un rizo de cabello negro se le había escapado del griñón y le invadía la frente como una coma.

—Y ahora marchaos. No está de humor para vuestras bromas y risas.

—No nos des órdenes —advirtió la hermana Mary—, pues nunca bromeamos, como bien sabes, hermana Jenna.

La expresión de la muchacha se suavizó un ápice, y Roland comprendió que estaba asustada, lo que le hizo temer por ella y también por él mismo.

—Marchaos —insistió Jenna—. No es el momento apropiado. ¿No tenéis otros a quienes atender?

La hermana Mary calló como si considerara la pregunta mientras las demás la observaban. Por fin asintió y dedicó una sonrisa a Roland. Una vez más, su rostro relució como si lo viera a través de la bruma en un día caluroso.

—Ten paciencia, hombre hermoso —pidió a Roland—. Ten un poco de paciencia con nosotras y te curaremos.

«¿Acaso tengo elección?», pensó Roland.

Las demás emitieron carcajadas que más bien parecían gorjeos de pájaros perdidos en la penumbra grisácea, y la hermana Michela le lanzó un beso.

—¡Vamos, señoras! —ordenó la hermana Mary—. Dejaremos a Jenna con él por deferencia a su madre, a quien todas queríamos.

Dicho aquello condujo a sus hermanas fuera de la estancia, cinco aves blancas volando por el pasillo central, con las faldas balanceándose de un lado a otro.

—Gracias —musitó Roland al tiempo que alzaba la mirada hacia la propietaria de la mano tan fresca... pues sabía que era ella quien lo había cuidado.

La joven le acarició los dedos como si pretendiera confirmárselo.

—No quieren hacerte daño —afirmó.

Pero Roland supo al instante que no se lo creía, ni él tampoco. Estaba metido en un apuro pero que muy grave.

—¿Qué es este lugar?

—Nuestro hogar —repuso ella con sencillez—. El hogar de las Hermanitas de Eluria. Nuestro convento, si se quiere.

—Esto no es un convento —denegó Roland, recorriendo con la mirada las camas desocupadas—. Es una enfermería, ¿verdad.

—Un hospital —puntualizó ella sin dejar de acariciarle los dedos—. Servimos a los médicos... y ellos nos sirven a nosotras.

Roland contemplaba fascinado el rizo negro que puntuaba la piel cremosa de su frente y lo habría acariciado de atreverse a levantar la mano, aunque solo fuera para sentir su textura. Le parecía hermoso porque era la única nota oscura entre tanta blancura. El blanco había perdido todo su encanto para él.

—Somos enfermeras... o lo éramos antes de que el mundo avanzara.

—¿Servís al Hombre Jesús?

Jenna adoptó una expresión sorprendida, casi escandalizada, y al poco lanzó una carcajada.

—¡No, no, nada de eso!

—Si sois enfermeras... ¿dónde están los médicos?

La joven se lo quedó mirando mientras se mordía el labio inferior, como si intentara tomar una determinación. A Roland le pareció encantadora su expresión titubeante y comprendió que, enfermo o no, estaba mirando a una mujer como mujer por primera vez desde la muerte de Susan Delgado, y de eso hacía mucho tiempo. El mundo entero había cambiado desde entonces, y no para mejor precisamente.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Por supuesto que sí —exclamó él, algo sorprendido y también inquieto.

Esperaba que de un momento a otro su rostro adquiriera ese brillo y cambiara como los de las demás, pero no fue así. Y tampoco despedía aquel desagradable olor seco y terroso.

«Espera —se advirtió a sí mismo—. No creas nada de lo que suceda aquí, y menos aún confíes en tus sentidos. Al menos de momento.»

—Supongo que no queda otro remedio —concedió la joven con un suspiro.

El gesto hizo tintinear las campanillas que le flanqueaban la frente, más oscuras que las de las otras, no tan negras como su cabello, sino de un gris carbón, como si las hubiera suspendido sobre una hoguera. No obstante, emitían un sonido de lo más argentino.

—Prométeme que no gritarás ni despertarás al púber de la otra cama.

—¿Púber?

—El muchacho. ¿Lo prometes?

—Sí¹ —asintió, cayendo sin darse cuenta en el dialecto medio olvidado del Arco Externo, el dialecto de Susan—. Hace mucho tiempo que no grito, hermosa.

1. El personaje emplea en inglés el término antiguo *aye*, que significa «sí» (*N. de la T.*)

La joven se ruborizó ante aquellas palabras, y en sus mejillas aparecieron rosas más naturales y vivaces que la que llevaba bordada en el hábito.

—No tildes de hermoso algo que no ves bien —advirtió.

—Entonces retírate el griñón.

Veía a la perfección su rostro, pero anhelaba ver su cabello con ansia incontenible. Una inundación negra sobre toda aquella blancura onírica. Por supuesto, cabía la posibilidad de que lo llevara corto porque su orden así lo dictara, pero por alguna razón no lo creía.

—No se nos permite.

—¿Quién no lo permite?

—La Gran Hermana.

—¿La que se hace llamar hermana Mary?

—Sí.

Se volvió para marcharse, pero al poco se volvió. En cualquier otra muchacha de su edad tan hermosa como ella, el gesto habría resultado coqueto, pero en su rostro solo se advertía solemnidad.

—Recuerda tu promesa.

—Sí, nada de gritos.

Jenna se dirigió hacia el hombre de la barba con la falda revoloteando a su alrededor. En la penumbra reinante, su figura no proyectaba más que una sombra difusa sobre las camas vacías por las que pasaba. Cuando llegó junto al hombre, que estaba inconsciente, creía Roland, no solo dormido, miró de nuevo atrás. Roland asintió.

La hermana Jenna se acercó más al hombre suspendido desde el otro lado de la cama, de modo que Roland la veía entre las aguas de la seda blanca. Apoyó las manos con delicadeza sobre el lado izquierdo de su pecho, se inclinó sobre él... y sacudió la cabeza de un lado a otro en ademán de brusca negativa. Las campanillas de su frente tintinearón con fuerza, y una vez más, Roland percibió aquel extraño movimiento en su espalda, acompañado por una profunda oleada de dolor. Era como si hubiera sufrido un escalofrío sin estremecerse, o como si se hubiera estremecido en sueños.

Lo que sucedió a continuación estuvo a punto de arrancarle un grito y tuvo que morderse los labios para contenerlo. Al igual que antes, las piernas del hombre inconsciente parecieron moverse sin moverse... porque era lo que había sobre ellas lo que se movía. Las espinillas velludas, los tobillos y los pies del hombre quedaban al descubierto bajo el dobladillo del camisón. Una oleada negra de insectos descendía ahora por ellos. Cantaban con voz feroz, como un batallón en plena marcha.

Roland recordó la cicatriz negra que surcaba la mejilla y la nariz del hombre, la cicatriz que había desaparecido. Más de aquellos bichos, por supuesto. Y él también los tenía. Por eso podía estremecerse sin estremecerse.

Los tenía por toda la espalda, desfilando por ella.

No gritar resultaba mucho más difícil de lo que había esperado.

Los insectos descendieron hasta las puntas de los dedos del hombre suspendido y saltaron al vacío en grupos, como criaturas que saltaran de un embarcadero para sumergirse en el agua. Se organizaron a toda prisa y sin dificultad alguna sobre la reluciente sábana blanca que cubría la cama y empezaron a desfilarse hacia el suelo en un batallón de unos treinta centímetros de anchura. Roland no los veía con claridad, pues estaban demasiado lejos y había muy poca luz, pero le pareció que eran el doble de grandes que hormigas y un poco más pequeños que las rollizas abejas de miel que infestaban los lechos de flores en su hogar.

Los insectos marchaban cantando.

El hombre no cantaba. A medida que la marabunta de insectos que le cubría las piernas retorcidas disminuía, empezó a estremecerse y gruñir. La joven le apoyó la mano en la frente y lo tranquilizó, provocando los celos de Roland aun en medio de la repulsión que sentía ante lo que estaba presenciando.

Pero ¿eran tan espantoso lo que veía? En Gilead se empleaban sanguijuelas para algunas enfermedades, como la inflamación del cerebro, las axilas y la entropierna, entre otras. Cuando se trataba del cerebro, las sanguijuelas, por muy feas que fueran, eran preferibles al siguiente paso, la trepanación.

Pese a todo, había algo detestable en ellos, tal vez porque no los veía bien, algo terrible en intentar imaginárselos sobre su espalda mientras él estaba ahí suspendido e impotente. Aunque los suyos no cantaban. ¿Por qué sería? ¿Porque estaban comiendo? ¿Durmiendo? ¿Ambas cosas al mismo tiempo?

Los gruñidos del hombre barbudo remitieron. Los insectos se alejaron marchando por el suelo en dirección a las ondulantes paredes de seda. Roland los perdió de vista entre las sombras.

Jenna volvió junto a él con expresión ansiosa.

—Lo has hecho muy bien. Sin embargo, sé cómo te sientes; lo llevas escrito en el rostro.

—Los médicos —constató él.

—Sí. Su poder es inmenso, pero... —se interrumpió antes de continuar en voz más baja—: Me temo que no podrán ayudar a ese hombre. Sus piernas han mejorado un poco y las heridas de su rostro casi están curadas, pero tiene heridas en lugares que los médicos no pueden alcanzar.

Al decir aquello se deslizó una mano por el vientre para indicar la ubicación de dichas heridas, aunque no su naturaleza.

—¿Qué hay de mí? —preguntó Roland.

—Te atacó la gente verde —explicó la joven—. Debes de haberlos enfurecido sobremanera para que no te mataran sin más. Te ataron y te llevaron a rastras. Tamra, Michela y Louise habían salido a recolectar hierbas, vieron a las criaturas verdes jugando contigo y les rogaron que se detuvieran, pero...

—¿Las mutantes siempre os obedecen, hermana Jenna?

La joven sonrió, quizá complacida por el hecho de que Roland hubiera

recordado su nombre.

—No siempre, pero casi. Esta vez sí, ya que de lo contrario habrías llegado al final de tu camino.

—Supongo que sí.

—Tenías casi toda la espalda desollada, una gran mancha roja de la nuca a la cintura. Siempre te quedarán las cicatrices, pero los médicos han hecho mucho por ti. Y su canto resulta muy agradable, ¿no te parece?

—Sí —asintió Roland, aunque la idea de aquellos insectos negros hurgando en su carne viva aún lo repugnaba—. Debo estarte agradecido y lo estoy. Cualquier cosa que pueda hacer por ti...

—Dime tu nombre, entonces.

—Soy Roland de Gilead, un pistolero. Llevaba unos revólveres, hermana Jenna. ¿Los has visto?

—No he visto arma alguna —repuso ella sin mirarlo.

Las rosas volvieron a florecer en sus mejillas. Tal vez fuera buena enfermera y hermosa por añadidura, pero desde luego, no se le daba bien mentir. Roland se alegraba de ello; los mentirosos hábiles abundaban, mientras que la sinceridad era cara de ver.

«Deja pasar la mentira de momento —se dijo—. La ha dicho por temor, me parece.»

—¡Jenna!

El grito llegó desde las sombras más profundas en el extremo más alejado de la enfermería, que ese día se le antojaba más alargada que nunca al pistolero, y la hermana Jenna dio un respingo con expresión culpable.

—¡Márchate ya! Has hablado suficiente para entretener a veinte hombres.

—¡De acuerdo! —respondió ella antes de volverse de nuevo hacia Roland—. No reveles que te he mostrado a los médicos.

—Mis labios están sellados, Jenna.

La joven vaciló, mordiéndose de nuevo el labio, y de repente se apartó el griñón, que le cayó sobre la nuca, entre el suave tintineo de las campanillas. Liberado de su confinamiento, el cabello le flotó sobre las mejillas como un universo de sombra.

—¿Soy hermosa? ¿Realmente lo soy? Dime la verdad, Roland de Gilead, nada de halagos, pues los halagos no perduran.

—Eres hermosa como una noche de verano.

Lo que vio en su rostro pareció complacerla más que sus palabras, porque esbozó una sonrisa radiante antes de volver a ponerse el griñón y se recogió el cabello debajo con dedos rápidos y hábiles.

—¿Estoy bien?

—Sí —aseguró él al tiempo que levantaba un brazo con mucho cuidado y señalaba su frente—. Pero te sale un rizo... justo ahí.

—Ya, siempre me pasa lo mismo.

Lo ocultó bajo el griñón con una mueca cómica. Roland pensó que le encantaría besar aquellas mejillas sonrosadas... y quizá también su sonrosada boca.

—Ahora está perfecto.

—¡Jenna! —insistió la voz con más impaciencia—. ¡Es la hora de la meditación!

—¡Ya voy! —replicó la joven.

Se recogió las voluminosas faldas para marcharse, pero antes se volvió hacia él una vez más con una mirada muy seria pintada en el rostro.

—Otra cosa —susurró al tiempo que miraba a su alrededor—. El medallón de oro que llevas... lo llevas porque es tuyo. Lo entiendes... ¿James?

—Sí —asintió él antes de mirar al chico dormido—. Ese es mi hermano.

—Si te lo preguntan, sí. Si dices otra cosa pondrás en un brete a Jenna.

Roland no preguntó hasta qué punto, y en cualquier caso, Jenna se alejó como flotando por el pasillo entre las camas vacías, las faldas recogidas en una mano. El rubor se había desvanecido de su rostro, tiñendo sus mejillas y frente de un color ceniciento. Recordó la expresión ávida de las otras, el modo en que se habían agolpado a su alrededor en un círculo cada vez más asfixiante... y el fulgor de sus rostros.

Seis mujeres, cinco viejas y una joven.

Médicos que cantaban y se arrastraban por el suelo cuando se lo indicaban las campanillas.

Y una inverosímil enfermería con unas cien camas, techo de seda, paredes de seda...

... y todas las camas desocupadas salvo tres.

Roland no comprendía por qué Jenna había cogido el medallón del muchacho muerto del bolsillo de sus pantalones para colgárselo del cuello, pero tenía la impresión de que si las Hermanitas de Eluria lo descubrían, podían llegar a matarla.

Roland cerró los ojos, y el suave canto de los insectos médicos lo meció hasta sumirlo de nuevo en un profundo sueño.

IV. Un plato de sopa. El muchacho de la cama contigua. Las enfermeras de noche

Roland soñó que un insecto enorme (tal vez un insecto médico) volaba alrededor de su cabeza y chocaba una y otra vez contra su nariz en colisiones que resultaban más molestas que dolorosas. Roland intentaba darle manotazos, pero aunque sus manos eran raudas como el rayo en circunstancias normales, no lograba alcanzarlo, y cada vez que fallaba, el insecto se reía.

«Soy lento porque he estado enfermo —pensaba Roland—. No, porque me han tendido una emboscada, porque unos mutantes me han arrastrado por el barro hasta que las Hermanitas de Eluria me han salvado.»

Roland tuvo una imagen repentina y extremadamente vívida de la sombra de un hombre surgiendo de la sombra de un carro volcado y oía una voz ronca y ávida que gritaba «¡Buh!».

Despertó con tal sobresalto que su cuerpo osciló en la maraña de correas, y la mujer que estaba de pie junto a su cabeza, riendo mientras le golpeteaba la

nariz con una cuchara de madera, retrocedió con tanta brusquedad que el plato que sostenía en la otra mano se le escurrió entre los dedos.

Roland extendió las manos con su rapidez habitual (la exasperante imposibilidad de golpear el bicho no había sido más que parte del sueño) y cazó el plato al vuelo sin que se derramaran más que unas gotas. La mujer, que era la hermana Coquina, lo miraba con los ojos muy abiertos.

El gesto brusco le provocó una oleada de dolor en toda la espalda, pero mucho menos tan intensa como las anteriores, y la sensación de movimiento había desaparecido. Tal vez los «médicos» dormían, pero más bien creía que ya no estaban.

Roland alargó la mano para coger la cuchara con que Coquina lo estaba martirizando, sin sorprenderse en absoluto de que aquellas criaturas se dedicaran a martirizar a un hombre enfermo y dormido de ese modo (de hecho, solo le habría extrañado que fuera Jenna), y la hermana se la entregó con la misma expresión de asombro.

—¡Qué veloz eres! —exclamó—. Ha sido como un truco de magia, y eso que estabas medio dormido.

—No lo olvides, *sai* —le advirtió Roland antes de probar la sopa, en la que flotaban pedacitos minúsculos de pollo.

En otras circunstancias le habría parecido insípida, pero en ese momento se le antojó pura ambrosía y empezó a comer con ansia.

—¿A qué te refieres? —preguntó Coquina.

La luz se había tornado muy mortecina, y los paneles de las paredes habían adquirido un tinte entre rosado y naranja que parecía indicar la puesta de sol.

A aquella luz, Coquina aparentaba ser joven y bonita, pero Roland estaba seguro de que se trataba de una ilusión, de una especie de maquillaje de hechicera.

—A nada en particular —repuso Roland.

La cuchara no le permitía comer con suficiente rapidez, de modo que optó por llevarse el plato a los labios y de ese modo apuró la sopa en cuatro tragos.

—Habéis sido muy amables conmigo...

—¡Y que lo digas! —lo atajó ella con aire indignado.

—... y espero que vuestra amabilidad no oculte otras motivaciones. Porque si es así, hermana, recuerda que soy muy rápido y debo añadir que no siempre soy amable.

La hermana Coquina no respondió, sino que se limitó a coger el plato cuando Roland se lo devolvió. Lo hizo con gran delicadeza, tal vez para no tocarle los dedos. Bajó la mirada hacia el medallón, de nuevo escondido bajo la pechera del camisón. Roland no añadió nada más a fin de no debilitar la amenaza velada recordándole que el hombre que la había pronunciado iba desarmado, apenas llevaba ropa y estaba suspendido en el aire porque su espalda no podía aún soportar el peso de su cuerpo.

—¿Dónde está la hermana Jenna? —quiso saber.

—Ooooh —exclamó la hermana Coquina, enarcando las cejas—. Nos

gusta, ¿eh? Hace que nuestro corazón haga...

Se llevó la mano a la rosa bordada sobre la pechera y la agitó muy deprisa.

—En absoluto, en absoluto —aseguró Roland—, pero ha sido muy amable conmigo. No creo que me hubiera martirizado con una cuchara de madera, como otras.

La sonrisa de la hermana Coquina se desvaneció y en su rostro apareció una expresión enojada e inquieta a un tiempo.

—No se lo cuentes a Mary si viene a verte más tarde. Me pondrías en un aprieto.

—¿Por qué iba a importarme eso?

—Pues porque podría vengarme de quien me creara problemas creándoselos a la pequeña Jenna —amenazó la hermana Coquina—. De todos modos, ya está en la lista negra de la Gran Hermana. A la hermana Mary no le hace ni pizca de gracia la forma en que Jenna le habló de ti... ni tampoco que Jenna volviera a nosotras llevando las Campanas Oscuras.

Apenas hubieron brotado aquellas palabras de su boca, la hermana Coquina se cubrió el a menudo imprudente órgano como si se diera cuenta de que había hablado demasiado.

—No diré nada de ti si tú no dices nada de Jenna a la hermana Mary —prometió Roland, intrigado por lo que acababa de oír, pero reacio a dejarlo entrever.

—Trato hecho —accedió Coquina con expresión aliviada antes de inclinarse hacia él y añadir en tono conspiratorio—. Está en la Casa de Meditación. Es la cueva de la colina donde vamos a meditar cuando la Gran Hermana decide que nos hemos portado mal. Tendrá que quedarse a allí y pensar en su insolencia hasta que Mary la deje salir... ¿Sabes quién es el de la cama contigua? —preguntó de repente.

Roland volvió la cabeza y vio que el joven estaba despierto y oía la conversación. Tenía los ojos tan oscuros como los de Jenna.

—¿Cómo no voy a saberlo? —replicó con lo que esperaba fuera el toque apropiado de desprecio—. ¿Cómo no voy a conocer a mi propio hermano?

—No me digas, él tan joven y tú tan mayor...

De la oscuridad salió otra de las hermanas, la hermana Tamra, la que había afirmado tener veintiuna primaveras. En el momento antes de llegar junto a la cama de Roland, su rostro parecía el de una bruja que había rebasado los ochenta o incluso los noventa. Pero entonces brilló de aquel modo y se convirtió en el semblante rollizo y saludable de una mujer de treinta años. A excepción de los ojos, que seguían siendo de córneas amarillentas, rabillos arrugados y expresión vigilante.

—Él es el menor y yo el mayor —explicó Roland—. Entre nosotros median otros siete hermanos y veinte años.

—¡Encantador! Y si es tu hermano, a buen seguro conoces su nombre, sin duda lo conoces muy bien.

—Se creen que has olvidado un nombre tan simple como John Norman.

Qué tontería, ¿eh, Jimmy? —terció el muchacho antes de que el pistolero se metiera en un brete.

Coquina y Tamra miraron al pálido muchacho de la cama contigua con expresión enojada... y también derrotada, al menos de momento.

—Ya le habéis dado de comer vuestra bazofia —prosiguió el chico, cuyo medallón sin duda decía: «John, amado por su familia, amado por DIOS»—, así que, ¿por qué no os marcháis y nos dejáis charlar en paz?

—Vaya, hay que ver cuánta gratitud se respira por aquí —espetó la hermana Coquina.

—Estoy agradecido por lo que se me ha dado —replicó Norman, mirándola de hito en hito—, pero no por lo que se me ha arrebatado.

Tamra soltó un bufido, se giró con tal ímpetu que su vestido provocó una corriente de aire que alcanzó a Roland y se fue. Coquina se quedó un momento más.

—Sed discretos, y tal vez alguien que os gusta más que yo saldrá de su encierro mañana por la mañana en lugar de dentro de una semana.

Sin esperar respuesta, dio media vuelta y siguió a la hermana Tamra. Roland y John Norman esperaron hasta que ambas hubieran desaparecido, y entonces Norman se volvió hacia Roland.

—¿Mi hermano ha muerto? —preguntó en voz baja.

Roland asintió.

—Me llevé el medallón por si me topaba con alguien de su familia. Te pertenece por derecho. Te acompaño en el sentimiento.

—Gracias —repuso John Norman con el labio inferior tembloroso antes de continuar con más firmeza—: Sé que los hombres verdes acabaron con él, aunque esas viejas no me lo han confirmado. Acabaron con muchos y a los demás los silenciaron.

—Tal vez las hermanas no lo sepan a ciencia cierta.

—Sí lo saben, no te quepa duda. No dicen gran cosa, pero saben mucho. La única diferente es Jenna. A ella se refería la arpía al hablar de «tu amiga», ¿verdad?

Roland asintió.

—Y también ha dicho algo de unas Campanas Oscuras. Me gustaría saber algo más al respecto si fuera posible.

—Jenna es especial, como una princesa, alguien cuya posición viene determinada por el linaje y no puede desbaratarse, distinta de las demás hermanas. Me quedo aquí tumbado y finjo dormir porque me parece más seguro, pero las oigo hablar. Jenna regresó hace poco, y esas Campanas Oscuras significan algo especial... pero Mary sigue siendo quien lleva la voz cantante. Creo que las Campanas Oscuras son un símbolo, como los anillos que los barones legaban a sus hijos. ¿Fue ella quien te puso la medalla de Jimmy al cuello?

—Sí.

—No te la quites pase lo que pase —advirtió con expresión tensa y sombría—. No sé si es por el oro o por el Dios, pero no les gusta acercarse

demasiado. Creo que es la única razón por la que sigo aquí... No son humanas —terminó en un susurro.

—Bueno, puede que sean un poco brujas, mayas...

—¡No!

Con evidente dificultad, el muchacho se incorporó sobre un codo y miró a Roland muy serio.

—Crees que son hechiceras o brujas, pero no, no son hechiceras ni brujas. ¡No son humanas!

—Entonces, ¿qué son?

—No lo sé.

—¿Cómo llegaste hasta aquí, John?

Todavía en voz baja, John Norman contó a Roland lo que sabía de sus vicisitudes. Él, su hermano y otros cuatro jóvenes raudos y poseedores de buenos caballos habían sido contratados como exploradores para proteger una caravana de siete carros de carga que transportaba semillas, alimentos, herramientas, correspondencia y cuatro novias encargadas, a una aldea no establecida situada a unos trescientos kilómetros al oeste de Eluria. Los exploradores cabalgaban a la cabeza y en la cola de la caravana en sentido rotatorio, cada uno de ellos con un carro distinto porque, según explicó Norman, cuando estaban juntos se peleaban como... bueno...

—Como hermanos —terminó por él Roland.

John Norman esbozó una sonrisa triste.

—Sí.

El trío del que John formaba parte iba en la cola, unos tres kilómetros a la zaga de la caravana, cuando los mutantes verdes les tendieron una emboscada en Eluria.

—¿Cuántos carros viste al llegar allí? —preguntó a Roland.

—Solo uno volcado.

—¿Cuántos cadáveres?

—Solo el de tu hermano.

John Norman asintió con expresión lúgubre.

—Creo que no se lo llevaron por causa del medallón.

—¿Los mutantes?

—No, las hermanas. A los mutantes se les dan un ardite el oro y Dios, pero esas zorras...

Se quedó mirando la oscuridad, ahora casi absoluta. Roland sintió que la somnolencia volvía a apoderarse de él, pero hasta más tarde no comprendió que le habían echado una droga en la sopa.

—¿Y los demás carros? —inquirió Roland—. ¿Los que no volcaron?

—Los mutantes debieron de llevárselos con todas las mercancías —supuso Norman—. A ellos no les importan el oro y Dios, y a las hermanas no les importan las mercancías. Con toda probabilidad, tienen su propia comida, aunque prefiero no pensar qué. Cosas asquerosas... como esos bichos.

Cuando él y los demás jinetes de la retaguardia llegaron a Eluria, la lucha había tocado a su fin. Había numerosos hombres tumbados en el suelo, algunos

mueritos, pero muchos aún con vida. Al menos dos de las novias seguían también vivas. Los mutantes verdes estaban agrupando a los supervivientes capaces de andar; John Norman recordaba muy bien al del bombín y a la mujer del desgarrado chaleco rojo.

Norman y los otros dos intentaron luchar. El joven vio a uno de sus compañeros abatido por un flechazo en el vientre y a partir de entonces ya no vio nada más, pues alguien le asestó un golpe en la cabeza por la espalda, y perdió el conocimiento.

A Roland le habría gustado saber si el emboscador había gritado «¡Buh!» antes de atacar, pero no preguntó.

—Cuando desperté estaba aquí —continuó Norman—. Vi que algunos de los otros, casi todos, estaban llenos de esos malditos bichos.

—¿Los otros? —repitió Roland, mirando las camas desocupadas, que en la oscuridad cada vez más profunda relucían como islas blancas—. ¿A cuántos trajeron?

—Al menos veinte. Se curaron... los bichos los curaron... y entonces fueron desapareciendo uno tras otro. Cada vez que me dormía y despertaba, había otra cama vacía. Se esfumaron uno por uno, hasta que por fin solo quedamos yo y el hombre de esa cama —Miró a Roland con solemnidad—. Y ahora tú.

—Norman, yo... —farfulló Roland, aturdido.

—Me parece que sé lo que te ocurre —dijo Norman, cuya voz parecía llegar de muy lejos, de la otra punta del planeta, tal vez—. Es la sopa, pero un hombre tiene que comer. Y una mujer también... si es que es una mujer de verdad, claro, cosa que esas no son. Ni siquiera la hermana Jenna es de verdad. Que sea amable no significa que sea de verdad —insistió con voz cada vez más inaudible—. Además, acabará como las otras, tenlo muy presente.

—No puedo moverme —murmuró Roland con un supremo esfuerzo, como si intentara mover una montaña.

—No —exclamó Norman con una carcajada repentina, un sonido inesperado que rebotó en la creciente neblina que invadía la mente de Roland—. No te han puesto solo un somnífero en la sopa, sino también eso que paraliza. Físicamente estoy bien, hermano, así que, ¿por qué crees que sigo aquí?

Norman ya no le hablaba desde la otra punta del planeta, sino desde la luna como mínimo.

—No creo que ninguno de los dos llegue a ver de nuevo el sol brillando en tierra llana —auguró Norman.

«Te equivocas», intentó responder Roland, y algo más en la misma línea, pero de sus labios no brotó sonido alguno. Flotaba hacia la cara oscura de la luna, perdiendo las palabras en el vacío que allí encontró.

Sin embargo, en ningún momento llegó a perder la consciencia. Quizá la dosis de «medicamento» añadida a la sopa de la hermana Coquina estaba mal calculada, o tal vez nunca habían intentado sus desaguisados con un pistolero y no sabían que se enfrentaban a uno.

A excepción de la hermana Jenna, por supuesto; ella lo sabía.

En un momento dado de la noche, unas voces susurrantes acompañadas de risitas y el tintineo de campanillas lo arrancaron de las tinieblas en las que se había sumido, unas tinieblas que no eran exactamente sueño ni inconsciencia. A su alrededor cantaban los «médicos», una presencia tan constante que apenas advertía.

Roland abrió los ojos. Vio una luz pálida ya temblorosa en medio de la negrura. Los susurros y las risitas se acercaban. Roland intentó volver la cabeza y al principio no lo consiguió. Descansó un instante, hizo acopio de toda su fuerza de voluntad y volvió a intentarlo. Esta vez sí consiguió girarla, solo un poco, pero suficiente.

Eran cinco de las hermanitas, Mary, Louise, Tamra, Coquina y Michela. Avanzaban por el largo pasillo de la enfermería negra, riendo como niñas a punto de hacer una travesura, portando velas largas en candelabros de plata y envueltas en el tintineo argentino de las campanillas que flanqueaban las bandas de sus griñones. Se apiñaron en torno a la cama del hombre barbudo. Del interior del círculo ascendía el brillo de las velas en una columna que moría a medio camino del techo de seda.

La hermana Mary pronunció unas palabras. Roland reconoció su voz, pero no distinguió las palabras, pues no era lengua alta ni baja, sino otro idioma completamente distinto. Oyó con claridad una frase, «*can de lach, mi him en tow*», pero no sabía qué significaba.

De pronto se dio cuenta de que solo oía el tintineo de las campanillas; el zumbido de los insectos médicos había cesado.

—*¡Ras me! ¡On! ¡On!* —exclamó la hermana Mary con voz brusca y potente.

Las velas se extinguieron. La luz que brillaba a través de las alas de los griñones agrupados alrededor de la cama del hombre barbudo se desvaneció, dando paso de nuevo a la negrura más absoluta.

Roland aguardó los acontecimientos con el alma en vilo. Intentó flexionar las manos y los pies, pero no lo logró. Había conseguido girar la cabeza unos quince grados, pero por lo demás estaba paralizado como una mosca atrapada en la tela de una araña.

El tintineo de las campanillas en la oscuridad... y luego unos ruidos de succión. En cuanto los oyó, Roland supo que los había estado esperando. Una parte de él había sabido en todo momento qué eran las Hermanitas de Eluria.

Si Roland hubiera podido levantar las manos, se habría tapado las orejas para no oír aquellos sonidos, pero en su situación no podía más que permanecer tumbado, escuchar y esperar a que se detuvieran.

Pero el ruido continuó durante un tiempo que se le antojó eterno. Las mujeres sorbían y gruñían como cerdos devorando pienso medio licuado en un comedero. Oyó incluso un sonoro eructo, seguido de más risitas ahogadas, que se cortaron en seco cuando la hermana Mary espetó una seca orden: «*¡Hais!*» Y en una ocasión oyó una suerte de gemido... procedente del hombre barbudo, Roland estaba casi seguro de ello. En tal caso, se acercaba al final de su camino.

Por fin, los sonidos del festín empezaron a remitir, y entonces volvieron a

cantar los insectos, primero con voz vacilante y luego con mayor seguridad. Los susurros y las risitas reaparecieron, y las velas volvieron a encenderse. Roland yacía con la cabeza girada en dirección opuesta. No quería que supieran lo que había visto, pero eso no era todo; lo cierto era que no quería ver nada más. Ya había visto y oído suficiente.

Pero las risitas y los susurros se acercaban a él ahora. Roland cerró los ojos y se concentró en el medallón que yacía sobre su pecho. «No sé si es por el oro o por el Dios, pero no les gusta acercarse demasiado», había dicho John Norman. Era un alivio poder recordar aquella frase a medida que las Hermanitas se aproximaban, chismorreando y susurrando en su extraña lengua, pero el medallón se le antojaba una protección muy precaria en la oscuridad.

De muy lejos le llegó a los oídos el ladrido del perro cojo.

Cuando las hermanas lo rodearon, el pistolero advirtió que podía olerlas. Era un olor desagradable, malévol, como a carne podrida. ¿Y qué otra cosa iban a oler esas criaturas?

—Qué hermoso es —dijo la hermana Mary en voz baja y pensativa.

—Pero qué feo *sigul* lleva —añadió la hermana Tamra.

—¡Se lo quitaremos! —exclamó la hermana Louise.

—¡Y luego lo besaremos! —agregó la hermana Coquina.

—¡Besos para todas! —gritó la hermana Michela con tal entusiasmo y fervor que las demás se echaron a reír.

Roland descubrió que no todo su cuerpo estaba paralizado a fin de cuentas. De hecho, una parte de él se había erguido al oír sus voces. Una mano se deslizó bajo el camisón que llevaba, tocó aquel miembro erecto, lo rodeó con los dedos y lo acarició. Roland permaneció inmóvil, horrorizado, mientras una humedad cálida abandonaba su cuerpo casi de inmediato. La mano se quedó donde estaba un momento más, paseando el pulgar por la verga ahora marchita, y por fin ascendió un poco, hasta el bajo vientre, donde la humedad se había acumulado.

Risitas suaves como el viento.

Tintineo de campanillas.

Roland entreabrió los ojos y miró los ancianos rostros riendo a la luz de las velas. Ojos relucientes, mejillas amarillentas, dientes prominentes que sobresalían de los labios inferiores. La hermana Michela y la hermana Louise parecían tener perilla, pero por supuesto no era vello lo que lucían, sino la sangre del hombre barbudo.

Mary había formado un cuenco con la mano; la alargó a cada hermana por turno, y todas lamieron la palma a la luz de las velas.

Roland volvió a cerrar los ojos y esperó a que se fueran. Por fin se marcharon.

«No volveré a dormir jamás», pensó, pero al cabo de cinco minutos había caído de nuevo en brazos de Morfeo.

*V. La hermana Mary. Un mensaje. Una visita de Ralph.
El destino de Norman. De nuevo la hermana Mary*

Cuando despertó era de día, y el techo de seda volvía a relucir blanquísimo mientras ondeaba en la suave brisa. Los insectos médicos cantaban satisfechos. A su izquierda, Norman dormía a pierna suelta con la cabeza tan ladeada que la hirsuta mejilla le tocaba el hombro.

Roland y John Norman eran los únicos que quedaban. Más allá, en el mismo lado del pasillo, la cama que había ocupado el hombre de la barba aparecía desocupada, con la sábana bien remetida y la almohada muy atusada en su prístina funda blanca. Las correas que sujetaban su cuerpo habían desaparecido.

Roland recordaba las velas, el brillo de cada llama entremezclándose con las demás para ascender en una columna y alumbrar a las hermanas agolpadas en torno al hombre. Las risitas. El tintineo de sus malditas campanillas.

En aquel momento, como si la hubiera invocado con el pensamiento, la hermana Mary apareció caminando a buen paso y seguida de la hermana Louise. Esta última llevaba una bandeja y parecía nerviosa. Mary fruncía el entrecejo, a todas luces de mal humor.

«¿Huraña después de semejante festín? —pensó Roland—. Vergüenza debería darte, hermana.»

Mary llegó junto a la cama de Roland y bajó la mirada hacia él.

—No tengo nada que agradecerte, *sai*—dijo sin más preámbulo.

—¿Acaso te he pedido gratitud? —replicó con voz polvorienta y reseca, como las páginas de un libro viejo.

—Has convertido a una joven insolente y disconforme con su posición en un ser descaradamente rebelde —prosiguió Mary sin hacer caso de su respuesta—. En fin, su madre era igual que ella y murió al poco de devolver a Jenna al lugar que le correspondía. Levanta la mano, hombre ingrato.

—No puedo. No puedo moverme.

—¡Bobadas! ¿Acaso no conoces el dicho «No engañes a tu madre a menos que esté fuera de tu vista»? Sé bien lo que puedes y lo que no puedes hacer. Y ahora levanta la mano.

Roland levantó la mano derecha, fingiendo un esfuerzo mayor del que le costaba. Se dijo que tal vez aquella mañana tuviera fuerzas suficientes para liberarse de las ataduras, pero ¿y entonces qué? No podría caminar como Dios manda durante bastantes horas, aun cuando no le administraran otra dosis de «medicamento»... y tras la hermana Mary, la hermana Louise estaba destapando otro plato de sopa. En cuanto lo vio, su estómago empezó a emitir gruñidos de protesta.

La Gran Hermana esbozó una sonrisa al oírlo.

—Incluso estar postrado en la cama abre el apetito de un hombre fuerte al cabo de cierto tiempo. ¿No estás de acuerdo, Jason, hermano de John?

—Me llamo James, como bien sabes, hermana.

—¿Ah, sí? —se burló ella con una carcajada furiosa—. ¡Bah! ¿Y si azotara a tu amorcito con suficiente fuerza y durante suficiente tiempo, hasta que la sangre le saliera despedida de la espalda como gotas de sudor?, digamos,

¿no crees que te sonsacaría un nombre distinto? ¿O acaso no se lo revelaste durante vuestra pequeña conversación?

—Si la tocas, te mataré.

La hermana rió de nuevo. Su rostro brilló, y su boca firme se transformó en algo parecido a una medusa moribunda.

—No nos hables de matar a menos que nosotras te hablemos de ello, muchacho.

—Hermana, si tú y Jenna no congeniáis, ¿por qué no eximirla de sus votos y dejarla seguir su camino?

—Nada puede eximirnos de nuestros votos ni permitirnos seguir nuestro camino. Su madre lo intentó y volvió. Agonizaba, y su hija estaba enferma. Fuimos nosotras quienes cuidamos de ella hasta que recobró la salud después de que su madre no fuera más que tierra en la brisa que sopla hacia el Mundo Final, y a cambio no nos muestra gratitud alguna. Además lleva las Campanas Oscuras, el *sigul* de nuestra hermandad, de nuestro *ka-tet*. Y ahora come; tu estómago dice que tienes hambre.

La hermana Louise le alargó el plato, pero sus ojos no dejaban de desviarse hacia el contorno que el medallón dibujaba en la pechera del camisón. «No te gusta, ¿eh?», pensó Roland. A renglón seguido recordó a la hermana Louise a la luz de las velas, la sangre del mercader en su barbilla, los ojos viejísimos ávidos cuando se inclinó hacia delante para lamer su semen de la mano de la hermana Mary.

—No quiero nada —declinó, girando la cabeza.

—¡Pero si estás hambriento! —protestó la hermana Louise— Si no comes, James, ¿cómo pretendes recuperar fuerzas?

—Que venga Jenna. Comeré lo que me traiga ella.

La frente de la hermana Mary se arrugó en un ceño turbulento.

—No volverás a verla. Ha obtenido permiso para abandonar la Casa de Meditación bajo la solemne promesa de que duplicará el tiempo dedicado a la meditación... y de que no volverá a pisar la enfermería. Y ahora come, James, o quienquiera que seas. Toma lo que lleva la sopa o te abriremos con cuchillos y te lo meteremos con cataplasmas de franela. Nos da igual, ¿verdad, Louise?

—Sí—asintió Louise sin dejar de alargarle el plato, que humeaba y olía apetitosamente a pollo.

—Pero tal vez a ti no te dé igual —señaló la hermana Mary con una sonrisa desprovista de humor que dejó al descubierto sus enormes dientes—. Derramar sangre representa un riesgo aquí. A los médicos no les gusta; se ponen nerviosos.

No solo los insectos se ponían nerviosos al ver sangre, y Roland lo sabía. También sabía que no tenía alternativa en lo tocante a la sopa, de modo que cogió el plato y empezó a comer despacio. Habría dado cualquier cosa por borrar la mirada de satisfacción que veía en el rostro de la hermana Mary.

—Muy bien —alabó Mary en cuanto Roland devolvió el plato y ella se hubo cerciorado de que estaba del todo vacío.

La mano de Roland se desplomó en el cabestrillo preparado para ella,

demasiado pesada para levantarla. De nuevo lo acometió la sensación de que el mundo se alejaba.

La hermana Mary se inclinó hacia delante, de forma que la parte superior de su vaporoso hábito rozó la piel del hombro izquierdo de Roland. Percibía su olor, un aroma entre maduro y seco, y habría tenido una arcada de tener fuerza suficiente.

—Quítate esa repugnante cosa dorada en cuanto recobres un poco las fuerzas y déjalo en el orinal bajo la cama, donde debe estar, porque incluso a esta distancia me hace estallar la cabeza y me ahoga.

—Si lo quieres, quítamelo tú —musitó Roland con un enorme esfuerzo.

Una vez más el entrecejo fruncido transformó el rostro de Mary en algo parecido a un nubarrón tenebroso. Roland estaba convencido de que lo habría abofeteado si se hubiera atrevido a tocarlo tan cerca del medallón. Pero por lo visto, su capacidad de tocarlo acababa en la cintura.

—Te recomiendo que lo medites un poco más —aconsejó la hermana Mary—. Todavía puedo hacer que azoten a Jenna. Lleva las Campanas Oscuras, pero la Gran Hermana soy yo, no lo olvides.

Dicho aquello se marchó. La hermana Louise la siguió, no sin antes lanzarle una extraña mirada entre atemorizada y lujuriosa por encima del hombro.

«Tengo que salir de aquí—pensó Roland—. A toda costa.»

Pero en lugar de hacer algo al respecto, volvió a sumergirse en aquel lugar oscuro que no era el sueño. O quizá sí durmió, al menos durante un rato, tal vez incluso soñó. De nuevo, unos dedos acariciaron los suyos, y unos labios le besaron la oreja antes de susurrarle:

—Mira debajo de la almohada, Roland... pero no digas a nadie que he estado aquí.

En algún momento después de aquella sensación, Roland volvió en sí, casi esperando ver el hermoso y joven rostro de la hermana Jenna inclinado sobre él, con aquella coma de cabello oscuro asomando bajo el griñón. Pero no había nadie. Los paneles de seda relucían más blancos que nunca, y si bien resultaba imposible calcular con precisión la hora allí dentro, Roland suponía que era sobre mediodía. Debían de haber pasado unas tres horas desde que las hermanas le llevaran el segundo plato de sopa.

Junto a él, John Norman seguía durmiendo con respiración leve y nasal.

Roland intentó levantar la mano para deslizarla bajo la almohada, pero no logró moverla. Podía agitar las yemas de los dedos, pero nada más. Esperó para calmarse lo más posible y hacer acopio de paciencia. Descubrió que le costaba tener paciencia. No dejaba de pensar en lo que había dicho Norman, que en la emboscada habían sobrevivido veinte personas... al menos al principio. «Se esfumaron uno por uno, hasta que por fin solo quedamos yo y el hombre de esa cama. Y ahora tú.»

«La muchacha no ha venido.» Su mente hablaba con la voz suave y afligida de Alain, uno de sus viejos amigos, muerto hacía muchos años. «No se atrevería a venir con todas las demás vigilándola. Solo ha sido un sueño.»

Pero Roland tenía la impresión de que había sido algo más que un sueño.

Algo más tarde (los sutiles cambios en la luz del techo de seda le hicieron pensar que había transcurrido alrededor de una hora), Roland intentó de nuevo mover la mano. Esta vez sí consiguió deslizarla bajo la almohada. Era una almohada suave y mullida, bien encajada en el cabestrillo que sostenía el cuello de Roland. Al principio no encontró nada, pero tras buscar a tientas unos instantes rozó con los dedos lo que parecía un manojo rígido de varillas.

Se detuvo para reunir más fuerzas, pues cada movimiento era como nadar en un lago de pegamento, y hundió los dedos aún más. Parecía un ramo de flores muertas sujeto con lo que se le antojó un lazo.

Roland miró en derredor para asegurarse de que la enfermería seguía desierta y Norman aún dormía, y por fin sacó lo que escondía la almohada. Eran seis quebradizos tallos de color verde desvaído coronados por cabezas de junco marronosas. Despedían un peculiar olor a levadura que recordó a Roland las expediciones matutinas que emprendía de niño a la Gran Casa para mendigar, incursiones que por lo general realizaba con Cuthbert. Los juncos estaban atados con un ancho lazo de seda blanca y olían a tostada quemada. Bajo el lazo se veía un pedazo de tela doblado. Al igual que todo lo demás en aquel maldito lugar, parecía ser de seda.

Roland respiraba angustiado y sentía la frente perlada de sudor. Pero por fortuna, aún estaba solo. Cogió el retal y lo desdobló. En el interior se veía un mensaje escrito meticulosamente en carboncillo con letras medio emborronadas:

MORDISQUEA CABEZAS, UNA CADA HORA.
EXCESO CAUSA CALAMBRES O MUERTE.
MAÑANA POR LA NOCHE. NO PUEDE SER ANTES.
¡TEN CUIDADO!

Sin explicación alguna, pero Roland suponía que no hacía falta. Además, no tenía alternativa; si se quedaba allí, moriría sin remisión. No tenían más que arrebatarse el medallón, y estaba convencido de que la hermana Mary era lo bastante inteligente para encontrar el modo de hacerlo.

Roland mordisqueó una de las cabezas de junco secas. El sabor no se parecía en nada a las tostadas que habían mendigado de pequeños en la cocina, sino que era amargo en la garganta y ardiente en el estómago. Apenas un minuto después de mordisquearla, el pulso se le había duplicado. Los músculos se le despertaron, pero no de un modo agradable, como después de un sueño reparador; primero temblaron y luego se pusieron rígidos, como agarrotados. La sensación desapareció al poco y los latidos de su corazón se habían normalizado cuando Norman despertó al cabo de una hora, pero comprendía por qué Jenna le había recomendado moderarse; aquella sustancia era muy potente.

Escondió el ramo de juncos de nuevo bajo la almohada, procurando sacudir las migas de sustancia vegetal que habían caído sobre la sábana. A continuación usó el pulgar para borrar las palabras escritas minuciosamente con carbón sobre el retal de seda. Cuando acabó no se veían más que manchas sin

significado alguno sobre la tela, que también ocultó bajo la almohada.

Cuando Norman despertó, él y el pistolero hablaron un poco del hogar del joven explorador, Delain, también conocido en broma como Dragonera o Paraíso del Embustero. Se decía que todos los cuentos chinos nacían en Delain. El muchacho pidió a Roland que llevara su medallón y el de su hermano a casa de sus padres, si podía, y les contara lo mejor que pudiera lo que había sucedido a James y John, hijos de Jesse.

—Lo harás tú mismo —aseguró Roland.

—No —negó Norman.

Intentó levantar la mano, quizá para rascarse la mano, aunque no fue capaz ni de eso. La mano ascendió unos quince centímetros y cayó de nuevo sobre el cubrecama con un golpe sordo.

—No lo creo —prosiguió—. Es una lástima que nos hayamos conocido en estas circunstancias; te he cobrado afecto.

—Y yo a ti, John Norman. Ojalá tuviéramos ocasión de conocernos mejor.

—Sí, pero no en compañía de tan fascinantes señoras.

Al poco volvió a dormirse. Roland no volvió a hablar con él— aunque desde luego sí volvió a oírlo. Sí. Roland estaba suspendido sobre su cama, fingiendo dormir, cuando John Norman profirió los últimos gritos de su vida.

La hermana Michela llegó con la cena cuando Roland se estaba recobrando de los espasmos musculares y el pulso acelerado derivados del segundo tentempié de junco marrón. Michela escudriñó su rostro enrojecido con expresión preocupada, pero no le quedó mas remedio que aceptar su palabra de que no se sentía febril, porque no osaba tocarle para calcular su temperatura; el medallón se lo impedía.

La sopa iba acompañada de una empanadilla. El pan estaba muy duro y la carne que lo rellenaba era correosa, pero Roland la engulló con ansia de todos modos. Michela lo observaba con una sonrisa satisfecha, las manos entrelazadas ante sí y asintiendo de vez en cuando. Cuando el pistolero terminó la sopa, la hermana cogió el plato con cuidado para asegurarse de que sus dedos no se tocaban.

—Te estás curando —dijo—. Pronto podrás marcharte y no nos quedará más que tu recuerdo, Jim.

—¿Es cierto eso? —preguntó él en voz baja.

La hermana Michela se limitó a mirarlo, se deslizó la lengua por el labio superior, lanzó una risita ahogada y se fue. Roland cerró los ojos y se reclinó sobre la almohada mientras sentía que el letargo se apoderaba otra vez de él. Los ojos calculadores, la lengua asomando entre los labios... Había visto a mujeres mirar con la misma expresión pollos y patas de cordero para estimar cuándo estarían listos.

Su cuerpo deseaba dormir, pero Roland consiguió mantenerse despierto durante lo que le pareció una hora y luego sacó uno de los juncos de debajo de la almohada. La reciente dosis de medicamento paralizador convirtió el movimiento en un esfuerzo supremo y no estaba seguro de haberlo conseguido

si no hubiera tomado la precaución de separar aquel junco del lazo que los sujetaba todos. «Mañana por la noche», decía la nota de Jenna. Si se refería a una fuga, en aquel momento se le antojaba absurdo, porque tal como se encontraba podía seguir postrado en cama hasta el fin de los tiempos.

Mordisqueó el junco. Una oleada de energía invadió su organismo, agarrotándole los músculos y acelerándole el pulso, pero la vitalidad desapareció casi al instante, sepultada bajo la droga más potente de las hermanas. Solo podía esperar... y dormir.

Cuando despertó era noche cerrada y descubrió que podía mover los brazos y las piernas entre las correas con casi total naturalidad. Sacó otro de los juncos escondidos bajo la almohada y lo mordisqueó con cuidado. Jenna le había dejado media docena, y los dos primeros ya estaban casi consumidos.

El pistolero guardó el junco de nuevo bajo la almohada y al cabo de un momento empezó a temblar como un perro mojado en pleno chaparrón. «He tomado demasiado —pensó—. Tendré suerte si no sufro convulsiones...»

El corazón le latía como un caballo desbocado. Y entonces, para empeorar aún más las cosas, distinguió luz de velas en el extremo más alejado del pasillo. Al poco oyó el frufrú de las faldas y el susurro de sus zapatillas.

«¿Por qué ahora, Dios mío? Me verán temblar, sabrán...»

Haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad y autocontrol, Roland cerró los ojos y se concentró en tranquilizar sus músculos. Si al menos estuviera tumbado en la cama en lugar de colgado en aquellas malditas correas que parecían temblar por sí solas a cada instante...

Las Hermanitas se acercaron más. La luz de sus velas refulgía muy roja al otro lado de los párpados cerrados de Roland. Aquella noche no reían ni hablaban en susurros. Hasta que las tuvo casi encima no reparó en la presencia del desconocido entre ellas, una criatura que respiraba por la nariz en enormes jadeos húmedos, mezcla de aire y mucosidad.

El pistolero mantuvo los ojos cerrados, dominando ahora los peores espasmos de brazos y piernas, pero con los músculos aún agarrotados y azotados por los calambres bajo la piel. Cualquiera que lo observara con mayor detenimiento comprendería de inmediato que algo le pasaba. El corazón le latía como una locomotora descarrilada. Sin duda verían que...

Pero no lo miraban a él, al menos de momento.

—Quítaselo —ordenó Mary en una versión envilecida de la lengua baja que Roland apenas entendió—. Luego el otro. Vamos, Ralph.

—¿As whik-sky? —preguntó la criatura jadeante con acento aún más cerrado que el de Mary—. ¿As baco?

—Sí, sí, todo el whisky y el tabaco que quieras, pero le tienes que quitar esas malditas cosas —resopló Mary con impaciencia y tal vez un ápice de temor también.

Roland volvió la cabeza con cuidado hacia la izquierda y entreabrió los ojos.

Cinco de las seis Hermanitas de Eluria estaban agolpadas en torno al lecho de John Norman, las velas en alto para alumbrar su figura dormida. La luz

también iluminaba sus rostros, rostros que habrían provocado pesadillas al más fuerte de los hombres. Ahora, en plena noche, la ilusión óptica había desaparecido, y no eran más que cadáveres envueltos en hábitos voluminosos.

La hermana Mary sostenía en la mano uno de los revólveres de Roland. Al verlo, Roland sintió una punzada de intenso odio y se juró que pagaría por aquella temeridad.

El ser que estaba al pie de la cama era muy extraño, pero parecía casi normal en comparación con las hermanas. Era una de las criaturas verdes. Roland lo reconoció al instante; tardaría mucho tiempo en olvidar ese bombín.

Ralph rodeó la cama de Norman hacia el lado más próximo a Roland y por un instante le impidió ver a las hermanas. Pero al poco, el mutante avanzó hasta la cabeza del joven, dejando que Roland volviera a verlas entre los párpados semicerrados.

El medallón de Norman yacía al descubierto; tal vez el joven había despertado lo suficiente para sacarlo de debajo del camisón con la esperanza de que así lo protegiera mejor. Ralph lo cogió con una de aquellas manos que parecían de sebo derretido. Las hermanas lo miraron con avidez a la luz de las velas mientras el hombre verde tiraba de él... y volvía a dejarlo. Sus rostros se contrajeron en sendas muecas de decepción.

—No me gusta —masculló Ralph con su voz acatarrada—. ¡Quiero whiskey! ¡Quiero baco!

—Y te daremos —prometió la hermana Mary—. Suficiente para ti y todo tu asqueroso clan. Pero primero debes quitarle esa cosa horripilante. ¡A los dos! ¿Lo entiendes? Y nada de burlarte de nosotras.

—¿O qué? —la desafió Ralph con una risa ahogada y gorgoteante, la risa de un hombre a punto de morir de una perversa enfermedad de garganta y pulmones, pero que a Roland le gustaba más que las risitas de las hermanas—. ¿O qué, hermana Mary? ¿Te beberás mi sangüe, eh? Mi sangüe te batará en un santiabén y te guedarás ahí tigada bgillando en la oscuguidad.

Mary levantó el revólver del pistolero y apuntó a Ralph.

—O coges esa cosa espeluznante o serás tú quien muera en un santiamén.

—Seguro que me matas de todos modos después de que lo haga.

La hermana Mary no respondió. Las demás miraban a Ralph con sus ojos negros.

Ralph bajó la cabeza como si meditara el asunto, y Roland sospechó que su amigo Bombín era capaz de pensar. Tal vez la hermana Mary y sus secuaces no lo creyeran, pero Ralph tenía que ser listo para haber sobrevivido tanto tiempo. Aunque por supuesto, al ir a la enfermería no había tenido en cuenta los revólveres de Roland.

—Smasher la fastidió al dagos las agmas —sentenció por fin—. Dágoslas sin decígbelo. ¿Le diste whik-sky? ¿Le diste baco?

—Eso no es de tu incumbencia —replicó la hermana Mary—. O le quitas la medalla de oro ahora mismo o te meto una de las balas del otro en lo que te queda de cerebro.

—De acuegdo, cobo quiegas —accedió Ralph.

Una vez más alargó la mano y encerró el medallón de oro en el puño derretido. Fue un movimiento lento, pero lo que sucedió a continuación sucedió muy deprisa. Tiró con fuerza, rompió la cadena y arrojó el medallón a la oscuridad sin mirar. Al mismo tiempo hundió las uñas largas y rotas de la otra mano en el cuello de John Norman, desgarrándolo.

La sangre empezó a brotar del desventurado en un poderoso torrente procedente del corazón, más negro que rojo a la luz de las velas, y Norman profirió un único grito burbujeante. Las mujeres chillaron, pero no horrorizadas, sino más bien excitadas. Olvidados estaban el hombre verde y Roland, todo excepto la sangre vital que salía a chorros del cuello de John Norman.

Dejaron caer las velas. Mary dejó caer el revólver de Roland con igual indiferencia. Lo último que el pistolero vio cuando Ralph desapareció corriendo entre las sombras (dejaría el whisky y el tabaco para mejor ocasión, debió de pensar el astuto Ralph; esa noche valía más concentrarse en salvar el pellejo) fue a las hermanas inclinándose hacia delante para hacerse con toda la sangre que pudieran antes de que se secase.

Roland yacía en la oscuridad con los músculos temblorosos y el corazón acelerado, escuchando los sonidos que emitían las arpias al alimentarse del muchacho tendido en la cama contigua. El horror continuó durante un tiempo que se le antojó eterno, pero por fin acabaron con él. Las hermanas volvieron a encender las velas y se marcharon entre murmullos.

Cuando la droga de la sopa se sobrepuso una vez más a la droga de los juncos, Roland se sintió agradecido... pero por primera vez desde que llegara allí, su sueño se pobló de pesadillas.

En ellas se encontraba mirando el cadáver hinchado del abrevadero y pensando en una entrada del libro titulado REGISTRO DE DELITOS Y CASTIGOS. «Gente verde expulsada», decía, y era posible que los hubieran expulsado, pero los había seguido una tribu peor. Las Hermanitas de Eluria, se hacían llamar. Y un año más tarde podían pasar a llamarse las Hermanitas de Tejuas, de Kambero o de alguna otra remota aldea del Oeste. Llegaban con sus campanillas y sus insectos... pero ¿de dónde? ¿Quién lo sabía? ¿Importaba acaso?

Una sombra ensombrecía junto a la suya el agua contaminada del abrevadero. Roland intentaba volverse para encararse a ella, pero no podía; estaba petrificado. De repente, una mano verde le asía el hombro y lo hacía girar. Era Ralph. Llevaba el bombín echado hacia atrás y el medallón de John Norman, ahora ensangrentado, colgado del cuello.

—¡Buh! —gritaba Ralph al tiempo que sus labios se distendían en una sonrisa desdentada.

Levantaba un gran revólver con empuñadura de sándalo muy gastada, quitaba el seguro...

... y en ese momento Roland despertó con un sobresalto, temblando de pies a cabeza, con la piel empapada y gélida. Miró hacia la cama contigua.

Estaba desocupada, hecha con toda pulcritud, la almohada envuelta en su funda nívea. No había rastro de John Norman. Era como si la cama llevara años

vacía.

Roland se había quedado solo. Que los dioses lo asistieran, pues se había convertido en el último paciente de las Hermanitas de Eluria, aquellas enfermeras dulces y pacientes. El último ser humano vivo en ese lugar espeluznante, el último por cuyas venas corría sangre caliente.

Suspendido en su eslinga, Roland encerró el medallón de oro en el puño y paseó la mirada por el pasillo opuesto de camas vacías. Al cabo de un rato sacó otro junco y lo mordisqueó.

Cuando Mary llegó un cuarto de hora más tarde, Roland cogió el plato que le alargaba con un gesto de debilidad fingida. Esta vez no contenía sopa, sino gachas... pero estaba convencido de que el ingrediente fundamental era el mismo.

—Qué buen aspecto tienes esta mañana, *sai* —comentó la Gran Hermana.

También ella ofrecía buen aspecto, sin brillo alguno que delatara la presencia del *wampir* que se ocultaba en su interior. Había cenado bien, y la comida la había rejuvenecido. A Roland se le revolvió el estómago al pensarlo.

—Estarás de pie en menos que canta un gallo, estoy segura.

—Y una mierda —masculló Roland en tono gutural y huraño—. Si me pones de pie te garantizo que tendrás que recogerme del suelo enseguida. Empiezo a creer que me ponéis algo en la comida.

La hermana Mary lanzó una carcajada alegre.

—¡Ay, ay, estos jóvenes, siempre dispuestos a achacar su debilidad a las astucias de una mujer! Cuánto miedo nos tenéis en el fondo de vuestro corazón de niños, cuánto miedo nos tenéis.

—¿Dónde está mi hermano? Soñé que reinaba cierta confusión a su alrededor en plena noche, y ahora veo que su cama está vacía.

La sonrisa de Mary vaciló, y sus ojos despidieron destellos.

—Le subió la fiebre y tuvo convulsiones. Lo hemos llevado a la Casa de Meditación, que ha sido pabellón de infecciosos más de una vez en sus tiempos.

«A la tumba es adonde lo habéis llevado, se dijo Roland. Tal vez esa sea una Casa de la Meditación, pero vosotras no tenéis ni idea de eso.»

—Sé que no eres el hermano de ese muchacho —constató Mary mientras lo miraba comer.

Roland ya percibía que el narcótico de las gachas menguaba sus fuerzas.

—Con *sigul* o sin él, sé que no eres su hermano. ¿Por qué mientes? Es un pecado a los ojos de Dios.

—¿Qué te hace pensar que miento, *sai*? —inquirió Roland, esperando a ver si la hermana mencionaba las armas.

—La Gran Hermana sabe lo que sabe. ¿Por qué no confiesas, Jimmy? Dicen que la confesión es buena para el alma.

—Si me envías a Jenna para pasar el rato, puede que te cuente muchas cosas.

La sonrisa ya marchita desapareció del rostro de la hermana Mary como una línea de tiza bajo la lluvia.

—¿Por qué quieres hablar con esa?

—Es bonita—dijo Roland—. No como otras.

Mary hizo una mueca que dejó al descubierto sus inmensos dientes.

—No volverás a verla, muchacho. La has alterado, sí, señor, y no pienso tolerarlo.

Dicho aquello se volvió para marcharse. Intentando todavía parecer débil y con la esperanza de no sobrereactuar, puesto que la interpretación nunca había sido su fuerte, Roland le alargó el cuenco vacío.

—¿No quieres llevártelo?

—Puedes ponértelo en la cabeza y usarlo como gorro de dormir, por lo que a mí respecta. O metértelo en el culo. Hablarás antes de que haya acabado contigo, jovencito, hablarás hasta que te mande callar y luego suplicarás que te deje seguir hablando.

Mary se alejó con paso majestuoso, levantándose las faldas con las manos al caminar. Roland había oído decir que las criaturas de su calaña no podían salir de día, pero sin duda aquella parte de las viejas historias era mentira. Sin embargo, otra parte era casi cierta, por lo visto; junto a ella caminaba una silueta difusa y amorfa que se recortaba contra la hilera de camas vacías a su derecha, pero la hermana Mary no proyectaba sombra alguna.

VI. Jenna. La hermana Coquina. Tamra, Michela, Louise.

El perro cojo. Lo que sucedió en la salvia

Fue uno de los días más largos de su vida. Dormitó, pero sin llegar a dormir profundamente; los juncos surtían su efecto y empezaba a pensar que, con ayuda de Jenna, podría salir de allí. Y luego estaba el asunto de los revólveres; tal vez la joven pudiera ayudarlo también en ese sentido.

Pasó las interminables horas pensando en los viejos tiempos, en Gilead, sus amigos, el juego de acertijos que había estado a punto de ganar en la feria de Tierra Ancha. Al final, otro se había llevado el ganso, pero él había tenido su oportunidad, sí, señor. Pensó en su madre, en su padre, en Abel Vannay, inmensamente bondadoso y cojo, y Eldred Jonas, inmensamente malvado y cojo... hasta que Roland lo derribó de la silla un hermoso día en el desierto.

Y como siempre, pensó en Susan.

«Si me amas, ámame», le había dicho ella... y así lo hizo.

Y así lo hizo.

De esa guisa pasó el tiempo. Más o menos cada hora sacaba uno de los juncos de debajo de la almohada y lo mordisqueaba. Sus músculos ya no temblaban con tanta violencia cuando la sustancia le entraba en el organismo, y el corazón tampoco se le aceleraba tanto. Además, creía que el equilibrio de poder entre el medicamento de los juncos y el de las hermanas había cambiado; los juncos iban ganando.

El difuso brillo del sol avanzó por el techo sedoso de la enfermería hasta que la penumbra que siempre parecía suspendida a la altura de la cama empezó a desvanecerse. La pared oeste de la alargada estancia adquirió los matices rosados y anaranjados del atardecer.

Fue la hermana Tamra quien le llevó la cena, consistente en sopa y otra empanadilla. Asimismo le dejó un lirio del desierto junto a la mano con una sonrisa. Tenía las mejillas sonrosadas, como todas ellas aquel día, como sanguijuelas atiborradas hasta casi reventar.

—De tu admiradora, Jimmy —explicó—. ¡Bebe los vientos por ti! El lirio significa «No olvides mi promesa». ¿Qué te ha prometido, Jimmy, hermano de Johnny?

—Que volvería a verme y hablaríamos.

Tamra lanzó una carcajada tan estentórea que las campanillas de su frente tintinearón y entrelazó las manos en un éxtasis absoluto de regocijo.

—¡Ah, sí, bebe los vientos por ti! —repitió antes de inclinarse hacia Roland sin dejar de sonreír—. Qué lástima que esa promesa no pueda cumplirse jamás. No volverás a verla, hermoso —aseguró al tiempo que cogía el plato—. La Gran Hermana lo ha decidido. —Se levantó aún sonriendo—. ¿Por qué no te quitas ese *sigul* tan feo?

—No.

—Tu hermano se lo ha quitado. Mira.

Señaló con el dedo un punto, y Roland distinguió el medallón de oro tirado al final del pasillo, adonde Ralph lo había arrojado.

La hermana Tamra lo miraba con la misma expresión sonriente.

—Decidió que formaba parte de su enfermedad y se lo quitó. Tú harás lo mismo si sabes lo que te conviene.

—No —repitió Roland.

—Como quieras —espetó la hermana con desdén y lo dejó de nuevo a solas con las camas vacías reluciendo entre las sombras cada vez más densas.

A pesar de la creciente somnolencia que lo envolvía, Roland aguantó hasta que los colores ardientes que surcaban la pared oeste de la enfermería se tiñeron de gris. Entonces mordisqueó otro junco y de inmediato experimentó una oleada de fuerza, fuerza real en esta ocasión, no ese sucedáneo de músculos temblorosos y pulso acelerado. Miró el medallón desechado que relucía a la luz moribunda e hizo una promesa silenciosa a John Norman. Lo llevaría junto con el otro a sus familiares si *ka* le permitía toparse con ellos durante sus viajes.

Completamente en paz por primera vez en todo el día, el pistolero dormitó. Al despertar era de noche, y los insectos médicos cantaban con inusual estridencia. Había sacado otro de los juncos escondidos y empezado a mordisquearlo cuando una voz gélida habló:

—Así que la Gran Hermana estaba en lo cierto; guardas secretos.

Roland tuvo la sensación de que el corazón se le paraba. Se volvió y vio que la hermana Coquina se incorporaba. Había llegado sigilosamente mientras dormía para esconderse bajo la cama de su derecha y vigilarlo.

—¿De dónde has sacado esto? —preguntó—. ¿Ha sido...?

—Se lo di yo.

Coquina giró sobre sus talones. Jenna se dirigía hacia ellos por el pasillo. Ya no llevaba el hábito, aunque sí el griñón flanqueado de campanillas, cuyo dobladillo descansaba sobre los hombros de una sencilla camisa a cuadros.

Llevaba asimismo vaqueros y unas gastadas botas para el desierto. En las manos llevaba algo. Estaba demasiado oscuro para saberlo con certeza, pero Roland creía que...

—Tú —siseó la hermana Coquina con infinito odio—. Cuando se lo cuente a la Gran Hermana...

—No se lo contarás a nadie —afirmó Roland.

De haber planeado la liberación de las correas que lo sujetaban, sin duda habría fracasado, pero como de costumbre, el pistolero funcionaba mejor cuanto menos pensaba. Sus brazos quedaron libres en un abrir y cerrar de ojos, al igual que su pierna izquierda. Sin embargo, la derecha se le trabó a la altura del tobillo, dejándolo colgado con los hombros sobre la cama y la pierna suspendida en el aire.

Coquina se volvió otra vez hacia él con un bufido felino y los labios abiertos en una mueca que dejaba al descubierto una dentadura afilada en extremo. Se abalanzó sobre él con los dedos, de uñas puntiagudas y desiguales, muy separados.

Roland cogió el medallón y se lo puso delante de las narices. La hermana Coquina retrocedió con otro de aquellos bufidos y se volvió hacia la hermana Jenna en un remolino de tela blanca.

—¡Voy a acabar contigo, víbora entrometida! —juró en voz baja y ronca.

Roland intentó liberar la pierna, pero sin conseguirlo. Estaba trabada, con la maldita eslinga enredada en el tobillo a modo de soga.

Jenna levantó las manos, y Roland comprobó que había estado en lo cierto; llevaba sus revólveres, enfundados y colgando de los dos viejos cinturones con los que se había ido de Gilead después del último incendio.

—¡Dispárale, Jenna! ¡Dispárale!

Pero la joven, sin dejar de sostener en alto los revólveres enfundados, sacudió la cabeza como el día en que Roland la había convencido de que se quitara el griñón para así poderle ver el cabello. Con el gesto, las campanillas emitieron un penetrante tintineo que se clavó en la cabeza del pistolero como un pincho.

«Las Campanas Oscuras. El *sigul* de su *ka-tet*. ¿Qué...?»

El sonido de los insectos médicos se convirtió en un grito estridente y atiplado que se parecía sobrecogedoramente al tintineo de las campanillas de Jenna. Habían perdido toda su dulzura. Las manos de la hermana Coquina vacilaron de camino a la garganta de Jenna; la joven no se había inmutado.

—No —susurró Coquina—. No puedes hacerlo.

—Ya lo he hecho —replicó Jenna.

Y entonces Roland vio los insectos. Por las piernas del hombre barbudo había descendido un batallón, pero lo que vio salir de entre las sombras era un ejército suficiente para acabar con todos los ejércitos; de haber sido hombres en lugar de insectos, sin duda habrían sumado más que todos los hombres que habían luchado a lo largo de la extensa y cruenta historia del Mundo Medio.

Pero la visión de aquellos bichos avanzando sobre la tarima que cubría el suelo del pasillo no era lo que Roland recordaría para siempre ni lo que

atormentaría sus sueños durante más de un año, sino el modo en que cubrían las camas, que se teñían de negro por parejas a ambos lados del pasillo, como tenues lámparas rectangulares que se apagaran.

Coquina lanzó un chillido y empezó a sacudir la cabeza para hacer sonar las campanillas, pero el tintineo que producían era débil y fútil en comparación con el tañido penetrante de las Campanas Oscuras.

Los insectos seguían avanzando, oscureciendo el suelo, ensombreciendo las camas.

Jenna pasó corriendo junto a la hermana Coquina, que no dejaba de chillar, dejó los revólveres junto a Roland y deshizo la eslinga de un solo tirón. Roland liberó la pierna.

—Vamos —urgió Jenna—. Los he puesto en marcha, pero detenerlos es harina de otro costal.

Los gritos de la hermana Coquina ya no eran de horror, sino de dolor; los insectos la habían alcanzado.

—No mires —advirtió la joven al tiempo que lo ayudaba a incorporarse.

Roland no se había alegrado nunca tanto de apoyar los pies en el suelo.

—Vamos, debemos darnos prisa; Coquina despertará a las demás. He dejado tus botas y ropa en el camino que sale de aquí; he cogido todo lo que he podido. ¿Cómo te encuentras? ¿Te sientes con fuerzas?

—Gracias a ti.

No sabía durante cuánto tiempo conservaría las fuerzas... y en aquel momento no le importaba. Vio que Jenna recogía dos de los juncos, que en su lucha por liberarse de las correas se habían desparramado por todo el cabezal de la cama, y acto seguido echaron a correr por el pasillo, alejándose de los bichos y de la hermana Coquina, cuyos gritos empezaban a menguar.

Roland se puso el cinturón y se lo abrochó sin aflojar el paso. Pasaron junto a tan solo tres camas antes de llegar a la puerta de la tienda... pues era una tienda, según vio Roland, no un pabellón. Las paredes y el techo de seda eran en realidad de lona gastada, lo bastante delgada para filtrar la luz de una luna en tres cuartos. Y las camas no eran camas en realidad, sino una doble hilera de catres destartalados.

Miró atrás y vio un bulto negro contorsionándose en el suelo donde había caído la hermana Coquina. La escena le provocó un pensamiento desagradable.

—¡He olvidado el medallón de John Norman! —exclamó con un sentimiento de pena, casi de duelo.

Jenna deslizó la mano en el bolsillo de sus vaqueros y lo sacó. La pieza relucía a la luz de la luna.

—Lo recogí del suelo.

Roland no sabía de qué se alegraba más, de ver el medallón o de verlo en su mano, ya que lo segundo significaba que no era como las demás.

Pero entonces, como para desmentir esa afirmación antes de que echara raíces en su mente, Jenna dijo:

—Cógelo, Roland, tengo que soltarlo.

Y al cogerlo vio unas quemaduras inconfundibles en sus dedos. Le tomó

la mano y besó cada una de las lesiones.

—Gracias —musitó Jenna, y Roland comprobó que lloraba—. Gracias, querido. Ser besada así es hermoso, compensa todo el dolor. Y ahora...

Roland vio que desviaba los ojos y siguió su mirada. Unas luces vacilantes descendían por un sendero pedregoso. Tras ellas distinguió el edificio donde moraban las Hermanitas, no un convento, sino una hacienda en ruinas que parecía tener mil años de antigüedad. Eran tres velas, y cuando se aproximaron un poco más, Roland solo vio a tres hermanas. Mary no se hallaba entre ellas.

Desenfundó los revólveres.

—¡Ooooh, es un pistolero! —exclamó Louise.

—¡Un hombre aterrador! —añadió Michela.

—¡Y ha encontrado a su amor además de sus pistolas! —señaló Tamra.

—¡A su puta! —puntualizó Louise.

Todas lanzaron carcajadas furiosas. No estaban asustadas... al menos no de sus armas.

—Guárdalos —recomendó Jenna, y al volverse hacia él vio que ya lo había hecho.

Entretanto, las hermanas se habían acercado más.

—¡Ooooh, mira, está llorando! —observó Tamra.

—¡Se ha quitado el hábito! —comentó Michela. A lo mejor llora por sus votos quebrantados.

—¿Por qué lloras, bonita? —inquirió Louise.

—Porque me ha besado las quemaduras de los dedos —repuso Jenna—. Nunca me habían besado, y me ha hecho llorar.

—¡Ooooh!

—¡En-can-ta-dor!

—¡Y ahora se la meterá toda! ¡Aún más en-can-ta-dor!

Jenna soportó sus pullas sin indicio de enojo.

—Me voy con él —anunció cuando por fin callaron—. Apartaos.

Las carcajadas falsas cesaron en seco, y las hermanas se la quedaron mirando boquiabiertas.

—¡No! —susurró Louise—. ¿Estás loca? ¿Sabes lo que pasará?

—No, y vosotras tampoco —replicó Jenna—. Además, no me importa.

Dio un cuarto de vuelta y extendió la mano hacia la boca de la viejísima tienda hospital. A la luz de la luna adquiría un tono verde oliva desteñido y en el tejado tenía pintada una cruz roja. Roland se preguntó cuántos pueblos habrían visitado las hermanas con esa tienda, tan pequeña y anodina por fuera, tan inmensa y bellamente penumbrosa por dentro. Cuántos pueblos y durante cuántos años...

Los insectos médicos llenaban ahora su entrada cual lengua negra y reluciente. Habían dejado de cantar, y su silencio resultaba horripilante.

—Apartaos o les ordenaré que os ataquen —amenazó Jenna.

—¡No te atreverás! —siseó la hermana Michela en voz baja y aterrada.

—Sí me atreveré. Ya les he ordenado acabar con la hermana Coquina. Ahora forma parte de su medicina.

El jadeo colectivo que emitieron fue como una ráfaga de viento gélido entre árboles muertos. A todas luces, las hermanas no solo temían por su vida, sino que también estaban escandalizadas por lo que había hecho Jenna.

—Estás condenada —sentenció la hermana Tamra.

—¿Quiénes sois vosotras para hablar de condenación? Apartaos.

Las hermanas obedecieron. Roland pasó junto a ellas, y todas retrocedieron, pero aún retrocedieron más al pasar Jenna.

Rodearon la hacienda y llegaron al sendero que arrancaba tras ella. La luna refulgía sobre un pedregal, y a su luz, Roland distinguió una pequeña abertura negra al pie del escarpado sendero. Suponía que era la entrada de la cueva que las hermanas denominaban la Casa de Meditación.

—¿A qué se refería con eso de que estás condenada? —quiso saber.

—Da igual. Lo único que debe preocuparnos ahora es la hermana Mary. No me hace ni pizca de gracia no haberla visto hasta ahora.

Intentó apretar el paso, pero Roland la asió del brazo para que se volviera hacia él. Aún oía el canto de los insectos, pero muy tenue. Estaban dejando atrás la morada de las hermanas y también Eluria, si su brújula mental no le fallaba, pues creía que el pueblo estaba en dirección opuesta. El cascarón del pueblo, mejor dicho.

—Dime a qué se referían.

—Quizá a nada. No me preguntes, Roland, de nada sirve. Ya está hecho, ya he quemado mis naves. No puedo volver atrás ni volvería aunque pudiera.

Bajó la cabeza, se mordió el labio y cuando levantó la mirada, Roland vio que por las mejillas le rodaban nuevas lágrimas.

—He comido con ellas. A veces no podía evitarlo, al igual que tú no podías evitar tomarte su maléfica sopa, por mucho que supieras lo que contenía.

Roland recordó las palabras de John Norman: «Un hombre tiene que comer... Y una mujer también». Asintió con la cabeza.

—No quiero seguir por ese camino. Si me espera la condenación, que sea por elección mía, no de ellas. Mi madre tenía buenas intenciones al traerme de vuelta aquí, pero se equivocó. —Lo miró con expresión tímida y temerosa... pero de hito en hito—. Te acompañaré en tu viaje, Roland de Gilead. Durante tanto tiempo como pueda o me lo permitas.

—Estaré encantado de que me acompañes —aseguró—. Y tu compañía será...

Iba a añadir que sería una bendición para él, pero en aquel momento, una voz habló de entre las sombras que se alzaban ante ellos, donde el sendero salía por fin del pedregoso y árido valle en que las hermanitas practicaban sus malvadas artes.

—Es una lástima truncar tan hermosa fuga, pero no me queda otro remedio.

De las sombras surgió la hermana Mary. Su bello hábito blanco con la rosa roja bordada en la pechera se había convertido en lo que era en verdad, el sudario de un cadáver. Atrapado entre sus mugrientos pliegues se veía un rostro flácido y arrugado puntuado por dos ojos negros que parecían dátiles podridos.

Bajo ellos, visibles por la sonrisa que exhibía la criatura, cuatro enormes colmillos relucientes.

Sobre la piel estirada de la frente de la hermana Mary tintineaban las campanillas... «aunque no las Campanas Oscuras», pensó Roland. Por suerte.

—Apártate —advirtió Jenna—, de lo contrario te echaré los *can tam*.

—No lo harás —aseguró la hermana Mary al tiempo que se acercaba—. No se atreverían a alejarse tanto de los demás. Ya puedes sacudir la cabeza para hacer sonar tus malditas campanas hasta que se te parta el cuello, que no vendrán.

Jenna hizo precisamente eso, sacudir la cabeza con vigor. Las Campanas Oscuras sonaron con fuerza, pero sin aquella cualidad casi sobrenatural que había atravesado la cabeza de Roland como una lanza. Y los insectos médicos, a los que Jenna llamaba *can tam*, no acudieron.

Con una sonrisa aún más amplia, que hizo pensar a Roland que ni siquiera la hermana Mary había sabido a priori que los insectos no irían, la mujer-cadáver se acercó a ellos como flotando.

—Y guarda eso —ordenó a Roland.

El pistolero bajó la mirada y vio que llevaba uno de los revólveres en la mano, aunque no recordaba haberlo desenfundado.

—A menos que esté bendecido o haya sido sumergido en el fluido sagrado de alguna secta, sangre, agua o semen, no puede hacerme daño alguno, pistolero, pues soy más sombra que sustancia... pero pese a ello tengo tanta fuerza como tú.

La hermana Mary creía que Roland intentaría matarla de un disparo, lo leía en sus ojos. «Esas pistolas son lo único que tienes —decían aquellos ojos—. Sin ellas ya puedes volver a la tienda que soñamos para ti, colgarte de las correas y esperar a que vayamos a procurarnos placer contigo.»

En lugar de disparar, Roland enfundó el revólver y se abalanzó sobre ella con las manos extendidas. La hermana Mary profirió un grito casi de sorpresa, pero no duró mucho, porque Roland le atenazó el cuello y ahogó el sonido casi de inmediato.

El tacto de su piel era obsceno, pues no parecía solo viva, sino escurridiza, multiforme, entre sus dedos, como si intentara escapar de él. La sentía fluir como líquido, una sensación espeluznante más allá de toda descripción. Pero aun así apretó más fuerte, resuelto a arrebatarse la vida.

De repente se produjo un destello azul (no en el aire, pensaría más tarde, sino en el interior de la cabeza, un único relámpago que ella provocó en su mente), y sus manos salieron despedidas hacia atrás. Por un instante, sus ojos cegados vieron profundas hendiduras mojadas en aquella carne grisácea, hendiduras que tenían la forma de su mano, pero enseguida cayó hacia atrás, chocó de espalda contra el pedregal y se golpeó la cabeza con una roca saliente, lo bastante dura para provocar un segundo relámpago, este más leve.

—No, no, no, hombre hermoso —dijo la mujer con una mueca y los terribles ojos opacos inundados de risa—. No puedes estrangularme, y por tu impertinencia acabaré contigo muy despacio, con cien cortes superficiales para

saciar mi sed poco a poco. Pero primero me ocuparé de esta muchacha impía... y de paso le quitaré las malditas campanas.

—A ver si puedes —la retó Jenna con voz temblorosa, sin dejar de sacudir la cabeza.

Las Campanas Oscuras tintineaban burlonas, provocadoras.

La sonrisa torva de Mary se desvaneció.

—Oh, por supuesto que puedo —musitó antes de abrir la boca, dejando al descubierto los colmillos relucientes a la luz de la luna, como agujas de hueso clavadas en un cojín rojo—. Puedo y...

Sobre sus cabezas se oyó un gruñido que se intensificó antes de quebrarse en una secuencia de ladridos. Mary se volvió hacia la izquierda, y en el instante antes de que la criatura saltara de la roca sobre la que estaba, Roland distinguió con toda claridad la expresión de sobresalto y perplejidad en el rostro de la Gran Hermana.

La criatura se abalanzó sobre ella, una figura negra recortada contra el firmamento estrellado, pero antes de que chocara contra la mujer y la alcanzara en el pecho entre los brazos medio alzados y le clavara los dientes en el cuello, Roland ya sabía lo que era.

Cuando la bestia la hizo caer de espaldas, la hermana Mary profirió un grito estremecedor que atravesó la cabeza de Roland como las mismísimas Campanas Oscuras. Se incorporó con la respiración entrecortada. Mientras, el ser seguía mordiéndole con las patas delanteras encajadas a ambos lados de su cabeza y las traseras plantadas sobre la pechera del sudario, donde antes se veía la rosa bordada.

Roland asió a Jenna, que miraba a la hermana tumbada en el suelo fascinada y petrificada.

—¡Vamos! —la urgió—. Antes de que decida atacarte a ti también.

El perro no les hizo caso alguno cuando Roland pasó junto a él tirando de Jenna. Por entonces ya casi había arrancado la cabeza de la hermana Mary.

Su carne parecía estar cambiando, sin duda descomponiéndose, pero fuera lo que fuere, Roland no quería presenciarlo ni que Jenna lo presenciara.

Subieron medio andando medio corriendo hasta la cumbre del barranco, y al llegar se detuvieron a recobrar el aliento a la luz de la luna, las cabezas gachas, las manos entrelazadas, la respiración entrecortada.

Los gruñidos se habían atenuado, pero aún los oían cuando la hermana Jenna alzó la cabeza y le preguntó:

—¿Qué era? Veo en tu cara que lo sabes. ¿Y cómo ha podido atacarla? Todas tenemos poder sobre los animales, pero ella tiene... tenía más poder que ninguna.

—Sobre ese no —aseguró Roland al tiempo que recordaba al desafortunado muchacho de la cama contigua.

Norman no sabía por qué los medallones mantenían a raya a las hermanas, si se debía al oro o al Dios, pero ahora Roland conocía la respuesta.

—Era un perro, solo un perro callejero. Lo vi en la plaza antes de que la gente verde me dejara inconsciente y me llevara junto a las hermanas. Supongo

que los demás animales capaces de huir huyeron, pero ese no. No tenía nada que temer de las Hermanitas de Eluria y de algún modo lo sabía. Lleva la señal del Hombre Jesús en el pecho, pelaje negro sobre pelaje blanco. Una marca de nacimiento, supongo, pero en cualquier caso, eso es lo que ha acabado con ella. Sabía que acechaba en alguna parte; lo oí ladrar un par de veces.

—¿Por qué? —susurró Jenna—. ¿Por qué ha venido? ¿Por qué se ha quedado? ¿Y por qué la ha atacado de ese modo?

Roland de Gilead respondió como siempre respondía y siempre respondería cuando se le formulaban preguntas inútiles y desconcertantes:

—*Ka*. Vamos. Nos alejaremos cuanto podamos y luego nos esconderemos en algún lugar para pasar la noche.

Resultó que pudieron alejarse unos trece kilómetros como máximo... y probablemente, pensó Roland cuando ambos se dejaron caer entre la fragante salvia bajo un saliente de roca, bastante menos. Ocho, tal vez. Era él quien los frenaba, o mejor dicho, el residuo del veneno que le habían puesto en la sopa. Cuando comprendió que no podría seguir sin ayuda, le pidió otro de los juncos, pero ella se negó, alegando que la sustancia que contenía podía combinarse con el desacostumbrado ejercicio y hacerle estallar el corazón.

—Además —prosiguió cuando estaban tumbados con la espalda apoyada contra la pared del rincón que habían encontrado—, no nos seguirán. Las que quedan, Michela, Louise y Tamra, recogerán sus cosas y se irán a otra parte. Saben cuándo ha llegado el momento de marcharse; por eso han sobrevivido tanto tiempo. Por eso hemos sobrevivido tanto tiempo. Somos fuertes en algunos aspectos, pero débiles en muchos otros. La hermana Mary olvidó ese detalle. Fue su arrogancia lo que acabó con ella en la misma medida que el perro cojo, creo.

Jenna no solo había escondido sus botas y ropa en la cima del barranco, sino también la más pequeña de sus dos bolsas. Cuando se disculpó por no haber llevado también su estera y la otra bolsa (lo había intentado, aseguró, pero pesaban demasiado), Roland le puso un dedo sobre los labios para acallarla. Le parecía un milagro haber recuperado tantas de sus pertenencias, y además (eso no lo dijo, pero tal vez Jenna ya lo sabía), los revólveres eran lo único que importaba en realidad. Las armas de su padre y del padre de su padre y así sucesivamente hasta llegar a los tiempos de Arthur Eld, cuando los sueños y los dragones aún poblaban la tierra.

—¿Estarás bien? —preguntó a Jenna en cuanto se acomodaron.

La luna se había puesto, pero faltaban al menos tres horas para el alba. Estaban envueltos en la dulce fragancia de la salvia. Era un olor violeta, pensó entonces... y también más tarde. Ya lo sentía como una alfombra mágica bajo sus pies, una alfombra que pronto lo elevaría para posarlo en brazos de Morfeo. No recordaba haber estado tan cansado en toda su vida.

—Lo ignoro, Roland.

Pero ya entonces, Roland creía que lo sabía. Su madre la había llevado de vuelta en una ocasión, pero ninguna madre volvería a hacerlo. Y había comido con las demás, había tomado la comunión de las hermanas. *Ka* era una rueda,

pero también una red de la que nadie se zafaba jamás.

Sin embargo, en ese momento estaba demasiado exhausto para pensar en tales cosas, y en cualquier caso, ¿de qué habría servido pensar? Tal como había dicho Jenna, ya había quemado sus naves. Roland suponía que aun cuando regresaran al valle, no encontrarían nada más que la cueva que las hermanas denominaban la Casa de Meditación. Las hermanas supervivientes habrían recogido su tienda de pesadillas y se habrían marchado; tan solo un tintineo de campanillas y el canto de los insectos deslizándose por la brisa de la madrugada.

Miró a la joven, levantó una mano que se le antojaba muy pesada y rozó el rizo que una vez más le invadía la frente.

Jenna rió algo avergonzada.

—Siempre se escapa. Es díscolo, como su dueña.

Levantó la mano para devolverlo a su lugar, pero Roland le asió los dedos para impedirselo.

—Es hermoso —aseguró—. Negro como la noche y hermoso como la eternidad.

Se incorporó con un enorme esfuerzo, pues la fatiga tiraba de su cuerpo como una mano suave e insistente, y le besó el rizo. Jenna cerró los ojos y suspiró. Roland advirtió que temblaba bajo sus labios. La piel de su frente estaba muy fresca, y la curva oscura del rizo díscolo era suave como la seda.

—Quítate el griñón otra vez —pidió.

Jenna obedeció sin hablar. Por un instante, Roland se limitó a contemplarla. Jenna le devolvió la mirada con expresión grave. El pistolero le acarició el cabello, sintiendo su peso sedoso, como la lluvia, pensó, como una lluvia pesada, luego apoyó las manos en sus hombros y la besó en ambas mejillas.

—¿Querías besarme como un hombre besa a una mujer, Roland? —le rogó Jenna cuando se apartó—. ¿En la boca?

—Sí.

Y tal como había imaginado cuando yacía atrapado en la sedosa enfermería, la besó en los labios. Jenna le devolvió el beso con la torpe dulzura de quien nunca ha besado, salvo tal vez en sueños. Roland pensó en hacerle el amor, pues había pasado mucho tiempo, y ella era hermosa, pero se quedó dormido mientras aún la besaba.

Soñó con el perro cojo, que corría ladrando por un inmenso paisaje despejado. Él lo seguía, deseoso de conocer el motivo de su agitación, y pronto lo descubriría. En el extremo más alejado de la llanura se alzaba la Torre Oscura, con la piedra negruzca recortada contra la bola anaranjada del sol poniente, las espeluznantes ventanas ascendiendo en espiral. El perro se detuvo al verla y empezó a aullar.

De pronto sonaron unas campanas especialmente estridentes y terribles como la perdición. Las Campanas Oscuras, sabía Roland, aunque su timbre era brillante como la plata. Con el sonido, las ventanas tenebrosas de la torre se iluminaron con un mortífero fulgor rojo, rojo de rosas envenenadas, y un grito de dolor insoportable desgarró la noche.

El sueño se disipó en un instante, pero el grito permaneció, trocándose en un gemido. Esa parte fue real, tan real como la torre que se erigía inquietante en el lugar más remoto del Mundo Final. Roland despertó a la claridad del alba y la delicada fragancia violeta de la salvia del desierto. Había desenfundado ambos revólveres y estaba de pie antes de ser del todo consciente de que estaba despierto.

Jenna había desaparecido. Sus botas estaban junto a la bolsa. Un poco más lejos, sus vaqueros yacían planos como pieles de serpiente tras la muda. Sobre ellos, la camisa, todavía metida en la cinturilla de los pantalones. Más allá, el griñón con las campanillas sobre la tierra polvorienta. Por un instante creyó que sonaban, pero estaba equivocado.

No eran las campanas, sino los insectos. Los insectos médicos. Cantaban en la salvia con un sonido parecido al de los grillos, pero mucho más dulce.

—¿Jenna?

No obtuvo respuesta... a menos que la reacción de los insectos fuera una respuesta, porque dejaron de cantar en seco.

—¿Jenna?

Nada, solo el viento y la fragancia de la salvia.

Sin pensar en lo que hacía, pues el pensamiento razonado, al igual que la interpretación, no era su fuerte, se agachó, recogió el griñón y lo agitó. Las Campanas Oscuras tintinearón.

Al principio no pasó nada, pero de repente empezaron a salir miles de diminutas criaturas negras de entre la salvia para agruparse en la tierra agrietada. Roland recordó el batallón que había visto desfilar por el costado de la cama del mercader y retrocedió un paso, aunque enseguida se quedó en su posición, igual que los insectos.

Creía entender lo que estaba sucediendo. Parte de la comprensión se derivaba del recuerdo del tacto de la piel de la hermana Mary entre sus dedos... aquella sensación de multiformidad, no de una sola cosa, sino de muchas. Y en parte se debía a lo que Jenna le había dicho. «He comido con ellas.» Tal vez aquellas criaturas nunca morían... sino que cambiaban.

Los insectos temblaron, una gran nube negra que ocultaba la tierra blanca y agrietada.

Roland agitó de nuevo las campanillas. Un estremecimiento sutil sacudió la manta de insectos, que empezaron a formar una silueta. Lo que acabaron por configurar sobre la blancura de la arena entre los algodones violeta de la salvia era una de las Grandes Letras, la letra «C».

Pero en realidad no era una letra, vio el pistolero, sino un rizo.

Y entonces empezaron a cantar, y Roland tuvo la sensación de que cantaban su nombre.

Las campanillas se le escurrieron entre los dedos temblorosos, y cuando chocaron contra el suelo con un tintineo, la masa de insectos se fragmentó, y los bichos echaron a correr en todas direcciones. Pensó en reagruparlos, tal vez con las campanillas, pero ¿para qué? ¿Con qué finalidad?

«No me preguntes, Roland. Ya está hecho, ya he quemado mis naves.»

Pero había acudido junto a él una última vez, imponiendo su voluntad a mil fragmentos que deberían haber perdido la capacidad de pensamiento una vez perdida la cohesión... Pero no, había logrado pensar de algún modo, lo suficiente para crear aquella silueta. ¿Cuánto esfuerzo le habría representado?

Los insectos se dispersaron cada vez más, algunos para desaparecer entre la salvia, otros encaramándose a las paredes de un saliente rocoso, escondiéndose en todas las grietas posibles, tal vez, para esperar a que remitiera el calor abrasador del día.

Por fin no quedó ninguno. Ni tampoco Jenna.

Roland se sentó en el suelo y se cubrió el rostro con las manos. Creyó que rompería a llorar, pero el impulso cedió al cabo de unos instantes; cuando levantó de nuevo la cabeza, sus ojos seguían tan secos como el desierto al que llegaría más adelante durante su búsqueda de Walter, el hombre de negro.

«Si me espera la condenación, que sea por elección mía, no de ellas.»

Roland también estaba familiarizado con la condenación... y tenía la impresión de que su aprendizaje, lejos de haber terminado, acababa de empezar.

Jenna le había llevado la bolsa que contenía el tabaco. Roland lió un cigarrillo y se lo fumó en cuclillas. Lo fumó hasta reducirlo a una colilla incandescente mientras contemplaba la ropa vacía y recordaba la mirada firme de sus ojos oscuros, las quemaduras en sus dedos por causa del medallón. Pero pese a ello lo había recogido, porque sabía que él lo querría. Había desafiado el dolor, y gracias a ello ahora Roland llevaba ambos colgados del cuello.

Cuando el sol se elevó en el cielo, el pistolero puso rumbo al oeste. Tarde o temprano encontraría otro caballo o una mula, pero de momento se conformaba con viajar a pie. Durante todo aquel día lo persiguió un sonido, el tintineo de unas campanillas. En varias ocasiones se detuvo y miró a su alrededor, convencido de que vería una silueta oscura que lo seguía deslizándose sobre el suelo, persiguiéndolo como nos persiguen las sombras de nuestros mejores y peores recuerdos, pero no había ninguna silueta. Estaba solo en las colinas al oeste de Eluria.

Muy solo.

TODO ES EVENTUAL(***)

Un día, de repente, me asaltó una imagen muy clara de un joven arrojando monedas por la rejilla de la alcantarilla delante de la casita de las afueras en la que vivía. Era lo único que tenía, pero la imagen era tan diáfana y tan perturbadoramente extraña que no me quedó otro remedio que escribir un relato sobre ella. La redacción transcurrió sin tropiezos ni vacilaciones, lo que respalda mi teoría de que las historias son como reliquias, es decir, no cosas nuevas que creamos (y cuyo mérito podemos atribuirnos), sino objetos ya existentes que desenterramos.

I

Ahora tengo un buen trabajo y ningún motivo para sentirme deprimido. Nada de pasarme el día con esos gilipollas del supermercado Supr Savr, vigilando la zona de carros y aguantando la paliza de cabrones como Skipper. Skipper ya está criando malvas, pero una lección que he aprendido durante los diecinueve años que llevo en el planeta Tierra es no bajar la guardia, porque hay Skippers por todas partes.

Tampoco me dedico a repartir pizzas noche lluviosa tras noche lluviosa, conduciendo el viejo Ford con el silenciador estropeado, congelándome las pelotas con la ventanilla bajada y una banderita italiana sujeta a un alambre. Como si alguien en Harkerville fuera a saludarla. Pizza Roma, propinas irrisorias de gente que ni te ve, porque tienen la mente ocupada en el partido de fútbol que dan en la tele. Creo que repartir pizzas para Pizza Roma fue lo peor. Desde entonces ha llovido tanto que incluso he ido en avión privado, así que no está mal.

—Eso es lo que te pasa por dejar la escuela sin sacarte el título —me regañaba mamá durante mi época de repartidor, o bien—: Esto es lo que te espera durante el resto de tu vida.

Ay, la pobre mamá. Me chinchaba y me chinchaba, hasta el punto de que llegué a pensar en escribirle una de aquellas cartas especiales. Como ya he dicho, aquel período fue el peor. ¿Saben lo que me dijo el señor Sharpton aquella noche en su coche?

—No es solo un empleo, Dink, es una aventura, joder.

Y tenía razón. Se equivocara en lo que se equivocase, en eso tenía razón.

Supongo que se preguntarán qué salario percibo en el empleo de marras. Bueno, pues debo confesar que no mucho, más vale reconocerlo de entrada. Pero en el trabajo no solo se trata de dinero ni de subir, eso fue lo que me dijo el señor Sharpton. El señor Sharpton afirmaba que los mejores trabajos son aquellos que reportan beneficios colaterales, pues en ellos reside el auténtico poder.

El señor Sharpton. Solo lo vi esa vez, sentado al volante de su viejo y enorme Mercedes Benz, pero a veces, una sola vez basta.

Pueden tomarse este comentario como quieran. Como les dé la gana.

II

Tengo una casa, ¿vale? Una casa propia. Eso es el beneficio colateral número uno. A veces llamo a mamá, le pregunto cómo tiene la pierna mala, charlo un rato con ella, pero nunca la he invitado a venir, pese a que Harkerville solo está a poco más de cien kilómetros de aquí y sé que se muere de curiosidad. Ni siquiera tengo que ir a visitarla si no me apetece, y casi nunca me apetece. Si conocieran a mi madre, tampoco a ustedes les apetecería sentarse con ella en ese salón mientras parlotea sin cesar sobre todos sus parientes y se queja de la pierna hinchada. Además, nunca me había dado cuenta de cuánto olía aquella casa a mierda de gato hasta que me fui de allí. Nunca tendré animales domésticos. Los animales domésticos son un auténtico coñazo.

Por lo general me quedo en casa. Tiene solo un dormitorio, pero aun así es genial. Eventual, como decía Pug.* Era el único tipo del súper que me caía bien. Cuando quería decir que algo estaba muy bien, Pug nunca decía que era genial, como casi todo el mundo, sino eventual. ¿Les parece raro? Ay, el viejo Pugmeister. Me pregunto qué tal estará. Bien, supongo. Pero no puedo llamarle para asegurarme. Puedo llamar a mi madre y tengo un número de emergencia por si algo sale mal o me da la sensación de que alguien está metiendo las narices donde no le importa, pero no puedo llamar a ninguno de mis viejos amigos... como si a alguien aparte de Pug le importara un comino Dinky Earnshaw. Normas del señor Sharpton.

* A lo largo de todo este relato el autor juega con el doble significado de *eventual* en inglés, que podría traducirse tanto como «eventual» como por «definitivo», «total» diríamos nosotros en este caso. (*N. de la E.*)

Pero dejemos este tema y volvamos a mi casa de Columbia City. ¿A cuántos chavales de diecinueve años que no han acabado la escuela conocéis que tengan casa propia? ¿Y coche nuevo? Vale, no es más que un Honda, pero los primeros tres dígitos del cuentakilómetros marcan cero, y eso es lo que importa. Tiene radiocasete y *compact*, y nunca me siento al volante con la duda de si arrancará o no, como siempre me pasaba con el Ford, del que Skipper siempre se burlaba, por cierto. El Capullomóvil, lo llamaba. ¿Por qué hay tantos Skippers en el mundo? Eso es lo que me gustaría saber.

Ah, y algo sí que me pagan, que conste. Más que suficiente para cubrir mis necesidades. Fijaos. Cada día a la hora de la comida miro *As the World Turns*, y los jueves, a medio capítulo, oigo un golpeteo en el buzón. No hago nada, tal como me han ordenado.

—Son las normas, Dink —me advirtió el señor Sharpton.

Así que sigo mirando la serie. Las cosas más emocionantes de los culebrones siempre pasan en los alrededores del fin de semana, asesinatos los viernes, polvos los lunes, pero yo miro todos los capítulos hasta el final, sobre

todo los jueves. Los jueves ni siquiera voy a la cocina para pillar otro vaso de leche. Cuando acaba el culebrón, apago la tele un rato, porque ponen el programa de Oprah Winfrey, y lo odio, eso de las tertulias y los debates es para los gilipollas del mundo, y salgo al recibidor.

En el suelo, bajo la ranura del buzón, siempre hay un sobre blanco liso y sellado. No hay nada escrito en él. Contiene catorce billetes de cinco dólares o siete de diez. Y así es como me lo gasto. Voy al cine dos veces, siempre por la tarde, cuando solo cuesta cuatro dólares y medio, o sea nueve en total. Los sábados lleno el depósito de gasolina, lo que suele costar otros siete. No lo conduzco mucho. Como diría Pug, no lo invierto todo en ello. Llevamos unos dieciséis. Voy unas cuatro veces a McDonald's, bien a la hora del desayunar (Huevo McMuffin, café y dos tortas de patatas y cebolla) o para cenar (Cuarto de Libra con Queso, nada de McNíficos, ya quisiera yo saber quién cono se inventó esos bocatas). Una vez a la semana me pongo pantalones de vestir y camisa para ver cómo vive la otra mitad, o sea, que voy a comer a lo grande en algún sitio finolis como el Adam's Ribs o el Chuck Wagon. Eso me sale por unos veinticinco pavos, así que llevamos cuarenta y uno. A veces paso por el News Plus y me compro un par de revistas verdes, nada estrafalario, solo cosas como el *Variations* o el *Penthouse*. He intentado anotar las revistas en el TABLÓN DE DINKY, pero sin éxito. Puedo comprarlas yo mismo y no desaparecen los días de limpieza ni nada de eso, pero no «aparecen» sin más, ya saben a qué me refiero, como casi todas las demás cosas. Supongo que a los limpiadores del señor Sharpton no les gusta comprar cosas sucias (vaya, un juego de palabras). Tampoco puedo pillar nada de sexo en internet. Lo he intentado, pero está bloqueado. Por lo general, esos bloqueos son fáciles de burlar, vas y rodeas los obstáculos si no puedes derribarlos, pero este es distinto.

No es que pretenda ponerme pesado con el asunto, pero tampoco puedo marcar números eróticos. El marcado automático funciona, por supuesto, y si quiero llamar a alguien al azar en cualquier parte del mundo y charlar un rato, no pasa nada, puedo hacerlo. Pero los números eróticos no; siempre comunican. Mejor así, supongo. Sé por experiencia que pensar en el sexo es como rascarse el eccema de las ortigas; no haces más que propagar la lesión. Además, el sexo no es para tanto, al menos para mí. Está ahí, pero no es eventual. Aun así, teniendo en cuenta a qué me dedico, ese detalle de mojjigatería resulta un poco extraño. Casi gracioso... si no fuera porque ya no me hace gracia. Ni eso ni casi nada, de hecho.

En fin, volvamos al presupuesto.

Si me compro un número de *Variations*, son cuatro dólares más, lo que nos sitúa en cuarenta y cinco. A veces empleo parte del dinero restante en comprarme un *compact*, aunque no necesariamente, o un par de chokolatinas, aunque no debería, porque aún me salen espinillas a pesar de estar a punto de abandonar la adolescencia. De vez en cuando me entran ganas de pedir una pizza o comida china, pero eso va contra las reglas de TransCorp. Además me resultaría raro, como si hacerlo me convirtiera en un miembro de la clase opresora. No olviden que pasé un tiempo repartiendo pizzas y sé que es una

mierda de trabajo. De hecho, si pudiera hacerme traer una pizza, el repartidor no se iría con una propina de rácano, sino con una bonificación más que generosa. Seguro que se le iluminaría la cara.

Empiezan a comprender a qué me refiero con lo de que no necesito mucho efectivo, ¿eh? Los jueves por la mañana suelen quedarme todavía unos ocho dólares de la anterior y a veces hasta veinte. Lo que hago con las monedas es arrojarlas por la rejilla del desagüe que tengo delante de casa. Soy consciente de que los vecinos alucinarían si me vieran hacerlo (no acabé la escuela, pero no porque fuera imbécil, que conste), así que saco la cesta azul de reciclaje llena de periódicos y a veces una *Variations* o una *Penthouse* enterrada entre ellos, porque no me gusta tener esas cosas mucho tiempo en casa, como a todo el mundo, y cuando la dejo en la acera, abro la mano en la que llevo las monedas y las tiro por la rejilla. Cline clinc clinc splash, como un truco de magia. Ahora lo ves, ahora no lo ves. Algún día se obstruirá el desagüe, enviarán a algún tipo para arreglarlo y se creará que le ha tocado la lotería, a menos que haya una inundación y las monedas vayan a parar a la depuradora o a donde sea. Por entonces ya me habré largado. No tengo intención de pasarme la vida entera en Columbia City, eso seguro. Me voy a largar, y pronto. Como sea.

Los billetes son menos problemáticos. Me limito a meterlos en la trituradora de basura del fregadero. Otro truco de magia, nada por aquí, nada por allá, dinero convertido en lechuga. Sin duda piensan que es muy raro eso de triturar dinero en el fregadero. Al principio, a mí también me lo parecía, pero uno se acostumbra a cualquier cosa después de hacerlo durante un tiempo, y además, cada jueves me caen setenta pavos más. La norma es bien sencilla. Nada de guardarlo; tengo que acabar la semana sin blanca. Y no hablamos de millones precisamente, solo de ocho o diez dólares por semana. Una minucia.

III

El TABLÓN DE DINKY: he aquí otro beneficio colateral. Durante la semana anoto en él todo lo que quiero y me dan todo lo que pido, a excepción de las revistas eróticas, como ya he dicho. Puede que algún día acabe aburriéndome el asunto, pero de momento es como tener a Santa Claus en exclusiva todo el año. Casi todo lo que pido son provisiones, como quien escribe la lista de la compra en la pizarra de la compra, pero no solo eso, desde luego.

A veces escribo «Último vídeo de Bruce Willis» o «Último *compact* de Weezer», cosas así. Una curiosidad sobre el *compact* de Weezer, ya que hablamos del tema. Un viernes, al salir del cine (siempre voy a la sesión del viernes por la tarde, aunque no den nada que me apetezca ver, porque es cuando los limpiadores van a mi casa), fui a la tienda de discos Toones Xpress para matar el tiempo porque llovía, de modo que no podía ir al parque, y mientras echaba un vistazo a las novedades, un chaval preguntó al dependiente por el nuevo *compact* de Weezer. El dependiente le contestó que no saldría hasta al cabo de unos diez días, pero yo lo tenía desde el viernes anterior.

Beneficios colaterales, lo dicho.

Si escribo «camisa sport» en el TABLÓN, ahí me la encuentro el viernes por la noche cuando vuelvo a casa, siempre en uno de los colores tierra que tanto me gustan. Si anoto «vaqueros nuevos» o «pantalones de vestir», me los traen. Siempre de The Gap, que es adonde iría yo si tuviera que comprarme ropa. Si quiero una marca determinada de *aftershave* o colonia, escribo el nombre en el TABLÓN DE DINKY y me lo encuentro en el baño cuando llego a casa. No salgo con chicas, pero la colonia me vuelve loco. Vete a saber por qué.

Esto les hará mucha gracia, seguro. Una vez escribí «Cuadro de Rembrandt» en el TABLÓN. Me pasé toda aquella tarde en el cine y de paseo por el parque, mirando a las parejas que se daban el lote y los perros atrapando *frisbees* mientras pensaba lo eventual que sería si los limpiadores me trajeran un Rembrandt de verdad. Imagínenselo, un maestro holandés auténtico en la pared de una casa en el barrio de Sunset Knoll de Columbia City. Eso sería pero que muy eventual.

Y en cierto modo, sucedió. Tenía un Rembrandt colgado en la pared del salón al llegar a casa, sobre el sofá, donde antes estaban los payasos de terciopelo. El corazón me iba a mil mientras cruzaba la habitación hacia él. Y cuando estuve ante él vi que era una copia... ya saben, una reproducción. Me decepcionó un poco, pero no mucho. Al fin y al cabo era un Rembrandt, aunque no original.

En otra ocasión escribí «Foto de Nicole Kidman con autógrafo». En mi opinión es la actriz viva más guapa del mundo, me pone a cien. Y al llegar a casa vi una foto publicitaria suya sujeta a la puerta del frigorífico con dos imanes en forma de verduras. La mostraba en el trapecio de *Moulin Rouge*. Y esa vez no había trampa; lo sé por la dedicatoria: «A Dinky Earnshow con cariño y besos de Nicole».

Oh, cariño. Oh, amor mío.

Les diré una cosa, amigos. Si me lo currara y realmente quisiera, quizá algún día consiguiera tener un Rembrandt auténtico colgado de la pared. ¿Por qué no? En un trabajo como este, lo único que puedes hacer es subir. En cierto modo, eso es lo que acojona.

IV

Nunca tengo que confeccionar listas de la compra. Los limpiadores saben lo que me gusta. Platos congelados marca Stouffer, sobre todo esas bolsas instantáneas de eso que llaman ternera mechada a la crema y que mamá llamaba una mierda pinchada en un palo, fresas congeladas, leche entera, hamburguesas precocinadas que solo hay que calentar en la sartén (detesto manipular carne cruda), natillas Dole, de esas que vienen en copas de plástico, fatales para el cutis, pero me encantan... Es decir, cosas sencillas. Si quiero algo especial, tengo que anotarlo en el TABLÓN DE DINKY.

Una vez pedí tarta de manzana casera, que sobre todo no fuera del supermercado, y al llegar a casa cuando ya anochece, tenía la tarta en la nevera junto con las demás provisiones de la semana. Solo que no estaba envuelta, sino

descubierta sobre un plato azul, por eso supe que era casera. Al principio me dio un poco de cosa comérmela, porque no sabía de dónde había salido ni nada, pero al final decidí que era una chorrada. Tampoco sabemos de dónde sale en realidad la comida del supermercado. Suponemos que está bien porque viene envuelta, enlatada o «con doble cierre para su seguridad», pero cualquiera podría haberla manipulado con las manos sucias antes de ponerle el doble cierre o estornudar miles de virus sobre ella o incluso limpiarse el culo con ella. No pretendo asquearles, pero es cierto, ¿no? El mundo está lleno de desconocidos, y muchos de ellos llevan «malas intenciones». Lo sé por experiencia, créanme.

La cosa es que probé la tarta y estaba deliciosa. Me comí la mitad el viernes por la noche y el resto el sábado por la mañana, mientras buscaba destinatarios en Cheyenne, Wyoming. Pasé casi toda la noche del sábado en el baño, cagando hasta la primera papilla de tantas manzanas que había comido, pero me daba igual. Había merecido la pena. «Como la de mamá», suele decir la gente, pero no pueden referirse a la mía. Mi madre no sabía ni hacer un huevo frito.

V

Tampoco tengo que apuntar la ropa interior en el TABLÓN. Cada cinco semanas más o menos, los calzoncillos viejos desaparecen y en su lugar me encuentro bóxers Hanes nuevecitos, cuatro paquetes de tres sin abrir. Con doble cierre para mi seguridad, ja, ja. Papel higiénico, detergente, lavavajillas... No tengo que apuntar ninguna de esas cosas. Simplemente, aparecen.

Muy eventual, ¿no les parece?

VI

Nunca he visto a los limpiadores, como tampoco he visto al tipo (aunque tal vez sea una mujer) que me trae los setenta pavos cada jueves durante *As the World Turns*. A decir verdad, nunca siento deseos de verlos. En primer lugar, no me hace ninguna falta, y en segundo, para qué nos vamos a engañar, les tengo miedo, como le tuve miedo al señor Sharpton en su gran Mercedes gris la noche en que me reuní con él. Qué se le va a hacer.

Los viernes no como en casa. Miro el capítulo correspondiente de *As the World Turns*, luego cojo el coche y me voy al centro. Pillo una hamburguesa en McDonald's, voy al cine y luego al parque si hace buen tiempo. Me gusta ir al parque; es un buen lugar para pensar, y últimamente tengo mucho en que pensar.

Si hace mal tiempo, voy al centro comercial. Ahora que los días empiezan a acortarse, estoy pensando en volver a jugar a los bolos. Al menos me daría algo que hacer los viernes por la tarde. Antes iba de vez en cuando con Pug.

Echo de menos a Pug. Me gustaría poder llamarlo para charlar un poco, contarle las novedades. Como lo de ese Neff, por ejemplo.

En fin, a lo hecho, pecho.

Durante mi ausencia, los limpiadores repasan mi casa de pared a pared y

de suelo a techo. Friegan los platos, aunque a mí se me da bastante bien, limpian los suelos, hacen la colada, cambian las sábanas, ponen toallas limpias, abastecen la nevera, toman nota de lo que haya escrito en el TABLÓN... Es como vivir en un hotel con el servicio de habitaciones más eficiente, por no decir eventual, del mundo.

El único sitio que dejan bastante en paz es el estudio que hay junto al salón. Por lo general lo mantengo casi a oscuras, con las persianas bajadas, y nunca las han subido para dejar entrar siquiera un poco de luz, como hacen en el resto de la casa. Allí nunca huele a detergente al limón, mientras que todas las demás habitaciones apestan a eso los viernes por la noche. A veces es tan exagerado que me dan ataques de estornudos. No es alergia, sino una reacción de protesta nasal.

Alguien pasa la aspiradora y vacía la papelera, pero nunca tocan los papeles que tengo sobre la mesa, por muy abarrotada y desordenada que esté. Una vez puse un trocito de celo donde se abre el cajón del escritorio, pero lo encontré en el mismo sitio y entero al volver aquella noche. No es que guarde secretos de Estado en ese cajón, entiéndanme, pero sentía curiosidad.

Asimismo, si dejo el ordenador y el módem encendidos cuando me marchó, siguen encendidos cuando vuelvo, con alguno de los salvapantallas en el monitor, por lo general el de la gente haciendo cosas tras las cortinas de un bloque de pisos, porque es mi favorito. En cambio, si los apago antes de salir, me los encuentro apagados. Los limpiadores no enredan en el estudio de Dinky.

Puede que los limpiadores también me tengan un poco de miedo a mí.

VII

Recibí la llamada que cambiaría mi vida justo cuando creía que la combinación de mamá y el empleo en Pizza Roma acabaría conmigo. Sé que suena melodramático, pero en este caso es cierto. Me llamaron en mi noche libre. Mamá había ido con sus amigas al bingo de la Reserva; todas ellas estarían fumando como carreteros y, sin duda, riendo como locas cada vez que la empleada del bingo sacaba el B-12 del bombo y exclamaba: «Muy bien, señoras, hora de tomar las vitaminas». Yo estaba viendo una película de Clint Eastwood en el canal TNT y deseando estar en cualquier otro rincón del planeta Tierra, aunque fuera Saskatchewan.

Cuando sonó el teléfono me alegré, creyendo que era Pug, tenía que ser Pug, y por eso al descolgar dije con voz aterciopelada:

—Ha llamado a la Iglesia de Cualquier Eventualidad, sección de Harkerville, al habla el reverendo Dink.

—Hola, señor Earnshaw —repuso una voz.

No la había oído en mi vida, pero no pareció desconcertada por mi estrafalario saludo. Sin embargo, yo me desconcerté por los dos. ¿Alguna vez se han dado cuenta de que, cuando hacen alguna tontería semejante por teléfono, como intentar hacerse el gracioso, nunca llama la persona que esperaban? Una vez me hablaron de una chica que contestó al teléfono y dijo: «Hola, soy Helen

y quiero que me eches un polvo salvaje» porque estaba convencida de que era su novio, pero resultó que era su padre. Sin duda es una historia inventada, como la de los cocodrilos en las alcantarillas de Nueva York (o las cartas que salen en *Penthouse*), pero ya me entienden.

—Vaya, lo siento —farfullé, demasiado avergonzado para preguntarme cómo sabía el dueño de aquella voz desconocida que el reverendo Dink era también el señor Earnshaw, de nombre completo Richard Ellery Earnshaw—. Creía que era otra persona.

—Soy otra persona —aseguró la voz.

Entonces no me reí, pero sí más tarde. Desde luego, el señor Sharpton era otra persona, decidida y eventualmente otra persona.

—¿En qué puedo ayudarle? —pregunté—. Si quiere hablar con mi madre, tendrá que dejar recado, porque está...

—... en el bingo, lo sé. Pero es con usted con quien quiero hablar, señor Earnshaw. Quiero ofrecerle un empleo.

Me sorprendí tanto que por un instante no dije nada. Pero entonces lo entendí. Era una de esas estafas telefónicas.

—Ya tengo trabajo, lo siento.

—¿Repartiendo pizzas? —replicó la voz en tono divertido—. Bueno, si a eso lo llama trabajo...

—¿Quién es usted, señor? —quise saber.

—Me llamo Sharpton. Y ahora permítame que «corte el rollo», como diría usted, señor Earnshaw. Dink. ¿Puedo llamarlo Dink?

—Cómo no —accedí—. ¿Puedo llamarlo Sharpie?

—Llámeme como quiera, pero escuche.

—Estoy escuchando.

Y era cierto. ¿Por qué no? La peli que daban era *La jungla humana*, no precisamente la obra maestra de Clint.

—Voy a hacerle la mejor oferta de trabajo que ha recibido en su vida y que probablemente recibirá jamás. No es solo un empleo, Dink, es una aventura.

—Vaya, ¿dónde he oído yo eso antes?

Tenía una fuente de palomitas sobre el regazo y en ese momento me metí un puñado en la boca. Aquello se estaba poniendo divertido.

—Otros prometen, yo cumplo. Pero deberíamos sostener esta conversación en persona. ¿Estaría dispuesto a reunirse conmigo?

—¿Es usted marica? —pregunté.

—No —repuso el hombre con un leve toque de humor, lo bastante leve para resultar creíble; además, yo ya estaba en desventaja por hacerme el listillo al coger el teléfono—. Mi orientación sexual no tiene nada que ver.

—Entonces, ¿por qué me toma el pelo? No conozco a nadie que llame a las nueve y media de la noche para ofrecerme trabajo.

—Hágame un favor. Deje el teléfono y vaya a mirar al recibidor.

Cada vez más demencial. Pero no tenía nada que perder, así que obedecí y encontré un sobre en el suelo del recibidor. Alguien lo había pasado por la ranura del buzón mientras yo veía a Clint Eastwood perseguir a Don Stroud por

Central Park. El primer sobre de muchos, aunque por entonces no lo sabía, claro. Lo abrí, y de su interior cayeron siete billetes de diez dólares y una nota.

«¡Esto puede ser el principio de una gran carrera!»

Volví al salón sin dejar de mirar el dinero. ¿Comprenden lo flipado que estaba? Tanto que estuve a punto de sentarme sobre las palomitas. Vi el cuenco en el último momento, lo hice a un lado y me dejé caer de nuevo en el sofá. Cogí el teléfono medio esperando que Sharpton hubiera colgado, pero no era así.

—¿De qué va todo esto? —quise saber—. ¿A qué vienen los setenta pavos? Me los voy a quedar, pero no porque considere que le debo nada. Yo no le he pedido nada, que conste.

—El dinero es todo suyo —aseguró Sharpton—, sin compromisos. Pero le voy a contar un secreto, Dink... Los mejores trabajos son los que reportan beneficios colaterales, porque en ellos reside el auténtico poder.

—Si usted lo dice.

—Lo digo. Y lo único que le pido es que se reúna conmigo para saber más cosas. Le haré una oferta que le cambiará la vida si la acepta, que le abrirá las puertas a una nueva vida, de hecho. Después de oír mi oferta, podrá hacerme tantas preguntas como quiera. Sin embargo, para ser sincero le diré que seguramente no obtendrá todas las respuestas que desearía.

—¿Y si decido pasar?

—Pues le estrecharé la mano, le daré una palmadita en la espalda y le desearé buena suerte.

—¿Cuándo quiere quedar?

Una parte de mí... la mayor parte de mí, en realidad, aún creía que era una broma, pero ya empezaba a formarse una opinión minoritaria en algunos rincones de mi mente. Para empezar estaba el dinero, equivalente a dos semanas de propinas como repartidor de Pizza Roma, y eso si el negocio marchaba bien. Pero sobre todo se debía a su forma de hablar; daba la impresión de haber ido a la universidad, y no me refiero a la Universidad Rural Culo de Vaca de Van Drusen, precisamente. Además, ¿qué podía perder? Desde que Skipper sufriera el accidente, no había nadie en el planeta Tierra con ganas de ir a por mí de forma que resultara peligroso o doloroso. Bueno, estaba mamá, claro, pero su única arma era la boca... y lo cierto es que no le iban demasiado las putadas sofisticadas. Y la verdad, no me la imaginaba renunciando a setenta dólares, al menos mientras existiera algún bingo en las inmediaciones.

—Esta noche —repuso—. Ahora mismo, de hecho.

—Vale, ¿por qué no? Pase cuando quiera. Supongo que si puede meterme un sobre lleno de billetes de diez en el buzón, no hará falta que le dé la dirección.

—No quiero que nos veamos en su casa. Nos reuniremos en el aparcamiento del supermercado Supr Savr.

El estómago me dio un vuelco y se desplomó como un ascensor con los cables cortados; la conversación había perdido toda la gracia de repente. Tal vez todo aquello era una trampa, algo relacionado con la pasma, incluso. Me dije que nadie podía saber lo de Skipper, y mucho menos la pasma, pero por el amor

de Dios. Estaba la carta. Skipper podía haberla dejado tirada por cualquier parte. No contenía nada que nadie pudiera descifrar, excepto el nombre de la hermana de Skipper, y hay millones de Debbies en el mundo, al igual que nadie habría podido descifrar lo que escribí en la acera delante del jardín de la señora Bukowski... o eso creía yo antes de que sonara el puto teléfono. En cualquier caso, no había forma de estar completamente seguro. Y ya saben lo que dicen de las conciencias intranquilas. No es que me sintiera del todo culpable por lo de Skipper, por aquel entonces no, pero aun así...

—El Supr Savr es un sitio un poco raro para una entrevista de trabajo, ¿no le parece? Sobre todo teniendo en cuenta que está cerrado desde las ocho.

—Por eso es genial, Dink. Intimidación en un lugar público. Aparcaré justo al lado de la zona de carros. Identificará el coche enseguida; es un Mercedes gris muy grande.

—Lo identificaré enseguida porque será el único coche aparcado allí —repliqué, pero Sharpton ya había colgado.

Colgué a mi vez y me guardé el dinero sin apenas darme cuenta de lo que hacía. Tenía el cuerpo entero húmedo de sudor. La voz del teléfono quería reunirse conmigo junto a la zona de carros, donde Skipper se metía conmigo tan a menudo. Donde una vez me había aplastado los dedos entre dos carros, echándose a reír cuando grité de dolor. Es lo que más duele, que te aplasten los dedos. Dos de las uñas se me pusieron negras y se me cayeron. Fue entonces cuando decidí probar con la carta. Y los resultados fueron increíbles. Aun así, si Skipper Brannigan tenía un fantasma, la zona de carros sería sin duda su guarida predilecta, donde acecharía en busca de víctimas a las que atormentar. La voz del teléfono no podía haber elegido el sitio al azar. Intenté convencerme a mí mismo de que era una chorrada, de que las coincidencias eran el pan de cada día, pero no me lo creía. El señor Sharpton sabía lo de Skipper; lo sabía.

Me daba miedo encontrarme con él, pero por lo visto no tenía alternativa. Al menos tenía que averiguar cuánto sabía y a quién podía contárselo.

Así pues, me levanté, cogí el abrigo (estábamos a principios de primavera y por las noches hacía frío; aunque la verdad, da la impresión de que en el oeste de Pensilvania siempre hace frío por las noches), me dirigí hacia la puerta y en el último momento volví al salón para dejarle una nota a mamá. «He ido a ver a un par de tipos —escribí—. Estaré de vuelta a medianoche.» Tenía intención de volver mucho antes de medianoche, pero la nota me pareció buena idea. Por entonces no me pensé demasiado en la razón por la que me pareció buena idea, pero ahora sí: Si me sucedía algo, algo malo, quería asegurarme de que mamá llamaba a la policía.

VIII

Existen dos clases de miedo, al menos esa es mi teoría. Miedo televisivo y miedo real. En mi opinión, nos pasamos casi toda la vida sintiendo miedo televisivo, como cuando esperamos los resultados de unos análisis o volvemos de la biblioteca de noche pensando en que hay chorizos acechando entre los

arbustos. Esas cosas no nos infunden miedo real, porque sabemos en el fondo del corazón que los análisis habrán salido bien y que no hay chorizos entre los arbustos. ¿Por qué? Porque esas cosas solo pasan en la tele.

Cuando vi el gran Mercedes Gris, el único coche aparcado en un acre a la redonda, me asusté de verdad por primera vez desde el asunto con Skipper Brannigan en el almacén. Fue la vez que más cerca estuvimos de darnos de hostias.

El carro del señor Sharpton estaba bañado en la luz amarilla de las farolas de vapor de mercurio. Era un trasto alemán viejo y enorme, al menos un 450 o más bien un 500, la clase de coche que cuesta ciento veinte de los grandes hoy en día. Estaba allí, junto a la zona de carros (casi vacía a aquellas horas, ya que todos los carros, salvo uno cojo de tres ruedas, estaban guardados a buen recaudo hasta la mañana siguiente), con las luces de posición encendidas y una columna de humo blanco elevándose hacia el cielo. El motor ronroneaba como un gato soñoliento.

Conduje hacia él con el corazón latiendo despacio, pero con fuerza, y un sabor metálico en la garganta. Sentía deseos de pisar a fondo el acelerador de mi Ford, que en aquella época olía a pizza de salchichón, y largarme de allí, pero no podía desterrar la idea de que el tipo sabía lo de Skipper. Podía repetirme una y otra vez que no había nada que saber, que Charles Skipper Brannigan había sufrido un accidente o se había suicidado, la policía no lo sabía con certeza (sin duda no lo conocían demasiado bien, ya que de lo contrario habrían desechado de inmediato la idea del suicidio; los tipos como Skipper no se suicidan, al menos a los veintitrés años), pero eso no impedía que mi vocecilla interior insistiera en que estaba metido en un lío, que alguien lo había descubierto, que alguien había encontrado la carta y descubierto el pastel.

La voz no tenía la lógica de su parte, ni falta que le hacía, porque sí tenía buenos pulmones, mucho más ruidosos que la lógica. Aparqué al lado del Mercedes y bajé la ventanilla. En el mismo momento, la ventanilla del conductor del Mercedes se bajó también. El señor Sharpton y yo nos miramos, como dos viejos amigos encontrándose para cenar.

No recuerdo gran cosa de él, lo cual es extraño teniendo en cuenta la cantidad de tiempo que me he pasado pensando en él desde entonces, pero así es. Solo me acuerdo de que era delgado y llevaba traje. Un traje de calidad, me parece, aunque calibrar esas cosas nunca ha sido mi fuerte. En cualquier caso, el traje me tranquilizó un poco. Supongo que, inconscientemente, me parecía que el traje significaba que el negocio era serio y que los vaqueros y las camisetas auguraban timo seguro.

—Hola, Dink —saludó—. Soy el señor Sharpton. Suba a mi coche.

—¿Qué tal si nos quedamos como estamos? —repliqué—. Podemos hablar a través de las ventanillas. La gente lo hace cada dos por tres.

El señor Sharpton se me quedó mirando sin decir nada, y al cabo de unos segundos apagué el motor del Ford y bajé. No sé muy bien por qué, pero lo hice. Estaba más asustado que nunca. Asustado de verdad. De verdad de la buena. Quizá por eso podía conseguir que hiciera lo que él quisiese.

Me quedé entre el coche del señor Sharpton y el mío durante un minuto, mirando la zona de carros y pensando en Skipper. Era alto, con el cabello rubio y ondulado peinado hacia atrás. Tenía la cara llena de granos y los labios muy rojos, como una chavala con lápiz de labios.

—Eh, Dinky, enséñame tu minga —decía, o—: Eh, Dinky, ¿por qué no me chupas la minga?

Ya saben, mierdas así. A veces, cuando recogíamos los carros, me perseguía con uno, dándome en los talones mientras gritaba «Bruuumm, bruumm» como un puto coche de carreras. En un par de ocasiones me derribó. En el descanso para cenar, si me ponía la comida sobre el regazo, chocaba contra mí muy fuerte para ver si podía tirar algo al suelo. Estoy seguro de que se hacen una idea. Era como si no hubiera llegado a superar las ideas infantiles de lo que les hacía gracia a los niños aburridos que se sentaban en la última fila a la hora del castigo.

Yo siempre me recogía el pelo en una cola para ir a trabajar, porque las normas del supermercado ordenaban que te lo recogieras si lo llevabas largo, y a veces Skipper se me acercaba por la espalda, cogía la cinta elástica y tiraba de ella. A veces se me enredaba en el pelo y me arrancaba un montón, y a veces se rompía y me daba en el cuello. La cosa llegó al punto de que me metía dos o tres cintas de repuesto antes de salir de casa. Intentaba no pensar por qué lo hacía, por qué me dejaba avasallar de aquella forma, porque si pensaba en ello sin duda acabaría odiándome a mí mismo.

Una vez, cuando me hizo eso, me di la vuelta, y debió de ver algo en mi expresión, porque la sonrisa burlona se le borró de la cara para dar paso a otra distinta. La sonrisa burlona no dejaba al descubierto los dientes, pero la nueva sí. Eso pasó en el almacén, cuya pared norte siempre estaba fría porque daba a la cámara frigorífica de la carne. Skipper levantó las manos y cerró los puños. Los demás, sentados por ahí para comer, no iban a ayudarme, de eso estaba seguro. Ni siquiera Pug, que apenas mide metro sesenta y pesa unos cincuenta kilos. Skipper se lo habría comido de un bocado, y Pug lo sabía.

—Vamos, caraculo —masculló Skipper con aquella sonrisa.

La cinta elástica que me había arrancado colgaba rota entre dos de sus nudillos, como la lengua roja de una lagartija.

—Venga, ¿quieres pelear conmigo? Pues adelante, vamos a pelear.

Lo que quería era preguntarme por qué me había elegido a mí, por qué me la tenía jurada precisamente a mí o ya puestos, por qué tenía que tenérsela jurada a alguien. Pero no habría sabido qué contestar; los tipos como Skipper nunca saben qué contestar a semejantes preguntas. Lo único que quieren es arrancarte los dientes. Así que me senté de nuevo y cogí el bocadillo. Si me peleaba con Skipper, lo más probable era que acabara en el hospital. Empecé a comer, aunque ya no tenía hambre. Skipper se me quedó mirando, y por un momento creí que me atacaría de todos modos, pero por fin abrió los puños. La cinta elástica partida cayó al suelo junto a la caja aplastada de lechugas.

—Desgraciado —murmuró—. Maldito hippie melenudo de mierda.

Y dicho aquello se alejó. Apenas unos días más tarde me pilló los dedos

entre dos carros, y pocos días después yacía sobre el forro de satén de un ataúd en la iglesia metodista mientras sonaba música de órgano. Pero se lo buscó él solo. Al menos eso era lo creía entonces.

—¿Le trae recuerdos? —preguntó el señor Sharpton, arrancándome de mi ensimismamiento.

Seguía de pie entre mi coche y el suyo, junto a la zona de carros en la que Skipper nunca volvería a aplastarle los dedos a nadie.

—No sé a qué se refiere.

—Da igual. Suba al coche, Dink, y hablemos un poco.

Abrí la portezuela del Mercedes y entré. Joder, qué olor. A cuero, pero no solo eso. ¿Se acuerdan de la carta del Monopoly para salir de la cárcel sin fianza? Cuando uno es lo bastante rico para poder comprarse un coche que huele como el Mercedes gris del señor Sharpton, tiene que tener una tarjeta para salir de cualquier cosa sin fianza.

Respiré hondo, contuve el aliento un momento, lo exhalé y por fin hablé.

—Esto es eventual.

El señor Sharpton se echó a reír, y sus mejillas rasuradas relucían a la luz del salpicadero. No preguntó a qué me refería, porque ya lo sabía.

—Todo es eventual, Dinky —aseguró—. O puede serlo, en cualquier caso, para la persona adecuada.

—¿Usted cree?

—Lo sé —afirmó sin atisbo de duda.

—Me gusta su corbata —elogié por decir algo, aunque además era cierto.

No era lo que yo habría llamado una corbata eventual, pero estaba bien. ¿Sabían esas corbatas con estampado de calaveras, dinosaurios, palos de golf y cosas por el estilo? Pues la del señor Sharpton tenía un estampado de espadas, cada una de ellas sostenida por una mano firme.

El señor Sharpton rió otra vez y se la acarició.

—Es mi corbata de la suerte —explicó—. Cuando me la pongo me siento como el rey Arturo. —La sonrisa se fue borrando poco a poco de su rostro, y comprendí que no bromeaba—. El rey Arturo, que salió a reunir a los mejores hombres de la historia. Caballeros que se sentarían con él a la Mesa Redonda para reconstruir el mundo.

Sus palabras me produjeron un escalofrío, pero intenté no exteriorizarlo.

—¿Qué quiere de mí, Art? ¿Que le ayude a encontrar el Santo Grial o como quiera que se llame?

—Una corbata no convierte a un hombre en rey —señaló él—. Lo sé muy bien, por si tenía alguna duda.

Me removí en el asiento, algo incómodo.

—Bueno, no pretendía ridiculizarlo...

—No importa, Dink, de verdad. La respuesta a su pregunta es que soy dos partes cazacerebros, dos partes cazatalentos y cuatro partes destino andante y parlante. ¿Un cigarrillo?

—No fumo.

—Estupendo, así vivirá más tiempo. El tabaco mata. ¿Por qué, si no, iban

a llamarlos clavos de ataúd?

—Me ha pillado.

—Eso espero —dijo el señor Sharpton mientras se encendía uno—. Eso espero, de verdad. Es usted un auténtico *crack*, Dink. Dudo mucho de que se lo crea, pero es cierto.

—¿En qué consiste su oferta?

—Cuénteme lo que le ocurrió a Skipper Brannigan.

Patapum, acababa de confirmarse mi peor temor. No podía saberlo, nadie podía saberlo, pero lo sabía. Me quedé sentado con el cuerpo y la mente aturcidos, la cabeza como un bombo y la lengua pegada al paladar como con cola.

—Vamos, cuéntemelo —insistió con una voz que parecía llegar de muy lejos, como a través de una radio de onda corta en plena noche.

Por fin pude volver a colocar la lengua en su sitio. Representó un esfuerzo, pero lo conseguí.

—Yo no hice nada —aseguré desde la misma longitud de onda de la radio—. Skipper tuvo un accidente, nada más. Volvía a casa y se salió de la carretera. Su coche dio una vuelta de campana y cayó al río Lockerby. Encontraron agua en sus pulmones, así que supongo que se ahogó, al menos técnicamente, pero en el periódico dijeron que probablemente habría muerto de todos modos. La vuelta de campana le arrancó media cabeza, o eso es lo que dice la gente. Y algunos dicen que no fue un accidente, que se suicidó, pero no me lo creo. Skipper era... se lo pasaba demasiado bien en la vida para suicidarse.

—Sí, y usted formaba parte de su diversión, ¿verdad?

Guardé silencio, pero me temblaban los labios y tenía los ojos llenos de lágrimas. El señor Sharpton alargó la mano y me la apoyó en el brazo. Era lo que uno esperaría de un tipo mayor como él cuando estaba sentado a su lado en su enorme coche alemán en medio de un aparcamiento desierto, pero en cuanto me tocó supe que no era el caso, que no me estaba tirando los trastos. Me produjo una sensación agradable que me tocara. Hasta entonces no me había dado cuenta de lo triste que estaba. A veces no te enteras porque, bueno, porque la tristeza lo envuelve todo. Bajé la cabeza. No me puse a berrear ni nada por el estilo, pero las lágrimas me rodaban por las mejillas. Las espadas de su corbata se duplicaron y luego se triplicaron... Tres por el precio de una, menudo chollo.

—Si le preocupa la posibilidad de que sea policía, ya puede tranquilizarse. Además, le he dado dinero, lo cual da al traste con cualquier intento de proceso judicial. Pero aun cuando no fuera el caso, nadie se creería lo que le ocurrió en realidad al joven señor Brannigan, aunque usted saliera por la tele nacional para confesar, ¿verdad?

—Sí —murmuré antes de añadir en voz más alta—. Aguanté mucho, pero al final ya no podía más. Él me empujó a hacerlo, se lo buscó.

—Cuénteme lo que pasó —repitió.

—Le escribí una carta —expliqué—. Una carta especial.

—Sí, muy especial, desde luego. ¿Y qué escribió para que solo funcionara con él?

Sabía a qué se refería, pero había más. Cuando personalizabas las cartas, intensificabas su poder, las hacías mortíferas, no solo peligrosas.

—El nombre de su hermana —confesé, y fue entonces cuando dejé de oponer cualquier resistencia—. Su hermana, Debbie.

IX

Siempre he tenido algo, una especie de don, y siempre he sabido que lo tenía, pero no cómo utilizarlo, cómo se llamaba ni qué significaba. Y también sabía que debía guardarlo en secreto, porque los demás no lo tenían y creía que podían meterme en un circo si se enteraban, o en la cárcel.

Recuerdo una ocasión... Es un recuerdo vago, debía de tener unos tres o cuatro años, así que es uno de mis primeros recuerdos. Yo estaba de pie junto a una ventana sucia, mirando el jardín. Había un tajo y un buzón con banderilla roja, así que debíamos de estar en casa de tía Mabel, en el campo. Nos trasladamos allí cuando mi padre se largó. Mamá consiguió trabajo en la panadería Selecta de Harkerville y más tarde volvimos allí, cuando yo tenía unos cinco años. Sé que vivíamos en el pueblo cuando empecé la escuela. Lo sé por el perro de la señora Bukowski, porque tenía que sacar a pasear a ese puto canibal canino cinco veces por semana. Nunca olvidaré a aquel perro; era un bóxer y tenía una oreja blanca. Hablando de viejos recuerdos.

En fin, que estaba yo mirando el jardín, y en la parte superior de la ventana zumbaban unas moscas, ya saben cómo son. No me gustaba el sonido, pero no alcanzaba a ahuyentarlas, ni siquiera con una revista enrollada, así que tracé dos triángulos en el cristal, dibujando en el polvo con el dedo, y luego otra forma, un círculo especial, que unía ambos triángulos. Y en cuanto lo hice, en cuanto cerré el círculo, las moscas, unas cuatro o cinco, cayeron muertas sobre la repisa de la ventana. Eran enormes y negras, como esas gominolas que saben a regaliz. Cogí una y la examiné, pero no era muy interesante, así que la tiré al suelo y seguí mirando por la ventana.

Esas cosas me pasaban de vez en cuando, pero nunca las hacía adrede. La primera vez que recuerdo haber hecho algo totalmente a propósito, antes de lo de Skipper, quiero decir, fue cuando usé mi lo que sea con el perro de la señora Bukowski. La señora Bukowski vivía en la esquina de nuestra calle cuando estábamos de alquiler en Dugway Avenue. Su perro era malvado y peligroso, a todos los niños del West Side les daba pánico aquel cabrón de la oreja blanca. La mujer lo tenía atado en su jardín lateral... o mejor dicho, apostado en el jardín lateral, y la bestia ladraba a todo el que pasaba. No eran ladridos inofensivos, como los de algunos perros, sino de esos que dicen «Si pudiera meterte aquí dentro o salir de aquí, te arrancaría las pelotas, colega». Una vez se escapó y mordió al repartidor de periódicos. De haberse tratado de cualquier otro perro, probablemente habría acabado en el infierno perruno, pero el hijo de la señora Bukowski era el jefe de policía y lo amañó todo.

Odiaba a ese perro de la misma manera que a Skipper. En cierto modo, supongo que el perro era Skipper. Tenía que pasar por delante de casa de la

señora Bukowski de camino a la escuela si no quería dar toda la vuelta a la manzana y arriesgarme a que me llamaran gallina, y me aterrorizaba ver al chuchó correr hasta que la correa ya no daba más, ladrando tan fuerte que le salía espuma por la boca. A veces llegaba al final de la correa con tal ímpetu que pegaba un salto, boiiing, lo que quizá hacía gracia a otra gente pero a mí no; a mí solo me daba miedo que acabara rompiendo la correa (ni siquiera estaba atado a una cadena, sino a una mísera cuerda) y saltara por encima de la cerca baja que separaba el jardín de la señora Bukowski de Dugway Avenue para lanzármese a la yugular.

Un buen día me desperté con una idea surgida de la nada. Me desperté con ella como quien se despierta empalmado de puta madre. Era sábado, muy temprano, y no tenía que acercarme a la casa de la señora Bukowski si no me apetecía, pero aquel día me apetecía. Salté de la cama y me vestí muy deprisa. Lo hice todo muy rápido porque no quería que la idea se me fuera de la cabeza. Acabaría olvidándola, como acabamos olvidando los sueños al poco de despertar (o las erecciones con las que despertamos, para ser más vulgar), pero en ese momento la tenía clarísima en la cabeza. Palabras rodeadas de triángulos y coronadas por florituras, círculos especiales para unir todo el asunto, dos o tres superpuestos para reforzar el efecto.

Atravesé el salón casi volando (mamá aún dormía, la oía roncar, y el uniforme rosa de la panadería estaba colgado sobre la barra de la cortina del baño) y entré en la cocina. Mamá tenía una pequeña pizarra junto al teléfono para anotar números y cosas que recordar, el TABLÓN DE MAMÁ en lugar del TABLÓN DE DINKY, si se quiere, y me detuve el tiempo justo para coger el trocito de tiza rosa colgado del cordel. Me lo guardé en el bolsillo y salí de la casa. Recuerdo que hacía una mañana preciosa, fresca, pero no fría, con el cielo tan azul que daba la impresión de que lo hubieran pasado por el túnel de lavado. Apenas se veía gente, pues casi todos aprovechaban para dormir hasta más tarde, como suelen hacer los sábados todos los que pueden.

En cambio, el perro de la señora Bukowski no había aprovechado para dormir hasta más tarde, no señor. Era un firme defensor del cumplimiento del deber a rajatabla. Al verme llegar corrió hasta donde le permito la correa con todas sus fuerzas, aún más de lo habitual, como si una parte de su cerebro de perro desquiciado supiera que era sábado y que a mí no se me había perdido nada por allí. Al llegar al final de la cuerda dio uno de esos saltos, boiiing, y salió despedido hacia atrás. Sin embargo, se recuperó al instante y allí se quedó, al final de la cuerda, ladrando como si estuviera a punto de asfixiarse, pero sin cejar en su empeño. Supongo que la señora Bukowski estaba acostumbrada al ruido y quizá incluso le gustaba, pero más de una vez me he preguntado cómo lo soportaban los vecinos.

Ese día no le presté atención alguna. Estaba demasiado emocionado para tener miedo. Saqué la tiza del bolsillo y apoyé una rodilla en el suelo. Por un momento pensé que la idea se me había borrado de la memoria y me acojoné. Sentí que la desesperación y la tristeza pugnaban por apoderarse de mí y me dije: «No, no dejes que pase, no dejes que pase, Dinky, lucha. Escribe cualquier

cosa, aunque solo sea QUE LE DEN PO EL CULO AL PERRO DE LA SEÑORA BUKOWSKI».

Pero no escribí eso, sino que dibujé una forma, creo que era un sancófito. Una forma rara, pero la forma adecuada, por lo visto, ya que desencadenó el resto. De repente tenía la mente inundada de ideas. Era maravilloso, pero al mismo tiempo daba miedo, porque había tantas... Durante los siguientes cinco minutos me quedé arrodillado en la acera, sudando como un cerdo y escribiendo como un poseso. Escribí palabras que nunca había oído y dibujé formas que nunca había visto, formas que nadie había visto; no solo sancófitos, sino también yapuos, fodres y míreos. Escribí y dibujé hasta llenarme de polvo rosa el antebrazo derecho, hasta que la tiza rosa de mamá quedó reducida a un guijarro entre mi pulgar y mi índice. El perro de la señora Bukowski no murió como las moscas, sino que siguió ladrándome sin parar y probablemente corrió un par de veces más cuerda arriba y cuerda abajo, pero no me di cuenta. Estaba frenético. Sería incapaz de describirlo por mucho que lo intentara, pero apuesto algo a que así se sienten grandes músicos como Mozart y Eric Clapton cuando componen sus piezas, o como se sienten los pintores cuando crean sus mejores obras. Si hubiera pasado alguien, no le habría hecho ni caso. De hecho, si el perro de la señora Bukowski hubiera roto la correa y saltado la valla para morderme el culo, creo que tampoco le habría hecho ni caso.

Fue eventual, lo juro. Fue tan eventual, joder, que ni siquiera puedo explicarlo.

No pasó nadie por la acera, aunque sí un par de coches por la calle, cuyos ocupantes a lo mejor se preguntaron qué estaba haciendo aquel crío, qué estaba dibujando en la acera, y el perro de la señora Bukowski seguía ladrando. Al final comprendí que tendría que hacerlo más fuerte, y el modo de conseguirlo era personalizarlo para el perro. No sabía cómo se llamaba, así que con los últimos restos de tiza escribí BÓXER en letra de imprenta, rodeé la palabra con un círculo y dibujé una flecha en la parte inferior de este que señalaba hacia lo demás. Estaba mareado y la cabeza me martilleaba como cuando acabas de hacer un examen difícilísimo o te has pasado demasiado tiempo mirando la tele. Por un momento creí que iba a vomitar... pero al mismo tiempo me sentía eventual.

Miré al perro, que seguía tan pancho, ladrando y saltando sobre las patas posteriores cuando se le acababa la correa, pero me daba igual. Volví a casa en paz conmigo mismo. Sabía que el perro de la señora Bukowski ya era historia. Me sentía igual que un buen pintor cuando sabe que ha pintado un buen cuadro, o que un buen escritor cuando sabe que ha escrito una buena historia. Creo que en esos casos, uno lo sabe. Se le mete en la cabeza y suena bien.

Tres días más tarde, el perro estiró la pata. Me enteré por la mejor fuente posible cuando se trata de perros cabrones, es decir, por el cartero del barrio. El señor Shermerhorn. El señor Shermerhorn dijo que, por alguna razón, el bóxer de la señora Bukowski empezó a dar vueltas al árbol al que estaba atado, y que cuando se le acabó la cuerda (ja, ja), no pudo retroceder. La señora Bukowski había salido a comprar, de modo que no pudo hacer nada. Al volver a casa se lo

encontró tumbado al pie del árbol en el jardín lateral, muerto por asfixia.

Lo que escribí en la acera permaneció una semana más o menos; luego cayó un chaparrón que lo convirtió en un borrón rosa. Pero hasta entonces se conservó en buen estado, y durante ese tiempo, nadie lo pisó. Lo comprobé con mis propios ojos. Los niños que iban a la escuela, las señoras que iban al centro, el señor Shermerhorn... todos lo rodeaban. Ni siquiera parecían ser conscientes de ello. Y nadie habló de ello, nadie preguntó qué era esa mierda tan rara en la acera o qué nombre podía dársele a una cosa así (fodre, imbécil). Era como si ni siquiera lo vieran, pero una parte de ellos lo veía. ¿Por qué si no iban a rodearlo?

X

No conté todo aquello al señor Sharpton, pero sí le conté lo que quería saber sobre Skipper; había decidido que podía confiar en él. Quizá esa parte secreta de mí sabía que podía confiar en él, pero no lo creo. Creo que se debía al modo en que me apoyó la mano en el brazo, como un padre. Claro que yo no tengo padre, pero me lo imagino.

Además, tenía razón, aun cuando fuera poli y me detuviera, ¿qué juez, qué jurado creería que Skipper Brannigan se había salido de la carretera adrede por culpa de una carta que yo le había enviado? Sobre todo tratándose de una carta llena de palabras y símbolos sin sentido inventados por un repartidor de pizzas que había suspendido geometría en el instituto... dos veces.

Cuando acabé guardamos silencio durante largo rato.

—Lo merecía —sentenció el señor Sharpton por fin—. Lo sabes, ¿verdad?

Y por alguna razón, aquel fue el toque definitivo. La presa se rompió y lloré como un bebé. Debí de llorar un cuarto de hora o más. El señor Sharpton me rodeó con el brazo y me atrajo hacia sí para que le empapara la solapa de la chaqueta. Si alguien hubiera pasado por allí, sin duda habría creído que éramos un par de maricas, pero no pasó nadie. Solo estábamos él y yo bajo las lámparas de vapor de mercurio, junto a la zona de carros. Yupi yupi ye, dale, carrito de la compra, decía siempre Pug, porque sabes que Supr Savr será tu nuevo hogar. Nos partíamos el culo.

Por fin conseguí cerrar el grifo. El señor Sharpton me alargó un pañuelo, y me enjuagué las lágrimas.

—¿Cómo lo sabía? —pregunté con voz profunda y extraña, como una sirena de niebla.

—En cuanto te localizamos, solo fue cuestión de indagar un poco.

—Sí, pero ¿cómo me localizaron?

—Tenemos a ciertas personas... una docena, más o menos, que se dedican a buscar hombres y mujeres como tú —explicó—. De hecho, saben ver a hombres y mujeres como tú, Dink, al igual que ciertos satélites del espacio saben ver reactores nucleares y centrales de energía. Resulta que las personas como tú las ven en amarillo, como llamas de cerilla; me lo describió uno de los localizadores.

Meneó la cabeza y me dedicó una sonrisa irónica.

—Me encantaría ver algo así una vez en la vida o poder hacer lo que haces tú. Claro que también me gustaría que se me concediera un día, con uno solo me conformaría, en que supiera pintar como Picasso o escribir como Faulkner.

—¿Es cierto eso? —pregunté, maravillado—. Hay gente que puede ver...

—Sí, son nuestros sabuesos. Viajan por todo el país y por todos los demás países en busca de ese fulgor amarillo, de llamas de cerilla en la oscuridad. Esta joven en cuestión estaba en la carretera 90, camino de Pittsburg para tomar el avión de vuelta a casa y descansar un poco, cuando te vio. O te sintió o lo que sea que hagan. Ni ellos mismos lo saben con certeza, al igual que tú no sabes con certeza qué le hiciste a Skipper, ¿verdad?

—¿Qué...?

El señor Sharpton me interrumpió con un gesto.

—Te dije que no obtendrías todas las respuestas que quieres. Esto es algo que tendrás que decidir fiándote de tu instinto, no de lo que sabes, pero puedo decirte un par de cosas. Para empezar, Dink, trabajo para una empresa llamada Trans Corporation. Nuestra misión consiste en deshacernos de los Skipper Brannigan de este mundo, los grandes, los que hacen lo mismo que él, pero a gran escala. Nuestras oficinas centrales se encuentran en Chicago y tenemos un centro de formación en Peoria... donde pasarás una semana si aceptas mi oferta.

No dije nada en aquel momento, pero ya sabía que aceptaría la propuesta. Fuera lo que fuese, la aceptaría.

—Eres un trani, mi joven amigo. Más vale que te hagas a la idea.

—¿Qué es eso?

—Es una característica. Algunos miembros de nuestra organización consideran que lo que tienes... lo que sabes hacer... es un talento, una capacidad o incluso una especie de problema, pero se equivocan. El talento y la capacidad nacen de la característica. Las características son generales, mientras que el talento y la capacidad son específicos.

—Tendrá que simplificármelo. Recuerde que no acabé la escuela.

—Lo sé, y también sé que no la dejaste porque fueras estúpido, sino porque no encajabas. En ese sentido, eres como todos los tranis que conozco —aseguró con una carcajada seca que denotaba poco humor—. Y son veintiuno. Ahora escúchame y no te hagas el tonto. La creatividad es como la mano al final del brazo, pero la mano tiene muchos dedos, ¿verdad?

—Bueno, al menos cinco.

—Imagina que esos dedos son capacidades. Una persona creativa puede escribir, pintar, esculpir o inventar fórmulas matemáticas; puede bailar, cantar o tocar un instrumento musical. Esos son Los dedos, pero la mano es la creatividad que les da vida. Y al igual que todas las manos son idénticas en esencia, todas las personas creativas son iguales en el punto donde los dedos se unen. El trani también es como una mano. A veces sus dedos reciben el nombre de procognición, la capacidad de ver el futuro. A veces se denominan poscognición, la capacidad de ver el pasado. Por ejemplo, tenemos a un tipo que

sabe quién mató a John F. Kennedy, y no fue Lee Harvey Oswald, sino una mujer. Existe la telepatía, la piroquinesia, la telepatía y quién sabe cuántas más. Nosotros no lo sabemos a ciencia cierta. Es un mundo nuevo y no hemos hecho más que empezar a explorar su primer continente. Pero el trani se diferencia de la creatividad en un aspecto clave; es mucho más infrecuente. Una persona entre ochocientos tiene lo que los psicólogos ocupaciones denominan un «don». Creemos que tal vez solo haya un trani por cada ocho millones de personas.

Eso me quitó el aliento. La idea de ser uno entre ocho millones le quitaría el aliento a cualquiera, ¿no?

—O sea, ciento veinte por cada mil millones de personas —prosiguió—. Creemos que no hay más de tres mil tranis en todo el mundo, y los estamos localizando uno a uno. Es un proceso muy lento, ya que la capacidad preceptora es bastante tenue y solo tenemos alrededor de una docena de buscadores, cada uno de los cuales requiere mucha formación. Es una misión durísima... pero extremadamente gratificante. Estamos localizando tranis y poniéndolos manos a la obra. Eso es lo que queremos hacer contigo, Dink, ponerte manos a la obra. Queremos ayudarte a canalizar tu talento, afinarlo y emplearlo en beneficio de toda la humanidad. No podrás volver a ver a ninguno de tus viejos amigos, porque no hay mayor peligro para la seguridad que un viejo amigo, ni tampoco ganarás mucho dinero, al menos al principio, pero sí obtendrás grandes satisfacciones y lo que te voy a ofrecer no es más que el primer peldaño de lo que puede convertirse en una escalera muy alta.

—Sin olvidar los beneficios colaterales —le recordé, subrayando la palabra «beneficios» en forma de pregunta, por si quería tomársela como tal.

Sharpton sonrió y me dio una palmadita en el hombro.

—Exacto, los famosos beneficios colaterales.

Por entonces empezaba a estar emocionado. No es que se hubieran disipado todas mis dudas, pero se estaban diluyendo, eso sí.

—Pues hágame de ellos —pedí con el corazón desbocado, pero no por el temor, ya no—. Hágame una oferta que no pueda rechazar.

Y eso fue lo que hizo.

XI

Tres semanas más tarde me subí a un avión por primera vez en mi vida, ¡y vaya manera de perder la virginidad! Era el único pasajero en un Lear 35 e iba escuchando a los Counting Crows por el equipo cuadrofónico mientras me tomaba una Coca-Cola y veía cómo el altímetro ascendía a catorce mil metros. Según el piloto, volábamos mil quinientos metros por encima de lo que suelen alcanzar los aviones comerciales, y el trayecto fue más suave que el asiento de las bragas de una chica.

Pasé una semana en Peoria y me entró nostalgia de casa. Mucha, lo cual me sorprendió un huevo. Un par de noches incluso me dormí llorando. Me da vergüenza reconocerlo, pero hasta ahora he dicho la verdad y no quiero empezar

a mentir o callar cosas ahora.

A quien menos eché de menos fue a mamá. Lo lógico habría sido que estuviéramos unidos, porque estábamos solos ante el peligro, como suele decirse, pero a mi madre no se le daba bien eso de querer y consolar. No me daba golpes en la cabeza ni me quemaba los sobacos con cigarrillos ni nada de eso, pero bueno... Vaya rollo. No tengo hijos, así que no lo sé seguro, pero por alguna razón no creo que tu cualificación como padre se base en todas las cosas que no les hiciste a tus retoños. A mamá siempre le han interesado más sus amigas que yo, al igual que sus visitas semanales al salón de belleza y las salidas de los viernes al bingo de la Reserva. Su mayor ambición en la vida consistía en ganar una partida y volver a casa en un Monte Carlo nuevecito. Y no es que me esté hundiendo en la autocompasión; sencillamente, cuento las cosas tal como eran.

El señor Sharpton llamó a mamá y le dijo que me habían elegido para participar en el curso de formación avanzada y posterior proceso de selección de Trans Corporation, una oferta especial para jóvenes sin título académico pero con potencial. A decir verdad, una historia bastante creíble. Siempre se me habían dado mal las mates y me quedaba casi del todo bloqueado en clases como la de inglés, donde tenías que hablar, pero siempre me había llevado bien con los ordenadores de la escuela. De hecho, y aunque no me gusta presumir, sabía programar mejor que el señor Jacubois y la señora Wilcoxon. Nunca me habían gustado mucho los juegos de ordenador, porque en mi humilde opinión son para cabezas huecas, pero tecleaba como un loco. A veces, Pug pasaba a ver cómo lo hacía.

—Es increíble —comentó en una ocasión—. Joder, tío, ese trasto echa humo.

—Cualquier idiota puede pelar una manzana —respondí encogiéndome de hombros—. Lo que cuesta de verdad es comerse el corazón.

Así que mamá se lo tragó (quizá habría hecho más preguntas de haber sabido que Trans Corporation iba a llevarme a Illinois en un jet privado, pero no se enteró), y no la eché demasiado de menos. En cambio, sí añoré a Pug y también a John Cassidy, que era el otro amigo que conservaba de los tiempos en el Supr Savr. John toca el bajo en un grupo punk, lleva un aro de oro en la ceja izquierda y tiene más o menos todos los discos de rock jamás grabados. Lloró cuando Kurt Cobain la palmó, sin intentar ocultarlo ni echarle la culpa a la alergia. Se limitó a declarar que estaba muy triste por la muerte de Kurt. John es eventual.

Y también eché de menos Harkerville. Retorcido, pero cierto. Ir al centro de formación de Peoria fue como volver a nacer en cierto modo, y supongo que nacer siempre duele.

Creí que tal vez conocería a otros como yo (si esto fuera un libro, una película o siquiera un episodio de *Expediente X*, conocería a una niña monísima de tetas pequeñas y respingonas, capaz de cerrar puertas con la mirada), pero no fue así. Estoy casi seguro de que había otros tranis en Peoria durante mi estancia, pero el doctor Wentworth y los demás tipos que dirigían el centro se

ocupaban de mantenernos separados. En una ocasión lo pregunté y se hicieron los suecos. Fue entonces cuando comprendí que no todo el que llevaba la palabra TRANSCORP impresa en la camisa o iba por ahí con la carpeta de TransCorp era colega mío ni se moría de ganas de convertirse en mi nuevo padre.

Además, se trataba de matar a gente, para eso me estaban formando. Los tipos de Peoria no hablaban de ello constantemente, pero tampoco se andaban con eufemismos. Tan solo debía tener en mente que los objetivos eran los malos, dictadores, espías y asesinos en serie, y tal como decía el señor Sharpton, mucha gente hacía lo mismo en las guerras. Y no era nada personal. Nada de armas, cuchillos ni garrotes. Nunca me mancharía de sangre.

Como ya les he dicho, no he vuelto a ver al señor Sharpton, al menos de momento, pero hablé varias veces al día con él durante la semana que pasé en Peoria, lo cual mitigó en buena medida el dolor y el miedo a lo desconocido. Hablar con él era como tener a alguien que me pusiera un paño fresco sobre la frente. Me dio su número el día que hablamos en su Mercedes y me dijo que podía llamarlo siempre que quisiera. Aunque fuera a las tres de la mañana si me sentía mal. Una vez lo hice. Estuve a punto de colgar después del segundo tono, porque hay gente que te dice que puedes llamarlos a cualquier hora, pero no esperan que lo hagas. Sin embargo, al final persistí. Sentía nostalgia, es verdad, pero no era solo eso. El lugar no era lo que había imaginado y quería comentárselo al señor Sharpton, a ver cómo se lo tomaba.

Contestó al tercer tono y aunque parecía soñoliento, menuda sorpresa, no parecía enfadado. Le conté que algunas de las cosas que hacían allí eran muy raras. La prueba de las bombillas, por ejemplo. Decían que era una prueba para detectar la epilepsia, pero...

—Me quedé dormido en plena prueba —le conté—, y cuando desperté, tenía jaqueca y me costaba pensar. ¿Sabe cómo me sentía? Como un archivador que acabaran de revolver de arriba abajo.

—¿Qué quieres decir con eso, Dink? —preguntó el señor Sharpton.

—Creo que me hipnotizaron.

—Puede ser. Es probable —convino tras un breve silencio.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué iban a hipnotizarme? Estoy haciendo todo lo que me piden, así que, ¿qué necesidad tienen de hipnotizarme?

—No conozco todos los protocolos y procedimientos, pero sospecho que te están programando. Están colocando muchos datos superfluos en los niveles más bajos de tu cerebro para no atiborrar la parte consciente... y con ello cargarse tu don especial. Es como programar el disco duro de un ordenador, nada más siniestro que eso.

—Pero ¿no lo sabe con seguridad?

—No. Como te he dicho, no me encargo de la formación ni de las pruebas. Pero voy a hacer unas llamadas para asegurarme de que el doctor Wentworth habla contigo. Puede que incluso te deban una disculpa. En tal caso, Dink, no dudes de que se te dará. Nuestros tranis son demasiado escasos y valiosos para inquietarlos de forma innecesaria. ¿Querías hablar de algo más?

Lo medité un momento y por fin dije que no. Luego le di las gracias y colgué. Estuve a punto de decirle que creía que también me habían drogado... que me habían administrado alguna clase de estimulante para ayudarme a superar la nostalgia, pero decidí callar. Al fin y al cabo eran las tres de la mañana, y si me habían dado algo, con toda probabilidad era por mi bien.

XII

El doctor Wentworth, el pez gordo del centro, fue a verme al día siguiente y se disculpó, en efecto. Se mostró muy amable, pero me miraba de una forma... no sé, como si el señor Sharpton lo hubiera llamado dos minutos después de hablar conmigo para echarle una bronca de campeonato.

El doctor Wentworth me llevó a dar un paseo por el jardín de atrás, una extensión de césped verde, ondulada y casi perfecta a finales de primavera, y me pidió disculpas por no «tenerme al corriente». La prueba de epilepsia era en realidad una prueba de epilepsia, afirmó, además de un tac, pero puesto que inducía un estado hipnótico en casi todos los pacientes, aprovechaban la circunstancia para dar algunas «instrucciones básicas». En mi caso se trataba de instrucciones sobre los programas informáticos que utilizaría en Columbia City. El doctor Wentworth me preguntó si tenía más dudas. Mentí y le dije que no.

Pensarán que es un poco extraño, pero no es así. A ver, tenía a mis espaldas una larga y penosa andadura escolar que terminó tres meses antes de la graduación. Me había topado con profesores que me gustaban y otros a los que detestaba, pero nunca con ninguno en quien confiara. Era de los que siempre se sentaban al fondo de la clase si el profesor no imponía un orden alfabético y nunca tomaba parte en los debates. Por lo general contestaba «¿Eh?» cuando me preguntaban, y no había quien me sacara una pregunta ni a punta de pistola. El señor Sharpton era el único tipo al que había dejado acercarse a mí en toda mi vida, y el viejo doctor Wentworth, con su calva y sus ojos penetrantes tras las lentes de sus gafas sin montura, no era el señor Sharpton. Los cerdos volarían antes de que me franqueara con él, por no hablar de llorar en su hombro.

Además, joder, no sabía qué más preguntar de todos modos. Buena parte del tiempo me lo pasaba bien en Peoria, y estaba encantado con las perspectivas de futuro, trabajo nuevo, casa nueva, ciudad nueva... Todo el mundo se portó muy bien conmigo en Peoria. Incluso la comida era genial; carne asada, pollo frito, batidos... Todo lo que me gustaba, en suma. De acuerdo, no me hacían gracia las pruebas diagnósticas, esas paridas que hay que hacer con un lápiz IBM, y a veces me sentía aturdido, como si me hubieran puesto algo en el puré de patatas, o acelerado, a veces también acelerado, y en otras ocasiones, al menos dos, estuve seguro de que me habían vuelto a hipnotizar, pero ¿qué más daba? ¿Qué importancia podía tener eso después de ser perseguido por el aparcamiento de un supermercado por un chiflado que se ríe de ti mientras hace ruidos de coches de carreras e intenta atropellarte con un carro de la compra?

XIII

Sostuve otra conversación telefónica con el señor Sharpton que debería mencionar. Fue un día antes de mi segundo viaje en avión, el que me llevó a Columbia City, donde un tipo me esperaba con las llaves de mi nueva casa. Por entonces ya sabía lo de los limpiadores y la regla básica del dinero, según la cual había que empezar y acabar cada semana sin blanca, y también sabía a quién llamar en la ciudad si tenía algún problema. (Para los problemas llamo al señor Sharpton, que técnicamente es mi supervisor.) Tenía planos, una lista de restaurantes, indicaciones para ir al multicine y al centro comercial. Tenía instrucciones para todo excepto lo más importante.

—Señor Sharpton, no sé qué hacer —dije.

Lo había llamado desde el teléfono situado delante de la cafetería. Tenía teléfono en la habitación, pero estaba demasiado nervioso para sentarme, y de echarme en la cama, ni hablar. Si aún me ponían drogas en la comida, ese día no me hacían efecto, desde luego.

—En eso no puedo ayudarte, Dink —replicó con su serenidad habitual—. Lo siento, colega.

—¿Cómo? ¡Pero tiene que ayudarme! ¡Usted me reclutó, por el amor de Dios!

—Pongamos un caso hipotético. Supón que soy el rector de una universidad bien provista. ¿Entiendes a qué me refiero con «bien provista»?

—Que tiene mucha pasta. Ya le dije que no soy tonto.

—Cierto, lo siento. En cualquier caso, digamos que yo, el rector Sharpton, invierto parte de los cuantiosos fondos de mi universidad para contratar a un gran novelista como escritor residente o a un gran pianista como profesor de música. ¿Me daría eso derecho a decir al novelista lo que debe escribir o al pianista lo que debe componer?

—Probablemente no.

—Seguro que no. Pero supongamos que lo hago. Si le dijera al novelista «Escriba una comedia en la que Betsy Ross se tira a George Washington en Gay Pree», ¿crees que podría hacerlo?

Me eché a reír sin poder contenerme. El señor Sharpton tenía un rollo de puta madre.

—Tal vez, sobre todo si le pagara una bonificación.

—Vale, pero aun cuando la escribiera, con cara de asco, eso sí, sin duda sería una novela nefasta, porque las personas creativas no siempre son conscientes de lo que hacen. Y cuando crean sus mejores obras, casi nunca son conscientes de ello, sino que se dejan llevar con los ojos cerrados y chillando como locos, como si estuvieran en la montaña rusa.

—¿Qué tiene todo eso que ver conmigo? Escuche, señor Sharpton, cuando intento imaginar lo que voy a hacer en Columbia City, la mente se me queda en blanco. Usted me habló de ayudar a la gente, de convertir el mundo en un lugar mejor, de deshacernos de los Skipper. Todo eso suena genial, pero no sé cómo hacerlo.

—Ya lo sabrás cuando llegue el momento.

—Me dijo que Wentworth y su gente se concentrarían en mi talento y lo afinarían. Casi lo único que han hecho es hacerme un montón de pruebas estúpidas y conseguir que me sintiera como si volviera a estar en el colegio. ¿Todo está en mi subconsciente? ¿Lo tengo todo en el disco duro?

—Confía en mí, Dink —pidió—. Confía en mí y en ti mismo.

Maldito Neff, todo empezó a ir mal con él. Ojalá nunca hubiera visto su foto. Y si tenía que ver una foto suya, ojalá no hubiera sido una en la que sonreía.

XIV

La primera semana que pasé en Columbia City no hice nada, pero lo que se dice nada. Ni siquiera fui al cine. Cuando vinieron los limpiadores me fui al parque y me senté en un banco con la sensación de que el mundo entero me observaba. Y cuando llegó el jueves, día en que debía deshacerme del dinero sobrante, tiré más de cincuenta dólares al triturador de basura de la cocina. Recuerden que en aquel momento era algo nuevo para mí. Hablando de sentirse raro... joder, no se lo pueden ni imaginar. Mientras estaba ahí de pie, escuchando el motor escondido debajo del fregadero, pensé en mamá. Si mamá hubiera visto lo que hacía, lo más probable es que me hubiera clavado un cuchillo de carnicero para detenerme. Estaba tirando al triturador el equivalente a una docena de cartones de veinte números o dos docenas de cartones normales.

Aquella semana dormí fatal. De vez en cuando iba al estudio; no quería, pero era como si los pies me arrastraran allí. Dicen que los asesinos siempre vuelven al escenario de sus crímenes. En fin, que me quedaba en el umbral y miraba la pantalla apagada del ordenador y el módem Global Village, y me ponía a temblar de culpa, vergüenza y miedo. Incluso el hecho de que la mesa estuviera tan limpia y ordenada, sin un solo papel ni nota sobre ella, me hacía sudar. Me parecía oír las paredes susurrar cosas como «No, aquí no pasa nada» y «¿Quién narices es este, el instalador del cable?».

Tenía pesadillas. En una de ellas sonaba el timbre y cuando abría me encontraba con el señor Sharpton, que llevaba unas esposas en la mano.

—Póntelas en las muñecas, Dink —ordenaba—. Creíamos que eras un trani, pero es evidente que nos equivocamos. A veces pasa.

—Sí que soy un trani —le aseguraba yo—, solo es que necesito un poco más de tiempo para aclimatarme. Recuerde que nunca había salido de casa.

—Has tenido cinco años —insistía él.

Me quedaba asombrado, sin poder creerlo. Pero una parte de mí sabía que era cierto. Tenía la sensación de que habían transcurrido unos días, pero en realidad habían pasado cinco putos años en los que no había encendido el ordenador del pequeño estudio ni una sola vez. De no ser por los limpiadores, el escritorio estaría cubierto de polvo.

—Extiende las manos, Dink, y no nos pongas las cosas más difíciles a los dos.

—No quiero, y no puede obligarme.

En ese momento, el señor Sharpton miraba de refilón, y por la escalera subía ni más ni menos que Skipper Brannigan. Vestía su vieja guerrera roja de nailon, solo que llevaba cosida la palabra TRANSCORP en lugar de SUPR SAVR. Estaba pálido, pero por lo demás parecía encontrarse bien. O sea, que no estaba muerto.

—Creías que me habías hecho algo, pero no —decía—. No podrías hacerle nada a nadie, porque no eres más que un hippie de mierda.

—Le voy a poner las esposas —explicaba el señor Sharpton a Skipper—. Si me crea problemas, atropéllalo con un carro de la compra.

—Eventual —respondía Skipper, y en ese momento desperté con medio cuerpo en el suelo, gritando.

XV

Unos diez días después de instalarme en la casa tuve otro tipo de sueño. No lo recuerdo bien, pero supongo que fue bueno, porque me desperté sonriendo. Sentía la sonrisa en la cara, una sonrisa radiante, feliz, como el día en que desperté con la idea del perro de la señora Bukowski. Sí, casi exactamente igual.

Me puse unos vaqueros, entré en el estudio, puse en marcha el ordenador y abrí el menú de HERRAMIENTAS. Contenía un programa llamado EL CUADERNO DE DINKY. Lo seleccioné, y ahí estaban todos mis símbolos. Círculos, triángulos, yapuos, fodres y míreos y cientos más. Miles. Tal vez millones. Era lo que había dicho el señor Sharpton, un mundo nuevo, y yo estoy en la costa del primer continente.

Lo único que sé es que de repente lo tenía ahí, un estupendo Macintosh en lugar de un pedazo de tiza rosa, y lo único que tenía que hacer era escribir las palabras de los símbolos y aparecían en pantalla. Qué alucine. Joder. Era como un río de fuego ardiendo en medio de mi cabeza. Escribí, saqué símbolos y usé el ratón para arrastrarlo todo a su lugar. Y cuando terminé tenía una carta. Una carta especial.

Pero ¿dirigida a quién?

¿Adónde?

Y entonces comprendí que no importaba. Con un par de toques para personalizarla, podía enviarla a muchas personas... aunque aquella iba destinada más a un hombre que a una mujer. No sé cómo lo sabía, pero lo sabía. Decidí empezar por Cincinnati porque fue la primera ciudad que se me ocurrió. Podría haber sido Zurich (Suiza), o Waterville (Maine), pero no.

Intenté abrir un programa de HERRAMIENTAS llamado DINKYMAIL, pero antes el ordenador me indicó que encendiera el módem. Una vez en marcha este, el ordenador me pidió un prefijo telefónico. El 312 corresponde a Chicago e imagino que, para la compañía telefónica, todas las llamadas efectuadas desde el ordenador proceden de la sede central de TransCorp. En cualquier caso, no me importaba; era asunto suyo. Por mi parte, yo había encontrado mi asunto y

me disponía a ocuparme de él.

Con el módem en funcionamiento y conectado a Chicago, el ordenador me mostró las palabras

DINKYMAIL LISTO

Hice clic en la palabra LOCALIZAR. Por entonces llevaba tres horas en el estudio, con una sola interrupción para mear, y olía a tigre. Sin embargo, me daba igual. Me gustaba el olor. Me lo estaba pasando en grande. De puta madre.

Escribí CINCINNATI e hice clic en EJECUTAR.

NINGÚN RESULTADO CINCINNATI

Repuso el ordenador. Vale, no pasaba nada. Probé con Columbus, que de todos modos estaba más cerca de casa. Y entonces, ¡sí, señor! Bingo.

DOS RESULTADOS COLUMBUS

Había dos números de teléfono. Hice clic en el primero, picado por la curiosidad y un poco asustado por lo que pudiera averiguar. Pero no apareció un expediente, un perfil ni, menos mal, una fotografía. La pantalla mostraba una sola palabra:

MUFFIN

¿Cómo?

Pero entonces lo supe. Muffin era la mascota del señor Columbus, con toda probabilidad un gato. Recuperé la carta especial, trasladé dos símbolos y eliminé un tercero. Luego añadí la palabra «Muffin» en la parte superior junto a una flecha que señalaba hacia abajo. Perfecto.

¿Me pregunté acaso quién era el dueño de Muffin o qué habría hecho para merecer la atención de TransCorp o qué iba a ocurrirle? Pues no. Y en ningún momento se me ocurrió que la preparación recibida en Peoria podía ser en parte responsable de tanta indiferencia. Estaba haciendo mi trabajo, nada más. Haciendo mi trabajo y más contento que unas pascuas.

Marqué el número que aparecía en el monitor. Tenía encendido el altavoz del ordenador, pero no me respondió ninguna voz, solo el chirrido estridente de apareo de otro ordenador. Mejor, la verdad. La vida es más sencilla cuando eliminas el factor humano. Entonces te pasa como en esa película, *Almas en la hoguera*, sobrevolando Berlín en tu querido B-25 con el ojo pegado a tu querida mira Norden en espera del momento idóneo para apretar tu querido botón. Ves chimeneas y tejados de fábricas, pero no seres humanos. Los tipos que lanzaban bombas desde los B-25 no se veían obligados a oír los gritos de las madres cuyos hijos quedaban descuartizados por las explosiones, y yo ni siquiera me veía obligado a oír la respuesta de un ser humano al otro lado de la línea. Genial.

Sin embargo, al poco apagué el altavoz de todos modos. Me distraía.

MÓDEM LOCALIZADO

comentó el ordenador antes de añadir

BUSCAR DIRECCIÓN DE CORREO ELECTRÓNICO S/N

Escribí «S» y esperé. Esta vez la espera fue más larga. Creo que el ordenador regresó a Chicago para recoger lo que necesitaba a fin de descifrar la dirección de correo electrónico del señor Columbus. Pese a ello, al cabo de menos de treinta segundos me anunció

DIRECCIÓN DE CORREO ELECTRÓNICO ENCONTRADA ENVIAR DINKYMAIL S/N

Escribí «S» sin vacilación alguna. El ordenador dijo

ENVIANDO DINKYMAIL

y luego

DINKYMAIL ENVIADO

Y eso fue todo. Sin fuegos artificiales ni nada.
Pero me pregunto qué le pasaría a Muffin.
Ya saben, después de.

XVI

Aquella noche llamé al señor Sharpton.

—Estoy trabajando —dije.

—Estupendo, Dink, buenas noticias. ¿Te sientes mejor? —se interesó con su serenidad habitual.

El señor Sharpton es como el clima de Tahití.

—Sí—asentí.

Lo cierto era que estaba en el séptimo cielo. Había sido el mejor día de mi vida. A pesar de todas las dudas y preocupaciones, aún estoy convencido de ello. El día más eventual de mi vida. Fue como un río de fuego en mi cabeza, un puto río de fuego, ¿se hacen una idea?

—Y usted, señor Sharpton, ¿se siente mejor? ¿Aliviado?

—Me alegro por ti, pero no puedo decir que esté aliviado, porque...

—Porque no ha estado preocupado en ningún momento.

—Exacto.

—Todo es eventual, en otras palabras.

- Se echó a reír al oír aquello. Siempre se ríe cuando lo digo.
- Exacto, Dink. Todo es eventual.
- Señor Sharpton...
- ¿Sí?
- El correo electrónico no es del todo seguro, ¿sabe? Cualquier persona que sepa del tema puede pincharlo.
- Parte de lo que envías es la sugerencia de que el destinatario elimine el mensaje de todos los archivos, ¿verdad?
- Sí, pero no puedo garantizar al ciento por ciento que lo hagan.
- Aun cuando no lo hagan, a ninguna otra persona puede pasarle nada por leerlo, ¿verdad? Porque está... personalizado.
- Bueno, puede que le provoque dolor de cabeza, pero no mucho más.
- Y el mensaje en sí resulta ininteligible.
- Como una especie de código.
- El señor Sharpton lanzó una carcajada.
- Pues que intenten descifrarlo. ¡Que lo intenten!
- Vale —repuse con un suspiro.
- Hablemos de cosas más importantes, Dink. ¿Cómo te has sentido?
- De putísima madre.
- Magnífico. No cuestiones esa sensación, Dink. No la cuestiones jamás. Y colgó.

XVII

A veces tengo que enviar las cartas por correo, es decir, imprimir lo que fabrico en el CUADERNO DE DINKY, meterlo en un sobre, lamer los sellos y enviar la carta a alguien. Profesora Ann Tevitch, Universidad de Nuevo México en Las Cruces. Señor Andrew Neff, *New York Post*, Nueva York, Nueva York. Bill Unger, Entregas Generales, Stovington, Vermont. Solo eran nombres, pero aun así resultaban más inquietantes que los números de teléfono. Más personales que los números de teléfono. Era como ver por un segundo rostros por la mira Norden de tu avión. Qué fuerte, ¿no? Ahí estás tú, a ocho mil metros de altitud, donde no se permiten caras, pero de repente ves alguna durante un par de segundos.

No sabía cómo era posible que una profesora universitaria no tuviera módem, o un tipo que trabajaba en un periódico de Nueva York, para el caso, pero nunca me preguntaba demasiadas cosas. No me hacía falta. Vivimos en un mundo moderno, pero el ordenador no es el único medio para enviar cartas. El correo ordinario sigue existiendo. Y la información que necesitaba siempre la encontraba en la base de datos, como el hecho de que Unger tenía un Thunderbird de 1957, por ejemplo, o que Ann Tevitch tenía un ser querido, probablemente su marido o quizá su hijo, o su padre, que se llamaba Simon.

Además, las personas como Tevitch y Unger eran excepciones. Casi todos los objetivos a los que me dirijo, como aquel primero de Columbus, están preparados para el siglo XXI. ENVIANDO DINKYMAIL, DINKYMAIL

ENVIADO. Hasta luego, Lucas.

Podría haber seguido así durante mucho tiempo, tal vez para siempre, navegando por la base de datos (no hay calendario que seguir, ni lista de ciudades y objetivos prioritarios; estoy solo ante el peligro, a menos que todos esos detalles los tenga también almacenados en el inconsciente, en el disco duro), yendo al cine por las tarde, disfrutando del silencio sin mamá que reinaba en mi casita y soñando con el siguiente peldaño del escalafón, de no ser porque un día me desperté caliente. Trabajé más o menos una hora, navegando por Australia, pero no había manera. La polla no paraba de metérseme en el cerebro, por así decirlo. Al final apagué el ordenador y bajé a la tienda a ver si encontraba alguna revista con chicas guapas en ropa interior de encaje.

Al llegar me crucé con un tipo que salía después de comprar el *Columbus Dispatch*. Yo nunca leo el periódico. ¿Para qué? Cada día sale lo mismo. Dictadores que se cargan a otros más débiles que ellos, hombres vestidos de uniforme dándole a pelotas de fútbol americano o europeo, políticos besando a bebés y lamiendo culos. En otras palabras, artículos sobre los Skipper Brannigan de este mundo. Y tampoco me habría fijado en aquel artículo aunque hubiera mirado hacia el expositor de periódicos al entrar en la tienda, porque estaba en la mitad inferior de la primera página, por debajo del pliegue. Pero aquel capullo que salía iba con el periódico abierto y la cara enterrada en él.

En la esquina inferior derecha vi la fotografía de un tipo de pelo blanco fumando en pipa y sonriendo. Tenía aspecto de tipo afable, probablemente irlandés, con muchas arrugas alrededor de los ojos y pobladas cejas blancas. El titular que coronaba la imagen no era enorme, pero sí lo bastante grande para leerlo. Decía: EL SUICIDIO DE NEFF DESCONCIERTA Y AFLIGE A SUS COMPAÑEROS.

Por un instante pensé en salir de allí. Ya no me apetecía ver chicas guapas en lencería sexy. Volvería a casa y me echaría la siesta. Si no lo hacía, lo más seguro era que acabara cogiendo un ejemplar del *Dispatch* sin poder contenerme y no sabía si me convenía saber más sobre aquel tipo de aspecto irlandés de lo que sabía... o sea nada, como ya se imaginan que me recordé a mí mismo. Neff no podía ser un nombre tan infrecuente, solo tenía cuatro letras, no era Shittendookus ni Horecake, debía de haber miles de Neffs en el país. Seguro que ese tío nada tenía que ver con mi Neff, aquel al que le gustaban los discos de Frank Sinatra.

En cualquier caso, lo mejor era largarse y volver al día siguiente. Al día siguiente, la foto del tipo de la pipa ya no estaría. Al día siguiente habría dado paso a la foto de otra persona en la esquina inferior derecha de la primera página. Moría gente cada dos por tres, ¿no? Personas que no eran superestrellas ni nada de eso, solo lo bastante famosas para que su foto saliera en la esquina inferior derecha de la página uno. Y a veces sus muertes desconcertaban a otros, como la gente de Harkerville tras la muerte de Skipper. Nada de alcohol en la sangre, noche despejada, carretera seca, ninguna tendencia suicida...

Pero el mundo está plagado de misterios así, y a veces lo mejor es dejarlos sin revolver. A veces las soluciones no son... bueno, no son demasiado

eventuales.

Pero la fuerza de voluntad nunca ha sido mi fuerte. No siempre consigo mantenerme alejado del chocolate, aunque sé que mi cutis se rebela, y aquel día no conseguí mantenerme alejado del *Columbus Dispatch*, sino que me lo compré.

De camino a casa se me ocurrió una idea curiosa, y es que no quería sacar en la basura un periódico con la foto de Andrew Neff en primera página. Los basureros venían en un camión del ayuntamiento y no tenían nada que ver, no podían tener nada que ver con TransCorp, pero...

Un verano, cuando éramos pequeños, Pug y yo miramos una serie que se llamaba *Golden Years*. Probablemente no la recuerden. En fin, en ella salía un tío que siempre decía: «La paranoia perfecta es la consciencia perfecta». Era su lema, y estoy bastante de acuerdo con él.

La cosa es que en lugar de volver a casa me fui al parque, me senté en un banco, leí el artículo y cuando acabé tiré el periódico a una papelería. Ni siquiera eso me hizo demasiada gracia, pero bueno, si el señor Sharpton tiene a un tipo siguiéndome para comprobar cada insignificancia que tiro, estoy bien jodido de todas formas.

No cabía ninguna duda de que Andrew Neff, de sesenta y dos años, columnista del *Post* desde 1970, se había suicidado. Se tomó un montón de pastillas que por sí solas ya lo habrían tumbado, luego se metió en la bañera, se cubrió la cabeza con una bolsa de plástico y puso el broche de oro a la velada cortándose las venas. He aquí un hombre totalmente decidido a eludir cualquier tipo de ayuda profesional.

No obstante, no dejó nota alguna, y la autopsia no reveló indicios de problemas. Sus compañeros descartaban la posibilidad de que sufriera Alzheimer o demencia precoz. «Era el tipo más listo que he conocido en mi vida y lo fue hasta el día de su muerte —aseguraba un hombre llamado Pete Hamill—. Podría haber ganado cualquiera de esos concursos televisivos para sesudos.» Hamill añadía que una de las «encantadoras rarezas» de Neff era su contundente negativa a participar en la revolución informática. No quería saber nada de módems, ordenadores personales ni correctores ortográficos de Franklin Electronic Publishers. Ni siquiera tenía *compact* en su piso, afirmaba. Neff declaraba, tal vez solo medio en broma, que los *compacts* eran obra del Diablo. Le encantaba Frank Sinatra, pero solo en vinilo.

Ese tal Hamill y algunos otros decían que Neff siempre estaba de buen humor, incluso la tarde que entregó su última columna, tras lo cual se fue a casa, se tomó una copa de vino y se quitó la vida. Una de las columnistas de chismes del *Post*, Liz Smith, decía que había compartido una ración de pastel con él aquella última tarde y que Neff le había parecido «un poco distraído, pero nada más».

Distraído, ya. Con la cabeza llena de fodes, cualquiera estaría distraído.

Neff, continuaba el artículo, había sido un bicho raro en el *Post*, que defiende un punto de vista más bien conservador... Supongo que no llegan al punto de recomendar a las claras la electrocución para los que llevan tres años

en paro y viven de la beneficencia, pero sí lo mencionan como posibilidad. Por lo visto, Neff era el liberal de la redacción. Escribía una columna titulada «Eneff is Eneff»,¹ donde hablaba de cambiar el trato que Nueva York dispensaba a las madres solteras adolescentes, insinuaba que el aborto no siempre era un asesinato y argumentaba que las viviendas pobres de los barrios más periféricos constituían una máquina de odio que se autoperpetuaba. Poco antes de morir se había dedicado a escribir artículos sobre la envergadura del ejército, preguntándose por qué Estados Unidos como país sentía la necesidad de seguir metiendo dinero en él cuando en esencia ya no quedaba nadie contra quien luchar salvo los terroristas. Decía que más nos valía gastar el dinero en crear empleo. Y a los lectores del *Post*, que habrían crucificado a cualquier otro que se atreviera a decir semejantes cosas, les encantaba oír las de su boca. Porque era gracioso. Porque era encantador. Tal vez porque era irlandés y había besado la Piedra de Blarney.

1. Juego de palabras entre el nombre del personaje y la fonética de «eneff is eneff», muy similar a la de *enough is enough* (basta ya). (*N. de la T.*)

Y eso era todo. Eché a andar hacia casa. Sin embargo, por el camino me desvié y acabé recorriéndome todo el centro. Caminaba en zigzag, paseando por avenidas y acortando por aparcamientos mientras imaginaba a Andrew Neff metiéndose en la bañera y cubriéndose la cabeza con una bolsa. Una bolsa de las grandes, de esas que mantienen frescos todos tus restos del súper.

«Se lo merecía.»

Era lo que el señor Sharpton había dicho de Skipper y quizá tenía razón... esa vez. Pero ¿se lo merecía Neff? ¿Había cosas de él que no sabía? ¿Quizá le iban las niñas pequeñas o vendía droga o se metía con gente demasiado débil para ofrecer resistencia, como Skipper cuando me persiguió con el carro de la compra?

«Queremos ayudarte a emplear tu talento en beneficio de toda la humanidad», había dicho el señor Sharpton, y sin duda eso no incluía hacer que un tío se suicidara porque consideraba que el Departamento de Defensa gasta demasiado en bombas inteligentes. Esas paranoias están reservadas a las películas de Steven Seagal y Jean-Claude van Damme.

Y entonces tuve una idea, una idea aterradora.

Quizá TransCorp lo quería muerto precisamente porque escribía esas cosas.

Quizá lo querían muerto porque algunas personas, las personas equivocadas, empezaban a preocuparse por las cosas que escribía.

—Qué locura —dije en voz alta.

Una mujer que contemplaba un escaparate me fulminó con la mirada.

Acabé en la biblioteca pública hacia las dos, con las piernas doloridas y un terrible dolor de cabeza. No dejaba de ver a aquel hombre en la bañera, con las tetas arrugadas de anciano, el vello del pecho encanecido, la amable sonrisa borrada de su rostro y sustituida por una mirada perdida. Lo imaginaba una y

otra vez poniéndose la bolsa en la cabeza mientras tarareaba una canción de Sinatra, «My Way», quizá, calándosela bien y mirando a través de ella como quien mira por una ventana sucia para no errar al cortarse las venas. No quería imaginar aquellas cosas, pero no podía evitarlo. Mi mira de bombardero se había convertido en un telescopio.

En la biblioteca había una sala de ordenadores donde uno podía conectarse a internet por poco dinero. Me hicieron sacarme el carnet de la biblioteca, pero no me importó; tener el carnet de la biblioteca siempre va bien, nunca está demás ir bien documentado.

Me costó solo tres pavos localizar a Ann Tevitch y el artículo sobre su muerte. El texto, comprobé con el corazón en un puño, empezaba en la esquina inferior derecha de la primera página, la Sección Oficial de los Muertos, antes de pasar a la página de esquelas. La profesora Tevitch había sido una guapa señora rubia de treinta y siete años. En la fotografía sostenía las gafas en una mano, como si quisiera hacer saber a la gente que las llevaba... o para hacerles saber que tenía los ojos preciosos. Ese detalle me hizo sentir triste y culpable.

Su muerte guardaba una similitud asombrosa con la de Skipper. Había acaecido durante el camino de vuelta a casa desde la Universidad de Nuevo México, tal vez conduciendo un poco deprisa porque le tocaba preparar la cena, pero en fin, la carretera estaba en perfectas condiciones y la visibilidad era excelente. Su coche, que lucía la matrícula personalizada FAN DNA, como yo bien sabía, se había salido de la carretera, dado una vuelta de campana y acabado en el fondo de un barranco. Seguía viva cuando alguien vio la luz de los faros y la encontró, pero en ningún momento hubo esperanzas, ya que sus heridas eran demasiado graves.

No encontraron alcohol en su organismo, y su matrimonio funcionaba bien (no tenía hijos, al menos, gracias a Dios), de modo que la idea del suicidio resultaba descabellada. Tenía excelentes perspectivas de futuro e incluso había hablado de comprarse un ordenador para celebrar una beca de investigación que le habían concedido. Llevaba más o menos desde 1988 negándose a tener un PC; había perdido datos muy valiosos cuando se le estropeó el último y desde entonces desconfiaba de ellos. Utilizaba el equipo de la facultad cuando no le quedaba otro remedio, pero nada más. El forense había dictaminado que la muerte de Ann Tevitch había sido accidental.

La profesora, bióloga clínica, había liderado la investigación sobre el sida en la costa Oeste. Otro científico, establecido en California, afirmaba que su muerte podía demorar la búsqueda del remedio contra la enfermedad cinco años. «Era un elemento clave en la investigación —aseguraba—. Era inteligente, por supuesto, pero no solo eso. En cierta ocasión oí a alguien referirse a ella como una "intermediaria nata", lo cual me parece una descripción más que válida. Ann tenía el don de unir a las personas. Su muerte constituye una gran pérdida para las muchas personas que la conocían y amaban, pero aun más para la causa.»

Tampoco me costó localizar a Billy Unger. Su fotografía encabezaba la primera página del *Weekly Courant* de Stovington en lugar de quedar relegada a la Sección Oficial de los Muertos, pero tal vez se debía a que no había tantos

famosos en Stovington. Unger era el general William Apisonadora Unger, distinguido con la Estrella de Plata y la Estrella de Bronce en Corea. Durante la administración Kennedy fue subsecretario de Defensa (reforma de la ley de adquisiciones) y uno de los grandes belicistas de la época. Mata a los rusos, bébete su sangre y protege a Estados Unidos para que pueda celebrar el día de Acción de Gracias en paz.

Pero de repente, cuando Lyndon Jonson empezaba a intensificar las acciones militares en Vietnam, Billy Unger cambió de actitud. Comenzó a escribir cartas a los periódicos, afirmando que llevábamos muy mal aquella guerra. Luego llegó a decir que lo de Vietnam era un error, y en 1975 acabó declarando que todas las guerras eran un error, lo cual pareció bien a casi todos los habitantes de Vermont.

Fue senador de un estado durante siete legislaturas, empezando en 1978. Cuando un grupo de demócratas progresistas le propuso que se presentara al senado de Estados Unidos en 1996, contestó que quería «leer un poco y considerar sus opciones», lo que implicaba que estaría preparado para iniciar su carrera política a escala nacional en el 2000, 2002 como mucho. Se estaba haciendo viejo, pero parece que a los de Vermont les gustan los viejos. El año 1996 pasó sin que Unger se presentara como candidato de nada (quizá porque su mujer murió de cáncer ese año) y antes de 2002 se compró unas cuantas semillas de malvas y empezó a criarlas.

Un contingente reducido pero leal de Stovington aseguraba que la muerte de Apisonadora fue un accidente, que los poseedores de la Estrella de Plata no se tiran del tejado a pesar de haber perdido a su mujer, pero los demás señalaron que no creían que hubiera subido a reparar las tejas, en pijama, a las dos de la madrugada. El veredicto fue de suicidio.

Ya, claro. Y una mierda pinchada en un palo.

XVIII

Salí de la biblioteca con la intención de ir a casa, pero lo que hice fue volver al mismo banco del parque. Me quedé allí sentado hasta que el sol se puso y el parque se quedó sin niños y perros cazadores de *frisbees*. Aunque por entonces ya llevaba tres meses en Columbia City, era la primera vez que salía hasta tan tarde. Triste, pero cierto. Yo que creía que por fin tenía una vida independiente, lejos de mamá, pero en realidad no era más que una sombra.

Si ciertas personas me vigilaban, tal vez se preguntaran a qué venía aquel cambio, de modo que me levanté, fui a casa, herví una de esas bolsitas de mierda instantánea y encendí el televisor. Tengo televisión por cable, el paquete entero, inclusive las cadenas de estrenos cinematográficos, y jamás me ha llegado factura alguna. Qué chollo, ¿eh? Puse Cinemax y vi a Rutger Hauer haciendo de karateka ciego. Me senté en el sofá bajo el Rembrandt falso y miré la peli. No la vi, eso no, pero cené y la miré.

Mientras miraba pensé en cosas. En un columnista de ideas liberales y lectores conservadores. En una investigadora del sida que hacía de puente con

otros investigadores del sida. En un viejo general que había cambiado de opinión. Pensé en el hecho de que solo conocía a esas tres personas de nombre porque no tenían módem ni correo electrónico.

También tenía otras cosas en que pensar, como en el modo de hipnotizar a un tipo con talento, drogarlo o tal vez exponerlo a otros tipos con talento a fin de evitar que formulara las preguntas equivocadas o tomara las decisiones equivocadas. Como el modo de cerciorarse de que un tipo con talento no pusiera pies en polvorosa si algún día descubría la verdad. Podías hacerlo confinándolo en una existencia sin dinero... una vida cuya primera regla consistía en no apartar fondos extraordinarios, ni siquiera calderilla. ¿Qué clase de tipo con talento caería en semejante trampa? Pues uno ingenuo, con pocos amigos y escasísima autoestima. Un tipo capaz de vender su talentosa alma por un puñado de provisiones y setenta pavos a la semana, porque está convencido de que eso es lo que vale su trabajo.

No quería pensar en nada de todo aquello. Intenté concentrarme en Rutger Hauer y sus graciosas piruetas de karateka ciego (Pug se habría partido el pecho de haber estado conmigo, créanme) para no tener que pensar en nada de todo aquello.

«Doscientos», por ejemplo. Un número en el que no quería pensar. 200.10 X 20,40 X 5, CC, para los antiguos romanos. Al menos doscientas veces había pulsado la tecla que hacía aparecer el mensaje DINKYMAIL ENVIADO en mi pantalla.

Por primera vez, como si acabara de despertar, se me ocurrió que era un asesino. Un asesino en serie.

Sí, señor, a eso se reducía todo.

¿Seres humanos buenos? ¿Seres humanos malos? ¿Seres humanos indiferentes? ¿Quién emite esos juicios? ¿El señor Sharpton? ¿Sus jefes? ¿Los jefes de sus jefes? Y en cualquier caso, ¿qué importa?

Llegué a la conclusión de que no importaba una mierda. También de que no podía pasar demasiado tiempo quejándome (ni a mí mismo) de que me hubieran drogado, hipnotizado o sometido a algún tipo de control mental. La verdad era que hacía lo que hacía porque me encantaba la sensación que experimentaba cuando componía las cartas especiales, esa sensación de que un río de fuego me surcaba el centro de la mente.

Y sobre todo, lo hacía porque podía.

—Eso no es cierto —objeté... pero en voz baja, entre dientes. Probablemente no han puesto micrófonos en mi casa, pero más vale prevenir.

Empecé a escribir este... ¿Cómo llamarlo? Informe, tal vez. Empecé a escribir este informe aquella misma noche, en cuanto acabó la película de Rutger Hauer. Pero lo escribo a mano en un cuaderno, no en el ordenador, y en inglés corriente y moliente. Nada de sancófitos, fodres ni micros. Bajo la mesa de ping-pong del sótano hay una baldosa suelta; ahí es donde guardo el informe. Acabo de releer el principio. «Ahora tengo un buen trabajo y ningún motivo para sentirme deprimido.» Qué gilipollez. Pero por supuesto, cualquier gilipollas es capaz de engañarse a sí mismo.

Aquella noche, cuando me acosté, soñé que estaba en el aparcamiento del Supr Savr. Pug estaba allí, vestido con el guardapolvo rojo y un sombrero como el que Mickey Mouse llevaba en *Fantasia*, la película donde Mickey hacía el papel de aprendiz de brujo. En el centro del aparcamiento había una hilera de carros de la compra. Pug subía y bajaba la mano, y cada vez que lo hacía, uno de los carros se ponía en marcha solo, cogiendo velocidad para cruzar el aparcamiento y estrellarse contra la pared lateral de ladrillo del supermercado. Los carros se iban acumulando allí, una montaña reluciente de metal y ruedas. Por una vez en su vida, Pug no sonreía. Yo quería preguntarle qué hacía y qué significaba, pero por supuesto, lo sabía.

—Ha sido bueno conmigo —le decía a Pug en el sueño, refiriéndome al señor Sharpton, por supuesto—. Ha sido muy, pero que muy eventual.

En ese momento, Pug se volvía hacia mí, y entonces comprobaba que no era él. Era Skipper y tenía la cabeza aplastada hasta las cejas. Las crestas del cráneo roto sobresalían en círculo, como si llevara una corona de hueso.

—No estás mirando por una mira de bombardero —me decía con una sonrisa—, sino que eres la mira. ¿Qué te parece, Dinkster?

Desperté en la oscuridad de mi habitación, sudando, cubriéndome la boca con las manos para ahogar un grito, así que supongo que no debía de hacerme demasiada gracia el sueño.

XIX

Escribir esto ha representado una lección dura de roer. Es como decir eh, Dink, bienvenido al mundo real. Por lo general es la imagen de mí mismo triturando billetes en la cocina la que me cruza la mente cuando pienso en lo que me ha sucedido, pero sé que se debe a que resulta más fácil pensar en dinero triturado (o monedas arrojadas a la alcantarilla) que en personas trituradas. A veces me odio a mí mismo, a veces temo por mi alma inmortal (si es que tengo) y a veces me avergüenzo sin más. «Confía en mí», dijo el señor Sharpton, y lo hice. ¿Hasta qué punto puedo poner la excusa de la inmadurez? Me digo a mí mismo que no soy más que un crío, que tengo la misma edad que los críos que pilotaban esos B-25 en los que pienso a veces, que los críos tienen derecho a ser tontos. Pero no sé si es cierto cuando hay vidas en juego.

Y por supuesto, sigo haciéndolo.

Sí.

Al principio pensé que no podría, al igual que los niños de Mary Poppins ya no pueden seguir volando por la casa cuando dejan de pensar en cosas alegres... pero sí puedo. En cuanto me senté ante el ordenador y empezó a fluir aquel río de fuego, se acabó. Ya ven (o al menos creo que ven), para esto vine al planeta Tierra. ¿Se me puede culpar por hacer aquello que me completa, que me redondea?

Respuesta: Sí, sin duda alguna.

Pero no puedo parar. A veces me digo que sigo porque si paro, aunque solo sea por un día, sabrán que he descubierto el pastel, y los limpiadores

vendrán un día sin avisar. Pero no es la única razón. Lo hago porque no soy más que otro adicto, como un yonqui fumando crack en un callejón o una tía metiéndose un pico. Lo hago por el puto subidón, lo hago porque cuando trabajo en el CUADERNO DE DINKY, todo es eventual. Es como estar atrapado en la casita de chocolate. Y todo por culpa de aquel capullo que salió de la tienda con el puto *Dispatch* abierto. De no ser por él, seguiría sin ver más que edificios difusos por la mira. No vería personas, solo objetivos.

«Eres la mira —había dicho Skipper en mi sueño—. Tú eres la mira, Dinkster.»

Cierto, lo sé. Espeluznante, pero cierto. No soy más que un instrumento, el objetivo por el que mira el bombardero. El botón que pulsa.

¿Qué bombardero, se preguntarán?

Venga ya.

He pensado en llamarlo, ¿qué les parece la locura? O quizá no sea una locura. «Lláname cuando quieras, aunque sean las tres de la mañana», eso había dicho el hombre, y estoy bastante seguro de que lo decía en serio. El señor Sharpton no me mintió en ese aspecto, al menos.

Pensé en llamarle y decirle: «¿Sabe qué es lo que más duele, señor Sharpton? Eso que dijo de que podía convertir el mundo en un lugar mejor librándome de gente como Skipper. Lo cierto es que ustedes son como Skipper».

Claro. Y yo soy el carro de la compra con el que persiguen a gente, riendo, ladrando y haciendo sonidos de coche de carreras. Además, salgo barato... a precio de saldo. De momento ya he matado a más de doscientas personas y ¿por cuánto le ha salido a TransCorp? Una casita en una ciudad de tercera en Ohio, setenta pavos a la semana y un Honda. Ah, y televisión por cable, no lo olviden.

Me quedé un rato mirando el teléfono, pero volví a colgarlo. No podía decirle nada de eso. Sería como ponerme una bolsa de plástico en la cabeza y cortarme las venas.

¿Qué voy a hacer?

Dios mío, ¿qué voy a hacer?

XX

Hace dos semanas que saqué este cuaderno de debajo de la baldosa del sótano para escribir en él. Dos jueves en los que he oído la tapa del buzón durante *As the World Turns* y salido al recibidor para recoger el dinero. He visto cuatro películas en el cine, todas ellas en sesión de tarde. Dos veces he triturado dinero en el fregadero de la cocina y arrojado las monedas sobrantes a la alcantarilla, disimulando tras la cesta de plástico azul del reciclaje. Un día bajé a la papelería con intención de comprarme *Variations* o *Forum*, pero de nuevo vi un titular en primera plana del *Dispatch* que acabó con mi líbido, EL PAPA MUERE DE UN INFARTO DURANTE UNA MISIÓN DE PAZ.

¿Lo habría hecho yo? No, el artículo decía que había sucedido en Asia, y las últimas semanas me había ceñido al noroeste de Estados Unidos. Pero podría

haber sido yo. Si la semana anterior hubiera metido las narices en Pakistán, lo más probable es que hubiera sido yo.

Dos semanas de pesadilla.

Y de repente, esta mañana he encontrado algo en el correo. No era una carta (solo he recibido tres o cuatro en este tiempo, todas ellas de Pug, y ahora que ha dejado de escribir lo echo mucho de menos), sino un folleto publicitario de los grandes almacenes Kmart. El folleto se desdobló cuando estaba a punto de tirarlo a la basura, y de él salió despedida una nota escrita con letra de imprenta. ¿QUIERES DEJARLO?, decía. EN CASO AFIRMATIVO, ENVÍA UN MENSAJE DICIENDO «DON'T STAND SO CLOSE TO ME» ES LA MEJOR CANCIÓN DE POLICE.

El corazón me latía con violencia, como el día en que entré en mi casa y vi la reproducción de Rembrandt encima del sofá, ocupando el lugar de los payasos de terciopelo.

Bajo el mensaje, alguien había dibujado un fodre. Resultaba inofensivo ahí tan solo, pero verlo me secó la boca a pesar de ello. Era un mensaje real, el fodre lo demostraba, pero ¿de dónde venía? ¿Y cómo sabía el remitente de mí?

Entré en el estudio cabizbajo y a paso lento, pensando. Un mensaje metido en un folleto publicitario. Eso significaba que llegaba de cerca, de la ciudad.

Puse en marcha el ordenador y el módem, y llamé a la biblioteca pública de Columbia City, donde se puede navegar por poco dinero... y en un anonimato relativo. Cualquier cosa que enviara pasaría por la TransCorp en Chicago, pero no importaba. No sospecharían nada... si tenía cuidado.

Y por supuesto, si había alguien.

Lo había. Mi ordenador conectó con el ordenador de la biblioteca, y en mi pantalla apareció un menú. Por un breve instante apareció también otra cosa. Un mirco.

En la esquina inferior derecha. Solo un destello.

Envié el mensaje sobre la mejor canción de Police y añadí un toque personal en la Sección Oficial de los Muertos, un sancófito.

Podría escribir más, pues han empezado a suceder cosas y creo que pronto se precipitarán los acontecimientos, pero no creo que sea seguro. Hasta ahora solo he hablado de mí mismo, pero si siguiera adelante, tendría que hablar de otras personas. Sin embargo, hay otras dos cosas que quiero decir.

En primer lugar, que siento lo que he hecho, incluso lo que le hice a Skipper. Volvería atrás si pudiera. No sabía lo que hacía. Sé que es una excusa de mierda, pero es la única que tengo.

En segundo lugar, tengo intención de escribir una carta especial más... la más especial de todas.

Tengo la dirección de correo electrónico del señor Sharpton y algo incluso mejor: el recuerdo de verlo acariciarse su corbata de la suerte mientras estábamos sentados en su enorme y carísimo Mercedes. El gesto amoroso con que deslizó la palma de su mano sobre aquellas espadas de seda. Así que, ya lo ven, sé lo suficiente de él. Sé exactamente qué añadir a su carta para hacerla

eventual. Puedo cerrar los ojos y ver una palabra flotando en la oscuridad tras mis párpados, como fuego negro, mortífera como una flecha disparada al cerebro, y es la única palabra que importa:

EXCALIBUR.

LA TEORÍA DE L.T. SOBRE LOS ANIMALES DE COMPAÑÍA(**)

Creo que si tuviera que decantarme por un relato de esta colección, optaría por «L. T.». El origen de la historia, que yo recuerde, se remonta a una columna de «Querida Abby» en la que Abby declaraba que el peor regalo que pueden hacerte es un animal de compañía. En primer lugar, presupone que el animal y su destinatario congeniarán; en segundo, presupone que alimentar a una mascota dos veces al día y limpiar su porquería (tanto dentro de casa como fuera) es exactamente aquello por lo que suspirabas desde hace tiempo. Si no me falla la memoria, describía el hecho de regalar una mascota como «un ejercicio de arrogancia». Me parece un poco exagerado. Mi mujer me regaló un perro cuando cumplí los cuarenta, y Marlowe, un corgi que ya tiene catorce años y un solo ojo, es miembro de honor de la familia desde entonces. Durante cinco de esos años también tuvimos un gato siamés bastante chiflado que se llamaba Pearl. Mientras veía cómo se relacionaban Marlowe y Pearl, que se trataban con cauteloso respeto, empecé a pensar en una historia donde las mascotas de un matrimonio no dejarían su huella en el dueño nominal de cada uno, sino en el otro. Me lo pasé en grande escribiéndola, y cada vez que me piden leer un relato en voz alta, elijo este siempre y cuando disponga de los cincuenta minutos que tarda en leerlo. Hace reír a la gente, y eso me gusta. Y lo que todavía me gusta más es el cambio inesperado de tono, la metamorfosis del humor en tristeza y horror que tiene lugar hacia el final. Cuando sucede, sorprende al lector con la guardia baja, con lo que el valor emocional del relato aumenta. En mi opinión, el valor emocional es lo más importante. Pretendo hacer reír o llorar cuando escribo una historia... o ambas cosas a la vez. En otras palabras, pretendo hacerme con el corazón del lector. Si lo que quieren es aprender algo, vayan a la escuela.

Mi amigo L.T. casi nunca habla de la desaparición de su mujer ni del hecho de que, con toda probabilidad, ha muerto, una víctima más del Hombre del Hacha; pero, en cambio, sí le gusta contar que lo abandonó. Lo hace con la exasperación justa, como diciendo: «Me engañó, chicos, me enredó como a un chino». A veces cuenta la historia a un puñado de hombres que se sientan en uno de los muelles de carga que hay detrás de la planta para comer. También él come allí, come el almuerzo que él mismo se ha preparado, porque Lulubelle no está en casa para preparárselo. Por lo general se ríen cuando cuenta la historia, que siempre acaba con la teoría de L.T. sobre los animales de compañía. Qué coño, yo también me río. Es una historia graciosa, aun cuando sepas cómo acaba. Claro que, en realidad, ninguno de nosotros sabe cómo acaba, no del todo.

—Salí a las cuatro, como siempre —narra L.T.—, y me fui al Deb's Den a tomar unas cervezas, como casi todos los días. Jugué una partida al millón y luego me fui a casa. Y entonces las cosas dejaron de ser como casi cada día. Cuando una persona se levanta por la mañana, no sabe hasta qué punto puede haber cambiado su vida cuando se acuesta por la noche. «No sabes el día ni la hora», dice la Biblia. Yo creo que ese versículo se refiere a la muerte, pero puede aplicarse a cualquier cosa, chicos. A cualquier cosa. Nunca sabes cuándo pueden torcerse las cosas. Cuando llego a casa veo que la puerta del garaje estaba abierta y que el pequeño Subaru que Lulu aportó al matrimonio ha desaparecido, pero no me extraña demasiado. A menudo iba a mercadillos y cosas así, y siempre se dejaba abierta la maldita puerta del garaje. Siempre le decía: «Lulu, si sigues dejando la puerta abierta, alguien acabará aprovechándose. Entrarán y se llevarán un rastrillo, una bolsa de turba o incluso el cortacésped. Joder, incluso un adventista del séptimo día recién salido de la universidad y en misión evangelista es capaz de robar si le pones la tentación delante de las narices, y eso que son los más difíciles de tentar, porque tienen la sensibilidad más a flor de piel que los demás mortales». Y ella siempre contestaba: «Vale, no lo haré más, L.T., o al menos lo intentaré, de verdad, cariño». Y durante un tiempo se enmendaba, solo que de vez en cuando recaía como cualquier pecador.

»Aparqué a un lado para que pudiera entrar el coche cuando llegara de donde fuera, pero cerré la puerta del garaje. Luego entré en la casa por la cocina. Miré en el buzón, pero estaba vacío, y la correspondencia estaba encima de una encimera de la cocina, así que debía de haber salido después de las once, porque el correo nunca llega antes de las diez. Bueno, el cartero, quiero decir. Lucy estaba junto a la puerta, maullando como maúllan los siameses; me encanta ese sonido, me parece mono, pero Lulu siempre lo ha detestado, tal vez porque suena como el llanto de un bebé y ella nunca quiso saber nada de bebés. "¿Para qué iba a querer yo un mocoso?", decía siempre.

»Que Lucy estuviera en la puerta no tenía nada de extraño. Esa gata me adoraba, aún me adora. Ahora tiene dos años. La cogimos al principio del último año que estuvimos casados. Más o menos. Me parece increíble que Lulu lleve fuera un año y que solo estuviéramos juntos tres. Pero lo cierto es que Lulubelle

no dejaba indiferente. Tenía algo que solo puedo denominar una cualidad de estrella. ¿Sabéis a quién me recordaba? A Lucille Ball. Ahora que lo pienso, creo que por eso llamé a la gata Lucy, aunque no recuerdo haberlo pensado en su momento. Quizá fue lo que podría calificarse de asociación inconsciente. Cuando entraba en una habitación... me refiero a Lulubelle, no a la gata, la iluminaba. Cuando una persona así desaparece, cuesta de creer y siempre esperas que vuelva a aparecer en cualquier momento.

»La cosa es que allí estaba la gata. Su verdadero nombre era Lucy, pero Lulubelle odiaba de tal modo su comportamiento que había dado en llamarla Jodidalucy, y el nombrecito se le quedó. Pero Lucy no estaba loca, solo necesitaba cariño, más que ninguna de las otras mascotas que había tenido a lo largo de mi vida, y he tenido unas cuantas.

»En fin, que entro en la casa, cojo a la gata, la acaricio un poco, y ella se me encarama al hombro y se sienta allí, ronroneando y hablando en siamés. Hojeo la correspondencia que hay en la cocina, pongo las facturas en la cesta y voy hacia la nevera para buscarle algo de comer a Lucy. Siempre guardo en ella una lata de comida abierta y cubierta con papel de aluminio. De este modo evito que Lucy se exalte y me clave las garras en el hombro al oír el sonido del abrelatas. Es que los gatos son muy listos, mucho más que los perros, y también diferentes en otros aspectos. Quizá la división más importante del mundo no sea la de hombres y mujeres, sino la de personas a las que les gustan los gatos y personas a las que les gustan los perros. ¿Os lo habíais planteado alguna vez, envasadores de carne de cerdo?

»Lulu siempre se quejaba de la lata abierta en la nevera, aun tapada con el papel de plata; decía que todo acababa sabiendo a atún rancio, pero yo no daba mi brazo a torcer. En casi todas las cosas cedía, pero lo de la comida de la gata era una de las pocas causas que defendía a ultranza. A decir verdad, no tenía nada que ver con la comida en sí, sino con la gata. Lulu detestaba a Lucy, punto. Lucy era su gata, pero la detestaba.

»La cosa es que me acerco a la nevera y veo una nota sujeta en la puerta con uno de los imanes en forma de verdura. Era de Lulubelle, y si no me falla la memoria, decía así: "Querido L. T., te dejo, cariño. A menos que llegues a casa antes de lo habitual, llevaré rato fuera cuando leas esta nota. No creo que llegues a casa antes de lo habitual, porque en todo el tiempo que llevamos casados nunca has llegado a casa antes de lo habitual, pero al menos sé que recibirás esto poco después de entrar por la puerta, porque lo primero que haces cada día cuando llegas no es venir a verme y decirme 'Hola, guapa, ya estoy en casa', y darme un beso, sino ir a la nevera, sacar lo que quede de la última lata asquerosa de comida que haya en ella y dar de comer a Jodidalucy. Así que al menos sé que no irás arriba ni te asustarás cuando veas que mi foto de la Última Cena de Elvis ha desaparecido y que mi parte del armario está casi vacía ni pensarás que ha entrado en casa un ladrón al que le gusta la ropa de mujer (a diferencia de algunos a los que solo les importa lo que hay debajo). A veces me impaciento contigo, cariño, pero sigo pensando que eres un encanto, un amor de persona. Siempre serás mi bizcochito dulce, mi terroncito de azúcar, dondequiera que nos

lleven nuestros respectivos caminos, pero es que he llegado a la conclusión de que no estoy hecha para ser la esposa de un envasador de carne. Y no es cuestión de arrogancia. La semana pasada incluso llamé a uno de esos videntes telefónicos mientras intentaba tomar una decisión, noche en blanco tras noche en blanco (oyéndote roncar, por cierto; no es que quiera herir tus sentimientos, pero joder, cómo roncas), y recibí la siguiente respuesta: 'Una cuchara rota puede convertirse en un tenedor'. Al principio no lo entendí, pero no desistí. No soy tan inteligente como otros (o como algunos creen serlo), pero me esfuerzo. Mi madre siempre decía que el mejor molino es el que muele despacio y muy fino, y yo me dediqué a moler esa frase como un molinillo de pimienta en un restaurante chino, pensando a altas horas de la madrugada mientras tú roncabas y sin duda soñabas con el número de morros de cerdo que podías embutir en una sola lata. De repente se me ocurrió que decir que una cuchara rota puede convertirse en un tenedor es una imagen muy hermosa, porque el tenedor tiene púas, y esas púas pueden tener que separarse, como tú y yo debemos separarnos ahora, pero comparten un solo mango, como nosotros. Los dos somos seres humanos, L.T., capaces de amarnos y respetarnos. Mira todas las veces que nos peleamos por culpa de Frank y Jodidalucy, y aun así nos hemos llevado bien casi siempre. Pero ha llegado el momento de probar suerte por otros derroteros; de pinchar el asado de la vida con otra púa. Además, echo de menos a mi madre".

(No sé a ciencia cierta si esto es exactamente lo que decía la nota que L. T. encontró en la nevera; la verdad es que no parece demasiado verosímil, debo reconocerlo, pero los hombres que escuchaban la historia no ponían cara de incredulidad en este punto, y además así era como hablaba Lulubelle, de eso doy fe.)

—«Por favor, no intentes seguirme, L.T., y aunque estaré en casa de mi madre y sé que tienes el número, te agradeceré que no me llames y que esperes a que te llame yo. Lo haré a su debido tiempo, pero de momento tengo muchas cosas en que pensar, y aunque ya he recorrido un largo camino, todavía me falta mucho para salir del túnel. Supongo que a la larga te pediré el divorcio y me parece justo decírtelo de entrada. Nunca me ha gustado dar falsas esperanzas y me parece mejor "ir con la verdad por delante". Por favor, recuerda que lo que hago lo hago por amor, no por odio ni resentimiento. Y recuerda también lo que se me dijo y lo que te digo yo ahora: una cuchara rota puede convertirse en un tenedor. Con todo mi amor, Lulubelle Simms.»

En ese momento, L.T. se detenía para que sus oyentes digirieran el hecho de que Lulu había firmado con su apellido de soltera y para hacer que la mirada se le perdiera en el infinito como solo L.T. DeWitt sabía hacerlo. Y entonces les hablaba de la posdata que Lulu había añadido a la nota:

—«Me llevo a Frank y te dejo a Jodidalucy. Me ha parecido que es lo que querías. Con cariño, Lulu.»

Si la familia DeWitt era un tenedor, Jodidalucy y Frank eran las otras dos púas. Y si no había tenedor (y por lo que a mí respecta, siempre me ha parecido que un matrimonio era más bien un cuchillo, de esos peligrosos de doble filo),

entonces Jodidalucy y Frank representaban todo lo que andaba mal en el matrimonio de L.T. y Lulubelle. Porque, pensad en ello, aunque Lulubelle había comprado a Frank para L.T. con ocasión de su primer aniversario de boda, y L.T. había comprado a Lucy, más tarde Jodidalucy, para Lulubelle con ocasión de su segundo aniversario de boda, cada uno acabó con la mascota del otro cuando Lulu decidió poner fin al matrimonio.

—Me compró el perro porque me gustaba el de Frasier —aseguraba L.T.—. Es un terrier, pero ahora no recuerdo qué tipo exactamente. Un jack no sé qué. ¿Jack Sprat? ¿Jack Robinson? ¿Jack Mierda? ¿Sabéis cuando tienes algo en la punta de la lengua y no te sale?

Alguien le decía que el perro de Frasier era un terrier Jack Russell, y L. T. asentía con ademán vigoroso.

—¡Exacto! —exclamaba—. ¡Claro que sí, eso es! Eso era Frank, un terrier Jack Russell. Pero ¿queréis saber la triste realidad? Dentro de una hora se me habrá vuelto a olvidar. Lo tendré almacenado en el cerebro, pero como escondido debajo de una piedra. Dentro de una hora me diré: «¿Qué era Frank? ¿Un terrier Jack Andel? ¿Un terrier Jack Rabbit? Algo así, sé que era algo así...». Y así sucesivamente. ¿Por qué? Pues creo que porque odiaba a ese cabroncete. Maldita rata ladadora. Puta máquina peluda de cagar. Lo odiaba desde el primer momento. Ya está, ya lo he soltado y me alegro. ¿Y sabéis qué? Frank sentía lo mismo por mí. Fue odio a primera vista.

«Algunos hombres adiestran a sus perros para que les lleven las zapatillas. Frank no me traía las zapatillas, sino que vomitaba sobre ellas. Sí, señor. La primera vez que lo hizo metí todo el pie en la tralla. Fue como meter el pie en un cuenco de gachas calientes con muchos grumos. No lo vi, pero tengo la teoría de que esperó delante de la puerta del dormitorio hasta que me vio llegar, acechó delante de la puerta del dormitorio, mejor dicho, luego entró, echó las papas en mi zapatilla derecha y luego se escondió debajo de la cama para disfrutar del espectáculo. Lo deduzco porque la vomitada todavía estaba caliente. Puto perro. Dicen que el perro es el mejor amigo del hombre. Y una mierda. Después de aquello quise llevarlo a la perrera, y ya tenía la correa preparada y todo, pero Lulu se puso como las cabras. Cualquiera diría que había entrado en la cocina y me habría pillado intentando ponerle un enema de desatascador. "Si llevas a Frank a la perrera, ya puedes llevarme a mí también —gritó y se puso a llorar—. Eso es lo que piensas de él y lo que piensas de mí, cariño, que no somos más que molestias de las que te gustaría librarte. Esa es la cruda realidad." O sea, un dramón de la hostia. "Ha vomitado en mi zapatilla", argumenté. "El perro ha vomitado en su zapatilla, así que al paredón —replicó ella—. Bomboncito, si te oyeras..." "¿Por qué no metes tú el pie descalzo en una zapatilla llena de vómito, a ver si te gusta?" Por entonces ya me estaba cabreando. El problema era que enfadarse con Lulu nunca servía de nada. Por lo general, si tú tenías el rey, ella tenía el as. Y si tú tenías el as, ella tenía el triunfo. Si yo me molestaba, ella se cabreaba. Si yo me cabreaba, ella se enfurecía. Si yo me enfurecía, ella se ponía en alerta máxima, vaciaba los silos de misiles y lo arrasaba todo. Casi nunca merecía la pena, pero lo olvidaba cada vez que nos peleábamos. Y entonces va y

me dice: "Ay, ay, ay, mi bizcochito dulce ha metido el piececito en unas babitas". Intenté defenderme, asegurarle que no era cierto, que de babitas nada, que las babitas no tienen grumos enormes, pero no me dejó hablar. Para entonces ya había puesto la directa y no tomaba prisioneros. "Te diré una cosa —me suelta—, unas babitas en la zapatilla son una insignificancia. Los hombres sois la pera. Te convendría probar a ser una mujer por una vez. Probar a ser la que siempre acaba con el culo encima del semen, o la que va al lavabo en plena noche y se encuentra con que el tío no ha bajado el asiento y el culo se le hunde en el agua fría. Además, lo más probable es que el tío no haya tirado de la cadena, porque los hombres se creen que el Hada de la Orina pasa por su casa a las dos de la madrugada y se encarga del asunto, y ahí estás tú, con el culo sumergido en pis, y de repente te das cuenta de que los pies también pisan meado, porque aunque los tíos están convencidos de que tienen una puntería infalible, la mayoría son unos inútiles. Borrachos o sobrios, tienen que regar todo el puto suelo antes de entrar a matar. Llevo toda la vida experimentándolo, cariño. He tenido padre, cuatro hermanos, un ex marido y unos cuantos amigos con derecho a roce cuya existencia no te incumbe a estas alturas... pero tú estás dispuesto a enviar al pobre Frank a la cámara de gas porque resulta que te ha babeado un poco en la zapatilla. "La zapatilla forrada de pelo", puntualicé, pero fue en vano.

»Lo que tenía vivir con Lulu, y quizá deba congratularme por ello, es que siempre sabía cuándo darme por vencido. Cuando perdía, era una derrota definitiva. Lo que no iba a decirle a pesar de saberlo a ciencia cierta era que el perro había vomitado en mi zapatilla adrede, al igual que se meaba en mi ropa interior adrede si olvidaba meterla en la cesta de la colada antes de ir a trabajar. Ella podía dejar sus sujetadores y bragas tirados por todo el universo, y lo hacía, pero si yo dejaba aunque solo fuera un par de calcetines de deporte en un rincón, por la noche me encontraba con que ese puto Jack Mierda les había administrado una lluvia dorada. Pero si le contaba eso a Lulu me pediría hora en el psiquiatra. Lo haría aun sabiendo que yo tenía razón, porque de lo contrario quizá tendría que tomarse en serio lo que pasaba, y no quería. Quería a Frank, ¿sabéis? Y Frank la quería a ella. Eran como Romeo y Julieta o Rocky y Adrian. Frank se acercaba a su sillón cuando mirábamos la tele, se tendía en el suelo junto a ella y apoyaba el hocico sobre su zapato. Se quedaba así toda la noche, mirándola con ojos de cordero degollado y con el culo apuntando hacia mí, de forma que si se tiraba un pedo, yo fuera el único beneficiario. Lulu quería a Frank, y Frank quería a Lulu. ¿Por qué? Quién sabe. Por lo visto, el amor es un misterio para todo el mundo a excepción de los poetas, y ninguna persona cuerda entiende lo que estos escriben sobre él. No creo que ni ellos lo entiendan en las raras ocasiones en que sacan la cabeza del culo.

»Pero Lulubelle no me regaló el perro para poder tenerlo ella, eso hay que dejarlo muy claro. Sé que algunas personas lo hacen, como los tipos que regalan a su mujer un viaje a Miami porque son ellos quienes quieren ir allí, y la mujer que le regala a su marido una máquina de remo porque considera que debe hacer algo para rebajar barriga, pero en nuestro caso no fue así. Al principio

estábamos locamente enamorados. Yo estaba locamente enamorado de ella y apuesto lo que sea a que ella también lo estaba de mí. No, me compró el perro porque siempre me partía el culo cuando veía el de Frasier. Quería hacerme feliz, nada más. No sabía que Frank le tomaría tanto cariño ni ella a él, al igual que no sabía que el perro me cogería tanta manía que vomitar en mi zapatilla o comerse el dobladillo de las cortinas de mi lado de la cama llegaría a ser el punto culminante del día para él.

L. T. callaba y paseaba la mirada entre los hombres sonrientes. Él no sonreía, pero ponía una mirada con una expresión entre sabia y doliente, y todos se echaban a reír, anticipando lo que se avecinaba. También yo, seguro, a pesar de lo que sabía del Hombre del Hacha.

—Nadie me había odiado jamás —continuaba—, ni hombre ni bestia alguna, de modo que aquello me inquietaba pero que mucho. Intenté trabar amistad con Frank, primero por mí y luego por ella, que me lo había regalado, pero no funcionó. Yo qué sé, quizá él también intentó hacerse amigo mío... ¿Quién sabe lo que pasa por la mente de un perro? En tal caso, a él tampoco le funcionó. Después de aquello leí, creo que fue en la columna de «Querida Abby», que el peor regalo que puede hacerse a una persona es un animal de compañía, y estoy de acuerdo. Aun cuando te guste el animal y tú a él, plantéate lo que significa un regalo así. «Mira, cariño, te voy a hacer un regalo maravilloso, es una máquina que come por un lado y caga por el otro, funcionará durante quince años más o menos, feliz Navidad.» Pero todo eso suele ocurrírsete a posteriori, ya me entendéis. Estoy convencido de que tanto Frank como yo hicimos cuanto pudimos. Al fin y al cabo, a pesar de que nos odiábamos a muerte, los dos adorábamos a Lulubelle. Creo que esa es la razón por la que, aunque a veces me gruñó si me sentaba a su lado en el sofá cuando daban *Murphy Brown* o una peli o algo, nunca llegó a mordirme. Pero aun así, me ponía de los nervios. Qué jeta tenía esa bola de pelo para atreverse a gruñirme. «Escúchalo —le decía a Lulubelle—, me está gruñendo.» Lulubelle le acariciaba la cabeza como casi nunca me la acariciaba a mí, a menos que se hubiera metido unas cuantas copas, y respondía que era la versión canina del ronroneo, que Frank se alegraba de estar con nosotros, disfrutando de una velada tranquila en casa. Pero os aseguro que nunca he intentado acariciarlo en ausencia de Lulu. A veces le daba de comer y nunca le propinaba patadas, aunque a veces me sentía tentado, mentiría si dijera lo contrario... pero nunca lo acariciaba. Creo que me habría mordido, y entonces la habríamos liado, como dos tipos viviendo con la misma chica guapa. *Menage à trois*, lo llaman en el «foro» del *Penthouse*. Los dos la queremos y ella nos quiere a los dos, pero a medida que pasa el tiempo, me doy cuenta de que la balanza se inclina y de que empieza a querer a Frank más que a mí. Tal vez porque Frank nunca replica y nunca le vomita en las zapatillas, y con Frank no interviene el asunto del puto asiento del váter, porque mea fuera. A menos, claro está, que me deje los calzoncillos tirados en un rincón o bajo la cama.

Llegado a este punto, L. T. solía apurar el café helado que llevaba en el termo, hacía crujir los nudillos o ambas cosas. Era su forma de expresar que el

primer acto había concluido y que el segundo estaba a punto de comenzar.

—Un buen día, era sábado, Lulu y yo fuimos al centro comercial. A dar una vuelta, como todo el mundo, ya sabéis. Pasamos por delante de la tienda de animales, al lado de J. C. Penney, y vimos un montón de gente apiñada delante del escaparate. «Vamos a ver», propuso Lulu, así que nos abrimos paso hasta primera fila. Era un árbol sintético con ramas desnudas y hierba sintética alrededor, eso que llaman AstroTurf. Y había media docena de gatitos siameses persiguiéndose como locos, subiéndose al árbol y dándose zarpazos en las orejas. «¡Oh, qué monada! —exclamó Lulu— ¡Pero mira qué cositas tan requetemonísimas! ¡Mira, cariño, mira!» «Ya miro», dije mientras pensaba que acababa de descubrir lo que quería regalarle a Lulu por nuestro aniversario. Qué alivio. Quería que fuera algo superespecial, algo que la dejara alucinada, porque las cosas no habían ido demasiado bien entre nosotros el último año. Pensé en Frank, pero no me preocupaba demasiado; los perros y los gatos siempre andan a la greña en los dibujos animados, pero en la vida real suelen llevarse bien, por lo que he visto. Mejor que las personas, sobre todo cuando fuera hace frío. Para abreviar, compré uno de los gatitos y se lo regalé por nuestro aniversario. Le puse un collar de terciopelo y prendí a él una nota. «HOLA, soy LUCY —decía la nota—. Me envía con amor L.T. Feliz segundo aniversario.»

»Probablemente ya sabéis qué os voy a contar ahora, ¿verdad? Claro. Fue exactamente lo mismo que con el cabrón de Frank, el terrier; pero al revés. Al principio me puse más contento que unas pascuas con Frank, y al principio Lulubelle se puso más contenta que unas pascuas con Lucy. La levantaba muy alto y le hablaba como a un bebé: "Miiiiira, qué cosiiiita tan mooona, qué ricuuuura...". Y así sucesivamente... hasta que un buen día, Lucy soltó un maullido y le dio un zarpazo en la nariz. Y con las garras fuera. Luego salió corriendo y fue a esconderse bajo la mesa de la cocina. Lulu se echó a reír como si fuera la cosa más graciosa que le había pasado en su vida, la cosa más mooona del mundo, pero vi que estaba mosqueada. En aquel momento entró Frank. Había estado durmiendo en nuestra habitación, a los pies del lado de la cama de Lulu, pero mi mujer había lanzado un grito cuando el gatito le arañó la nariz, de modo que Frank salió a averiguar qué se cocía. Enseguida vio a Lucy bajo la mesa y caminó hacia ella, husmeando el linóleo por el que la gatita había pasado. "No dejes que se peleen, cariño. No los dejes, L.T., que se va a liar—me pidió Lulubelle—. Frank la matará." "Dejémosles a su aire un momento, a ver qué pasa", propuse.

»Lucy arqueó el lomo como hacen los gatos, pero plantó cara a Frank. Lulu dio un paso para interponerse entre ellos a pesar de lo que le había pedido (escuchar no era precisamente uno de sus puntos fuertes), pero le así la muñeca para retenerla. Es mejor que se las arreglen solos a ser posible. Siempre es mejor. Más rápido.

»La cosa es que Frank llegó a la mesa, metió la nariz debajo y empezó a lanzar gruñidos guturales. "Suéltame, L.T., tengo que sacarla de allí—dijo Lulubelle—. Frank le está gruñendo." "No es verdad —objeté—. Está ronroneando. Lo sé porque me lo ha hecho muchas veces." Lulubelle me

fulminó con la mirada, pero no dijo nada. Las únicas veces que tuve la última palabra en una discusión durante los tres años de nuestro matrimonio, fue por asuntos relacionados con Frank y Jodidalucy. Extraño, pero cierto. En todos los demás terrenos, Lucy siempre tenía más labia que yo, pero cuando se trataba de las mascotas, se quedaba sin réplicas, cosa que no soportaba.

»Frank metió la cabeza bajo la mesa, y Lucy le dio un zarpazo en la nariz como había hecho con Lulubelle, solo que sin sacar las pezuñas. Creí que Frank la atacaría, pero no fue así; se limitó a soltar un ladrido y dar media vuelta. No parecía asustado, sino más bien daba la impresión de que ahora sabía a qué atenerse. Volvió al salón y se tumbó delante del televisor.

»Y ese fue el único enfrentamiento que hubo entre ellos. Se dividieron el territorio más o menos como Lulu y yo el último año que pasamos juntos, cuando las cosas empezaban a ponerse muy feas. El dormitorio pertenecía a Frank y Lulu, la cocina era de Lucy, a partir de Navidad Jodidalucy, y mía, y el salón era terreno neutral. Los cuatro pasábamos muchas veladas allí ese último año, Jodidalucy sobre mi regazo, Frank con el hocico sobre el zapato de Lulu, los humanos en el sofá, Lulubelle leyendo un libro y yo mirando *La ruleta de la fortuna* o *Las vidas de los ricos y famosos*, que Lulubelle siempre llamaba *Las vidas de los ricos y desnudos*. El gato no quiso saber nada de ella desde el primer día. Frank al menos intentaba de vez en cuando hacer las paces conmigo. Su naturaleza siempre podía más que él y acababa mordimiéndome las zapatillas deportivas o meando otra vez en mi ropa interior, pero a veces daba la impresión de hacer el esfuerzo. Me lamía la mano, me sonreía... aunque por lo general cuando tenía un plato de algo que le apetecía probar. Los gatos son distintos. Los gatos no se congracian con nadie por mucho que les interese. No saben ser hipócritas. Si más predicadores fueran como los gatos, este país volvería a ser religioso. Si a un gato le caes bien, lo notas enseguida, y si no, también. A Jodidalucy nunca le cayó bien Lulu, para nada, y se lo dejó bien claro desde el principio. Si me disponía a darle de comer, Lucy se restregaba contra mis piernas ronronea que te ronronea mientras le llenaba el cuenco. Si le daba de comer Lulu, se sentaba en la otra punta de la cocina, delante de la nevera, sin perderla de vista, y no se acercaba al cuenco hasta que Lulu se había apartado. Lulu no lo soportaba. "Esa gata se cree la reina de Saba", espetaba. Por entonces ya no le hablaba como a un bebé y ya no la cogía, porque casi cada vez que lo intentaba, Lucy le arañaba las muñecas.

»Yo fingía que Frank me caía bien y Lulu fingía que Lucy le caía bien, pero lo cierto es que Lulu dejó de fingir mucho antes que yo. Supongo que ninguna de las dos, ni la gata ni la mujer, podían soportar ser hipócritas. No creo que Lucy fuera la única razón por la que Lulu se marchó, sé que no lo fue, pero estoy convencido de que la gata ayudó a Lulubelle a tomar la decisión definitiva. Los animales domésticos pueden vivir muchos años, de modo que el regalo que le hice por nuestro segundo aniversario de boda fue la gota que colmó el vaso. Ya podéis correr a contárselo a "Querida Abby".

»Lo que más agobiaba a Lulu era el modo de hablar de Lucy. No lo soportaba. Una noche me dijo: "Si esta gata no deja de maullar de esa manera,

L. T., creo que le daré con una enciclopedia en toda la cabeza". "No aúlla —la corregí—, charla." "Bueno, pues ojalá dejara de charlar." Y en ese momento, Lucy me saltó al regazo y se calló. Siempre se callaba salvo por un ronroneo gutural y verdadero, no como otros. La rasqué entre las orejas como le gusta y alcé la mirada. Lulu se concentró de nuevo en el libro, pero antes de que bajara la vista, lo que vi en sus ojos fue odio puro. No hacia mí, sino hacia Jodidalucy. ¿Una enciclopedia? Más bien parecía dispuesta a meterla entre dos enciclopedias y apretar hasta matarla.

»A veces, al entrar en la cocina, Lulu sorprendía a la gata sobre la mesa y la ahuyentaba. Un día le pregunté si alguna vez me había visto ahuyentar a Frank de la cama de esa forma. Frank se subía a la cama, siempre por su lado, y dejaba desagradables mechones de pelo blanco por todas partes. Cuando dije eso, Lulu me dedicó una especie de sonrisa, o al menos me enseñó los dientes. "Si lo intentas, me parece que te quedarás sin un par de dedos", comentó.

»A veces, Lucy era jodida de verdad. Los gatos son volubles y a veces enloquecen; todo aquel que haya tenido uno lo sabe. Los ojos se les abren mucho y centellean, el rabo se les hincha, se ponen a correr por toda la casa, a veces se sientan sobre las patas traseras y hacen cabriolas, como si lucharan contra alguien que ellos ven, pero los humanos no. Lucy se puso así una noche cuando tenía más o menos un año, unas tres semanas antes del día en que llegué a casa y descubrí que Lulubelle se había marchado. En fin, Lucy salió corriendo de la cocina, derrapó sobre el parquet, saltó por encima de Frank y se encaramó a las cortinas del salón, zarpa a zarpa. Les hizo unos agujeros considerables, la verdad. Luego se quedó pertrechada en la barra, paseando la mirada enloquecida por el salón, con la punta del rabo agitándose espasmódica adelante y atrás. Frank se limitó a dar un ligero respingo antes de volver a apoyar el hocico sobre el zapato de Lulubelle, pero ella, que estaba absorta en el libro, se llevó un susto de muerte, y cuando levantó la vista para mirar a la gata, advertí de nuevo aquel odio en sus ojos. "Muy bien —dijo—. Se acabó. Vamos a encontrar un nuevo hogar para esta zorrilla de ojos azules, y si no somos lo bastante inteligentes para encontrarle casa a una siamesa de pura raza, la llevamos a la protectora. Estoy harta." "¿Cómo dices?", le pregunté. "¿Estás ciego o qué? ¡Mira lo que ha hecho con mis cortinas! ¡Están llenas de agujeros!" "Si quieres ver cortinas con agujeros, ¿por qué no subes a ver las de mi lado de la cama? Tienen el dobladillo destrozado porque Frank se lo come." "Eso es diferente —objetó ella, mirándome con expresión furiosa—. Es diferente y lo sabes." No podía tolerar aquello, de ninguna manera. "La única razón por la que piensas que es diferente es que no te gusta el gato que te regalé —aseguré—, pero te diré una cosa, señora DeWitt. Si el martes llevas a la gata a la protectora por arañar las cortinas del salón, te garantizo que el miércoles llevo al perro a la protectora por comerse las cortinas del dormitorio. ¿Estamos?"

»Lulubelle se me quedó mirando y rompió a llorar. Me arrojó el libro y me llamó cabrón. Cabrón de mierda. Intenté agarrarla y obligarla a quedarse el tiempo suficiente para al menos intentar hacer las paces, si es que era posible hacer las paces sin retractarse, cosa que esa vez no tenía intención de hacer, pero

ella se zafó de mí y salió corriendo del salón. Frank la siguió. Ambos fueron arriba, y la puerta del dormitorio se cerró de golpe. Le di media hora para tranquilizarse y luego subí. La puerta del dormitorio seguía cerrada, y cuando intenté abrirla, comprobé que Frank la obstruía. Podía apartarlo, pero sería un trabajo lento, porque el perro se deslizaría sobre el suelo, y también ruidoso, porque estaba gruñendo. Gruñendo de verdad, amigos, nada de ronronear. Si hubiera entrado, creo que habría intentado por todos los medios arrancarme la virilidad de un mordisco. Aquella noche dormí en el sofá por primera vez, y un mes más tarde, Lulubelle se marchó.

Si L.T. había sincronizado bien el relato, y casi siempre lo hacía, porque la práctica hace la perfección, la campana que indicaba la vuelta al trabajo en la Planta de Carnes Procesadas W. S. Hepperton, situada en Ames, Iowa, sonaba en aquel momento, ahorrándole las preguntas de los nuevos (los veteranos ya sabían... y también sabían que no debían preguntar) acerca de si L.T. y Lulubelle se habían reconciliado o si sabía dónde estaba ella ahora o (la pregunta del millón) si ella y Frank seguían juntos. Nada como la campana para eludir las preguntas más embarazosas de la vida.

—Bueno —suspiraba L. T. al tiempo que guardaba el termo y se levantaba para desperezarse—, todo ello me ha conducido a elaborar lo que denomino la teoría de L.T. sobre los animales de compañía.

Los demás lo miraban expectantes, como yo la primera vez que lo oí pronunciar aquella expresión tan grandilocuente, pero siempre acababan sintiéndose defraudados, como yo. Una historia tan buena merecía un final más espectacular, pero el de L.T. nunca cambiaba.

—Si tu perro y tu gato se llevan mejor que tú y tu mujer, no te extrañe llegar un día a casa y encontrarte una nota de despedida en la puerta de la nevera.

Como ya he dicho, contaba esta historia a menudo, y una noche, cuando vino a cenar a mi casa, se la contó a mi mujer y mi cuñada. Mi mujer había invitado a Holly, que llevaba dos años divorciada, para completar el cuarteto. Estoy seguro de que no tenía otro motivo, porque a Roslyn no le caía bien L. T. DeWitt. A casi todo el mundo le caía bien, casi todo el mundo congeniaba con él, pero Roslyn nunca ha sido como los demás. Tampoco le gustó la historia de la nota en la nevera y las mascotas; lo noté enseguida a pesar de que se rió en las partes apropiadas. En cuanto a Holly... joder, no sé. Nunca sé lo que piensa esa chica. Por lo general se queda sentada con las manos entrelazadas en el regazo y sonriendo como la Mona Lisa. Pero esa vez fue culpa mía, lo reconozco. L.T. no quería contarla, pero lo pinché porque alrededor de la mesa reinaba el silencio, solo se oía el tintineo de los cubiertos y los vasos, y casi me parecía percibir físicamente el desagrado que mi esposa sentía por L.T. Lo emanaba en oleadas. Y si L.T. había sido capaz de percibir el odio que aquel pequeño terrier Jack Russell sentía hacia él, lo más probable era que advirtiera la actitud de mi esposa, o al menos, eso pensé.

Así pues, la contó para complacerme, supongo, mirando al infinito en los pasajes pertinentes, como si dijera «Madre mía, me enredó como a un chino», y mi mujer se reía de vez en cuando, con carcajadas más falsas que el dinero del Monopoly, mientras Holly exhibía su sonrisita de Mona Lisa y mantenía la mirada baja. Por lo demás, la cena estuvo bien, y al acabar, L.T. dio las gracias a Roslyn por una «cena impresionante» (a saber qué quería decir con eso), y ella respondió que viniera cuando quisiera, que a los dos nos encantaba tenerlo en casa. Eso era mentira, pero estoy seguro de que en todas las cenas del mundo cae más de una mentirijilla. O sea, que fue bien, al menos hasta que lo llevé a casa. L. T. me comentó que al cabo de una semana haría un año que Lulubelle se había marchado, su cuarto aniversario, que significa flores si estás chapado a la antigua y electrodomésticos si eres más moderno. Luego me contó que la madre de Lulubelle, en cuya casa Lulubelle nunca se había presentado, iba a poner una lápida con el nombre de su hija en el cementerio local.

—La señora Simms dice que debemos darla por muerta—dijo.

Y de repente rompió a llorar. Me quedé tan asombrado que estuve a punto de salirme de la carretera.

Lloró con tal fuerza que cuando dejé de estar asombrado empecé a temer que tanto dolor acumulado lo matara de una embolia o que le estallara un vaso sanguíneo o algo así. Se mecía en el asiento y golpeaba el salpicadero con las manos abiertas. Era como si se hubiera desencadenado un tornado en su interior. Acabé por parar en la cuneta y darle palmaditas en el hombro. Sentía el calor de su piel a través de la camisa, tan intenso que parecía arder.

—Vamos, L.T. —intenté tranquilizarlo—. Ya basta.

—Es que la echo de menos —farfulló con voz tan cargada de sollozos que apenas lo entendí—. La echo tanto de menos... Cuando llego a casa, no hay nadie más que la gata, llorando como una posea, y al cabo de un rato yo también me echo a llorar, y los dos lloramos mientras le lleno el cuenco con esa mierda que come.

En aquel momento volvió hacia mí el rostro enrojecido y bañado en lágrimas. En retrospectiva digo que era casi insoportable, pero lo soporté; me creía en la obligación de soportarlo. Al fin y al cabo, ¿quién lo había pinchado para que contara la historia de Lucy, Frank y la nota de la nevera esa noche? No había sido Mike Wallace ni Dan Rather, desde luego. Así que lo miré. No me atrevía a abrazarlo, por si el tornado saltaba de su cuerpo al mío, pero seguí dándole palmaditas.

—Creo que está viva en alguna parte, eso es lo que creo —declaró.

Seguía hablando con voz espesa y temblorosa, pero en ella se advertía una débil nota de desafío. No me estaba contando lo que creía, sino lo que quería creer, de eso estoy bastante seguro.

—Bueno, tienes todo el derecho a creer eso, ninguna ley te lo impide. No han encontrado su cadáver ni nada.

—Quiero pensar que está en Nevada, cantando en algún hotelito-casino —prosiguió—. No en Las Vegas ni en Reno, porque no saldría adelante en la gran ciudad, pero en Winnemucca o Ely creo que sí podría arreglárselas. Un

sitio así. Vio un anuncio en el que buscaban una cantante y decidió no ir a casa de su madre. Joder, pero si ni siquiera se llevaban bien, Lu siempre lo decía. Y cantaba bien, ¿sabes? No sé si la oíste alguna vez, pero cantaba bien. No era genial, pero lo hacía bien. La primera vez que la vi estaba cantando en el vestíbulo del Marriot de Columbus, Ohio. O también puede ser que...

Titubeó un instante antes de continuar.

—La prostitución es legal en Nevada. No en todos los condados, pero sí en casi todos. Podría estar trabajando en una de esas caravanas del Farolillo Verde o en el Mustang Ranch. Muchas mujeres tienen vena de putas, y Lu era una de ellas. No es que me la pegara, así que no sé cómo lo sé, pero lo sé. Podría... sí, podría estar en uno de esos sitios.

Se detuvo con la mirada perdida, tal vez imaginando a Lulubelle en la cama de un cuartucho en una caravana-prostíbulo de Nevada, vestida solo con medias, mamándosela a algún vaquero desconocido mientras de la habitación contigua llegaba el sonido de Steve Earle y los Dukes cantando «Six Days on the Road» o de un televisor en el que ponían algún concurso. Lulubelle trabajando de puta, no muerta; el Subaru abandonado en una cuneta, el pequeño Subaru que había aportado al matrimonio, no significaba nada, al igual que la mirada de un animal, tan atenta en apariencia, no suele significar nada.

—Puedo creerlo si quiero —persistió mientras se enjugaba los ojos hinchados con la cara interior de las muñecas.

—Claro que sí, L.T. —asentí mientras me preguntaba qué pensarían los hombres sonrientes que escuchaban su historia a la hora del almuerzo si vieran a ese otro L. X, ese hombre tembloroso de rostro muy pálido, ojos inyectados en sangre y piel ardiente.

—Y lo creo, joder... —exclamó—. Lo creo —repitió tras una vacilación.

Cuando volví a casa, Roslyn estaba en la cama con un libro en las manos y arropada hasta el pecho. Holly se había ido mientras llevaba a L. T. a casa. Roslyn estaba de mal humor, y no tardé en averiguar por qué. La mujer tras la sonrisa de Mona Lisa se había quedado prendada de mi amigo. Embobada, quizá. Y mi mujer no lo aprobaba, desde luego.

—¿Por qué le retiraron el carnet? —preguntó, y sin darme tiempo a responder, añadió—: Por beber, ¿no?

—Sí, por conducir borracho —corroboré antes de sentarme en mi lado de la cama y quitarme los zapatos—. Pero eso fue hace casi seis meses, y si consigue mantenerse sobrio otros dos, se lo devuelven. Creo que lo conseguirá. Va a Alcohólicos Anónimos.

Mi mujer lanzó un gruñido, a todas luces nada impresionada. Me quité la camisa, me olisqueé los sobacos y la colgué en el armario. Solo la había llevado un par de horas, durante la cena.

—¿Sabes una cosa? —comentó mi mujer—. Me parece raro que la policía no lo investigara un poco más a fondo cuando su mujer desapareció.

—Le hicieron algunas preguntas —respondí—, pero solo para obtener

toda la información posible. Nunca se planteó la posibilidad de que lo hiciera él, Ros. Nunca sospecharon de él.

—Pareces muy seguro de ello.

—Es que lo estoy, porque sé algunas cosas. Lulubelle llamo a su madre desde un hotel en el este de Colorado el día que se fue y volvió a llamarla desde Salt Lake City al día siguiente. Por entonces estaba bien, y eran días laborables, así que L. T. estaba en la planta. También estaba en la planta el día que encontraron su coche aparcado en el camino de aquel rancho cerca de Caliente. A menos que pueda teletransportarse en un abrir y cerrar de ojos, él no la mató. Además, jamás lo habría hecho. La quería.

Roslyn volvió a gruñir. Es una expresión de escepticismo detestable que de vez en cuando emplea. Después de casi treinta años de matrimonio, ese sonido aún me da ganas de gritarle que se calle, que se vaya a tomar por el culo, que diga lo que piensa o que cierre el pico. Esa noche estuve en un tris de contarle cómo había llorado L.T., de hablarle del tornado que había arrasado a su paso todo lo que no estaba bien sujeto, pero no lo hice. Las mujeres desconfían de las lágrimas de los hombres. Puede que digan lo contrario, pero en el fondo desconfían de las lágrimas de los hombres.

—¿Por qué no llamas a la policía y les ofreces tu experta ayuda? —propuse—. Señáales todas las cosas que pasaron por alto, como Angela Landsbury en *Se ha escrito un crimen*.

Dicho aquello me tumbé en la cama, y ella apagó la luz. Nos quedamos tendidos un rato en la oscuridad, y cuando Roslyn volvió a hablar, lo hizo en tono más suave.

—Es que no me cae bien. Nunca me ha caído bien.

—Ya, eso es evidente.

—Y no me gusta cómo ha mirado a Holly.

Lo que significaba, tal como descubrí más adelante, que no le gustaba cómo Holly lo había mirado a él... cuando dejaba de mirar su plato, claro.

—Preferiría que no volvieras a invitarlo a cenar —pidió.

Guardé silencio. Era tarde, y estaba cansado. Había sido un día duro, una velada aún más dura, y estaba cansado. Lo último que quería era enzarzarme en una discusión con mi mujer estando yo cansado y ella preocupada. Es la clase de discusión en la que uno acaba durmiendo en el sofá, y la única forma de frenarla es callar. En el matrimonio, las palabras son como la lluvia, y la tierra del matrimonio está surcada de lechos secos y arroyuelos que pueden transformarse en torrentes enfurecidos en menos que canta un gallo. Los psicólogos creen en el poder de las palabras, pero casi todos ellos están divorciados o son maricas. El silencio es el mejor amigo del matrimonio.

Silencio.

Al cabo de un rato, mi mejor amiga se volvió de costado, dándome la espalda para acomodarse en el lugar al que va cuando al fin da por terminado el día. Yo seguí despierto un rato, pensando en un pequeño coche polvoriento, tal vez blanco en tiempos, aparcado de morro en la cuneta del camino de un rancho en el desierto de Nevada, no muy lejos de Caliente. La puerta del conductor

estaba abierta, el retrovisor arrancado y en el suelo, el asiento delantero empapado en sangre y destrozado por los animales que habían acudido a investigar y quizá a dar un tiento.

Había un hombre, suponían que era un hombre, porque casi siempre lo son, que había matado brutalmente a cinco mujeres en aquellos parajes, cinco en tres años, casi todas ellas durante la época en que L. T. vivía con Lulubelle. Cuatro de ellas eran vagabundas. Conseguía que pararan, las sacaba de sus coches, las violaba, las desmembraba con un hacha y las dejaba en las inmediaciones para que los cuervos, los buitres y las comadrejas dieran cuenta de ellas. La quinta era la anciana esposa de un rancharo. La policía lo llamaba el Hombre del Hacha. Hasta la fecha, el Hombre del Hacha aún anda suelto. No ha vuelto a matar, y si Cynthia Lulubelle Simms DeWitt fue la sexta víctima del Hombre del Hacha, también ha sido la última, al menos de momento. Sin embargo, aún no está del todo claro si fue su sexta víctima. La duda no persiste en muchas mentes, pero sí en la de L. T., que aún tiene derecho a albergar esperanzas.

Resulta que la sangre del asiento no era humana; la unidad forense del estado de Nevada no tardó ni cinco horas en determinarlo. El mozo de rancho que había encontrado el Subaru de Lulubelle vio una bandada de pájaros sobrevolando una zona a ochocientos metros de distancia y al llegar no encontró una mujer desmembrada, sino un perro desmembrado. Poco quedaba de él salvo huesos y dientes; los predadores y los carroñeros se habían puesto las botas, y de todos modos, los terrier Jack Russell no es que anden sobrados de carne. El Hombre del Hacha acabó con Frank; el destino de Lulubelle es probable, pero no cierto.

Tal vez siga viva, me dije. Tal vez esté cantando «Tie a Yellow Ribbon» en el Jailhouse de Ely o «Take a Message to Michael» en el Rose of Santa Fe de Hawthorne, acompañada por una orquestina de tres miembros; vejestorios intentando parecer jóvenes con sus chalecos rojos y sus estrechas corbatas negras de vaquero. O quizá está chupando pollas de vaqueros en Austin o Wendover, inclinada hacia delante hasta que los pechos se le aplastan contra los muslos bajo un calendario en el que se ven tulipanes holandeses, agarrando nalgas y más nalgas con las manos mientras piensa qué pondrán en la tele esa noche, cuando acabe su turno. Tal vez se limitó a parar el coche y seguir a pie. La gente hace esas cosas. Yo lo sé, y vosotros probablemente también. A veces la gente dice «a tomar por el culo» y se larga. Puede que dejara a Frank, pensando que alguien llegaría y le proporcionaría un buen hogar, solo que fue el Hombre del Hacha quien apareció y...

Pero no. Conocía a Lulubelle y por mucho que lo intente no me la imagino abandonando a un perro para que muera abrasado al sol o de hambre en el desierto. Sobre todo un perro al que quería como quería a Frank. No, L.T. no exageraba en eso; los vi juntos y lo sé.

Podría estar viva en alguna parte. Técnicamente, al menos, L.T. tiene razón. El hecho de que no pueda imaginarme las circunstancias que la alejarían del coche dejando la puerta abierta y el retrovisor tirado en el suelo y el perro

muerto y destrozado por los cuervos a escasa distancia, el hecho de que no pueda imaginarme las circunstancias que conducirían de ese sitio cerca de Caliente a otro sitio en el que Lulubelle Simms esté cantando o chupando pollas, a salvo y en el anonimato, no significa que no existan tales circunstancias. Tal como dije a L.T, no han encontrado su cadáver, solo su coche y los restos del perro cerca de él. Lulubelle podría estar en cualquier parte, es evidente, ¿no?

No podía dormir y tenía sed. Me levanté de la cama, entré en el baño y saqué los cepillos de dientes del vaso que teníamos junto al lavabo. Llené el vaso de agua y me senté sobre la tapa cerrada del retrete, pensando en el maullido de los gatos siameses, esa especie de llanto extraño, de lo que debe de gustar a quienes los quieren, haciéndolos sentir totalmente a sus anchas.

EL VIRUS DE LA CARRETERA
VIAJA HACIA EL NORTE(***)

Debo decir que poseo el cuadro descrito en este relato, ¿no les parece extraño? Mi mujer lo vio y pensó que me gustaría (o que al menos me arrancarían alguna reacción), de modo que me lo compró como... ¿regalo de cumpleaños? ¿De Navidad? No lo recuerdo. Lo que sí recuerdo es que a ninguno de mis tres hijos les gustó. Lo colgué en mi despacho, y todos afirmaban que el conductor los seguía con la mirada cuando cruzaban la habitación (de muy pequeño, a mi hijo Owen le producía la misma sensación una foto de Jim Morrison). Me gustan las historias de cuadros que cambian, de modo que por fin escribí este relato sobre mi cuadro. La única otra vez que recuerdo haberme sentido inspirado para escribir un relato basado en un cuadro real fue con «La casa de Maple Street», basado en un dibujo en blanco y negro de Chris van Allsburg. Dicho relato aparece en Pesadillas y alucinaciones. También escribí una novela sobre un cuadro que cambia; se titula El retrato de Rose Madder** y probablemente es mi novela más leída (aunque no se ha hecho una película de ella). En esa historia, el virus de la carretera se llama Norman.*

* Trad. cast., Grijalbo, Barcelona, 1996.

** Trad. cast., Grijalbo, Barcelona, 1996.

Richard Kinnell no se asustó al ver por primera vez el cuadro en la venta particular de objetos usados con que se topó en Rosewood.

Quedó fascinado y se sintió afortunado por haber encontrado algo potencialmente tan especial, pero no tuvo miedo. No. Hasta mucho más tarde («hasta que ya era demasiado tarde», como habría escrito en una de sus vertiginosamente populares novelas) no se dio cuenta de que se había sentido igual que con las drogas ilegales cuando era joven.

Había ido a Boston para intervenir en una conferencia organizada por la sección de Nueva Inglaterra del PEN, la asociación de escritores profesionales, bajo el título «La amenaza de la fama». Al PEN siempre se le ocurrían temas así, había descubierto Kinnell; de hecho, resultaba reconfortante. Decidió recorrer los cuatrocientos kilómetros desde Derry en coche y no en avión porque se había quedado atascado en la trama de su última novela y quería un poco de tiempo para pensar con tranquilidad.

En la conferencia participó en una mesa donde personas que se suponían inteligentes le preguntaron de dónde sacaba las ideas y si alguna vez se asustaba de sí mismo. Salió de la ciudad por el puente Tobin y luego enfiló la carretera 1. Nunca tomaba la autopista cuando intentaba resolver algún problema, porque la autopista lo sumía en un estado parecido a un sueño en vigilia y desprovisto de sueños. Acababa descansado, pero no muy creativo. En cambio, el tráfico constante de la carretera costera era como arena en el interior de una ostra; producía una cantidad considerable de actividad... y a veces incluso una perla.

Claro que sus detractores no emplearían esa palabra. En un número de *Esquive* del año anterior, Bradley Simons había empezado su crítica de *Ciudad de pesadilla* con las siguientes palabras: «Richard Kinnell, que escribe tal como Jeffrey Dahmer cocina, ha sufrido un nuevo acceso de vómito de proyectiles y titulado la masa expulsada *Ciudad de pesadilla*».

La carretera 1 pasaba por Revere, Malden y Everett para luego ascender por la costa hasta Newburyport. Más allá de Newburyport, al sur de la frontera entre Massachusetts y New Hampshire, se encontraba el bonito y pulcro pueblo de Rosewood. A kilómetro y medio del centro, Richard Kinnell vio gran cantidad de objetos de aspecto barato expuestos sobre el césped de una casa estilo Cape Cod. Contra una cocina eléctrica de color aguacate se apoyaba un rótulo que decía VENTA DE OBJETOS USADOS. Había coches aparcados a ambos lados de la calle, provocando uno de esos embudos que los conductores no afectados por la mística de las ventas particulares maldicen con malas palabras. A Kinnell le gustaban aquellos mercadillos, sobre todo las cajas de libros viejos que a veces se encontraban en ellos. Atravesó el embudo, aparcó el Audi a la cabeza de la fila de coches en dirección a Maine y New Hampshire, y regresó a pie.

Alrededor de una docena de personas paseaban por el atestado jardín de la casa Cape Cod pintada de azul y gris. A la izquierda del sendero de cemento se veía un enorme televisor con las patas plantadas sobre cuatro ceniceros de cartón que no protegían en absoluto el césped. Sobre ella había un rótulo que decía:

HAGA UNA OFERTA. QUIZÁ SE LLEVE UNA SORPRESA. Un Cable eléctrico, alargado por una extensión, surgía de la parte posterior del televisor y entraba por la puerta principal abierta. Ante ella había una mujer gorda sentada en una silla de jardín y resguardada del sol por una sombrilla con la palabra «Cinzano» impresa en los coloridos faldones. Junto a ella, una mesa de cartas con una caja de puros, una pila de papel y otro rótulo escrito a mano, TODAS LAS VENTAS EN EFECTIVO Y DEFINITIVAS. El televisor estaba encendido y sintonizado en un culebrón de tarde donde dos jóvenes muy bien parecidos parecían a punto de enzarzarse en un acto de sexo extremadamente inseguro. La mujer gorda miró un momento a Kinnell y volvió a concentrarse en la pantalla. Permaneció en esa posición unos instantes y luego lo miró de nuevo a él, esta vez con la boca entreabierta.

«Ajá», se dijo Kinnell mientras buscaba con la mirada la caja de licor llena de libros de bolsillo que sin duda estaba por alguna parte. «Una fan.»

No vio libros de bolsillo por ningún lado, pero sí el cuadro, que estaba apoyado contra una tabla de planchar e inmovilizado por dos cestas de plástico para la colada. Kinnell se quedó sin aliento; quería ese cuadro.

Se dirigió hacia él con una indolencia que se le antojó exagerada y apoyó una rodilla en el suelo al llegar ante él. Era una acuarela ejecutada con excelente técnica. A Kinnell le importaba un comino ese detalle, la técnica le traía sin cuidado, hecho que sus detractores no vacilaban en señalar. Lo que le interesaba en las obras de arte era el contenido, y cuanto más inquietante mejor, cualidad que no le faltaba a aquel cuadro. Se arrodilló entre las dos cestas, repletas de pequeños electrodomésticos, y deslizó los dedos por el cristal que protegía la pintura. Miró a su alrededor en busca de otros parecidos, pero no vio ninguno, solo la habitual colección de muñecas, manos entrelazadas en oración y perros jugando a cartas.

Volvió a concentrarse en la acuarela enmarcada y mentalmente ya estaba desplazando la maleta al asiento trasero del Audi para que el cuadro cupiera sin estrecheces en el maletero.

Mostraba a un joven sentado al volante de un coche muy potente, un Grand Am, tal vez un GTX, un modelo con techo Targa, en cualquier caso, atravesando el puente Tobin a la puesta de sol. El techo Targa estaba desmontado, convirtiendo el coche negro en un aspirante a descapotable. El joven tenía el brazo izquierdo apoyado sobre la portezuela y la muñeca derecha echada con indiferencia sobre el volante. A su espalda, el cielo era una masa de color morado con trazos amarillos, grises y rosados. El joven tenía una mata de cabello rubio lacio que le caía sobre la frente estrecha. Sonreía, y entre sus labios no asomaban dientes, sino colmillos.

«O puede que los lleve afilados», pensó Kinnell. «Puede que represente un caníbal.»

Esa idea le gustó; le gustaba la idea de un caníbal cruzando el puente Tobin a la puesta de sol. En un Grand Am. Sabía lo que habría pensado casi todo el público en la mesa redonda del PEN. Claro, un cuadro genial para Richard Kinnell; probablemente lo quiere para inspirarse, una pluma para

hacerle cosquillas en la garganta oxidada y así provocar otro ataque de vómito de proyectiles. Pero casi todas aquellas personas eran ignorantes, al menos en lo que a su trabajo se refería, y además, tenían en alta estima su ignorancia, la mimaban como algunas personas valoraban y mimaban inexplicablemente a esos perros estúpidos y mezquinos que ladraban a las visitas y a veces mordían al repartidor de periódicos en el tobillo. No le atraía el cuadro porque escribía novelas de terror, sino que escribía novelas de terror porque le atraían cosas como aquel cuadro. Sus admiradores le enviaban cosas, en su mayoría fotos, y él las tiraba casi todas, pero no porque fueran malas, sino porque eran tediosas y previsibles. Una fan de Omaha le había enviado una pequeña escultura de cerámica que representaba una cabeza de mono gritando con expresión horrorizada asomado a la puerta de una nevera, y esa sí la guardó. Era tosca, pero mostraba una yuxtaposición inesperada que le tocó la fibra. El cuadro que tenía delante poseía la misma cualidad, pero mejor aún. Mucho mejor.

Mientras alargaba la mano hacia él, deseoso de hacerse con la pintura de inmediato, ponérsela debajo del brazo y declarar sus intenciones, una voz habló a su espalda.

—¿No es usted Richard Kinnell?

Kinnell dio un respingo y se volvió. La mujer gorda estaba justo detrás de él, obstaculizando la mayor parte del paisaje. Se había repasado los labios antes de acercarse, de modo que su boca se había convertido en una sonrisa ensangrentada.

—Sí —asintió, devolviéndole la sonrisa.

La mujer bajó la mirada hacia el cuadro.

—Debería haber sabido que se fijaría enseguida en esto —comentó con expresión bobalicona—. Es tan propio de usted...

—Sí, ¿verdad? —corroboró él con su mejor sonrisa de celebridad—. ¿Cuánto quiere por él?

—Cuarenta y cinco dólares —repuso la mujer—. Voy a serle sincera. Empecé pidiendo setenta, pero a nadie le gusta, así que lo he rebajado. Si vuelve mañana, probablemente se lo dejaré por treinta.

La expresión bobalicona había adquirido proporciones aterradoras. Kinnell advirtió mendrugos grisáceos de saliva reseca en las comisuras de la boca abierta.

—Prefiero no arriesgarme —señaló—. Le extenderé un cheque ahora mismo.

La sonrisa bobalicona se ensanchó aún más, confiriendo a la mujer el aspecto grotesco de los personajes de John Waters. Divine haciendo de Shirley Temple.

—La verdad es que no acepto talones, pero bueno... —accedió con el tono de una adolescente que por fin hubiera consentido en acostarse con su novio—. Y ya que saca el boli, ¿le importaría firmarme un autógrafo para mi hija? Se llama Robin.

—Qué nombre tan bonito —comentó Kinnell de forma automática.

Cogió el cuadro y siguió a la mujer gorda hasta la mesa. En el televisor,

los lujuriosos jóvenes habían dado paso por un rato a una anciana que engullía copos de trigo integral.

—Robin lee todos sus libros —aseguró la mujer gorda—. ¿Se puede saber de dónde saca todas esas ideas tan raras?

—No sé —contestó Kinnell con una sonrisa aún más radiante—. Se me ocurren sin más. ¿No le parece increíble?

La encargada de la venta se llamaba Judy Diment y vivía en la casa contigua. Cuando Kinnell le preguntó si sabía quién era el artista, la mujer dijo que sí, que era Bobby Hastings, que Bobby Hastings era la razón por la que estaba vendiendo las cosas de los Hastings.

—Es el único cuadro que no se quemó —explicó—. Pobre Iris, a ella sí que la compadezco. No creo que a George le importara demasiado. Y me consta que no entiende por qué Iris quiere vender la casa.

En el centro de su rostro grande y sudoroso, compuso una mirada con expresión de «ya me entiende». Luego cogió el cheque que Kinnell acababa de arrancar del talonario y le alargó el cuaderno donde había anotado todos los artículos que había vendido y los precios que había cobrado por ellos.

—¿Puede dedicárselo a Robin, porfa, porfa, porfa? —canturreó la mujer.

La sonrisa bobalicona reapareció, como un conocido al que desearías ver muerto.

—Vale —accedió Kinnell antes de escribir su dedicatoria estándar.

A decir verdad, después de veinticinco años escribiendo autógrafos, ya no necesitaba mirar lo que escribía ni pensar en ello siquiera.

—Hábleme del cuadro y de los Hastings.

Judy Diment entrelazó las rollizas manos con el ademán de una mujer a punto de narrar su historia predilecta.

—Bobby solo tenía veintitrés años cuando se suicidó la primavera pasada. ¿Se lo imagina? Era el clásico genio atormentado, ya sabe, pero aún vivía con sus padres —explicó con un bufido, como si preguntara a Kinnell si podía concebir semejante barbaridad— Debía de tener setenta u ochenta cuadros además de todos los cuadernos. Los guardaba en el sótano.

Señaló con la barbilla la casa estilo Cape Cod y luego miró el cuadro del diabólico joven cruzando el puente Tobin al atardecer.

—Iris, o sea la madre de Bobby, decía que casi todos eran horribles, mucho peores que este.

En aquel momento, Judy Diment bajó la voz mientras miraba a una mujer que examinaba la dispar cubertería de los Hastings y una colección considerable de viejos vasos de McDonald's conmemorativos de la película *Cariño, he encogido a los niños*.

—Casi todos ellos tenían motivos sexuales.

—Oh, no.

—Los peores los pintó después de meterse en las drogas —prosiguió Judy Diment—. Cuando murió... se ahorcó en el sótano, donde pintaba... Bueno, pues

cuando murió encontraron más de cien de esos frasquitos en los que venden crack. ¿No le parecen terribles las drogas, señor Kinnell?

—Desde luego.

—En fin, que me parece que al final ya no pudo más. Sacó todos los dibujos y los cuadros al jardín trasero, salvo ese, supongo, los quemó y luego se ahorcó en el sótano. Llevaba una nota prendida a la camiseta que decía: «No puedo soportar lo que me está pasando». ¿No le parece terrible, señor Kinnell? ¿No le parece la cosa más espantosa que ha oído en su vida?

—Sí—asintió Kinnell con sinceridad—, me parece que sí.

—Como le he dicho, creo que George seguiría viviendo en la casa de haberse salido con la suya —comentó Judy Diment.

Cogió el papel en el que Kinnell había firmado el autógrafo para Robin, lo colocó junto al cheque y sacudió la cabeza como si el parecido entre ambas firmas la asombrara.

—Pero los hombres son diferentes.

—¿Ah, sí?

—Sí, mucho menos sensibles. Al final de su vida, Bobby Hastings no era más que un saco de huesos, siempre iba sucio, olía mal y llevaba la misma camiseta de los Led Zeppelin todos los días. Tenía los ojos rojos, pelillos en las mejillas que no llegaban a la categoría de barba, y le estaban volviendo a salir granos, como cuando era adolescente. Pero ella lo quería, porque el amor de madre pasa por alto esas cosas.

La mujer que había examinado los cubiertos y los vasos se acercó con un juego de manteles individuales de *La Guerra de las Galaxias*. La señora Diment le cobró cinco dólares por ellos, anotó meticulosamente la venta en el cuaderno bajo UNA DOCENA DE SOPORTES DE MACETAS Y ESTERILLAS ELÉCTRICAS y se volvió de nuevo hacia Kinnell.

—Se fueron a Arizona —continuó— y se instalaron con los padres de Iris. Sé que George busca trabajo en Flagstaff, pero no sé si ha encontrado algo. Si ha conseguido trabajo, imagino que no volveremos a verlos por Rosewood. Iris marcó todo lo que quería vender y me dijo que me quedara con el veinte por ciento por las molestias. Le enviaré un talón por el resto; no será mucho —concluyó con un suspiro.

—El cuadro es genial —aseguró Kinnell.

—Sí, lástima que quemara el resto, porque casi todo lo demás que hay aquí son trastos viejos típicos de estas ventas, ya me entiende. ¿Qué es eso?

Kinnell había dado la vuelta al cuadro. En el dorso había pegada una tira de Dymo.

—Un título, creo.

—¿Qué dice?

Kinnell asió el cuadro por los bordes y lo sostuvo en alto para que la mujer pudiera leerlo. De ese modo tenía la pintura a la altura de los ojos, así que aprovechó para examinarla detenidamente, fascinado de nuevo por la ingenuidad y el misterio del tema. Chaval al volante de un coche potente, chaval con una sonrisa astuta y desagradable que dejaba al descubierto las puntas afiladas de

unos dientes aún más desagradables.

«Encaja —pensó—. Es el título más apropiado que he visto jamás para un cuadro.»

—«El virus de la carretera viaja hacia el norte» —leyó la mujer—. No me fijé cuando mis chicos sacaron los trastos. ¿Cree que es el título?

—Tiene que serlo —afirmó Kinnell, incapaz de apartar la mirada de la sonrisa del muchacho rubio.

Sé algo, decía aquella sonrisa. Sé algo que tú nunca sabrás.

—Bueno, es evidente que la persona que lo pintó iba drogada —comentó la mujer, sinceramente trastornada, en opinión de Kinnell—. No me extraña que fuera capaz de suicidarse y romperle el corazón a su madre.

—Yo también debo viajar hacia el norte —anunció Kinnell al tiempo que se ponía el cuadro bajo el brazo—. Gracias por...

—Señor Kinnell...

—¿Sí?

—¿Me enseña su carnet? —pidió sin, por lo visto, hallar nada irónico ni gracioso siquiera en su pregunta—. Tengo que anotar el número en el dorso del talón.

Kinnell dejó el cuadro para así poder sacar la cartera.

—Por supuesto.

La mujer que había comprado los manteles individuales de la Guerra de las Galaxias se había detenido de camino a su coche para mirar el culebrón que daban en el televisor instalado en el jardín. En ese momento se fijó en el cuadro, que Kinnell se había apoyado contra las piernas.

—Agg —masculló—. ¿Quién iba a querer comprar una cosa tan fea como esa? Me pondría a pensar en él cada vez que apagara las luces.

—¿Y qué hay de malo en ello? —replicó Kinnell.

Trudy, la tía de Kinnell, vivía en Wells, a unos nueve kilómetros al norte de la frontera entre Maine y New Hampshire. Kinnell salió por la salida que rodeaba la torre de agua color verde brillante de Wells, esa que lucía la humorística frase de CONSERVEMOS MAINE VERDE CON MUCHOS BILLETES escrita con letras de metro veinte de altura, y al cabo de cinco minutos entraba en el sendero de su pulcra casita. Allí no había ningún televisor hundiéndose en la hierba sobre ceniceros de cartón, solo los afables lechos de flores de la tía Trudy. Kinnell tenía que orinar y no había querido parar en un área de descanso pudiendo ir a casa de su tía, además de que así se pondría al día de los chismes familiares. Tía Trudy era una autoridad en el tema, la reina del chismorre. Y por supuesto, también quería mostrarle su nueva adquisición.

Tía Trudy salió a su encuentro, lo abrazó y le llenó el rostro con sus proverbiales besitos de pájaro, que siempre lo hacían estremecer de pequeño.

—¿Quieres ver una cosa? Se te van a caer las bragas cuando lo veas —aseguró Kinnell.

—Qué imagen tan cautivadora —espetó tía Trudy, cruzando los brazos.

Kinnell abrió el maletero y sacó el cuadro. La tía Trudy quedó afectada, desde luego, pero no como él había esperado. Se puso blanca como el papel; Kinnell no había visto nada igual en toda su vida.

—Es horrible —masculló la mujer con voz tensa y controlada—. Absolutamente espeluznante. Me parece que sé por qué te atrae, Richie, pero tú te lo tomas a broma y a mí no me hace ninguna gracia. Guárdalo otra vez en el maletero, como un buen chico, y te recomiendo que cuando llegues al río Saco, te pares en el arcén y lo tires al agua.

Kinnell se la quedó mirando boquiabierto. Tía Trudy tenía los labios apretados para que no le temblaran, y ahora sus manos largas y finas se aferraban a los codos como si pretendiera evitar que salieran volando. En aquel momento no aparentaba los sesenta y un años que tenía, sino más bien noventa y uno.

—¿Tía...? —empezó Kinnell, vacilante, sin saber lo que ocurría—. ¿Qué pasa, tía?

—Eso —exclamó ella, soltándose el codo izquierdo para señalar el cuadro con la mano derecha—. Me sorprende que no lo sientas, con la imaginación que tienes.

Bueno, sentía algo, evidentemente, porque de lo contrario no habría sacado el talonario. Pero la tía Trudy percibía algo distinto... o algo más. Dio la vuelta al cuadro (lo había sostenido en alto para que ella lo viera, de modo que el título escrito en Dymo estaba de cara a él) y lo examinó de nuevo. Lo que vio le golpeó el pecho y el vientre como un puñetazo.

En primer lugar, el cuadro había cambiado. No mucho, pero sí de forma clara. La sonrisa del joven rubio era más ancha y mostraba más de aquellos afilados dientes de caníbal. Asimismo, tenía los ojos más entornados, lo que confería a su rostro una expresión más astuta y desagradable si cabe.

La amplitud de una sonrisa... la visión de más dientes afilados... la inclinación de unos ojos entrecerrados... Todo ello era muy subjetivo. Uno podía equivocarse al respecto, y por supuesto, no había examinado el cuadro con detenimiento antes de comprarlo. Además, el parloteo incesante de la señora Diment, sin duda capaz de hacerle estallar la cabeza a cualquiera, lo había distraído.

Pero había otro detalle nada subjetivo. En la oscuridad del maletero del Audi, el joven rubio había vuelto el brazo izquierdo, el que tenía apoyado sobre la portezuela, de modo que ahora se veía un tatuaje antes oculto. Era una daga ensangrentada envuelta en una enredadera. Bajo ella había algo escrito. Kinnell distinguió las palabras MUERTE ANTES, y suponía que no hacía falta ser un escritor de superventas para adivinar las otras dos palabras escondidas. A fin de cuentas, MUERTE ANTES QUE DESHONRA era la clase de frase que un viajero maléfico como aquel llevaría tatuada en el brazo. «Y un as de picas en el otro brazo», pensó.

—Te parece espantoso, ¿verdad, tía?

—Sí —asintió ella.

Y entonces Kinnell vio algo que lo dejó aún más atónito; tía Trudy le

había dado la espalda y fingía mirar la calle, soñolienta y desierta a la luz abrasadora de la tarde, para no tener que ver el cuadro.

—De hecho, tu tía lo aborrece —enfaticó—. Y ahora guárdalo y entra en casa. Apuesto a que tienes que ir al baño.

La tía Trudy recobró su *savoir-faire* en cuanto la acuarela quedó encerrada de nuevo en el maletero. Hablaron de la madre de Kinnell (Pasadena), de su hermana (Baton Rouge) y de su ex mujer (Nashua). Sally era una lunática que dirigía una protectora de animales en una caravana de doble anchura y publicaba dos panfletos cada mes. *Supervivientes* estaba repleto de información astral e historias supuestamente verídicas del mundo de los espíritus; *Visitantes* contenía los relatos de personas que habían entrado en contacto con extraterrestres. Kinnell ya no asistía a conferencias de fans especializadas en literatura fantástica y de terror. Con una Sally en la vida le bastaba.

Cuando tía Trudy lo acompañó de vuelta al coche, eran las cuatro y media, y Kinnell había declinado la obligatoria invitación a cenar.

—Si me marcho ahora llegaré casi hasta Derry antes de que anochezca.

—De acuerdo, y siento mi actitud respecto al cuadro. Por supuesto que me gusta, siempre me han gustado tus... excentricidades. Es que al verlo me he dado un susto, eso es todo. Esa cara tan horrible... —suspiró con un estremecimiento—. Como si lo miráramos y él nos mirara a nosotros.

Kinnell sonrió y la besó en la punta de la nariz.

—Tú tampoco andas corta de imaginación, querida.

—Claro, me viene de familia. ¿Estás seguro de que no quieres ir otra vez al baño antes de marcharte?

—No, gracias. Además, no es por eso por lo que paso a verte.

—¿Ah, no? ¿Por qué, entonces?

—Porque siempre sabes quién se está portando bien y quién se está portando mal. Y no temes revelar lo que sabes —señaló él con una sonrisa.

—Venga, márchate de una vez —lo instó ella, dándole un empujoncito, pero a todas luces complacida—. Yo de ti me daría prisa en llegar a casa. No me haría ninguna gracia viajar con ese tipo de noche, aun cuando vaya en el maletero. ¿Tú le has visto los dientes? Agg.

Kinnell decidió cambiar paisaje por velocidad, de modo que tomó la autopista y al llegar al área de servicio de Gray decidió echar otro vistazo al cuadro. Parte de la inquietud de su tía se le había contagiado como un germen, pero no creía que ese fuera el problema. El problema era la impresión de que el cuadro había cambiado.

El área de servicio ofrecía la habitual variedad de manjares para sibaritas, como hamburguesas y helados, así como una pequeña y sucia zona de pícnic con recinto para pasear al perro en la parte trasera. Kinnell aparcó junto a una furgoneta con matrícula de Missouri y respiró hondo. Había ido a Boston en

coche para deshacer algunos nudos en la trama de su nuevo libro, lo cual resultaba irónico. Había pasado el trayecto de ida intentando decidir lo que diría en la mesa redonda si le formulaban preguntas capciosas; cuando averiguaban que no sabía de dónde sacaba las ideas y que sí, a veces llegaba a asustarse a sí mismo, solo les interesaba saber cómo conseguir agente.

Y ahora, en el trayecto de regreso, solo podía pensar en el maldito cuadro.

¿De verdad había cambiado? En tal caso, si el brazo del joven rubio se había girado lo suficiente para que él, Kinnell, alcanzara a leer parte de un tatuaje antes oculto, entonces podía escribir una columna para una de las revistas de Sally. Qué coño, una serie de cuatro capítulos. Si, por otra parte, no había cambiado, entonces... ¿qué? ¿Sufría alucinaciones? ¿Se estaba desmoronando por momentos? Chorradas. Su vida estaba en orden, y se sentía bien. Al menos se había sentido bien hasta que la fascinación que le producía el cuadro había empezado a trocarse en otra cosa... algo más tenebroso.

—Qué cojones, seguro que lo has visto mal la primera vez —exclamó en voz alta al bajar del coche.

Tal vez. Tal vez. No sería la primera vez que su mente le jugaba una mala pasada. Eso también formaba parte de su trabajo. A veces su imaginación se... bueno, se...

—Descontrola un poco —terminó Kinnell la idea en voz alta.

Abrió el maletero, sacó el cuadro, lo miró, y fue durante esos diez segundos durante los que lo contempló sin acordarse de respirar que empezó a tenerle verdadero miedo, un miedo como el que sientes cuando ves un insecto que sin duda te picará si lo provocas.

El conductor rubio sonreía ahora como un loco... le sonreía a él, Kinnell estaba seguro de ello, y los dientes afilados de caníbal se veían hasta las encías. En sus ojos se pintaba una expresión furiosa y risueña a la vez. Además, el puente Tobin había desaparecido, al igual que la silueta de los rascacielos de Boston y la puesta de sol. En el cuadro reinaba una oscuridad casi total, y el coche y su enloquecido ocupante estaban bañados por una única farola que proyectaba un fulgor mortecino sobre la calle y los cromados del vehículo. Kinnell tenía la impresión de que el coche (estaba casi seguro de que era un Grand Am) se encontraba a las afueras de un pueblo en la carretera 1, y estaba convencido de saber de qué pueblo se trataba, porque él mismo había pasado por allí pocas horas antes.

—Rosewood —murmuró—. Es Rosewood, estoy seguro.

El virus de la carretera viajaba hacia el norte, sí, señor, a lo largo de la carretera 1 como él mismo. El brazo izquierdo del rubio seguía apoyado sobre la portezuela, pero había vuelto a su posición original, de modo que Kinnell ya no veía el tatuaje. Pero sabía que estaba allí, ¿verdad? Sí, señor.

El muchacho rubio parecía un fan de Metallica fugado de un penal psiquiátrico.

—Joder —musitó Kinnell.

Tuvo la impresión de que la palabra venía de muy lejos, no de su interior. De repente, las fuerzas lo abandonaron como el agua abandona un cubo

agujereado, y se dejó caer en el bordillo que separaba el aparcamiento de la zona para perros. De golpe comprendió que aquella era la verdad de que carecían sus novelas, así reaccionaban las personas cuando se enfrentaban a algo que no tenía ningún sentido racional. Te sentías como si te estuvieras desangrando, pero en tu mente.

—No me extraña que el tipo que lo pintó se suicidara —farfulló sin dejar de mirar la pintura, la sonrisa feroz, los ojos astutos y estúpidos a un tiempo.

«Llevaba una nota prendida en la camiseta —había dicho la señora Diment—. "No puedo soportar lo que me está pasando". ¿No le parece terrible, señor Kinnell?»

Era terrible, desde luego.

Espantoso.

Se levantó, asió el cuadro por la parte superior y cruzó la zona de perros. Caminaba con la vista al frente, atento a minas caninas, sin mirar el cuadro. Las piernas le temblaban inseguras, pero aún lo sostenían. Ante él, cerca del cinturón de árboles que limitaba la parte posterior del área de servicio, vio una chica muy guapa con bermudas blancas y top rojo que paseaba un cocker spaniel. Empezó a sonreír a Kinnell, pero entonces advirtió algo en su rostro que le borró la sonrisa de golpe. Echó a andar hacia la izquierda a toda prisa. El cocker no quería caminar tan deprisa, de modo que tuvo que arrastrarlo entre toses y jadeos.

Los enclenques pinos tras el área de servicio descendían por una pendiente fangosa que apestaba a descomposición vegetal y animal. La alfombra de pinaza aparecía salpicada de basura. Envoltorios de hamburguesa, vasos de plástico, servilletas, latas de cerveza, botellas de refrescos, colillas... Kinnell vio un condón usado tirado cual caracol muerto junto a unas bragas desgarradas con la palabra MARTES bordada en caligrafía cursiva de chiquilla. Una vez allí se aventuró a echar otro vistazo al cuadro. Se preparó para recibir el impacto de más cambios, incluso para la posibilidad de que el cuadro se moviera, como una película, pero no vio nada. Sin embargo, Kinnell comprendió que no hacía falta; el rostro del joven era más que suficiente. Aquella sonrisa demente. Los dientes afilados. La expresión que decía: «Oye, tío, ¿sabes qué? Estoy hasta los cojones de la civilización. Soy un representante de la auténtica generación X, el próximo milenio está sentado al volante de este supermegabuga».

La reacción inicial de tía Trudy ante el cuadro había sido aconsejarle que lo arrojara al río Saco. Tenía razón. Había dejado el río atrás hacía unos treinta kilómetros, pero...

—Esto servirá —se aseguró en voz alta—. Es perfecto.

Levantó el cuadro por encima de la cabeza como si sostuviera un trofeo deportivo ante los fotógrafos y lo arrojó pendiente abajo. El cuadro dio dos vueltas mientras el perezoso sol del atardecer arrancaba destellos al marco y por fin se estrelló contra un árbol. El cristal se hizo añicos, el cuadro cayó al suelo y resbaló por la pendiente seca y cubierta de pinaza como si se deslizara por un tobogán. Aterrizó en la ciénaga, con una de las esquinas del marco sobresaliendo entre los densos juncos. Era lo único que se veía de él aparte de los fragmentos

de cristal esparcidos por el suelo, y Kinnell consideró que casaban a la perfección con el resto de la basura.

Dio media vuelta y regresó al coche, poniendo ya mentalmente la paleta en marcha para tapiar aquel incidente en un compartimiento especial... Y entonces se le ocurrió que eso era lo que sin duda hacía casi todo el mundo en semejantes situaciones. Los mentirosos y los quiero y no puedo (o quizá en ese caso debería decir los quiero ver y no puedo) publicaban sus fantasías en revistas como *Supervivientes* y las calificaban de verídicas, mientras que aquellos que se enfrentaban a fenómenos ocultos auténticos mantenían la boca cerrada y utilizaban aquellas paletas mentales. Porque cuando en tu vida aparecía una brecha como esa, había que hacer algo al respecto, ya que de lo contrario, podía ensancharse y arrastrarlo todo a las profundidades.

Kinnell alzó la vista y vio que la chica guapa lo observaba aprensiva desde lo que seguramente consideraba una distancia prudente. Cuando vio que él la miraba, se dio la vuelta y echó a andar hacia el restaurante, de nuevo arrastrando al perro tras de sí e intentando no bambolear las caderas.

«Crees que estoy loco, ¿verdad, guapa?», pensó Kinnell. En ese momento advirtió que había dejado el maletero abierto. Parecía una boca. Lo cerró de golpe. «Pero no estoy loco. De ninguna manera. Solo he cometido un pequeño error. Paré en una venta de trastos usados cuando debería haber pasado de largo. Cualquiera habría hecho lo mismo. También tú. Y ese cuadro...»

—¿Qué cuadro? —preguntó Rich Kinnell a la calurosa tarde de verano al tiempo que intentaba esbozar una sonrisa—. Yo no veo ningún cuadro.

Se sentó al volante del Audi y puso en marcha el motor. Echó un vistazo al indicador de la gasolina y vio que le quedaba menos de medio depósito. Tendría que llenarlo antes de llegar a casa, pero decidió seguir un poco más. Lo único que quería era poner toda la tierra posible entre él y el cuadro.

Una vez fuera del casco urbano de Derry, Kansas Street se convierte en Kansas Road, y ya en el límite del término municipal, en una zona que en realidad es campo abierto, pasa a llamarse Kansas Lane. Poco más tarde, Kansas Lane discurre entre dos postes de piedra. El asfalto da paso a la grava, y lo que en el centro de Derry, a doce kilómetros de allí, es una de las calles más concurridas, se convierte en un sendero que asciende por una suave cuesta. En las noches estivales con luna, reluce como los paisajes descritos en los poemas de Alfred Noyes. En la cima de la cuesta se alzaba un bonito y anguloso edificio de madera con ventanas de acabado reflectorizado, un establo que en realidad es un garaje y una antena parabólica ladeada hacia las estrellas. Un periodista jocosos del *News* de Derry la había bautizado como la Casa del Gore, sin referirse, que conste, al entonces vicepresidente de Estados Unidos. Para Richard Kinnell, era su hogar, y aquella noche aparcó ante él con una sensación de satisfacción exhausta. Se sentía como si hubiera transcurrido una semana desde que aquella misma mañana se levantara a las nueve en el hotel Harbor de Boston.

«Nunca más iré a uno de esos sitios», se juró mientras contemplaba la luna.

—Amén —añadió en voz alta antes de dirigirse hacia la casa.

Probablemente habría sido mejor meter el coche en el garaje, pero qué coño. Lo que quería ya mismo era una copa, una cena ligera que pudiera prepararse en el microondas y luego a la cama. Para dormir sin soñar, a ser posible. No veía el momento de dejar atrás aquel día.

Introdujo la llave en la cerradura y tecleó el 3817 para acallar el pitido de advertencia que emitía el sistema de alarma. Encendió la luz del vestíbulo, cruzó el umbral, cerró la puerta tras de sí, empezó a darse la vuelta, vio lo que había colgado de la pared donde dos días antes tenía su colección de cubiertas de libros enmarcadas y gritó. Mentalmente, porque de su garganta no brotó más que una especie de jadeo ronco. Oyó un golpe sordo y un tintineo cuando las llaves se le cayeron de la mano flácida y chocaron contra la moqueta entre sus pies.

«El virus de la carretera viaja hacia el norte» ya no estaba tirado entre la basura detrás del área de servicio Gray.

Estaba colgado en la pared de su vestíbulo.

Y había vuelto a cambiar. El coche estaba aparcado ahora en el sendero que llevaba a la casa donde había comprado el cuadro. Los trastos usados seguían estando por todas partes. Vasos, muebles, cachivaches de cerámica, como terriers escoceses fumando en pipa, bebés con el culo al aire y peces que guiñaban el ojo, pero ahora relucían a la luz de la misma luna con aspecto de calavera que surcaba el cielo sobre la casa de Kinnell. El televisor también seguía encendido y emanaba su propio fulgor mortecino sobre la hierba y lo que yacía ante él, junto a una silla de jardín volcada. Judy Diment estaba tumbada de espaldas y le faltaba una parte. Al cabo de unos instantes, Kinnell vio el resto; estaba sobre la tabla de planchar, ojos muertos que brillaban como monedas a la luz de la luna.

Las luces traseras del Grand Am eran un borrón de acuarela roja y rosa. Era la primera vez que Kinnell veía el coche por detrás.

Sobre la puerta del maletero, escritas en caligrafía inglesa antigua, se veían las palabras EL VIRUS DE LA CARRETERA.

«Es totalmente lógico —pensó Kinnell, aturdido—. El virus no es él, sino el coche. Solo que en el caso de un tipo como él, poco debe de importar.»

—Esto no está pasando —susurró.

Pero sí estaba pasando. Quizá no le habría pasado a alguien menos abierto a cosas como aquella, pero a él le estaba pasando.

Y mientras contemplaba el cuadro recordó el cartelito que había visto sobre la mesa de Judy Diment. TODAS LAS VENTAS EN EFECTIVO, decía (aunque la mujer había aceptado su cheque, limitándose a anotar su número de carnet al dorso por si las moscas).

Y también decía: TODAS LAS VENTAS DEFINITIVAS.

Kinnell pasó junto al cuadro para entrar en el salón. Se sentía como un extraño en su propio cuerpo y percibía que una parte de su mente buscaba a

tientas la paleta que había empleado antes, pero sin encontrarla.

Encendió el televisor y el sintonizador de la antena parabólica Toshiba colocado sobre él. Sintonizó el V-14, dolorosamente consciente de la presencia del cuadro en el vestíbulo. El cuadro había conseguido llegar hasta allí antes que él.

—Debe de conocer algún atajo —dijo en voz alta con una carcajada.

En aquella versión de la pintura no se veía gran cosa del joven rubio, tan solo una mancha al volante que suponía que era él. El virus de la carretera había zanjado sus asuntos en Rosewood; había llegado el momento de poner rumbo al norte. Siguió parada...

Kinnell dio un contundente portazo en las narices de aquel pensamiento para atajarlo antes de llegar a verlo con claridad.

—Al fin y al cabo, puede que todo esto no sean más que imaginaciones mías —señaló al salón vacío.

En lugar de tranquilizarlo, su voz ronca y temblorosa lo asustó aún más.

—Podría ser...

Pero no pudo terminar. Lo único que se le ocurría era una vieja canción, cantada a grito pelado en un estilo calcado al de Frank Sinatra en sus canciones de principios de los cincuenta: esto podría ser el principio de algo GRANDE...

La canción que sonaba por los altavoces estéreo del televisor no era de Sinatra, sino de Paul Simon con arreglos para instrumentos de cuerda. Escritas en tipología blanca de ordenador sobre la pantalla azul se veían las palabras BIENVENIDOS A LOS INFORMATIVOS A LA CARTA DE NUEVA INGLATERRA. Debajo había instrucciones de pedido, pero a Kinnell no le hacía falta leerlas; era adicto a los informativos a la carta y se sabía el proceso de memoria. Marcó el número, introdujo el número de su MasterCard y a continuación el código 508.

«Ha pedido usted Informativos a la carta para (breve pausa) el centro y el norte de Massachusetts —anunció la voz del robot—. Muchas gra...»

—Vamos —urgió Kinnell—. Vamos, vamos.

En aquel momento, la pantalla parpadeó, y el fondo azul se tornó verde. Empezó a aparecer texto, una noticia sobre un incendio en una casa de Taunton. A esa noticia siguió otra sobre un escándalo en las carreras de galgos y el parte meteorológico. Cielos despejados y temperaturas suaves. Kinnell empezaba a relajarse y a preguntarse si de verdad había visto lo que le parecía haber visto en el vestíbulo o si había sido una ilusión fruto del cansancio del viaje, cuando de repente el televisor emitió un estridente pitido y en la pantalla aparecieron las palabras ÚLTIMA HORA. Se quedó mirando los titulares.

NENPHAGO 19/20:40 UNA MUJER DE ROSEWOOD HA SIDO BRUTALMENTE ASESINADA MIENTRAS HACÍA UN FAVOR A UNA AMIGA AUSENTE. JUDY DIMENT, DE 38 AÑOS, FUE ASESINADA A HACHAZOS EN EL JARDÍN DE LA CASA DE SU VECINA, DONDE SUPERVISABA UNA VENTA DE OBJETOS USADOS. NO SE OYERON GRITOS, Y EL CADÁVER DE LA SEÑORA DIMENT NO FUE DESCUBIERTO HASTA LAS OCHO DE LA TARDE, CUANDO UN

VECINO DEL OTRO LADO DE LA CALLE ACUDIÓ PARA QUEJARSE POR EL VOLUMEN DEL TELEVISOR. EL VECINO, MATTHEW GRAVES, DIJO QUE LA SEÑORA DIMENT HABÍA SIDO DECAPITADA. «SU CABEZA ESTABA SOBRE LA TABLA DE PLANCHAR —DECLARÓ—. ES LA COSA MÁS HORRIBLE QUE HE VISTO EN MI VIDA.» GRAVES AÑADIÓ QUE NO VIO INDICIOS DE LUCHA, TAN SOLO EL TELEVISOR Y POCO ANTES DE ENCONTRAR EL CADÁVER, UN COCHE MUY RUIDOSO, TAL VEZ EQUIPADO CON UN SILENCIADOR DE PVC RÍGIDO, QUE SE ALEJABA A TODA VELOCIDAD DEL BARRIO POR LA CARRETERA 1. SE BARAJA LA POSIBILIDAD DE QUE DICHO VEHÍCULO PERTENEZCA AL ASESINO...

Solo que no era una posibilidad, sino un hecho.

Casi jadeando, Kinnell salió de nuevo al vestíbulo. El cuadro seguía allí, pero había vuelto a cambiar. Ahora mostraba dos brillantes círculos blancos, los faros delanteros, ante la silueta oscura del coche.

«Se ha vuelto a poner en marcha», pensó Kinnell. Y entonces pensó en tía Trudy, la dulce tía Trudy, que siempre sabía quién había sido malo y quién se había portado bien. Tía Trudy, que vivía en Wells, a poco más de sesenta kilómetros de Rosewood.

—Dios mío, por favor, haz que vaya por la carretera de la costa —rogó Kinnell, alargando las manos hacia la pintura.

¿Eran imaginaciones suyas o ahora los faros estaban más separados, como si el coche avanzara hacia él... pero de forma subrepticia, al igual que la manecilla larga del reloj avanzaba en un reloj de bolsillo?

—Haz que vaya por la carretera de la costa, por favor.

Arrancó el cuadro de la pared y corrió con él al salón. La chimenea estaba protegida por la rejilla, por supuesto; aún faltaban al menos dos meses para que hiciera falta encenderla. Kinnell apartó la rejilla de un manotazo y arrojó el cuadro dentro, haciendo añicos el vidrio, que ya había roto en una ocasión, en el área de servicio de Gray, contra los morillos. Luego corrió hacia la cocina, preguntándose qué haría si aquello tampoco funcionaba.

«Tiene que funcionar —pensó—. Funcionará porque tiene que funcionar, y se acabó.»

Abrió las alacenas de la cocina y empezó a registrarlas, derramando los copos de avena, la sal y el vinagre, cuya botella se abrió sobre el mostrador, esparciendo por todas partes su penetrante olor.

Lo que buscaba no estaba allí.

Entró en la despensa y miró detrás de la puerta... Nada aparte de un cubo de plástico y un bote de O Cedar. Luego buscó en la estantería colocada junto a la secadora. Ahí estaba, junto a las briquetas.

Combustible para encendedores.

Agarró la lata y echó a correr, echando un vistazo al teléfono de la cocina al pasar. Quería pararse y llamar a la tía Trudy. Con ella no tendría problemas de credibilidad; si su sobrino predilecto la llamaba y le decía que saliera de la casa

inmediatamente, lo haría, pero... ¿y si el chaval rubio la seguía? ¿Y si la perseguía?

Lo haría. Kinnell sabía que lo haría.

Atravesó el salón a toda prisa y se detuvo delante de la chimenea.

—Dios mío —murmuró—. Dios mío, no.

El cuadro cubierto por fragmentos de vidrio ya no mostraba los faros del coche aproximándose, sino el Grand Am en una curva cerrada de la carretera que solo podía ser una salida. La luna brillaba como satén líquido sobre el flanco oscuro del vehículo. Al fondo se veía una torre de agua cuya inscripción se leía con toda claridad a la luz de la luna, CONSERVEMOS MAINE VERDE CON MUCHOS BILLETES.

Kinnell no alcanzó el cuadro con el primer chorro de combustible. Las manos le temblaban de un modo espantoso, y el aromático líquido resbaló por la parte intacta del cristal, difuminando la parte posterior del virus de la carretera. Kinnell respiró hondo, apuntó y volvió a apretar. Esta vez, el líquido penetró por el agujero irregular causado por uno de los morillos y corrió cuadro abajo, emborronando la pintura y reduciendo uno de los neumáticos Goodyear White Oval a una mancha color hollín.

Kinnell cogió una de las cerillas ornamentales del frasco que había sobre la repisa, la encendió y la introdujo por el agujero del cristal. El cuadro prendió al instante, y las llamas empezaron a lamer el Grand Am y la torre de agua. El cristal que quedaba adherido al marco se tiñó de negro y al poco explotó en una lluvia de fragmentos incandescentes. Kinnell los aplastó con las zapatillas deportivas para extinguirlos antes de que quemaran la moqueta.

Luego se dirigió al teléfono y marcó el número de tía Trudy sin darse cuenta de que estaba llorando. Tras el tercer tono saltó el contestador.

—Hola —lo saludó la voz de tía Trudy—. Sé que esto puede alentar a los ladrones, pero he ido a Kennebunk a ver la última película de Harrison Ford. Si tiene intención de entrar a robar, le ruego que no se lleve mis cerditos de porcelana. Si quiere dejar un mensaje, hágalo después de la señal.

Kinnell esperó a oírla y después habló con toda la tranquilidad de que era capaz.

—Hola, tía Trudy, soy Richie. Llámame cuando vuelvas, ¿de acuerdo? A la hora que sea.

Colgó, se volvió hacia el televisor y volvió a marcar el número de INFORMATIVOS EN LÍNEA, eligiendo esta vez el código de Maine. Mientras los ordenadores del servicio procesaban su pedido, fue de nuevo a la chimenea para atizar el cuadro ennegrecido y retorcido con el atizador. El hedor era insoportable hasta el punto de que el vinagre derramado le parecía una fragancia divina en comparación, pero se dio cuenta de que no le importaba. El cuadro había quedado reducido a cenizas y eso hacía que mereciera la pena.

«¿Y si vuelve?»

—No volverá —aseguró en voz alta antes de devolver el atizador a su

lugar y volverse de nuevo hacia el televisor—. Estoy convencido de que no volverá.

Pero cada vez que el informativo reciclaba las noticias, Kinnell se levantaba para leer los titulares. El cuadro no era más que un montón de cenizas en la chimenea... y no había noticias de mujeres entradas en años asesinadas en la zona de Wells-Saco-Kennebunk. Kinnell siguió al quite, casi esperando ver un titular que dijera algo así como UN GRAND AM SE ESTRELLA A TODA VELOCIDAD CONTRA UN CINE DE KENNEBUNK, CAUSANDO AL MENOS DIEZ VÍCTIMAS MORTALES, pero no fue así.

A las once menos cuarto sonó el teléfono, y Kinnell se apresuró a contestar.

—¿Sí?

—Soy Trudy, querido. ¿Estás bien?

—Sí, sí.

—Pues no lo parece —replicó su tía—. Te tiembla la voz y— suenas raro. ¿Qué te pasa? Dímelo... Es el cuadro ese que tanto te gustaba, ¿verdad? —añadió, provocándole un escalofrío, aunque en realidad no le sorprendieron sus palabras—. ¡Maldito cuadro!

En cierto modo lo tranquilizó que tía Trudy hubiera adivinado sus cuitas y por supuesto, lo aliviaba sobremanera comprobar que estaba sana y salva.

—Puede —reconoció—. Me ha dado mal rollo durante todo el viaje, así que lo he quemado en la chimenea.

«Se enterará de lo de Judy Diment —le advirtió una vocecilla interior—. No tiene una antena parabólica de veinte mil dólares, pero está suscrita al *Union Leader*, y esto saldrá en primera plana. Atará cabos enseguida; no tiene un pelo de tonta.»

Cierto, sin lugar a dudas, pero las explicaciones podían esperar hasta la mañana siguiente, cuando se hubiera tranquilizado un poco... cuando quizá hubiera encontrado el modo de pensar en el virus de la carretera sin temer perder el juicio... y cuando empezara a estar seguro de que todo había terminado.

—¡Genial! —exclamó tía Trudy con vehemencia—. Deberías deshacerte de las cenizas.

Hizo una pausa y cuando volvió a hablar, lo hizo en voz más baja.

—Estabas preocupado por mí, ¿verdad? Porque me lo habías enseñado.

—Un poco, sí.

—Pero ¿ahora te sientes mejor?

Kinnell se reclinó en el sillón y cerró los ojos. Sí, se sentía mejor.

—Sí. ¿Qué tal la película?

—Bien, Harrison Ford está guapísimo de uniforme. Pero si se quitara el bultito ese que tiene en el mentón...

—Buenas noches, tía Trudy. Mañana nos llamamos.

—¿Sí?

—Sí, creo que sí.

Kinnell colgó, volvió a la chimenea y removió las cenizas con el atizador. Vio un pedacito de parachoques y un jirón de carretera, pero nada más. Por lo visto, la solución era el fuego. ¿No era así como se acababa con los emisarios sobrenaturales del diablo? Por supuesto que sí. Él mismo había empleado el recurso en más de una ocasión, sobre todo en *La despedida*, la novela sobre la estación de tren embrujada.

—Pues sí—dijo—. Arded, arded, malditos.

Consideró la posibilidad de servirse la copa que se había prometido, pero entonces recordó el vinagre derramado en la cocina, que a esas alturas ya habría empapado los copos de avena, qué apetitoso. Decidió entonces ir arriba sin más. En los libros, por ejemplo en los de Richard Kinnell, el protagonista no podría pegar ojo después de lo que acababa de suceder.

Pero en la vida real, Kinnell no creía que le costara.

De hecho, se adormiló en la ducha, apoyado contra la pared con el cabello enjabonado y el agua golpeándole el pecho. De repente se encontró de nuevo en aquel jardín, y el televisor apoyado sobre los ceniceros de cartón mostraba a Judy Diment. Tenía la cabeza de nuevo en su sitio, pero Kinnell distinguió la sutura primitiva del forense, que le rodeaba el cuello como una espeluznante gargantilla.

—Última hora desde Nueva Inglaterra —anunció, y Kinnell, que siempre había ido tenido sueños muy vívidos, veía cómo se tensaban y relajaban los puntos de su cuello—. Bobby Hastings cogió todos sus cuadros y los quemó, incluyendo el suyo, señor Kinnell... y es suyo, como ya sabe. Todas las ventas son definitivas, ya vio el cartel. Debería alegrarse de que aceptara su cheque.

«Quemó todos sus cuadros, claro que sí—pensó Kinnell en su sueño de agua—. No podía soportar lo que le estaba pasando, como decía en su nota, y cuando llegas a esas alturas del partido, no te paras a ver si quieres rescatar una obra en particular de la quema. Pintaste algo especial en *El virus de la carretera viaja hacia el norte*, ¿verdad, Bobby? Y probablemente sin querer. Tenías talento, eso lo noté enseguida, pero el talento no tiene nada que ver con lo que sucede en ese cuadro.»

—A algunas cosas se les da muy bien sobrevivir —prosiguió Judy Diment en el televisor—. Vuelven una y otra vez por mucho que intentes librarte de ellas. Vuelven como virus.

Kinnell alargó la mano y cambió de canal, pero por lo visto en todos daban el show de Judy Diment.

—Podría decirse que abrió un agujero en el universo —explicaba en ese momento—. Me refiero a Bobby Hastings. Y esto es lo que salió. Qué bien, ¿eh?

En aquel instante, Kinnell resbaló en la ducha, no lo bastante para caer, pero sí para despertar.

Abrió los ojos, hizo una mueca al sentir en ellos el escozor del jabón, que le había caído por el rostro en gruesos regueros mientras dormitaba, y formó con

las manos un cuenco bajo el teléfono de la ducha para enjuagárselo. La segunda vez que se llenó las manos de agua oyó un ruido. Una especie de rugido entrecortado.

«No seas idiota —se regañó—. Lo único que oyes es la ducha. Lo demás es fruto de tu imaginación estúpida y sobreestimulada.»

Pero no era cierto.

Kinnell alargó la mano y cerró el grifo.

El rugido continuaba. Profundo y potente. Procedía del exterior.

Salió de la ducha y cruzó chorreando su dormitorio. Todavía le quedaba suficiente champú en el pelo para dar la impresión de que había encanecido mientras dormía, como si el sueño sobre Judy Diment lo hubiera encanecido.

«¿Por qué narices paré en ese jardín?», se preguntó a sí mismo, pero no tenía respuesta para ello. Suponía que nadie la tenía.

Oyó el rugido con mayor claridad cuando se acercó a la ventana que daba al sendero iluminado por la luna estival como una escena sacada de un poema de Alfred Noyes.

Al apartar la cortina para mirar, se sorprendió pensando en su ex mujer, Sally, a quien había conocido en la World Fantasy Convention en 1978. Sally, que ahora publicaba dos revistas desde su caravana, una llamada *Supervivientes* y otra titulada *Visitantes*. Mientras contemplaba el sendero, ambos títulos confluyeron en la mente de Kinnell como una imagen doble en una máquina estereóptica.

Tenía un visitante que sin duda era un superviviente.

El Grand Am se había detenido delante de la casa, y del doble tubo de escape cromado surgían columnas de humo blanco que ascendían hacia el aire quieto de la noche. Las palabras escritas en caligrafía inglesa antigua se distinguían a la perfección. La portezuela del conductor estaba abierta, y eso no era todo; la luz que bañaba la escalinata del porche indicaba que la puerta principal de su casa también estaba abierta.

«Olvidé cerrar con llave —se dijo mientras se limpiaba el jabón de la frente con una mano que ya no sentía—. También olvidé activar la alarma... Claro que eso no le habría importado mucho a ese tipo.»

Bueno, quizá había conseguido que pasara de largo la casa de tía Trudy, y eso ya era algo, aunque en esos momentos no lo consolaba mucho.

Supervivientes.

El suave rugido del potente motor, con toda probabilidad al menos un 442 con carburador de cuatro bocas, válvulas restauradas y motor de inyección.

Kinnell se volvió muy despacio con las piernas entumecidas, un hombre desnudo con la cabeza cubierta de champú, y vio el cuadro sobre su cama, tal como esperaba. En él, el Grand Am estaba en el sendero de su casa, con la portezuela del conductor abierta y dos columnas de humo surgiendo del tubo de escape cromado. Desde aquel ángulo también veía la puerta principal abierta y la sombra alargada de un hombre moviéndose por el vestíbulo.

Supervivientes.

Supervivientes y visitantes.

Oía pasos que subían por la escalera. Era un andar pesado, y sabía sin mirar que el chaval llevaba botas de motorista. La gente que se tatuaba MUERTE ANTES QUE DESHONRA en el brazo siempre llevaba botas de motorista y fumaba Camel sin filtro, como si lo estipulara alguna ley.

Y el cuchillo. Llevaría un cuchillo largo y afilado, una especie de machete, la clase de arma capaz de rebanarle la cabeza a alguien de un solo tajo.

Y sonreiría, dejando al descubierto sus afilados dientes de caníbal.

Kinnell sabía todas esas cosas; a fin de cuentas, era un tío con imaginación. No necesitaba que nadie le hiciera un dibujo.

—No —susurró, consciente de pronto de su desnudez integral y congelado—. No, por favor, vete.

Pero los pasos seguían acercándose, por supuesto. A un tipo así no podías decirle que se fuera. No funcionaba; no era así como acababa la historia.

Kinnell oyó que las pisadas se acercaban al final de la escalera. Fuera, el Grand Am seguía ronroneando a la luz de la luna.

Los pasos avanzaban por el pasillo, talones de botas gastadas golpeteando la tarima pulida.

Una terrible parálisis se había adueñado de Kinnell. Con un esfuerzo la ahuyentó y corrió hacia la puerta del baño con la intención de cerrarla tras de sí antes de que lo alcanzara, pero resbaló en un charco de agua jabonosa y esta vez sí cayó de espaldas sobre la tarima de roble. Lo que vio cuando la puerta se abrió y las botas de motorista cruzaron la estancia hasta donde él se encontraba, desnudo y con el pelo lleno de champú, fue el cuadro colgado de la pared sobre su cama, el cuadro del virus de la carretera ronroneando en punto muerto delante de su casa, con la portezuela del conductor abierta.

Vio que el asiento hundido del conductor estaba empapado en sangre. «Creo que voy a salir», pensó Kinnell antes de cerrar los ojos.

ALMUERZO EN EL CAFÉ GOTHAM(***)

Un día que estaba en Nueva York pasé por delante de un restaurante de aspecto muy agradable. Dentro, el maître acompañaba a una pareja a su mesa. La pareja discutía. El maître me vio y me dedicó lo que tal vez fuera el guiño más cínico del universo. Después de aquello volví a mi hotel y escribí este relato. Durante los tres días que me llevó crearlo, me poseyó por completo. En mi opinión, lo que le da vidilla no es el maître loco, sino la sobrecogedora relación de la pareja apunto de divorciarse. A su manera, están más locos que él. De lejos.

Un día volví a casa desde la correduría en la que trabajaba y sobre la mesa del comedor encontré una carta, o mejor dicho, una nota de mi mujer. Me decía que me dejaba, que iba a pedir el divorcio, que ya tendría noticias de su abogado. Me senté en la silla más cercana a la cocina y releí la misiva una y otra vez, sin dar crédito. Al cabo de un rato me levanté, fui al dormitorio y me asomé al vestidor. Toda su ropa había desaparecido a excepción de un pantalón de chándal y una sudadera que alguien le había regalado y en cuya pechera se veían las palabras RUBIA CON PASTA estampadas en letras brillantes.

Volví a la mesa del comedor, que en realidad ocupaba un extremo del salón, porque era un piso de solo cuatro habitaciones, y leí una vez más las seis frases. El texto no había cambiado, pero tras ver el vestidor medio vacío empecé a creérmelo. Aquella nota era un auténtico ejercicio de frialdad. Nada de «con cariño» ni «buena suerte» ni «mis mejores deseos», tan solo un escueto «cuídate», bajo el cual se veía el garabato de su nombre, Diane.

Entré en la cocina, me serví un vaso de zumo de naranja y lo tiré al suelo al intentar levantarlo. El zumo salpicó los armarios bajos, y el vaso se rompió. Sabía que me cortaría si recogía los fragmentos, porque las manos me temblaban, pero los recogí de todos modos y me corté. Dos cortes, ninguno de ellos profundo. No dejaba de pensar que era una broma para constatar a renglón seguido que no. Diane no era muy bromista. Pero lo curioso era que no me lo había esperado. No tenía ni idea de lo que se avecinaba. No sabía si eso me convertía en un imbécil o en un insensible. A medida que pasaban los días y repasaba los últimos seis u ocho meses de nuestros dos años de matrimonio, comprendí que había sido ambas cosas.

Aquella noche llamé a sus padres, que vivían en Pound Ridge, y les pregunté si Diane estaba allí.

—Sí, pero no quiere hablar contigo —espetó su madre—. No vuelvas a llamar.

Y me colgó.

Dos días más tarde recibí la llamada del abogado de Diane, que se presentó como William Humboldt, y tras cerciorarse de que estaba hablando con Steven Davis, empezó a llamarme Steve. Supongo que es un poco difícil de creer, pero así ocurrió. Los abogados son tan raros...

Humboldt me dijo que me haría llegar el «papeleo preliminar» a principios de la semana siguiente y sugirió que preparara un «esbozo de cuentas para disolver nuestra corporación doméstica». Asimismo me recomendó que no realizara ningún «movimiento fiduciario repentino», y me aconsejó que conservara los recibos de todos los artículos que adquiriera, por pequeños que fueran, durante aquella «difícil transición económica». Por último, me sugirió que buscara un abogado.

—Escúcheme un momento, ¿quiere? —pedí.

Estaba sentado a mi mesa, con la cabeza baja y la frente apoyada en la

mano izquierda. Tenía los ojos cerrados para no tener que mirar la superficie gris brillante de mi ordenador. Había llorado mucho y tenía los ojos como si me los hubieran llenado de arena.

—Por supuesto, le escucharé con mucho gusto, Steve.

—Tengo dos cosas que decirle. En primer lugar, usted se refiere a «preparar el fin de nuestro matrimonio», no a «un esbozo de cuentas para disolver nuestra corporación doméstica»... y si Diane cree que voy a intentar estafarle lo que es suyo, se equivoca.

—Sí —asintió Humboldt sin indicar que estaba de acuerdo, sino que entendía lo que le había dicho.

—En segundo lugar, usted es su abogado, no el mío. Que me llame por mi nombre de pila me parece condescendiente e insensible. Si lo vuelve a hacer por teléfono, le cuelgo, y si me lo hace cara a cara, probablemente se la rompa.

—Steve... señor Davis... no creo que...

Le colgué el teléfono. Era la primera cosa que me proporcionaba cierto placer desde que encontré la nota sobre la mesa del comedor, con las tres llaves de Diane encima para que no saliera volando.

Aquella tarde hablé con un amigo del departamento jurídico, que me recomendó a un abogado amigo suyo que se dedicaba a los divorcios. Se llamaba John Ring, y concerté una cita con él para el día siguiente. Volví a casa lo más tarde que pude, me paseé por el piso durante un rato, decidí ir al cine, no encontré ninguna película que me apeteciera ver, intenté ver la televisión, tampoco encontré nada que me interesara y me paseé un rato más. En un momento dado me encontré en el dormitorio, de pie ante una ventana abierta a catorce pisos de la calle, tirando por ella todos mis cigarrillos, incluso el paquete ancestral de Viceroy que guardaba en el fondo del primer cajón de la mesa y que debía de llevar allí más de diez años, desde antes de saber que en el mundo existía una criatura como Diane Coslaw, en otras palabras.

Si bien había fumado entre uno y dos paquetes de cigarrillos al día durante veinte años, no recuerdo haber tomado la decisión repentina de dejarlo, ni haber oído ninguna vocecilla interior que se resistiera, ni siquiera una sugerencia mental de que tal vez dos días después de que tu mujer te abandonara no era el momento más indicado para dejar de fumar. Me limité a coger el cartón entero, el medio cartón y los dos o tres paquetes empezados que encontré tirados por ahí, y a precipitarlos por la ventana a la oscuridad. Luego cerré la ventana (en ningún momento se me ocurrió que quizá habría sido más eficaz arrojar al consumidor que el producto; la cosa no iba por ahí), me tumbé en la cama y cerré los ojos. Justo antes de dormirme me asaltó la idea de que el día siguiente sería quizá uno de los peores de mi vida y que a buen seguro a mediodía ya estaría fumando otra vez. Resultó que tenía razón en cuanto a lo primero y que estaba equivocado en cuanto a lo segundo.

Los siguientes diez días, período durante el que sufrí los rigores del síndrome de abstinencia física del tabaco, fueron difíciles y con frecuencia desagradables, pero tal vez no tan espantosos como había esperado. Y si bien estuve a punto de volver a fumar docenas... no, centenares de veces, no llegué a caer. Hubo momentos en que creía que enloquecería si no me fumaba un cigarrillo, y cuando por la calle me cruzaba con personas que fumaban me entraban ganas de gritarles: «¡Dame eso, cabrón! ¡Es mío!». Pero no lo hacía.

Los peores momentos los pasaba de noche. Creo, aunque no estoy seguro, porque todos los procesos mentales que atravesé en la época en que Diane se marchó forman una nebulosa en mi cabeza, que tenía la sensación de que dormiría mejor si dejaba de fumar, pero no fue así. Algunas madrugadas permanecía despierto hasta las tres, las manos entrelazadas bajo la almohada, la mirada clavada en el techo, oyendo las sirenas y el rugido de los camiones que se dirigían al centro. En aquellos momentos pensaba en la tienda coreana abierta las veinticuatro horas que estaba justo enfrente de mi bloque. Pensaba en la blanca luz de los fluorescentes, tan intensa casi como las experiencias de contigüidad con la muerte de la doctora Kübler-Ross, el modo en que bañaba la acera entre los expositores que, al cabo de una hora, dos jóvenes coreanos tocados con gorros de cartón blanco empezaban a llenar de fruta. Pensaba en el hombre de más edad tras el mostrador, también coreano, también tocado con un gorro de cartón, y en los formidables soportes de cigarrillos que se alzaban a su espalda, grandes como las tablas de piedra que Charlton Heston bajaba del monte Sinaí en *Los diez mandamientos*. Pensaba en levantarme, vestirme, bajar a la tienda, comprar un paquete de cigarrillos (o nueve o diez), sentarme junto a la ventana y fumarme un Marlboro tras otro mientras el cielo se iluminaba por el este y salía el sol. No lo hacía, pero muchos amaneceres me dormía contando marcas de tabaco en lugar de ovejitas. Winston... Winston 100... Virginia Slims... Doral... Merit... Merit 100... Camel... Camel con filtro... Camel Light...

Más tarde, cuando empecé a ver los últimos tres o cuatro meses de nuestro matrimonio con mayor claridad, comencé a entender que mi decisión de dejar de fumar cuando lo hice quizá no fue tan precipitada como parecía ni, desde luego, poco meditada. No soy un hombre brillante ni tampoco valeroso, pero puede que aquella decisión fuera ambas cosas. Es posible; a veces nos superamos. En cualquier caso, la resolución me dio algo en que concentrarme los días después de que Diane me dejara; proporcionó a mi desgracia un vocabulario que de lo contrario le habría faltado.

Por supuesto, me he planteado la posibilidad de que dejar de fumar en ese momento influyera en lo que sucedió aquel día en el café Gotham y estoy seguro de que algo de verdad hay en ello. Pero ¿quién puede prever esas cosas? Ninguno de nosotros puede vaticinar las consecuencias de sus actos y pocos de nosotros lo intentamos. Por lo general, hacemos lo que hacemos para prolongar el placer de un instante o para detener el dolor. Y aun cuando actuamos por los motivos más nobles, el último eslabón de la cadena a menudo está manchado con la sangre de alguien.

Humboldt volvió a llamarme dos semanas después de la noche en que bombardeé la calle Ochenta y tres oeste con mis cigarrillos, y en esta ocasión se ciñó al señor Davis. Me dio las gracias por las copias de diversos documentos que le había hecho llegar a través del señor Ring y comentó que había llegado el momento de que «los cuatro» comiéramos juntos. Los cuatro significaba que Diane también iría. No la veía desde la mañana del día en que me abandonó, y ese día tampoco la vi en realidad, porque estaba durmiendo con la cabeza sepultada en la almohada. Ni siquiera había hablado con ella. El pulso se me aceleró tanto que incluso el teléfono palpitaba entre mis dedos.

—Quedan bastantes detalles por resolver y diversos acuerdos por comentar, y parece que ha llegado el momento indicado para iniciar el proceso —prosiguió Humboldt antes de soltar una risita de adulto repulsivo que acabara de dar un caramelito a un niño—. Siempre es mejor dejar transcurrir algún tiempo antes de reunir a las partes, una especie de período de enfriamiento, pero, a mi parecer, una reunión personal llegados a este punto facilitaría...

—A ver si lo entiendo —lo atajé—. Se refiere a...

—... una comida —terminó por mí—. ¿Pasado mañana? ¿Puede hacernos un hueco en su agenda?

«Por supuesto que puede —implicaba el tono de su voz—. Con tal de volver a verla... de sentir el más leve contacto de su mano, ¿eh, Steve?»

—No tengo planes para el almuerzo el jueves, así que no hay problema. ¿Debo traer a mi abogado?

De nuevo la risita, que me vibró en el oído como un plato de gelatina.

—Imagino que el señor Ring querrá acompañarnos, sí.

—¿Ha pensado en algún sitio? —inquirí.

Por un instante me pregunté quién pagaría aquella comida, pero enseguida sonreí ante mi ingenuidad. Deslicé la mano en el bolsillo para sacar un cigarrillo, pero en cambio me pinché bajo la uña del pulgar con un palillo. Hice una mueca de dolor, saqué el palillo, escudriñé la punta en busca de sangre y me lo metí en la boca.

Humboldt había dicho algo, pero no lo había oído. Ver el palillo acababa de recordarme una vez más que flotaba sobre las olas del mundo como no fumador.

—¿Cómo dice?

—Le pregunto si conoce el café Gotham de la calle Cincuenta y tres —repitió con cierto deje de impaciencia—. Entre Madison y Park.

—No, pero estoy seguro de que lo encontraré.

—¿A las doce?

—Perfecto —accedí y estuve a punto de rogarle que pidiera a Diane que llevara el vestido verde con motitas negras y corte lateral—. Hablaré con mi abogado.

Al pronunciar aquella última frase se me antojó pomposa y detestable, y deseé poder dejarla de pronunciar muy pronto.

—De acuerdo. Llámeme si hay algún problema.

Telefoné a John Ring, que carraspeó y refunfuñó lo suficiente para justificar sus honorarios (no exorbitantes, pero sí considerables), y por fin dijo que suponía que «se terciaba» celebrar una reunión llegados a este punto.

Colgué el teléfono, me senté de nuevo ante el ordenador y me pregunté cómo conseguiría enfrentarme a Diane sin antes haberme fumado al menos un cigarrillo.

La mañana del día de autos, John Ring me llamó para decirme que no podría acudir a la cita y que debía cancelarla.

—Se trata de mi madre —explicó en tono atribulado—. Se ha caído por la escalera y se ha roto la cadera. Vive en Babylon, así que salgo ahora mismo para la estación Penn; tengo que ir en tren —suspiró como si acabaran de anunciarle que debía cruzar el desierto de Gobi en camello.

Medité un instante mientras agitaba un palillo nuevo entre los dientes. Junto al ordenador había dejado otros dos cuyas puntas estaban gastadas. Tendría que andarme con ojo; ya me imaginaba el estómago lleno de astillas cortantes. He llegado a la conclusión de que todo mal hábito que se abandona da paso a otro mal hábito.

—¿Me oye, Steven?

—Sí —asentí—. Siento lo de su madre, pero no voy a cancelar la comida.

Ring suspiró.

—Entiendo que quiera verla —dijo, ahora comprensivo además de atribulado—, y por eso mismo debe tener cuidado y no cometer errores. No es usted Donald Trump, y ella no es Ivana, pero tampoco es el suyo el divorcio más sencillo del mundo, de esos en los que la sentencia te llega por correo certificado. Se gana usted muy bien la vida, Steven, sobre todo desde hace cinco años.

—Lo sé, pero...

—Y durante tres de esos cinco años —me interrumpió Ring, poniéndose la voz de abogado en pleno juicio como quien se pone un abrigo—, Diane Davis no era su esposa, su compañera ni nada que se le pareciera. Tan solo era Diane Coslaw, de Pound Ridge, y no caminaba delante de usted arrojando pétalos de flor a su paso ni tocando la corneta.

—No, pero quiero verla —insistí.

Y lo que estaba pensando lo habría sacado de quicio. Quería ver si llevaba el vestido verde de motitas negras, porque sabía que era mi favorito.

—Tengo que colgar, de lo contrario perderé el tren —observó con un suspiro—, y el siguiente no sale hasta la una y uno.

—Pues dese prisa.

—Lo haré, pero primero intentaré convencerlo una vez más. Estas reuniones son como torneos medievales. Los abogados son los caballeros, y los clientes quedan reducidos de momento a escuderos, con la lanza de sir Barrister en una mano y las riendas de su caballo en la otra —ejemplificó en un tono que indicaba que llevaba mucho tiempo utilizando esa imagen y le encantaba—. Lo

que me está diciendo es que, puesto que yo no estaré presente, usted montará en mi jamelgo y se abalanzará al galope sobre el adversario sin lanza, sin armadura, sin yelmo y probablemente sin suspensorio siquiera.

—Quiero verla —repetí—. Quiero saber cómo está, qué aspecto tiene. Además, si usted no está presente, puede que Humboldt ni siquiera acceda a hablar.

—Qué más quisiéramos —exclamó él con una risita cínica—. No conseguiré disuadirlo, ¿verdad?

—No.

—De acuerdo, en tal caso quiero que siga ciertas instrucciones. Si descubro que no lo hace, que lo ha jorobado todo, puede que decida renunciar al caso, ¿queda claro?

—Como el agua.

—De acuerdo. No le grite, Steven, esa es la primera regla. ¿Me ha entendido?

—Sí.

No pensaba gritarle. Si había logrado dejar de fumar dos días después de que lo abandonara y no volver a empezar, creía que sería capaz de pasar cien minutos y tres platos sin llamarla zorra.

—Tampoco le grite a él; regla número dos.

—Vale.

—No se limite a decir vale. Sé que no le cae bien, y usted a él tampoco.

—Ni siquiera me conoce. ¿Cómo puede haberse forjado una opinión sobre mí?

—No se haga el tonto —espetó—. Le pagan por forjarse opiniones, así que prométamelo en serio.

—Se lo prometo en serio.

—Así me gusta.

Pero no lo dijo con sinceridad, sino como si estuviera mirando el reloj.

—No saque a relucir temas escabrosos —advirtió—. No comente acuerdos económicos, ni siquiera en plan de sugerencia. Si el abogado se cabrea y le pregunta por qué no ha cancelado la comida si no pensaba hablar de detalles, dígame lo que acaba de decirme a mí, que solo quería volver a verla.

—Vale.

—Y si en ese momento se levantan y se van, ¿podrá soportarlo?

—Sí.

De hecho, no lo sabía, pero creía que sí, y sabía que Ring no quería perder el tren.

—Como abogado... como su abogado, le advierto que es un error y si luego el tiro nos sale por la culata en el juicio, pediré un receso para poder sacarlo al pasillo y machacarlo. ¿Lo ha entendido?

—Sí. Dele saludos a su madre.

—Puede que esta noche —suspiró Ring como si mirara al cielo—. Hasta entonces no conseguiré meter baza. Tengo que colgar, Steven.

—Vale.

—Espero que su esposa le dé plantón.

—Lo sé.

Ring colgó y salió rumbo a Babylon para ver a su madre. La siguiente vez que lo vi, al cabo de unos días, había algo entre nosotros que no podía comentarse, aunque creo que habríamos hablado de ello en caso de conocernos aunque solo fuera un poco mejor. Lo vi en sus ojos y supongo que él también lo vio en los míos, la seguridad de que si su madre no se hubiera caído por la escalera y se hubiera roto la cadera, habría acabado tan muerto como William Humboldt.

Salí de mi despacho a las once y cuarto, fui a pie al café Gotham y llegué allí a las doce menos cuarto, un poco antes de la hora señalada para mi propia tranquilidad de espíritu, para cerciorarme de que el lugar se encontraba donde Humboldt había dicho, en otras palabras. Soy así, siempre he sido así. En los primeros tiempos de nuestro matrimonio, Diane decía que era mi «vena obsesiva», pero creo que hacia el final sabía que no era cierto. Suelo desconfiar de la competencia de los demás, eso es lo que me pasa. Comprendo que es un rasgo muy pesado y sé que la sacaba de sus casillas, pero lo que nunca entendió ella era que tampoco me gustaba demasiado a mí mismo. Sin embargo, algunas cosas tardan más en cambiar que otras, y algunas no cambian nunca, por mucho que lo intentes.

El restaurante estaba exactamente donde había explicado Humboldt, con una marquesina verde en la que se leían las palabras CAFÉ GOTHAM. Tenía aspecto de local neoyorquino de moda y también se parecía a los demás ochocientos restaurantes caros que se apiñaban en el centro.

Una vez localizado el punto de encuentro y de momento más tranquilo, al menos en lo tocante a eso, porque por lo demás estaba como una moto ante la perspectiva de volver a ver a Diane y me moría de ganas de fumarme un cigarrillo, caminé hasta Madison y curioseé en una tienda de maletas durante un cuarto de hora. No me bastaba con mirar escaparates, porque si Diane y Humboldt llegaban desde la parte alta de la ciudad, podían verme. Diane era capaz de reconocerme por la postura de los hombros y la caída del abrigo incluso de espaldas, y no quería que sucediera eso. No quería que supieran que había llegado antes de la hora, porque eso podía colocarme en una situación vulnerable, así que entré en la tienda.

Compré un paraguas que no necesitaba y salí del establecimiento a las doce en punto según mi reloj, sabiendo que podía cruzar el umbral del café Gotham a y cinco. Lema de mi padre: Si eres tú quien necesita acudir a la cita, preséntate cinco minutos antes; si son ellos quienes necesitan que acudas, llega cinco minutos tarde. Había llegado a un punto en el que no sabía quién necesitaba qué ni por qué ni durante cuánto tiempo, pero el lema de mi padre me parecía la vía más segura. Si hubiera quedado con Diane a solas, creo que habría llegado a la hora señalada.

No, creo que eso es mentira. Supongo que si hubiera quedado con Diane a

solas, habría entrado en el restaurante a las doce menos cuarto para esperarla.

Me paré bajo la marquesina y escudriñé el interior del local. Estaba muy iluminado, lo que me pareció un punto a su favor. Detesto los restaurantes penumbrosos donde no ves lo que comes y bebes. Las paredes eran blancas y estaban decoradas con vibrantes dibujos impresionistas. No se distinguían los motivos, pero daba igual. Con sus colores primarios y los trazos amplios y exuberantes, eran como un subidón de cafeína visual. Busqué a Diane con la mirada y vi a una mujer que podía ser ella sentada a medio camino de la sala alargada, junto a la pared. Resultaba difícil asegurarlo, porque me daba la espalda y no se me da tan bien como a ella reconocer a las personas en circunstancias adversas. Pero en cualquier caso, el hombre corpulento y medio calvo sentado frente a ella tenía aspecto de Humboldt. Respiré hondo, abrí la puerta del restaurante y entré.

El síndrome de abstinencia del tabaco tiene dos fases, y estoy convencido de que la segunda es la causante de la mayor parte de recaídas. El mono físico dura entre diez días y dos semanas, tras lo cual desaparecen casi todos los síntomas, como sudores, jaquecas, espasmos musculares, ojos doloridos, insomnio e irritabilidad. A este período le sigue otro mucho más largo de mono psicológico, con síntomas tales como la depresión de leve a moderada, el duelo, cierto grado de anhedonia (es decir, una especie de encefalograma emocional plano), despiste e incluso dislexia transitoria. Sé todo esto porque he leído mucho sobre el tema; me pareció importante hacerlo después de lo que ocurrió en el café Gotham. Supongo que podría decirse que mi interés se encuadraba en algún lugar entre el País de las Aficiones y el Reino de la Obsesión.

La manifestación más usual en la segunda fase del síndrome es una vaga sensación de irrealidad. La nicotina mejora la transferencia sináptica y la concentración, es decir, ensancha la autopista de la información del cerebro. No es una mejora espectacular, ni siquiera necesaria para pensar con claridad (si bien casi todos los nicotinodependientes afirman lo contrario), pero cuando dejas el tabaco, tienes la sensación, una sensación abrumadora, en mi caso, de que el mundo ha adquirido una cualidad onírica. En muchas ocasiones me parecía que las personas, los coches y los pequeños acontecimientos callejeros que observaba a diario pasaban ante mí como en una pantalla de cine, controlados por tramoyistas ocultos que manejaban enormes manivelas y carretes. Era como ir un poco ciego de forma constante, porque la sensación iba acompañada de un sentimiento de impotencia y fatiga moral, de que las cosas tenían que seguir su curso para bien o para mal, porque estabas demasiado ocupado para hacer otra cosa que no fumar, joder.

No sé hasta qué punto todo esto guarda relación con lo que sucedió, pero sé que influyó en cierto modo, porque tuve bastante claro que algo raro le pasaba al maître en cuanto lo vi, y en cuanto me habló, lo supe con certeza.

Era un hombre alto, de unos cuarenta y cinco años, delgado (al menos con el esmoquin, porque en ropa de calle sin duda me habría parecido flaco) y con

bigote. En una mano sostenía una carta encuadernada en piel. No se diferencia en nada de los cientos de maîtres que habitan los cientos de restaurantes elegantes de Nueva York. Salvo por su pajarita, que llevaba ladeada, y una mancha en la camisa justo encima del botón superior de la chaqueta. Parecía salsa o alguna clase de mermelada. Asimismo, varios mechones de cabello se le rebelaban en la parte posterior de la cabeza, lo que me recordó a Alfalfa en aquellos viejos episodios de *Los pequeños traviesos*. El detalle casi me hizo reír, no olviden que estaba muy nervioso, y tuve que morderme el labio para contener la carcajada.

—¿Señor? —preguntó cuando me acerqué al mostrador.

La palabra sonó algo así como «señiorr», porque todos los maîtres de Nueva York hablan con acento extranjero, aunque nunca sabes de dónde. Una chica con la que salí a mediados de los ochenta, una que sí tenía sentido del humor (y graves problemas con las drogas, por desgracia), me dijo en cierta ocasión que todos se criaban en el mismo islote y por tanto hablaban la misma lengua.

—¿Qué lengua es? —le pregunté.

—Esnobés —repuso, haciéndome estallar en carcajadas.

Aquel comentario me vino a la memoria mientras desviaba la mirada hacia la mujer a la que había visto desde la puerta (ahora estaba casi seguro de que era Diana), y de nuevo tuve que morderme el labio. Como consecuencia de ello, el nombre de Humboldt me salió como una especie de estornudo.

La frente despejada y pálida del maître se arrugó mientras me miraba con expresión penetrante. Al entrar creía que tenía los ojos castaños, pero en ese momento me parecieron negros.

—¿Cómo dice, señor?

Lo que sonó como «Como disse, señiorr» y fue pronunciado con expresión de absoluto desdén. Sus largos dedos, tan pálidos como su frente y finos como los de un concertista de piano, golpeteaban nerviosos la carta. La borla que sobresalía de entre las tapas oscilaba como un punto de lectura de tres al cuarto.

—Humboldt —repetí—, una mesa para tres.

Me di cuenta de que no podía apartar la mirada de la pajarita, tan torcida que el lado izquierdo casi le rozaba la cara inferior del mentón, ni de la mancha que tenía en la camisa. Ahora que lo tenía más cerca, no parecía salsa ni mermelada, sino sangre medio seca.

Bajó la mirada hacia el registro de reservas, y los mechones rebeldes se bamboleaban sobre la meseta del resto de la cabellera repeinada. Entre los surcos del peine se vislumbraba el cuero cabelludo, y reparé en un copo de caspa sobre la hombrera de la chaqueta. Se me ocurrió que un buen jefe de camareros tal vez despediría a un subordinado tan desaliñado.

—Ah, sí, monsieur («ah, siií, mesió») —ronroneó tras localizar el nombre—. Su mesa está...

Estaba levantando la vista. De repente se interrumpió y su mirada se tornó aún más penetrante si cabe. Estaba mirando a un punto situado detrás de mí y

más abajo.

—No puede entrar con el perro —espetó—. ¿Cuántas veces le he dicho que no puede entrar con el perro?

No hablaba a gritos, pero sí en voz lo suficientemente alta para que varios comensales de las mesas más próximas a su mostrador modelo pulpito dejaran de comer y miraran a su alrededor con curiosidad.

También yo me volví. El maître había hablado con tal énfasis que esperaba ver al perro de alguien, pero detrás de mí no había nadie, y mucho menos un perro. En aquel momento se me ocurrió, no sé por qué, que el hombre se refería a mi paraguas, que tal vez, en la isla de los Maîtres, «perro» en argot significaba «paraguas», sobre todo cuando lo lleva un cliente en un día soleado.

Me volví de nuevo hacia el maître y vi que ya se había alejado del mostrador con una carta en la mano. Debió de percibir que no lo seguía, porque en un momento dado me miró por encima del hombro con las cejas enarcadas. En su rostro no se advertía ahora más que una expresión cortés e inquisitiva («¿Me acompaña, mesió?»), de modo que lo acompañé. Sabía que algo le pasaba, pero aun así lo acompañé. No podía tomarme el tiempo ni la molestia de intentar averiguar qué le ocurría al maître de un restaurante al que nunca había ido y al que seguramente jamás volvería a ir. Tenía que enfrentarme a Humboldt y Diane, enfrentarme a ellos sin fumar, y el maître del café Gotham tendría que arreglárselas solo, perro incluido.

Diane se volvió, y en el primer momento no vi en su expresión más que cierta cortesía gélida. Pero al instante percibí una furia subyacente, o al menos eso me pareció. Habíamos discutido mucho los tres o cuatro últimos meses de nuestro matrimonio, pero no recordaba haber visto esa especie de furia disimulada que advertía ahora, una rabia que ella pretendía ocultar bajo el maquillaje, el vestido nuevo (azul, sin motas ni corte lateral) y el peinado también nuevo. El hombre corpulento que la acompañaba le estaba diciendo algo, y ella alargó la mano para darle una palmadita en el brazo. Cuando el hombre se volvió hacia mí, disponiéndose a levantarse, vi algo más en el rostro de Diane. No solo estaba enfadada conmigo, sino que también me tenía miedo. Y aunque no había dicho una sola palabra, yo ya estaba furioso con ella. Todo lo que reflejaban sus ojos y su cara era negativo, como si llevara CERRADO HASTA NUEVO AVISO escrito en la frente. No creía merecerme aquello.

—Monsieur —dijo el maître al tiempo que retiraba la silla situada a la izquierda de Diane.

Apenas lo oí, y desde luego, cualquier pensamiento sobre su excéntrica conducta y su pajarita torcida había quedado desterrado de mi mente. Creo que incluso el tabaco había abandonado mi cabeza por primera vez desde que dejara de fumar. Solo podía concentrarme en la cautelosa compostura que exhibía su rostro y asombrarme ante el hecho de poder estar enfadado con ella y, pese a ello, desearla tanto que me dolía mirarla. No sé si la ausencia intensifica el cariño, pero en cualquier caso, refresca la mirada.

Asimismo, tuve tiempo de preguntarme si de verdad había visto todo lo que había creído ver. ¿Furia? Sí, era posible, incluso probable. Si no hubiera estado furiosa conmigo, al menos hasta cierto punto, no me habría dejado, supongo. Pero ¿asustada? ¿Por qué diantres iba Diane a tenerme miedo? Nunca le había puesto la mano encima. De acuerdo, le había levantado la voz en algunas de nuestras peleas, pero ella también a mí.

—Disfrute de la comida, monsieur —me deseó el maître desde otro universo, aquel que suelen habitar los empleados del servicio, asomando la cabeza al nuestro solo cuando requerimos su presencia, ya sea porque necesitamos algo o para quejarnos.

—Señor Davis, soy Bill Humboldt —se presentó el acompañante de Diane.

Extendió una mano enorme de aspecto enrojecido y agrietado. Se la estreché brevemente. El resto de él era tan enorme como su mano, y su rostro de luna llena mostraba el rubor que suele darse en los bebedores empedernidos tras la primera copa del día. Le echaba unos cuarenta y tantos años, por lo que debían de faltar unos diez para que sus carrillos orondos se convirtieran en sacos flácidos de piel y grasa.

—Mucho gusto —murmuré.

No pensaba en lo que decía, como tampoco pensaba en el maître de la mancha en la camisa. Solo quería acabar con las presentaciones para poder volverme hacia la guapa rubia de tez sonrosada y cremosa, labios rosados y cuerpo esbelto. La mujer que, hasta no hacía tanto, siempre me susurraba «fóllame, fóllame, fóllame» al oído mientras se aferraba a mis nalgas como si cabalgara.

—¿Dónde está el señor Ring? —inquirió Humboldt, mirando a su alrededor (con aire algo teatral, me pareció).

—El señor Ring va camino de Long Island. Su madre se ha caído por la escalera y se ha roto la cadera.

—Vaya, genial —refunfuñó Humboldt.

Cogió el martini medio vacío que tenía ante sí y lo apuró hasta que la aceituna ensartada en el palillo quedó encajada entre sus labios. La escupió al vaso, dejó este de nuevo sobre la mesa y me miró.

—Apuesto a que adivino lo que le ha dicho.

Oía sus palabras, pero no le presté atención alguna. Por el momento, Humboldt revestía para mí la misma importancia que las interferencias leves en el programa de radio que quieres escuchar. Tenía la mirada clavada en Diane. Era increíble, pero estaba más guapa y parecía más inteligente que antes, como si hubiera aprendido cosas (sí, en solo dos semanas viviendo con Ernie y Dee Dee Coslaw en Pund Ridge) que yo jamás llegaría a saber.

—¿Cómo estás, Steve? —preguntó.

—Bien —respondí antes de añadir—: Bueno, bien no. La verdad es que te echo de menos.

Mis palabras toparon con un silencio vigilante. Aquellos enormes ojos color turquesa siguieron mirándome, pero nada más, nada de «yo también te he

echado de menos».

—Y he dejado de fumar, lo cual tampoco ha contribuido a tranquilizarme.

—¿En serio? Me alegro por ti.

Experimenté otra oleada de enojo, esta vez muy intensa, al escuchar su tono cortés e indiferente, como si creyera que quizá le mentía y le diera igual. Me había estado echando la bronca por fumar todos los días durante dos años. Que si me iba a provocar un cáncer, que si le iba a provocar un cáncer a ella, que si ni siquiera iba a plantearse tener un hijo hasta que lo dejara, así que ya podía ir olvidándome del tema entretanto... Y ahora, de repente, todo aquello ya no le importaba, porque yo ya no le importaba.

—Tenemos que hablar de negocios, si no les importa —terció Humboldt.

A sus pies había uno de esos voluminosos maletines de abogado. Humboldt lo levantó con un gruñido y lo dejó sobre la silla que habría ocupado mi abogado si su madre no se hubiera roto la cadera. Humboldt empezó a abrir los cierres, pero en ese momento dejé de prestar atención. A decir verdad, sí me importaba. No era cuestión de cautela, sino de prioridades. Di gracias por la ausencia de Ring; desde luego, dejaba las cosas claras. Me volví de nuevo hacia Diane.

—Quiero intentarlo de nuevo. ¿Podemos reconciliarnos? ¿Hay alguna posibilidad?

La expresión de horror absoluto que se pintó en su rostro dio al traste con unas esperanzas que ni yo mismo sabía que albergaba. En lugar de responder, miró a Humboldt.

—¡Me prometió que no tendríamos que hablar de esto! —gritó con voz temblorosa y acusadora—. ¡Me prometió que no permitiría que saliera a relucir siquiera!

Humboldt parecía un tanto incómodo; se encogió de hombros y bajó la vista hacia su difunto martini antes de mirar de nuevo a Diane. Creo que deseaba haber pedido uno doble.

—No sabía que el señor Davis asistiría a la reunión sin su abogado. Debería haberme llamado, señor Davis, pero puesto que no lo ha hecho, considero necesario comunicarle que Diane no dio luz verde a este encuentro pensando en una posible reconciliación. Su decisión de seguir adelante con el divorcio es irrevocable.

En ese instante se volvió hacia ella en busca de confirmación, que obtuvo de inmediato, pues Diane estaba asintiendo con gran énfasis. Tenía las mejillas mucho más sonrosadas que cuando me había sentado a la mesa, y el rubor que mostraban no era de los que asocio con la vergüenza.

—Más irrevocable imposible —convino, de nuevo con expresión enfurecida.

—¿Por qué, Diane? —quise saber, detestando el tono quejumbroso que advertí en mi voz, una especie de balido de oveja que no podía evitar—. ¿Por qué?

—Por el amor de Dios —resopló ella—. ¿Pretendes hacerme creer que no lo sabes?

—Exacto...

Estaba más colorada que nunca, y el rubor casi le llegaba a las sienes.

—No, claro, qué propio de ti.

Levantó el vaso de agua y derramó una parte sobre el mantel porque le temblaba la mano. De inmediato me vino a la memoria una imagen, la del día en que se fue y dejé caer el vaso de zumo de naranja al suelo y me advertí a mí mismo que no debía recoger los fragmentos hasta que las manos dejaran de temblarme y pese a todo los recogí y me corté.

—Basta, esto es muy contraproducente —señaló Humboldt.

Parecía un monitor de recreo intentando evitar una pelea antes de que empiece, pero estaba buscando con la mirada a nuestro camarero o cualquier camarero cuya atención pudiera atraer. En aquellos momentos estaba mucho menos interesado en nosotros que en conseguir lo que los británicos llaman «la otra mitad».

—Solo quiero saber... —volví a la carga.

—Lo que quiere saber no tiene nada que ver con el motivo de esta reunión —me atajó Humboldt, haciendo gala por unos segundos del entusiasmo y la vivacidad con que debía de haber salido de la facultad.

—Exacto. Por fin... —dijo Diane con voz frágil, pero vehemente—. Por fin no se trata de lo que tú quieres ni de lo que tú necesitas.

—No sé qué significa eso, pero estoy dispuesto a escuchar —ofrecí—. Podríamos probar una terapia matrimonial. No tengo nada que objetar si eso...

Diane alzó ambas manos hasta la altura de los hombros con las palmas vueltas hacia mí.

—Vaya, vaya, ahora resulta que a mister macho le va el rollo *new age* —exclamó antes de dejar caer las manos sobre el regazo—. Después de tanto tiempo cabalgando hacia el sol poniente, muy erguido en tu corcel. No me digas.

—Basta —le ordenó Humboldt.

Paseó la mirada entre su cliente y el futuro ex marido de su cliente (iba a suceder, ni siquiera la vaga sensación de irrealidad que provoca dejar de fumar podía ocultarme aquella verdad tan evidente).

—Una sola palabra más de cualquiera de los dos y daré por terminada esta comida —amenazó con una sonrisa tan descaradamente falsa que me resultó perversamente entrañable—. Y eso que todavía no sabemos cuáles son las sugerencias del chef.

Aquella primera referencia a la comida tuvo lugar justo antes de que las cosas empezaran a torcerse. Recuerdo haber percibido el olor a salmón procedente de una mesa cercana. En las dos semanas transcurridas desde que dejara de fumar, el olfato se me había afinado de forma increíble, cosa que no me hace demasiada gracia, sobre todo cuando se trata de salmón. Antes me gustaba, pero ahora no soporto su olor y mucho menos su sabor. Huele a dolor, miedo, sangre y muerte.

—Ha empezado él —murmuró Diane, huraña.

«Has empezado tú —pensé—, empezaste tú al abandonarme», pero me mordí la lengua. A todas luces, Humboldt hablaba en serio; cogería a Diane de

la mano y la sacaría del restaurante si nos enzarzábamos en la infantil disputa de quién había empezado. Ni siquiera la perspectiva de tomarse otra copa lo retendría.

—De acuerdo —accedí sin acritud... lo que me supuso un esfuerzo ingente, de verdad—. He empezado yo. ¿Y ahora qué?

Por supuesto, ya sabía lo que se avecinaba. Papeles, papeles y más papeles. Con toda probabilidad, la única satisfacción que obtendría de tan patética situación sería poder decirles que no firmaría nada, que no leería nada siquiera, según lo que me había aconsejado mi abogado. Miré de nuevo a Diane, pero tenía la vista clavada en el plato, y el cabello le ocultaba el rostro. Sentí deseos de agarrarla por los hombros y zarandearle el cuerpo enfundado en su vestido azul nuevo como un dado en su cubilete. «¿Crees que estás sola en esto? —le gritaría—. Pues mira, el hombre Marlboro tiene noticias para ti, cariño. Eres una zorra testaruda y egoísta...»

—¿Señor Davis? —me llamó Humboldt en tono cortés.

Me volví hacia él.

—Vaya, creía que habíamos vuelto a perderlo —dijo.

—En absoluto.

—Estupendo.

Sostenía varios fajos de papeles en las manos, unidos por aquellos clips de oficina de colores, rojo, azul, amarillo, lila... Casaban bien con los dibujos impresionistas que decoraban las paredes del café Gotham. De repente se me ocurrió que no iba nada preparado para la reunión, y no solo porque mi abogado hubiera tenido que coger el tren de las doce y treinta y tres con destino a Babylon. Diane tenía su vestido nuevo; Humboldt venía armado con su maletín modelo camión de dieciocho ruedas y sus documentos sujetos con clips de colorines. Yo, por mi parte, no traía más que un paraguas nuevo en un día soleado. Lo miré allí tirado junto a mi silla (en ningún momento se me había pasado por la cabeza dejarlo en el guardarropa) y vi que la etiqueta del precio aún pendía del mango. De pronto me sentía como Mary Poppins.

La sala despedía un olor maravilloso, como casi todos los restaurantes desde que prohibieron fumar en ellos. Olía a flores, vino, café recién hecho, chocolate y bollos, pero el aroma que percibía con más claridad era el del salmón. Recuerdo haber pensado que olía muy bien y que probablemente lo pediría. También recuerdo haber pensado que si podía comer en una reunión como aquella, sin duda podría comer en cualquier parte.

—He traído una serie de impresos que garantizarán la seguridad económica tanto de usted como de la señora Davis al tiempo que aseguran que ninguno de los dos pueda acceder de forma injusta a los fondos que ambos se han esforzado tanto por atesorar —explicó Humboldt—. Asimismo tengo las notificaciones judiciales preliminares que ambos deberán firmar, además de unos impresos que nos permitirán poner sus acciones y bonos en una cuenta de fideicomiso hasta que el tribunal dicte sentencia.

Abrí la boca para decirle que no pensaba firmar nada y que si eso significaba que la reunión tocaba a su fin, pues perfecto, pero no alcancé a

articular una sola palabra, porque el maître me interrumpió. Gritaba y hablaba al mismo tiempo, y aunque he intentado plasmarlo aquí, un montón de íes juntas no alcanzan a transmitir la cualidad del sonido que emitía. Era como si tuviera la tripa llena de vapor y un pitorro de hervidor de agua por garganta.

—¡Ese perro... iiii... le he dicho mil veces que ese perro no... iiii... No puedo dormir... iiii... Esa puta dice que le raje la cara... iiii... Se burla de mí... iiii... Y ahora entra con ese perro... iiii!

En la sala se hizo un silencio sepulcral mientras los asombrados comensales levantaban la mirada de sus platos para mirar aquella figura delgada, pálida y vestida de negro cruzar el restaurante con el rostro desencajado y las piernas largas y flacas moviéndose como hojas de tijera. La pajarita del maître se había torcido en un ángulo de noventa grados respecto a su posición original, de modo que ahora parecía un reloj marcando las seis. Caminaba con las manos a la espalda y el cuerpo algo doblado por la cintura, lo que me recordó un dibujo que vi en clase de literatura de sexto, una ilustración del desafortunado maestro de Washington Irving, Ichabod Crane.

Se acercaba mirándome con fijeza. Yo le devolvía la mirada, casi hipnotizado, como en esos sueños en los que descubres que no has estudiado para el examen del día siguiente o que asistes en pelota picada a una cena que la Casa Blanca da en tu honor. Y tal vez así me habría quedado de no ser por Humboldt.

Oí el arañazo de su silla contra el suelo y me volví hacia él. Se estaba levantando con la servilleta en la mano. Parecía sorprendido, pero también furioso. De pronto reparé en dos cosas. Estaba borracho, bastante borracho, y consideraba aquel arrebato como un ataque contra su hospitalidad y su competencia. A fin de cuentas, él había elegido el restaurante, y al maître del mismo no se le ocurría otra cosa que enloquecer.

—¡Iiiii... voy a darte una lección! ¡Por última vez voy a darte una lección...!

—Dios mío, se ha orinado en los pantalones —murmuró una mujer sentada a una mesa cercana.

Aunque habló en voz baja, se la oyó con toda claridad en medio del silencio reinante, porque el maître se había interrumpido para respirar hondo y así poder proferir otra andanada de chillidos. Comprobé que tenía razón; la entrepierna del delgado maître estaba empapada.

—Eh, gilipollas —llamó Humboldt, encarándose con él.

De repente, el maître sacó la mano izquierda de detrás de la espalda. En ella llevaba el cuchillo de carnicero más grande que había visto en mi vida. Debía de medir más de sesenta centímetros, y la punta del filo tenía forma algo curva, como los alfanjes de las películas de piratas antiguas.

—¡Cuidado! —advertí a Humboldt.

Desde una de las mesas colocadas contra la pared, un hombre escuálido con gafas con montura al aire lanzó un grito, escupiendo una lluvia de fragmentos marronosos de comida masticada sobre el mantel.

Humboldt no pareció oír ni mi grito ni el del otro hombre, porque siguió

mirando al maître con el entrecejo fruncido.

—Le advierto que no volverá a verme por aquí si es así como... —empezó a decir.

—¡Iiiiiiii! ¡IIIIIIII! —chilló el maître.

Y entonces blandió el cuchillo por el aire. La hoja produjo una especie de silbido susurrado que acabó con el sonido del metal al hundirse en la mejilla derecha de William Humboldt. De la herida brotó un enfurecido torrente de sangre que decoró el mantel en un abanico de gotas, y vi con toda claridad, nunca lo olvidaré, una gota de color rojo brillante caer en mi vaso y sumergirse hasta el fondo seguida de un hilillo rosado. Parecía un renacuajo ensangrentado.

La mejilla de Humboldt se abrió, dejando al descubierto sus dientes, y cuando se llevó la mano a la herida chorreante, vi algo entre blancuzco y rosado sobre la hombrera de su traje color carbón. Hasta que el episodio terminó no caí en la cuenta de que debía ser su lóbulo.

—¡Cuéntaselo a tus orejas! —gritó el maître al sangrante abogado de Diane, que seguía allí de pie, con una mano en la mejilla.

De hecho, a excepción de la sangre que le fluía sobre y entre los dedos, parecía Jack Benny escenificando una de sus famosas reacciones de efectos retardados.

—¡Cuéntaselo a tus asquerosos amigos chismosos de la calle...! Tu desgracia... Iiiiiii... ¡Maldito amante de los perros!

Otras personas habían empezado a gritar, sobre todo al ver la sangre. Humboldt era un hombre imponente y sangraba como un cerdo sacrificado. Oía la sangre caer al suelo con un chapoteo, como agua de una tubería reventada, y la pechera de su camisa se había teñido de rojo, mientras que su corbata roja se había tornado negra.

—Steve—dijo Diane—. ¡Steven!

A espaldas de Diane y un poco a la izquierda se sentaban un hombre y una mujer. El hombre, de unos treinta años y apuesto como George Hamilton en su juventud, se levantó de un salto y corrió hacia la puerta.

—¡No me dejes aquí, Troy! —gritó su acompañante.

Pero Troy no miró atrás siquiera, como si acabara de recordar que tenía que devolver un libro a la biblioteca o llevar el coche al taller sin falta.

Si en algún momento se produjo cierta parálisis en el restaurante, cosa que no puedo afirmar con certeza pese a haber visto muchas cosas y recordar numerosos detalles, aquel movimiento la quebró. Se oyeron más gritos, y más personas se levantaron. Varias mesas se volcaron, desparramando fragmentos de vasos y platos por el suelo. Vi a un hombre pasar junto al maître rodeando con el brazo a su acompañante femenina. Por un instante, la mirada de la mujer y la mía se cruzaron, y en sus ojos no había más expresión que en un busto griego. Estaba mortalmente pálida por el terror.

Puede que toda la escena no durara más de diez o veinte segundos. La recuerdo como una serie de fotografías o filmas, pero sin noción del tiempo. El tiempo dejó de existir para mí en el momento en que Alfalfa, el maître, sacó la mano que ocultaba a la espalda y vi el cuchillo de carnicero que llevaba en

ella. Durante todo el episodio, el hombre del esmoquin siguió espetando palabras inconexas en su idioma especial para maîtres, ese que aquella antigua novia mía llamaba esnobés. Algunas palabras eran en efecto extranjeras, otras las pronunciaba en inglés pero sin sentido alguno, y parte de su discurso era sobrecogedor... espeluznante. ¿Han leído alguna vez parte de la extensa y confusa declaración *in articulo mortis* de Dutch Schultz? Se parecía mucho. No recuerdo casi nada, pero lo que recuerdo no lo olvidaré jamás, creo yo.

Humboldt retrocedió dando un traspié y sin soltarse la mejilla lacerada. La parte posterior de sus rodillas chocó contra el asiento de su silla, y se dejó caer en ella como un saco de patatas. «Parece como si acabaran de decirle que lo desheredan», pensé. Empezó a volverse hacia nosotros con los ojos abiertos como platos por el asombro. Tuve el tiempo justo de ver que los tenía llenos de lágrimas antes de que el maître asiera la empuñadura del cuchillo con ambas manos y se lo clavara en el centro de la cabeza. Sonó como si alguien atizara un montón de toallas con un bastón.

—¡Buut! —exclamó Humboldt.

Estoy bastante seguro que esa fue la última palabra que pronunció en su vida terrenal, «buut». A continuación, los ojos se le quedaron desorbitados, y el hombre cayó al suelo con una mano extendida. En el mismo instante, el maître, con todo el pelo de punta en la coronilla, no solo una parte, le arrancó el cuchillo de la cabeza. La sangre brotó de la nueva herida en una especie de cortina vertical y salpicó la parte delantera del vestido de Diane, que una vez más levantó las manos hasta la altura de los hombros con las palmas vueltas hacia fuera, pero esta vez con expresión horrorizada, no exasperada. Lanzó un chillido penetrante y se cubrió los ojos con las manos ensangrentadas. El maître no le prestó atención alguna, sino que se volvió hacia mí.

—Su perro —dijo en tono casi normal.

Hacia caso omiso de los clientes aterrorizados que se dirigían gritando hacia las puertas a su espalda. Sus ojos se me antojaban enormes y muy oscuros. Los veía otra vez castaños, pero con círculos negros alrededor de los iris.

—Su perro es tanta furia... Ni todas las radios de Coney Island pueden con ese perro, cabrón de mierda.

Yo tenía el paraguas en la mano, y lo único que no recuerdo, por mucho que lo intente, es en qué momento lo cogí. Creo que debió de ser mientras Humboldt estaba paralizado por la realidad de que acababan de ensancharle la boca unos veinte centímetros, pero lo cierto es que no lo recuerdo. Recuerdo al hombre que se parecía a George Hamilton corriendo hacia la puerta y sé que se llamaba Troy, porque así lo llamó su acompañante, pero no recuerdo haber cogido el paraguas que había comprado en la tienda de maletas. Sin embargo, lo tenía en la mano, con la etiqueta del precio sobresaliéndome del puño, y cuando el maître se inclinó hacia delante como si hiciera una reverencia y surcó el aire con el cuchillo para clavármelo en la garganta, creo, levanté el paraguas y le descargué un golpe en la muñeca, como un maestro de antaño que pegara a un

alumno rebelde con una palmeta.

—¡Ud! —exclamó el maître cuando su mano cayó hacia abajo y la hoja se hundió en el empapado mantel rosado.

Pese a todo, no soltó el arma, sino que la liberó de la mesa. Si hubiera intentado volver a golpearle la mano, sin duda habría fallado, pero no lo intenté, sino que fui a por su cara y le asesté un buen porrazo... todo lo buen porrazo que puede asestarse con un paraguas, en un lado de la cabeza. Y en ese momento, el paraguas se abrió como el coletazo magistral de un número humorístico.

Pero a mí no me hizo ninguna gracia. El paraguas me impedía verlo mientras retrocedía dando tumbos y llevándose la mano libre al lugar donde lo había golpeado, y no me gustaba no verlo. De hecho, me aterraba. Aún más.

Así a Diane por la muñeca para obligarla a levantarse. Me dejó hacer sin decir palabra, avanzó un paso hacia mí, tropezó por culpa de los tacones y cayó torpemente entre mis brazos. Sentí sus pechos apretándose contra mí, así como la humedad caliente que los cubría.

—¡Iiiiiii! ¡Estrúfalo! —chilló el maître.

O tal vez me llamó estrúfalo. Sé que no importa, pero a menudo me parece que sí. De madrugada, las nimiedades me atormentan tanto como las cuestiones vitales.

—¡Cabrón estrufálico! ¡Hush-do-baba! ¡Que le den por el culo al primo Brucie! ¡Que te den por el culo a ti!

Empezó a rodear la mesa en nuestra dirección. A su espalda, la sala había quedado desierta y parecía el escenario de una pelea de bar reciente en una película del Oeste. Mi paraguas seguía sobre la mesa, con la tela abierta a un lado, y el maître lo golpeó con la cadera. El paraguas cayó a sus pies, y mientras lo apartaba de un puntapié, levanté a Diane y tiré de ella hacia el extremo más alejado del restaurante. La puerta principal no me servía de nada; en primer lugar estaba demasiado lejos, pero aun cuando consiguiéramos llegar hasta ella, seguía bloqueada por numerosos clientes aterrados que no dejaban de gritar. Si el maître iba a por mí o a por los dos, no le costaría esfuerzo alguno alcanzarnos y trincharnos como un par de pavos.

—¡Insectos! ¡Insectos! ¡Iiiiiiiii! Te has quedado sin perro, ¿eh? ¡Se acabaron los ladridos de tu perro!

—¡Detenlo! —chilló Diane—. ¡Por el amor de Dios, va a matarnos a los dos! ¡Detenlo!

—¡Os pudriré, abominaciones!

Ya estaba muy cerca. El paraguas apenas había entorpecido su avance, eso era evidente.

—¡Os pudriré a vosotros y todos vuestros trules!

Vi tres puertas, dos de ellas de frente en un hueco donde también había un teléfono. Servicios de señoras y de caballeros. Nada. Aun cuando solo tuvieran un retrete con pestillo, no nos servían. A un chalado como aquel no le costaría nada cargarse el pestillo a base de mamporros, y entonces nos quedaríamos sin escapatoria.

Arrastré a Diane hacia la tercera puerta y me adentré con ella en un

universo de azulejos verdes limpios, intensa luz fluorescente, cromados relucientes y deliciosos aromas. Destacaba entre ellos el olor a salmón. Humboldt no había tenido ocasión de preguntar por las sugerencias del chef, pero yo creía saber cuál era al menos una de ellas.

Vi a un camarero que sostenía una bandeja llena en una mano. Tenía la boca abierta y los ojos como platos; como Gimpel el tonto en aquel relato de Isaac Singer.

—Qué... —farfulló justo antes de que lo empujara a un lado.

La bandeja salió despedida, y varios platos y vasos se estrellaron contra la pared.

—¡Eh! —gritó un hombre.

Era inmenso, llevaba bata blanca y un voluminoso gorro de chef en forma de nube. Alrededor del cuello lucía un pañuelo rojo y en una mano sostenía un cucharón del que caían gotas de salsa marrón.

—¡Eh, no pueden igumpir aquí de está manegá!

—Tenemos que salir—expliqué—. Está loco. Está...

De repente se me ocurrió una idea, una forma de explicar la situación sin explicarla, y por un instante apoyé la mano sobre el pecho izquierdo de Diane, sobre la tela empapada de su vestido. Fue la última vez que la toqué de un modo íntimo y no sé si experimenté una sensación agradable o no. Luego extendí hacia el chef la mano manchada con la sangre de Humboldt.

—¡Dios mío! —exclamó el hombre—. Pog aquí, salgan pog detgás.

En ese momento, la puerta por la que acabábamos de entrar se abrió de golpe, y el maître entró con la mirada enloquecida y el pelo de punta como un erizo. Miró a su alrededor, vio al camarero, pasó de él, me vio a mí y se acercó a toda prisa.

De nuevo eché a correr, tirando de Diane y empujando sin apenas darme cuenta el blando vientre del chef. Pasamos por su lado, y la sangre del vestido de Diane le manchó la parte delantera de la bata. Vi que no nos acompañaba, sino que se volvía hacia el maître, y quise avisarlo, advertirle que no serviría de nada, que era la peor idea del mundo, probablemente la última idea que tendría, pero no tenía tiempo.

—¡Eh! —exclamó de nuevo el chef—. Eh, Guy, ¿qué susedé?

Pronunció el nombre del maître a la francesa, de forma que rimaba con «ti», y esa fue la última palabra que pronunció. Al instante oí un golpe sordo que me recordó el sonido que había producido el cuchillo al hundirse en el cráneo de Humboldt, y el chef profirió un grito como gorgoteante, seguido de un plaf líquido que aún puebla mis sueños. No sé lo que era y no quiero saberlo.

Arrastré a Diane por un estrecho pasillo entre dos fogones que nos abrasaron con su intenso calor. Al final había una puerta cerrada con dos pesados cerrojos de acero. Me dispuse a abrir el primero y entonces oí a Guy, que nos seguía profiriendo incoherencias.

Quería abrir el cerrojo, creer que podía abrir la puerta y salir de allí antes de que se acercara demasiado, pero una parte de mí, la parte resuelta a sobrevivir, sabía que era imposible. Así pues, empujé a Diane contra la puerta,

me situé ante ella con un instinto protector que debe de remontarse a la Edad de Hielo, como mínimo, y me encaré con Guy.

Llegó corriendo por el estrecho pasillo, blandiendo el cuchillo con la mano izquierda sobre la cabeza. Su boca abierta dejaba al descubierto dos hileras de dientes sucios y erosionados. Cualquier esperanza de obtener ayuda de Gimpel, el tonto, se había disipado. Estaba acurrucado contra la pared junto a la puerta que daba a la sala, con los dedos hundidos en la boca, lo que le confería aún más aspecto de tonto del pueblo.

—¡Haberme olvidado no deberías! —vociferó Guy como Yoda en *La guerra de las galaxias*—. ¡Perro odioso! ¡Tu música estruendosa, cacofónica! ¡Iiiiiiii! ¿Cómo puedes...?

Sobre uno de los quemadores delanteros del fogón izquierdo se asentaba una enorme olla. La cogí y le asesté un golpe con ella. Hasta una hora después no supe cómo me había quemado la mano. Tenía la palma salpicada de ampollas abultadas, al igual que tres dedos. La olla resbaló del quemador, hizo una pirueta en el aire y roció a Guy de cintura para abajo con lo que parecía una mezcla de arroz, maíz y unos ocho litros de agua hirviendo.

Lanzó un chillido, retrocedió dando tumbos y apoyó la mano en la que no sostenía el cuchillo sobre uno de los fogones, casi justo encima de la llama azul y amarilla sobre la cual una sartén llena de champiñones salteados empezaba a carbonizarse. Lanzó otro grito esta vez tan estridente que me lastimó los oídos, y se llevó la mano ante los ojos, como si fuera incapaz de creer que le pertenecía.

Miré a mi derecha y vi junto a la puerta un pequeño hueco con productos de limpieza, como limpiacristales, detergente en polvo y limpiainodoros, una escoba con un recogedor encajado en la parte superior del mango como un sombrero y una fregona en un cubo de acero con escurridor.

Cuando Guy se acercó de nuevo a mí con el cuchillo en la mano que no se le estaba hinchando como un globo rojo, agarré el mango de la fregona, lo usé para hacer rodar el cubo y lo atacué. Guy echó el torso hacia atrás, pero no se amilanó. En su rostro se pintaba una sonrisa peculiar, como espasmódica. Parecía un perro que por un instante hubiera olvidado cómo se gruñe. Se pasó el cuchillo ante el rostro en una serie de ademanes místicos. Los fluorescentes del techo arrancaban líquidos destellos a la hoja... en los puntos donde no tenía sangre incrustada, claro está. Guy no parecía sentir dolor alguno en la mano quemada ni en las piernas, a pesar de que acababan de caerle varios litros de agua hirviendo y tenía los pantalones del esmoquin salpicados de arroz.

—Capullo desgraciado —masculló sin dejar de hacer aquellos gestos con el cuchillo, como un cruzado que se dispusiera a entrar en batalla, si es que uno podía imaginarse a un cruzado con esmoquin manchado de arroz—. Te mataré como he matado a tu asqueroso perro ladrador.

—No tengo perro —dije—. No puedo tener perro. El contrato de alquiler lo prohíbe.

Creo que fue lo único que le dije durante toda aquella pesadilla, aunque ni siquiera sé si llegué a decirlo en voz alta. Tal vez solo lo pensé. A su espalda vi al chef pugnando por ponerse en pie, con una mano aferrada al picaporte del

enorme frigorífico y la otra, a la bata ensangrentada y desgarrada a la altura de su voluminoso vientre en una amplia sonrisa rojiza. Hacía cuanto podía por mantener a raya sus entrañas, pero estaba perdiendo la batalla. Un tramo de intestino reluciente y violáceo ya le colgaba fuera, apoyado sobre el costado izquierdo como una macabra cadena de reloj.

Guy hizo otro amago con el cuchillo. Le repliqué con una finta de fregona, y retrocedió un paso. Acerqué el palo a mí y aferré la madera con ambas manos, listo para arrojarle el cubo con el pie si se movía. Me dolía la mano y notaba el sudor resbalándome por las mejillas como aceite hirviendo. Tras Guy, el cocinero había conseguido ponerse en pie. Muy despacio, como un inválido durante la primera fase de convalecencia tras una operación complicada, echó a andar por el pasillo hacia Gimpel, el tonto. Le deseaba suerte.

—Abre los cerrojos —ordené a Diane.

—¿Qué?

—Los cerrojos de la puerta. Ábrelos.

—No puedo moverme —gimió, llorando con tal fuerza que apenas la entendí—. Me estás aplastando.

Me aparté un poco de ella para dejarle espacio. Guy me enseñó los dientes, hizo otra finta con el cuchillo y siguió esbozando aquella sonrisita nerviosa cuando empujé el cubo hacia él.

—Letrina infestada de bichos —espetó en el tono que emplearía alguien para hablar de las posibilidades que tenían los Mets aquella temporada—. A ver si ahora pones la radio tan fuerte, letrina. Te hace cambiar de actitud, ¿eh? ¡Boing!

Agitó de nuevo el cuchillo, y de nuevo hice rodar el cubo hacia él. Sin embargo, observé que esa vez no retrocedía tanto; estaba haciendo acopio de valor. Tenía intención de atacar, y pronto. Sentía los pechos de Diane contra mi espalda cada vez que respiraba. Pese a que le había dejado sitio, no se había dado la vuelta para abrir los cerrojos. Estaba paralizada.

—Abre la puerta —le dije sin apenas abrir la boca, como los delincuentes de las películas—. Abre los putos cerrojos, Diane.

—No puedo —sollozó—. No tengo fuerza en las manos. Detenlo, Steven, no te quedes ahí hablando con él. Detenlo.

Diane me estaba volviendo loco, de verdad lo creía.

—Date la vuelta y descorre los malditos cerrojos, Diane, o me haré a un lado y dejaré que...

—¡Iiiiiiii! —chilló Guy al tiempo que se abalanzaba sobre mí cuchillo en ristre.

Lo golpeé con la fregona con toda la fuerza de que fui capaz y lo derribé. Guy lanzó un aullido y agitó el cuchillo en un arco bajo y desesperado. De estar solo un poco más cerca, me habría rebanado la punta de la nariz. Aterrizó en el suelo con las rodillas despatarradas y el rostro a escasos centímetros del escurridor del cubo. ¡Perfecto! Le di con la fregona en la nuca. Las tiras se desparramaron sobre los hombros de su chaqueta negra como una peluca de

bruja. Su cara chocó contra el escurridor. Me incliné hacia delante, así el mango con la mano libre y apreté. Guy profirió un grito de dolor amortiguado por las tiras de la fregona.

—¡ABRE LOS CERROJOS! —chillé a Diane—. ¡ABRE LOS CERROJOS, MALDITA ZORRA INÚTIL...!

¡Bum! Algo duro y puntiagudo se me clavó en las nalgas. Caí hacia delante con un grito más de sorpresa que de dolor, creo, aunque lo cierto es que me dolía. Apoyé una rodilla en el suelo y solté sin querer la fregona. Guy se liberó de la peluca de la fregona con la respiración tan jadeante que parecía ladrar. Sin embargo, mi intento de inmovilizarlo no había surtido demasiado efecto, pues volvió a atacarme con el cuchillo en cuanto pudo apartarse del cubo. Intenté esquivar la cuchillada y percibí una ráfaga de aire cuando la hoja cortó el aire a pocos milímetros de mi mejilla.

No fue hasta que me levanté con dificultad que comprendí lo que Diane había hecho. La miré brevemente de reojo. Ella me devolvió la mirada con expresión desafiante y la espalda pegada a la puerta. De repente se me ocurrió una idea demencial: Diane quería verme muerto. Quizá incluso lo había planeado todo. Había encontrado un maître chiflado y...

—¡Cuidado! —gritó de repente con los ojos muy abiertos.

Me volví justo a tiempo para ver que Guy volvía a la carga. Tenía ambos lados de la cara muy rojos, salvo por los manchurrónes blancos causados por los agujeros del escurridor. Volví a atacarlo con la fregona, resuelto a alcanzarlo en el cuello, pero le di en el pecho. Eso detuvo su avance, incluso lo obligó a retroceder un poco. Lo que sucedió entonces fue pura suerte. Guy resbaló en el agua derramada del cubo volcado y se desplomó, golpeándose la cabeza contra las baldosas. Sin pensar y apenas consciente de que estaba gritando, cogí la sartén llena de champiñones del fogón y le di con ella en toda la cara. Se oyó un ruido amortiguado, seguido de un espeluznante pero por fortuna breve siseo al quemarse la piel de sus mejillas y su frente.

Me volví, empujé a Diane a un lado y descorrí los cerrojos que aseguraban la puerta. Al abrir la puerta, la luz del sol me golpeó como un martillo, al igual que la fragancia del aire. No recuerdo ninguna otra ocasión en que el aire oliera tan bien, ni siquiera cuando era niño y empezaban las vacaciones de verano.

Agarré a Diane por el brazo y la arrastré al estrecho callejón atestado de contenedores cerrados con candado. En el extremo más alejado de aquella ranura entre el cemento, cual visión celestial, se abría la calle Cincuenta y tres, surcada por el tráfico indiferente. Miré de reojo a la puerta abierta de la cocina. Guy yacía de espaldas con la cabeza rodeada de champiñones carbonizados, como si de una diadema existencial se tratara. La sartén había resbalado a un lado, dejando al descubierto un rostro tumefacto, enrojecido y salpicado de ampollas. Tenía un ojo abierto, pero clavado, sin ver, en los fluorescentes del techo. Tras él, la cocina aparecía desierta. Vi un charco de sangre en el suelo y huellas sangrientas de manos sobre el esmaltado blanco de la cámara frigorífica, pero tanto el chef como Gimpel, el tonto, habían desaparecido.

Cerré la puerta de golpe y señalé callejón abajo.

—Vamos.

Ella no se movió, sino que se limitó a mirarme.

Le di un leve empujoncito en el hombro izquierdo.

—¡Venga!

Diane levantó la mano como un guardia de tráfico, meneó la cabeza y me señaló con el dedo.

—No te atrevas a tocarme.

—¿Qué vas a hacer? ¿Chivarte a tu abogado? Me parece que está muerto, cariño.

—No te atrevas a hablarme en ese tono. Y no me toques, Steven, te lo advierto.

En aquel momento, la puerta de la cocina se abrió. Sin pensar siquiera en lo que hacía, la cerré. Oí un grito amortiguado, no sé si de dolor o de furia, ni me importa, justo antes de que se cerrara. Apoyé la espalda contra ella.

—¿Quieres hablar de ello aquí? Por lo visto, ese tipo sigue vivo y coleando.

Guy volvió a golpear la puerta. Dejé que se abriera un poco y la cerré de nuevo con todas mis fuerzas. Esperé a que volviera a intentarlo de nuevo, pero no fue así.

Diane me lanzó una larga mirada entre furiosa e insegura antes de echar a andar por el callejón con la cabeza gacha y el cabello colgándole a ambos lados del cuello. Me quedé con la espalda apretada contra la puerta hasta que Diane hubo recorrido tres cuartas partes del trayecto a la calle y entonces me aparté, mirándola con cautela. No salió nadie, pero decidí que eso no contribuía en absoluto a mi tranquilidad de espíritu, así que arrastré uno de los contenedores hasta ella para bloquearla y eché a correr en pos de Diane.

Cuando llegué a la boca del callejón, ella ya no estaba. Miré hacia la derecha, en dirección a Madison, pero no la vi. Miré hacia la izquierda, y ahí estaba, cruzando muy despacio la Cincuenta y tres en diagonal, aún cabizbaja y con el cabello lacio como dos cortinas a ambos lados de la cara. Nadie le prestaba atención, pues los mirones apostados ante el café Gotham contemplaban el interior del restaurante a través del escaparate como si estuvieran ante el tanque de los tiburones en el acuario de Nueva Inglaterra a la hora de comer. Se acercaban sirenas, muchas sirenas.

Crucé la calle, alargué la mano para asirla del hombro y en el último momento desistí. En lugar de ello la llamé por su nombre.

Diane se volvió con la mirada empañada por el horror. La parte delantera de su vestido se había convertido en una especie de babero sangriento. Apestaba a sangre y adrenalina.

—Déjame en paz —espetó—. No quiero volver a verte jamás, Steven.

—Me has dado una patada en el culo, Diane —constaté—. Me has dado una patada en el culo y has estado a punto de conseguir que nos mataran a los

dos.

—Llevo catorce meses con ganas de darte una patada en el culo —replicó—. Cuando se trata de cumplir nuestros sueños, no siempre podemos elegir el momento...

Le propiné un bofetón sin pensar en lo que hacía, y pocas cosas me han proporcionado tanto placer en toda mi vida adulta. Me avergüenza decirlo, pero he llegado demasiado lejos para empezar a mentir ahora, aunque sea por omisión.

La cabeza de Diane osciló hacia atrás. Abrió los ojos aún más, y la expresión opaca y traumatizada se disipó.

—¡Maldito cabrón! —gritó al tiempo que se llevaba la mano a la mejilla y con los ojos inundados de lágrimas—. ¡Cabrón de mierda!

—Te he salvado la vida —le recordé—. ¿Es que no te das cuenta? ¿Es que no te enteras? Te he salvado la vida, joder.

—Hijo de puta —susurró—. Hijo de puta manipulador, prepotente, mezquino, hipócrita y egoísta. Te odio.

—¿Ni siquiera me has oído? De no ser por este hijo de puta mezquino e hipócrita, en estos momentos estarías muerta.

—De no ser por ti, ni siquiera habría venido —replicó Diane cuando los tres primeros coches patrulla llegaron aullando por la Cincuenta y tres y se detuvieron ante el café Gotham, escupiendo policías como payasos en un circo—. Si vuelves a tocarme, te arranco los ojos, Steve. Mantente alejado de mí.

Tuve que encajar las manos bajo las axilas, porque querían matarla, rodearle el cuello y estrangularla.

Diane se alejó siete u ocho pasos antes de volverse de nuevo hacia mí. Estaba sonriendo. Era una sonrisa horrible, peor que cualquiera de las expresiones que había visto en el rostro de Guy, el camarero diabólico.

—Tuve amantes —explicó con aquella sonrisa espeluznante.

Comprendí que mentía; se le notaba en la cara, pero eso no mitigó mi dolor. Deseaba que fuera cierto, y eso también se le notaba en la cara.

—Tres en el último año. Tú eras un desastre, así que me busqué hombres que no lo fueran.

Dicho aquello giró sobre sus talones y se alejó calle abajo como una mujer de sesenta y cinco años en lugar de los veintisiete que tenía. La seguí con la mirada. Justo antes de que llegara a la esquina, le grité de nuevo lo único que no podía quitarme de la cabeza, la frase que se me había atascado en la garganta como un hueso de pollo.

—¡Te he salvado la vida! ¡Te he salvado la vida, joder!

Diane se detuvo en la esquina y me miró con la misma sonrisa.

—No es verdad.

Y entonces dobló la esquina. No la he visto desde entonces, aunque supongo que la veré. Nos veremos en el juicio, como suele decirse.

En la siguiente manzana encontré una tienda y me compré un paquete de Marlboro. Cuando volví a la esquina de Madison con la Cincuenta y tres, vi que esta última estaba bloqueada con esos pilones azules que la policía usa para acordonar escenarios de delitos y trayectos de desfiles. Pese a ello, veía el restaurante sin problema. Me senté en el bordillo, encendí un cigarrillo y me puse a observar los acontecimientos. Llegaron media docena de vehículos de rescate en medio de una cacofonía de sirenas, podría decirse. El chef fue a parar a una de las ambulancias, inconsciente pero por lo visto aún con vida. Su breve aparición ante los fans de la Cincuenta y tres fue seguida de una bolsa para cadáveres sobre una camilla. Humboldt. A continuación salió a escena Guy, atado a otra camilla y mirando en todas direcciones con expresión enloquecida mientras lo metían en una ambulancia. Me dio la impresión de que por un instante nuestras miradas se encontraban, pero probablemente fueron imaginaciones mías.

Cuando la ambulancia de Guy se alejó, abriéndose paso por un hueco en la barricada de pilones que le facilitaron dos agentes uniformados, arrojé el cigarrillo a una alcantarilla. No había sobrevivido a aquel día para empezar a matarme de nuevo con el tabaco, decidí.

Seguí con la mirada la ambulancia que se alejaba e intenté imaginar al hombre que la ocupaba viviendo dondequiera que vivieran los maîtres, en Queens, Brooklyn, quizá incluso Rye o Mamaroneck. Intenté imaginar qué aspecto tendría el comedor de su casa, qué cuadros tendría colgados en las paredes. No lo conseguí, pero en cambio sí logré imaginar el aspecto de su dormitorio, aunque no si lo compartía con una mujer o no. Lo veía tendido en la cama, despierto, pero inmóvil, con la vista clavada en el techo a altas horas de la madrugada, la luna suspendida en el firmamento negro como el ojo entrecerrado de un cadáver; lo imaginaba allí tumbado, escuchando los ladridos incesantes del perro del vecino, el ruido monótono que seguía y seguía hasta convertirse en un clavo de plata que le martilleaba el cerebro. Lo imaginaba tumbado cerca de un armario repleto de esmóquines envueltos en fundas de plástico de la tintorería. Los veía ahí colgados como delincuentes ajusticiados. Me pregunté si tendría esposa. En tal caso, ¿la habría matado antes de ir a trabajar? Pensé en la mancha de su camisa y llegué a la conclusión de que era posible. También pensé en el perro del vecino, el que nunca callaba. Y en la familia del vecino.

Pero sobre todo pensé en Guy, allí tumbado, insomne noche tras noche al igual que yo, oyendo al perro del vecino de al lado o de enfrente como yo había oído el aullido de las sirenas y el rugido de los camiones dirigiéndose hacia el centro. Pensé en él allí tumbado, contemplando las sombras que la luna proyectaba en el techo. Pensé en aquel grito, ¡liiiii!, acumulándose en su cabeza como gas en una habitación cerrada.

—liiiii —dije... para comprobar cómo sonaba.

Tiré el paquete de Marlboro a la alcantarilla y empecé a pisotearlo metódicamente sin levantarme del bordillo.

—liiiii. liiiii. liiiii.

Uno de los policías apostados junto a los pilones me miró.

—Eh, amigo, ¿por qué no deja de tocar las narices? —sugirió—. Aquí ha pasado algo gordo.

«Por supuesto que sí», pensé.

Pero no dije nada. Dejé de pisotear el paquete, que por entonces ya había muerto, y también de emitir aquel sonido. Sin embargo, aún lo oía en mi cabeza, claro que sí. Tiene todo el sentido del mundo.

Iiiii.

Iiiii.

Iiiii.

ESA SENSACIÓN QUE SOLO
PUEDE EXPRESARSE EN FRANCÉS(***)

«¿Qué es eso de ahí, Floyd? Mierda.»

La voz del hombre que había pronunciado esas palabras me resultaba familiar, pero las palabras en sí no eran más que un retazo de diálogo inconexo, la clase de cosa que oyes cuando zapeas. En su vida no existía nadie llamado Floyd. Pese a ello, así empezó. Aun antes de ver a la niña del pichi rojo, oyó esas palabras inconexas.

Pero fue la niña quien contribuyó a intensificar la sensación.

—Oh, oh, me está viniendo esa sensación —dijo Carol.

La niña del pichi rojo estaba delante de una tienda llamada Carson's, CERVEZA, VINO, ALIMENTACIÓN, CEBOS VIVOS, LOTERÍA, en cuclillas, con el trasero entre los tobillos y la falda rojo brillante del pichi encajada entre los muslos mientras jugaba con una muñeca sucia de pelo amarillo, de esas flácidas de trapo rellenas de serrín.

—¿Qué sensación? —preguntó Bill.

—Ya sabes, esa que solo se puede expresar en francés. ¿Cómo se dice?

—*Déjà vu* —repuso él.

—Eso.

Carol se volvió para mirar una vez más a la niña. «La estará sujetando por una pierna —pensó—, sujetándola boca abajo por una pierna, con el mugriento pelo amarillo colgando hacia abajo.»

Pero la niña había abandonado la muñeca en los resquebrajados escalones grises de la tienda para ir a ver un perro enjaulado en el maletero de un coche familiar. En ese momento, Bill y Carol Shelton tomaron una curva en la carretera, y la tienda se perdió de vista.

—¿Cuánto falta? —inquirió Carol.

Bill la miró con una ceja levantada y un hoyuelo en la mejilla... Ceja izquierda, mejilla derecha, como siempre, la mirada que decía: «Crees que me hace gracia, pero en realidad estoy mosqueado. Por trillonésima vez en nuestro matrimonio, estoy mosqueado de verdad, pero no lo sabes, porque no tienes ni idea de lo que me pasa por la cabeza».

Sin embargo, Carol tenía más idea de la que él creía; era uno de los secretos que guardaba. Con toda probabilidad, Bill también tenía los suyos, y por supuesto, estaban los que guardaban juntos.

—No lo sé, nunca he estado allí.

—Pero estás seguro de que vamos bien.

—Una vez pasada la carretera elevada que lleva a Sanibel Island, solo queda un camino —explicó Bill—. La carretera se acaba en Captiva, pero antes pasa por Palm House, te lo juro.

El arco de su ceja empezó a aplanarse, y el hoyuelo se despidió de su rostro. Bill estaba regresando a lo que Carol denominaba el Nivel Genial. Había llegado a detestar el Nivel Genial, pero no tanto como la ceja enarcada y el

hoyuelo, o su forma sarcástica de decir «¿perdona?» cuando decías algo que consideraba estúpido, o su costumbre de adelantar el labio inferior cuando quería parecer pensativo y meditabundo.

—Bill...

—¿Hummm?

—¿Conoces a alguien llamado Floyd?

—Bueno, conozco a Floyd Denning. Él y yo llevábamos la cafetería en la planta baja de la iglesia de Cristo Redentor durante el último año de instituto. Te he hablado de él, ¿no? Un viernes robó el dinero de la caja y se fue a pasar el fin de semana en Nueva York con su novia. A él lo suspendieron y a ella la expulsaron. ¿Qué te ha hecho pensar en él?

—No lo sé —repuso ella.

Era más fácil que contarle que el Floyd con quien Bill había ido al instituto no era el Floyd con el que hablaba la voz que había oído. Al menos, no lo creía.

«Una segunda luna de miel, así llamas a esto», pensó mientras contemplaba las palmeras que flanqueaban la carretera 867, un pájaro blanco que caminaba por la cuneta como un predicador enojado y un cartel que decía RESERVA NATURAL DE LOS SEMÍNOLAS. 10 DÓLARES POR VEHÍCULO. «Florida, el estado del sol. Florida, el estado de la hospitalidad. Por no hablar de Florida, el estado de las segundas lunas de miel. Florida, el estado donde Bill Shelton y Carol Shelton, de soltera Carol O'Neill, de Lynn, Massachusetts, habían pasado su primera luna de miel veinticinco años antes. Solo que en aquella ocasión habían ido al otro lado, a la costa atlántica, a una pequeña urbanización de cabañas con cucarachas en los cajones de la cómoda. Bill no podía quitarme las manos de encima. Pero por entonces no me importaba, por entonces quería que me tocaran, que me incendiaran como Atlanta en *Lo que el viento se llevó*, y él me incendiaba, me reconstruía y volvía a incendiarme. A los veinticinco años de matrimonio se cumplen las bodas de plata, y a veces solo es plata lo que percibo.»

Se acercaban a una curva. «Esas cruces a la derecha de la carretera — pensó—. Dos pequeñas a ambos lados de una más grande. Las pequeñas son dos tabloncillos cruzados y clavados. La del centro es de abedul blanco con una fotografía diminuta prendida a ella, la foto del chico de diecisiete años que perdió el control del coche en esta curva una noche que conducía borracho, la última noche que conduciría borracho, y este es el lugar que su novia y las amigas de esta marcaron para...»

Bill tomó la curva. Una pareja de cuervos negros, rollizos y relucientes, levantaron el vuelo desde algo aplastado sobre el asfalto en medio de un charquito de sangre. Los pájaros se habían dado tal festín que Carol no supo si se apartarían hasta el instante en que echaron a volar. Allí no había ninguna cruz, ni a la derecha ni a la izquierda. Solo un animal atropellado en el centro, un pájaro carpintero o algo parecido que ahora desaparecía bajo las ruedas de un coche de lujo que nunca había estado al norte de la línea Mason-Dixon.

«¿Qué es eso de ahí, Floyd?»

—¿Qué te pasa?

—¿Eh? —farfulló Carol, volviéndose hacia él con expresión desconcertada y cierta sensación de haber perdido el juicio.

—Estás tiesa como un palo de escoba. ¿Te ha dado un calambre en la espalda?

—Uno pequeño —mintió al tiempo que volvía a reclinarsse muy despacio—. He vuelto a tener esa sensación de *déjà vu*.

—¿Ya se te ha pasado?

—Sí —volvió a mentir.

Lo cierto era que la sensación había remitido un poco, pero nada más. Le había sucedido otras veces, pero no de un modo tan persistente. Alcanzó un punto culminante y volvió a descender, pero sin desaparecer del todo. Era consciente de ella desde que la asaltara esa idea sobre Floyd y viera a la niña del pichi rojo.

Bueno, a decir verdad, ¿no había sentido nada antes de esos dos episodios? ¿No había empezado todo cuando bajaron la escalera del Lear 35 para sumergirse en el calor abrasador de Fort Myers? ¿O incluso antes? ¿Durante el trayecto desde Boston?

Se aproximaban a un cruce. Sobre él parpadeaba un semáforo ámbar de advertencia. «A la derecha hay un concesionario de coches usados y un rótulo del teatro municipal de Sanibel», pensó.

Allí estaba el cruce... Y a la derecha, en efecto, un concesionario de coches usados, Palmdale Motors. Carol sufrió un sobresalto, una punzada de algo más fuerte que la inquietud. Se reprendió por ser tan tonta. Sin duda Florida entera estaba llena de concesionarios de coches usados, y si vaticinabas uno en cada cruce, tarde o temprano la ley de las probabilidades te convertía en profeta. Era un truco que los médiums utilizaban desde hacía siglos.

«Además, no hay ningún rótulo de ningún teatro.»

Pero sí una valla publicitaria. Mostraba a la Madre de Dios, el fantasma de todos los días de su infancia, con las manos extendidas como en la medalla que su abuela le había regalado al cumplir diez años. Su abuela se la había puesto en la mano antes de enrollarle la cadena alrededor de los dedos y decir:

—Llévala siempre, porque están por llegar malos tiempos.

Y Carol la había llevado, sí señor. La había llevado durante toda la escuela primaria, que cursó en Nuestra Señora de los Ángeles, y en el instituto de San Vicente de Paul. Llevó la medalla hasta que los pechos empezaron a crecerle alrededor como dos milagros y entonces, probablemente durante una excursión escolar a Hampton Beach, la perdió. Durante el trayecto de regreso en autocar había dado su primer beso con lengua. El afortunado fue Butch Soucy, y Carol saboreó el algodón de azúcar que había comido.

La María de aquella medalla perdida y la María de la valla publicitaria exhibían la misma expresión, esa que te hacía sentir culpable por albergar sentimientos impuros aunque solo estuvieras pensando en un bocadillo de crema de cacahuete. Debajo de María, la valla decía LA OBRA BENÉFICA MADRE MISERICORDIOSA AYUDA AL INDIGENTE DE FLORIDA. ¿QUIERES

AYUDARNOS A NOSOTROS?

«Eh, María, qué pasa...»

Esta vez oyó más de una voz; muchas voces, voces de chicas, voces fantasmales entonando un canto. Pequeños milagros. También existían los fantasmas pequeños, eso lo descubriría una al hacerse mayor.

—¿Se puede saber qué te pasa?

Carol conocía esa voz tan bien como la ceja enarcada y el hoyuelo. Era el tono que Bill empleaba cuando quería hacerte creer que solo fingía estar enfadado, cuando en realidad lo estaba, al menos un poco.

—Nada —aseguró ella con la mejor sonrisa que fue capaz de esbozar.

—Estás muy rara. Quizá no deberías haber dormido en el avión.

—Seguro que tienes razón —convino ella, y no solo para mostrarse conciliadora.

A fin de cuentas, ¿cuántas mujeres conseguían pasar la segunda luna de miel en Captiva Island para celebrar las bodas de plata? Diez días en uno de esos sitios donde el dinero no tenía importancia alguna (al menos hasta que MasterCard te escupía la factura a final de mes), y si querías un masaje una tiarrona sueca venía y te lo hacía en tu casa de seis habitaciones a pie de playa.

Las cosas eran distintas al principio. Bill, al que conoció en un baile organizado por varios institutos y con quien volvió a coincidir en la universidad tres años más tarde (otro pequeño milagro), había empezado su vida matrimonial trabajando de empleado de la limpieza porque no encontró nada en el sector informático. Corría el año 1973, y los ordenadores no progresaban. Vivían en un tugurio en Revere, no junto a la playa, pero sí cerca, y la noche entera era un desfile de gente que subía la escalera para comprar drogas a las dos criaturas cetras que vivían en el piso de arriba y se pasaban las horas escuchando discos psicodélicos de los sesenta. Carol permanecía despierta a la espera de que empezaran los gritos, pensando: «Nunca saldremos de aquí, envejeceremos y moriremos oyendo a Cream, Blue Cheer y los autos de choque en la playa».

Bill, exhausto al acabar su turno, dormía como un lirón a pesar del estruendo, tendido de costado, a veces con una mano apoyada sobre la cadera de Carol. Y si no la apoyaba, Carol se la ponía allí, sobre todo si las criaturas del piso de arriba se estaban peleando con sus clientes. Bill era lo único que tenía. Sus padres prácticamente la habían repudiado cuando se casó con él. Era católico, pero de la clase equivocada. Su abuela le había preguntado por qué quería liarse con ese muchacho si se veía a la legua que era un don nadie, que cómo podía creerse las sandeces que decía, que por qué se empeñaba en destrozarle el corazón a su padre. ¿Y qué podía responder ella a todo eso?

Había un largo trecho del tugurio de Revere al avión privado volando a trece mil metros de altitud, a aquel coche de alquiler, un Crown Victoria, esos que los mafiosos de las películas de gánsteres siempre llamaban Crown Vic, que los llevaba rumbo a unas vacaciones de diez días en un lugar donde la factura ascendería a... Bueno, no quería ni saberlo.

«¿Floyd? Mierda.»

—¿Y ahora qué pasa, Carol?

—Nada —respondió ella.

Un poco más adelante, junto a la carretera, había una casita pintada de rosa, con el porche flanqueado de palmeras (ver esos árboles con flecos recortarse contra el cielo azul le recordaba los cazas japoneses volando bajo mientras disparaban sus ametralladoras, una asociación debida a toda una juventud malgastada delante del televisor), y cuando pasaran ante ella saldría una mujer. Se estaría secando las manos con una toalla rosa y los miraría con el rostro impasible, unos ricachones en un Crown Victoria camino de Captiva, y no tendría ni idea de que Carol Shelton había pasado muchas noches en vela en un piso cuyo alquiler costaba noventa dólares al mes, oyendo los discos y los gritos de los camellos del piso de arriba, sintiendo algo vivo en su interior, algo que le hacía pensar en un cigarrillo caído tras las cortinas en una fiesta, una colilla pequeña e invisible, que, pese a ello, seguía ardiendo junto a la tela.

—¿Cariño?

—He dicho que no me pasa nada.

Pasaron ante la casa. No había ninguna mujer. Un anciano blanco, no negro, estaba sentado en una mecedora y los siguió con la mirada. Llevaba gafas con montura al aire y tenía una toalla del mismo tono rosa que la casa sobre el regazo.

—Estoy bien, solo impaciente por llegar y ponerme pantalones cortos.

Bill le posó la mano sobre la cadera, el lugar donde tantas veces la había apoyado en los viejos tiempos, y la deslizó hacia regiones más íntimas. Carol estuvo a punto de retirársela, pero no lo hizo. A fin de cuentas, estaban de segunda luna de miel, y además, quizá así se borraría aquella expresión de su cara.

—Podríamos hacer un inciso —sugirió Bill—. Quiero decir entre que te quites el vestido y te pongas los pantalones cortos.

—Me parece una idea estupenda —aseguró Carol al tiempo que cubría la mano de su esposo con la suya y presionaba ambas sobre su cuerpo.

Un poco más adelante había un rótulo en el que leerían PALM HOUSE A 4 KM IZQUIERDA cuando se acercaran lo suficiente.

De hecho, el rótulo decía PALM HOUSE A 3 KM IZQUIERDA. Más allá otra valla publicitaria con la Virgen María de las manos extendidas y una iluminación eléctrica en forma de halo alrededor de la cabeza. Aquella versión decía: LA OBRA BENÉFICA MADRE MISERICORDIOSA AYUDA AL ENFERMO DE FLORIDA. ¿QUIERES AYUDARNOS A NOSOTROS?

—El siguiente debería decir «Burma Shave» —comentó Bill.

Carol no comprendía a qué se refería, pero a todas luces era un chiste, de modo que sonrió. De hecho, el siguiente diría «La obra benéfica Madre Misericordiosa ayuda al hambriento de Florida», pero eso no podía decírselo. Su querido Bill. Querido a pesar de sus expresiones a veces estúpidas y sus alusiones a veces crípticas. «Lo más probable es que te deje, ¿y sabes una cosa? Si lo superas te darás cuenta de que es lo mejor que podía pasarte.» Palabras de

su padre. El querido Bill, que había demostrado por una vez, por una sola y crucial vez, que Carol tenía mucho mejor criterio que su padre. Seguía casada con el hombre al que su abuela había llamado «ese fanfarrón». Había pagado un precio, cierto, pero ¿qué decía aquel viejo axioma? Ah, sí, Dios dice que cojas lo que quieras... y pagues por ello.

Le picaba la cabeza. Se la rascó con ademán ausente mientras seguía buscando con la mirada la siguiente valla publicitaria de Madre Misericordiosa.

Por espantoso que sonara, las cosas empezaron a torcerse cuando perdió el bebé. Fue justo antes de que a Bill le dieran el empleo en Beach Computers, en la carretera 128; soplaban los primeros vientos de cambio en el sector.

Perdió el bebé, sufrió un aborto espontáneo... Todos se lo habían creído salvo tal vez Bill. Desde luego, su familia se lo había creído, papá, mamá, la abuela... Hablaban de «aborto espontáneo», término católico donde los haya. «Eh, María, qué pasa», cantaban a veces cuando saltaban a la comba, sintiéndose osadas, pecaminosas, con las faldas del uniforme subiendo y bajando sobre las rodillas arañadas. Era en Nuestra Señora de los Ángeles, donde la hermana Annunciata te daba en los nudillos con la regla si te pillaba mirando por la ventana durante la hora del castigo, donde la hermana Dormatilla te decía que un millón de años no es más que el primer tic del reloj infinito de la eternidad, y que podías pasarte dicha eternidad en el Infierno, no era difícil. En el Infierno morarías para siempre con la piel en llamas y los huesos asándose. Y ahora Carol estaba en Florida, sentada en un Crown Vic junto a su esposo, cuya mano seguía explorándole la entrepierna. Se le arrugaría el vestido, pero no importaba si con ello conseguía borrar aquella expresión de su rostro, ¿y por qué demonios no desaparecía aquella sensación?

Pensó en un buzón con el nombre RAGLAN escrito en el costado y un adhesivo de la bandera norteamericana en la parte delantera, y aunque el nombre resultó ser REAGAN y el adhesivo, de los Grateful Dead, lo cierto era que el buzón estaba allí. Pensó en un perrito negro trotando con paso resuelto al otro lado de la carretera, husmeando el suelo con la cabeza gacha, y el perrito negro estaba allí. Pensé de nuevo en la valla publicitaria, y en efecto, ahí estaba: LA OBRA BENÉFICA MADRE MISERICORDIOSA AYUDA AL HAMBRIENTO DE FLORIDA. ¿QUIERES AYUDARNOS A NOSOTROS?

Bill estaba señalando algo.

—Allí, ¿lo ves? Creo que es Palm House. No, no donde está la valla publicitaria, sino al otro lado. ¿Por qué permitirán poner esos trastos en esta zona?

—No lo sé.

Le picaba otra vez la cabeza. Al rascarse vio que copos de caspa negra flotaban ante sus ojos. Se miró los dedos y quedó horrorizada al comprobar que los tenía manchados de negro, como si acabaran de tomarle las huellas dactilares.

—Bill...

Se mesó el cabello rubio y esta vez sacó copos más grandes. Advirtió que no eran fragmentos de piel, sino de papel. En uno de ellos se veía una cara

asomada entre el papel carbonizado como si de un negativo echado a perder se tratara.

—¡Bill!

—¿Qué? ¿Qu...?

Y entonces su tono de voz cambió por completo, lo que la asustó más aún que el brusco vaivén del coche.

—Madre mía, cariño, ¿qué tienes en el pelo?

Parecía el rostro de la madre Teresa. ¿O se lo parecía solo porque había estado pensando en Nuestra Señora de los Ángeles? Carol se lo separó del vestido con la intención de mostrárselo a Bill, pero el rostro se desintegró sin darle ocasión de hacerlo. Se volvió hacia él y vio que las gafas se le habían fundido con las mejillas. Uno de los ojos se le había salido de la órbita para estallar como una uva repleta de sangre.

«Y yo lo sabía —pensó Carol—. Lo sabía antes de volverme. Porque tenía esa sensación.»

En los árboles chilló un pájaro. En la valla publicitaria, María extendía las manos. Carol intentó gritar. Intentó gritar.

—¿Carol?

Era la voz de Bill que le llegaba desde muy lejos. Luego su mano, pero no entre los pliegues de su vestido en la entrepierna, sino sobre el hombro.

—¿Estás bien, cielo?

Carol abrió los ojos al sol cegador y los oídos al zumbido constante de los motores del Learjet. Y otra cosa, una presión en los tímpanos. Apartó la mirada de la expresión levemente preocupada de Bill para fijarse en el dial situado bajo el indicador de temperatura y vio que habían descendido a ocho mil metros.

—¿Vamos a aterrizar? —preguntó con voz confusa—. ¿Tan pronto?

—Sí, qué rápido, ¿eh? —repuso él en tono complacido, como si hubiera pilotado personalmente en lugar de limitarse a pagar el viaje—. El piloto dice que llegaremos a Fort Myers dentro de veinte minutos. Has dado un respingo de mil demonios, cariño.

—He tenido una pesadilla.

Bill lanzó aquella carcajada modelo «mira que eres tontita» que Carol había llegado a detestar con todas sus fuerzas.

—Prohibido tener pesadillas en tu segunda luna de miel, tesoro. ¿Qué has soñado?

—No me acuerdo —repuso ella.

Y era cierto. Solo recordaba fragmentos, a Bill con las gafas derretidas sobre el rostro, y una de las tres o cuatro rimas prohibidas que cantaban cuando saltaban a la comba en quinto y sexto. «Eh, María, qué pasa», empezaba, y luego no sé qué, no sé qué, no sé qué. Lo había olvidado. Recordaba aquella de «Pito pito colorito, a mi padre le he visto el pito», pero no la de María.

«María ayuda al enfermo de Florida», pensó sin tener idea de lo que significaba, y en ese momento se oyó un pitido al encender el piloto la señal de

abrocharse los cinturones. Habían iniciado la maniobra de aproximación. «Que empiece el espectáculo», se dijo al abrocharse el cinturón.

—¿De verdad no te acuerdas? —insistió Bill mientras se abrochaba el suyo.

El pequeño avión atravesó una masa de nubes cargada de turbulencias, uno de los pilotos realizó un pequeño ajuste, y el aparato volvió a estabilizarse.

—Porque por lo general, al despertar uno recuerda los sueños, incluso las pesadillas.

—Recuerdo que salía la hermana Annunciata, de Nuestra Señora de los Ángeles. Era en hora de castigo.

—Eso sí que es una pesadilla.

Diez minutos más tarde, el tren de aterrizaje se desplegó con un chirrido y un golpe sordo, y al cabo de otros cinco habían aterrizado.

—Quedamos en que traerían el coche a pie de avión —resopló Bill, ya en tono de bronca, algo que Carol detestaba, pero no tanto como la risa condescendiente y el repertorio de miraditas paternalistas—. Espero que no haya ningún problema.

«No hay ningún problema —pensó Carol con una sensación de *déjà vu* más fuerte que nunca—. Lo veré por mi ventanilla dentro de un par de segundos. Es el coche ideal para unas vacaciones en Florida, un enorme Cadillac blanco, o puede que un Lincoln...»

Y en efecto, apareció, pero ¿qué demostraba eso? Bueno, se dijo Carol, demostraba que a veces, cuando tenías un *déjà vu*, lo que pensabas que iba a suceder sucedía. No era un Cadillac ni un Lincoln, sino un Crown Victoria, lo que los gánsteres de las películas de Martin Scorsese llamaban un Crown Vic.

—Uf—suspiró mientras Bill la ayudaba a bajar por la escalera del avión, mareada por el calor del sol.

—¿Qué pasa?

—Nada, es que he tenido un *déjà vu*. Supongo que debe de ser un vestigio del sueño. Como si ya hubiéramos estado aquí antes.

—Es por estar en un lugar desconocido —aseguró él, besándola en la mejilla—. Vamos, que empiece el espectáculo.

Se dirigieron hacia el coche. Bill mostró su carnet de conducir a la joven que lo había llevado hasta allí. Carol vio cómo le miraba el dobladillo de la falda antes de firmar el impreso.

«Se le va a caer», pensó Carol.

La sensación era tan intensa como si se hallara montada en una atracción demasiado rápida; de repente te das cuenta de que estás a punto de abandonar el País de la Diversión para adentrarte en el Reino de la Náusea. «Se le va a caer, y Bill dirá "Patapum", lo recogerá y echará un buen vistazo a sus piernas.»

Pero la mujer de Hertz no dejó caer el impreso. Había aparecido una furgoneta blanca para llevarla de regreso a la terminal de Butler Aviation. La joven dedicó una última sonrisa a Bill (en ningún momento prestó atención a Carol) y abrió la portezuela derecha. Al subir resbaló.

—Patapum —dijo Bill al tiempo que la asía del codo para sujetarla.

La joven le dirigió una sonrisa de agradecimiento, él se despidió de sus piernas bien torneadas, y Carol permaneció junto a la pila cada vez más grande de su equipaje, pensando: «Eh, Mary, qué pasa...».

—¿Señora Shelton?

Era el copiloto. Llevaba la última bolsa, la que contenía el ordenador portátil de Bill, y en su rostro se pintaba una expresión preocupada.

—¿Se encuentra bien? Está muy pálida.

Bill oyó el comentario y dio la espalda a la furgoneta que se alejaba con expresión igualmente preocupada. Si los sentimientos más intensos que albergaba hacia Bill fueran los únicos sentimientos que albergara hacia Bill, lo habría abandonado al descubrir lo de la secretaria, una rubia de bote demasiado joven para recordar aquel anuncio de Clairol que empezaba «Ya que solo tengo una vida...». Pero también albergaba otros sentimientos hacia él. Amor, por ejemplo. Aún lo amaba con una clase de amor que las niñas ataviadas con uniforme de colegio de monjas no sospechaban, una especie dura y correosa de mala hierba que nunca muere.

Además, no solo el amor mantenía unidas a las personas. También estaban los secretos y el precio que pagabas por guardarlos.

—Carol, ¿estás bien? —le preguntó Bill.

Pensó en decirle que no, que no estaba bien, que se estaba ahogando, pero logró forzar una sonrisa.

—Es el calor, estoy un poco aturdida —explicó—. Subamos al coche y pongamos el aire acondicionado a tope. Enseguida estaré bien.

Bill la asió por el codo (pero a mí no me miras las piernas, pensó Carol, porque ya sabes adónde conducen, ¿verdad?) y la llevó hacia el Crown Vic como si fuera una anciana. Cuando la puerta se hubo cerrado y el aire acondicionado empezó a azotarle el rostro, Carol ya se encontraba algo mejor.

«Si la sensación reaparece, se lo diré —se prometió Carol— No me quedará otro remedio; es demasiado fuerte, anormal.»

Bueno, el *déjà vu* nunca era normal, suponía. Era en parte sueño, en parte química y (estaba segura de haberlo leído en alguna parte, tal vez en la consulta de algún médico mientras esperaba a que el ginecólogo le metiera mano en el coño cincuentón) en parte consecuencia de un fallo eléctrico en el cerebro, que procesaba las nuevas experiencias como datos ya existentes. Una fuga en las cañerías que mezclaba el agua caliente con el agua fría. Cerró los ojos y rezó por que desapareciera.

«Ave María purísima, sin pecado concebida, ruega por nosotros pecadores.»

Por favor, oh, por favor, de vuelta a la escuela parroquial no. Estaba de vacaciones, no...

«¿Qué es eso de ahí, Floyd? Mierda. ¡Oh, mierda!»

¿Quién era Floyd? El único Floyd al que Bill conocía era Floyd Dorning... o Darling, el chico con el que llevaba la cafetería, el que se había fugado a Nueva York con su novia. Carol no recordaba cuándo Bill le había hablado de él, pero sabía que se lo había contado.

«Basta, muchacha. No sigas por este camino. Dale puerta a esos pensamientos.»

Y funcionó. Oyó un último susurro, «qué pasa», y luego volvió a ser la Carol Shelton de siempre, que se dirigía a Captiva Island, a Palm House con su esposo, el prestigioso diseñador de *software*, a las playas y los cubalibres, al sonido del grupo tocando «Margaritaville».

Pasaron delante de un supermercado Publix. Pasaron delante de un anciano negro que vendía fruta en un tenderete junto a la carretera y que le recordó a los actores de las películas de los años treinta que ponían en el canal de clásicos, de esos que siempre llevaban pantalón de peto y sombrero de paja. Bill charlaba de cosas intrascendentes, y ella respondía de forma adecuada. Aún la asombraba que la niña que había llevado la medalla de la Virgen cada día desde los diez hasta los dieciséis años se hubiera convertido en esa mujer ataviada con un vestido de Donna Karan, que la pareja desesperada que malvivía en el piso de Revere se hubiera transformado en ese matrimonio rico de mediana edad que viajaba por un corredor flanqueado de frondosas palmeras, pero así era. Una vez, durante la época de Revere, Bill había vuelto a casa borracho, ella le había pegado y le había hecho sangre en el pómulo. Una vez, tendida con los pies metidos en unos estribos de acero y medio drogada, había temido el Infierno, pensando que estaba condenada, perdida para siempre. Un millón de años, y este no es más que el primer tic del reloj.

Pararon en el peaje de la carretera elevada, y Carol pensó: «El empleado tiene una marca de nacimiento en forma de fresa en el lado izquierdo de la frente que se confunde con la ceja».

Pero no había ninguna marca. El empleado no era más que un tipo normal y corriente de cuarenta y muchos o cincuenta y pocos años, de cabello gris cortado al cepillo y gafas con montura de concha, la clase de tipo que dice: «Que lo pasen bien, ¿eh?», pero la sensación empezaba a apoderarse otra vez de ella, y Carol comprendió que las cosas que creía saber las sabía en realidad, al principio no todas ellas, pero cuando se acercaron a la tienda situada a la derecha de la carretera 41, casi todas.

«La tienda se llama Corson's y delante hay una niña pequeña —pensó Carol—. Lleva un pichi rojo y una muñeca sucia de pelo amarillo que ha dejado en la escalinata para ir a ver a un perro que está en el maletero de un coche familiar.»

La tienda resultó llamarse Carson's, no Corson's, pero todo lo demás era cierto. Cuando el Crown Vic pasó por delante de ella, la niña del vestido rojo volvió su rostro solemne hacia Carol. Era el rostro de una niña de campo, aunque Carol no sabía qué hacía una niña de su condición y su muñeca sucia de cabeza amarilla en aquellos parajes para turistas ricos.

«Aquí es donde le pregunto a Bill cuánto falta, solo que no voy a hacerlo, porque tengo que romper el círculo. Tengo que hacerlo.»

—¿Cuánto falta? —le preguntó.

«Dirá que solo hay una carretera, que no podemos perdernos. Dirá que me jura que llegaremos a Palm House sin contratiempos. Y por cierto, ¿quién es Floyd?»

Bill enarcó la ceja, y junto a su boca apareció el hoyuelo.

—Una vez pasada la carretera elevada que lleva a Sanibel Island, solo queda un camino —repuso.

Carol apenas lo oyó.

Bill seguía hablando de la carretera, su marido, que dos años atrás había pasado un fin de semana guarro en la cama con su secretaria, poniendo en peligro todo lo que tenían, Bill con su otra cara, el Bill que, según la madre de Carol, le rompería el corazón. Y más tarde, Bill diciéndole que no había podido contenerse, y ella con ganas de gritar. «Una vez asesiné a un niño por ti, el proyecto de un niño, al menos. ¿No te parece un precio lo bastante alto? ¿Y es esto lo que recibo a cambio? ¿Llegar a los cincuenta y descubrir que mi marido no ha podido evitar irse a la cama con una rubia teñida?»

«¡Díselo! —chilló—. Haz que pare el coche, que haga todo lo que acabará liberándote, cambia una cosa, cámbialo todo. Puedes hacerlo. Si pudiste apoyar los pies en esos estribos, puedes hacer cualquier cosa.»

Pero no pudo hacer nada, y los acontecimientos empezaron a precipitarse. Los dos cuervos sobrealimentados levantaron el vuelo de su cruento festín. Su marido le preguntó por qué estaba sentada de aquella manera, que sí tenía un calambre, y ella le respondió que sí, que tenía un calambre en la espalda, pero que ya se le estaba pasando. De sus labios brotaron las palabras *déjà vu* como si no se estuviera ahogado en la sensación, y el Crown Vic siguió avanzando como uno de esos sádicos Dodgem en Revere Beach. Palmdale Motors a la derecha. ¿Y a la izquierda? Un rótulo del teatro municipal, anunciando la representación de *Marieta la traviesa*.

No, es María, no Marieta. María, madre de Jesús, María, madre de Dios, con las manos extendidas.

Carol intentó concentrar toda su fuerza de voluntad para decirle a su marido lo que le sucedía, porque el Bill que necesitaba estaba sentado al volante y aún podía oírla. La esencia del amor matrimonial consistía en ser escuchado.

Pero no logró articular palabra.

«Están por llegar malos tiempos», advirtió la abuela en su mente.

Otra voz preguntó a Floyd qué era eso antes de añadir un «mierda» y un «¡oh, mierda!».

Carol miró el indicador de la velocidad y vio que no mostraba kilómetros por hora, sino metros de altitud. Se encontraban a ocho mil metros y bajando. Bill le decía que no debería haber dormido en el avión, y ella se mostraba de acuerdo.

Se acercaban a una casa de color rosa, poco más que un bungalow flanqueado de palmeras, que recordaba a los que se veían en las películas de la Segunda Guerra Mundial, frondas encuadrando Learjets que se aproximaban disparando sus ametralladoras...

«Destellos cegadores, ardientes. De repente, la revista que sostiene en la

mano es pasto de las llamas. Santa María, madre de Dios, eh, María, qué pasa...»

Pasaron ante la casa. El anciano sentado en el porche los siguió con la mirada. Los cristales de sus gafas con montura al aire centelleaban al sol. La mano de Bill atracó en su cadera. Dijo algo de que deberían hacer una parada técnica entre vestido y pantalones cortos, y ella asintió pese a que nunca llegarían a Palm House. Seguirían por aquella carretera, ellos con el Crown Vic, el Crown Vic con ellos, por los siglos de los siglos, amén.

El siguiente cartel diría PALM HOUSE 3 KM. Más allá encontrarían el que explicaba que la obra benéfica Madre Misericordiosa ayudaba al enfermo de Florida. ¿La ayudaría a ella?

Ahora era demasiado tarde, empezaba a comprender. Empezaba a ver la luz como veía el sol subtropical reflejado en el agua a su izquierda. Se preguntó cuánto mal habría hecho en su vida, cuántos pecados habría cometido, si uno prefería ese término. Dios conocía a sus padres, y su abuela, por descontado, pecado por ahí, pecado por allá, lleva la medalla entre esas cosas cada vez más grandes que los chicos no pueden dejar de mirar. Y años más tarde, tumbada en la cama con su flamante marido las calurosas noches de verano, sabiendo que se imponía tomar una decisión, sabiendo que el reloj avanzaba inexorable, que la colilla se consumía, y recordó el momento en que tomó la decisión, sin decírselo a él en voz alta porque en algunos casos se podía guardar silencio.

Le picaba la cabeza. Se la rascó. Unos copos negros flotaron ante su rostro. En el salpicadero del Crown Vic, el altímetro se paró a cinco mil metros y se apagó, pero Bill no pareció darse cuenta.

Pasaron ante un buzón con un adhesivo de los Grateful Dead pegado a él, un perrito negro con la cabeza baja, trotando ensimismado, y cómo le picaba la cabeza, Dios mío, copos negros volando por el aire como nieve en negativo, la madre Teresa en uno de ellos.

LA OBRA BENÉFICA MADRE MISERICORDIOSA AYUDA AL HAMBRIENTO DE FLORIDA. ¿QUIERES AYUDARNOS A NOSOTROS?

«Floyd, ¿qué es eso? Oh mierda.»

Le da tiempo a ver algo grande y a leer la palabra DELTA.

—Bill... ¡Bill!

Su respuesta clara, pero como llegada de los flecos del universo.

—Madre mía, cariño, ¿qué tienes en el pelo?

Carol cogió la cara carbonizada de la madre Teresa de su regazo y se la alargó a la versión envejecida del hombre con el que se había casado, el follasecretarias con el que se había casado, el hombre que pese a todo la había rescatado de unas personas convencidas de que una podía vivir para siempre en el paraíso si encendía suficientes velas y llevaba la chaqueta azul y se ceñía a las rimas oficiales. Tumbada en la cama con ese hombre una calurosa noche de verano, mientras en el piso de arriba vendían drogas al son de «In-A-Gadda-Da-Vida», de Iron Butterfly, por enésima vez, le había preguntado qué creía que había más allá... pues eso, cuando se acababa tu papel en el espectáculo. Bill la había estrechado entre sus brazos, y de la playa le había llegado música *country*, los choques de los autos de choque, y Bill...

Bill tenía las gafas derretidas sobre la cara y un ojo fuera de su órbita. Su boca se había convertido en un agujero ensangrentado. En los árboles cantó un pájaro... chilló un pájaro, y Carol empezó a chillar con él, sosteniendo el fragmento carbonizado con el rostro de la madre Teresa, chillando mientras veía sus mejillas tornarse negras, su frente abultada, el cuello abriéndose como un cadáver descompuesto, chillando, estaba chillando sobre el telón de fondo de «In-A-Gadda-Da-Vida», y siguió chillando.

—¿Carol?

Era la voz de Bill, que le llegaba de muy lejos. La estaba tocando, pero no con lujuria, sino con preocupación.

Abrió los ojos y paseó la mirada por la soleada cabina del Lear 35. Por un instante lo comprendió todo, del modo en que uno entiende la inmensa importancia de un sueño al despertar de él. Recordó haberle preguntado qué creía que había más allá, y él le respondió que creía que, seguramente, te tocaba lo que siempre habías creído que te tocaría, que si Jerry Lee Lewis creía que iría al infierno por tocar *boogie-woogie*, allí acabaría. Cielo, infierno o Grand Rapids, tú elegías... o bien los que te dictaban qué debías creer. Era el truco definitivo de la mente humana, la percepción de la eternidad en el lugar donde siempre habías esperado pasarla.

—¿Carol? ¿Estás bien, cielo?

En una mano sostenía la revista que había estado leyendo, un número de *Newsweek* con el rostro de la madre Teresa en la portada, ¿SANTIDAD AHORA?, decía en letras blancas.

Paseando la mirada enloquecida por la cabina, Carol pensó: «Sucede a cinco mil pies, tengo que avisarlos».

Pero la sensación empezaba a disiparse, como siempre sucedía con esa clase de sensaciones. Desaparecían como los sueños o como el algodón de azúcar al derretirse sobre tu lengua.

—¿Ya vamos a aterrizar? —preguntó.

Se sentía despejada, pero su voz sonaba pastosa y confusa.

—Sí, qué rápido, ¿eh? —repuso él en tono complacido, como si hubiera pilotado personalmente en lugar de limitarse a pagar el viaje—. Floyd dice que llegaremos a...

—¿Quién? —lo atajó ella.

En la cabina del pequeño avión hacía calor, pero Carol tenía los dedos helados.

—¿Quién? —repitió.

—Floyd, el piloto, mujer —explicó él, señalando el asiento izquierdo de la cabina con el pulgar.

Estaban descendiendo hacia una masa de nubes; el avión empezó a temblar.

—Dice que llegaremos a Fort Myers dentro de veinte minutos. Has dado un respingo de mil demonios, tesoro. Y antes estabas gimiendo.

Carol abrió la boca para hablarle de la sensación, esa sensación que solo puede expresarse en francés, algo así como *vu or vous*, pero la sensación se esfumaba a pasos agigantados, y lo único que dijo era que había tenido una pesadilla.

Se oyó un pitido cuando Floyd, el piloto, encendió la señal de abrocharse los cinturones. Carol volvió la cabeza. Allá abajo, en tierra, esperándolos ahora y para siempre, había un coche blanco de Hertz, un coche de mafiosos, de esos que los personajes de las películas de Scorsese llaman Crown Vic. Miró de nuevo la portada de la revista, el rostro de la madre Teresa, y de repente se recordó a sí misma saltando a la comba detrás de Nuestra Señora de los Ángeles, saltando al son de una de las rimas prohibidas, esa que decía «Eh, María, qué pasa, resérvame el Purgatorio y para casa». «Están por llegar malos tiempos», había augurado su abuela al ponerle la medalla en la mano y enrollarle la cadena alrededor de los dedos. «Están por llegar malos tiempos.»

Creo que esta historia habla del Infierno, una versión del Infierno cuando estás condenado a repetir algo una y otra vez. El existencialismo, colega, menudo concepto, que venga Albert Camus. Existe la teoría de que el Infierno son los demás. Por mi parte, creo que tal vez sea la repetición.

1408(****)

Al igual que la popular historia sobre entierros prematuros, todo autor de cuentos de terror o suspense debería escribir al menos un relato sobre la habitación embrujada de la posada. He aquí mi versión del asunto. El único rasgo inusual es que nunca tuve intención de terminarla. Escribí las tres o cuatro primeras páginas como apéndice de mi libro Mientras escribo, con la intención de mostrar a los lectores cómo un relato pasa del primer al segundo borrador. Sobre todo, quería aportar ejemplos concretos de los principios sobre los que tanto había parloteado en el texto. Pero entonces sucedió algo fantástico; la historia me sedujo y terminé por acabarla. Creo que lo que nos asusta varía mucho de persona a persona (por ejemplo, nunca he entendido por qué las serpientes boomslang peruanas ponen la carne de gallina a determinadas personas), pero esta historia me dio miedo mientras la escribía. En un principio apareció en el marco de un recopilatorio de libros en audio titulado Bloom and Smoke, y la versión audio me asustó aún más. De hecho, me moría de miedo al escucharla. Pero las habitaciones de hotel son lugares espeluznantes por defecto, ¿no les parece? ¿Cuántas personas habrán ocupado esa misma cama? ¿Cuántas de ellas estaban enfermas? ¿Cuántas estaban perdiendo el juicio? ¿Cuántas estaban pensando en leer unos cuantos versículos de la Biblia del cajón de la mesilla antes de ahorcarse en el armario junto al televisor? Brrr. En cualquier caso, registrémonos, ¿les parece? Aquí tienen su llave... y tal vez les dé tiempo a reparar en cuál es el resultado de la suma de esos cuatro inocentes dígitos. Está al final del pasillo.

I

Mike Enslin estaba cruzando la puerta giratoria cuando vio a Olin, el director del hotel Dolphin, sentado en uno de los mullidos sillones del vestíbulo. Se le encogió el corazón. «Debería haberme traído al abogado —pensó—. Bueno, demasiado tarde.» Y aun cuando Olin hubiera decidido poner otro obstáculo entre Mike y la habitación 1408, la cosa tenía su lado bueno.

Olin estaba atravesando el vestíbulo con una de sus rollizas manos extendidas cuando Mike salió de la puerta giratoria. El Dolphin se encontraba en la calle Sesenta y uno, a la vuelta de la esquina de la Quinta Avenida, un establecimiento pequeño, pero elegante. Un hombre y una mujer ataviados con trajes de noche pasaron junto a Mike cuando este alargaba la mano para estrechar la de Olin tras cambiarse la maletita a la mano izquierda. La mujer era rubia, iba de negro, por supuesto, y la sutil fragancia floral de su perfume resumía la esencia de Nueva York. En el bar de la galería, alguien tocaba «Night and Day» como si pretendiera subrayar dicho resumen.

—Buenas noches, señor Enslin.

—Señor Olin, ¿hay algún problema?

El rostro de Olin aparecía contraído en una mueca de dolor. Por un

instante paseó la mirada en torno al pequeño, pero elegante vestíbulo, como si buscara ayuda. En el mostrador del conserje, un hombre hablaba con su mujer de entradas para el teatro mientras el conserje los observaba con una sonrisita paciente. En la recepción, un hombre con el aspecto desaliñado de haber volado muchas horas en clase preferente comentaba su reserva con una mujer enfundada en un elegante traje negro que podría haber llevado para salir. Una escena de lo más normal en el hotel Dolphin. Había ayuda para todo el mundo menos para el pobre señor Olin, que había caído en las garras del escritor.

—Señor Olin... —repitió Mike.

—Señor Enslin, ¿podría hablar un momento con usted en mi despacho?

¿Por qué no? Sería beneficioso para el artículo sobre la habitación 1408, intensificaría el tono inquietante que los lectores de sus libros parecían adorar, y eso no era todo. Mike Enslin no había estado seguro hasta entonces a pesar de todas sus pesquisas, pero ahora sí. A Olin le daba verdadero miedo la habitación 1408 y lo que podía ocurrirle allí a Mike esa noche.

—Por supuesto, señor Olin.

Como buen anfitrión, Olin alargó la mano para cogerle la maleta.

—Permítame.

—No hace falta, gracias —declinó Mike—. Solo llevo una muda y el cepillo de dientes.

—¿Está seguro?

—Sí —asintió Mike—. La camisa hawaiana de la suerte ya la llevo puesta —explicó con una sonrisa—. Es la que tiene el repelente de fantasmas.

Olin no le devolvió la sonrisa, sino que lanzó un suspiro, un hombrecillo grueso con chaqué y corbata perfectamente anudada.

—Muy bien, señor Enslin, sígame.

El director del hotel se había mostrado vacilante en el vestíbulo, casi derrotado, pero en su despacho revestido con paneles de roble (el Dolphin había abierto sus puertas en 1910, tal vez Mike publicara sin beneficiarse de críticas positivas en las revistas ni los periódicos de la gran ciudad, pero hacía los deberes), Olin pareció recobrar la compostura. Una alfombra persa cubría el suelo. Dos lámparas proyectaban una suave luz amarilla, y sobre el escritorio, junto a una caja de puros, había una lámpara de sobremesa con pantalla verde de forma romboide. Y al lado de la caja de puros se apilaban los tres últimos libros de Mike Enslin. Ediciones de bolsillo, por supuesto, porque no habían salido en tapa dura. «Vaya, vaya, resulta que mi anfitrión también ha hecho los deberes», pensó Mike.

Se sentó ante la mesa. Esperaba que Olin se sentara frente a él, pero el director le dio una sorpresa al ocupar la silla contigua a la suya, cruzar las piernas e inclinarse sobre su pulcra barriguita para tocar la caja de puros.

—¿Un cigarro, señor Enslin?

—No, gracias, no fumo.

Olin desvió la mirada hacia el cigarrillo que Mike llevaba encajado tras la

oreja derecha como un reportero bromista de antaño que se hubiera colocado el siguiente cigarrillo bajo el pase de prensa en la banda del sombrero.

El cigarrillo formaba parte de su ser hasta tal punto que por un momento no supo qué miraba el director. Al caer en la cuenta se echó a reír, cogió el cigarrillo, lo miró y alzó la vista hacia Olin.

—Hace nueve años que no me fumo ni uno —explicó—. Mi hermano mayor murió de cáncer de pulmón, y después de su muerte lo dejé. Esto de llevar el cigarrillo detrás de la oreja... —se encogió de hombros— en parte es por afectación y en parte por superstición, supongo, como la camisa hawaiana. O los cigarrillos que a veces se ven en las mesas o las paredes de alguna gente, metidos en una pequeña vitrina con un cartelito que dice ROMPER EL VIDRIO EN CASO DE EMERGENCIA. ¿La 1408 es de fumadores, señor Olin? Lo digo por si estalla una guerra nuclear.

—Pues sí.

—Estupendo —exclamó Mike con entusiasmo—. Una preocupación menos.

El señor Olin suspiró de nuevo, pero esta vez sin el matiz desconsolado que Mike había advertido en el vestíbulo. Sí, era por el despacho, dedujo. El despacho de Olin, su reducto especial. Aquella tarde, al acudir Mike acompañado de Robertson, el abogado, el señor Olin también había parecido menos incómodo en el despacho. Tenía su lógica. ¿Dónde podía sentirse uno al mando sino en su reducto especial? El despacho de Olin contaba con buenos cuadros en las paredes, una buena alfombra, buenos puros... Sin duda muchos directores habían hecho su trabajo en aquella estancia desde 1910; en su estilo era tan neoyorquino como la rubia del vestido negro sin tirantes, como la fragancia de su perfume y su promesa silenciosa de pulcro sexo neoyorquino a altas horas de la madrugada.

—Todavía no cree que pueda disuadirle de su empeño, ¿verdad?

—Sé que no puede —puntualizó Mike al tiempo que volvía a encajarse el cigarrillo tras la oreja.

No se engominaba el cabello como aquellos pintorescos periodistas con sombrero de antaño, pero pese a ello cambiaba el cigarrillo cada día, al igual que se cambiaba de ropa interior. Detrás de las orejas también se sudaba; si lo examinaba al final del día antes de arrojar su cuerpo mortífero sin fumar al retrete, veía los residuos amarillentos del sudor en el fino papel blanco, lo cual no le daba ningunas ganas de encenderlo. Ahora era incapaz de entender cómo había podido fumarse entre treinta y cuarenta cigarrillos al día durante casi veinte años. El porqué era una pregunta aún más interesante.

Olin cogió la pila de libros que descansaban sobre el secante.

—Espero sinceramente que se equivoque.

Mike abrió la cremallera del bolsillo lateral de la maletita y sacó una minigrabadora Sony.

—¿Le importa si grabo nuestra conversación, señor Olin?

Olin agitó la mano, así que Mike pulsó el botón de grabación; la lucecita roja se encendió, y las bobinas empezaron a girar.

Entretanto, Olin leía los títulos de los libros. Como siempre que veía sus libros en manos de otras personas, Mike Enslin sentía un cúmulo de emociones encontradas. Orgullo, inquietud, diversión, desafío y vergüenza. No tenía por qué sentirse avergonzado de ellos, porque le habían permitido vivir muy bien durante los últimos cinco años, sin tener que compartir ningún porcentaje de los beneficios con ninguna casa editorial o «puta editorial», como las llamaba su agente, impulsado quizá en parte por la envidia, porque él mismo se encargaba del trabajo... Aunque después de vender tan bien el primer libro, hasta al más gilipollas se le habría ocurrido que después de *Frankenstein* solo puede hacerse *La novia de Frankenstein*.

Aun así, Mike había ido a Iowa para estudiar con Jane Smiley. En cierta ocasión había compartido mesa redonda con Stanley Elkin, y en tiempos había aspirado (ninguno de sus actuales amigos ni conocidos tenían la menor idea) a publicar poesía de altura. Y cuando el director del hotel se puso a leer los títulos en voz alta, Mike deseó no haber puesto en marcha la grabadora. Más tarde escucharía el tono mesurado de Olin y lo imaginaría teñido de desprecio. Se tocó el cigarrillo sin darse cuenta de ello.

—«Diez noches en diez casas embrujadas —leyó Olin—. Diez noches en diez cementerios embrujados. Diez noches en diez castillos embrujados.» —Alzó la mirada hacia Mike con una leve sonrisa—. Este le permitió ir a Escocia. Por no hablar del bosque de Viena. Y todo desgravable, ¿verdad? Al fin y al cabo, los embrujos son su negocio.

—¿Adónde quiere ir a parar?

—Se pone un poco susceptible con sus libros, ¿eh?

—Susceptible sí, pero no me hacen vulnerable. Si pretende convencerme para que me vaya de su hotel criticando mis libros...

—En absoluto. Era simple curiosidad. Envié a Marcel, el conserje diurno, a comprarlos hace un par de días, después de que viniera usted con su... petición.

—No fue una petición, sino una exigencia, y sigue siéndolo. Ya oyó al señor Robertson. La ley del estado de Nueva York, por no mencionar dos leyes federales de derechos civiles, le prohíbe negarme una habitación en particular si yo la pido y está desocupada. Y la 1408 está desocupada. La 1408 siempre está desocupada.

Pero el señor Olin no tenía intención de dejarse apartar del tema de los tres últimos libros de Mike, superventas en las listas del *New York Times*, a fin de cuentas, y les echó el tercer vistazo. La tenue luz de las lámparas ponía de relieve sus brillantes cubiertas. Había mucho violeta en ellas; el violeta era el mejor color para vender libros de terror, habían asegurado a Mike.

—No he tenido ocasión de prestarles atención hasta esta tarde —comentó Olin—. He estado muy ocupado, como siempre. El Dolphin es un hotel pequeño para Nueva York, pero tenemos una tasa de ocupación del noventa por ciento, y por lo general cada cliente conlleva un problema.

—Como yo.

—En su caso, diría que usted conlleva un problema especial, señor Enslin —puntualizó Olin con una leve sonrisa—. Usted, el señor Robertson y todas sus

amenazas.

Mike volvió a sentirse molesto. No había hecho ninguna amenaza, a menos que Robertson fuera una amenaza en sí mismo. Y se había visto obligado a recurrir a un abogado, al igual que una persona puede sentirse obligada a recurrir a una barra para forzar una cerradura oxidada que ya no se abre con llave.

«Pero la cerradura no es tuya», le advirtió una voz interior, aunque las leyes del estado y del país no opinaban lo mismo. Según las leyes, la habitación 1408 del hotel Dolphin era para él si la quería, siempre y cuando otra persona no la ocupara antes.

Se percató de que Olin lo observaba con la misma sonrisa, como si hubiera seguido palabra por palabra el diálogo interior de Mike. Era una sensación incómoda, y aquella conversación empezaba a antojársele inesperadamente incómoda también. Era como si estuviera a la defensiva desde que sacara la minigrabadora, con la que en realidad pretendía intimidar a su interlocutor.

—Si sus palabras tienen alguna finalidad, señor Olin, me temo que la he perdido de vista hace rato. He tenido un día agotador, de modo que si nuestra disputa por la habitación 1408 ha terminado, me gustaría subir y...

—He leído un... esto... ¿cómo los llama? ¿Ensayos? ¿Cuentos?

«Pagafacturas», los llamaba Mike, pero no tenía intención de decirlo en voz alta mientras la grabadora estuviera en marcha, por mucho que la cinta le perteneciera.

—Relatos —concluyó el propio Olin—. He leído un relato de cada libro. El de la casa Rilsby en Kansas del libro de las casas embrujadas...

—Ah, sí, los asesinatos del hacha—lo atajé.

Nunca habían cogido al tipo que había descuartizado a los seis miembros de la familia Rilsby.

—Exacto. Y el de la noche que pasó acampado sobre las tumbas de los amantes de Alaska que se suicidaron, los que la gente aún afirma ver por Sitka... y también la historia de la noche que pasó en el castillo Gartsby. A decir verdad, esa me hizo gracia, cosa que me sorprendió.

El oído de Mike estaba finamente sintonizado para distinguir cualquier matiz de desprecio aun en los comentarios más banales sobre la serie de *Diez noches*, y no le cabía duda de que a veces el desprecio que oía existía en realidad, porque pocos seres son más paranoicos que los escritores convencidos en el fondo de su corazón de que escriben basura, pero no le pareció detectar desprecio alguno en el tono de Olin.

—Gracias... supongo —dijo.

Bajó la mirada hacia la minigrabadora. Por lo general, su ojo rojo parecía observar al interlocutor como si lo desafiara a meter la pata, pero aquella noche parecía observar a Mike.

—Por supuesto, lo decía como cumplido —aseguró Olin, golpeteando los libros—. Espero tener oportunidad de acabarlos... pero por su forma de escribir. Es su forma de escribir lo que me gusta. Me sorprendió reírme al leer sus

aventuras sobrenaturales en el castillo Gartsby, y también me sorprendió descubrir que es usted tan bueno, tan sutil. Esperaba descripciones más toscas.

Mike se preparó para lo que sin duda diría a continuación, alguna versión de «Qué hace una chica como tú en un lugar como este». Olin, el sofisticado director de hotel, anfitrión de mujeres rubias vestidas de negro, jefe de desgarbados hombres entrados en años que llevaban esmoquin y desgranaban las notas de viejos clásicos como «Night and Day» en el bar del establecimiento. Olin, que a buen seguro leía a Proust en sus noches libres.

—Pero también resultan inquietantes sus libros. Si no los hubiera visto, no creo que me hubiera molestado en esperarlo esta noche. En cuanto vi al abogado con su maletín, supe que estaba usted resuelto a pasar la noche en esa maldita habitación y que nada de lo que pudiera decirle lo disuadiría. Pero los libros...

Mike alargó la mano y apagó la minigrabadora; el ojito rojo empezaba a ponerle los nervios de punta.

—¿Quiere saber por qué me rebajo de esta manera? ¿Es eso?

—Supongo que lo hace por dinero —musitó Olin sin inmutarse—. Y en mi opinión, no se está rebajando, ni mucho menos, aunque es interesante que saque una conclusión tan precipitada.

Mike sintió que le ardían las mejillas. No, aquello no estaba transcurriendo ni mucho menos como había esperado. Jamás había apagado la grabadora en medio de una conversación. Pero Olin no era lo que parecía. «Me engañaron sus manos —pensó—. Esas manitas de director de hotel, rollizas y de manicura perfecta.»

—Lo que me inquietó... lo que me asustó, de hecho, fue encontrarme leyendo la obra de un hombre inteligente y con gran talento que no cree una sola palabra de lo que escribe.

Eso no era del todo cierto, pensó Mike. Había escrito unas dos docenas de historias que creía e incluso había llegado a publicar unas cuantas. Había escrito poemas en los que creía durante su primer año y medio en Nueva York, cuando malvivía con el mísero salario que cobraba en *The Village Voice*. Pero ¿creía que el fantasma decapitado de Eugene Risby recorría su desierta granja de Kansas a la luz de la luna? No. Había pasado la noche en aquella granja, acampado sobre los sucios promontorios del suelo de linóleo que cubría la cocina, sin ver nada más aterrador que dos ratoncitos paseándose a lo largo del zócalo. Había pasado una calurosa noche de verano entre las ruinas del castillo de Transilvania donde se suponía que Vlad Tepes aún moraba; los únicos vampiros que aparecieron fueron los enjambres de mosquitos europeos. Durante la noche que había pasado junto a la tumba del asesino en serie Jeffrey Dahmer, una figura blanca y ensangrentada se abalanzó sobre el cuchillo en ristre, pero las risitas de los amigos del fantasma lo delataron, y de todos modos, Mike Enslin no se había asustado mucho; reconocía a un fantasma adolescente blandiendo un cuchillo de plástico en cuanto lo veía. Sin embargo, no tenía intención de contarle nada de todo aquello a Olin. No podía permitirse el lujo de...

Sí podía. La minigrabadora, un error de base, ahora lo comprendía, estaba

guardada, y aquella conversación era todo lo oficiosa que podía ser una conversación. Además, empezaba a admirar a Olin de un modo perverso, y cuando admiras a un hombre, ansias contarle la verdad.

—No —confesó—. No creo en espíritus malvados, fantasmas ni monstruos. Me encanta que no existan, porque no creo que exista ningún buen Dios capaz de protegernos de ellos. Eso es lo que creo, pero siempre he estado abierto a todo. Puede que nunca gane el Pulitzer por investigar al fantasma ladrador en el cementerio de Mount Hope, pero habría escrito sobre él de forma justa si se me hubiera aparecido.

Olin dijo algo, una sola palabra pronunciada en voz tan baja que Mike no la oyó.

—¿Cómo dice?

—Que no —repitió Olin, mirándolo casi con aire de disculpa.

Mike suspiró. Olin lo consideraba un embustero. Cuando llegabas a ese punto, la única alternativa era poner toda la carne en el asador o retirarte de la discusión.

—¿Por qué no lo dejamos para otro día, señor Olin? Iré arriba, me cepillaré los dientes y quizá vea a Kevin O'Malley materializarse en el espejo del baño.

Empezó a levantarse de la silla, pero Olin levantó una de sus manos rollizas y cuidadas para detenerlo.

—No lo estoy tachando de mentiroso —aseguró—, pero usted no cree, señor Enslin. Los fantasmas rara vez se aparecen a quienes no creen en ellos, y cuando se aparecen, casi nunca los ven. Aunque Eugene Rilsby hubiera jugado a los bolos con su cabeza en el vestíbulo de su casa, usted no se habría enterado.

Mike se levantó y se inclinó para recoger la maletita.

—En tal caso, no tengo nada que temer de la habitación 1408, ¿verdad?

—No es cierto —replicó Olin—. No es cierto, porque en la habitación 1408 no hay fantasmas, nunca los ha habido. Hay algo, lo he sentido personalmente, pero no es un espíritu. En una casa abandonada o un castillo antiguo, su incredulidad puede protegerlo, pero en la habitación 1408, lo hará más vulnerable. No lo haga, señor Enslin. Por eso lo he esperado esta noche, para pedirle, para suplicarle que no lo haga. De todas las personas que no deben entrar en esa habitación, el hombre que escribió esos alegres y alimenticios relatos de fantasmas encabeza la lista.

Mike oyó y al mismo tiempo no oyó las palabras de Olin. «¡Y has apagado la grabadora! —se increpó—. Me avergüenza hasta conseguir que apague la grabadora y luego se convierte en Boris Karloff presentando *The All-Star spook Weekend*. A tomar por el culo, lo citaré de todos modos, y si no le gusta, que me demande.»

De repente ardía en deseos de subir no solo para pasar la noche en una habitación esquinera del hotel, sino también para escribir lo que Olin acababa de decir antes de que se le olvidara.

—Tómese una copa, señor Enslin.

—No, de verdad, no...

El señor Olin metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó una llave colgada de una placa alargada de latón. El latón aparecía envejecido, arañado y deslustrado. Sobre él se veía grabado el número 1408.

—Se lo ruego, concédame diez minutos más de su tiempo, lo bastante para apurar un whisky corto, y le entregaré esta llave. Daría prácticamente cualquier cosa por disuadirlo, pero creo saber reconocer lo inevitable cuando lo tengo delante.

—¿Aún utilizan llaves tradicionales? —se sorprendió Mike— Qué agradable, le da un cierto sabor a viejo.

—El Dolphin incorporó el sistema de tarjetas magnéticas en 1979, señor Enslin, el año en que ocupé el cargo de director. La 1408 es la única habitación de la casa que sigue abriéndose con llave. No había necesidad de instalar una cerradura magnética porque nunca está ocupada; de hecho, la última vez que un cliente se alojó en ella fue en 1978.

—¡No me joda!

Mike volvió a sentarse, desenterró la minigrabadora y pulsó el botón de grabación.

—El director del hotel, el señor Olin, afirma que la 1408 no ha estado ocupada por ningún cliente de pago desde hace más de veinte años —dijo.

—Es una suerte que la habitación 1408 no haya necesitado nunca una tarjeta magnética, porque estoy totalmente convencido de que no funcionaría. Los relojes de pulsera digitales no funcionan en esa habitación. A veces van al revés y a veces se paran, pero en cualquier caso no se sabe qué hora es en la 1408. Lo mismo sucede con las calculadoras de bolsillo y los teléfonos móviles. Si lleva busca, señor Enslin, le recomiendo que lo apague, porque una vez entre en la 1408, empezará a sonar cuando le venga en gana... Aunque a decir verdad, apagarlo tampoco garantiza nada —añadió tras una pausa—, porque puede que vuelva a encenderse solo. El único remedio es quitar las pilas.

Dicho aquello pulsó el botón de parada de la grabadora sin comprobar si era el correcto. Mike suponía que utilizaba un modelo similar para dictar memorándums.

—De hecho, señor Enslin, el único remedio seguro es no entrar en la habitación.

—No puedo hacer eso —replicó Mike al tiempo que guardaba una vez más el aparato—, pero sí puedo tomarme esa copa antes de subir.

Mientras Olin servía el whisky en el mueble bar de roble situado bajo un óleo que mostraba la Quinta Avenida a principios de siglo, Mike le preguntó cómo sabía que los aparatos electrónicos no funcionaban en la 1408 si la habitación no se ocupaba desde 1978. —No me refería a que nadie hubiera entrado en ella desde 1978 —puntualizó Olin—. Para empezar, las empleadas de la limpieza le dan un repaso una vez al mes, lo que significa...

Mike, que llevaba cuatro meses trabajando en *Diez habitaciones de hotel embrujadas*, lo interrumpió.

—Sé lo que significa.

Un repaso en una habitación desocupada significaría abrir las ventanas para airearla, quitar el polvo, echar limpiador azul en el inodoro y cambiar las toallas. Probablemente no se cambiarían las sábanas en un repaso. Se dijo que quizá debería haberse llevado el saco de dormir.

Mientras cruzaba la alfombra persa con las copas en las manos, Olin pareció leerle el pensamiento.

—Las empleadas han cambiado las sábanas esta misma tarde, señor Enslin.

—¿Por qué no me llama Mike?

—No me sentiría cómodo —objetó Olin al tiempo que le alargaba el vaso—. Por usted.

—Y por usted —brindó Mike, levantando el vaso con la intención de tocar el de Olin, pero este lo retiró.

—No, por usted, señor Enslin, insisto. Esta noche, ambos deberíamos brindar por usted. Va a necesitarlo.

Mike lanzó un suspiro e hizo entrechocar el vaso contra el borde del de Olin.

—De acuerdo, por mí. Quedaría usted perfecto en una película de terror, señor Olin. Podría representar el papel del viejo y lúgubre mayordomo que intenta ahuyentar a la joven pareja del castillo encantado.

—Es un papel que no me ha tocado representar demasiado a menudo, gracias a Dios —observó Olin mientras se sentaba—. La habitación 1408 no aparece en ninguna de las páginas web que tratan de lugares paranormales o parapsicológicos...

«Eso cambiará después de mi libro», pensó Mike, tomando un sorbo de whisky.

—... y ninguna de las rutas de fantasmas pasa por el hotel Dolphin, aunque sí por el Sherry-Netherland, el Plaza y el Park Lane. Hemos intentado llevar el asunto de la 1408 con la máxima discreción... si bien, por supuesto, la historia está al alcance del investigador afortunado y tenaz.

Mike se permitió esbozar una sonrisa.

—Veronique ha cambiado las sábanas —prosiguió Olin—. Yo mismo la acompañé. Debería sentirse halagado, señor Enslin; es casi como si le hubiera cambiado las sábanas un miembro de la realeza. Veronique y su hermana llegaron al Dolphin como camareras en 1971 o 1972. Vee, como la llamamos, es la empleada más veterana del hotel Dolphin; lleva aquí al menos seis años más que yo. Ahora es la gobernanta, y creo que la última vez que cambió unas sábanas fue hace seis años, pero eran ella y su hermana quienes se encargaban de repasar la 1408 hasta 1992 más o menos. Veronique y Celeste eran gemelas, y el vínculo existente entre ellas parecía hacerlas... ¿cómo expresarlo?, no inmunes a la 1408, pero sí iguales a ella, al menos durante los breves ratos necesarios para repasar la habitación.

—No irá a decirme que la hermana de Veronique murió en la habitación...

—No, no, por supuesto —se apresuró a responder Olin—. Dejé el hotel

alrededor de 1988 por motivos de salud, pero no descarto que la 1408 tuviera algo que ver en el empeoramiento de sus trastornos mentales y físicos.

—Señor Olin, es importante que establezcamos una buena comunicación entre nosotros... Espero que no se ofenda si le digo que me parece una ridiculez.

Olin se echó a reír.

—Es usted muy testarudo para ser un estudioso del mundo etéreo.

—Se lo debo a mis lectores —señaló Mike con aire inocente.

—Supongo que podría haber dejado la 1408 tal como estaba —aventuró el director—, con la puerta cerrada, las luces apagadas, las cortinas corridas para que el sol no destiñera la alfombra, el menú del desayuno sobre la cama... pero no soporto la idea de que el aire se enrarezca como en un desván, de que el polvo se acumule hasta transformarse en bolas. ¿En qué me convierte eso, en un hombre puntilloso o en un obsesivo de tomo y lomo?

—En un director de hotel.

—Supongo que tiene razón. En cualquier caso, Vee y Cee se encargaron de repasar la habitación... muy por encima, eso sí, hasta que Cee se fue y Vee obtuvo su primer ascenso importante. A partir de entonces asigné la tarea a otras camareras por parejas, eligiendo siempre a dos que se llevaran bien...

—Con la esperanza de que el vínculo las protegiera de los monstruos.

—Sí, con la esperanza de que el vínculo las protegiera de los monstruos. Y puede burlarse de los monstruos de la 1408 cuanto quiera, señor Enslin, pero percibirá su presencia en cuanto entre, ya lo verá. Sea lo que sea lo que hay en esa habitación, no es tímido precisamente. En muchas ocasiones, siempre que podía, de hecho, acompañaba a las camareras para supervisarlas. —Hizo una pausa antes de añadir casi a regañadientes—: Para sacarlas de allí, supongo, si empezaba a suceder algo horrible. Pero nunca sucedió nada. Varias de ellas sufrieron crisis de llanto, una tuvo un ataque de risa... No sé por qué una persona que ríe sin poder controlarse ha de dar más miedo que una que llora, pero así es... Y otras se desmayaron. Nada espectacular, en definitiva. A lo largo de los años tuve oportunidad de hacer unos cuantos experimentos primitivos con buscas, teléfonos móviles y demás, pero tampoco pasó nada terrible. Gracias a Dios... —Se detuvo de nuevo y al poco agregó con voz extraña, como desprovista de emoción—: Una de ellas se quedó ciega.

—¿Qué?

—Se quedó ciega. Rommie van Gelder. Estaba quitando el polvo del televisor y de repente empezó a gritar. Le pregunté qué le pasaba, y ella dejó caer el paño, se llevó las manos a los ojos y chilló que solo veía unos colores espeluznantes. Los colores desaparecieron en cuanto la saqué de la habitación, y cuando llegamos al ascensor ya había comenzado a recobrar la vista.

—Me está contando todo esto para asustarme, señor Olin, ¿verdad? Solo para asustarme.

—Ni mucho menos. Ya conoce usted la historia de la habitación, empezando por el suicidio de su primer ocupante.

Así era. Kevin O'Malley, vendedor de máquinas de coser, se había quitado la vida el 13 de octubre de 1910, dejando mujer y siete hijos.

—Cinco hombres y una mujer se han tirado por la única ventana de esa habitación, señor Enslin. Tres mujeres y un hombre se han tomado sobredosis de pastillas, dos fueron encontrados en la cama, dos en el baño, uno de ellos en la bañera y el otro desplomado sobre el retrete. Un hombre se ahorcó en el armario en 1970...

—Henry Storkin —atajó Mike—. Probablemente fue un accidente, asfixia erótica...

—Puede. Luego estaba Randolph Hyde, que se abrió las venas y luego se rebanó los genitales mientras se desangraba. Eso seguro que no fue asfixia erótica. La cuestión es, señor Enslin, que si un historial de doce suicidios en sesenta y ocho años no consigue disuadirlo de su empeño, no creo que los jadeos y soponcios de unas cuantas camareras lo detengan tampoco.

«Jadeos y soponcios», qué mono, pensó Mike, preguntándose si podía utilizarlo para el libro.

—Pocas de las parejas que han repasado la 1408 durante estos años quieren repetir —explicó Olin antes de apurar su copa con un pulcro sorbito.

—Salvo las gemelas francesas.

—Vee y Cee, cierto —asintió Olin.

A Mike le importaban bien poco las camareras y sus... ¿Cómo los había llamado Olin?: «Jadeos y soponcios». Lo había mosqueado un poco que Olin hubiera enumerado los suicidios, como si considerara a Mike lo bastante tonto para pasar por alto no ya su existencia, sino su importancia. Aunque en realidad, carecían de importancia. Tanto Abraham Lincoln como John Kennedy tenían vicepresidentes llamados Johnson; ambos nombres, Lincoln y Kennedy, tenían siete letras; ambos habían sido elegidos en años acabados en 60. ¿Qué demostraban todas esas coincidencias? Nada de nada.

—Los suicidios constituirán una sección magnífica de mi libro —aseguró Mike—, pero puesto que la grabadora está apagada, le diré que representan lo que una de mis fuentes, un estadístico, denomina «el efecto racimo».

—Charles Dickens lo llamaba «el efecto patata» —señaló Olin.

—¿Cómo dice?

—Cuando el fantasma de Jacob Marley habla por primera vez con Scrooge, este le dice que no puede ser otra cosa que un montoncito de mostaza o un pedacito de patata medio cruda.

—¿Se supone que es gracioso? —preguntó Mike con cierta frialdad.

—Nada de todo este asunto me hace gracia, señor Enslin. Nada en absoluto. Escúcheme con mucha atención, por favor. La hermana de Vee, Celeste, murió de un ataque al corazón. Por aquel entonces padecía la fase intermedia del Alzheimer, enfermedad que la atacó a una edad muy temprana.

—Pero su hermana está vivita y coleando, según lo que me ha dicho antes, la personificación del sueño norteamericano. También usted goza de buena salud, señor Olin, a juzgar por su aspecto, a pesar de haber entrado y salido de la 1408... ¿cien, doscientas veces?

—Pero siempre muy poco rato —puntualizó Olin—. Es como entrar en una habitación llena de gas venenoso. Si uno contiene el aliento, puede que no le

pase nada. Veo que no le gusta la comparación. Sin duda la encuentra exagerada, ridícula tal vez. Sin embargo, a mí me parece muy acertada. —Unió las yemas de los dedos bajo el mentón—. También es posible que algunas personas reaccionen más pronto y de forma más virulenta a lo que habita esa habitación, al igual que algunos submarinistas son más propensos a contraer la enfermedad del buzo que otros. A lo largo de los casi cien años de actividad del Dolphin, el personal del hotel ha ido adquiriendo cada vez más consciencia de que la 1408 es una habitación envenenada. Se ha convertido en parte de la historia de la casa, señor Enslin. Nadie habla de ella, al igual que nadie menciona que aquí, como en la mayoría de los hoteles, el piso trece es en realidad el catorce... pero todo el mundo lo sabe. Si tuviéramos a nuestra disposición todos los datos de archivo relativos a la habitación, sin duda nos contarían una historia sobrecogedora... una historia demasiado inquietante incluso para sus lectores. Por ejemplo, estoy seguro de que en todos los hoteles de Nueva York se han producido suicidios, pero apostaría lo que fuera a que solo el Dolphin registra doce en una sola habitación. Y dejando a un lado el caso de Celeste Romandeu, ¿qué me dice de las muertes naturales acaecidas en la 1408?

—¿Cuántas ha habido?

La idea de las muertes naturales no se le había ocurrido siquiera.

—Treinta —repuso Olin—. Como mínimo. Treinta que yo sepa.

—¡Miente! —exclamó Mike sin poder contenerse.

—No, señor Enslin, se lo aseguro. ¿De verdad creía que mantenemos la 1408 cerrada por una simple cuestión de supersticiones de viejas o estúpidas tradiciones neoyorquinas? ¿Porque todos los hoteles antiguos y elegantes deben tener al menos un espíritu inquieto en la suite de las cadenas invisibles?

Mike Enslin reparó en que esa era precisamente la idea, una idea no expresada, pero latente, que motivaba su nuevo libro, y oír a Olin mencionarla con el desprecio de un científico ante un indígena supersticioso no contribuyó a aplacar sus ánimos precisamente.

—En el sector hotelero tenemos nuestras supersticiones y tradiciones, pero no permitimos que se interpongan en nuestro negocio, señor Enslin. En el Medio Oeste, donde empecé, hay un viejo dicho: «No hay habitaciones con corriente cuando los vaqueros están en la ciudad». Si tenemos habitaciones desocupadas, las llenamos. La única excepción a esa regla... y la única conversación como esta que he sostenido en mi vida... tiene que ver con la habitación 1408, una habitación en el piso 13 y cuyos dígitos suman 13.

Olin miró a Mike de hito en hito.

—Es una habitación no solo de suicidios, sino también de derrames cerebrales, infartos y ataques de epilepsia. Un hombre que ocupó la habitación en 1973 por lo visto se ahogó en un plato de sopa. Sin duda pensará que es absurdo, pero hablé con el director de seguridad del hotel, y él había visto el certificado de defunción. El poder de lo que sea que mora en la habitación parece debilitarse hacia mediodía, que es cuando van a repasarla, pero aun así sé de varias camareras que han repasado la habitación y ahora tienen problemas de

corazón, enfisema o diabetes. Hace tres años tuvimos problemas con la calefacción, y el señor Neal, ingeniero encargado del mantenimiento en ese momento, tuvo que entrar en varias de las habitaciones para comprobar los radiadores, entre ellas la 1408. En apariencia no le pasó nada, ni en la habitación ni más tarde, pero la tarde siguiente murió de un derrame cerebral masivo.

—Casualidad —afirmó Mike.

Pero no podía negar que Olin era bueno. De haber sido monitor de campamentos, habría logrado ahuyentar al noventa por ciento de los críos después de la primera ronda de historias en torno a la hoguera.

—Casualidad —repitió Olin en un murmullo carente de desdén al tiempo que le alargaba la anticuada llave colgada de la anticuada placa de latón—. ¿Cómo anda del corazón, señor Enslin? Por no hablar de la tensión arterial y el estado mental...

Mike comprobó que le costaba un esfuerzo consciente levantar la mano, pero en cuanto la puso en movimiento desapareció el problema. La mano avanzó hasta la llave sin el más mínimo temblor en las yemas de los dedos.

—Perfectamente —aseguró, asiendo la deslustrada placa—. Además, llevo mi camisa hawaiana de la suerte.

Olin insistió en acompañar a Mike en ascensor hasta el piso 14, y Mike no protestó. Le resultó interesante observar que, una vez fuera del despacho, mientras caminaban por el pasillo hacia los ascensores, el hombre volvió a perder solidez para convertirse de nuevo en el pobre señor Olin, el desgraciado que había caído en las garras del escritor.

Un hombre vestido de esmoquin, Mike supuso que sería el director del restaurante o bien el maître, fue a su encuentro, entregó a Olin un fajo delgado de papeles y le murmuró algo en francés. Olin contestó también en un murmullo, asintió y garabateó su firma en los papeles. El pianista del bar tocaba ahora «Autumn in New York». Desde aquella distancia resonaba bastante, como música escuchada en sueños.

El hombre del esmoquin dijo «*Merci bien*» y siguió su camino. Mike y el director del hotel siguieron el suyo. Olin se ofreció de nuevo a llevarle la maleta, y Mike lo declinó otra vez. En el ascensor, Mike no pudo por menos de observar la pulcra hilera triple de botones. Todo parecía estar en su sitio, sin fisuras, pero si uno se fijaba bien, se daba cuenta de que faltaba algo. El botón del piso 12 iba seguido del botón del piso 14. «Como si pudieran hacer desaparecer el número simplemente con eliminarlo del panel del ascensor», pensó Mike. Qué tontería... pero Olin tenía razón; se hacía en todo el mundo.

—Hay algo que me inspira curiosidad —comentó Mike mientras la cabina del ascensor ascendía hacia su destino—. ¿Por qué no se limitó a inventar un residente ficticio para la habitación 1408 si tanto lo asusta? Ya puestos, ¿por qué no lo declara como su propia residencia, señor Olin?

—Supongo que me daba miedo que me acusaran de fraude, si no las personas responsables de hacer cumplir las leyes de derechos civiles estatales y

federales —porque en el sector hotelero sentimos lo mismo hacia las leyes que sus lectores hacia el tintineo de cadenas en plena noche—, pues mis jefes, si se enteraban. Si no he conseguido disuadirle de entrar en la 1408, no creo que hubiera logrado convencer al consejo de administración de la Stanley Corporation de que retiré una habitación estupenda de la circulación porque creía que algo maligno impulsaba a algunos viajeros a saltar por la ventana y acabar hechos hamburguesa en la calle Sesenta y uno.

A Mike le parecieron las palabras más inquietantes que Olin había pronunciado hasta el momento.

«Porque ya no intenta convencerme —pensó—. Cualesquiera que sean sus dotes de vendedor en el despacho, quizá debidas a alguna vibración procedente de la alfombra persa, las pierde en cuanto sale. Sí, es competente, se ha notado cuando ha firmado los papeles del maître, pero no un buen vendedor. Carece de magnetismo personal cuando abandona su despacho. Pero se lo cree todo a pies juntillas.»

Sobre la puerta, el número 12 iluminado se apagó para dar paso al 14. El ascensor se detuvo, y la puerta se abrió a un pasillo de hotel corriente y moliente, con moqueta roja y dorada (no persa, desde luego) y apliques que imitaban los quinqués del siglo XIX.

—Ya hemos llegado —anunció Olin—. Su planta. Disculpe que me quede aquí. La 1408 está a su izquierda, al final del pasillo. A menos que sea estrictamente necesario, nunca paso de aquí.

Mike Enslin salió del ascensor con una sensación inusual de pesadez en las piernas. Se volvió para mirar a Olin, un hombrecillo grueso de chaqué negro y pulcra corbata color vino. El director tenía las cuidadas manos entrelazadas a la espalda, y Mike comprobó que estaba palidísimo. Su frente despejada y sin arrugas aparecía perlada de sudor.

—Por supuesto, la habitación tiene teléfono —continuó Olin—. Puede intentar usarlo si tiene problemas... aunque no creo que funcione si la habitación no quiere.

Mike intentó encontrar una réplica frívola sobre que eso le ahorraría la factura del servicio de habitaciones, pero de repente sentía la lengua tan pesada como las piernas y pegada a la parte inferior de la boca.

Olin sacó una mano de detrás de la espalda, y Mike vio que le temblaba.

—No lo haga, señor Enslin, por favor. Por el amor de Dios...

La puerta del ascensor se cerró sin darle tiempo a terminar la frase. Mike permaneció inmóvil un instante, en el perfecto silencio de hotel neoyorquino, en lo que nadie reconocía como el piso 13 del Dolphin, y contempló la posibilidad de pulsar el botón de llamada del ascensor.

Pero si lo hacía, Olin habría ganado, y además tendría un inmenso vacío en el lugar que debía ocupar el mejor capítulo de su libro. Tal vez los lectores no se enteraran, ni su editor, ni su agente, ni Robertson el abogado... pero él lo sabría.

Así que, en lugar de pulsar el botón de llamada, se llevó la mano a la oreja para tocar el cigarrillo con ese gesto distraído del que ya no era consciente y se

puso bien el cuello de la camisa de la suerte. Luego echó a andar por el pasillo hacia la 1408, con la maletita oscilando a su lado.

II

El objeto más interesante que quedó tras la breve estancia de Michael Enslin en la habitación 1408, de unos setenta minutos de duración, fueron los once minutos de cinta grabados en su minigrabadora, que resultó un poco chamuscada, pero no destruida, ni mucho menos. Lo más fascinante de la narración era que había muy poca narración y que cada vez se tornaba más extraña.

La minigrabadora era un regalo que su ex mujer, con quien aún se llevaba bien, le había hecho cinco años antes. En su primera «expedición» (la granja Rilsby, en Kansas), había decidido llevarla en el último momento, junto con cinco blocs de notas amarillos y un estuche de cuero lleno de lápices afilados. Tres libros más tarde, al llegar a la puerta de la habitación 1408, solo llevaba un bolígrafo, un cuaderno y cinco cintas vírgenes de noventa minutos además de la que había insertado en el aparato antes de salir de casa.

Había descubierto que la narración le resultaba más útil que tomar notas; de ese modo podía incluir anécdotas, algunas de ellas geniales, a medida que sucedían. Era el caso de los murciélagos que se habían abatido sobre él en el torreón presuntamente embrujado del castillo Gartsby. Había gritado como una nena en su primera visita al pasaje del terror. Los amigos que escuchaban la historia siempre se reían.

Asimismo, la minigrabadora era más práctica que las notas escritas, sobre todo cuando estabas en un gélido cementerio de New Brunswick y la lluvia y el viento te desmontaban la tienda a las tres de la madrugada. En tales circunstancias no podías tomar notas como Dios manda, pero sí hablar... que fue lo que hizo Mike, seguir hablando mientras pugnaba por liberarse de la lona mojada de la tienda, sin perder de vista ni por un instante el reconfortante ojo rojo de la máquina. A medida que pasaban los años y se sucedían las «expediciones», la minigrabadora se había convertido en su amiga. Nunca había grabado un informe de primera mano de un acontecimiento sobrenatural en la finísima cinta que se enrollaba a sus bobinas, y eso incluía sus entrecortados comentarios en la 1408, pero a decir verdad, no sorprendía que profesara tanto afecto al aparatito. Los camioneros de larga distancia llegaban a amar sus radios; los escritores mimaban un bolígrafo en particular o una vieja máquina de escribir; las mujeres de la limpieza profesionales detestaban desprenderse de su vieja Electrolux. Mike nunca había tenido que enfrentarse a un fantasma ni a un episodio psicocinético armado solo con la minigrabadora, su versión personal de la cruz y el ajo, pero le había hecho compañía durante muchas noches frías e incómodas. Era un hombre testarudo, pero no inhumano.

Sus problemas con la 1408 empezaron aun antes de entrar en ella.

La puerta estaba torcida.

No mucho, pero estaba torcida, ligerísimamente ladeada a la izquierda. En

el primer momento le recordó a esas películas de terror en las que el director pretendía transmitir la inquietud de uno de sus personajes inclinando la cámara en las tomas de perspectiva. A esa asociación siguió otra, el aspecto de las puertas cuando estás en un barco y había mar gruesa. Se balanceaban adelante y atrás, a derecha e izquierda, cloc cloc, hasta que acababas por sucumbir a las náuseas. No es que él sintiera náuseas, qué va, pero...

Bueno, sí, un poco.

Y estaría dispuesto a admitirlo, aunque solo fuera por la insinuación de Olin de que su actitud le impedía ser justo en el sin duda subjetivo campo del periodismo de terror.

Mike se agachó, consciente de que la sensación de estómago revuelto desaparecía en cuanto dejó de mirar la puerta torcida, abrió la cremallera de la bolsa de viaje y sacó la minigrabadora. Al erguirse pulsó el botón de grabación, vio cómo se encendía el ojo rojo y abrió la boca para decir: «La puerta de la habitación 1408 nos da una bienvenida única; parece estar torcida, ligeramente ladeada hacia la izquierda».

Solo llegó a decir «La puerta». Si uno escucha la cinta, distingue ambas palabras con claridad, «La puerta», y luego el clic del botón de parada. Porque la puerta no estaba torcida, sino totalmente recta. Mike se volvió para mirar la puerta de la 1409, situada enfrente, antes de examinar de nuevo la de la 1408. Eran idénticas, blancas con placas doradas para el número y picaportes también dorados. Y totalmente rectas.

Mike se agachó otra vez, recogió la maletita con la mano en que sujetaba la minigrabadora, acercó la llave, que llevaba en la otra mano, a la cerradura, y volvió a detenerse.

La puerta estaba torcida de nuevo.

Esta vez hacia la derecha.

—Esto es absurdo —murmuró Mike.

Pero aquella leve náusea volvía a reptarle por el estómago. No era como un mareo; era un mareo. Había realizado la travesía a Inglaterra en el *Queen Elizabeth II* hacía un par de años, y una de las noches había sido tremenda. Lo que Mike recordaba con mayor claridad era estar tendido en la cama del camarote, siempre a punto de vomitar pero sin ser capaz de hacerlo. Y el hecho de que aquella sensación de vértigo y mareo empeoraba si mirabas hacia la puerta... una mesa... una silla... y todo se balanceaba... a derecha e izquierda... cloc cloc...

«Es culpa de Olin —pensó—. Esto es exactamente lo que quiere. Ha conseguido ponerte los nervios de punta, colega. Te ha tendido una trampa. Madre mía, cómo se reiría si te viera ahora...»

La idea se interrumpió en seco cuando Mike comprendió que, con toda probabilidad, Olin podía verlo. Miró atrás, hacia el ascensor, apenas consciente de que la leve náusea desaparecía en cuanto dejó de mirar la puerta. Encima y a la izquierda de los ascensores vio lo que esperaba, una cámara de circuito cerrado. Tal vez uno de los detectives del hotel lo estuviera observando en ese momento, y Mike apostaba algo a que Olin estaba con él y a que ambos se

estarían partiendo el pecho. «Eso lo enseñará a no venir haciendo el fantasma con su abogado», diría Olin. «Mírelo —respondería el de seguridad sin dejar de reír—. Está más blanco que un espectro, y eso que todavía no ha metido la llave en la cerradura. ¡Lo ha pillado, jefe! ¡Tocado y hundido!»

«Y una mierda —pensó Mike—. Pasé la noche en la casa de los Rilsby, dormí en la habitación donde habían sido asesinados al menos dos de ellos, y dormí bien, sí señor, se lo crea o no. Pasé una noche junto a la tumba de Jeffrey Dahmer y otra a dos lápidas de la de H. P. Lovecraft. Me cepillé los dientes junto a la bañera donde se supone que sir David Smythe ahogó a sus dos esposas. Hace mucho tiempo que los cuentos de miedo no me asustan, así que tampoco usted conseguirá asustarme.»

Volvió a mirar la puerta, que había regresado a su posición original. Lanzó un gruñido, introdujo la llave en la cerradura y la hizo girar. La puerta se abrió, y Mike cruzó el umbral. La puerta no se cerró lentamente a su espalda mientras buscaba a tientas el interruptor de la luz, sumiéndolo en las tinieblas, además de que las luces del bloque de enfrente iluminaban la estancia. Encontró el interruptor, y cuando lo pulsó, la luz del techo, encerrada en una colección de ornamentos colgantes de cristal, se encendió, al igual que la lámpara de pie situada junto al escritorio, en el otro extremo de la habitación.

La ventana se encontraba sobre el escritorio, de modo que alguien que se sentara ante él a escribir podía interrumpir su trabajo y asomarse para contemplar la calle Sesenta y uno... o saltar a la calle Sesenta y uno, si le daba la vena. Salvo que...

Mike dejó la bolsa de viaje junto a la puerta, cerró esta y pulsó de nuevo el botón de grabación. La lucecita roja se encendió.

—Según Olin, seis personas han saltado por la ventana que estoy mirando —dijo—, pero yo no tengo intención de precipitarme desde el piso 14... perdón, desde el piso 13 del hotel Dolphin. En la parte exterior hay una rejilla de hierro o acero. Más vale prevenir que curar. La 1408 es lo que podría denominarse una suite. La estancia donde me encuentro tiene dos sillas, un sofá, un escritorio, un armario que seguramente contiene el televisor y tal vez un minibar. La moqueta es anodina, nada que ver con la del despacho de Olin. Lo mismo puede decirse del papel pintado. Es... un momento...

En ese momento, el oyente escucha otro clic al pulsar Mike el botón de parada. Toda la narración posee la misma cualidad entrecortada, tan distinta de las alrededor de ciento cincuenta cintas que obran en poder de su agente literario. Además, su voz se torna cada vez más distraída; no es la voz de un hombre haciendo su trabajo, sino de una persona perpleja que empieza a hablar sola sin darse cuenta. La naturaleza elíptica de la cinta y la creciente distracción verbal se combinan de un modo que inquieta a casi todos los oyentes. Muchos piden no escuchar la grabación hasta el final. Las palabras escritas sobre papel no logran transmitir con fidelidad la convicción creciente de que uno está escuchando a un hombre perder, si no el juicio, sí el contacto con la realidad convencional, pero incluso las meras palabras sugieren que algo estaba sucediendo.

Lo que Mike advirtió en aquel momento fueron los cuadros de las paredes. Había tres. Una dama vestida a la moda de los años veinte de pie en una escalera, un velero pintado al estilo de Currier & Ives y un bodegón con frutas, manzanas, naranjas y plátanos pintados en un desagradable matiz amarillo anaranjado. Las tres pinturas estaban enmarcadas en cristal y torcidas. Mike estuvo a punto de mencionar ese detalle en la grabación, pero... ¿qué tenían de peculiar tres cuadros ladeados? Que una puerta estuviera torcida, vale, eso sí tenía cierto encanto a lo gabinete del doctor Caligari. Pero la puerta no estaba torcida; eran sus ojos los que le habían jugado una mala pasada.

La mujer de la escalera se inclinaba hacia la izquierda, al igual que el velero, que mostraba a unos marineros británicos con pantalones acampanados asomados a la baranda para contemplar un banco de peces voladores. La fruta naranja amarillenta, que a Mike le dio la impresión de haber sido pintada a la luz de un sol ecuatorial sofocante, un sol de desierto de Paul Bowles, se inclinaba hacia la derecha. Aunque por lo general no era puntilloso, recorrió la habitación para enderezarlos. Verlos torcidos le produjo de nuevo cierto mareo, lo que no le extrañó. Uno se volvía susceptible a esa sensación, lo había descubierto en el *Queen Elizabeth II*. Le habían contado que si uno perseveraba para superar ese período de susceptibilidad acentuada, por lo general se adaptaba... se acostumbraba al vaivén del barco, como solía decirse. Mike no había navegado lo suficiente para acostumbrarse ni pensaba hacerlo. Se conformaba con estar acostumbrado a la firmeza de la tierra, y si enderezar los tres cuadros de la anodina salita de la habitación 1408 le calmaba el estómago, mejor para él.

El cristal de los marcos estaba polvoriento. Deslizó dos dedos por el bodegón, dejando dos líneas paralelas. Era un polvo grasiento, resbaladizo. Como la seda justo antes de pudrirse, fue lo que se le ocurrió, pero no tenía intención de grabar eso en la cinta. ¿Cómo iba él a saber qué tacto tenía la seda justo antes de pudrirse? Era una idea de borracho.

Una vez enderezados los cuadros, retrocedió y los observó uno a uno. La mujer vestida de fiesta junto a la puerta que conducía al dormitorio; el navío surcando uno de los siete mares a la izquierda del escritorio; y por último, aquellas frutas repugnantes y mal pintadas al lado del armario del televisor. Parte de él esperaba que se hubieran vuelto a torcer o que se torcieran mientras los miraba, porque eso era lo que sucedía en películas como *House on Haunted Hill* y en los episodios antiguos de *La dimensión desconocida*, pero seguían rectos, tal como los había colocado. Claro que tampoco le habría parecido sobrenatural ni paranormal que se torcieran, porque sabía por experiencia que la reversión formaba parte de la naturaleza de los objetos. La gente que dejaba de fumar (se tocó el cigarrillo que llevaba tras la oreja sin darse cuenta) tenía ganas de seguir fumando, y los cuadros que estaban torcidos desde que Nixon era presidente tenían ganas de seguir estando torcidos. «Y llevan aquí mucho tiempo, de eso no cabe duda —pensó Mike—. Si los descolgara de la pared, vería una zona más clara en la pared. O quizá saldrían insectos, como cuando levantas una piedra.»

Aquella idea era repugnante, aterradora, y fue seguida de la vívida imagen

de unos bichos blancos y ciegos supurando del papel pintado pálido y hasta entonces protegido como pus viviente.

Mike levantó la minigrabadora, pulsó el botón de grabación y continuó.

—Desde luego, Olin ha desencadenado en mi cabeza todo un hilo de pensamientos... o más bien una cadena. Estaba empeñado en meterme el miedo en el cuerpo y lo ha conseguido. No pretendo...

¿Qué era lo que no pretendía? ¿Ser racista? Eso era absurdo, estaba confundiendo el tocino con la velocidad, el tocino no es *kosher*, qué tontería, no sabía por qué se le había ocurrido...

En ese momento, con voz clara y articulada a la perfección, Mike Enslin dice:

—Tengo que dominarme ahora mismo.

Y a ello sigue el clic del botón de parada.

Cerró los ojos y respiró hondo cuatro veces, aguantando cada vez la respiración durante cinco segundos antes de exhalar el aire. Nunca le había pasado nada semejante en las casas presuntamente encantadas, los cementerios presuntamente encantados ni los castillos presuntamente encantados. No era así como él imaginaba un lugar encantado. Más bien se sentía como si se hubiera metido drogas de bajísima calidad.

«Es culpa de Olin. Olin te ha hipnotizado, pero te vas a dominar. Vas a pasar la noche en esta habitación, y no solo porque es el mejor sitio que has visto en tu vida (dejando a un lado a Olin, estás a punto de conseguir la mejor historia de fantasmas de la década), sino sobre todo porque no permitirás que Olin te venza. Ni él ni su estúpida historia sobre las treinta personas que murieron aquí van a poder contigo. De las paridas ya te encargas tú, así que respira... inspira... espira. Inspira... espira. Inspira... espira.»

Continuó así durante unos noventa segundos y al abrir los ojos se encontraba bien. Los cuadros de la pared seguían rectos. Las fruta del bodegón seguían siendo de color naranja amarillento y más feas que nunca. Fruta del desierto, seguro. Si le hincabas el diente, sin duda te entraba una diarrea de órdago.

Pulsó el botón de grabación. El ojo rojo se encendió.

—He sentido un poco de vértigo —dijo mientras atravesaba la habitación hasta el escritorio y la ventana con su rejilla protectora—. Puede que sea la resaca del machaque de Olin, pero casi me ha parecido notar una presencia. —No sentía nada, pero una vez grabadas esas palabras en la cinta, podía escribir lo que le viniera en gana—. El aire está un poco enrarecido. No mohoso ni maloliente. Olin dice que airean la habitación en cada repaso, pero los repasos son rápidos y... sí, está enrarecido. Vaya, mira esto.

Sobre el escritorio había un cenicero, uno de esos pequeños de cristal que se ven en todos los hoteles del mundo. Contenía un sobre de cerillas sobre el que se veía una imagen del hotel Dolphin. En la puerta se veía a un sonriente portero ataviado con un uniforme anticuado, de esos con hombreras doradas de flecos y una gorra que habría encajado a la perfección en un bar de homosexuales, concretamente en la cabeza de un motero ataviado solo con un par de anillos

vibradores de pene. Por la Quinta Avenida pasaban coches de otra época, Packards, Hudsons, Studebakers y Chryslers New Yorker con fisonomía de tiburón.

—Las cerillas del cenicero tienen aspecto de ser de 1955 más o menos — grabó Mike al tiempo que se las guardaba en el bolsillo de su camisa hawaiana de la suerte—. Me las quedo como recuerdo. Y ahora ha llegado el momento de respirar un poco de aire fresco.

Se oye un golpe cuando deja la minigrabadora, con toda probabilidad sobre el escritorio. Luego un silencio seguido de sonidos vagos y un par de gruñidos. A continuación otro silencio y por fin un chirrido.

—Lo conseguí —dice un poco apartado del micrófono—. Lo conseguí — repite en voz más alta—. La mitad inferior no quiere abrirse... es como si estuviera clavada... pero la mitad superior se ha abierto bien. Oigo el tráfico de la Quinta Avenida, y los cláxones me tranquilizan. Alguien toca el saxo, quizá delante del Plaza, que está en la acera de enfrente, a unas dos manzanas al sur. Me recuerda a mi hermano.

Mike se detuvo en seco y se quedó mirando el ojo rojo, que parecía mirarlo con expresión acusadora. ¿Su hermano? Su hermano estaba muerto, otro soldado caído en las guerras del tabaco. Pero enseguida se calmó. ¿Y qué? Él libraba las guerras de los fantasmas, de las que Michael Enslin siempre salía victorioso, mientras que Donald Enslin...

—En realidad, mi hermano fue devorado por los lobos un invierno en la autopista de Connecticut —exclamó con una carcajada antes de pulsar de nuevo el botón de parada.

La cinta contiene más texto, un poco más, pero esa es la última frase coherente... es decir, la última frase a la que puede adscribirse un significado claro.

Mike giró sobre sus talones y contempló los cuadros. Seguían colgados muy rectos, como buenos cuadros. Pero esa naturaleza muerta... ¡joder, qué fea era!

Pulsó el botón de grabación y pronunció dos palabras, «naranjas humeantes». Luego apagó de nuevo la minigrabadora y cruzó la estancia hasta la puerta del dormitorio. Se detuvo junto a la dama ataviada con traje de noche y sumergió la mano en la oscuridad, buscando a tientas el interruptor de la luz. Por un instante fugaz percibió algo

(como piel muerta)

raro en el papel pintado contra la palma de la mano antes de que sus dedos rozaran el interruptor. El dormitorio quedó bañado en la luz amarilla procedente de otro de esos apliques de techo sepultados entre chucherías de vidrio colgantes. La cama era de matrimonio y aparecía oculta por una colcha de color amarillo anaranjado.

—¿Por qué oculta? —preguntó Mike a la minigrabadora antes de detenerla.

Entró en el dormitorio, fascinado por el desierto humeante de la colcha, por las protuberancias tumorosas de las almohadas colocadas debajo. ¿Dormir

allí? ¡Ni hablar del peluquín! Sería como dormir dentro de esa maldita naturaleza muerta, como dormir en esa espantosa habitación a la Paul Bowles que no llega a verse bien, una habitación para ingleses lunáticos expatriados y ciegos a causa de la sífilis, sorprendiendo mientras se tiraban a sus madres en una versión cinematográfica protagonizada por Laurence Harvey o Jeremy Irons, en fin, uno de esos actores a los que asociamos automáticamente a actos antinaturales...

Mike pulsó el botón de grabación y al ver el ojo rojo exclamó:

—¡Orfeo en el círculo de Orfeo!

Tras detener la grabadora se acercó a la cama. La colcha relucía con su brillo amarillo anaranjado. El papel pintado, tal vez color crema a la luz del día, reflejaba el matiz del cobertor. A cada lado del lecho había una pequeña mesilla de noche. Sobre una de ellas se encontraba el teléfono, un aparato negro, voluminoso y con dial. Los orificios para los dedos parecían ojos blancos abiertos con expresión sorprendida. Sobre la otra mesilla había un platillo con una ciruela.

—No es una ciruela de verdad; es de plástico —comentó Mike a la grabadora.

Sobre la cama yacía la carta del servicio de habitaciones. Mike avanzó a lo largo de la cama, procurando no tocar ni esta ni la pared, y cogió la carta. Intentó no tocar tampoco el cobertor, pero las yemas de sus dedos lo rozaron, arrancándole un gemido. Tenía una textura espeluznantemente suave. Aun así, cogió la carta. Estaba en francés, y si bien llevaba muchos años sin estudiar esa lengua, uno de los platos del desayuno parecía ser pajarillos asados en salsa de mierda. «Al menos eso suena a algo que los franceses serían capaces de comer», pensó con una carcajada ausente y lunática.

Cerró los ojos un instante y volvió a abrirlos.

Ahora la carta estaba en ruso.

Cerró los ojos y volvió a abrirlos.

Ahora la carta estaba en italiano.

Cerró los ojos y volvió a abrirlos.

Ahora no había ninguna carta, sino un grabado en el que un niño pequeño miraba horrorizado de reojo al lobo que acababa de comerse su pierna izquierda hasta la altura de la rodilla. El lobo tenía las orejas pegadas al cráneo y parecía un terrier con su juguete favorito.

«No estoy viendo eso», pensó Mike. Y por supuesto, estaba en lo cierto. Sin cerrar los ojos empezó a ver pulcros renglones de palabras escritas en inglés que formaban succulentas sugerencias para el desayuno. Huevos, gofres, frutas rojas. Nada de pajarillos asados en salsa de mierda. Pero aun así...

Se volvió y muy despacio salió del estrecho hueco que separaba la cama de la pared, un espacio que ahora se le antojaba angosto como una tumba. El corazón le latía con tal violencia que lo sentía en el cuello y en las muñecas además del pecho. Los ojos le palpitaban en las órbitas. Algo espantoso pasaba en la 1408, desde luego que sí, algo absolutamente sobrecogedor. Olin había comentado algo relacionado con gas tóxico, y así se sentía Mike, como si lo

hubieran gaseado u obligado a fumar hierba muy potente mezclada con insecticida. Por supuesto, todo era obra de Olin, a buen seguro con la risueña ayuda del personal de seguridad. Había bombeado su gas tóxico especial por las rejillas de ventilación. Que no viera ninguna rejilla de ventilación no significaba que no existieran.

Mike miró a su alrededor con los ojos muy abiertos por el miedo. No había ninguna ciruela sobre la mesilla de noche izquierda, ni tampoco ningún platillo. La mesilla estaba desnuda. Se volvió y echó a andar hacia la puerta de la salita, pero de pronto se detuvo. Había un cuadro colgado de la pared. No estaba del todo seguro... a decir verdad, en su estado no estaba seguro ni de su nombre, pero tenía la impresión de que no estaba allí cuando entró. Era una naturaleza muerta en la que se veía una sola ciruela sobre un platillo de hojalata en el centro de una vieja mesa. La luz que iluminaba la ciruela y el plato era de un febril amarillo anaranjado.

«Luz de tango —pensó—. La clase de luz que hace a los muertos levantarse de sus tumbas y ponerse a bailar el tango. La clase de luz...»

—Tengo que salir de aquí —murmuró al tiempo que salía disparado del dormitorio.

Se dio cuenta de que sus zapatos empezaban a emitir extraños sonidos, como si el suelo se hubiera ablandado.

Los cuadros del salón volvían a estar ladeados, y se habían producido otros cambios. La dama de la escalera se había bajado el corpiño del vestido, dejando los pechos al descubierto y sosteniéndose uno con la mano. De cada pezón brotaba una gota de sangre. Miraba de hito en hito a Mike con una sonrisa feroz que mostraba una dentadura afilada de caníbal. Junto a la barandilla del velero, los marineros habían dado paso a una hilera de hombres y mujeres muy pálidos. El último hombre de la izquierda, el más cercano a la proa, llevaba un traje de lana marrón y sostenía un bombín en la mano. Tenía el cabello engominado sobre la frente y con raya en medio. Mike sabía su nombre. Era Kevin O'Malley, el primer ocupante de aquella habitación, un vendedor de máquinas de coser que había saltado por la ventana en octubre de 1910. A la derecha de O'Malley estaban las demás personas muertas en la habitación, todas ellas con la misma expresión vacua y petrificada pintada en los ojos. Aquella expresión les confería un aspecto similar, como si fueran miembros de la misma familia endogámica y profundamente retrasada.

En el cuadro donde antes estuviera la fruta, ahora se veía una cabeza humana cortada. Las mejillas hundidas, los labios flácidos, los ojos vidriosos y vueltos hacia arriba, y el cigarrillo encajado tras la oreja derecha irradiaban luz amarilla anaranjada.

Mike corrió hacia la puerta, los zapatos emitiendo aquel chapoteo y adheriéndose un poco a cada paso. Por supuesto, la puerta no se abría. La cadena no estaba puesta y el cerrojo descorrido apuntaba hacia arriba como un reloj que diera las seis, pero la puerta no se abría.

Con respiración rápida y entrecortada, Mike dio la espalda a la puerta y vadeó... esa era la sensación que le producía, por la habitación hasta el

escritorio. Veía las cortinas de la ventana que había abierto agitarse indolentes, pero no percibía aire fresco en el rostro. Era como si la habitación lo engullera. Aún oía los cláxones en la Quinta Avenida, pero parecían llegar desde muy lejos. ¿Todavía se oía el saxo? En tal caso, la habitación le había arrebatado toda dulzura y melodía, dejando solo un sonido monótono y penetrante, como el viento soplando a través de un orificio en la garganta de un muerto o una botella llena de dedos amputados o...

«Basta», se ordenó a sí mismo, pero ya no podía hablar. El corazón le martilleaba a un ritmo vertiginoso. Si se le seguía acelerando el pulso, le estallaría en el pecho. La minigrabadora, compañera fiel en tantas «expediciones de campo», había desaparecido de su mano. La había dejado en alguna parte. Si la había dejado en el dormitorio, probablemente ya no estaría; la habitación se la habría tragado. Una vez digerida, quedaría insertada en uno de los cuadros.

Jadeando como un corredor al final de una larga carrera, Mike se llevó la mano al pecho como si con ello pretendiera tranquilizar su corazón desbocado. Lo que tocó en el bolsillo izquierdo de la llamativa camisa que llevaba era el contorno de la grabadora. El contacto de algo sólido y conocido lo apaciguó un poco, lo hizo volver un poco en sí. Se percató de que estaba tarareando algo... y de que la habitación le respondía con otro tarareo, como si tras el repugnantemente suave papel pintado se ocultaran cientos de bocas. Sentía tales náuseas que tenía la sensación de que su estómago se balanceaba en una suerte de hamaca grasienta. El aire le golpeaba los oídos en coágulos blandos y sofocantes como un caramelo de café con leche reblandecido.

Pero se había recobrado un poco, lo bastante para estar seguro de una cosa, y era de que debía pedir ayuda antes de que fuera demasiado tarde. Imaginarse a Olin esbozando una sonrisita desdeñosa (aunque en su estilo respetuoso de director de hotel neoyorquino) y diciéndole que «se lo había advertido» no lo molestaba, y la posibilidad de que el propio Olin hubiera inducido tan extrañas percepciones y ese temor cervical que sentía mediante sustancias químicas se había borrado de su mente. La responsable era la habitación. La maldita habitación.

Quería alargar el brazo hacia el anticuado teléfono, gemelo del que había en el dormitorio, y levantar el auricular, pero en cambio vio que su brazo descendía hacia la mesa en enloquecedora cámara lenta, tan parecido al brazo de un submarinista que casi esperaba verlo rodeado de burbujas.

Cerró los dedos en torno al auricular y lo levantó. La otra mano se extendió tan despacio como la primera y marcó el 0. Al llevarse el auricular al oído oyó una serie de chasquidos mientras el dial volvía a su posición original. Sonaba igual que *La ruleta de la fortuna*, ¿quiere hacerla girar o resolver el acertijo? Recuerda que si intenta resolver el acertijo y falla, será abandonado en la nieve junto a la autopista de Connecticut, donde los lobos lo devorarán.

No oyó ningún tono, sino una voz brusca que empezó a hablar sin más.

—¡Esto es el nueve! ¡El nueve! ¡Esto es el nueve! ¡El nueve! ¡Esto es el diez! ¡El diez! ¡Hemos matado a tus amigos! ¡Todos tus amigos han muerto! ¡Esto es el seis! ¡El seis!

Mike escuchaba con creciente espanto no por las palabras que pronunciaba la voz, sino por su tono rasposo y vacuo. No era una voz electrónica, pero tampoco humana. Era la voz de la habitación. La presencia que manaba de las paredes y del suelo, la presencia que le hablaba por teléfono, no se parecía en nada a ningún suceso espeluznante ni paranormal sobre el que hubiera leído jamás. Ahí había algo totalmente sobrenatural.

«No, aún no ha llegado, pero se acerca. Está hambriento, y tú eres su cena.»

El teléfono se le escurrió entre los dedos flojos y se volvió. El auricular se balanceaba al final del cable como su estómago dentro de su cuerpo, y seguía oyendo la voz ronca brotando de la negrura:

—¡Dieciocho! ¡Esto es el dieciocho! ¡Ponte a cubierto cuando suene la sirena! ¡Esto es el cuatro! ¡Cuatro!

Sin darse cuenta, cogió el cigarrillo que llevaba encajado detrás de la oreja, se lo puso entre los labios y sacó del bolsillo derecho de la camisa el sobre de cerillas con el portero de librea anticuada, ajeno al hecho de que, por primera vez en nueve años, acababa de decidir que iba a fumarse un pitillo.

Ante sus ojos, la habitación empezó a derretirse.

Se estaba saliendo de las líneas y los ángulos rectos, pero no para formar curvas, sino extraños arcos moriscos que dañaban los ojos. La araña de cristal que pendía del centro del techo empezó a desmoronarse como un enorme escupitajo. Los cuadros se curvaron como parabrisas de coches antiguos. Detrás del cristal que protegía el cuadro colgado junto a la puerta del dormitorio, la mujer de los años veinte con los pezones ensangrentados y la sonrisa de dientes afilados giró sobre sus talones y corrió escaleras arriba con los movimientos espasmódicos de una vampiresa de película muda. El teléfono seguía chirriando y escupiendo, la voz convertida ahora en la cacofonía de una maquinilla de afeitar eléctrica que hubiera aprendido a hablar.

—¡Cinco! ¡Esto es el cinco! ¡No hagas caso de la sirena! ¡Aunque salgas de la habitación, nunca podrás salir de la habitación! ¡Ocho! ¡Esto es el ocho!

La puerta del dormitorio y la que daba al pasillo se desmoronaron hacia abajo al tiempo que se ensanchaban en el centro para transformarse en portales para seres de contornos demoníacos. La luz se tornaba más brillante y ardiente, bañando la estancia en ese fulgor amarillo anaranjado. Veía desgarrones en el papel pintado, poros negros que se convertían rápidamente en bocas. El suelo se combó en un arco cóncavo, y de pronto lo oyó acercarse, el morador de la habitación detrás de la habitación, la cosa de la pared, el dueño del zumbido cacofónico.

—¡Seis! —chilló el teléfono—. ¡Seis, esto es el seis, el puto SEIS!

Bajó la mirada hacia el sobre de cerillas que tenía en la mano, el que había sacado del cenicero del dormitorio. El estrafalario portero, los coches antiguos con sus enormes parrillas cromadas... y unas palabras en la parte inferior que llevaba mucho tiempo sin ver porque ahora las fabricaban con la tira abrasiva al dorso.

CERRAR TAPA ANTES DE ENCENDER.

Sin pensar en lo que hacía, porque ya no podía pensar, Mike Enslin arrancó una cerilla y al mismo tiempo dejó caer el cigarrillo que tenía en la boca. Encendió la cerilla y tocó con ella toda las demás. Oyó el característico silbido susurrado, percibió un penetrante olor a azufre que le taladró la cabeza como una nube de sales olorosas y vio la brillante llama colectiva. Y de nuevo sin pensar, Mike se acercó la llama a la pechera de la camisa. Era una prenda barata fabricada en Corea, Camboya o Borneo, ya vieja, que prendió de inmediato. Antes de que el fuego ascendiera hasta sus ojos y emborronara aún más la habitación, Mike lo vio con claridad, como un hombre que despierta de una pesadilla y se da cuenta de que la pesadilla lo envuelve.

Tenía la mente despejada, pues el azufre y el calor repentino que desprendía la camisa lo habían arrancado del trance, pero la habitación conservaba su demencial aspecto morisco. «Morisco» no era la palabra adecuada, ni de lejos, pero era la única capaz de captar siquiera remotamente lo que había sucedido allí... lo que seguía sucediendo. Se hallaba en una cueva medio derretida y descompuesta de curvaturas e inclinaciones alucinantes. La puerta del dormitorio se había transformado en la puerta de una cámara sepulcral. A su izquierda, donde antes estuviera el cuadro de la fruta, la pared se abombaba hacia él, reventando en largas grietas en forma de bocas y dando paso a un mundo del que algo se aproximaba. Mike Enslin oía su aliento líquido, ávido, y olía algo vivo y peligroso, algo parecido a la casa de los felinos en el...

El fuego le quemó el mentón y desterró todo pensamiento. El calor que ascendía desde la camisa en llamas lo acercó de nuevo al mundo, y cuando percibió el olor a frito de su vello al arder, Mike corrió de nuevo por la alfombra combada hacia la puerta del pasillo. De la pared manaba un zumbido como de insecto. La luz amarilla anaranjada se intensificaba por momentos, como si una mano hiciera girar el dial de un reostato invisible. Pero esta vez, cuando alargó la mano e hizo girar el pomo de la puerta, esta se abrió. Era como si la cosa que acechaba tras la pared abombada no quisiera saber nada del hombre envuelto en llamas; tal vez no le gustaba la carne cocida.

III

Una famosa canción de los años cincuenta considera que el amor domina el mundo, pero con toda probabilidad, es la casualidad la que corta el bacalao. Rugus Dearborn, que aquella noche se alojaba en la habitación 1414, cerca de los ascensores, era un comercial de la empresa de máquinas de coser Singer y había viajado desde Texas para negociar su ascenso a un puesto de ejecutivo. Fue así como, unos noventa años después de que el primer ocupante de la 1408 se precipitara al vacío desde la ventana, otro vendedor de máquinas de coser salvó la vida del hombre que había acudido al hotel para escribir sobre la habitación supuestamente maldita. O quizá se trate de una afirmación exagerada; tal vez Mike Enslin se habría salvado aun cuando nadie, en especial un tipo que se dirigía al expendedor de hielo, hubiera estado en el pasillo en aquel preciso instante. Pero que tu camisa sea pasto de las llamas no es ninguna

insignificancia, y a buen seguro habría sufrido quemaduras mucho más numerosas y graves de no ser por Dearborn, que pensó deprisa y actuó aún más rápido.

A decir verdad, Dearborn jamás llegó a recordar con exactitud qué ocurrió. Tejió un relato bastante coherente para los periódicos y las cámaras de televisión (la idea de convertirse en un héroe le gustaba mucho y, desde luego, resultó beneficiosa para sus aspiraciones profesionales) y recordaba con toda claridad haber visto un hombre en llamas salir de estampida al pasillo, pero a partir de ese instante todo era confuso. Pensar en ello era como intentar reconstruir los hechos acaecidos durante la borrachera más espectacular de tu vida.

De una cosa sí estaba seguro, aunque no se la contó a ningún periodista, porque carecía de sentido. Los gritos del hombre en llamas parecían aumentar de intensidad, como si fuera un equipo de música al que le estuvieran subiendo el volumen. Estaba allí, delante de Dearborn, y el timbre del grito no cambió en ningún momento, pero sí el volumen, como si aquel hombre fuera un objeto increíblemente ruidoso que acabara de llegar allí.

Dearborn corrió por el pasillo con el cubo lleno de hielo en la mano. El hombre en llamas («solo ardía su camisa, lo advertí enseguida», según relató a los periodistas) chocó contra la puerta de enfrente, rebotó, se tambaleó y cayó de rodillas. Fue entonces cuando Dearborn llegó junto a él. Apoyó el pie en el hombro quemado de la camisa para tenderlo sobre la moqueta del pasillo y vertió el contenido del cubo sobre su cuerpo.

Aquellos detalles permanecían borrosos en su memoria, pero aún los recordaba. Se percató de que la camisa en llamas parecía despedir demasiada luz, una intensa luz amarilla anaranjada que le recordó un viaje a Australia que había hecho con su hermano dos años antes. Habían alquilado un cuatro por cuatro para adentrarse en el Gran Desierto australiano (los escasos nativos lo llamaban el Gran Cabrón australiano, según descubrieron los hermanos Dearborn), un viaje alucinante, genial, pero algo sobrecogedor. Sobre todo ese peñasco en el medio, Ayers Rock. Habían llegado allí a la puesta de sol, y la luz que se reflejaba en sus caras humanoides era como aquella... ardiente y extraña... tan distinta a lo que uno describiría como luz natural...

Se dejó caer junto al hombre en llamas, convertido ahora en el hombre humeante, el hombre cubierto de cubitos de hielo, y le dio la vuelta para sofocar las llamas que lamían la espalda de la camisa. Fue entonces cuando comprobó que la piel del lado izquierdo de su cuello había adquirido un matiz rojo, burbujeante y humeante, y que el lóbulo de su oreja se había derretido en parte, pero por lo demás... por lo demás...

Dearborn alzó la mirada y tuvo la impresión... era una locura, pero tuvo la impresión de que la puerta de la habitación de la que acababa de salir el hombre estaba bañada en la luz ardiente de una puesta de sol australiana, la luz abrasadora de un lugar desierto donde podían morar cosas que ningún ser humano había visto. Era una luz espeluznante, al igual que el zumbido grave, como una tijera eléctrica intentando hablar a toda costa, pero también resultaba

fascinante. Se sentía arrastrado hacia ella, deseoso de averiguar qué ocultaba.

Tal vez Mike salvara a su vez la vida de Dearborn. Desde luego, advirtió que Dearborn se erguía, como si Mike ya no le interesara, y que su rostro estaba bañado en el fulgor palpitante de la luz procedente de la 1408. Más tarde recordaría aquel detalle mejor que el propio Dearborn, pero por supuesto, Rufe Dearborn no se había visto obligado a inmolarse para salvar el pellejo.

Mike agarró el dobladillo de los pantalones de Dearborn.

—No entre allí—advirtió con voz ronca por el humo—. Si entra no volverá a salir.

Dearborn se detuvo y contempló el rostro enrojecido y surcado de ampollas del hombre tendido sobre la moqueta.

—Está maldita —prosiguió Mike.

Y como si aquellas palabras fueran un talismán, la puerta de la 1408 se cerró de golpe, borrando la luz y ese terrible zumbido que casi parecía un lenguaje.

Rufus Dearborn, uno de los empleados más destacados de Máquinas de Coser Singer, corrió hacia los ascensores y activó la alarma de incendios.

IV

Hay una fotografía interesante de Mike Enslin en *Tratamiento de quemados: Enfoque diagnóstico*, cuya decimosexta edición apareció unos dieciséis meses después de la breve estancia de Mike en la habitación 1408 del hotel Dolphin. La imagen muestra tan solo su torso, pero es Mike, sin lugar a dudas. Se sabe por el cuadrado blanco situado en el lado izquierdo de su pecho. La piel que lo rodea es de color rojo intenso, con ampollas correspondientes a quemaduras de segundo grado en algunos puntos. El cuadrado blanco marca el bolsillo izquierdo de la camisa que llevaba aquella noche, la camisa de la suerte en cuyo bolsillo llevaba la minigrabadora.

La minigrabadora se derritió un poco en las esquinas, pero aún funciona, y la cinta que contenía sigue intacta. Lo que no está nada bien es la grabación en sí. Tras escucharla tres o cuatro veces, el agente de Mike, Sam Farrell, la guardó en su caja fuerte, intentando hacer caso omiso de la piel de gallina que cubría sus brazos escuálidos y bronceados. Farrell no siente ningún deseo de sacarla de allí y ponerla de nuevo ni para él, ni para sus amigos curiosos, algunos de los cuales matarían sin dudar por oírla. El mundo editorial de Nueva York es una comunidad reducida, y los rumores se propagan con rapidez.

No le gusta la voz de Mike en la cinta, no le gusta las cosas que dice («En realidad, mi hermano fue devorado por los lobos un invierno en la autopista de Connecticut...») ¿Qué coño significa eso?), y sobre todo, no le gustan los sonidos de fondo que se oyen, una especie de susurro gorgoteante que a veces suena a ropa dando vueltas en una lavadora con demasiado detergente y a veces como esas viejas maquinillas eléctricas para cortar el pelo... y a veces como una voz.

Mientras Mike seguía ingresado en el hospital, un hombre llamado Olin, el director del puto hotel, por el amor de Dios, fue a pedir a Sam Farrell que le

dejara escuchar la cinta. Farrell respondió que ni hablar, que hiciera el favor de largarse con viento fresco y de camino al tugurio donde trabajaba diera gracias a Dios por que Mike Enslin hubiera decidido no demandar ni al hotel ni a Olin por negligencia.

—Intenté convencerlo de que no entrara —murmuró Olin.

Como hombre que pasaba la mayor parte de la jornada laboral escuchando las quejas de viajeros cansados y clientes irascibles sobre todo lo humano y lo divino, desde las habitaciones hasta la selección de revistas en el quiosco, no se inmutó ante el enojo de Farrell.

—Hice cuanto estaba en mi mano. Si alguien pecó de negligencia aquella noche, señor Farrell, fue su cliente. No creía en nada. Una conducta muy insensata. Muy peligrosa. Tengo la sensación de que cambiará de actitud al respecto.

A pesar de la repugnancia que le causa la cinta, a Farrell le gustaría que Mike la escuchara, la validara, tal vez la utilizara como base para el lanzamiento de un nuevo libro. La peripecia de Mike da para un libro, Farrell lo sabe. No solo un capítulo ni un relato de cuarenta páginas, sino un libro entero, un libro capaz de vender más ejemplares que los tres libros de la serie *Diez noches* juntos. Y, por supuesto, no cree la afirmación de Mike, según la cual no solo ha dejado de escribir cuentos de fantasmas, sino de escribir en general. Los escritores dicen eso de vez en cuando. Los arrebatos ocasionales de *prima donna* forman parte de la esencia de un escritor.

En cuanto a Mike Enslin, ha tenido suerte dadas las circunstancias y lo sabe. Podría haber sufrido quemaduras mucho más graves. De no ser por el señor Dearborn y su cubo de hielo, podría haber acabado con veinte o treinta injertos de piel en lugar de solo cuatro. Aún tiene cicatrices en el cuello a pesar de los injertos, pero los médicos del Instituto de Quemados de Boston le aseguran que se irán desvaneciendo por sí solas. También sabe que las quemaduras, pese a dolerle mucho las primeras semanas y meses, fueron ineludibles. De no ser por las cerillas con las PALABRAS CERRAR TAPA ANTES DE ENCENDER escritas en la parte anterior, habría muerto en la 1408, y su final habría sido horripilante. Un forense tal vez habría dictaminado una embolia o un infarto, pero la causa real de la muerte habría sido mucho peor.

Muchísimo peor.

Asimismo, es afortunado por haber publicado tres libros de éxito sobre fantasmas y lugares encantados antes de topar con un lugar encantado de verdad, y también lo sabe. Puede que Sam Farrell no se crea que la carrera de Mike como escritor ha tocado a su fin, pero da igual, porque Mike está convencido por los dos. No es capaz ni de escribir una postal sin estremecerse de pies a cabeza y sentir unas profundas náuseas. En ocasiones, el mero hecho de ver un bolígrafo (o una grabadora) le hace pensar «Los cuadros estaban torcidos. Intenté enderezar los cuadros». No sabe qué significa esa idea. No recuerda los cuadros ni ninguna otra cosa de la 1408, y se alegra. Es una bendición. Últimamente anda mal de la tensión (los médicos le han comentado que las víctimas de quemaduras a menudo desarrollan problemas de hipertensión y lo medican),

tampoco está bien de la vista (el oftalmólogo le ha recomendado empezar a tomar medicación también para eso), a menudo le duele la espalda, tiene la próstata engrosada... pero puede convivir con todas esas molestias. Sabe que no es la primera persona en escapar de la 1408 sin escapar en realidad, pues Olin intentó decírselo, pero no es el fin del mundo. Al menos no recuerda nada. A veces tiene pesadillas, a menudo, de hecho... casi cada puta noche, pero casi nunca las recuerda al despertar. Todo queda en una sensación de contornos redondeados, como las esquinas derretidas de su minigrabadora. Ahora vive en Long Island, y cuando el tiempo lo permite da largos paseos por la playa. Lo más que se ha acercado a articular lo que recuerda acerca de los setenta y tantos extraños minutos pasados en la 1408 fue durante uno de esos paseos.

—Nunca ha sido humano —murmuró en voz quebrada—. Los fantasmas... Los fantasmas al menos fueron humanos alguna vez. Pero aquella cosa de la pared... Aquella cosa...

Puede que con el tiempo mejore, es lo que le cabe esperar y lo espera. Puede que el tiempo lo disipe, como se disiparán las cicatrices de su cuello. Pero entretanto duerme con la luz del dormitorio encendida, para saber de inmediato dónde está cuando despierta de la pesadilla. Ha quitado todos los teléfonos de la casa. En algún lugar justo debajo del último confín que abarca su mente consciente, tiene miedo de que al descolgar el auricular, un zumbido inhumano le grite:

—¡Esto es el nueve! ¡Nueve! ¡Hemos matado a tus amigos! ¡Todos tus amigos están muertos!

Y cuando el sol se pone en las tardes despejadas, corre todas las cortinas y baja todas las persianas de la casa, y se sienta como en un cuarto oscuro hasta que el reloj le indica que la luz, hasta el último destello en el horizonte, se ha apagado sin asomo de duda.

No soporta la luz del atardecer.

Ese amarillo anaranjado, tan parecido a la luz del desierto australiano.

MONTADO EN LA BALA(****)

Creo que he dicho todo lo que tenía que decir sobre este relato en el prólogo. En esencia se trata de mi versión de una historia que puede oírse en cualquier población pequeña. Y al igual que un relato mío más antiguo «The Woman in the Room», incluido en Night Shift, es un intento de hablar sobre los sentimientos que me embargaron ante la muerte inminente de mi madre. Llega un momento en la vida de casi todos en que debemos afrontar la muerte de nuestros seres queridos como una realidad... y por extensión, el hecho de nuestra propia muerte. Con toda probabilidad se trata del gran tema de la ficción de terror. No nos queda otro remedio que enfrentarnos a un misterio que solo puede entenderse con ayuda de una imaginación esperanzada.

Nunca le he contado esta historia a nadie y nunca había creído que lo haría, no porque temiera que no me creyeran, sino porque me daba vergüenza... y porque era mía. Siempre he pensado que contarla me degradaría a mí y el relato en sí, tornándolo más mezquino y mundano, un simple cuento de terror de campamento narrado antes de apagar las luces. Creo que también me asustaba la posibilidad de que, si la contaba, si la escuchaba con mis propios oídos, tal vez empezara a dudar de ella. Pero desde la muerte de mi madre tengo problemas para conciliar el sueño. Me adormezco y de repente vuelvo en mí con un sobresalto, temblando de pies a cabeza. Dejar encendida la luz de la mesilla ayuda, pero no tanto como cabría esperar. De noche acechan tantas sombras... ¿han reparado en ello alguna vez? Incluso con la luz encendida. Y las largas podrían pertenecer a cualquier cosa, la verdad.

A cualquier cosa.

Iba a tercero en la Universidad de Maine cuando la señora McCurdy me llamó por lo de mi madre. Mi padre había muerto cuando yo era demasiado pequeño para recordarlo, y no tenía hermanos, de modo que éramos Alan y Jean Parker solos contra el mundo. La señora McCurdy, que vivía en nuestra calle, llamó al piso que compartía con otros tres chicos. Había visto el número anotado en la pizarra magnética que mamá tenía en la puerta de la nevera.

—Un derrame cerebral —explicó con su arrastrado deje del Norte—. Fue en el restaurante. Pero no hace falta que vengas disparado. El médico dice que no ha sido muy grave. Está consciente y puede hablar.

—Sí, pero ¿dice cosas coherentes? —pregunté.

Intentaba hablar con voz serena, pero el corazón me latía con violencia y de repente hacía demasiado calor en el salón. Tenía el piso para mí solo; era miércoles, y mis compañeros estaban en clase todo el día.

—Sí, sí. Lo primero que hizo fue pedirme que te llamara, pero sin asustarte. Bastante sensato, ¿no?

—Sí.

Pero por supuesto que estaba asustado. Cuando alguien te llama y te dice que a tu madre se la han llevado del trabajo al hospital en ambulancia, ¿cómo no vas a asustarte?

—Dice que te quedes en la universidad y te concentres en los estudios hasta el fin de semana. Y que luego vengas si no tienes que estudiar demasiado.

«Ya —pensé—, y una porra.» Iba a quedarme en ese piso destartado que apestaba a cerveza mientras mi madre yacía en una cama de hospital a ciento y muchos kilómetros al sur, tal vez moribunda.

—Tu madre aún es joven —prosiguió la señora McCurdy—, pero estos últimos años ha engordado mucho y luego está lo de la hipertensión. Y el tabaco. Tendrá que dejar de fumar.

Pero yo no creía que lo hiciera, con derrame o sin, y estaba en lo cierto; a mi madre le encantaba fumar. Di las gracias a la señora McCurdy por llamar.

—Es lo primero que he hecho al llegar a casa —señaló—. Bueno, Alan, ¿cuándo vendrás? ¿El sábado?

Pero cierto matiz de su voz indicaba que sabía que no era así.

Por la ventana contemplé la magnífica tarde de otoño, el cielo muy azul de Nueva Inglaterra sobre los árboles que regalaban sus hojas amarillas a Mill Street. Luego consulté el reloj. Las tres y veinte. Estaba a punto de salir hacia el seminario de filosofía que empezaba a las cuatro cuando sonó el teléfono.

—No, no, por Dios, iré esta misma noche.

La señora McCurdy lanzó una carcajada seca y algo ronca. Menuda era ella para hablar de dejar de fumar; ella y sus inseparables Winston.

—¡Buen chico! Irás derecho al hospital antes de ir a casa, ¿no?

—Supongo —repuse.

No tenía sentido explicarle a la señora McCurdy que algo le pasaba a la transmisión de mi viejo coche y que de momento no iba a moverse de donde estaba. Haría autoestop hasta Lewiston y luego hasta nuestra casita de Harlow si no era demasiado tarde. Si lo era, dormiría en una de las salas de espera del hospital. No sería la primera vez que iba en autoestop desde la universidad hasta casa. Ni que dormía sentado con la cabeza apoyada contra una máquina expendedora de Coca-Cola.

—Me aseguraré de que la llave esté bajo la carretilla roja —prometió—. Ya sabes dónde, ¿no?

—Sí.

Mi madre tenía una vieja carretilla roja junto a la puerta del cobertizo, y en verano resplandecía rebosante de flores. Por alguna razón, pensar en ello me hizo asimilar de golpe la noticia que acababa de darme la señora McCurdy. Mi madre estaba en el hospital, la casita de Harlow donde había crecido estaría a oscuras aquella noche, porque no habría nadie para encender las luces en cuanto oscureciera. La señora McCurdy ya podía decir que aún era joven, pero cuando uno solo tiene veintiún años, cuarenta y ocho parecen una eternidad.

—Conduce con cuidado, Alan, y no corras.

Por supuesto, mi velocidad dependía del conductor que tuviera a bien llevarme, y personalmente esperaba que condujera como alma que lleva el diablo. No veía el momento de llegar al hospital de Maine Central. Pero no tenía sentido inquietar a la señora McCurdy.

—No se preocupe, y gracias.

—De nada —contestó ella—. Tu madre se pondrá bien y estará encantada de verte.

Colgué el teléfono, garabateé una nota para explicar lo que había pasado y adónde iba. En ella pedía a Hector Passmore, el más responsable de mis compañeros de piso, que llamara a mi tutor y le pidiera que avisara a mis profesores para que no me jorobaran por hacer novillos, ya que dos o tres de ellos se ponían como una moto. Luego embuté una muda en mi mochila, añadí mi gastado ejemplar de *Introducción a la filosofía* y salí. La semana siguiente dejé ese curso a pesar de que se me daba bastante bien. Aquella noche, mi forma de ver el mundo cambió, cambió mucho, y ningún pasaje de mi manual de

filosofía parecía encajar en los cambios. Comprendí que hay cosas debajo... eso, debajo... y que ningún libro puede explicarlas. Estoy convencido de que a veces es mejor olvidar qué son esas cosas. Si puedes, claro.

Ciento ochenta kilómetros separan la Universidad de Maine, en Orono, de Lewiston, en el condado de Androscoggin, y el camino más corto es la interestatal 95. Pero la autopista no es el mejor lugar para hacer autoestop, porque la policía estatal es capaz de parar a cualquier persona que les parezca rara, y si el mismo poli te pilla dos veces, tienes todos los números para que encima te ponga una multa. Así pues opté por la carretera 68, que se dirige sinuosa hacia el sudoeste desde Bangor. Es una carretera bastante transitada, y si no tienes pinta de psicópata, por lo general te llevan. Además, la poli casi siempre te deja en paz.

La primera persona que me llevó era un agente de seguros taciturno que me dejó en Newport. Tras esperar unos veinte minutos en el cruce de la carretera 68 y la 2, un señor entrado en años que se dirigía a Bowdoinham paró para llevarme. No dejaba de rascarse el paquete como si intentara agarrar algo suelto que correteara por allí dentro.

—Mi mujer siempre me decía que acabaría en la cuneta con un cuchillo clavado si seguía llevando a autoestopistas —me confió—, pero cuando veo a un chico joven de pie junto a la carretera, siempre me acuerdo de mis tiempos mozos. Yo también hacía autoestop a menudo. Y ya ves, lleva cuatro años muerta, y yo sigo en la brecha, conduciendo el mismo viejo Dodge. La echo muchísimo de menos —aseguró rascándose de nuevo la entrepierna—. ¿Adónde te diriges, hijo?

Le conté que iba a Lewiston y la razón de mi visita.

—Es terrible —exclamé—. Tu pobre madre, lo siento mucho.

Su compasión era tan intensa y espontánea que me hizo aflorar lágrimas a los ojos. Parpadeé con fuerza para contenerlas. Lo último que quería en el mundo era romper a llorar en el coche de aquel anciano, que traqueteaba, se agitaba y olía mucho a meados.

—La señora McCurdy... la señora que me llamó, dice que no está tan grave. Mi madre aún es joven; solo tiene cuarenta y ocho años.

—¡Pero un derrame! —insistió el hombre con sincera consternación.

De nuevo se llevó la mano grande y huesuda de anciano a la entrepierna holgada de sus pantalones verdes.

—¡Un derrame siempre es grave! Mira, hijo, te llevaría hasta la puerta del hospital si no hubiera prometido a mi hermano Ralph que lo acompañaría a la residencia geriátrica de Gates. Su mujer está allí, tiene esa enfermedad que te lo hace olvidar todo, no me acuerdo cómo se llama... Anderson, Álvarez o algo así...

—Alzheimer —lo ayudé.

—Eso. Seguro que yo también la estoy pillando. Joder, estoy tentado de llevarte de todos modos.

—No hace falta —aseguré—. Seguro que en Gates no me costará encontrar a quien me lleve.

—¡Pero tu madre! ¡Un derrame a los cuarenta y ocho! —Otra rascada de pelotas—. ¡Putos pantalones!

De repente soltó una carcajada entre divertida y desesperada.

—¡Vaya mierda! Si vives lo suficiente, hijo, todo tu engranaje empieza a fallar. Al final, Dios te da por el culo, te lo digo yo. Pero eres un buen chico por dejarlo todo e ir a verla.

—Ella también es una buena madre —señalé mientras las lágrimas volvían a escocerme en los ojos.

No había sentido añoranza al irme a la universidad... bueno, solo un poco la primera semana, pero en ese momento sí la sentí. Solo quedábamos ella y yo, sin otros parientes próximos. No podía imaginarme la vida sin ella. Según la señora McCurdy, no había sido muy grave. Un derrame, eso sí, pero no demasiado grave. Más le valía haber dicho la verdad, pensé, más le valía.

Permanecimos en silencio durante un rato. No avanzábamos con toda la rapidez que habría querido, porque el anciano no pasaba de los setenta por hora y a veces traspasaba la línea blanca para probar un poco el carril contrario, pero era un trayecto largo, lo cual estaba muy bien. La carretera 68 se extendía ante nosotros, serpenteando entre kilómetros y kilómetros de bosque y cruzando pueblos que aparecían y desaparecían al cabo de un instante, cada uno de ellos con su bar y su gasolinera. New Sharon, Ophelia, West Ophelia, Ganistan (que hasta poco antes se había llamado Afghanistan, extraño, pero cierto), Mechanic Falls, Castle View, Castle Rock... El azul radiante del cielo fue amortiguándose a medida que acababa el día; el anciano encendió primero las luces de posición y luego los faros. De hecho puso las largas, pero no parecía darse cuenta, ni siquiera cuando los vehículos que iban en sentido contrario se lo advertían con ráfagas de sus propias largas.

—Mi cuñada ya no recuerda ni su nombre —comentó de repente—. No se acuerda de nada de nada. Eso es lo que te hace esa enfermedad de Anderson, hijo. Tiene una expresión... como si dijera «Que alguien me saque de aquí»... o como si fuera a decirlo si se le ocurrieran las palabras necesarias. ¿Sabes a qué me refiero?

—Sí—asentí.

Respiré hondo y me pregunté si la orina que olía era del hombre o si tal vez tenía perro y de vez en cuando lo llevaba en el coche. También me pregunté si se ofendería si bajaba un poco la ventanilla. Por fin decidí hacerlo. No pareció darse cuenta, como no se daba cuenta de que los coches del carril contrario le hacían largas.

Hacia las ocho llegamos a la cima de una cuesta en West Gates.

—¡Mira, hijo! ¡La luna! Qué maravilla, ¿verdad?

Era una maravilla, en efecto, una enorme bola anaranjada surgiendo del horizonte. Sin embargo, también me pareció que tenía algo espeluznante, como si estuviera preñada e infectada. Al contemplar la luna naciente, de repente me asaltó una idea espantosa. ¿Y si al llegar al hospital mamá no me reconocía? ¿Y

si su memoria se había fundido por completo y ya no se acordaba de nada de nada? ¿Y si el médico me decía que necesitaría a alguien que cuidara de ella el resto de su vida? Ese alguien tendría que ser yo, por supuesto, porque no había nadie más. Adiós a la universidad. ¿Qué les parece, amigos y vecinos?

—¡Pide un deseo, muchacho! —exclamó el anciano.

Con la emoción, su voz se tornó penetrante, desagradable, como tener fragmentos de vidrio metidos en las orejas. Volvió a rascarse el paquete con especial entusiasmo, y se oyó un chasquido. Me parecía imposible que alguien se rascara con semejante vigor sin arrancarse las pelotas de cuajo a pesar de los pantalones.

—Los deseos que se piden a la luna llena de otoño siempre se cumplen, decía mi padre.

Así que pedí que mi madre me reconociera cuando entrara en su habitación, que sus ojos se iluminaran nada más verme y que pronunciara mi nombre. Pedí el deseo y de inmediato deseé poder retirarlo. Se me antojaba que nada bueno podía resultar de un deseo pedido a esa febril luz anaranjada.

—¡Ay, hijo! —suspiró el anciano—. ¡Cómo me gustaría que mi mujer estuviera aquí! Le pediría perdón por cada palabra desagradable que le hubiera dicho.

Al cabo de veinte minutos, con la última luz del día aún en el cielo y la luna todavía baja e hinchada, llegamos a Gates Falls. Hay un semáforo parpadeante en ámbar en el cruce de la carretera 68 y Pleasant Street. Justo antes de alcanzarlo, el anciano viró hacia un lado, y la rueda delantera derecha del Dodge se encaramó al bordillo antes de volver a chocar contra la calzada. Los dientes me castañetearon. El viejo me miró con una expresión desafiante, enloquecida. Todo él poseía esa cualidad enloquecida, aunque no me había dado cuenta hasta entonces, todo él daba sensación de fragmentos de vidrio, y todo cuanto que brotaba de su boca era una exclamación.

—¡Te llevo! ¡Sí, señor! ¡A la porra con Ralph! ¡Que le den! ¡Te llevo!

Quería llegar junto a mi madre, pero la perspectiva de pasar otros veinte minutos envuelto en olor a meados y con los otros coches haciéndonos largas no resultaba muy halagüeña. Como tampoco lo era la imagen del anciano haciendo eses por los cuatro carriles de Lisbon Street. Pero lo peor era él mismo. No me sentía con ánimos de aguantar otros treinta kilómetros viéndolo rascarse el paquete y gritando con esa voz de vidrio roto.

—No, de verdad, da igual. Vaya con su hermano.

Abrí la portezuela, y en ese momento sucedió lo que había temido. El hombre me asió el brazo con su garra nudosa de anciano. Era la mano con la que se rascaba los huevos.

—¡Venga, ámate! —insistió con voz ronca y confidencial mientras me clavaba los dedos en la carne junto a la axila—. ¡Te llevo hasta la puerta del hospital! ¡Sí señor! ¡No importa que no te conozca de nada ni tú a mí! ¡No importa nada de nada! ¡Te llevo... hasta la puerta!

—No hace falta, en serio —repliqué.

Y de repente me encontré combatiendo el impulso irresistible de salir

huyendo, de dejarle con mi camisa en la mano si hacía falta. Era como si se estuviera ahogando. Pensé que, en cuanto me moviera, me aferraría con más fuerza o incluso me agarraría por el cuello, pero no fue así. Aflojó la presión y por fin apartó la mano cuando saqué la pierna del coche. De pronto me pregunté, como solemos hacer cuando pasa un momento de pánico irracional, por qué me había asustado tanto. No era más que una forma de vida algo anciana basada en el carbono sentada en un ecosistema Dodge queapestaba a pis y decepcionada porque su oferta había sido rechazada. Tan solo un viejo al que le molestaban los pantalones. ¿Por qué narices me había asustado tanto?

—Gracias por llevarme y sobre todo por la oferta —dije—, pero puedo ir por allí —señalé Pleasant Street— y seguro que alguien para enseguida.

El anciano guardó silencio un instante y por fin asintió con un suspiro.

—Sí, es el mejor camino —asintió—. Pero no vayas hacia el centro, nadie quiere parar en el centro y arriesgarse a que le piten.

Tenía razón. Hacer autoestop en la ciudad, siquiera en una población pequeña como Gates Falls, era absurdo. Por lo visto el hombre tenía experiencia.

—¿Estás seguro, hijo? Ya sabes lo que dicen del pájaro en mano.

De nuevo vacilé. También tenía razón en lo del pájaro en mano.

Pleasant Street se convertía en Ridge Road a un kilómetro y medio al oeste del semáforo, y Ridge Road atravesaba unos veinticinco kilómetros de bosque hasta llegar a la carretera 196 en las afueras de Lewiston. Casi era noche cerrada, y siempre resulta más difícil que te lleven de noche, porque cuando los faros te alumbran en una carretera rural, pareces un fugado del correccional masculino Wyndham aunque vayas peinado y lleves la camisa bien puesta. Pero no quería seguir con el anciano. Aun ahora, a salvo fuera de su coche, me embargaba la sensación de que había algo sobrecogedor en él, si bien tal vez no se debiera más que a su forma de hablar en exclamaciones. Además, siempre había tenido mucha suerte con el autoestop.

—Estoy seguro —asentí—. Y gracias otra vez, de verdad.

—De nada, muchacho, de nada. Mi mujer...

Se detuvo en seco, y vi que las lágrimas afloraban a sus ojos. Le di de nuevo las gracias y cerré la puerta de golpe sin darle ocasión a que añadiera nada más.

Crucé la calle a toda prisa mientras mi sombra aparecía y desaparecía a la luz del semáforo parpadeante. Una vez en el otro lado miré atrás. El Dodge seguía allí, aparcado junto a Frutas y Refrescos Frank. A la luz del semáforo y la farola que se alzaba a unos siete metros del coche, vi al hombre encorvado sobre el volante. Me asaltó la idea de que había muerto, de que lo había matado al rechazar su ayuda.

En aquel instante, otro vehículo dobló la esquina, y el conductor le hizo largas al Dodge. El anciano quitó las suyas, y así supe que seguía con vida. Al cabo de un instante puso el Dodge en marcha y desapareció a poca velocidad por la esquina. Lo seguí con la mirada hasta que se perdió de vista y luego contemplé la luna. Ya empezaba a perder la hinchazón anaranjada, pero todavía tenía algo siniestro. Se me ocurrió que nunca había oído hablar de la tradición de

pedir un deseo a la luna. Al lucero de la tarde, sí, pero no a la luna. De nuevo deseé poder retirar el deseo que había pedido; mientras caía la noche en aquel cruce de carreteras, era demasiado fácil recordar aquella historia de la garra del mono.

Eché a andar por Pleasant Street con el pulgar extendido, pero los coches pasaban de largo sin aminorar la velocidad siquiera. En el primer tramo vi tiendas y casas a ambos lados de la carretera, pero más tarde se acabó la acera, y los árboles volvieron a apoderarse del lugar. Cada vez que la vía quedaba bañada en la luz de algún coche, alargando mi sombra hacia delante, me volvía, extendía el pulgar y esbozaba lo que esperaba que fuera una sonrisa tranquilizadora. Y cada vez el coche en cuestión pasaba junto a mí como una exhalación.

—¡Búscate un trabajo, desgraciado! —llegó a increparme uno con una carcajada.

No me asusta la oscuridad, o al menos no me asustaba por entonces, pero empecé a pensar que quizá había cometido un error al no aceptar la oferta del anciano de llevarme derecho al hospital. Podría haber escrito un rótulo que dijera NECESITO IR AL HOSPITAL, MADRE ENFERMA antes de ponerme en marcha, pero dudaba de que hubiera servido de algo. A fin de cuentas, cualquier psicópata puede escribir un rótulo.

Seguí caminando, las zapatillas deportivas crujiendo sobre la tierra salpicada de grava que cubría la cuneta, oyendo los sonidos de la noche que comenzaba. Un perro a lo lejos, un búho mucho más cerca, el suspiro del viento que se levantaba. El cielo aparecía iluminado de luna, pero no la veía desde donde estaba, porque los árboles eran demasiado altos y la ocultaban por el momento.

Cuanto más me alejaba de Gates Falls, menos coches veía. Mi decisión de no aceptar el ofrecimiento del anciano se me antojaba más estúpida a cada minuto. Empecé a imaginar a mi madre tendido en la cama del hospital, la boca torcida en una mueca congelada, perdiendo la vida, pero intentando aferrarse a su esencia cada vez más resbaladiza por mí, sin saber que yo no llegaría a tiempo por la absurda razón de que no me gustaba la voz estridente de un viejo o el olor a meados de su coche.

Llegué a la cima de una cuesta bastante empinada y quedé inmerso de nuevo en la luz de la luna. A mi derecha, los árboles habían dado paso a un pequeño cementerio rural. Las lápidas relucían a la luz pálida. Junto a una de ellas se agazapaba algo pequeño y negro. Me acerqué un poco, impulsado por la curiosidad. La cosa negra se movió y se convirtió en un pájaro carpintero que me lanzó una mirada de reproche con sus ojos rojos antes de desaparecer entre la hierba alta. De pronto reparé en que estaba muy cansado, exhausto. Había estado adrenalínico perdido desde que la señora McCurdy llamara hacía cinco horas, pero ya no podía más. Ese era el aspecto negativo. El positivo era que aquella sensación frenética desapareció como por ensalmo, al menos de momento. Había tomado una decisión, optando por Ridge Road en lugar de la carretera 68, y no tenía sentido flagelarme por ello. Se acabó lo que se daba, decía a veces mi

madre. Soltaba muchos de esos aforismos zen que casi tenían sentido. En cualquier caso, la frase me tranquilizó un tanto. Si al llegar al hospital descubriría que había muerto, pues qué se le iba a hacer. Lo más probable era que siguiera viva. El médico había dicho que no estaba muy grave, según la señora McCurdy. La señora McCurdy también había dicho que aún era joven. Un poco pasada de peso, eso sí, y fumadora empedernida para más inri, pero joven todavía.

Por mi parte, ahí estaba yo, en medio de la nada y cansadísimo, como si me hubieran sumergido los pies en cemento.

Limitaba el cementerio un muro bajo de piedra con una abertura por la que se veía un sendero de dos rodadas. Me senté sobre el muro con los pies apoyados sobre una de las rodadas; en aquella posición veía un buen tramo de Ridge Road. En cuanto viera unos faros en dirección oeste, es decir, hacia Lewiston, podía volver junto a la carretera y extender el pulgar. Hasta entonces me quedaría sentado con la mochila sobre el regazo para recuperar fuerza en las piernas.

Una fina y reluciente bruma surgía de la hierba. Los árboles que rodeaban el cementerio por tres flancos se agitaban a la brisa. Desde el otro lado del cementerio llegaba el sonido de agua y el croar ocasional de una rana. Era un lugar hermoso y extrañamente pacífico, como una ilustración en un libro de poemas románticos.

Miré en ambas direcciones. Nada, ni un triste brillo en el horizonte. Dejé la mochila en la rodada donde tenía apoyados los pies, me levanté y entré en el cementerio. El viento me apartó un mechón de cabello que me había invadido la frente. La niebla revoloteaba perezosa alrededor de mis zapatos. Las lápidas más próximas al muro eran antiguas, y bastantes habían caído al suelo. Las más alejadas eran mucho más recientes. Me incliné con las manos apoyadas sobre las rodillas para contemplar una rodeada de flores casi frescas. A la luz de luna resultaba fácil leer el nombre: GEORGE STAUB. Debajo se veían las fechas que marcaban la breve vida de George. 19 de enero de 1977, a un lado, 12 de octubre de 1998, al otro. Ello explicaba las flores que apenas habían empezado a marchitarse. El 12 de octubre había sido dos días antes, y desde 1998 solo habían transcurrido dos años. Los amigos y parientes de George habían ido a presentarle sus respetos. Bajo el nombre y las fechas vi otra cosa, una breve inscripción. Me incliné más para leerla...

... retrocedí dando un traspié, aterrorizado y de repente muy consciente de que estaba completamente solo, visitando un cementerio a la luz de la luna.

SE ACABÓ LO QUE SE DABA

decía la inscripción.

Mi madre estaba muerta, había muerto quizá en ese preciso instante, y algo me había enviado aquel mensaje. Algo con un sentido del humor de lo más desagradable.

Me retiré lentamente hacia la carretera, oyendo el viento entre los árboles,

el gorgoteo del agua, el croar de la rana, temeroso de oír en cualquier momento otro sonido, un remover de tierra, de raíces desgarradas mientras algo no del todo muerto se alzaba para agarrar una de mis zapatillas...

Tropecé con mis propios pies y caí al suelo, golpeándome el codo contra una lápida y casi rozando otra con la cabeza. Aterricé con un golpe blando mientras miraba la luna, que acababa de asomar entre los árboles. Ahora era blanca en lugar de naranja, reluciente como un hueso pulimentado.

En lugar de asustarme más, la caída me despejó la mente. No sabía qué había visto, pero no podía ser lo que creía haber visto. Esas cosas pasaban en las películas de John Carpenter y Wes Craven, pero no en la vida real.

«Vale, muy bien —me susurró una vocecilla interior—. Y si te largas de aquí ahora mismo, puedes seguir creyéndotelo. Puedes seguir creyéndotelo hasta el fin de tus días.»

—A tomar por el culo —dije en voz alta.

Tenía el trasero de los vaqueros mojado, de modo que lo aparté de la piel con la mano. No me resultó precisamente fácil regresar junto a la lápida que marcaba la sepultura de George Staub, pero tampoco me costó tanto como esperaba. El viento seguía suspirando entre los árboles, cada vez más fuerte, augurando un cambio de tiempo. Las sombras danzaban vacilantes a mi alrededor. En el bosque, las ramas entrechocaban con múltiples crujidos. Me incliné hacia la lápida y leí:

GEORGE STAUB

19 DE ENERO DE 1977 - 12 DE OCTUBRE DE 1998

Tu vida fue un brevísimo trecho

Me quedé inmóvil, con las manos aún apoyadas sobre los muslos, justo encima de las rodillas, ajeno al martilleo de mi corazón hasta que empezó a serenarse. Una coincidencia absurda, nada más, y tampoco era de extrañar que hubiera leído mal lo que ponía bajo el nombre y las fechas. Aun sin estar cansado y tenso podría haberme equivocado; la luz de la luna era engañosa. Caso cerrado.

Pero en realidad, sabía muy bien lo que había leído. Se acabó lo que se daba.

Mi madre había muerto.

—A tomar por el culo —repetí.

Al girar sobre mis talones para marcharme observé que la bruma que se arremolinaba a mis pies se estaba tornando más brillante y entonces oí el sonido de un motor que se aproximaba. Llegaba un coche.

Atravesé deprisa la abertura del muro y recogí la mochila. Los faros del coche se encontraban a media cuesta. Extendí el pulgar en el instante en que me deslumbraron. Aun antes de que aminorara la velocidad, supe que el tipo pararía. Es curioso, pero a veces uno lo sabe; cualquier persona que haya pasado mucho tiempo haciendo dedo puede confirmarlo.

El coche pasó junto a mí con las luces de freno encendidas y viró hacia la

cuneta para detenerse casi al final del murito de piedra que separaba el cementerio de Ridge Road. Corrí hacia él con la mochila golpeándome la cara externa de la rodilla. Era un Mustang, uno de esos tan guapos de finales de los sesenta o principios de los setenta. El motor emitía un rugido poderoso, un sonido contundente brotando de un silenciador que tal vez no superara la siguiente inspección técnica... pero eso no era problema mío.

Abrí la portezuela y subí. Mientras me colocaba la mochila entre los pies percibí un olor que me resultaba casi familiar y un poco desagradable.

—Gracias —dije—. Muchas gracias.

El conductor lleva vaqueros desteñidos y una camiseta negra con las mangas cortadas. Era un tipo bronceado, musculoso, y en su bíceps derecho se veía un tatuaje azul en forma de alambre de espino. Sobre la cabeza lucía una gorra de granjero vuelta del revés. Cerca del cuello redondo de la camiseta llevaba prendida una chapa, pero desde donde me encontraba no podía leer lo que decía.

—De nada —repuso—. ¿Vas a la ciudad?

—Sí —asentí.

En aquel rincón del mundo, «la ciudad» significaba Lewiston, la única población de tamaño respetable al norte de Portland. Al cerrar la puerta vi uno de esos ambientadores en forma de abeto colgado del retrovisor. Eso era lo que había oído. Desde luego, no era mi noche en lo que a olores se refería. Primero orina y ahora abeto artificial. Pero en fin, un coche era un coche. Debería haberme sentido aliviado, y cuando el tipo aceleró para enfilarse de nuevo Ridge Road entre rugidos del enorme motor del viejo Mustang, intenté convencerme a mí mismo de que, en efecto, me sentía aliviado.

—¿Qué vas a hacer en la ciudad? —me preguntó el conductor.

Calculé que tendría más o menos mi edad, un chico de la zona que quizá iba a la escuela de formación profesional de Auburn o trabajaba en una de las pocas fábricas textiles que quedaban por allí. Probablemente se había arreglado el Mustang en su tiempo libre, porque eso era lo que hacían los chicos de pueblo. Bebían cerveza, fumaban maría de vez en cuando y arreglaban coches. O motos.

—Mi hermano se casa, y soy el padrino —mentí sin premeditación alguna.

No quería contarle lo de mi madre, aunque no sabía por qué. Algo raro pasaba allí. No sabía de qué se trataba ni por qué se me había ocurrido tal cosa, pero lo sabía. Estaba completamente seguro.

—Mañana es el ensayo general y luego la despedida de soltero.

—No me digas.

Se volvió hacia mí con una leve sonrisa pintada en aquel rostro apuesto de labios carnosos y ojos bastante separados.

—Sí.

Tenía miedo. Así, de repente, volvía a tener miedo. Algo pasaba, tal vez algo que había empezado cuando el vejistorio del Dodge me había instado a pedir un deseo a la luna infectada en lugar de a una estrella. O quizá en el

momento en que había cogido el teléfono y escuchado a la señora McCurdy anunciarme que tenía malas noticias, aunque podrían haber sido peores.

—Estupendo —comentó el muchacho de la gorra vuelta del revés—. Es genial que tu hermano se case, tío. ¿Cómo te llamas?

No tenía miedo; estaba aterrorizado. Todo andaba mal, absolutamente todo, y no sabía por qué ni cómo había podido suceder tan deprisa. Lo que sí sabía era que no quería revelar al tipo del Mustang mi nombre, al igual que no había querido revelarles qué se me había perdido en Lewiston. Claro que no llegaría a Lewiston. De pronto estaba seguro de que jamás volvería a ver Lewiston. Era como saber que el coche iba a parar antes incluso de que empezara a frenar. Y luego estaba el olor. También sabía algo respecto al olor. No era el ambientador, sino lo que este intentaba disimular.

—Hector —me presenté, dándole el nombre de mi compañero de piso—. Hector Passmore.

Las palabras brotaron de mi boca reseca con toda serenidad, lo cual me alegró. Algo en mi interior insistía en que no debía mostrar al conductor del Mustang mi convicción de que algo andaba mal. Era mi única oportunidad.

El joven se volvió un poco hacia mí, y entonces pude distinguir las palabras de la chapa: ME MONTÉ EN LA BALA EN THRILL VILLAGE, LACONIA. Conocía el lugar; había estado allí, aunque de eso hacía mucho.

También vi una gruesa línea negra que le rodeaba el cuello igual que el tatuaje en forma de alambre le rodeaba el bíceps, solo que esa línea no era un tatuaje. Docenas de marcas negras lo surcaban verticalmente. Eran los puntos de sutura que le había cosido la persona que había recolocado la cabeza sobre sus hombros.

—Encantado de conocerte, Hector —dijo—. Yo me llamo George Staub.

Tuve la sensación de que mi mano flotaba como en sueños. Deseé que fuera un sueño, pero no lo era. La realidad lo atravesaba todo con afilados cuchillos. El olor dominante era el que despedía el ambientador de pino, pero el otro pertenecía a una sustancia química, probablemente formol. Iba en coche con un muerto.

El Mustang avanzaba por Ridge Road a cien kilómetros por hora, en pos de sus luces largas bajo la luz de la luna bruñida. A ambos lados de la calzada, los árboles que la flanqueaban danzaban y se agitaban al viento. George Staub me sonrió mientras clavaba en mí su mirada vacía, me soltó la mano y volvió a concentrarse en la carretera. En el instituto había leído *Drácula*, y en aquel momento me acudió a la memoria una frase del libro, que rebotó en mi mente como una campana rota: «Los muertos conducen deprisa».

«Que no note que lo sé.» Esa frase también rebotaba en mi mente. No era mucho, pero no tenía nada más. «Que no note que lo sé, que no lo note.» Me pregunté dónde estaría el anciano. ¿A salvo con su hermano? ¿O bien estaba metido en el ajo desde el principio? ¿Iría siguiéndonos en su viejo Dodge, encorvado sobre el volante y rascándose el paquete? ¿Estaba muerto él también?

Probablemente no. Los muertos conducen deprisa, según Bram Stoker, y el anciano no había pasado de setenta por hora en ningún momento. Sentí que una carcajada enloquecida amenazaba con brotarme de la garganta y la contuve con todas mis fuerzas. Si me echaba a reír, él lo sabría. Y no debía saberlo, porque su ignorancia era mi única esperanza.

—No hay nada como una boda —comentó.

—Cierto —convine—. Todo el mundo debería casarse al menos dos veces.

Dije aquello apretando las manos entrelazadas, sintiendo las uñas clavármese justo encima de los nudillos, aunque era una sensación lejana. No podía enterarse de que lo sabía. Estábamos rodeados de bosques, iluminados tan solo por el fulgor desalmado de la luna blanca, y no podía hacerle notar que sabía que estaba muerto. Porque no era precisamente inofensivo como un fantasma. Uno puede llegar a ver un fantasma, pero ¿qué clase de ente va en coche y lleva a un autoestopista? ¿Qué clase de criatura era aquella? ¿Un zombi? ¿Un demonio necrófago? ¿Un vampiro? ¿Ninguno de los anteriores?

—¡Dos veces! —exclamó George Staub con una carcajada—. ¡Acabas de describir a toda mi familia!

—Y a la mía —añadí.

Hablaba con voz calmada, la voz de un autoestopista que pasaba el rato charlando despreocupado con la persona que lo llevaba en pago por el favor—. No hay nada como un funeral.

—Boda —me corrigió él en tono afable.

A la luz del salpicadero, su rostro aparecía cerúleo, el rostro de un cadáver antes de que lo maquillen. La gorra vuelta del revés resultaba especialmente horrible, porque te impulsaba a preguntarte qué quedaba debajo. Había leído en alguna parte que los embalsamadores serraban la parte superior del cráneo, sacaban el cerebro y lo sustituían por una bola de algodón tratada con productos químicos, tal vez para evitar que el rostro se desmoronara.

—Boda —repetí con los labios entumecidos, e incluso conseguí lanzar una risita—. Quería decir «boda».

—En mi opinión, siempre decimos lo que pretendemos decir —señaló el conductor sin dejar de sonreír.

Sí, Freud era del mismo parecer, lo había leído en clase de psicología. Dudaba de que aquel tipo supiera gran cosa de Freud; no creía que muchos estudiosos de Freud llevaran camisetas de mangas recortadas y gorras vueltas del revés, pero lo cierto era que sabía lo suficiente. Yo había dicho «funeral». Por el amor de Dios, había dicho «funeral». En ese instante se me ocurrió que el tipo estaba jugando conmigo. Yo no quería que supiera que sabía que estaba muerto, y él no quería que yo supiera que él sabía que yo sabía que estaba muerto. Así que yo no podía permitir que supiera que yo sabía que él sabía que...

Empecé a perder el mundo de vista. En cuestión de segundos, todo empezaría a darme vueltas y más vueltas, y me desmayaría. Cerré los ojos. En la oscuridad tras mis párpados, la imagen luminosa de la luna permanecía, adquiriendo un matiz verdoso.

—¿Te encuentras bien, tío? —me preguntó con preocupación sobrecogedora.

—Sí—aseguré al tiempo que abría los ojos.

Las cosas habían dejado de moverse. El dolor de las uñas clavadas en el dorso de las manos era intenso y real. Y el olor. No solo a ambientador, no solo a formol, sino también a tierra.

—¿Estás seguro? —insistió.

—Solo estoy un poco cansado. Llevo muchas horas haciendo autoestop, y además a veces me mareo un poco en el coche. —De repente se me ocurrió una idea brillante—. ¿Sabes qué? Será mejor que me dejes aquí. En cuanto tome un poco el aire se me pasarán las náuseas. Seguro que alguien me lleva y...

—Imposible —atajó la criatura—. ¿Cómo voy a dejarte aquí? Estarías horas esperando antes de que pasara alguien, y aun entonces nadie te asegura que te llevara. Tengo que cuidar de ti. ¿Qué dice aquella canción? «Llévame a la iglesia a tiempo», ¿no? No pienso dejarte aquí en medio. Baja un poco la ventanilla, eso te irá bien. Sé que no huele muy bien que digamos aquí dentro. He colgado el ambientador, pero estos trastos son una mierda. Claro que algunos olores cuestan más de disimular que otros.

Quise alargar la mano para bajar la ventanilla y dejar entrar un poco de aire fresco, pero los músculos del brazo no me respondían. Lo único que podía hacer era quedarme allí sentado con las manos entrelazadas, clavándome las uñas en la piel. Mientras unos músculos no me respondían, los otros respondían con demasiada fuerza. Qué ironía.

—Es como aquella historia —prosiguió—. La del chaval que se compra un Cadillac casi nuevo por setecientos cincuenta dólares. La conoces, ¿no?

—Sí—mascullé con la boca muerta.

No conocía la historia, pero estaba seguro de que no quería escucharla, no quería escuchar ninguna historia de labios de aquel tipo.

—Es muy famosa.

Ante nosotros, la carretera daba saltos como en las películas antiguas en blanco y negro.

—Sí, muy famosa. El chaval quiere comprarse un coche y ve un Cadillac casi nuevo en el jardín de un tipo.

—He dicho que ya...

—Ya, bueno, y en la ventanilla hay un rótulo que dice EN VENTA.

Tenía un cigarrillo encajado detrás de la oreja. En aquel momento alargó la mano para cogerlo, y con el gesto se le subió la camisa. Vi otra línea negra surcada de puntos. Cuando se inclinó hacia delante para pulsar el botón del encendedor, la camisa volvió a su lugar.

—El chaval sabe que no puede permitirse un Cadillac, ni de lejos, vaya, pero le pica la curiosidad. Así que se acerca al tipo y le pregunta: «¿Cuánto cuesta?». Y el tipo apaga la manguera, porque estaba lavando el coche, ¿sabes? Y dice: «Chaval, hoy es tu día de suerte. Te lo llevas por setecientos cincuenta dólares».

El encendedor del coche saltó. Staub lo sacó de su nido y acercó la

resistencia al cigarrillo. Luego dio una calada, y vi hilillos de humo colarse entre los puntos que cerraban la incisión del cuello.

—El chaval mira por la ventanilla del conductor y ve que el cuentakilómetros señala solo veinticinco mil, así que se vuelve hacia el tipo y le dice: «Ya, y yo que me lo creo». Y el tipo dice: «Que va en serio, chaval, afloja la pasta y te lo llevas. Mira, hasta te acepto un cheque, que tienes cara de honrado». Y el chaval dice...

Miré por la ventana. La verdad es que sí conocía la historia, la había oído años antes, probablemente en el instituto. En la versión que conocía, el coche era un Thunderbird en lugar de un Cadillac, pero por lo demás, era igual. El chaval dice: «Tendré solo diecisiete años, pero no soy imbécil. Nadie vende un coche como este, sobre todo con tan pocos kilómetros, por setecientos cincuenta pavos». Y el tipo le dice que lo vende tan barato porque el coche huele, imposible librarse del olor, lo ha intentado una y otra vez pero no hay manera. Resulta que el tipo había estado de viaje de negocios, un viaje bastante largo, al menos...

—... dos semanas —estaba diciendo el conductor con la sonrisa de quien cuenta un chiste que le hace partirse el culo—. Y cuando vuelve, se encuentra el coche en el garaje y la mujer dentro, muerta casi desde que él se fue. No sé si se suicidó o tuvo un infarto o qué, pero estaba toda hinchada, y el coche olía fatal, y ahora lo único que quiere es venderlo. —Otra carcajada—. Menuda historia, ¿eh?

—¿Por qué no llamó a casa? —preguntó mi boca por iniciativa propia, porque mi cerebro estaba petrificado—. ¿Se va dos semanas de viaje de negocios y no llama ni una sola vez a casa para saber cómo está su mujer?

—Bueno... eso no viene al caso, ¿no te parece? —señaló el conductor—. Lo que mola es que es una ganga de la hostia. ¿Quién resistiría la tentación? A fin de cuentas, siempre puedes conducir con las putas ventanillas bajadas, ¿no? Además, no es más que una historia. Pura ficción. Se me ha ocurrido por la forma en que huele este coche.

Silencio. De repente pensé: «Está esperando a que diga algo, a que acabe con esta farsa». Y quería hacerlo. Realmente quería hacerlo, solo que... ¿y después? ¿Qué haría él?

Deslizó la yema del pulgar sobre la chapa que decía: ME MONTÉ EN LA BALA EN THRILL VILLAGE, LACONIA. Vi que tenía tierra bajo las uñas.

—Ahí he estado hoy —explicó—, en Thrill Village. He hecho un trabajo para un tío, y me ha dado un pase para todo el día. Mi novia iba a acompañarme, pero me llamó para decirme que estaba enferma, a veces lo pasa fatal con la regla, se pone malísima. Es una putada, pero siempre me digo que, en fin, no queda otro remedio, ¿no? Si no le viniera la regla, estaría jodido. Los dos estaríamos jodidos. —Lanzó una risita desprovista de humor—. Así que he ido solo. Habría sido una pena desperdiciar el pase. ¿Has estado alguna vez en Thrill Village?

—Sí —asentí.

Una vez, a los doce años.

—¿Con quién fuiste? —inquirió—. No irías solo, ¿verdad? Con doce años...

Eso no se lo había dicho, ¿verdad? No. Estaba jugando conmigo, como un gato con una lagartija. Consideré la posibilidad de abrir la puerta y saltar del coche, precipitarme a la noche e intentar protegerme la cabeza antes de estrellarme, pero sabía que él me lo impediría si lo intentaba. Además, no podía levantar los brazos; lo único que podía hacer era seguir apretando las manos.

—No —repuse—. Fui con mi padre. Me llevó mi padre.

—¿Te montaste en la Bala? Yo subí cuatro veces. ¡Joder, tío, se pone boca abajo!

Me miró y soltó otra de esas carcajadas ladradas. La luz de la luna nadaba en sus ojos, convirtiéndolos en círculos blancos, como ojos de estatua. Y entonces comprendía que estaba más que muerto; estaba loco.

—¿Te montaste, Alan?

Me planteé decirle que se había equivocado de nombre, que me llamaba Hector, pero ¿para qué? Estábamos llegando al final.

—Sí —susurré.

No se veía una sola luz aparte de la luna. Los árboles pasaban como exhalaciones, como bailarines espontáneos en un pícnic cristiano. La carretera desaparecía bajo el coche. Eché un vistazo al cuentakilómetros y vi que íbamos a ciento veinte. Estábamos montados en la Bala, él y yo. Los muertos conducen deprisa.

—Sí, me monté en la Bala.

—No —negó él.

Dio otra chupada al cigarrillo, y de nuevo vi los hilillos de humo colarse por la incisión suturada de su cuello.

—No te montaste. Y menos con tu padre. Te pusiste a hacer cola, eso sí, pero estabas con tu madre. La cola era larga, porque la cola de la Bala siempre es larga, y ella no quería pasarse horas allí aguantando la solana. Ya entonces estaba gorda y le fastidiaba el calor. Pero tú la chinchaste todo el santo día, la chinchaste y la chinchaste, y aquí viene lo bueno, tío, que cuando por fin te tocó, te acojonaste, ¿verdad?

Guardé silencio. Tenía la lengua pegada al paladar.

De repente extendió la mano, piel amarillenta a la luz del salpicadero del Mustang, uñas mugrientas, y aferró mis manos entrelazadas. La fuerza con que las atrapaba me abandonó al contacto, y se separaron como un nudo que se deshace con el toque de la varita mágica del prestidigitador. Tenía la piel fría y lisa, como una serpiente.

—¿Verdad?

—Sí —admití en voz igual de baja que antes—. Cuando me acerqué y vi lo alta que era... cómo se ponía boca abajo al llegar arriba y cómo gritaba la gente... me acojoné. Mi madre me dio un bofetón y no me habló durante todo el trayecto de vuelta. No llegué a montar en la Bala.

Al menos hasta ese momento.

—Pues deberías haber subido, tío, es la mejor atracción, es la hostia. No

hay nada mejor, al menos allí. De camino a casa paré a comprar unas cervezas junto a la frontera del estado. Quería pasar por casa de mi novia y regalarle la chapa en plan de broma.

Dio un golpecito a la chapa que llevaba, bajó la ventanilla y arrojó el cigarrillo a la noche ventosa.

—Solo que ya te imaginas lo que pasó.

Por supuesto. Pasó lo que pasa en todas las historias de fantasmas, que se estrelló con el Mustang, y la policía lo encontró muerto entre los hierros retorcidos, con el cuerpo al volante y la cabeza en el asiento trasero, la gorra vuelta del revés y los ojos inánimes fijos en el techo, y desde entonces se le ve en Ridge Road cuando hay luna llena y hace viento, uuuuuuhh, volveremos después de la publicidad. Ahora sé algo que entonces ignoraba, y es que las peores historias son las que llevas escuchando toda la vida. Esas son las auténticas pesadillas.

—No hay nada como un funeral —exclamó con una carcajada—. ¿No es eso lo que has dicho? Vaya desliz, Al. No cabe duda. Desliz, patinazo y consiguiente batacazo.

—Déjame bajar—murmuré—. Por favor.

—Bueno... —suspiró él, volviéndose de nuevo hacia mí—, tendremos que hablar de ello, ¿no te parece? ¿Sabes quién soy, Alan?

—Eres un fantasma —repuse.

El conductor lanzó un resoplido impaciente, y, a la luz del cuentakilómetros, su boca se curvó hacia abajo.

—Vamos, tío, esfuérzate un poco más. El puto Casper es un fantasma. ¿Acaso floto por el aire? ¿Puedes ver a través de mí?

Levantó una mano y la abrió y cerró delante de mis narices. Oí el crujido de sus tendones sin lubricar.

Intenté decir algo, no sé qué, y la verdad es que ni importa, porque no conseguí articular palabra.

—Soy un mensajero —anunció Staub—. Una especie de UPS de ultratumba, ¿te mola? De hecho, los tipos como yo aparecen a menudo, cuando se dan las circunstancias propicias. ¿Sabes lo que creo? Que a quienquiera que lleve el cotarro, Dios o quien sea, le debe ir la marcha. Siempre quiere saber si te conformarás con lo que ya tienes o si intentarás conseguir más. Pero tiene que ser el momento adecuado. Y esta noche lo es. Tú aquí solo... tu madre enferma... esperando a que alguien te lleve...

—Si me hubiera quedado con el viejo, nada de esto habría pasado, ¿verdad? —aventuré—. ¿Verdad?

Ahora percibía con toda claridad el hedor de Staub, el olor acre a sustancias químicas y la fragancia menos penetrante y más dulzona de la carne descompuesta. Me pregunté cómo podía no haberme dado cuenta hasta entonces, cómo podía haber tomado ese olor por otra cosa.

—Nunca se sabe —replicó Staub—. Puede que ese viejo del que hablas también estuviera muerto.

Recordé la voz estridente del viejo, el chasquido de sus pantalones. No,

no estaba muerto, y yo había cambiado el olor a meados de su Dodge por algo mucho peor.

—Pero en cualquier caso, colega, no tenemos tiempo de hablar de eso. Dentro de ocho kilómetros empezaremos a ver las primeras casas, y tres más allá llegaremos al término municipal de Lewiston. Lo cual significa que tienes que decidir ahora.

—¿Decidir qué? —pregunté, aunque creía saberlo.

—Quién se monta en la Bala y quién no. Tú o tu madre.

De nuevo me miró con aquellos ojos ahogados en luna. Su sonrisa se ensanchó, y comprobé que le faltaban casi todos los dientes a causa del accidente. Acarició el volante.

—Voy a llevarme a uno de vosotros, tío, y puesto que tú estás aquí, puedes escoger. ¿Qué me dices?

A mis labios afloró la frase «estarás de guasa», pero ¿qué sentido tenía decir algo así? Por supuesto que no estaba de guasa. Hablaba muy en serio.

Pensé en todos los años que Alan y Jean Parker habían pasado juntos y solos contra el mundo. Muchos buenos momentos y bastantes muy malos. Rodilleras en los pantalones y estofados para cenar. Casi todos los demás críos disponían de veinticinco centavos a la semana para comprarse el almuerzo caliente, pero yo siempre llevaba un bocadillo de crema de cacahuete o una loncha de mortadela embutida en pan seco, como los chiquillos de aquellos absurdos cuentos de chiquillos pobres que hacen fortuna. Su trabajo en Dios sabía cuántos restaurantes y bares para mantenernos. La vez en que se tomó el día libre para hablar con el tipo de AM, vestida con su mejor traje chaqueta, él sentado en la mecedora de nuestra cocina, también ataviado con traje, la carpeta en el regazo y un bolígrafo gordo y reluciente en la mano. La vi contestando a las preguntas embarazosas e insultantes con una sonrisa helada en el rostro, incluso ofreciéndole más café, porque si él presentaba el informe apropiado, ella cobraría otros cincuenta pavos al mes, cincuenta míseros pavos. Tumbada en la cama en cuanto el hombre se fue, llorando, y cuando entré para sentarme junto a ella intentó sonreír y dijo que las siglas AM no significaban Ayuda al Menor, sino Astutos Mamones. Me eché a reír, y ella también, porque no quedaba más remedio, ya lo sabíamos. Cuando solo estabais tú y tu obesa madre fumadora contra el mundo, la risa era a menudo la única forma de sobrevivir sin perder la cabeza y dar puñetazos a la pared. Pero no solo era eso. Para la gente como nosotros, gente insignificante que se arrastraba por el mundo como un ratón de dibujos animados, reírse a veces de los cabrones era la única venganza posible. La recordaba en todos aquellos empleos, haciendo horas extras, vendándose los tobillos cuando se le hinchaban y guardando las propinas en un frasco con la etiqueta PARA LOS ESTUDIOS DE ALAN, igual que en esos absurdos cuentos de chiquillos pobres que hacen fortuna, repitiéndome una y otra vez que debía esforzarme mucho, que quizá otros niños podían permitirse el lujo de colgarse en la escuela, pero que yo no podía, porque por mucho que ella guardara todas las propinas hasta el día del Juicio Final, no sería suficiente. Mis estudios dependerían de becas y créditos de estudiante, y tenía que estudiar, porque era la

única salida para mí... y para ella. Así pues, me había esforzado mucho, de verdad que sí, porque no era ciego. Veía lo gorda que estaba, veía cuánto fumaba (era su único placer, su único vicio, si se quiere considerar desde ese prisma), y sabía que algún día nuestros papeles se invertirían, y sería yo quien cuidaría de ella. Con una carrera universitaria y un buen trabajo, tal vez pudiera hacerlo. Quería hacerlo. Quería a mi madre. Tenía muy mala leche y una lengua viperina (el día en que hicimos cola para montar en la Bala y luego me acojoné no fue la primera vez que me gritó y me dio un bofetón), pero a pesar de todo la quería. En parte, precisamente por eso. La quería cuando me pegaba tanto como cuando me besaba. ¿Lo comprenden? Yo no, pero no pasa nada. No creo posible resumir vidas ni explicar familias, y nosotros éramos una familia, la familia más pequeña, un secreto compartido. De preguntarme alguien, habría respondido que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por ella. Y eso era precisamente lo que se me pedía en ese momento. Que muriera por ella, en su lugar, a pesar de que ella ya había llegado al ecuador de su vida o incluso más, mientras que yo apenas había emprendido la mía.

—¿Qué me dices, Al? —insistió George Staub—. El tiempo apremia.

—No puedo decidir algo así —repuse con voz ronca mientras la luna navegaba sobre la carretera, rauda y brillante—. Es injusto.

—Lo sé, y te aseguro que todos opinan lo mismo —comentó antes de continuar en voz más baja—: Pero te diré una cosa... Si no has tomado una decisión cuando lleguemos a las primeras casas, tendré que llevarme a los dos.

Frunció el entrecejo y al cabo de un instante volvió a sonreír, como si acabara de recordar que había buenas noticias además de malas.

—Claro que en ese caso podríais ir juntos en el asiento trasero y hablar de los viejos tiempos.

—¿Adónde?

No contestó. Tal vez no lo sabía.

Los árboles pasaban como tinta negra. Los faros seguían su trayecto inexorable y la carretera seguía desapareciendo. Tenía veintiún años. No era virgen, pero solo había estado con una chica una vez, y estaba tan borracho que apenas me acordaba. Había mil lugares a los que quería viajar. Los Angeles, Tahití, tal vez Luckenbach, Texas, y mil cosas que quería hacer. Mi madre tenía cuarenta y ocho años, y eso era mucho, joder. La señora McCurdy me había dicho lo contrario, pero la señora McCurdy también era vieja. Mi madre me había tratado bien, había trabajado como una esclava y cuidado de mí, pero ¿había elegido yo su vida? ¿Había pedido nacer y exigido que ella viviera por y para mí? Ella tenía cuarenta y ocho años. Yo, veintiuno. Como solía decirse, tenía toda la vida por delante. Pero ¿era así como debía considerarse la cuestión? ¿Con qué criterios debía tomarse semejante decisión? ¿Cómo podía tomarse semejante decisión?

Seguíamos avanzando entre los árboles. La luna seguía brillando como un ojo reluciente y mortal.

—Será mejor que te des prisa, tío —urgió George Staub—. Estamos a

punto de llegar a la civilización.

Abrí la boca e intenté hablar, pero de mi garganta no brotó más que un suspiro.

—Mira, ya lo tengo —anunció de pronto al tiempo que extendía el brazo hacia el asiento trasero.

La camisa volvió a levantársele, y de nuevo (la verdad es que podría habérmelo ahorrado) vi la línea suturada en su vientre. ¿Aún tendría las entrañas en su sitio o solo un relleno empapado en productos químicos? Su mano reapareció al cabo de un instante sosteniendo una lata de cerveza, seguramente de las que había comprado en aquella tienda de la frontera.

—Sé muy bien que a uno se le seca la boca en estas ocasiones —comentó—. Toma.

Me alargó la lata. La cogí, la abrí y bebí un largo trago. La cerveza me resbaló por la garganta fría y amarga. No he sido capaz de volver a beber cerveza desde entonces. No me entra, imposible. De hecho, apenas soporto ver anuncios de cerveza por la tele.

Ante nosotros, en la oscuridad ventosa, brilló una luz amarilla.

—Date prisa, Al, que se nos acaba el tiempo. La primera casa está en la cima de esta cuesta. Si tienes algo que decirme, más te vale decírmelo ya.

La luz desapareció y al cabo de un instante reapareció acompañada de otras. Eran ventanas. Tras ellas vivían personas corrientes que hacían cosas corrientes, como mirar la tele, dar de comer al gato o tal vez masturbarse en el baño.

Recordé de nuevo aquel día en Thrill Village, Jean y Alan Parker haciendo cola, una mujer corpulenta con manchas oscuras de sudor en los sobacos del vestido de verano, y su hijo. Mi madre no había querido hacer cola, Staub estaba en lo cierto... pero yo la había chinchado y chinchado, también estaba en lo cierto respecto a eso. Mi madre me abofeteó, pero también hizo cola conmigo. Hizo cola conmigo muchas veces, y lo recordaba todo al dedillo, todos los argumentos a favor y en contra, pero no era el momento de pensar en eso.

—Llévatela a ella —dije en voz alta y ronca cuando el Mustang pasó junto a las luces de la primera casa—. Llévatela a ella, llévate a mi madre, no a mí.

Arrojé la lata de cerveza al suelo del coche y me llevé las manos a la cara. En ese momento, Staub me tocó, tocó la pechera de mi camisa, buscando algo a tientas con los dedos, y de repente me asaltó con claridad meridiana la idea de que todo había sido una prueba, una prueba que no había superado, por lo que Staub me arrancaría el corazón del pecho, como un *djinn* de esos crueles cuentos árabes. Proferí un grito. En aquel momento, sus dedos me soltaron, como si hubiera cambiado de idea en el último momento, y alargó la mano hacia la puerta. Mi nariz y mis pulmones quedaron tan invadidos por el hedor a muerte que por un instante me convencí de que también yo había muerto. Entonces oí el chasquido de la puerta al abrirse, y una ráfaga de aire frío me azotó el rostro, disipando la pestilencia de la muerte.

—Dulces sueños, Al —me susurró Staub al oído antes de propinarme un

empujón.

Salí despedido hacia la ventosa oscuridad de octubre con los ojos cerrados, las manos alzadas y el cuerpo preparado para el tremendo choque que me esperaba. Quizá grité, pero no lo recuerdo.

El choque no llegó, y al cabo de una eternidad reparé en que ya estaba en el suelo, pues lo sentía bajo el cuerpo. Abrí los ojos y volví a cerrarlos de inmediato. La luna brillaba con luz cegadora. El destello me provocó una punzada de intenso dolor en la cabeza, pero no detrás de los ojos, donde suele instalarse el dolor tras mirar una luz inesperadamente fuerte, sino justo encima de la nuca. Me di cuenta de que tenía las piernas y el trasero fríos y mojados. No me importaba; estaba en el suelo, y eso era lo único que me importaba.

Me incorporé sobre los codos y abrí de nuevo los ojos, esta vez con más cuidado. Creo que ya sabía dónde estaba, y una mirada en derredor confirmó mis sospechas. Estaba tumbado boca arriba en el pequeño cementerio en la cima de aquella cuesta de Ridge Road. La luna se encontraba casi en su cénit, reluciente pero mucho más pequeña que hacía unos instantes. La niebla se había espesado y cubría el cementerio como un manto. Algunas lápidas asomaban por encima como islotes de piedra. Intenté levantarme, pero otra punzada de dolor me atravesó la nuca. Me llevé la mano a ella y noté un bulto mojado y pegajoso. Al mirarme los dedos a la luz de la luna los vi manchados de sangre que parecía negra.

Al segundo intento conseguí ponerme de pie y permanecí un momento quieto, aunque algo tambaleante entre las lápidas, con la niebla hasta las rodillas. Me volví y divisé la abertura en el muro de piedra, así como Ridge Road al otro lado. No veía la mochila porque la bruma la ocultaba, pero sabía que estaba allí. Si regresaba a la carretera por el surco izquierdo del sendero, la encontraría. De hecho, lo más probable era que tropezara con ella.

Así pues, esa era mi historia, bien envuelta y atada con un lazo. Me había parado a descansar en la cima de la cuesta, había entrado en el cementerio para echar un vistazo y al apartarme de la tumba de un tal George Staub, di un traspié, me caí y me golpeé la cabeza contra una lápida. ¿Cuánto tiempo había estado inconsciente? Carecía de experiencia suficiente para determinar el transcurso del tiempo por el cambio de posición de la luna, pero sin duda había pasado al menos una hora. Más que suficiente para tener un sueño en el que iba en coche con un muerto. ¿Qué muerto? George Staub, por supuesto, el nombre que había leído en la lápida justo antes de darme el porrazo. Era el típico final, ¿no? El clásico «Dios mío, qué pesadilla tan espantosa». ¿Y cuando llegara a Lewiston y descubriera que mi madre había muerto? Nada serio, solo una corazonada, la clase de historia que uno cuenta años más tarde, hacia el final de las fiestas, y al oírla la gente asiente pensativa y solemne, y algún idiota con coderas de cuero en la chaqueta de tweed dice que el Cielo y la Tierra encierran más cosas de lo que nuestra filosofía puede llegar a imaginar siquiera, y entonces...

—Entonces una mierda —refunfuñé mientras la niebla empezaba a levantarse muy despacio, como el vaho en un espejo empañado—. No pienso

hablar de esto nunca. Jamás en la vida, ni siquiera en mi lecho de muerte.

Pero todo había sucedido como lo recordaba, de eso estaba seguro. George Staub me había recogido en su Mustang, el viejo amigo de Ichabod Crane con la cabeza suturada sobre los hombros en lugar de encajada bajo el brazo, exigiéndome que eligiera. Y yo había elegido. Enfrentado a las luces de la primera casa, había regalado la vida de mi madre sin pestañear. Quizá fuera comprensible, pero eso no aliviaba en absoluto mis sentimientos de culpabilidad. Sin embargo, nadie tenía por qué saberlo, eso era lo bueno. Su muerte parecería natural... qué coño, sería natural, y así pensaba dejar las cosas.

Salí del cementerio por el surco izquierdo, y cuando mi pie chocó con la mochila, la recogí y me la puse. En aquel momento, unos faros aparecieron al pie de la cuesta como si alguien les hubiera dado la entrada. Extendí el pulgar, convencido por alguna extraña razón de que era el anciano del Dodge que había salido en mi busca, claro que sí, era el final redondo para la historia.

Pero no era el viejo, sino un granjero que mascaba tabaco en una camioneta Ford repleta de cestas de manzanas, un tipo normal y corriente, ni viejo ni muerto.

—¿Adónde vas, hijo? —preguntó, y cuando se lo dije, repuso—: Me va perfecto.

Apenas cuarenta minutos más tarde, a las nueve y veinte, detuvo la camioneta delante del hospital de Maine Central.

—Buena suerte, y que se mejore tu madre.

—Gracias —repuse al abrir la portezuela.

—Veo que estás nervioso, pero lo más probable es que se ponga bien. Deberías desinfectártelas —añadió, señalando mis manos.

Al mirármelas vi las medias lunas lívidas que surcaban los dorsos. Recordaba haberlas apretado muy fuerte, clavado las uñas sin poder contenerme. Y recordaba los ojos de Staub, inundados de luna como agua resplandeciente. «¿Te montaste en la Bala? —me había preguntado—. Yo me monté cuatro veces.»

—Muchacho... —dijo el granjero—, ¿estás bien?

—¿Eh?

—Estás temblando.

—Estoy bien —aseguré—. Gracias otra vez.

Cerré la portezuela de la camioneta y recorrí el amplio sendero junto a la hilera de sillas de ruedas aparcadas que relucían a la luz de la luna. Una vez dentro me dirigí al mostrador de información, recordándome que debía parecer sorprendido cuando me dijeran que había muerto, porque si no les parecería extraño... y quizá tan solo pensarían que estaba en estado de shock... o que no nos llevábamos bien... o...

Estaba tan absorto en aquellos pensamientos que al principio no capté lo que me decía la recepcionista y tuve que pedirle que me lo repitiera.

—Digo que está en la habitación 487, pero que no puede subir, porque el horario de visitas acaba a las nueve.

—Pero...

De repente me acometieron las náuseas y tuve que agarrarme al borde del mostrador. El vestíbulo estaba iluminado por fluorescentes, y a aquella luz fría e intensa, los cortes de mis manos resaltaban aún más, ocho pequeñas medias lunas violáceas, como sonrisas, junto a los nudillos. El hombre de la camioneta tenía razón; debía desinfectármelas.

La recepcionista me miraba con expresión paciente. La placa ante ella la identificaba como YVONNE EDERLE.

—Pero ¿está bien?

La mujer echó un vistazo a la pantalla del ordenador.

—Aquí pone «S», que significa satisfactorio. Y la cuarta planta es una planta de pacientes estables. Si hubiera empeorado, la habrían trasladado a la UCI, que está en la tercera. Estoy segura de que si vuelve usted mañana, verá que se encuentra bien. El horario de visitas empieza a las...

—Es mi madre —la interrumpí—. He venido en autoestop desde la Universidad de Maine para verla. ¿No podría subir aunque solo sea un momento?

—A veces se hacen excepciones con los familiares más cercanos —señaló con una sonrisa—. Espere un momento, a ver qué puedo hacer.

Cogió el teléfono, pulsó un par de teclas, sin duda para llamar al control de enfermería de la cuarta planta, y en los siguientes dos minutos realmente tuve la sensación de que era clarividente. Yvonne, la recepcionista, preguntaría si el hijo de Jean Parker, la paciente de la 487, podía subir un momentito, lo justo para darle un beso y ánimos a su madre, y la enfermera respondería: «Oh, Dios mío, la señora Parker ha muerto hace apenas un cuarto de hora, la hemos enviado al depósito y todavía no habíamos tenido ocasión de actualizar los datos en el ordenador, qué horror».

—¿Muriel? Soy Yvonne —dijo la recepcionista—. Tengo aquí a un joven que se llama... —me miró con las cejas enarcadas, y le di mi nombre—, Alan Parker. Es el hijo de Jean Parker, de la 487. Quiere saber si...

Se detuvo para escuchar. En el otro extremo de la línea, la enfermera de la cuarta planta le estaba anunciando sin duda la muerte de Jean Parker.

—De acuerdo —dijo por fin Yvonne—. Sí, lo entiendo —Guardó silencio un momento, con la mirada perdida, y por fin se apoyó el auricular contra el hombro—. Ha enviado a Anne Corrigan a la habitación de su madre para ver cómo está. Será un momento.

—Nunca acaba —sentencié.

—¿Cómo dice? —inquirió Yvonne con el entrecejo fruncido.

—Nada, nada —me apresuré a asegurar—. Ha sido una noche muy larga y...

—... y está preocupado por su madre, claro. Considero que es usted un hijo ejemplar al dejarlo todo y venir corriendo.

Sospeché que la opinión que le merecía a Yvonne Ederle sería muy distinta si hubiera oído la conversación que había sostenido con el joven del Mustang, pero por supuesto, no era así. Aquella conversación era un pequeño secreto entre George y yo.

Me pareció que pasaban horas enteras mientras esperaba a la luz de aquellos fluorescentes diáfanos a que la enfermera de la cuarta planta volviera a ponerse al teléfono. Yvonne tenía algunos papeles ante ella. Deslizó la pluma sobre uno de ellos, poniendo crucecitas muy pulcras junto a algunos de los nombres. De repente se me ocurrió que si existía el Ángel de la Muerte, sería como aquella mujer, un funcionario agobiado de trabajo con una mesa, un ordenador y demasiado papeleo. Yvonne mantenía el teléfono encajado entre la oreja y el hombro encogido. Por megafonía anunciaron que se requería la presencia del doctor Farquhar en radiología. En la cuarta planta, una enfermera llamada Anne Corrigan estaría mirando a mi madre muerta en su cama, con los ojos abiertos y el rictus provocado por el derrame por fin relajado.

Yvonne se irguió al oír la voz al otro lado de la línea.

—Muy bien —dijo tras escuchar unos instantes—. Entiendo... Sí, sí, lo haré, por supuesto. Gracias, Muriel.

Colgó el teléfono y me miró con expresión solemne.

—Muriel dice que puede subir, pero solo cinco minutos. Su madre ya ha tomado la medicación nocturna y está muy aturdida.

Me la quedé mirando con la boca abierta. La sonrisa de Yvonne mermó un tanto.

—¿Seguro que se encuentra bien, señor Parker?

—Sí, sí—asentí—. Supongo que me había imaginado...

La sonrisa reapareció en todo su esplendor y con un matiz comprensivo.

—A mucha gente le pasa —aseveró—. Es comprensible. Reciben una llamada inesperada, vienen corriendo... Es comprensible temer lo peor. Pero Muriel no le permitiría subir si su madre no estuviera bien, créame.

—Gracias, muchísimas gracias.

Me volví para alejarme del mostrador.

—Señor Parker —me llamó Yvonne—. Si ha venido desde la Universidad de Maine, o sea del norte, ¿puedo preguntarle por qué lleva esa chapa? Thrill Village está en New Hampshire, ¿no?

Bajé la mirada hacia la pechera de mi camisa y vi el botón prendido al bolsillo. ME MONTÉ EN LA BALA EN THRILL VILLAGE, LACONIA. Recordé que me había parecido que George pretendía arrancarme el corazón, pero ahora lo comprendía. Lo que había hecho era prenderme la chapa en la camisa antes de empujarme. Era su modo de marcarme, de hacer que nuestro encuentro fuera imposible de no creer. Las marcas de mis manos lo atestiguaban, al igual que la chapa. Me había obligado a elegir, y yo había elegido.

Así pues, ¿cómo era posible que mi madre siguiera viva?

—¿Esto? —reliqué mientras deslizaba la yema del pulgar sobre la chapa para pulirla un poco—. Es mi amuleto de la buena suerte.

Era una mentira tan espantosa que incluso poseía cierto esplendor.

—Me lo dieron cuando fui allí con mi madre hace mucho tiempo. Me llevó a la Bala.

Yvonne, la recepcionista, sonrió como si acabara de oír las palabras más

conmovedoras de su vida.

—Vaya a darle un beso y un abrazo —instó—. Verlo a usted la hará dormir mejor que todos los somníferos del mundo. Los ascensores están ahí, a la vuelta de la esquina —señaló.

Puesto que el horario de visitas había finalizado, yo era el único que esperaba el ascensor. A la izquierda, junto al quiosco cerrado, vi una papelera. Me quité la chapa, la tiré y me restregué las manos en el pantalón. Aún me las estaba frotando cuando llegó el ascensor. Entré en la cabina y pulsé el botón de la cuarta planta. El ascensor inició su ascenso. Sobre los botones había un cartel que anunciaba una campaña de donación de sangre para la semana siguiente. Al leerlo me asaltó una idea... aunque más que una idea, era una certeza. Mi madre estaba muriendo en ese mismo instante, mientras yo subía a su planta en aquel ascensor tan lento. Había elegido y por tanto sobre mí recaía la responsabilidad de encontrarla. Tenía todo el sentido del mundo.

Cuando se abrió la puerta del ascensor vi otro cartel en el que un dedo dibujado se apretaba contra unos labios también dibujados. Debajo se leía: NUESTROS PACIENTES AGRADECEN TU SILENCIO. Del ascensor partían sendos pasillos a izquierda y derecha. Las habitaciones impares se hallaban a la izquierda. Eché a andar en esa dirección con las zapatillas deportivas cada vez más pesadas. Al llegar a la 471 aminoré el paso y me detuve del todo entre la 481 y la 483. No podía hacerlo. Un sudor frío y pegajoso como jarabe medio congelado me resbalaba del cabello en pequeños regueros, y tenía el estómago encogido como un puño dentro de un guante. No, no podía hacerlo. Sería mejor dar media vuelta y escaquearme como el gallina que era. Haría autoestop hasta Harlow y llamaría a la señora McCurdy por la mañana. Sería más fácil enfrentarse a todo aquel asunto a la luz del día.

Cuando me disponía a volverme, una enfermera asomó la cabeza por la puerta de una habitación... la de mi madre.

—¿Señor Parker? —llamó en voz baja.

Por un instante me sentí tentado de negar mi identidad, pero al final decidí asentir.

—Entre, deprisa, que esto se acaba.

Eran las palabras que esperaba, pero aun así me acometió una oleada de terror, y las rodillas me flaquearon.

Al advertir mi expresión, la enfermera salió a mi encuentro entre un crujido de faldas almidonadas y con cara alarmada. La plaquita dorada que llevaba prendida en el pecho decía ANNE CORRIGAN.

—No, no, me refería al sedante... se está durmiendo. Dios mío, qué tonta soy. Está bien, señor Parker, le he dado el Ambien y está a punto de dormirse, nada más. No irá a desmayarse, ¿eh? —preguntó al tiempo que me asía el brazo.

—No —respondí sin saberlo a ciencia cierta.

Todo me daba vueltas y me zumbaban los oídos. Recordé el modo en que la carretera parecía abalanzarse sobre el coche, aquella carretera de película

antigua bajo la luna plateada. «¿Te montaste en la Bala? Yo subí cuatro veces.»

Anne Corrigan me acompañó a la habitación, y allí vi a mi madre. Siempre había sido una mujer corpulenta, y la cama de hospital era menuda y estrecha, pero aun así parecía perdida en ella. Su cabello, más gris que negro, se desparramaba sobre la almohada. Tenía las manos sobre la sábana, manos de niña o de muñeca. Su rostro no mostraba el rictus paralizado que había imaginado, pero su tez ofrecía un aspecto amarillento. Tenía los ojos cerrados, pero cuando la enfermera murmuró su nombre, los abrió. Eran de un azul oscuro e iridiscente, su rasgo más joven y vivaz. Por un instante permaneció con la mirada perdida, pero al poco me vio. Esbozó una sonrisa e intentó alargar los brazos, pero solo logró mover uno. El otro tembló un poco y sin apenas separarse de la cama volvió a caer.

—Al —musitó.

Me acerqué a ella y rompí a llorar. Junto a la pared había una silla, pero no me senté, sino que me arrodillé junto a la cama y la abracé. Su cuerpo era cálido y olía a limpio. La besé en la sien, la mejilla y la comisura de los labios. Ella levantó la mano sana y me deslizó los dedos bajo los ojos.

—No llores —susurró—. No hay razón para llorar.

—He venido en cuanto me he enterado —empecé a decir—. Betsy McCurdy me llamó.

—Le dije... fin de semana —masculló—. Le dije que vinieras el fin de semana.

—Y una porra —repliqué, abrazándola de nuevo.

—¿Coche... arreglado?

—No —denegué—. He venido en autoestop.

—Vaya —suspiró.

A todas luces, cada palabra representaba un esfuerzo para ella, pero no hablaba con voz pastosa ni parecía desorientada. Sabía quién era ella, quién era yo, dónde estábamos y por qué estábamos allí. El único indicio de que algo andaba mal era su brazo izquierdo. Me embargó un alivio descomunal. Todo había sido una broma de mal gusto por parte de Staub... o quizá no existía el tal Staub, tal vez todo había sido un sueño a fin de cuentas, por absurdo que pareciera. Ahora que estaba ahí, arrodillado junto a su cama, abrazándola, aspirando los últimos vestigios de su perfume, Lanvin, la idea del sueño resultaba más verosímil.

—Al, tienes sangre en el cuello de la camisa.

Los ojos se le cerraron, pero volvió a abrirlos muy despacio. Supuse que los párpados le pesaban como a mí las zapatillas deportivas en el pasillo.

—Me he dado un golpe en la cabeza, mamá, no pasa nada.

—Me alegro. Tienes que... cuidarte.

De nuevo se le cerraron los ojos, y de nuevo volvió a abrirlos, aún más despacio.

—Señor Parker, será mejor que la dejemos dormir —advirtió la enfermera a mi espalda—. Ha tenido un día muy duro.

—Lo sé —repuse antes de besarla otra vez en la comisura de los labios—.

Me voy, mamá, pero volveré mañana.

—No... autoestop... peligroso.

—No lo haré. Pediré a la señora McCurdy que me traiga. Duerme.

—Dormir... lo único que hago —farfulló—. Estaba en el trabajo, descargando el lavaplatos, y me entró dolor de cabeza. Me caí. Me desperté... aquí —Alzó la mirada hacia mí—. Derrame. Médico dice... no muy grave.

—Te pondrás bien —aseguré.

Me puse en pie y le cogí la mano. La piel era finísima y suave como moaré. La mano de una anciana.

—He soñado que estábamos en ese parque de atracciones de New Hampshire —dijo.

Me la quedé mirando con el corazón en un puño.

—¿Ah, sí?

—Sí. Hacíamos cola para esa cosa que... sube tanto. ¿Te acuerdas?

—La Bala —dije—. La recuerdo, mamá.

—Te entró miedo y yo grité. Te grité.

—No, mamá, no me...

Me apretó la mano, y en las comisuras de los labios se formaron hoyuelos. Era el fantasma de su clásica expresión impaciente.

—Sí—insistió—. Te grité y te di un bofetón... Una colleja en la nuca, ¿verdad?

—Probablemente —convine, rendido—. Ahí es donde solías darme.

—No tendría que haberlo hecho —suspiró—. Hacía calor y estaba cansada, pero... no tendría que haberlo hecho. Quería decirte que lo siento.

Los ojos volvieron a llenárseme de lágrimas.

—No pasa nada, mamá. Fue hace mucho tiempo.

—No llegaste a montarte —murmuré.

—Sí que me monté, al final me monté.

Mi madre me sonrió. Parecía menuda y débil, muy distinta a la mujer fornida, enojada y sudorosa que me había gritado cuando por fin llegamos al principio de la cola y me había dado una colleja en la nuca. Debió de ver algo en la cara de alguien, una de las personas que también hacía cola para subir a la Bala, porque recuerdo que espetó «¿Y tú qué miras, guapo?» mientras me cogía de la mano para sacarme de allí... yo sollozando y frotándome la nuca... aunque en realidad no me dolía, porque no me había dado tan fuerte. Lo que mejor recuerdo es el alivio y la gratitud por alejarme de aquel engendro inmenso y vertiginoso rematado por dos cápsulas y generador de chillidos histéricos.

—Tendrá que marcharse, señor Parker —apremió la enfermera.

Tomé la mano de mi madre y le besé los nudillos.

—Hasta mañana. Te quiero, mamá.

—Yo también te quiero, Alan... Perdona por todas las veces que te pegué. No era manera de hacer las cosas.

Pero sí lo era; era su manera de hacer las cosas, aunque no sabía cómo decirle que lo entendía, que lo aceptaba. Formaba parte de nuestro secreto familiar, algo susurrado a lo largo de las terminaciones nerviosas.

—Hasta mañana, mamá.

No contestó. Los ojos se le habían cerrado de nuevo, y esta vez no los volvió a abrir. Su pecho bajaba y subía despacio y con regularidad. Me aparté de la cama sin apartar la mirada de ella.

—¿Se pondrá bien? —pregunté a la enfermera una vez en el pasillo—. ¿Bien del todo?

—Nadie puede asegurarlo con certeza, señor Parker. Es paciente del doctor Nunnally, un médico excelente. Mañana por la tarde pasará por la planta, y entonces podrá preguntarle...

—Dígame lo que piensa usted.

—Que se pondrá bien —repuso la enfermera mientras me conducía hacia los ascensores—. Sus constantes vitales son buenas, y los efectos residuales indican que el derrame ha sido muy leve. —Frunció el entrecejo—. Claro que tendrá que introducir algunos cambios... en su dieta... en su estilo de vida...

—Se refiere al tabaco.

—Sí, tendrá que dejarlo.

Lo dijo como si abandonar un hábito tan antiguo fuera tan fácil como trasladar un jarrón de la mesa del salón a la del pasillo. Pulsé el botón del ascensor, y la puerta del que me había llevado hasta allí se abrió de inmediato. Por lo visto, las cosas se calmaban mucho en el hospital una vez que acababa el horario de visitas.

—Gracias por todo —dije.

—De nada. Siento haberle asustado. Me he expresado increíblemente mal.

—No se preocupe —la tranquilicé, aunque estaba de acuerdo con ella—. No pasa nada.

Entré en el ascensor y pulsé el botón de la planta baja. La enfermera me saludó agitando los dedos de la mano. Respondí con idéntico gesto justo antes de que las puertas se cerraran. El ascensor inició el descenso. Me quedé mirando las marcas de las uñas en los dorsos de mis manos, pensando que era un ser vil, la más baja de todas las criaturas. «Llévatela a ella», había pedido. Era mi madre, pero lo había dicho: «Llévate a mi madre, no me llesves a mí». Ella me había criado, había trabajado horas extra por mí, había hecho cola bajo el calor abrasador del verano en un parque de atracciones polvoriento de New Hampshire por mí, pero yo apenas había vacilado. «Llévatela a ella, no me llesves a mí.» Gallina, gallina de mierda.

Cuando la puerta del ascensor se abrió, salí, levanté la tapa de la papelera y allí la vi, sumergida en un vaso de café casi vacío, ME MONTÉ EN LA BALA EN THRILL VILLAGE, LACONIA.

Me agaché, cogí la chapa del charco de café, la sequé en la pernera de mis vaqueros y me la guardé en el bolsillo. Deshacerse de ella había sido un error. Era mi chapa, mi amuleto de la buena o la mala suerte, pero mío al fin y al cabo. Salí del hospital tras despedirme de Yvonne con la mano. Fuera, la luna cabalgaba por el techo del cielo, bañando el mundo en su luz extraña y onírica. No me había sentido tan cansado y desmoralizado en toda mi vida. Ojalá pudiera volver atrás y elegir de nuevo. Habría tomado otro camino... lo cual era curioso,

porque de haberla encontrado muerta, como esperaba, creo que habría podido soportarlo. A fin de cuentas, ¿no era así como acababan las historias como esta?

«Nadie quiere parar en el centro», había dicho el viejo del pantalón, molesto, y cuánta razón tenía. Crucé todo Lewiston a pie, tres docenas de manzanas por Lisbon Street y nueve más por Canal Street, pasando ante todos los bares en los que sonaban viejas canciones de Foreigner, Led Zeppelin y AC/DC en francés, sin extender el pulgar una sola vez. No habría servido de nada. Eran las once pasadas cuando llegué al puente DeMuth. Una vez llegué al lado de Harlow, el primer coche que intenté parar me llevó. Al cabo de cuarenta minutos cogí la llave escondida bajo la carretilla roja junto a la puerta del cobertizo, y diez minutos más tarde me acosté. Justo antes de dormirme se me ocurrió que era la primera vez en mi vida que dormía solo en aquella casa.

Fue el teléfono lo que me despertó a las doce y cuarto del día siguiente. Creí que me llamaban del hospital para contarme que mi madre había empeorado de repente para morir hacía apenas unos minutos, lo sentimos mucho. Pero era la señora McCurdy, que quería cerciorarse de que había llegado bien, conocer todos los detalles de mi visita nocturna al hospital (me hizo repetir la historia tres veces, y al final del tercer pase empecé a sentirme como un delincuente durante un interrogatorio por asesinato), así como saber si quería que me llevara al hospital por la tarde. Asentí encantado.

Tras colgar el teléfono crucé la habitación hasta la puerta. Junto a ella había un espejo de cuerpo entero. Reflejado en él vi un joven alto, sin afeitado, con barriguita incipiente y ataviado tan solo con unos calzoncillos holgados.

—Ponte las pilas, chaval —advertí a mi reflejo—. No puedes pasarte la vida entera pensando que cada vez que suena el teléfono es alguien que te llama para decirte que tu madre ha muerto.

No lo haría. El tiempo disiparía el recuerdo, es lo que suele suceder... pero la noche anterior seguía increíblemente fresca en mi memoria. Todos los contornos del suceso permanecían claros, diáfanos. Aún veía el rostro joven y apuesto de Staub bajo la gorra vuelta del revés, el cigarrillo encajado tras la oreja, el modo en que el humo se colaba entre los puntos del cuello suturado cuando fumaba. Todavía lo oía contando la historia del Cadillac barato. El tiempo redondearía esos contornos, pero aún tardaría bastante. Al fin y al cabo, tenía la chapa, la había dejado sobre la cómoda junto a la puerta del baño. La chapa era mi recuerdo de la noche. ¿Acaso los héroes de los cuentos de fantasmas no acababan siempre con un recuerdo, algo que demostraba que lo sucedido no era un sueño?

En un rincón de la habitación había un equipo de música prehistórico, y me dediqué a repasar mis viejas cintas en busca de algo que escuchar mientras me afeitaba. Encontré una etiquetada como FOLK MIX y la puse. Bob Dylan cantaba a la muerte solitaria de Hattie Carroll, Tom Paxton echaba de menos a

su amigo perdido, y Dave van Ronk interpretaba su blues de la cocaína. A medio camino de la tercera estrofa me detuve en seco con la cuchilla junto a la mejilla. «Tengo la cabeza llena de whisky y la barriga repleta de ginebra — cantaba Dave con su voz rasposa—. El médico dice que acabarán conmigo, pero no cuándo será.» Y esa era la respuesta, claro. Mi conciencia culpable me había hecho suponer que mi madre moriría de inmediato, y Staub no se había molestado en corregirme... ¿Por qué iba a hacerlo, si no se lo pregunté? Pero la realidad era bien distinta.

«El médico dice que acabarán conmigo, pero no cuándo será.»

Pero ¿por qué me machacaba de aquella forma? ¿Acaso mi decisión no correspondía al orden natural de las cosas? ¿Acaso los hijos no suelen sobrevivir a sus padres? Aquel hijo de puta había intentado acojonarme y hacerme sentir culpable, pero no tenía por qué hacerle caso, ¿verdad? ¿Acaso no acabábamos todos montando en la Bala?

Estás intentando escaquearte, buscar una salida para sentirte mejor. Puede que lo que dices sea cierto... pero cuando te obligó a elegir, la elegiste a ella. No hay escapatoria, colega, la elegiste a ella.

Abrí los ojos y me miré una vez más al espejo.

—Hice lo que debía —murmuré sin convicción, aunque suponía que la convicción llegaría con el tiempo.

La señora McCurdy y yo fuimos a visitar a mi madre, que se encontraba un poco mejor. Le pregunté si recordaba haber soñado con Thrill Village, pero denegó con la cabeza.

—Apenas me acuerdo de que viniste a verme anoche —reconoció—. Estaba muerta de sueño. ¿Es importante?

—No —aseguré al tiempo que le besaba la sien—. En absoluto.

Mi madre salió del hospital al cabo de cinco días. Durante un tiempo cojeó, pero la cojera desapareció, y al cabo de un mes ya volvía a trabajar, primero medios turnos y luego turnos enteros, como si no hubiera pasado nada. Yo volví a la universidad y encontré trabajo en Pat's Pizza, en el centro de Orono. El sueldo no era gran cosa, pero suficiente para reparar el coche. Me alegraba, porque había perdido las pocas ganas que siempre había tenido de hacer autoestop.

Mi madre intentó dejar de fumar y lo consiguió durante un tiempo. Pero en abril volví a casa para las vacaciones un día antes de lo previsto y me encontré la cocina tan llena de humo como siempre. Mi madre me lanzó una mirada entre avergonzada y desafiante.

—No puedo —aseguró—. Lo siento, Al; sé que quieres que lo deje y que debería hacerlo, pero sin el tabaco tengo un vacío que nada más puede llenar. Lo único que puedo hacer es desear no haber empezado nunca.

Dos semanas después de mi graduación, mi madre sufrió otro derrame,

también leve. De nuevo intentó dejar de fumar cuando el doctor la regañó, pero engordó más de veinte kilos y volvió a las andadas.

«Como un can que vuelve a su vómito», dice la Biblia. Siempre me ha gustado esa frase. Conseguí a la primera un empleo bastante bueno en Portland, supongo que por suerte, y me lancé a intentar convencerla de que dejara de trabajar. Al principio me costó y estuve a punto de desistir, pero cierto recuerdo me impulsaba a seguir machacándola.

—Deberías ahorrar para ti, no cuidar de mí —me advirtió—. Algún día querrás casarte, Al, y lo que gastas en mí no podrás gastarlo en eso, en tu vida.

—Tú eres mi vida —le aseguré al tiempo que la besaba—. Te guste o no, así es.

Y por fin arrojó la toalla.

Pasamos unos cuantos buenos años después de eso, siete en total. No vivía con ella, pero la visitaba casi a diario. Jugábamos a cartas a menudo y mirábamos muchas películas en el vídeo que le regalé. Nos partíamos de risa, como le gustaba decir. No sé si debo aquellos años a George Staub o no, pero fueron buenos años. Y mi recuerdo de la noche que conocí a Staub no se borró ni llegó a parecerme un sueño, como había esperado. De hecho, cada detalle, desde el momento en que el viejo me instó a que pidiera un deseo a la luna de otoño hasta los dedos que me tocaron la camisa cuando Staub me prendió la chapa, permanecían frescos y claros. Llegó un día en que perdí la chapa. Sabía que la tenía cuando me trasladé al pequeño piso de Falmouth, porque la guardaba en el primer cajón de la mesilla de noche junto con un par de peines, mis dos pares de gemelos y una vieja chapa que decía BILL CLINTON, PRESIDENTE DEL SAXO SEGURO, pero de repente desapareció. Y cuando al cabo de un par de días sonó el teléfono, supe de inmediato por qué lloraba la señora McCurdy. Era la mala noticia que nunca había dejado de esperar. Se acabó lo que se daba.

Una vez terminado el funeral, el velatorio y el en apariencia interminable desfile de deudos, volví a la casita de Harlow, donde mi madre había pasado sus últimos años fumando y comiendo rosquillas. Jean y Alan Parker contra el mundo. Ahora solo quedaba yo.

Repasé sus pertenencias, separando los pocos papeles de los que tendría que ocuparme más tarde y guardando en cajas las cosas que quería conservar a un lado y las que quería donar al otro. Cuando estaba a punto de acabar, me arrodillé para mirar debajo de la cama, y ahí estaba lo que había estado buscando sin querer reconocerlo, una chapa polvorienta que decía: ME MONTÉ EN LA BALA EN THRILL VILLAGE, LACONIA. Cerré el puño en torno a ella. La aguja se me clavó en la carne, y apreté con más fuerza, experimentando un placer amargo en el dolor. Cuando por fin abrí la mano, tenía los ojos llenos de lágrimas y veía las palabras de la chapa dobles, superpuestas como una película en tres dimensiones vista sin las gafas especiales.

—¿Satisfecho? —pregunté a la habitación silenciosa—. ¿Has terminado?

—No obtuve respuesta, por supuesto—. ¿Por qué te has molestado siquiera? ¿Por qué lo has hecho, joder?

Silencio absoluto, pero ¿qué otra respuesta esperaba? Haces cola, eso es todo. Haces cola a la luz de la luna y pides deseos a su brillo infectado. Haces cola y escuchas sus gritos. Pagan por sentir terror, y en la Bala siempre obtienen aquello por lo que han pagado. Tal vez cuando te llega el turno, sales corriendo, pero a fin de cuentas sale a lo mismo. La vida tendría que ser algo más, pero no lo es. Se acabó lo que se daba.

Coge la chapa y lárgate de aquí.

LA MONEDA DE LA SUERTE(****)

*En otoño de 1996, crucé Estados Unidos desde Maine hasta California en mi Harley-Davidson, parando en librerías independientes para promocionar una novela titulada Insomnia *. Fue un viaje genial. El punto culminante fue seguramente el día en que me senté en la entrada de una tienda abandonada en un pueblo de Kansas a contemplar la puesta de sol mientras la luna llena salía en el otro extremo del horizonte. Recordé una escena de El príncipe de las mareas en la que sucede lo mismo y un niño fascinado exclama: «¡Hazlo otra vez, mami!». Más tarde, en Nevada, me alojé en un destartado hotel donde las camareras dejaban fichas de casino de dos dólares sobre la almohada, así como una tarjetita que decía algo así como: «Hola, me llamo Marie. Buena suerte». Allí se me ocurrió esta historia. La escribí sin recurrir a la taquigrafía y en el papel del hotel.*

* Trad. cast., Grijalbo, Barcelona, 1995.

—¡Maldito hijo de puta! —gritó en la habitación vacía del hotel más sorprendida que furiosa.

Y a renglón seguido, porque así era ella, Darlene Pullen se echó a reír. Se sentó en la silla, junto a la cama desecha y abandonada, con la moneda de veinticinco centavos en una mano y el sobre del que había caído en la otra, paseando la mirada entre ambos y riendo a mandíbula batiente hasta que las lágrimas le resbalaron por las mejillas. Patsy, su hija mayor, necesitaba aparatos de ortodoncia. Darlene no tenía ni idea de cómo iba a pagarlos; llevaba toda la semana preocupada por el asunto, y aquello era la gota que colmaba el vaso. Y si no era capaz de reír, ¿qué le quedaba? ¿Buscar un arma y pegarse un tiro?

Cada chica dejaba el crucial sobre, que llamaban «el gordo», en un lugar distinto. Gerda, la sueca que había hecho la calle antes de encontrar a Jesús el verano anterior durante una reunión de renacimiento espiritual en Tahoe, lo apoyaba contra uno de los vasos del baño; Melissa dejaba el suyo bajo el mando de la tele. Darlene, por su parte, lo apoyaba contra el teléfono, y esa mañana, al encontrar el de la 322 tirado sobre la almohada, había sabido que el cliente había dejado algo para ella.

Desde luego que le había dejado algo, una mísera moneda de veinticinco centavos, en Dios confiamos.

Sus carcajadas, que ya habían empezado a remitir, volvieron a descontrolarse.

El sobre llevaba unas palabras impresas junto al logotipo del hotel, las siluetas de un caballo y un jinete en lo alto de un acantilado, enmarcados en un rombo.

Bienvenido a Carson City, la ciudad más hospitalaria de Nevada (decían las palabras bajo el logotipo). Y bienvenido también al hotel Rancher, el alojamiento más hospitalario de Carson City. Ha preparado su habitación Darlene. Si tiene algún problema, no dude en marcar el 0 y acudiremos raudos y veloces. Le proporcionamos este sobre por si queda satisfecho y desea dejar algo para la camarera.

Una vez más, bienvenido a Carson y al Rancher.

WILLIAM AVERY
Jefe de ruta

Muy a menudo, el sobre estaba vacío. Darlene había encontrado sobres desgarrados en la papelera, arrugados en el rincón (como si la idea de dar una propina a la camarera enfureciera a algunos clientes), o flotando en el retrete, pero a veces se topaba con una sorpresa agradable, sobre todo si las tragaperras o las mesas de juego se habían portado bien con un cliente. El de la 322 había utilizado el suyo, desde luego. Había dejado una moneda de veinticinco, ¡Dios mío! Eso pagaría la ortodoncia de Patsy y la consola Sega que Paul quería más que nada en el mundo. Ni siquiera debería esperar hasta Navidad, podría comprárselo como... como...

—Regalo de Acción de Gracias —terminó de decir en voz alta—. ¿Por qué no? Y pagaré a los de la tele por cable para que podamos quedárnosla. Incluso añadiremos el Canal Disney y por fin podré ir al médico por lo de la espalda... Joder, pero si soy rica. Si pudiera dar con usted, señor, me arrodillaría y le besaría los putos pies.

Pero no caería esa breva. El de la 322 ya se había largado. El Rancher era probablemente el mejor alojamiento de Carson City, pero los clientes solían ser de paso. Cuando Darlene entraba por la puerta trasera a las siete de la mañana, se estaban levantando, afeitando, duchando, en algunos casos medicando para la resaca. Mientras ella estaba en la sala de personal con Gerda, Melissa y Jane (gobernanta de formidables pechos y boca firme pintada de rojo), tomando café, llenando el carrito y preparándose para el día, los camioneros, vaqueros y vendedores pagaban la factura tras llenar o no el sobre en cuestión.

Y el encantador caballero de la 322 había metido una moneda de veinticinco en el suyo. Probablemente también le había dejado un regalito en las sábanas, por no hablar de algún recuerdo en el retrete con la cadena sin tirar. Porque algunas personas no podían contener su generosidad; eran así.

Darlene lanzó un suspiro, se enjugó las mejillas con el dobladillo del delantal y abrió el sobre, que el de la 322 se había tomado la molestia de cerrar y que ella, en su ansia por saber qué contenía, había rasgado en un extremo. Tenía intención de volver a meter la moneda dentro, pero en ese momento vio que contenía algo más, una nota garabateada sobre una hoja de papel del hotel.

La sacó, y bajo el logotipo de jinete y corcel, el de la 322 había escrito el siguiente mensaje con lápiz de punta roma:

Esta es una moneda de la suerte. ¡De verdad! ¡Qué suerte la suya!

—¡Qué chollo! —exclamó Darlene—. Tengo dos hijos y un marido que lleva cinco años desaparecido en combate, así que no me iría mal un poco de suerte, de verdad que sí.

Lanzó otra carcajada y dejó caer la moneda en el sobre. Luego entró en el baño y echó un vistazo al retrete. Solo agua limpia, al menos era algo.

Se dedicó a sus tareas, que no le llevaron demasiado tiempo. La moneda de marras era una decepción, pero por lo demás, el cliente de la 322 se había comportado. No vio rastro de manchas en las sábanas, ninguna sorpresa desagradable (en al menos cuatro ocasiones durante sus cinco años como camarera, los cinco años transcurridos desde que Deke la dejara, había encontrado manchas medio secas de lo que solo podía ser semen en la pantalla del televisor, y una vez incluso un charco apestoso de meados en un cajón de la cómoda), ni tampoco había desaparecido ningún objeto. Solo tuvo que hacer la cama, enjuagar el lavabo y la ducha, y cambiar las toallas. Mientras trabajaba intentó imaginar qué aspecto tendría el cliente de la 322 y qué clase de hombre dejaba una propina de veinticinco centavos a una mujer sola con dos hijos a los que criar. Uno capaz de reír y portarse como un cabrón a la vez, se dijo; un tipo con tatuajes en los brazos y una pinta como el personaje que interpretaba Woody

Harrelson en *Asesinos natos*.

«No sabe nada de mí —pensó al salir al pasillo y cerrar la puerta tras de sí—. Probablemente estaba borracho y le pareció gracioso. Y en cierto modo es gracioso, porque si no, no te habrías reído.»

Exacto, si no, no se habría reído.

Mientras empujaba el carrito hacia la 323, pensó en regalar la moneda a Paul. De sus dos hijos, Paul era el que solía quedar en desventaja. A sus siete años, era un niño callado y aquejado de mocos casi perpetuos. Asimismo, Darlene estaba convencida de que debía de ser el único niño de siete años con asma en aquellos parajes desérticos de aire limpio y seco.

Lanzó un suspiro y abrió la 323 con su llave maestra, pensando que tal vez encontraría un billete de cincuenta o incluso de cien en el sobre. Era el primer pensamiento que le cruzaba por la cabeza al entrar en una habitación. Pero el sobre estaba donde lo había dejado, apoyado contra el teléfono, y aunque echó un vistazo para cerciorarse, ya sabía de antemano que lo encontraría vacío, y así fue.

Por otro lado, el cliente de la 323 sí había dejado un regalito en el retrete.

—Vaya, vaya, ya ha empezado mi racha de buena suerte —comentó en voz alta antes de echarse a reír otra vez y tirar de la cadena.

Ella era así.

Había una máquina tragaperras, una sola, en el vestíbulo del Rancher, y pese a no haberla utilizado ni una vez en los cinco años que llevaba trabajando allí, se metió la mano en el bolsillo cuando se dirigía a almorzar, palpó el sobre rasgado y se desvió hacia la cazagilipollas cromada. No había olvidado su intención de regalar la moneda a Paul, pero veinticinco centavos no significaban nada para los niños hoy en día, y era lógico, porque ni siquiera podían comprarse una mísera Coca-Cola con ese dinero. Además, de repente ardía en deseos de deshacerse de la maldita moneda. Le dolía la espalda, tenía, contra su costumbre, mucha acidez a causa del café que se había tomado a las diez y estaba profundamente deprimida. Todo lo veía negro y echaba la culpa a la monedita de marras... como si desde el bolsillo le enviara malas vibraciones.

Gerda salió del ascensor justo a tiempo para ver a Darlene plantarse delante de la máquina y dejar caer los veinticinco centavos del sobre sobre su mano.

—¿Tú? —se escandalizó Gerda—. No me lo puedo creer.

—Pues no te lo pierdas —replicó Darlene antes de introducir la moneda en la ranura que decía INTRODUCIR 1, 2 O 3 MONEDAS—. Ahí va.

Acto seguido empezó a alejarse de la tragaperras y, casi como quien no quiere la cosa, alargó el brazo para tirar de la palanca. Luego siguió su camino sin molestarse en observar las ventanillas, por lo que no vio aparecer las tres campanas en ellas, una, dos y tres. De hecho, no se detuvo hasta que empezó a oír el tintineo de las monedas al caer en la bandeja situada en la parte inferior de la máquina. Entonces abrió los ojos de par en par, al cabo de un instante los

entornó con expresión suspicaz, como si aquello no fuera más que otro chiste... o el final del anterior.

—¡Has ganadoo! —gritó Gerda con espeso acento sueco por la emoción—. ¡Has ganado, Darlene!

La sueca pasó como una exhalación junto a Darlene, que se limitó a permanecer inmóvil, oyendo la cascada de monedas como un pasmarote. El tintineo se le antojó interminable. «Qué suerte —pensó—. Qué suerte la mía.»

Por fin dejaron de caer monedas.

—¡Dios mío! —exclamó Gera—. ¡Dios mío de mi vida! ¡Y pensar que esta máquina nunca me ha dado nada, después de todas las monedas que le he llegado a echar! ¡Debe de haber quince dólares, Darlene! ¡Imagínate si hubieras metido tres monedas de veinticinco!

—No habría podido soportar tanta suerte —masculló Darlene.

Tenía ganas de llorar; no sabía por qué, pero así era. Sentía las lágrimas quemándole los ojos como ácido diluido. Gerda la ayudó a sacar las monedas de la bandeja, y, en cuanto todas fueron a parar al bolsillo del uniforme de Darlene, el lado correspondiente del vestido quedó ladeado de un modo cómico. El único pensamiento que acudió a su mente fue que debía comprarle algo a Paul, algún juguete. Quince dólares no bastaban para la consola Sega que quería, ni de lejos, pero tal vez sí para uno de esos trastos electrónicos que siempre admiraba en el escaparate de Radio Shack en el centro comercial, sin pedir nada, porque sabía que era inútil, era enclenque pero no tonto, así que se limitaba a mirar con ojos siempre hinchados y llorosos.

«No le comprarás ningún juguete —se reprendió—. Los ahorrarás para unos zapatos, sí señora, o para los malditos aparatos de Patsy. A Paul no le importará y lo sabes.»

No, a Paul no le importaría, y eso era lo jodido, se dijo mientras deslizaba los dedos entre las monedas y oía su tintineo, pero a ella sí. Paul sabía que los barcos, coches y aviones teledirigidos que exhibía el escaparate estaban tan fuera de su alcance como la consola y todos los juegos que podían jugarse en ella; para él, aquellas cosas existían solo de forma abstracta, como los cuadros en las galerías o las esculturas en los museos. Pero para ella...

Bueno, quizá le comprara alguna tontería con el botín. Alguna tontería mona para sorprenderlo.

Para sorprenderse a sí misma.

Y se sorprendió a sí misma, desde luego.

Mucho.

Aquella noche decidió volver a casa a pie en lugar de tomar el autobús. Tras recorrer la mitad del trayecto por North Street, decidió entrar en el hotel casino Silver City, donde no había puesto los pies en su vida. Cambió las monedas, dieciocho dólares en total, por billetes en la recepción y sintiéndose como una visitante en su propio cuerpo, se acercó a la ruleta y alargó los billetes al crupier con mano entumecida. Aunque en realidad, no solo tenía entumecida la mano, sino que todos los nervios de su cuerpo parecían muertos, como si aquel comportamiento repentino y aberrante hubiera acabado con ellos.

«Da igual —se dijo mientras apostaba las dieciocho fichas color rosa a la casilla IMPAR—. Únicamente son veinticinco centavos, a pesar de lo que parezcan sobre el fieltro, no es más que un chiste de mal gusto que un cliente le ha gastado a una camarera a la que no ha visto en su vida. Únicamente son veinticinco centavos y sigues queriendo librarte de ellos, porque aunque se han multiplicado y cambiado de forma, todavía te están enviando malas vibraciones.»

—No va más, no va más —anunció el crupier mientras la ruleta giraba en sentido contrario a las agujas del reloj y la bola cabalgaba sobre ella.

Al poco, la bola rebotó una vez más y quedó trabada en una casilla. Darlene cerró los ojos un instante, y al abrirlos comprobó que la bola viajaba en la casilla del 15.

El crupier empujó otras dieciocho fichas, que a Darlene le parecían chicles aplastados, hacia ella. Las cogió y puso todo lo que tenía en el rojo. El crupier la miró con las cejas enarcadas, preguntándole en silencio si estaba segura. Darlene asintió con un ademán, y el crupier hizo girar la ruleta. Cuando salió el rojo, Darlene cambió su creciente fortuna al negro.

Luego a impar.

Luego a par.

Tras la última apuesta tenía quinientos setenta y seis dólares frente a ella, y su mente se había trasladado a otro planeta. Ante ella no veía fichas negras, verdes y rosadas, sino aparatos de ortodoncia y un submarino teledirigido.

«Qué suerte—pensó Darlene Pullen—. Pero qué suerte la mía.»

Volvió a apostar todas sus fichas, y la pequeña muchedumbre que siempre se apiñaba tras los ganadores en racha en las ciudades de juego, incluso a las cinco de la tarde, lanzó un gruñido colectivo.

—Señora, no puedo autorizar semejante apuesta sin permiso del jefe de sala —advirtió el crupier.

El hombre parecía mucho más despierto que cuando Darlene se había acercado a la mesa ataviada con su uniforme de rayón a listas blancas y azules. Acababa de apostar todo su dinero a la segunda docena, los números del 13 al 24.

—Pues que venga, cariño —replicó Darlene.

Esperó con infinita calma, los pies firmes en la tierra, concretamente en Carson City, Nevada, a diez kilómetros del lugar en que se abriera la primera mina de plata, allá por 1878, la cabeza en las profundidades de las minas de deluminio en el planeta Chapascuno, mientras el jefe de sala y el crupier hablaban y la muchedumbre murmuraba. Por fin, el jefe de sala se acercó a ella y le pidió que anotara su nombre, dirección y teléfono en un papel de color rosa. Darlene obedeció y quedó intrigada al comprobar que la letra con que escribía apenas se parecía a su caligrafía habitual. Estaba tranquila, tan tranquila como el más tranquilo de los mineros de las explotaciones de deluminio, pero las manos le temblaban con violencia.

El jefe de sala se volvió hacia el crupier e hizo girar un dedo en el aire. Adelante, muchacho.

Esta vez, el sonido de la bolita blanca se oía con toda claridad en las inmediaciones de la ruleta. El gentío que la rodeaba guardaba un silencio absoluto, y la apuesta de Darlene era la única de toda la mesa. Aquello era Carson City, no Montecarlo, y para Carson era una apuesta descomunal. La bola siguió su camino saltarín, cayó en una casilla, rebotó, cayó en otra y dio un último respingo. Darlene cerró los ojos.

«Suerte —pensó o más bien rezó—. Qué suerte la mía, madre con suerte, chica con suerte.»

La gente gimió, bien horrorizada, bien extasiada. Así supo que la ruleta giraba lo bastante despacio para conocer el resultado. Darlene abrió los ojos, convencida de que por fin se había quedado sin sus veinticinco centavos.

Pero no era así.

La bolita descansaba en la casilla del 13 negro.

—Dios mío, cariño —musitó una mujer a su espalda—. Deme la mano, quiero tocarle la mano.

Darlene se la dio y advirtió que otra persona le cogía la otra y se la acariciaba. Desde muy lejos, desde la minas de deluminio donde tenía lugar aquella fantasía, percibió que dos, luego cuatro, luego seis y luego ocho personas le frotaban la mano con suavidad en un intento de contraer su suerte como si de un catarro se tratara.

El crupier estaba empujando pilas y pilas de fichas hacia ella.

—¿Cuánto? —preguntó con un hilo de voz—. ¿Cuánto hay?

—Mil setecientos veintiocho dólares —repuso el hombre—. Felicidades, señora. Yo que usted...

—Pero usted no es yo —lo atajó Darlene—. Quiero apostar todo a un número. Ese —anunció, señalando el 25 —A su espalda, alguien profirió un gritito como si acabara de llegar al orgasmo—. Hasta el último centavo.

—No —denegó el jefe de sala.

—Pero...

—No —repitió el hombre, y Darlene llevaba casi toda la vida trabajando a las órdenes de hombres, tiempo suficiente para saber cuándo hablaban en serio—. Normas de la casa, señora Pullen.

—Muy bien —resopló ella—. Muy bien, gallina.

Se acercó las pilas de fichas, volcando algunas de ellas.

—¿Cuánto me dejará apostar?

—Si me disculpa un momento —murmuró el jefe de sala.

Se ausentó unos cinco minutos. Durante ese intervalo, la ruleta permaneció inmóvil. Nadie dirigió la palabra a Darlene, pero muchos le tocaban las manos y a veces le daban palmaditas como si hubiera perdido el conocimiento. El jefe de sala regresó acompañado de un hombre alto y calvo que llevaba esmoquin y gafas de montura dorada. No miró a Darlene, sino más bien a través de ella.

—Ochocientos dólares —espetó—, pero no se lo recomiendo —advirtió al tiempo que bajaba la mirada hacia su uniforme antes de volver a alzarla hasta su rostro—. Considero que debería canjear sus fichas, señora.

—Y yo considero que usted no sabe una puta mierda de nada —replicó Darlene.

El calvo apretó los labios con expresión disgustada, y Darlene se volvió hacia el crupier.

—Hágalo —ordenó.

El crupier colocó un cartelito con la cifra 800 \$ escrita en él de forma que cubriera el número 25. Luego hizo girar la ruleta y dejó caer en ella la bola. En el casino entero reinaba un silencio sepulcral, respetado incluso por las tragaperras. Darlene levantó la mirada y la paseó por la sala, sin sorprenderse al ver que la hilera de televisores que hasta entonces habían mostrado carreras de caballos y combates de boxeo ahora solo mostraban la ruleta... y a ella.

«Me he convertido en una estrella de la tele. Qué suerte. Qué suerte la mía.»

La bola danzaba, la bola saltaba. En un momento dado estuvo a punto de quedar atrapada, pero siguió girando como un derviche en torno a la bruñida circunferencia de madera.

—¿Cuánto? —gritó de repente Darlene—. ¿Cuánto puedo ganar?

—Treinta a uno —repuso el calvo—. Si gana se llevará veinticuatro mil dólares, señora.

Darlene cerró los ojos...

... y los abrió en la 322. Seguía sentada en la silla, con el sobre en una mano y la moneda que había caído de él en la otra. Aún tenía las mejillas húmedas por las lágrimas de risa.

—Qué suerte la mía —murmuró y abrió el sobre para escudriñar el interior.

No había ninguna nota; todo había sido fruto de su imaginación.

Con un suspiro, Darlene se guardó la moneda en el bolsillo del uniforme y empezó a limpiar la 322.

En lugar de llevar a Paul a casa después de la escuela como de costumbre, Patsy lo llevó al hotel.

—Tiene unos mocos tremendos —explicó a su madre con un desdén del que solo los adolescentes de trece años eran capaces—. Es que hasta se atraganta. He pensado que a lo mejor quieres que lo lleve al médico.

Paul la miraba con ojos llorosos y pacientes; tenía la nariz roja como un tomate. Estaban en el vestíbulo. En aquel momento, ningún cliente se estaba registrando en el hotel, y el señor Avery (Tex para las camareras, que lo detestaban unánimemente) no estaba en recepción. Seguro que se había ido a su despacho a cascársela, si es que se la encontraba.

Darlene apoyó la mano en la frente de Paul, sintió la fiebre al instante y suspiró.

—Supongo que tienes razón —musitó—. ¿Cómo te encuentras, Paul?

—Bien —aseguró Paul con voz nasal.

Incluso Patsy parecía desmoralizada.

—Seguro que se muere antes de los dieciséis —masculló—. Será el primer caso de sida espontáneo o algo así.

—¡Cierra la boca ahora mismo, Patsy! —espetó Darlene con inesperada dureza... aunque fue Paul quien se asustó y desvió la mirada.

—Y encima se porta como un bebé —añadió Patsy, exasperada.

—No es verdad, solo es sensible y tiene las defensas bajas —Darlene se metió la mano en el bolsillo—. ¿Quieres esto, Paul?

Su hijo la miró, vio la moneda de veinticinco centavos y esbozó una sonrisa.

—¿En qué te los vas a gastar, Paul? —se burló Patsy—. ¿Invitarás a salir a Deirdre McCausland?

—Ya se be ocudidá algo —farfulló Paul.

—Déjale en paz, Patsy —regañó Darlene—. ¿Por qué no dejas de chincharlo un rato?

—Ya, pero ¿a mí qué me das? —replicó Patsy—. Lo he acompañado hasta aquí, siempre lo acompaño a todas partes, ¿no? ¿Y qué me das a cambio?

«Aparatos de ortodoncia —pensó Darlene—, si es que algún día puedo permitírmelos.» Y de repente se sintió abrumada por la desdicha, por la sensación de que la vida era un inmenso vertedero, escoria de deluminio, que se cernía sobre ella, siempre a punto de desmoronarse y hacerte pedacitos antes incluso de matarte. La suerte era una parida. Incluso la buena suerte no era más que mala suerte maquillada.

—¿Mamá? —murmuró Patsy con expresión repentinamente preocupada—. No quiero nada, era broma. De verdad, mamá.

—Tengo un ejemplar de *Sassy*, si lo quieres —anunció Darlene—. Lo encontré en una de las habitaciones y me lo guardé en la taquilla.

—¿El de este mes? —quiso saber Patsy, suspicaz.

—Pues sí. Vamos.

Habían recorrido unos pasos cuando oyeron la moneda caer, el chasquido inconfundible de la palanca y el susurro de los tambores de la tragaperras.

—¡Pero serás idiota! —increpó Patsy a su hermano—. ¡Ahora sí que la has fastidiado! —aseguró en tono más bien satisfecho—. ¿Cuántas veces te ha dicho mamá que no malgastes el dinero en cosas así? ¡Las tragaperras son para los turistas!

Pero Darlene no se volvió siquiera. Se detuvo ante la puerta que conducía al país de las camareras, donde las batas baratas de Ames y Wal-Mart pendían en hilera como sueños avejentados y desechados, donde el reloj registrador emitía su tictac, donde el aire siempre olía al perfume de Melissa y el Reflex de Jane. Se quedó escuchando el susurro de los tambores, esperando el tintineo de las monedas al caer en la bandeja, y cuando empezaron a caer ya estaba pensando en el modo de pedir a Melissa que cuidara de los niños mientras ella iba al casino. No tardaría mucho.

«Qué suerte la mía», pensó y cerró los ojos. En la oscuridad tras sus

párpados, el sonido de las monedas al caer se le antojaba ensordecedor, como escoria metálica cayendo sobre un ataúd.

Todo sucedería tal como lo había imaginado, de alguna forma estaba segura de ello, pero a pesar de ello no podía desterrar de su mente la visión de la vida como una montaña de metal alienígena, como una mancha espantosa que sabes que jamás podrás sacar de tu prenda favorita.

Pero Patsy necesitaba aparatos, Paul tenía que ir al médico para vigilar su constante moqueo y sus ojos siempre llorosos, necesitaba una consola Sega tanto como Patsy necesitaba ropa interior de colores para sentirse divertida y sexy, y ella necesitaba... ¿qué? ¿Qué necesitaba ella? ¿Que volviera Deke?

«Ya, que vuelva Deke —pensó casi riendo—. Necesito que vuelva Deke tanto como volver a la pubertad o pasar por otro parto. Lo que necesito... bueno...»

(nada)

Exacto. Nada de nada, cero patatero. Días negros, noches vacías y muchas risas.

«No necesito nada porque tengo mucha suerte», pensó con los ojos aún cerrados. Las lágrimas intentaban colarse por entre los párpados cerrados mientras, a su espalda, Patsy gritaba a voz en cuello:

—¡Joder! ¡Joder, joder, joder, te ha tocado el gordo, Paulie! ¡Te ha tocado el puto gordo!

«Qué suerte —pensó Darlene—. Qué suerte la mía.»